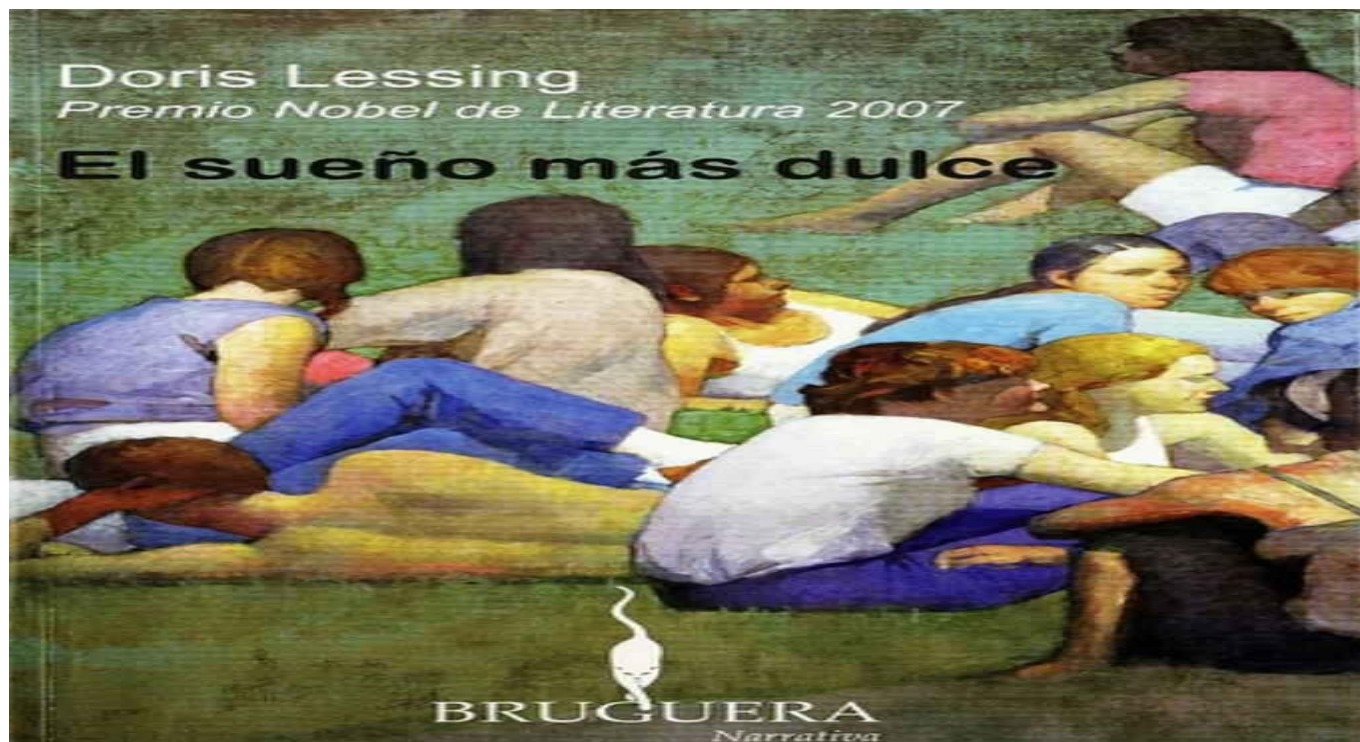


Doris Lessing

Premio Nobel de Literatura 2007

El sueño más dulce



BRUGUERA
Narrativa

Doris Lessing

El sueño más dulce

Traducción de M.^a Eugenia Ciocchini



Título original: The Siveetest Dream
Traducción: M^a Eugenia Ciocchini
1.^a edición: mayo 2002
© Doris Lessing 2001
© Ediciones B, S.A, 2002
Bailen, 84 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Printed in Spain
ISBN: 84-666-0879-6
Depósito legal: B. 14384-2002
Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

pre by Sekúe

Índice

[Nota de la autora](#)

[El sueño más dulce](#)

[Acerca del Autor](#)

[Reseña del Libro](#)

Nota de la autora

No escribo el tercer volumen de mi autobiografía para no perjudicar a personas vulnerables. Eso no significa que la haya novelado. En este libro no hay referencias a personas reales, salvo en el caso de un personaje muy secundario.

Espero sobre todo haber sido capaz de recrear el espíritu de la década de los sesenta, una época que, vista retrospectivamente y comparada con lo que vino después, parece sorprendentemente inocente. Hubo en ella poco de la maldad de los setenta o de la fría codicia de los ochenta.

Algunos acontecimientos ambientados a finales de los setenta y principios de los ochenta sucedieron en realidad una década después.

La Campaña por el Desarme Nuclear se opuso a que el Gobierno tomara medidas para proteger a la población de las consecuencias de un posible ataque o accidente nuclear, incluso de la lluvia radiactiva, pese a que la protección de los ciudadanos debería ser la principal responsabilidad de cualquier gobierno. Muchos trataron a aquellos que creían en la conveniencia de velar por la seguridad de la población como enemigos; los agredieron con insultos —el más leve de los cuales era «fascistas»— y en ocasiones físicamente. Amenazas de muerte, sustancias desagradables introducidas por el buzón de la puerta..., toda la gama de hostigamientos mafiosos. Nunca ha habido una campaña más histérica, alborotadora e irracional. Los estudiosos de la dinámica de los movimientos de masas encontrarán toda la información al respecto en los archivos de los periódicos; algunos me han escrito cartas con frases como: «Fue una locura. ¿A qué venía todo aquello?»

Y se van los que fueron buenos chicos.

El sueño más dulce

Un anochecer de otoño; abajo, la calle era un escenario de pequeñas luces amarillas que sugerían intimidad, y la gente ya iba abrigada como para el invierno. A su espalda la habitación empezaba a llenarse de una fría penumbra, pero nada conseguiría abatir a Frances: estaba flotando, con el ánimo tan elevado como una nube de verano, tan contenta como una niña que acaba de aprender a andar. La causa de este insólito buen humor era un telegrama de su ex marido, Johnny Lennox —el camarada Johnny—, que había recibido hacía tres días. FIRMADO CONTRATO PARA PELÍCULA DE FIDEL PAGARÉ TODOS LOS ATRASOS Y LO CORRESPONDIENTE A ESTE MES EL DOMINGO. Y el domingo había llegado. Sabía que aquel «todos los atrasos» obedecía a una euforia semejante a la que ella estaba experimentando; de ningún modo los pagaría «todos», pues a esas alturas ascendían a una cantidad tan grande que había perdido la cuenta. Aun así, la confianza que él demostraba parecía indicar que esperaba una suma verdaderamente importante. La confianza era el... no, no debía decir que era el sello de Johnny, pero ¿acaso alguna vez lo había visto amilanado por las circunstancias, o desconcertado siquiera? Detrás de ella, sobre el escritorio, había dos cartas dispuestas la una al lado de la otra, como una lección acerca de las improbables pero frecuentes yuxtaposiciones dramáticas de la vida. En una le ofrecían un papel en una obra. Frances Lennox era una actriz de reparto, formal y fiable; nunca le habían exigido otra cosa. Se trataba de una obra nueva y brillante, un mano a mano en el que el protagonista masculino sería Tony Wilde, a quien hasta entonces había considerado tan inalcanzable que jamás había aspirado a ver su nombre junto al de él. Y había sido el propio Tony Wilde quien la había propuesto para el papel. Dos años antes habían trabajado juntos; ella interpretando un personaje insignificante y funcional, como de costumbre. Al final de la breve temporada —la obra había distado de ser un éxito—, después de la última función y entre una y otra salida a escena para saludar, había oído: «Buen trabajo, has estado muy bien.» Sonrisas desde el Olimpo, había pensado, aunque sabía que él ya había manifestado cierto interés por ella. No obstante, ahora había tomado conciencia de todas las fantasías febriles por las que se dejaba llevar, lo que no la pilló desprevenida, pues sabía lo atrincherada que estaba, lo bien que controlaba su faceta erótica. A pesar suyo, echó a volar su imaginación pensando en su capacidad para divertirse (aún no la había perdido, ¿verdad?), incluso para experimentar un imprudente placer, si le daban pie, mientras demostraba lo que era capaz de hacer en el escenario, siempre y cuando le brindaran la oportunidad. Sin embargo, en un pequeño teatro y con una obra tan arriesgada no ganaría mucho. De no ser por el telegrama de Johnny, no habría podido permitirse el lujo de aceptar.

En la otra carta le ofrecían que se encargara de un consultorio sentimental (con un nombre aún por decidir) en *The Defender*. Se trataba de un trabajo seguro y bien pagado que supondría una prolongación de su otra faceta profesional, la de periodista *freelance*, que era la que le daba de comer.

Hacía años que escribía sobre los temas más variados. Había hecho sus pinitos en periódicos locales y sensacionalistas, en cualquier sitio donde le pagaran algo. Más tarde comenzó a investigar para artículos serios, que se publicaron en la prensa nacional. Tenía fama de escribir notas rigurosas y equilibradas que a menudo presentaban un enfoque original sobre hechos corrientes.

Se le daría bien. ¿Para qué la capacitaba su experiencia si no para tratar con objetividad los problemas ajenos? Pero aceptar ese trabajo no le proporcionaría placer ni la sensación de estar ampliando sus horizontes. Más bien la obligaría a enderezar los hombros con esa férrea determinación interior que es como un bostezo reprimido.

Qué harta estaba de problemas, de almas magulladas, de críos abandonados; qué maravilloso sería decir: «Bien, ya podéis cuidaros solos por un tiempo. Yo estaré en el teatro todas las noches y la mayor parte del día.» (Llegada a ese punto se echó a sí misma otro jarro de agua fría: «¿Has perdido la cabeza?» Sí, y le encantaba.)

Vio brillar la copa de un árbol todavía envuelto en su follaje estival, ahora un poco enrarecido; la luz procedente de dos plantas más arriba, de las habitaciones de la vieja, lo había rescatado de la oscuridad para llenarlo de animado movimiento y de un tenue verdor: el color apenas se insinuaba. De manera que Julia estaba en casa. Al readmitir a su suegra —ex suegra— en su mente, experimentó una aprensión familiar, causada por el peso de la censura que descendía a través de la casa hasta ella, aunque recientemente se había percatado de algo más. Julia había estado ingresada en el hospital, al borde de la muerte, y Frances se había visto obligada a reconocer cuánto dependía de ella. ¿Qué haría sin Julia? ¿Qué harían todos?

Entretanto, todo el mundo se refería a ella como «la vieja»; incluida Frances, hasta hacía poco. Andrew, en cambio, no. Y había notado que Colin había empezado a llamarla Julia. En las tres habitaciones situadas directamente encima de donde se encontraba en ese momento, debajo de las de Julia, vivían los hijos que había tenido con Johnny Lennox: Andrew, el mayor, y Colin, el menor.

Frances también disponía de tres habitaciones: un dormitorio, un estudio y un cuarto que siempre venía bien cuando alguien se quedaba a pasar la noche. Había oído comentar a Rose Trimble: «¿Para qué

necesita tantas habitaciones? Es una egoísta.»

Sin embargo, nadie se preguntaba para qué quería Julia cuatro habitaciones. La casa era suya. En lo alto de ese edificio ruidoso y demasiado concurrido, en el que la gente no paraba de entrar y salir, dormía en el suelo y llevaba amigos cuyos nombres Frances casi siempre ignoraba, había una zona aparte que era todo orden, donde el aire parecía suavemente malva y olía a violetas, con armarios que contenían sombreros de hacía décadas, adornados con velos, diamantes falsos y flores, así como trajes de una tela y un corte extraordinarios, que ya no se encontraban en las tiendas. Julia Lennox bajaba por la escalera y salía a la calle con la espalda erguida y las manos enfundadas en guantes —tenía cajones repletos de ellos—, con zapatos impecables, sombrero y abrigo violeta, gris o malva, rodeada por un halo de aromas florales. «¿De dónde saca esa ropa?», había preguntado Rose antes de descubrir una verdad del pasado: que era posible guardar la ropa durante años y que no era preciso tirarla una semana después de comprarla.

Debajo de la zona de la casa correspondiente a Frances había un salón que se extendía desde el fondo hasta la fachada, y en cuyo amplísimo sofá rojo, los adolescentes solían intercambiarse apasionadas confidencias, de dos en dos; si Frances abría la puerta con cautela, a veces veía hasta media docena de «críos», acurrucados como una camada de cachorros.

El uso de la estancia no justificaba el que le hubieran concedido tanto espacio en el centro del edificio. La vida de la casa se desarrollaba en la cocina. La sala sólo demostraba su utilidad cuando organizaban una fiesta, lo que no ocurría a menudo, porque los chicos iban a discotecas y conciertos de música pop; aunque les costaba salir de la cocina y separarse de la grandiosa mesa que Julia había usado para servir sus cenas, con un ala plegada, en los tiempos en que «recibía invitados», como ella decía.

Ahora la mesa estaba siempre extendida, rodeada de entre dieciséis y veinte sillas y banquetas.

El apartamento del sótano era grande, y Frances casi nunca sabía quién acampaba en él. Los sacos de dormir y los edredones salpicaban el suelo como si fuesen despojos de una tormenta. Cuando bajaba no podía evitar sentirse una especie de espía. Aparte de insistir en que mantuvieran el lugar limpio y ordenado —de vez en cuando les daba por «limpiar», aunque los efectos de esos arrebatos higiénicos no resultaban fáciles de apreciar—, procuraba no interferir. Julia no adolecía de las mismas inhibiciones; a menudo descendía por la estrecha escalera y contemplaba la escena de los durmientes, que en ocasiones seguían dentro de sus sacos hasta el mediodía o incluso más, rodeados de tazas sucias, pilas de discos, radios y montañas de ropa; luego se volvía despacio, una figura severa a pesar de los pequeños velos y los guantes, que en ocasiones llevaban una rosa bordada en la muñeca, y tras deducir por la rigidez de una espalda o por una cabeza que se alzaba con nerviosismo que habían reparado en su presencia, subía lentamente la escalera, dejando en el viciado aire un aroma a flores y polvos cosméticos caros.

Frances se asomó a la ventana para ver si salía luz de la cocina; sí, de manera que estarían todos allí, esperando la cena. ¿Quiénes serían esta noche? En ese momento Johnny dobló la esquina con su Escarabajo, aparcó hábilmente y se apeó. Las fantasías de tres días se desvanecieron en el acto, mientras Frances pensaba: «He sido una idiota, una loca. ¿Qué me indujo a creer que iba a cambiar algo?» Aunque de verdad fuera a realizarse esa película, no habría dinero para ella y los chicos, como de costumbre..., si bien él había asegurado que ya habían firmado el contrato, ¿no?

Durante el tiempo que tardó en caminar despacio, detenerse ante el escritorio para contemplar las dos cartas fatídicas, llegar a la puerta, siempre a paso lento, y empezar a bajar la escalera, fue como si aquellos tres días no hubieran existido. No actuaría en la obra, no disfrutaría de la peligrosa intimidad del teatro con Tony Wilde, y estaba casi segura de que al día siguiente escribiría a *The Defender* para aceptar la columna.

Descendió poco a poco, tratando de recuperar la compostura, y se detuvo ante la puerta abierta de la cocina, sonriendo. Allí estaba Johnny, junto a la ventana, de pie y con los brazos apoyados en el alféizar, lleno de arrogancia y —aunque de un modo inconsciente— también de culpa. En torno a la mesa había un variopinto grupo de jóvenes, entre ellos Andrew y Colin. Todos contemplaban a Johnny, que había estado pontificando sobre un tema u otro, con cara de admiración; todos menos sus hijos. Estos sonreían, como los demás, pero de pura ansiedad. Al igual que Frances, sabían que el dinero que les había prometido se había esfumado en el país de los sueños. (¿Por qué se lo había contado? ¿Debería haber sido más lista!) No era la primera vez. Y también sabían, como ella, que Johnny se había presentado en ese momento, cuando sabía que la cocina estaría llena de jóvenes, para que no lo recibieran con ira, lágrimas, reproches..., aunque todo eso pertenecía al pasado, a un pasado lejano.

Johnny abrió los brazos con las palmas hacia ella y esbozó una sonrisa forzada.

—La película se ha cancelado... La CÍA... —Al ver la cara que ella ponía, dejó la frase sin terminar, mirando con nerviosismo a los chicos.

—No te molestes —replicó Frances—. La verdad es que no esperaba otra cosa.

Entonces los chicos se volvieron hacia ella con un gesto de preocupación que intensificó sus remordimientos.

Frances se aproximó al horno, donde varios platos estaban a punto de llegar al momento de la verdad. Como si la espalda de su ex mujer lo hubiera absuelto, Johnny comenzó con la vieja cantinela sobre la CÍA y sus maquinaciones, que esta vez habían sido responsables de la cancelación de la película.

Colin, que por lo visto necesitaba hechos a los que aferrarse, lo interrumpió:

—Pero, papá, pensé que el contrato...

—Demasiados problemas —se apresuró a alegar Johnny—. No lo entenderías... La CÍA siempre se sale con la suya.

Frances miró con cautela por encima del hombro y descubrió que el rostro de Colin estaba crispado por una mueca que era a la vez de rabia, confusión y resentimiento. Como de costumbre, Andrew parecía tranquilo, casi risueño, aunque ella sabía que se trataba de una falsa impresión. Esa escena y otras parecidas se habían repetido en incontables ocasiones durante la infancia de los chicos.

En 1939, el año en que estalló la guerra, dos jóvenes optimistas e ignorantes —semejantes a los que ese día se hallaban sentados en torno a la mesa— se habían enamorado, al igual que millones de otros jóvenes de los países combatientes, y se habían abrazado buscando consuelo en un mundo cruel. No obstante, también habían sentido entusiasmo, el síntoma más peligroso de la guerra. Johnny Lennox la presentó a la Liga de las Juventudes Comunistas, que estaba a punto de abandonar para convertirse en adulto, aunque todavía no en soldado. El camarada Johnny era casi una estrella, y necesitaba que ella se enterase. Frances se había sentado al fondo de salas atestadas para oírle explicar que se hallaban ante una guerra imperialista y que las fuerzas progresistas y democráticas debían boicotearla. Muy pronto, sin embargo, él apareció vestido de uniforme en las mismas salas, ante la misma gente, exhortándola a poner su granito de arena, porque de pronto, debido al ataque de los alemanes a la Unión Soviética, la guerra era contra el fascismo. Junto a los leales se encontraban algunos alborotadores y opositores que prorrumpieron en abucheos y sonoras carcajadas. Se burlaron de Johnny, que estaba allí tranquilamente describiendo la nueva línea del Partido como si no hubiera dicho justo lo contrario poco tiempo antes. A Frances le impresionó su serenidad; con su postura —los brazos extendidos con las palmas hacia fuera—, aceptaba la hostilidad, casi la provocaba, sufriendo por las duras exigencias de la época. Llevaba un uniforme de la RAF. Su primera intención había sido convertirse en piloto, pero su vista no estaba a la altura de lo exigido, de modo que terminó como cabo, pues por razones ideológicas se había negado a aceptar el grado de oficial. Ocuparía un puesto en la administración.

Así había sido la iniciación de Frances a la política, o más bien a la política de Johnny. A finales de la década de los treinta, mantenerse al margen de la política constituía en cierto modo una proeza para una persona joven, pero eso había hecho exactamente. Era hija de un abogado de Kent. El teatro había representado para ella una ventana hacia el glamour, la aventura, el gran mundo; primero en obras escolares y luego en grupos de aficionados. Aunque siempre había interpretado papeles importantes, la habían encasillado a causa de su clásica belleza inglesa. Sin embargo, ahora también ella llevaba uniforme; figuraba entre las numerosas jóvenes adscritas al Ministerio de la Guerra, y se encargaba sobre todo de llevar a los oficiales de alta graduación en coche de un lado a otro. Las jóvenes atractivas se lo pasaban bien realizando esa clase de trabajo, aunque se trata de un aspecto de la guerra que suele ocultarse por respeto a los muertos, o quizás incluso por vergüenza. Frances bailaba mucho, salía a cenar, y tuvo sus escauceos con seductores franceses, polacos y americanos, pero no olvidó a Johnny ni las angustiadas noches de pasión que habían compartido y que alimentaron la añoranza que más tarde sentirían el uno por el otro.

Entretanto, él estaba en Canadá, adiestrando a los aviadores de la RAF acuartelados allí. A estas alturas lo habían nombrado oficial y, como evidenciaban sus cartas, le iba bien; luego regresó a Inglaterra convertido en capitán y ayudante de un pez gordo. Estaba tan apuesto con uniforme, y ella tan atractiva con el suyo... Esa semana se casaron y concibieron a Andrew, lo que supuso el fin de los buenos tiempos, pues ella estaba encerrada en una habitación con un bebé, sola y asustada por los bombardeos. De pronto tenía una suegra, la temible Julia, que, vestida como una dama de sociedad de una revista de modas de los años treinta, se dignó salir de su casa de Hampstead —la casa que ahora habitaba— para mostrarse horrorizada por el sitio donde vivía Frances y ofrecerle un hueco en su hogar. Frances se negó. Aunque no estuviera metida en política, compartía el ferviente deseo de independencia de su generación. Se había marchado de la casa paterna para mudarse a una habitación amueblada, y con el tiempo, pese a haber quedado reducida a poco más que la esposa de Johnny y la madre de un niño, era independiente, se definía a partir de esa idea y se aferraba a ella. Poca cosa, sin duda, pero era lo único que tenía.

Los días y las noches transcurrieron penosamente, y ella estaba tan lejos de la vida glamurosa que había llegado a disfrutar como si jamás hubiera salido de la casa de sus padres. Los dos últimos años de la guerra trajeron consigo muchas dificultades, pobreza y terror. La comida era mala.

Las bombas, que parecían diseñadas para destrozar los nervios de la gente, afectaban a los suyos. Costaba mucho encontrar ropa, y la poca que se encontraba era horrible. No tenía amigos; sólo se relacionaba con otras mujeres con hijos pequeños. Lo que más temía era defraudar a Johnny cuando regresara, aparecer ante sus ojos como una madre gorda y cansada, muy distinta de la elegante joven de uniforme que lo había enamorado. Y eso fue precisamente lo que sucedió.

Durante la guerra, Johnny había progresado y se había hecho notar. Nadie podía negar que fuese inteligente y rápido, y sus ideas políticas no llamaban la atención en aquellos momentos. Después de la guerra le ofrecieron buenos empleos en el proceso de reconstrucción de Londres. Los rechazó. No estaba dispuesto a dejarse comprar por el capitalismo. Sus ideas y su fe no habían cambiado un ápice. Al camarada Johnny Lennox, vestido otra vez de paisano, sólo le preocupaba la Revolución.

Colin había nacido en 1945. Dos niños pequeños en un piso miserable de Notting Hill, por entonces

una de las zonas más pobres de Londres. Trabajaba para el Partido. Ha llegado el momento de explicar que por «Partido» debe entenderse el Comunista, aunque bastaba con referirse a él de esa manera. Cuando dos extraños se encontraban, solía producirse el siguiente diálogo: «¿Tú también estás en el Partido?» «Por supuesto.» «Me lo imaginaba», lo que significaba: «Eres una buena persona. Me gustas, y por eso tenías que estar en el Partido, como yo.»

Frances no se afilió al Partido, aunque Johnny se lo pidió, asegurándole que resultaba perjudicial para él que su esposa se negara a hacerlo.

—Pero ¿quién va a enterarse? —preguntó Frances, con lo que sólo consiguió que la despreciara un poco más, porque no tenía idea de política ni la tendría nunca.

—El Partido lo sabe —respondió Johnny.

—Lástima.

Decididamente, no se entendían, y el Partido era el menor de sus problemas, por mucho que irritara a Frances. Pasaban privaciones, por no decir que vivían en la miseria. Él lo consideraba un signo de entereza. Al volver de un seminario, «Johnny Lennox habla de la amenaza de la agresión americana», la encontraba tendiendo la colada de los niños en un destartado sistema de cuerdas y poleas precariamente atornillado a la ventana de la cocina, o cuando ella regresaba del parque, con un crío de la mano y el otro en el cochecito.

La cesta de éste estaba llena de comestibles, y detrás del niño había un libro que había llevado con la esperanza de leer mientras los críos jugaban.

«Eres una auténtica mujer trabajadora, Fran», la elogiaba él. Pero si Johnny estaba encantado, su madre no. Cuando iba a verlos, siempre después de anunciarse por escrito en un papel tan grueso que una podía cortarse con él, se sentaba, visiblemente incómoda, en el borde de una silla con restos de galletas o naranja.

—Johnny, esto no puede seguir así —declaraba.

—¿Por qué no, Mutti? —La llamaba Mutti porque ella detestaba ese apodo—. Tus nietos serán un motivo de orgullo para el pueblo británico.

En momentos como ése Frances rehuía la mirada de Julia, porque no quería incurrir en la deslealtad. Sentía que todo en su vida, incluida ella misma, era insulso, feo, agotador, y que las tonterías de Johnny sólo representaban una parte del problema. Todo eso terminaría, estaba segura. Tenía que terminar.

Y así fue, porque Johnny le comunicó que se había enamorado de una auténtica camarada, un miembro del Partido, y que se iría a vivir con ella.

—¿Y yo? —preguntó Frances, aunque ya sabía la respuesta.

—Te pasaré una pensión, desde luego —afirmó Johnny. Nunca lo hizo.

Frances buscó una guardería pública y consiguió un empleo de mala muerte como ayudante del escenógrafo y figurinista en un teatro. Le pagaban muy poco, pero se las apañó. Julia se quejaba de que los niños estaban abandonados y de que su ropa movía a lástima.

—Tal vez debería hablar con su hijo —replicó Frances—. Me debe la pensión alimenticia de un año. —Después fueron dos y luego tres.

«Si la familia le pasase una cantidad decente de dinero, ¿renunciaría al trabajo para ocuparse de los niños?», preguntó Julia.

Frances respondió que no.

—Pero yo no me entrometería—insistió Julia—. Te lo prometo.

—No lo entiende —repuso Frances.

—Claro que no. ¿Te importaría explicármelo?

Johnny dejó a la camarada Maureen y volvió con Frances, tras asegurarle que había cometido un error. Ella lo aceptó. Se sentía sola, sabía que los niños necesitaban un padre y estaba hambrienta de sexo.

La abandonó de nuevo por otra camarada de verdad. Cuando quiso reconciliarse otra vez, ella le dijo: «Largo.»

Ahora trabajaba todo el día en el teatro, y aunque no ganaba mucho más, se las arreglaba. Los niños tenían ocho y diez años. Continuamente surgían problemas en el colegio, y no les iba bien en los estudios.

—¿Qué esperabas? —dijo Julia.

—Yo nunca espero nada —respondió Frances.

Entonces las cosas cambiaron radicalmente. Frances se quedó atónita cuando el camarada Johnny aceptó que Andrew ingresara en un buen colegio. Julia sugirió Eton, porque su marido había estudiado allí. Frances supuso que Johnny se opondría, pero entonces se enteró de que él también había asistido a Eton y de que había conseguido ocultarle este hecho denigrante durante años. Julia no mencionaba el tema porque el paso de Johnny por Eton no los había cubierto precisamente de gloria, ni a él ni a la familia. Había estudiado allí tres años, pero lo había dejado para marcharse a la guerra civil española.

—¿Vas a decirme que te alegras de que Andrew se matricule en esa escuela? —le preguntó Frances por teléfono.

—Bueno, allí al menos recibirá una buena educación —dijo Johnny con frescura, y ella oyó el tácito: «Mira de qué me sirvió a mí la mía.»

De manera que, financiado por Julia, Andrew dejó las miserables habitaciones que compartía con su madre y su hermano para ir a Eton, empezó a pasar las vacaciones con compañeros de clase y se convirtió en un amable desconocido.

Frances asistió a una fiesta de fin de curso, con un atuendo comprado especialmente para la ocasión y el primer sombrero que se ponía en su vida. Al advertir que Andrew se alegraba de verla, pensó que había hecho bien en presentarse.

Algunos se acercaron para preguntar por Julia, la viuda de Philip y la nuera del padre de éste, a quien un viejo recordaba de su infancia. Por lo visto, era una tradición que los Lennox estudiasen en Eton. También la interrogaron sobre Johnny, o Jolyon.

—Qué interesante... —comentó un ex profesor suyo—. Ha escogido una carrera interesante.

A partir de entonces Julia asistió a todas las celebraciones formales, donde, para su sorpresa, la recibían efusivamente; durante los tres años que Johnny había pasado allí, ella sólo se había sentido como la esposa de Philip, es decir, alguien poco relevante.

Colin se negó a ir a Eton, quizás a causa de un profundo y retorcido concepto de lealtad hacia su madre, a quien había visto luchar durante muchos años. Eso no significaba que no se produjeran enfrentamientos entre ellos; el chico peleaba, discutía y sacaba notas tan malas que Frances estaba convencida de que trataba de disgustarla adrede. Por otro lado, se mostraba frío y cruel con su padre cuando éste daba señales de vida para decir que lo sentía mucho pero no tenía dinero para pagar la pensión. Finalmente accedió a ir a una escuela progresista, Saint Joseph, también por cuenta de Julia.

Entonces Johnny propuso algo que esta vez Frances no rechazó. Julia les cedería una parte de la casa a ella y a los niños. No necesitaba tanto espacio, era ridículo...

Frances pensó en Andrew, que al salir del colegio volvía a una u otra vivienda miserable, cuando volvía, y jamás invitaba a amigos a casa.

Pensó en Colin, que no se molestaba en disimular lo mucho que detestaba su forma de vida. Les dijo que sí a Johnny y a su suegra, y aterrizó en la magnífica casa que siempre pertenecería a Julia.

Sólo ella sabía cuánto le había costado decidirse. Durante años había preservado su independencia y cubierto tanto sus gastos como los de los niños sin aceptar dinero de Julia ni de sus propios padres, que la habrían ayudado encantados. Y ahora había firmado la capitulación definitiva: lo que otros veían como «un acuerdo sensato», para ella significaba una derrota. Ya no era la misma, sino un apéndice de la familia Lennox.

En cuanto a Johnny, había hecho lo que cabía esperar de él. Cuando su madre le decía que debía mantener a sus hijos y conseguir un empleo por el que le pagasen un sueldo, él la acusaba a gritos de ser un típico miembro de las clases explotadoras que sólo pensaba en el dinero, mientras que él trabajaba para el futuro de toda la humanidad. Discutían con frecuencia y a voces. Al oírlos, Colin palidecía, guardaba silencio y se largaba durante horas o días. Andrew conservaba su sonrisa displicente e irónica, su pose. En ese entonces pasaba mucho tiempo en casa e incluso llevaba amigos.

Entretanto, Johnny y Frances se habían divorciado, porque él se había casado como era debido, formalmente, en una boda a la que habían asistido Julia y sus camaradas. Su mujer se llamaba Phyllida, y aunque no militaba en el Partido, él afirmaba que tenía madera y que la convertiría en una buena comunista.

Esta pequeña historia era el motivo por el que ahora Frances estaba de espaldas a los demás, removiendo un guiso que no necesitaba que lo removieran. Efecto retardado: le temblaban las rodillas y notaba la boca como si la tuviese llena de ácido, porque su cuerpo por fin empezaba a asimilar las malas noticias, por cierto bastante más tarde que su mente. Pese a que sabía que estaba enfadada, con todo derecho, albergaba más indignación hacia sí misma que hacia Johnny. De acuerdo, se había permitido pasar tres días sumida en un loco sueño..., pero ¿cómo se le había ocurrido involucrar a los chicos? Claro que había sido Andrew quien le había entregado el telegrama; había esperado a que ella se lo enseñase y luego había dicho: «Frances, por fin tu descarriado marido va a cumplir con su obligación.» Se había sentado en el borde de una silla: joven, rubio y atractivo, semejaba más que nunca un pájaro a punto de levantar el vuelo. Era alto, lo que acentuaba su delgadez; los tejanos cubrían holgadamente sus largas piernas, y sus huesudas, estilizadas y elegantes manos reposaban sobre las rodillas con las palmas hacia arriba. Le sonreía, y ella sabía que pretendía ser amable. Se esforzaban por llevarse bien, y sin embargo ella continuaba en guardia, porque había sufrido su rechazo durante demasiados años. El chico se había referido a él como «tu marido», no como «mi padre». Trataba con cordialidad a Phyllida, la nueva esposa de Johnny, aunque luego se quejaba de que era una pesada.

Había felicitado a Frances por el papel que le habían ofrecido en la nueva obra y había bromeado sin malicia sobre las consejeras sentimentales.

Colin también se había mostrado cariñoso, lo cual era raro en él, y había telefoneado a sus amigos para contarles lo de la obra.

La nueva situación suponía una desgracia para los dos; era terrible, pero al fin y al cabo qué más daba un pequeño golpe cuando habían recibido tantos a lo largo de los años, se dijo mientras aguardaba que sus rodillas recuperaran la fuerza, con los ojos cerrados, sujetándose del borde de un cajón con una mano y removiendo el guiso con la otra.

Detrás de ella, Johnny proseguía su discurso sobre la prensa capitalista, las mentiras que publicaba acerca de la Unión Soviética y la imagen tergiversada que presentaba de Fidel Castro.

Tras una perorata semejante, Frances había demostrado que tantos años de oír las críticas y la jerga de Johnny prácticamente no habían hecho mella en ella.

—Parece una persona interesante —había murmurado.

—Por lo visto no he conseguido enseñarte nada, Frances. Es imposible meterte algo en la cabeza —le había soltado él.

—Sí, lo sé, soy tonta.

Había sido una repetición del gran momento, el momento clave y decisivo en que Johnny había regresado a su lado por segunda vez, esperando que lo aceptara: le había gritado que era una nulidad en política, una pequeñoburguesa venida a menos, una enemiga de clase, y ella había respondido:

—Sí, de acuerdo, soy tonta, ahora lárgate.

No podía continuar ahí de pie sabiendo que los chicos la observaban con nerviosismo, dolidos por ella, aunque los demás contemplaran a Johnny con expresión de afecto y admiración.

—Échame una mano, Sophie —pidió.

En el acto aparecieron unas manos serviciales, las de Sophie y en apariencia las de todos los demás, que depositaron las fuentes en el centro de la mesa. Exquisitos aromas inundaron el aire cuando retiraron las tapas.

Tomaron asiento a la cabecera de la mesa, contentos de sentarse al fin, sin fijar la vista en Johnny. Todas las sillas estaban ocupadas, pero había otras junto a la pared, de manera que, si quería, podía acercarse una. ¿Lo haría? Se sentaba a comer con ellos a menudo, lo cual enfurecía a Frances, aunque era obvio que él creía que lo tomaban como un cumplido. Pero esa noche no; después de causar la impresión deseada y saciar (si es que eso era posible) su necesidad de que lo admirasen se marcharía..., ¿no? No se iba. Todas las copas de vino estaban llenas. Johnny había llevado dos botellas; el generoso Johnny, que nunca entraba en un lugar sin su ofrenda para las libaciones... Frances se sentía incapaz de seguir conteniendo la bilis, las indeseadas palabras de amargura que se le agolpaban en la boca. «Vete —le rogó mentalmente—. Lárgate de una vez.»

Había cocinado un abundante y succulento guiso con carne y castañas, según la receta de Elizabeth David, cuyo libro *Gastronomía rural francesa* descansaba, abierto, en algún lugar de la cocina. (Años después exclamaría: «Dios mío, participé en una revolución culinaria sin saberlo.») Estaba segura de que esos jovencitos sólo comían «como es debido» en esa mesa. Andrew servía puré de patatas con apio. Sophie repartía cucharadas de guiso. Colin distribuía las raciones de espinacas a la crema y zanahorias rehogadas en mantequilla. Johnny contemplaba la escena callado, ya que en ese momento nadie le prestaba atención.

¿Por qué no se marchaba?

Los comensales de esa noche, o al menos unos cuantos, eran los que ella consideraba habituales. A su izquierda estaba Andrew, que se había servido raciones generosas pero miraba la comida como si no la reconociese. Junto a él se había sentado Geoffrey Bone, un compañero de colegio de Colin que, hasta donde Frances alcanzaba a recordar, había pasado todas las vacaciones con ellos. Según Colin, no se llevaba bien con sus padres. (Por otra parte ¿quién se llevaba bien con sus padres?) A su lado, Colin había vuelto hacia su padre el redondo y encendido rostro, que irradiaba angustia acusadora, con el cuchillo y el tenedor en las manos. Junto a Colin estaba Rose Trimble, que había salido con Andrew durante una breve temporada: un obligado escarceo con el marxismo lo había llevado a una conferencia titulada «¡África rompe las cadenas!», y allí la había conocido. Aunque la aventura sentimental (¿podía llamarse así?; ella tenía dieciséis años) había terminado, Rose seguía visitando la casa y, de hecho, parecía haberse instalado en ella. Enfrente de Rose estaba Sophie, una chica judía cuya belleza se encontraba en pleno apogeo; esbelta, con brillantes ojos negros y reluciente cabello moreno, sin duda inducía a quienes la veían a pensar primero en la intrínseca injusticia del Destino y luego en los imperativos y exigencias de la Belleza. Colin estaba enamorado de ella. Andrew también. Y Geoffrey. Junto a Sophie se hallaba el polo opuesto del buen chico relativamente apuesto, inglés y amable que era Geoffrey: el impulsivo y angustiado Daniel, a quien recientemente habían amenazado con expulsarlo de Saint Joseph por robar. Era subdelegado, y Geoffrey, el delegado, había tenido que advertirle que debía reformarse o de lo contrario... Era una amenaza vana, desde luego, destinada a impresionar a otros confiriendo visos de gravedad a algo que hacían todos. Este pequeño incidente, que aquellos jóvenes mundanos comentaban con ironía, constituía una confirmación, por si hiciera falta alguna, de la proverbial injusticia del mundo, pues Geoffrey robaba constantemente en las tiendas, pese a que costaba asociar esa cara ingenua y complaciente con las malas acciones. Y había algo más: Daniel reverenciaba a Geoffrey desde siempre, y recibir una regañina de su héroe era más de lo que podía soportar.

Junto a Daniel había una chica que Frances no había visto antes, aunque suponía que en su momento

le hablarían de ella. Era rubia, pulcra y de buena presencia, y al parecer se llamaba Jill. A la derecha de Frances estaba Lucy, que no iba a Saint Joseph: era la novia de Daniel, asistía a Dartington, y se dejaba ver a menudo por allí. Lucy, a quien en un colegio normal habrían nombrado monitora por su carácter responsable, su inteligencia y sus dotes de liderazgo, aseguraba que los colegios progresistas, o por lo menos Dartington, resultaban adecuados para algunos estudiantes, pero que otros necesitaban disciplina y que ella habría deseado asistir a una escuela corriente, con normas, reglamentos y exámenes que la obligaran a esforzarse. Daniel opinaba que en Saint Joseph eran unos hipócritas de mierda que predicaban la libertad, pero a la hora de la verdad reprimían con todo el peso de la moral.

—Yo no diría que reprimen —explicó Geoffrey afablemente a todos los presentes, protegiendo a su acólito—, sino que fijan límites.

—Para algunos —puntualizó Daniel.

—Sí, admito que es injusto —convino Geoffrey.

Sophie comentó que adoraba tanto a Saint Joseph como a Saín (el director). Los chicos trataron de aparentar indiferencia ante esta noticia.

Colin seguía sacando tan malas notas en los exámenes que debía su plácida existencia a la célebre tolerancia de la escuela.

Entre las muchas cosas que Rose le reprochaba a la vida, la principal era que no la hubiesen enviado a un colegio progresista, y cuando se discutían sus ventajas y desventajas, lo que sucedía con frecuencia y a voz en cuello, ella guardaba silencio, con el rubicundo rostro más rojo que nunca a causa de la furia. Sus puñeteros padres la habían mandado a una vulgar escuela para chicas de Sheffield, y aunque a todos los efectos se había «pirado» y vivía aquí, sus quejas contra el colegio no cesaban y solía decir entre lágrimas, a quienes quisieran oírla, que no sabían la suerte que tenían. Andrew había llegado a conocer a los padres de Rose, que eran funcionarios municipales.

—¿Qué tienen de malo? —había preguntado Frances con la esperanza de oír hablar bien de ellos, porque Rose no le caía bien y deseaba que se marchara. (¿Por qué no se lo pedía? Porque habría sido contrario al espíritu de la época.)

—Me temo que son gente corriente —respondió Andrew, sonriendo—. Son los típicos pueblerinos convencionales, y creo que Rose los tiene bastante desorientados.

—Ah —dijo Frances, viendo cómo se esfumaba la posibilidad de que Rose regresara a su casa.

Y también en eso había algo más. ¿No había tildado ella misma a sus padres de aburridos y convencionales en muchas ocasiones? No los consideraba unos fascistas de mierda, desde luego, aunque tal vez los habría descrito así si hubiera estado tan familiarizada con esos adjetivos como Rose. ¿Cómo iba a recriminar a la chica que se alejase de unos padres que no la entendían?

Ya empezaban a servirse más comida..., todos salvo Andrew. Apenas había tocado lo que le habían puesto en el plato. Frances fingió no reparar en ello.

Andrew tenía problemas, aunque resultaba difícil determinar la gravedad de la situación.

Le había ido bastante bien en Eton, había hecho amistades, que en opinión de Frances era lo que debía hacerse, y el año siguiente ingresaría en Cambridge. Hasta entonces se dedicaría a holgazanear, decía. Y estaba cumpliendo su propósito, desde luego. A veces dormía hasta las cuatro o cinco de la tarde, presentaba un aspecto enfermizo y bajo su encanto y don de gentes disimulaba... ¿qué disimulaba?

Frances sabía que era desdichado, pero la desdicha de sus hijos no representaba una novedad. Habría que hacer algo. Julia había bajado a su sección de la casa para preguntarle:

—¿Has entrado en la habitación de Andrew, Frances?

—No me atrevería a entrar sin que él me invitara.

—Eres su madre, ¿no?

Este intercambio de palabras que puso de manifiesto el abismo que mediaba entre ellas, hizo que Frances se quedara mirando a su suegra con impotencia, como de costumbre. No sabía qué decir. Julia, una figura inmaculada, permanecía allí como el Juicio Final, al acecho, y Frances, nerviosa como una colegiala, deseaba desplazar el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—Hay tanto humo que casi no se ve nada —se quejó Julia.

—Ah, ya entiendo, te refieres a la hierba..., a la marihuana, ¿no? Pero hoy en día todos la fuman. —No se atrevió a confesar que ella también la había probado.

—Así que para ti no significa nada, ¿eh? No tiene importancia.

—No he dicho eso.

—Duerme todo el día, se atonta con esa humareda y no prueba bocado.

—¿Qué quieres que haga, Julia?

—Habla con él.

—No puedo... No podría... No me escucharía.

—Entonces hablaré yo. —Julia dio media vuelta sobre sus pequeños e impecables tacones y se marchó

dejando una estela de fresca fragancia a rosas.

Julia y Andrew hablaron. Muy pronto Andrew tomó la costumbre de visitar a Julia en sus habitaciones, algo que nadie se había atrevido a hacer antes, y a menudo regresaba con información destinada a allanar obstáculos y suavizar los roces.

—No es tan mala como crees. De hecho, es encantadora.

—No es la primera palabra que me viene a la mente cuando pienso en ella.

—Pues a mí me cae bien.

—Ojalá bajase de vez en cuando. ¿Crees que comería con nosotros?

—No. No aprueba nuestro estilo de vida.

—Podría reformarnos... —dijo Frances, intentando bromear.

—¡Ja, ja! Pero ¿por qué no la invitas?

—Julia me da pánico —respondió Frances, reconociéndolo por primera vez.

—¡Tú le das miedo a ella! —señaló Andrew.

—Eso es totalmente absurdo. Estoy segura de que jamás ha temido a nadie.

—Mira, mamá, no lo entiendes. Siempre ha vivido muy protegida. No está acostumbrada a nuestro jaleo. No olvides que antes de que muriera el abuelo ni siquiera había cocido un huevo, mientras que tú tienes que vértelas con las hordas hambrientas y hablas su lengua. ¿No te das cuenta? —No había dicho «nuestra» lengua, sino «su» lengua.

—Lo único que sé es que se queda ahí arriba, comiendo una ración minúscula de arenque ahumado y cuatro centímetros de pan y tomando una copa de vino, mientras nosotros nos atiborramos de manjares succulentos. Quizá podríamos subirle una bandeja.

—Se lo consultaré —arguyó Andrew, y tal vez lo hiciera, pero nada cambió.

Frances se obligó a subir a la habitación de Andrew. Eran las seis de la tarde y ya estaba oscureciendo. Hacía dos semanas de eso. Llamó a la puerta, aunque sus piernas casi le exigían que volviera abajo.

Después de unos silenciosos instantes de espera, oyó:

—Adelante.

Frances entró. Andrew estaba fumando tendido en la cama, vestido. A su lado, la ventana dejaba entrever una nebulosa cortina de fría lluvia.

—Son las seis de la tarde —dijo ella.

—Ya lo sé.

Frances se sentó sin que él la invitara a hacerlo. La habitación era amplia y estaba amueblada con muebles antiguos y macizos y bonitas lámparas chinas. Andrew no parecía el ocupante idóneo, y Frances pensó involuntariamente en el marido de Julia, el diplomático, que sin duda se habría encontrado en su elemento allí.

—¿Has venido a sermonearme? No te molestes; Julia ya ha hecho bastante.

—Estoy preocupada por ti —dijo Frances con voz temblorosa; en su garganta se agolpaban años, décadas de preocupación.

Andrew levantó la cabeza de la almohada para mirarla mejor. Sus ojos no reflejaban hostilidad, sino más bien hastío.

—Hasta yo me siento preocupado por mí —dijo—, pero creo que estoy a punto de empezar a controlarme.

—¿De veras, Andrew? ¿De veras?

—Al fin y al cabo, no es heroína, cocaína o... Tampoco hay un montón de botellas vacías debajo de mi cama.

Sin embargo, había algunas píldoras azules esparcidas por el suelo.

—Entonces ¿qué son esas píldoras?

—Ah, las pastillas azules. Anfetas. No te preocupes por ellas.

—Además no son adictivas —agregó Frances como si citara a alguien, tratando infructuosamente de imprimir un dejo irónico a su voz—, y puedes dejarlas en cualquier momento.

—No estoy seguro de eso. Creo que estoy enganchado..., pero a la hierba. Lo cierto es que aligera el peso de la realidad. ¿Por qué no la pruebas?

—Ya la he probado. No me hace nada.

—Lástima —comentó Andrew—. Yo diría que cargas con más realidad de la que eres capaz de soportar.

No añadió una palabra, así que tras una pequeña espera Frances se levantó y al cerrar la puerta oyó:

—Gracias por venir, mamá. Vuelve cuando quieras.

¿Acaso deseaba su «intromisión»? ¿Había estado aguardando a que lo visitara? ¿Necesitaba hablar?

Esa noche en particular percibió con más fuerza el vínculo que había entre ella y sus dos hijos, pero era terrible; los tres estaban unidos por el desencanto, sencillamente porque habían sufrido un nuevo golpe.

Sophie estaba hablando.

—¿Sabes que a Frances le han ofrecido un papel fantástico? —le preguntó a Johnny—. Se convertirá en una estrella. Es genial. ¿Has leído la obra?

—Al final no voy a trabajar en la obra, Sophie —dijo Frances.

Sophie se volvió hacia ella, con sus maravillosos ojos arrasados de lágrimas.

—¿Qué quieres decir? No puedes..., no es..., no puede ser verdad.

—Lo es, Sophie.

Sus dos hijos observaban a la muchacha, quizás hasta le propinaban puntapiés por debajo de la mesa como diciéndole: «Cierra el pico.»

—Oh —gimió la hermosa jovencita, cubriéndose la cara con las manos.

—Las cosas han cambiado —prosiguió Frances—. No puedo explicártelo.

Los dos chicos dirigieron a su padre una mirada acusadora. Johnny se rebulló, amagó un encogimiento de hombros, lo reprimió y sonrió.

—He venido para deciros algo más, Frances —soltó de golpe.

Conque por eso no se había marchado y seguía allí, incómodo, sin sentarse: tenía algo más que decir.

Frances se preparó y vio que Colin y Andrew hacían lo mismo.

—Debo pedirte un gran favor —añadió Johnny a su traicionada mujer.

—¿De qué se trata?

—Habrás oído hablar de Tilly, claro... Ya sabes, la hija de Phyllida.

—Por supuesto que he oído hablar de ella.

Tras sus visitas a Phyllida, Andrew había dado a entender que el clima de la casa no era armonioso y que la niña les ocasionaba muchos dolores de cabeza.

—Phyllida es incapaz de ocuparse de Tilly.

Al oír aquello Frances profirió una carcajada, adivinando lo que seguiría.

—No —dijo—, imposible. De ninguna manera.

—Piénsalo, Frances. No se entienden. Phyllida está desesperada. Y yo también. Quiero que Tilly viva aquí. Tú eres tan buena con...

Frances, paralizada de ira, se percató de que los chicos habían palidecido; los tres permanecieron en silencio, mirándose.

—¡Ay, Frances, eres tan buena, es fantástico...! —exclamó Sophie.

Geoffrey, que después de frecuentar la casa durante tantos años podía considerarse un miembro más de la familia, se sumó a Sophie:

—¡Qué idea genial!

—Un momento, Johnny —dijo Frances—. ¿Me estás pidiendo que me haga cargo de la hija de tu segunda mujer porque vosotros no podéis con ella?

—Exactamente —admitió él, sonriendo.

Se produjo una larga pausa. A los entusiastas Sophie y Geoffrey les pareció que Frances no se lo estaba tomando como habían esperado, con el espíritu progresista del idealismo universal: aquella mentalidad de «todo es para bien en el mejor de los mundos posibles» que algún día simbolizaría los años sesenta.

—Supongo que contribuiréis a su manutención, ¿no? —atinó a decir Frances, y cayó en la cuenta de que con esas palabras estaba accediendo a su petición.

Ahora Johnny escrutó los jóvenes rostros para comprobar si los demás estaban tan escandalizados como él ante la mezquindad de su ex.

—No es cuestión de dinero —replicó con suficiencia.

Al ver acalladas sus protestas, Frances se levantó, se dirigió hacia el mostrador de la cocina y se quedó de espaldas a los demás.

—Quiero traer a Tilly —dijo Johnny—. De hecho, ya está aquí, en el coche.

Colin y Andrew se acercaron a su madre, uno a cada lado. Eso le infundió fuerzas para volverse y encararse con Johnny. Era incapaz de hablar. Al ver a su ex mujer flanqueada por sus hijos, los tres

indignados, con gesto acusador, Johnny también calló, aunque sólo por unos instantes.

Después se recuperó, extendió los brazos con las palmas hacia ellos y declamó:

—De cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad. —Y dejó caer los brazos.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Rose.

—Genial —dijo Geoffrey.

—Precioso —murmuró Jill, la recién llegada.

Todos los ojos estaban fijos en Johnny, una situación que no era nueva para él. Permaneció en su sitio, recibiendo rayos de censura y haces de amor con una sonrisa en la cara. Johnny era un hombre alto con el cabello entrecano cortado a lo emperador romano—«siempre a sus órdenes»—, téjanos negros ceñidos y chaqueta de cuero estilo Mao, confeccionada especialmente para él por una camarada y admiradora de la industria textil. La seriedad era su pose favorita, tanto si sonreía como si no, porque una sonrisa nunca denotaba más que una concesión temporal, si bien en ese momento sonreía con descaro.

—¿Quieres decir que Tilly ha estado esperando en el coche durante todo este tiempo? —preguntó Andrew.

—Joder —gruñó Colin—. Típico.

—Voy a buscarla. —Johnny salió, sin mirar a su ex mujer ni a los chicos al pasar por su lado.

Nadie se movió. Frances pensó que si sus hijos no se hubieran encontrado tan cerca, apoyándola, se habría desmayado. Todas las caras estaban vueltas hacia ellos: los demás por fin habían comprendido que se trataba de un mal momento.

Oyeron que se abría la puerta principal —Johnny tenía un juego de llaves de la casa de su madre, naturalmente—, y luego, en la entrada de la cocina, apareció una pequeña figura asustada, envuelta en una holgada trenca, que intentaba sonreír; pero de su boca brotó un triste sollozo cuando posó la vista en Frances, que según le habían dicho era encantadora y cuidaría de ella «hasta que las cosas se arreglaran». Semejaba un pajarillo abatido por una tormenta; Frances cruzó la estancia y la abrazó, susurrando:

—Tranquila, tranquila.

Entonces recordó que Tilly no era una niña, sino una adolescente de unos catorce años, y que su impulso de sentarse y acunarla en su regazo resultaba absurdo.

—Creo que necesita meterse en la cama —le dijo Johnny, que estaba detrás de ella. Y volviéndose hacia los demás, añadió—: Me voy. —Pero no se fue.

La chica levantó los ojos suplicantes hacia Andrew, que a fin de cuentas era la única persona que conocía entre tantos extraños.

—No os preocupéis, yo me ocupo de ella. —Rodeó los hombros de Tilly con un brazo y dio media vuelta para salir de la cocina—. La llevaré al sótano. Allí se está bien y hace calor.

—Oh, no, no, por favor —gimió la chica—. No puedo estar sola, no puedo, no me obliguéis.

—Claro que no —la reconfortó Andrew. Luego dijo a su madre—: Pondré otra cama en mi habitación, sólo por esta noche. —Y se la llevó.

Todos guardaron silencio mientras escuchaban cómo la convencía de que subiese la escalera.

Frances se volvió hacia Johnny y le dijo en voz baja, esperando que los demás no la oyeran:

—Lárgate. Vete de una vez.

Él trató de ganarse a los jóvenes con una sonrisa; primero a Rose, que se la devolvió, aunque titubeó; sostuvo la mirada de reproche de Sophie y saludó con un seco movimiento de cabeza a Geoffrey, a quien conocía desde hacía años. Y se marchó. La puerta principal se cerró. Después oyeron el golpe de la portezuela del coche.

Ahora Colin seguía a Frances, tocándole el brazo y el hombro, inseguro respecto a lo que debía hacer.

—Vamos —dijo—, subamos.

Salieron juntos. Mientras ascendían por la escalera Frances se puso a soltar tacos, primero en voz baja para que no la oyeran los chicos, luego a gritos.

—Joder, joder, joder, cabrón, maldito cabrón hijo de puta.

Al llegar a su salita se sentó y se echó a llorar. Colin no sabía cómo reaccionar, hasta que se le ocurrió darle unos pañuelos y luego un vaso de agua.

Entretanto, enterada por la boca de Andrew de lo sucedido, Julia bajó, abrió la puerta de Frances sin llamar y entró.

—Por favor, explícamelo —rogó—. No lo entiendo. ¿Por qué permites que se comporte de esta manera?

Julia von Arne había nacido en una región de Alemania especialmente bonita; una zona con colinas, arroyos y viñedos. Era la única niña, la menor de tres hermanos nacidos en el seno de una familia armoniosa y agradable. Su padre era diplomático y su madre, músico. En 1914 recibieron la visita de

Philip Lennox, un prometedor agregado de la embajada británica en Berlín. No era de extrañar que a sus catorce años Julia se enamorase del apuesto Philip —que contaba veinticinco—, pero él también quedó prendado de ella. Era guapa, menuda, con una melena de rizos dorados, y llevaba vestidos acampanados que, según el romántico joven, parecían flores. Había recibido una educación estricta, supervisada por institutrices inglesas y francesas, y a él se le antojaba que cada gesto suyo, cada sonrisa, cada giro de cabeza era medido, estudiado, como si sus movimientos formaran parte de una danza. Al igual que todas las jóvenes aleccionadas para ser conscientes de su cuerpo, debido a los temibles peligros de la falta de recato, sus ojos hablaban por ella, lo que le permitía llegar al corazón con una mirada, y cuando entornaba los delicados párpados sobre unos ojos azules que invitaban al amor, él se sentía rechazado. Philip tenía hermanas, alegres marimachos que disfrutaban del clásico verano ensalzado en tantas memorias y novelas, y las había visto pocos días antes en Sussex. Se había burlado de Betty, una amiga de éstas, porque se había presentado a la cena con sus musculosos y bronceados brazos cubiertos de rasguños blancos que revelaban que había estado jugando con los perros en los campos de heno. Su familia lo había observado para ver si le gustaba esa joven, que podría ser una esposa apropiada, y él estaba dispuesto a tenerla en cuenta. No obstante, aquella menuda señorita alemana le pareció tan glamurosa como una belleza vislumbrada en un harén, rebosante de promesas de una felicidad insospechada, y se figuró que si un rayo de sol la tocaba se derretiría como un copo de nieve. Cuando ella le regaló una rosa roja del jardín, él supo que estaba ofreciéndole su corazón. Le declaró su amor a la luz de la luna y al día siguiente habló con su padre. Sí, sabía que era demasiado joven, pero solicitaba permiso formalmente para proponerle matrimonio cuando cumpliera los dieciséis años. De manera que se separaron en 1914, cuando la guerra estaba en sus inicios, aunque tanto los Arne como los Lennox, al igual que muchos liberales neutrales, consideraban descabellada la idea de que Alemania e Inglaterra llegaran a enfrentarse. Cuando se declaró la guerra hacía dos semanas que Philip había dejado a su amada llorando desconsoladamente. En aquellos tiempos los gobiernos se veían obligados a anunciar que los enfrentamientos acabarían en Navidad, por lo que los amantes estaban convencidos de que volverían a verse pronto.

Casi de inmediato la xenofobia comenzó a envenenar el amor de Julia. Aunque a su familia no le molestaba que amara a un inglés —¿acaso sus respectivos soberanos no se llamaban «primos»?—, los vecinos hacían comentarios insidiosos y los criados chismorreaban. Durante los años que duró la guerra los rumores afectaron no sólo a Julia, sino también a su familia. Sus tres hermanos estaban en el frente, su padre en el Ministerio de la Guerra, y su madre realizaba labores de voluntaria, pero aquellos apasionados días de julio de 1914 los convirtieron a todos en blanco de sospechas y comentarios maliciosos. Julia nunca perdió la fe en su propio amor ni en Philip. A él lo hirieron dos veces; ella se enteró por medios clandestinos, y lloró. Por muy malherido que estuviese, clamaba su corazón, ella siempre lo querría. Lo licenciaron en 1919. Julia estaba esperándolo, convencida de que acudiría a buscarla, cuando en la habitación donde habían flirteado cinco años antes entró un hombre al que supuestamente debía reconocer. Llevaba una manga vacía prendida a la pechera con un alfiler, y su rostro estaba tenso y arrugado. Ella aún no había cumplido los veinte años. Philip vio a una joven alta —había crecido varios centímetros—, con la rubia melena recogida en la coronilla y sujeta con un grueso pasador azabache, vestida de luto riguroso por sus dos hermanos muertos. El tercero —un chico de menos de veinte años— había resultado herido y, todavía uniformado, estaba sentado con la pierna rígida apoyada en un escabel. Los dos hombres, que hasta hacía tan poco habían sido enemigos, se miraron fijamente. Sin sonreír, Philip se acercó a él con la mano tendida. El joven desvió involuntariamente la mirada con una mueca de disgusto, pero enseguida recobró la compostura: sonrió, y se estrecharon la mano. Esta escena, que desde ese día se repetiría muchas veces de distintas maneras, carecía entonces de la importancia que revistiría en la actualidad. La ironía, que enaltece ese elemento que nos empeñamos en excluir de nuestra visión de las cosas, les habría parecido intolerable; nosotros nos hemos vuelto más insensibles.

Y esos dos amantes, que de haberse cruzado en la calle no se habrían reconocido, tuvieron que decidir si la añoranza que habían sentido el uno por el otro durante los terribles años de la guerra era lo bastante poderosa para justificar un matrimonio. Nada quedaba de la encantadora e ingenua niña, ni del hombre sentimental que había llevado la rosa roja junto a su corazón hasta que se había marchitado. Los grandes ojos azules destilaban tristeza, y Philip, al igual que el hermano menor de Julia, solía sumirse en largos silencios cuando recordaba cosas que sólo otros soldados acertarían a comprender.

Se casaron con discreción; no era el momento más apropiado para una ostentosa boda germanobritánica. En Londres el fervor bélico comenzaba a remitir aunque la gente todavía hablaba de los «cabezas cuadradas» y los «hunos». Aun así, se mostraban amables con Julia, que por primera vez, aunque creía que se amaban, se preguntó si no habría sido un error elegir a Philip. Ambos fingían ser personas serias por naturaleza, en lugar de seres que padecían una depresión incurable. A pesar de todo, la guerra quedó atrás y los rencores se disiparon. Julia, que en Alemania había sufrido por su enamorado inglés, hizo un esfuerzo voluntario por convertirse en inglesa. Aunque prácticamente dominaba el idioma, volvió a tomar clases y pronto empezó a hablar un inglés perfecto y exquisito, como pocos nativos eran capaces de hacer. Sabía que tenía modales circunspectos, por lo que intentó adoptar una actitud más desenfadada. Su vestuario también era impecable, pero a fin de cuentas estaba casada con un diplomático y debía guardar las apariencias, como decían los ingleses.

Iniciaron su vida matrimonial en una pequeña casa de Mayfair, donde, con la ayuda de una cocinera y una criada, Julia recibía invitados, como se esperaba de ella, y alcanzó una posición parecida a la que en su recuerdo había ocupado el hogar paterno. Entretanto, Philip había descubierto que casarse con una

alemana no era la mejor receta para una carrera fácil. Las discusiones con sus superiores revelaron que ciertos puestos le estarían vedados —en Alemania, por ejemplo—, y que podía desviarse del recto camino que conducía a la cima y acabar desterrado en lugares como Sudáfrica o Argentina. Entonces decidió ahorrarse decepciones y se pasó a la administración. Progresaría profesionalmente, pero lejos del refinamiento de las cancillerías en el extranjero. A veces coincidía en la casa de su hermana con la Betty con quien podría haberse casado —y que seguía soltera, a causa del gran número de hombres muertos en la guerra— y pensaba en lo diferente que hubiese sido su vida con ella.

Cuando Jolyon Meredith Wilhelm Lennox nació, en 1920, tuvo una enfermera y luego una niñera. Era un niño alto y delgado, con rizos dorados y unos ojos azules que reflejaban hostilidad y censura, casi siempre hacia su madre. Al enterarse por su niñera de que ésta era alemana, pilló una rabieta y se portó mal durante varios días. Lo llevaron a conocer a la familia de Alemania, pero la visita no fue bien; le disgustaron tanto el lugar como sus extrañas costumbres: le exigían que se sentara a la mesa con las manos a los lados del plato mientras no comía, que hablara sólo cuando le dirigiesen la palabra y que entrechocara los talones cuando quisiera pedir algo. Se negó a volver a ese país. Julia discutió con Philip cuando éste decidió enviar al niño a un internado a los siete años. Aunque esto no se consideraría insólito en nuestros días, en aquel entonces Julia hubo de armarse de valor. Philip alegó que todas las personas de su posición hacían lo mismo y se puso como ejemplo: él también había ingresado en un internado a los siete años. De acuerdo, recordaba que había echado de menos a la familia, pero eso carecía de importancia, se superaba pronto. Ese argumento—«¡fíjate en mí!»—, destinado a acallar las protestas por la sencilla razón de que quien lo esgrimía estaba convencido de su superioridad, o al menos de su sensatez, no persuadió a Julia. En el interior de Philip había un lugar al que jamás lograría acceder, una reserva, una frialdad que al principio atribuyó a la guerra, las trincheras, las profundas heridas psicológicas. Pero había empezado a dudar; su relación con las esposas de los colegas de su marido no era lo bastante íntima para preguntarles si ellas también percibían que en sus hombres había un territorio vedado, una zona señalada como VERBOTEN, la entrada a la cual estaba prohibida..., pero ella observaba, se percataba de muchas cosas. «No —pensó—, si separas a un niño tan pequeño de su madre...» Perdió la batalla y también a su hijo, que en adelante se mostró tan cortés y afable como a menudo impaciente.

Que ella supiera, al chico le había ido bien en su primer colegio, pero no en Eton. Los informes distaban de ser buenos. «No entabla amistades con facilidad.» «Es un solitario.»

Durante unas vacaciones lo interrogó, ingeniándoselas para ponerlo en una situación de la que no lograra librarse fácilmente, pues siempre eludía las preguntas directas.

—Dime, Jolyon, ¿el hecho de que yo sea alemana te ha causado problemas?

Él parpadeó, como si quisiera escapar, pero le dedicó su característica sonrisa amable y respondió:

—No, mamá, ¿por qué iba a causarme problemas?

—Era sólo una duda.

Luego le pidió a Philip que «hablara» con Jolyon, con lo que quería decir, desde luego: «Haz que cambie, por favor, me está rompiendo el corazón.»

—Desde luego, no suelta prenda —fue la contestación de su marido.

En realidad, a Julia la tranquilizaba bastante pensar en Eton, pues era consciente del peso de esa institución como forjadora de excelencia y garantía de éxito. Había renunciado a su hijo —su único hijo— para entregarlo al sistema educativo inglés, y esperaba una retribución: que Jolyon saliera adelante, como su padre, y con el tiempo siguiera los pasos de éste, quizá como diplomático.

Cuando murió su padre, y poco después su madre, Philip quiso mudarse a la amplia casa de Hampstead. Era la residencia familiar y él, el hijo, viviría allí. A Julia le gustaba su pequeña casa de Mayfair, tan fácil de llevar y de mantener limpia, y se resistía a vivir en una que tuviese tantas habitaciones. Y sin embargo allí fue a parar. Nunca intentaba imponer su voluntad a Philip. Jamás discutían. Se llevaban bien porque ella no insistía en sus preferencias. Se comportaba como había visto hacerlo a su madre, cediendo a los deseos de su marido. Bueno, alguien tenía que ceder, pensaba Julia, y qué más daba quién lo hiciese. Lo importante era preservar la paz en la familia.

No les costó mucho incorporar los muebles de la casita, procedentes en su mayor parte de su hogar alemán, a la casona de Hampstead, donde de hecho no recibía tantos invitados como antes, aunque disponían de más espacio. Para empezar, Philip no era un hombre particularmente sociable: sólo tenía un par de amigos íntimos y por lo general los veía a solas. Y Julia suponía que se estaba volviendo vieja y aburrida, porque ya no disfrutaba de las fiestas como en el pasado. Aun así, organizaban cenas, a menudo con gente importante, y le complacía saber que lo hacía todo bien y que Philip estaba orgulloso de ella.

De vez en cuando viajaba a Alemania. Sus padres, que estaban envejeciendo, se alegraban mucho de verla, y ella quería a su hermano, ahora el único que le quedaba. Sin embargo, volver a la patria resultaba inquietante, incluso aterrador. La pobreza, el desempleo, los comunistas y luego los nazis estaban por todas partes, y las pandillas infestaban las calles. Y entonces apareció Hitler. Los Von Arne despreciaban por igual a los comunistas y a este último, y creían que ambos fenómenos desagradables desaparecerían sin más. Aquella no era su Alemania, decían. Desde luego no era la Alemania que Julia recordaba como propia; siempre que olvidara, naturalmente, a los calumniadores de la época de la guerra. Habían llegado a acusarla de ser una espía. Las personas serias y educadas no, por supuesto..., bueno, sí, había habido un par de ellas. Llegó a la conclusión de que ya no se sentía a gusto en Alemania, y cuando sus padres

fallecieron le resultó más fácil dejar de visitarla.

Al fin y al cabo, tenía que admitir que el pueblo inglés era un pueblo sensato. Una no podía ni imaginar que permitiesen enfrentamientos entre comunistas y fascistas en las calles... De acuerdo, ocasionalmente estallaba alguna revuelta, pero no había que exagerar; nada de aquello era comparable con Hitler.

Una carta de Eton les informó de que Jolyon había desaparecido, tras dejar una nota en la que decía que se iba a luchar en la guerra civil española. Estaba firmada por «el camarada Johnny Lennox».

Philip se valió de todas sus influencias para averiguar dónde se encontraba su hijo. ¿En la Brigada Internacional? ¿En Madrid? ¿En Cataluña? Por lo visto nadie lo sabía. Julia comprendía a Jolyon, pues le había horrorizado el comportamiento de Gran Bretaña y Francia para con el Gobierno electo de España. Su marido, que al fin y al cabo era diplomático, defendía a su Gobierno y su país, pero a solas con ella confesaba sentirse avergonzado. No admiraba las políticas que estaba respaldando y ayudando a poner en práctica.

Transcurrieron los meses. Por fin llegó un telegrama de su hijo, en el que pedía que le enviaran dinero a una dirección del East End de Londres. Julia lo interpretó como que quería que lo visitaran; de lo contrario les habría indicado un banco. Ella y Philip fueron juntos a la casa, situada en una calle miserable, y encontraron a Jolyon atendido por una mujer de aspecto decente a quien Julia tomó por una criada. Su hijo estaba en un cuarto de la planta alta y sufría una hepatitis que presumiblemente había contraído en España. Hablando con la mujer, que se hacía llamar camarada Mary, advirtió, primero, que ésta no sabía nada de España, y, después, que Jolyon no había estado en aquel país sino en esa casa, enfermo.

—Tardé un tiempo en darme cuenta de que sufría una crisis nerviosa —señaló la camarada Mary.

Era gente pobre. Cuando Philip extendió un talón por una suma considerable, le explicaron con bastante amabilidad que no disponían de cuenta bancaria, insinuando con un dejo apenas sarcástico que las cuentas bancarias sólo eran para ricos. Como no llevaban tanto dinero encima, Philip dijo que les enviaría el dinero al día siguiente, y así lo hizo. Jolyon, que ahora insistía en que lo llamasen Johnny, estaba tan delgado que se le marcaban los huesos de la cara, y aunque aseguraba que la camarada Mary y su familia eran la sal de la tierra, se avino fácilmente a regresar a casa.

Sus padres no volvieron a oír hablar de España, pero en la Liga de las Juventudes Comunistas, donde Johnny se había convertido en una estrella, lo consideraban un héroe de la guerra civil española.

Pusieron a su disposición un cuarto y más tarde una planta entera de la amplia casa, donde recibía a mucha gente que molestaba a los padres y sumía a Julia en un profundo abatimiento. Todos eran comunistas, por lo general muy jóvenes, y continuamente se llevaban a Johnny a asambleas, mítines, cursillos de fin de semana y manifestaciones. Julia le dijo que si hubiera visto las calles de Alemania, plagadas de bandas rivales, no se mezclaría con individuos de esa calaña, y como consecuencia de la discusión subsiguiente, Johnny se marchó. Sentando el precedente de sus futuras pautas de comportamiento, se alojó en las casas de sus camaradas, dormía en el suelo o dondequiera que hubiera un rincón libre y le pedía dinero a sus padres. «Supongo que no querréis que me muera de hambre, aunque sea comunista.»

Julia y Philip no se enteraron de la existencia de Frances hasta que Johnny se casó con ella, durante un permiso, aunque Julia estaba ya bastante familiarizada con lo que describía como «esa clase de chica». Había observado a las jóvenes astutas, descaradas y coquetas que atendían a los oficiales de alta graduación; algunas estaban adscritas al departamento de su marido. «¿Es apropiado que disfruten tanto en medio de esta horrible guerra?», se preguntaba. Bueno, al menos nadie podía tacharlas de hipócritas. (Varias décadas después, mientras se miraba en el espejo con tristeza y rociaba sus blancos rizos con laca, una anciana dama suspiraría: ¡Ah, lo pasábamos tan bien, tan bien... Era tan fascinante..., ¿entiendes?)

La guerra de Julia podría haber sido verdaderamente terrible. Su nombre había figurado en la lista de los alemanes que debían ser enviados al campo de internamiento de la isla de Man. «Nunca tuvieron la intención de recluirtte —aseveró Philip—. Sólo fue un error administrativo.»

Lo fuera o no, Philip hubo de intervenir para que borrasen el nombre de su esposa. Esa guerra atormentó a Julia con recuerdos de la anterior, y le parecía increíble que unos países destinados a ser amigos estuvieran combatiendo una vez más. No se encontraba bien, dormía mal y lloraba a menudo. Philip, comprensivo..., como siempre, la estrechaba en sus brazos y la acunaba. «Tranquila, tranquila, cariño.» Podía abrazarla porque disponía de uno de los nuevos e ingeniosos brazos artificiales que permitían hacer cualquier cosa. Bueno, prácticamente cualquier cosa. Por las noches se quitaba el brazo y lo dejaba en su soporte. Entonces sólo podía abrazar a Julia a medias, de manera que ella lo abrazaba a él.

Los Lennox no fueron invitados a la boda de su hijo con Frances. Se enteraron por un telegrama que llegó poco antes de que Jolyon regresara a Canadá. Al principio a Julia le costaba creer que los tratase de esa manera. Philip la rodeó con el brazo:

—No lo entiendes, Julia —dijo.

—No, no entiendo nada.

—¿No ves que somos enemigos de clase? —explicó él en tono irónico—. No, no llores, Julia, ya madurará. O eso espero.

Sin embargo, miraba por encima del hombro de su mujer con una expresión que reflejaba la misma angustia que la embargaba a ella..., cada vez más a menudo y con mayor intensidad; una angustia desgarradora, generalizada y persistente de la que no conseguía librarse.

Sabían que Johnny estaba haciendo progresos en Canadá. ¿Qué significaba «hacer progresos» en ese contexto? Poco después de que se marchara, llegó una carta con una fotografía de él y Frances en la escalinata del registro civil. Los dos iban de uniforme, el de ella ceñido como un corsé; era una rubia de aspecto alegre y risueño. Una chica tonta, pensó Julia mientras guardaba la carta y la foto. El sobre llevaba el sello de un censor, como si su contenido sobrepasara los límites de la decencia, que era exactamente lo que pensaba Julia. Luego Johnny envió una nota que rezaba: «Podrías ir a ver qué tal se encuentra Frances. Está embarazada.»

Julia no fue. Más adelante Johnny mandó un aerograma en el que les decía que había nacido el bebé, un niño, y que en su opinión lo mínimo que podía hacer Julia era visitar a Frances. «Se llama Andrew», añadía en la posdata, como si se le hubiese ocurrido en el último momento; y Julia recordó las participaciones del nacimiento de Jolyon, enviadas en grandes y gruesos sobres blancos e impresas en una cartulina que semejava finísima porcelana, y las elegantes letras negras que decían «Jolyon Meredith Wilhelm Lennox». A ninguno de los destinatarios les cupo la menor duda de que anunciaban una importante adición a la especie humana.

Sabía que debía ir a ver a su nueva nuera, pero fue postergándolo, y cuando por fin se presentó en la dirección que le había facilitado Johnny, Frances se había marchado. Era una calle lóbrega en la que había un edificio derruido por una bomba. Julia se alegró de no tener que entrar en ninguna de esas casas, pero la enviaron a otra de apariencia aún peor. Estaba en Notting Hill; la recibió una mujer de aspecto descuidado que, sin sonreír le dijo que llamara a esa puerta de allí, la del tragaluz agrietado.

—Un momento —respondió una voz irritada cuando llamó a la puerta—. Vale, adelante.

La habitación, grande y mal iluminada, tenía ventanas sucias, desteñidas cortinas de raso verde y alfombras raídas. En la verdosa penumbra estaba sentada una mujer joven y corpulenta, con las piernas separadas sin medias, y un niño tendido junto a su pecho. Sostenía un libro en la mano, encima de la cabeza del pequeño; que se movía rítmicamente mientras las manos se abrían y cerraban sobre la carne desnuda. El seno descubierto, grande y flácido, exudaba leche.

Julia pensó por un instante que se había equivocado de casa, pues era imposible que aquella joven fuese la de la fotografía. Se quedó allí quieta, forzándose a admitir que en efecto se hallaba ante Frances, la esposa de Jolyon Meredith Wilhelm.

—Siéntese —le espetó la joven, como si verse obligada a pronunciar esas palabras, e incluso contemplar a Julia, fuera la gota que colmaba el vaso.

Frunció el entrecejo y se enderezó. Los labios del bebé soltaron el pezón con un ruido seco, y un líquido lechoso se deslizó desde el pecho hasta una cintura fofa. Frances volvió a introducirle el pezón en la boca; el pequeño dejó escapar un gemido ahogado y empezó a mamar otra vez con los mismos movimientos de cabeza breves y temblorosos que Julia había observado en los cachorros apiñados junto a las tetas de la menuda perra salchicha que había tenido tiempo atrás. Frances se cubrió el otro seno con un trapo que Julia habría jurado que era un pañal.

Las dos mujeres se miraron con desagrado.

Julia no se sentó. Había una silla, pero estaba salpicada de manchas sospechosas. Habría podido sentarse en la cama, pero como estaba deshecha, decidió no hacerlo.

—Johnny me escribió para pedirme que viniera a ver cómo se encontraba —dijo.

La voz fría, suave, casi rumorosa, modulada a un ritmo o una escala que sólo Julia conocía, impulsó a la joven a fijar de nuevo la vista en ella. Luego se echó a reír.

—Estoy como me ve, Julia —dijo Frances.

El pánico empezaba a apoderarse de Julia. Pensó que aquel sitio era horrible, el colmo de la miseria. Si bien la casa en la que ella y Philip habían encontrado a Johnny en la época de su malograda aventura española era pobre, de paredes delgadas y aspecto precario, por lo menos estaba limpia, y la casera, Mary, parecía una mujer decente. En este sitio, en cambio, Julia se sentía atrapada en una pesadilla. Esa desvergonzada joven semidesnuda, con sus grandes pechos de los que chorreaban leche, el bebé que chupaba ruidosamente, un leve olor a vómito o a pañales sucios... Julia tuvo la sensación de que Frances estaba forzándola, casi con brutalidad, a contemplar un estilo de vida indecoroso que ella nunca había tenido que afrontar. Su propio hijo había llegado a sus brazos perfectamente limpio y después de que la nodriza lo alimentase. Julia se había negado a amamantarlo; le parecía un acto demasiado animal, aunque no se había atrevido a decirlo. Los médicos y las enfermeras, con un tacto exquisito, habían convenido en que no debía dar el pecho... por cuestiones de salud. Julia había jugado a menudo con el pequeño y hasta se había sentado en el suelo con él para disfrutar de una hora de esparcimiento, cronometrada al minuto por la niñera. Recordaba la fragancia a jabón y a polvos de talco. Recordaba haber olido con enorme placer la cabecita de Jolyon...

«Es increíble —se dijo Frances—. Esa mujer es increíble»; y el desprecio estuvo en un tris de hacerle soltar una carcajada.

Julia permanecía de pie en medio de la habitación, con su elegante e impecable traje de lanilla gris,

que no presentaba ni una arruga. Lo llevaba abotonado hasta el cuello, donde un pañuelo de seda malva añadía un toque de color. Sus manos, aunque totalmente protegidas de las sucias superficies que la rodeaban por unos guantes grises de cabritilla, hacían pequeños movimientos de rechazo y melindrosa reprobación. Sus zapatos eran como brillantes mirlos, con hebillas de bronce que a Frances se le antojaron lastres, quizá destinados a impedir que los pies remontaran el vuelo, o incluso que empezaran a ejecutar primorosos pasos de baile. El pequeño tul que cubría su sombrero gris, provisto también de una hebilla metálica, no ocultaba la expresión de horror de sus pies. Era una mujer enjaulada, y para Frances, agobiada por la soledad, la pobreza y la ansiedad, su aparición en aquel cuarto, que ella detestaba y del que sólo quería escapar, suponía una provocación deliberada, una ofensa.

—¿Qué quiere que le diga a Jolyon?

—¿A quién? Ah, sí. Pero... —Frances se irguió con energía, sujetando con una mano la cabeza del bebé y con la otra el trapo que le cubría el pecho—. No me dirá que Johnny le pidió que viniera aquí...

—Pues sí, me lo pidió.

Ambas compartieron un momento de incredulidad y se dirigieron sendas miradas inquisitivas. Cuando Julia había leído la carta en la que Johnny le exigía que visitara a su esposa, le había dicho a Philip:

—Creía que nos odiaba. Si no somos lo bastante buenos para asistir a su boda, ¿por qué me ordena que vaya a ver a Frances?

Philip respondió con aspereza, pero también con aire distraído, pues siempre estaba absorto en sus obligaciones.

—Veo que esperas coherencia. En mi opinión, eso es casi siempre un error.

Frances, por su parte, jamás había oído a Johnny hablar de sus padres sin llamarlos fascistas, explotadores o, en el mejor de los casos, reaccionarios. Entonces, ¿cómo era posible que hubiera...?

—Frances, me gustaría mucho ayudarla. —Extrajo un sobre del bolso.

—Oh, no, estoy segura de que Johnny no lo aprobaría. Él nunca aceptaría dinero de...

—Ya descubrirá que es perfectamente capaz de aceptarlo.

—No, no, Julia, por favor.

—Muy bien. Adiós entonces.

Julia no volvió a ver a Frances hasta que Johnny regresó de la guerra, y Philip, que estaba enfermo y moriría pronto, manifestó su preocupación por Frances y los niños. Julia, que aún tenía aquella visita fresca en la memoria, protestó y dijo que estaba segura de que Frances no quería saber nada de ella, pero Philip insistió: «Por favor, Julia. Hazlo sólo para tranquilizarme.»

Julia se dirigió al apartamento de Notting Hill convencida de que lo habían elegido por la sordidez y la fealdad del barrio. Ya tenían dos hijos. El que había visto la primera vez, Andrew, estaba hecho un inquieto y alborotador niño de dos años; el otro, Colin, era un bebé. Una vez más encontró a Frances amamantando. Estaba gorda, fofa, abandonada, y aquel apartamento, a Julia no le cabía la menor duda, constituía un peligro para la salud. Dentro de una fresquera adosada a la pared había una botella de leche y un poco de queso. La pintura de la malla metálica del mueble obstruía las rendijas, de manera que el aire no circulaba bien. La ropa de los niños estaba tendida en una estructura de madera que parecía a punto de venirse abajo. No, replicó Frances con voz fría, hostil y crítica. No quería dinero, no, gracias.

Julia había adoptado inconscientemente una postura suplicante, con las manos temblorosas y los ojos arrasados en lágrimas.

—Pero piensa en los niños, Frances.

Fue como si vertiese ácido sobre una herida. Oh, sí, Frances se preguntaba a menudo qué pensarían sus padres, por no hablar de los de Johnny, de la forma en que vivía con sus hijos.

—Tengo la impresión de que nunca pienso en otra cosa. —El tono de su voz, cargado de furia, decía: «¡Cómo se atreve!»

—Por favor, déjame ayudarte, por favor... Johnny es un necio, siempre lo ha sido, y no es justo que los niños paguen las consecuencias.

El problema era que para entonces Frances estaba totalmente de acuerdo en lo referente a la necesidad de Johnny. La ilusión había desaparecido por completo, dejándole un residuo de irresoluble exasperación para con él, sus camaradas, la Revolución, Stalin y demás. No obstante, quien estaba en la picota ahora no era Johnny, sino ella, su pequeño y amenazado sentido de identidad e independencia. Por eso el «piensa en los niños» de Julia la hirió como un dardo envenenado. ¿Qué derecho tenía ella, Frances, a luchar por su independencia, por sí misma a costa de...? Pero no sufrían, no. Sabía que no sufrían.

Julia se marchó, dio parte de lo ocurrido a Philip y procuró no pensar en aquellas habitaciones de Notting Hill.

Con el tiempo, cuando se enteró de que Frances había entrado a trabajar en un teatro, Julia pensó: «¡Un teatro! ¡Claro! ¿Qué otra cosa si no?» Después, Frances se convirtió en actriz, y Julia se preguntó: «¿Representará papeles de criada?»

Fue al teatro, se sentó en una de las últimas filas de la platea con la esperanza de pasar inadvertida y

vio a Frances encarnar a un personaje secundario en una comedia bastante agradable. Estaba más delgada, aunque todavía rolliza, y lucía una melena de apretados rizos. Hacía de propietaria de un hotel de Brighton. Julia no vio en ella el menor rastro de la risueña jovencita de antes de la guerra con su uniforme ceñido. A pesar de todo, su buena interpretación animó a Julia. Frances se percató de que había ido a verla, porque era un teatro pequeño y Julia había aparecido con uno de sus inimitables sombreros con velo y se había sentado con las enguantadas manos sobre el regazo. Ninguna otra mujer del público llevaba sombrero. Y esos guantes... Ay, ¡qué ridículos!

Durante toda la guerra, sobre todo en los momentos difíciles, Philip había alimentado el recuerdo de un pequeño guante de muselina suiza; aquellos lunares blancos sobre fondo blanco y el pequeño volante en la muñeca se le antojaban una deliciosa frivolidad y una promesa de que la civilización se establecería.

Poco después Philip murió de un ataque al corazón, lo que no sorprendió a Julia. La guerra lo había afectado profundamente. Trabajaba sin descanso, incluso en casa, por las noches. Ella sabía que se había implicado en operaciones audaces y peligrosas y que sufría por los hombres que había enviado a la aventura, a veces a la muerte. La guerra lo había convertido en un viejo y, como a ella, lo había obligado a revivir la anterior: Julia lo sabía por los comentarios mordaces que se permitía hacer de vez en cuando. Estas dos personas que en otro tiempo se habían amado con pasión habían acabado por profesarse una paciente ternura, como si hubiesen decidido proteger sus recuerdos, al igual que una herida, de cualquier contacto brusco, negándose incluso a escrutarlos con atención.

Ahora que Julia estaba sola en la casona, Johnny, que quería instalarse allí, le sugirió que se mudase a un apartamento. Por primera vez en su vida Julia se mantuvo firme y se negó. Viviría allí, y no esperaba que Johnny ni cualquier otro la entendiera. Su casa natal, la de los Von Arne, se había perdido. Su hermano menor había muerto en la Segunda Guerra Mundial. La propiedad se había vendido y ella había recibido el dinero de la transacción. Ahora esa casa, en la que con tantas reservas había vivido en un principio, era su hogar, el único vínculo que le quedaba con aquella Julia que había tenido un hogar, que había deseado tenerlo, que se definía a sí misma a partir de un lugar con recuerdos: ella era Julia Lennox, y esa era su casa.

—Eres egoísta y avara, como todos los de tu clase —le espetó Johnny.

—Tú y Frances podéis venir a vivir aquí, pero yo no pienso marcharme.

—Muchas gracias, Mutti, pero creo que declinaremos la invitación.

—¿Por qué me llamas Mutti? Nunca me llamabas así cuando eras pequeño.

—¿Pretendes ocultar tu origen alemán, Mutti?

—No, no me parece que esté ocultando nada.

—A mí sí. Hipócrita. ¿Qué otra cosa se puede esperar de la gente como tú?

Estaba verdaderamente furioso. Su padre no le había dejado un penique; todo había ido a parar a Julia. Él había planeado vivir en la casa y llenarla de camaradas que necesitaran refugio. Después de la guerra todo el mundo era pobre y vivía a salto de mata, y Johnny se sustentaba de trabajos que hacía para el partido, algunos de ellos ilegales. Se había enfadado con Frances porque ésta se había negado a aceptar una asignación de Julia. Cuando su esposa le había dicho: «No lo entiendo, Johnny, ¿quieres aceptar dinero de un enemigo de clase?», él le había pegado por primera y única vez. Ella le devolvió el golpe con más fuerza todavía. No se lo había preguntado con ánimo de burlarse ni de criticarlo; sólo deseaba, sinceramente, una explicación.

Aunque Julia gozaba de una posición desahogada, no era rica. Podía permitirse costear los estudios de Andrew y Colin, pero si Frances no hubiera aceptado irse a vivir con ella, la vieja habría alquilado parte de la casa. Ahora economizaba en cosas que habrían hecho reír a Frances de haberse enterado. No compraba ropa. Despachó al ama de llaves que vivía en el apartamento del sótano y ella misma empezó a encargarse de las tareas domésticas, con la ayuda de una asistente que iba dos veces a la semana. (A esta mujer, la señora Philby, hubo que persuadirla con halagos y regalos de que siguiera trabajando cuando Frances llegó con sus vulgares costumbres.) Ya no compraba la comida en Fortnum's, pero después de la muerte de Philip había descubierto que sus gustos eran sencillos y que los criterios por los que obligatoriamente debía regirse la esposa de un funcionario del Foreign Office nunca habían sido los suyos.

Cuando Frances ocupó toda la casa, salvo la planta superior, Julia experimentó cierto alivio. Pese a que Frances aún no le caía bien, pues parecía empeñada en escandalizarla, Julia adoraba a los niños y se propuso protegerlos de sus padres. Lo cierto es que ellos le tenían miedo, al menos al principio, pero ella nunca llegó a saberlo. Pensaba que Frances intentaba evitar que se acercasen a ella; ignoraba que los alentaba a visitar a su abuela.

—Por favor. ¡Es tan buena con nosotros! Le encantaría que fuerais a verla.

—Oh, no, es demasiado. ¿Tenemos que ir?

Cuando Frances acudió a la redacción del periódico para aceptar el empleo, se reafirmó en sus preferencias por el teatro. Como periodista *freelance* carecía de experiencia con las instituciones y no albergaba el menor deseo de trabajar en equipo. En cuanto entró en el edificio de *The Defender*, percibió una atmósfera especial: sí, se trataba del *esprit de corps*. Luchaban por continuar con la venerable trayectoria de *The Defender* como abogado de toda clase de causas nobles, una trayectoria que se remontaba al siglo XIX; o eso creían, sobre todo quienes trabajaban allí. Este período, la década de los

sesenta, podía equipararse a cualquiera de las grandes etapas del pasado. Una tal Julie Hackett le dispensó la bienvenida al redil. Era una mujer dulce, por no decir femenina, con mechones de grueso cabello negro sujetos aquí y allá mediante una variedad de pasadores y peinetas, un personaje deliberadamente indiferente a la moda, ya que consideraba que ésta esclavizaba a las mujeres. Observaba con atención todo cuanto la rodeaba lista para corregir errores fácticos o ideológicos, y criticaba a los hombres en cada frase que pronunciaba, dando por sentado, como suelen hacer los creyentes, que Frances coincidía con ella en todo. Había seguido de cerca la carrera de Frances, leyendo artículos suyos en distintos periódicos, incluido *The Defender*, pero uno en particular la había decidido a contratarla. Se trataba de una nota satírica pero benévola sobre Carnaby Street, que empezaba a convertirse en un símbolo de la Gran Bretaña moderna y atraía a los jóvenes, tanto de cuerpo como de espíritu, de todos los rincones del mundo. Frances había escrito que sufrían una especie de alucinación colectiva, ya que se trataba de una callejuela sucia y miserable, y aunque las prendas que se vendían allí no estaban desprovistas de encanto —al menos algunas— no superaban a las de las calles que no iban acompañadas de las mágicas sílabas «Carnaby». ¡Herejía! Una valiente herejía, concluyó Julie Hackett, que comenzó a ver en Frances a un alma gemela.

Le enseñaron un despacho donde una secretaria separaba las cartas dirigidas a «Tía Vera» y las colocaba en distintas pilas, pues hasta las peores desdichas humanas han de encajar en categorías fácilmente identificables. Mi marido es infiel, alcohólico, me pega, no me da suficiente dinero, va a dejarme por su secretaria, prefiere quedarse en el bar con sus amigos a estar conmigo. Mi hijo es alcohólico, drogadicto, ha dejado embarazada a su novia, no quiere marcharse de casa, vive en las calles de Londres, cobra un sueldo pero se niega a contribuir con los gastos de la casa. Mi hija... Las pensiones, las subvenciones, la conducta de los funcionarios, problemas de salud... aunque éstas las contestaba un médico. De las cartas más sencillas se ocupaba la secretaria, firmando con el seudónimo de «Tía Vera», todo un próspero nuevo departamento de *The Defender*. El trabajo de Frances consistiría en leer las cartas, detectar temas o inquietudes frecuentes e inspirarse en ellos para redactar un artículo serio y largo que se publicaría en una página destacada del periódico. Podría escribir e investigar en casa. Si bien formaría parte de la plantilla de *The Defender*, no trabajaría en la redacción, lo que representaba un alivio para ella.

Cuando salió del metro, de regreso a casa, compró comida y bajó la cuesta, cargada con las bolsas.

Julia, que estaba mirando por la ventana, la vio llegar. Al menos aquel abrigo elegante constituía una mejora con respecto a la gruesa trenca de lana: ¿habría alguna esperanza de verla vestida con otra cosa que los tejanos y los jerséis de siempre? Caminaba con dificultad, por lo que le recordó a un burro cargado con alforjas. Cuando se detuvo cerca de la casa, Julia notó que había ido a la peluquería y que llevaba la rubia cabellera peinada a la moda: lisa y con raya en medio.

Había pasado por delante de viviendas donde la música palpitaba y vibraba tan fuerte como los latidos de un corazón furioso, pero Julia había dicho que no estaba dispuesta a tolerar ruidos, que no los soportaba, de manera que siempre escuchaban música con el volumen bajo. Desde el cuarto de Andrew a menudo llegaban suaves melodías de Palestrina o Vivaldi; del de Colin, jazz; del salón, donde estaba el televisor, canciones y voces entrecortadas; del sótano, el bum, bum, bum que necesitaban «los críos».

La casona, completamente iluminada, sin una sola habitación a oscuras, parecía irradiar luz no sólo por las ventanas, sino también por las paredes: exudaba luz y música.

A Frances se le cayó el alma a los pies al ver la silueta de Johnny tras las cortinas de la cocina. Estaba en medio de una arenga, a juzgar por el modo en que gesticulaba, y cuando ella entró lo encontró en el punto culminante. Otra vez Cuba. Alrededor de la mesa había un grupo de jóvenes, a los que no tuvo tiempo de identificar. Andrew, sí; Rose, sí... Sonaba el teléfono. Dejó las pesadas bolsas y levantó el auricular; era Colin, desde el colegio.

—¿Has oído la noticia, mamá?

—No, ¿qué noticia? ¿Te encuentras bien, Colin? Te marchaste esta misma mañana...

—Sí, sí, escucha, acabamos de enterarnos, ha salido en las noticias. Kennedy ha muerto.

—¿Quién?

—El presidente Kennedy.

—¿Estás seguro?

—Le han pegado un tiro. Pon la tele.

—Ha muerto el presidente Kennedy. Le han disparado —anunció por encima del hombro. Silencio absoluto mientras estiraba la mano y encendía la radio. Nada. Se volvió y advirtió que todos, incluido Johnny, estaban estupefactos. Su ex marido había llamado para buscar una «fórmula correcta», y al cabo de unos instantes logró articular un «debemos evaluar la situación...», pero fue incapaz de continuar.

—La televisión —dijo Geoffrey Bone, y «los críos» se levantaron de la mesa, como una sola persona, salieron de la cocina y subieron al salón.

—Cuidado, Tilly está viendo la tele —les gritó Andrew, y corrió tras ellos.

Frances y Johnny se quedaron solos, mirándose.

—Supongo que has venido a preguntar por tu hijastra, ¿no? —inquirió.

Johnny se rebulló, inquieto: ardía en deseos de subir a ver las noticias de las seis, pero había planeado decir algo, y ella aguardó, reclinada contra los estantes que había junto a los quemadores, pensando: «Muy bien, deja que adivine...», y tal como esperaba, él le soltó:

—Es Phyllida, me temo.

—¿Sí?

—No se encuentra bien.

—Eso me ha comentado Andrew.

—Tengo que irme a Cuba dentro de un par de días.

—Entonces más vale que la lleves contigo.

—El problema es que los fondos no alcanzan y...

—¿Quién paga?

De pronto apareció la expresión de «ya estamos», que a ella siempre le permitía juzgar su propio grado de estupidez.

—A estas alturas deberías saber que ciertas cosas no se preguntan, camarada.

En otros tiempos la habría invadido una sensación de incompetencia y culpabilidad; en aquel entonces Johnny poseía una capacidad asombrosa para hacerla sentirse como una idiota.

—Pues te lo pregunto. Pareces olvidar que tengo razones para interesarme por tu economía.

—¿Y cuánto te pagan en tu nuevo trabajo?

Ella le sonrió.

—No lo suficiente para mantener a tus dos hijos y ahora también a tu hijastra.

—Y a cualquiera que venga buscando un plato de comida gratis.

—¿Qué? No querrás que cierre las puertas a estos revolucionarios en potencia, ¿verdad?

—Son una panda de vagos y drogatas —replicó él—. Gentuza. —Decidió no seguir por ese camino y adoptó un tono amistoso, apelando a la bondad de Frances—. Phyllida no está bien; de verdad.

—¿Y qué esperas que haga yo al respecto?

—Quiero que cuides de ella.

—No, Johnny.

—Entonces que la cuide Andrew. No tiene nada mejor que hacer.

—Está ocupado atendiendo a Tilly. Está muy enferma, ¿sabes?

—Casi siempre exagera para que la compadezcan.

—¿Entonces por qué nos la endosaste a nosotros?

—Oh..., joder—protestó el camarada Johnny—. Los trastornos psíquicos no son mi especialidad, sino la tuya.

—Está enferma. Enferma de verdad. ¿Cuánto tiempo pasarás fuera?

Él bajó la cabeza y frunció el entrecejo.

—Dije que volvería dentro de seis semanas, pero con esta nueva crisis... —Al recordar la crisis agregó—: Voy a ver las noticias. —Y salió corriendo de la cocina.

Frances calentó sopa —un caldo de pollo— y pan de ajo, preparó una ensalada, apiló fruta en la frutera y dispuso quesos de distintas clases en una fuente. Pensaba en la pobre Tilly. Un día después de su llegada, Andrew había ido a verla al estudio.

—¿Puedo instalar a Tilly en la habitación de invitados, mamá? —le preguntó—. No quiero que duerma en la mía, aunque creo que le gustaría.

Frances se esperaba ese momento. Su planta estaba dividida en cuatro habitaciones: el dormitorio, el estudio, la sala y un pequeño cuarto que había alojado huéspedes en los tiempos en que Julia dirigía la casa. Ella sentía que ese piso era suyo, un lugar seguro que la resguardaba de todas las presiones, de toda la gente. Ahora Tilly y su enfermedad estarían al otro lado de un estrecho pasillo. Y el cuarto de baño...

—De acuerdo, Andrew; pero no puedo cuidarla, al menos en la medida en que lo necesita.

—No. Me ocuparé yo. Voy a arreglarle la habitación. —Cuando se disponía a marcharse, añadió en voz baja y apremiante—: Está realmente mal.

—Sí, lo sé.

—Tiene miedo de que la encerremos en un manicomio.

—Claro que no la encerraremos; no está loca.

—No —dijo él con una sonrisa irónica, más encantadora de lo que pensaba—, aunque tal vez yo sí,

¿no?

—No lo creo.

Ella oyó bajar a Andrew con la chica y los dos entraron en la habitación de invitados. Silencio. Frances intuyó lo que ocurría. Tilly estaba acurrucada en la cama, o en el suelo, y Andrew la abrazaba, tranquilizándola, quizás incluso cantándole... Lo había oído en otras ocasiones.

Y esa misma mañana había presenciado la siguiente escena: mientras preparaba la comida, Andrew se sentó a la mesa con Tilly, envuelta en una mantilla de bebé que había encontrado en un baúl. Había un bol con copos de maíz y leche delante de ella y otro delante de Andrew. Él le daba de comer igual que lo haría con un niño pequeño:

—Una para Andrew..., una para Tilly..., una para Andrew...

Al oír «una para Tilly», ella abrió la boca, con los grandes y angustiados ojos azules fijos en Andrew. Parecía incapaz de parpadear. Andrew inclinó la cuchara, y ella permaneció sentada con los labios cerrados, sin tragar. Andrew se obligó a comer una cucharada y empezó de nuevo:

—Una para Tilly..., ahora una para Andrew...

Aunque sólo llegaban cantidades insignificantes de comida a la boca de Tilly, al menos Andrew estaba alimentándose.

—Tilly no come —le informó Andrew a Frances—. No, en serio, es mucho peor que yo. No come nada.

En esa época la palabra «anorexia» todavía no era de uso común, al igual que «sexo» o «sida».

—¿Por qué? ¿Lo sabes? —preguntó ella, como diciendo: «Por favor, explícame el motivo por el que a ti te cuesta tanto comer.»

—En su caso, supongo que la culpa es de su madre.

—¿En tu caso no?

—No, en mi caso, yo diría que la culpa es de mi padre. —En ese momento la crítica humorística y el atractivo de aquella pose que le habían forjado en Eton parecieron desentonar con su personalidad y se convirtieron en rasgos grotescos, como máscaras inapropiadas. La miraba fijamente con ojos sombríos, ansiosos, suplicantes.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Frances, tan desesperada como él.

—Esperar, esperar un poco, nada más; todo saldrá bien.

Cuando «los críos» —tenía que dejar de usar esa expresión— bajaron y se sentaron a la mesa, aguardando la comida, Johnny ya no estaba con ellos. Todo el mundo se quedó escuchando la pelea que se libraba en la planta superior. Gritos, insultos, palabras indescifrables.

—Quiere que Julia se vaya a vivir a su piso y cuide a Phyllida mientras él está en Cuba —explicó Andrew.

Todos se volvieron hacia Frances, para ver su reacción. Ella reía.

—Ay, Dios... —Suspiró—. Realmente, no tiene remedio.

Todos intercambiaron miradas de desaprobación. Todos, salvo Andrew. Sentían admiración por Johnny y pensaban que Frances estaba resentida.

—Sencillamente, es imposible —dijo Andrew con seriedad—. No es justo pedirle algo así a Julia.

Solían hablar en tono burlón de la planta superior y de Julia, a quien llamaban «la vieja». No obstante, desde que Andrew había regresado y había trabado amistad con su abuela, se sentían obligados a seguir su ejemplo.

—¿Por qué iba a cuidar de Phyllida? —prosiguió—. Está muy ocupada con nosotros.

Esta nueva perspectiva de la situación suscitó un silencio reflexivo.

—Phyllida no le cae bien —dijo Frances, apoyando a Andrew, y se contuvo para no añadir: «Y yo tampoco. Nunca le han gustado las mujeres de Johnny.»

—¿Cómo iba a caerle bien? —preguntó Geoffrey, y Frances lo observó con expresión inquisitiva: aquello era nuevo—. Phyllida ha estado aquí esta tarde.

—Te buscaba —señaló Andrew.

—¿Phyllida? ¿Aquí?

—Está chalada —terció Rose—. Yo la vi. Está como una cabra. Como una regadera. —Rió.

—¿Qué quería? —preguntó Frances.

—La eché —explicó Andrew—. Le dije que no debía venir a esta casa.

Arriba se oyeron portazos y los gritos de Johnny, que bajó corriendo la escalera, seguido por una sola palabra de Julia: «¡Imbécil!»

Johnny irrumpió echando chispas.

—Vieja puta —espetó—. Puta fascista.

«Los críos» miraron a Andrew, buscando orientación. Estaba pálido, con aspecto enfermizo. Gritos, peleas... aquello era demasiado para él.

—Qué pasada —comentó Rose, fascinada por la violencia de la situación.

—Tilly se alterará otra vez —dijo Andrew.

Hizo amago de levantarse, y Frances, temiendo que utilizara lo ocurrido como excusa para no comer, le rogó:

—Siéntate, Andrew, por favor.

Él se sentó, y ella se sorprendió de que la obedeciera.

—¿Sabías que tu..., que Phyllida ha estado aquí? —le preguntó Rose a Johnny, riendo. Tenía la cara encendida, y sus pequeños ojos negros relampagueaban.

—¡Qué! —exclamó Johnny con voz estridente, mirando de refilón a Frances—. ¿Ha estado aquí?

Nadie respondió.

—Hablaré con ella —afirmó Johnny.

—¿No tiene padres? —inquirió Frances—. Podría irse con ellos mientras estás en Cuba.

—Los odia. Y con razón. Son escoria lumpen.

Rose se tapó la boca con el dorso de la mano, conteniendo una carcajada.

Entretanto, Frances echó una ojeada alrededor para ver quiénes eran los comensales esa noche. Además de Geoffrey..., bueno, y de Andrew y Rose, por supuesto, estaban Jill y Sophie, esta última llorando. Había también un chico a quien no conocía.

En ese momento sonó el teléfono; era Colín otra vez.

—He estado pensando... —dijo—. ¿Está Sophie? Debe de sentirse muy afectada. Ponme con ella.

Eso le recordó a todo el mundo que Sophie tenía que estar afectada, porque su padre había muerto de cáncer el año anterior y la razón por la que pasaba la mayor parte de las noches allí era que en su casa su madre no paraba de llorar y le contagiaba su sufrimiento. Sin duda la muerte de Kennedy...

Sophie prorrumpió en sollozos al teléfono y los demás oyeron:

—Ay, Colin, gracias, tú me entiendes, ay, Colin, sabía que lo harías, ay, vendrás, gracias, muchas gracias.

Volvió a su sitio en la mesa y dijo:

—Colin tomará el último tren —les comunicó, y ocultó el rostro entre las manos, unas manos largas y elegantes con las uñas pintadas en la tonalidad de rosa prescrita para esa semana por los jueces de la moda en Saint Joseph, entre los cuales se contaba. Su larga y brillante melena negra se desparramó sobre la mesa, como si la idea de que no tendría que sufrir sola durante mucho tiempo más se hubiera hecho visible.

—Todos lamentamos lo de Kennedy, ¿no? —dijo Rose con acritud.

¿No debería estar Jill en el colegio? Claro que los alumnos de Saint Joseph iban y venían, sin preocuparse por horarios ni exámenes. Cuando los profesores reclamaban mayor disciplina, seguramente les recordarían los principios sobre los que habían fundado la institución, el más importante de los cuales era el desarrollo personal. Colin había salido hacia allí esa mañana y ya iba camino de casa. Geoffrey había anunciado que quizá fuera al día siguiente: sí, había recordado que lo habían nombrado delegado de su clase. ¿Acaso Sophie había abandonado los estudios definitivamente? Al menos pasaba más tiempo aquí que allí. Jill se había instalado en el sótano con su saco de dormir, y sólo subía a la hora de las comidas. Le había dicho a Colin, quien a su vez se lo había comunicado a Frances, que necesitaba un respiro. Daniel había vuelto al colegio, pero con toda seguridad regresaría a casa si lo hacía Colin: cualquier excusa era buena. Frances sabía que estaban convencidos de que, en cuanto se volvían, se producían acontecimientos maravillosamente espectaculares.

Al fondo de la mesa, una cara nueva le sonreía con aire conciliador, esperando que dijese: «¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?» No obstante ella se limitó a ponerle un plato de sopa delante y a devolverle la sonrisa.

—Me llamo James —se presentó él, ruborizándose.

—Ah, hola, James. Sírvete pan... o lo que quieras.

El chico tendió con ademán vergonzoso una mano grande para tomar una gruesa rebanada de (saludable) pan integral. Sin soltarla, miró en torno a sí con evidente satisfacción.

—James es amigo mío; bueno, en realidad es mi primo —señaló Rose, ingeniárselas para mostrarse nerviosa y agresiva a la vez—. Le expliqué que no habría ningún problema si venía... a cenar, quiero decir...

Frances advirtió que se trataba de otro refugiado de una familia rota, y empezó a hacer mentalmente la lista de la compra para el día siguiente.

Esa noche sólo eran siete a la mesa, incluida ella. Johnny se hallaba de pie junto a la ventana, rígido

como un soldado. Esperaba que lo invitaran a sentarse. Había un sitio libre. Frances no pensaba complacerlo; le traía sin cuidado que su reputación ante «los críos» se resquebrajase.

—Antes de irte, cuéntanos quién mató a Kennedy —dijo.

Johnny se encogió de hombros, desconcertado por una vez.

—¿Los soviéticos tal vez? —sugirió el recién llegado, atreviéndose a reclamar un lugar entre ellos.

—Tonterías —replicó Johnny—. Los camaradas soviéticos no son partidarios del terrorismo.

El pobre James se quedó compungido.

—¿Y Castro? —preguntó Jill. Johnny la miraba con frialdad—. Digo, por lo de bahía de Cochinos, o sea...

—Él tampoco es partidario del terrorismo —dijo Johnny.

—Dame un telefonazo antes de irte —le pidió Frances—. Has dicho que te marchas dentro de un par de días, ¿no?

Sin embargo, Johnny no se largaba.

—Fue un chalado —declaró Rose—. Lo mató un chalado.

—Pero ¿quién le pagó? —preguntó James, que aunque había recuperado la compostura estaba rojo de tanto esfuerzo por hacerse notar.

—No debemos descartar a la CÍA —señaló Johnny.

—Nunca hay que descartarla —convino James, y Johnny lo premió con una sonrisa y un gesto de asentimiento.

Era un joven robusto, corpulento, y sin duda mayor que Rose; mayor que todos los demás... ¿excepto Andrew? Rose se percató de que Frances lo inspeccionaba y reaccionó de inmediato: siempre estaba alerta ante posibles críticas.

—James está metido en política —explicó—. Es amigo de mi hermano mayor. Ha dejado los estudios.

—Vaya —repuso Frances—. Qué novedad.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Rose con ansiedad, furiosa—. ¿A qué ha venido eso?

—Vamos, Rose, estaba bromeando.

—Le gusta bromear —terció Andrew, traduciendo a su madre como si tuviese que dar la cara por ella.

—Hablando de bromas —dijo Frances. Cuando todos habían subido a ver las noticias, había visto en el suelo dos bolsas grandes llenas de libros. Se las señaló a Geoffrey, que no logró reprimir una sonrisa de orgullo—. Veo que hoy has conseguido un buen botín, ¿eh?

Todos rieron. En su mayoría robaban de manera compulsiva, pero Geoffrey había hecho de ello una profesión. Realizaba frecuentes rondas por las librerías para cometer sus hurtos. Prefería los libros de texto, pero se contentaba con cualquier cosa que pillara. Decía que los «liberaba». Se trataba de un chiste de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, y de un nostálgico vínculo con su padre, que había sido piloto de un bombardero. Geoffrey le había contado a Colin que creía que desde entonces su padre había perdido interés por todo. «En particular por mi madre y por mí.» Para lo que la familia obtenía de él, bien podría haberse muerto en la guerra. «¡No eres el único! —le había contestado Colin—. La guerra, la revolución... ¿qué diferencia hay?»

—Dios bendiga a Foyle's —dijo ahora Geoffrey—. He liberado más ejemplares allí que en cualquier otra librería de Londres. Foyle's es un benefactor de la humanidad. —Miraba a Frances con nerviosismo—. Aunque ella no aprueba mi conducta.

Todos lo sabían. A menudo Frances comentaba: «Es culpa de mi nefasta educación. Me inculcaron que robar estaba mal.» Ahora, cada vez que ella o cualquier otro criticaba a los demás o no estaba de acuerdo con ellos, le coreaban: «Es culpa de tu nefasta educación», hasta que Andrew soltó: «Ese chiste ya está muy manido.»

Habían pasado media hora ideando variaciones del manido chiste sobre una educación nefasta.

Johnny atacó con la perorata de costumbre:

—Bien hecho; sacadles a los capitalistas todo lo que podáis. Ellos os han robado a vosotros en primer lugar.

—A nosotros seguro que no, ¿verdad? —lo increpó Andrew.

—A la clase trabajadora. Al pueblo. Joded a esos cabrones siempre que se os presente la oportunidad.

Andrew nunca había robado; lo consideraba una conducta degradante, propia de la escoria, y desafió directamente a su padre.

—¿No deberías volver con Phyllida?

Si bien Johnny podía hacer oídos sordos a las palabras de Frances, la reprimenda de su hijo lo empujó hacia la puerta.

—No olvidéis nunca —sentenció dirigiéndose a todos— que debéis procurar que cada uno de vuestros

actos, cada palabra, cada pensamiento, concuerden con las necesidades de la Revolución.

—Bueno ¿y qué has traído? —le preguntó Rose a Geoffrey, al que admiraba casi tanto como a Johnny.

Geoffrey sacó los libros de la bolsa y los apiló sobre la mesa.

Los únicos que no aplaudieron fueron Frances y Andrew.

Frances extrajo de su maletín una de las cartas que le habían llegado al periódico y leyó en voz alta.

—«Querida Tía Vera»... Esa soy yo... «Querida Tía Vera, tengo tres hijos en edad escolar. Todas las tardes vuelven a casa con objetos robados, casi siempre dulces y galletas...» —Se oyeron gruñidos—. «Pero puede ser cualquier cosa, incluso libros de texto...» —Aplaudieron—. «Hoy mi hijo mayor apareció con unos tejanos carísimos.» —Volvieron a aplaudir—. «No sé qué hacer. Cada vez que suena el timbre, pienso que es la policía.» —Frances les dio tiempo para protestar—. «Mis hijos me asustan. Le agradecería mucho que me aconsejara, Tía Vera. Estoy desesperada.» —Volvió a guardar la carta.

—¿Y qué vas a contestarle? —quiso saber Andrew.

—Quizá deberías aconsejarme, Geoffrey. Al fin y al cabo, un delegado de clase tendría que ser ducho en estos asuntos.

—No seas así, Frances —le reprochó Rose.

—Ay —gimió Geoffrey, tapándose la cara con las manos y moviendo convulsivamente los hombros, como si llorase—, se lo toma en serio.

—Claro que me lo tomo en serio —repuso Frances—. Eso es robar. Sois ladrones. —Se dirigió a Geoffrey con la libertad que le confería el hecho de que prácticamente viviese en su casa desde hacía años—. Eres un ladrón. Eso es todo. Yo no soy Johnny.

Se produjo un silencio angustioso. Rose emitió una risita ahogada. El rostro encarnado del recién llegado, James, equivalía casi a una confesión.

—¡Vamos, Frances! —exclamó Sophie—. No sabía que reprobaras nuestro comportamiento hasta ese punto.

—Pues así es —reconoció Frances, suavizando el gesto y el tono de voz porque se trataba de Sophie—. Ya lo sabes.

—Es culpa de su nefasta educación... —empezó Rose, pero se interrumpió al advertir que Andrew clavaba los ojos en ella.

—Ahora veré si llego a tiempo de oír las noticias y después me pondré a trabajar. —Mientras se marchaba, añadió—: Buenas noches a todos. —Con ello autorizaba tácitamente a cualquiera que quisiera pasar la noche allí, como por ejemplo James.

Llegó a tiempo para las noticias, aunque por poco. Al parecer un loco había disparado contra Kennedy. Por lo que a ella respectaba había muerto otra figura pública, nada más. Probablemente se lo mereciera. Jamás se habría permitido expresar en voz alta un pensamiento tan contrario al espíritu de la época. A veces pensaba que reservarse sus opiniones era lo único que había aprendido de su larga relación con Johnny.

Antes de concentrarse en el trabajo, que esa noche consistiría en leer el centenar de cartas que había llevado a casa, abrió la puerta de la habitación de invitados. Silencio y oscuridad. Se acercó de puntillas a la cama y se inclinó sobre el bulto cubierto por las mantas, que podría haber pasado por el cuerpo de un niño. Y sí, Tilly tenía el pulgar metido en la boca.

—No estoy dormida —dijo una voz débil.

—Estoy preocupada por ti. —Frances notó que le temblaba la voz, aunque se había prometido no involucrarse emocionalmente. ¿De qué serviría?—. Si te preparo una taza de chocolate caliente, ¿te la tomarás?

—Lo intentaré.

Frances lo preparó en su estudio, donde tenía un hervidor eléctrico junto con algunos artículos de primera necesidad, y se lo llevó a la chica, que murmuró:

—No quiero que pienses que no soy agradecida.

—¿Enciendo la luz? ¿Lo beberás ahora?

—Déjalo en el suelo.

Frances obedeció, sabiendo que con toda probabilidad a la mañana siguiente encontraría la taza en el mismo sitio, y llena.

Trabajó hasta tarde. Oyó llegar a Colin, que enseguida se sentó en el amplio sofá a charlar con Sophie. Alcanzaba a oír sus voces, ya que el viejo sofá rojo se hallaba justo debajo de su escritorio. Y exactamente encima estaba la cama de Colin. Percibió que hablaban, ahora en susurros, y unos pasos sigilosos en la planta de arriba. Bueno, estaba segura de que Colin era consciente de que debía tomar precauciones. Se lo había dicho claramente a su hermano, que siempre lo sermoneaba sobre esas cuestiones.

Sophie tenía dieciséis años. Frances hubiera querido estrecharla entre sus brazos y protegerla. Ni Rose ni Jill ni Lucy, ni ninguna de las demás jovencitas que entraban y salían de la casa habían despertado

en ella sentimientos semejantes. Así que ¿por qué Sophie? Porque era preciosa; sí, eso era lo que deseaba proteger y preservar. Y resultaba absurdo..., debería avergonzarse de sí misma. Aunque esa noche ya estaba bastante avergonzada. Abrió la puerta y aguzó el oído. En la cocina parecía haber más gente aparte de Andrew, Rose y James... Por la mañana lo averiguaría.

Durmió mal, y en dos ocasiones cruzó el pasillo para echar un vistazo a Tilly; en una de ellas encontró la habitación a oscuras, silenciosa y con un ligero aroma a chocolate. En la segunda vio que Andrew subía la escalera, después de cumplir la misma misión, y regresó a la cama. Sin embargo, no logró conciliar el sueño. Le preocupaban los robos. Cuando Colin había ingresado en Saint Joseph, tras su mediocre paso por la escuela primaria, habían comenzado a aparecer en casa artículos que ella sabía que no pertenecían a su hijo; pequeñas cosas, como una camiseta, un paquete de bolígrafos, un disco. Recordaba lo mucho que le había impresionado que robase una antología de poesía. Lo riñó. Él alegó que todo el mundo hacía lo mismo y que ella era una anticuada. La cosa no quedó ahí. ¡Iba a un colegio progresista! Una chica llamada Petula, miembro de la primera carnada de amigos —que también iban y venían, si bien con menos libertad, ya que a fin de cuentas eran más jóvenes—, informó a Frances de que Colin robaba porque buscaba amor; o eso aseguraba el profesor encargado de la residencia. Habían discutido acaloradamente el tema durante la comida. No, no se refería al amor de los padres, sino al del director, que por un motivo u otro se había enfadado con Colin. Geoffrey, que ya cinco años antes era casi un miembro más de la familia, estaba orgulloso de lo que robaba en las tiendas. Frances se había escandalizado, pero se había limitado a decirle: «Muy bien, procura que no te pillen.» No le había ordenado que dejara de hacerlo porque no habría obedecido, pero también porque no sospechaba que los robos se convertirían en el pan de cada día. Además, y esto era lo que le impedía pegar ojo, siempre le había gustado formar parte de aquel grupo de jóvenes modernos, los nuevos árbitros de la moda y la moral. Sin duda compartía —o había compartido— un sentimiento que podía definirse en la frase: «Nosotros contra ellos.» La vivaracha Petula (que ahora estaba en una escuela de Hong Kong para hijos de diplomáticos) había asegurado que robar impunemente constituía un rito de iniciación, y que los adultos deberían entenderlo.

Ese día Frances tendría que escribir un artículo largo, sesudo y ecuánime precisamente sobre ese tema. Empezaba a arrepentirse de haber aceptado el trabajo. Le exigiría definirse ante numerosas cuestiones, cuando por naturaleza tendía a observar los puntos de vista antagónicos y limitarse a decir: «Sí, es un asunto muy complejo.»

Hacía poco que había llegado a la conclusión de que robar estaba decididamente mal, y no por culpa de su nefasta educación, sino porque llevaba años escuchando a Johnny alentar toda clase de conductas antisociales, casi como un cabecilla guerrillero: «Tirad la piedra y esconded la mano.» Esta simple verdad se le había revelado de buenas a primeras. Johnny quería destruir cuanto le rodeaba, como si fuera una especie de Sansón. Todo se reducía a eso. La Revolución, de la que tanto hablaban él y sus compinches, consistiría en arrasarlo todo con un lanzallamas, hasta que sólo quedara la tierra quemada y luego..., bueno, reconstruirían el mundo a su gusto, así de simple. Una vez que se entendía este punto, resultaba obvio, pero entonces había que plantearse la siguiente pregunta: ¿era posible que personas incapaces de organizar su propia existencia, personas que vivían en un caos constante, construyeran algo que mereciese la pena? Esta idea sediciosa —que se adelantaba en varios años a su época, al menos en los círculos que ella conocía— convivía con una emoción de la que no era consciente. Pensaba que Johnny era un... No había necesidad de decirlo con todas las letras... Con el tiempo se había forjado una opinión muy clara al respecto, pero asimismo había llegado a depender de aquel halo de cándido optimismo que rodeaba a sus camaradas y a él, así como a todo cuanto hacían. Creía —acaso sin saberlo— que el mundo sería cada vez mejor, que todos ascendían por la escalera mecánica del Progreso, que los males del presente se desvanecerían poco a poco y que la humanidad alcanzaría una época más saludable y dichosa. Y cuando estaba en la cocina, preparando la comida para «los críos», viendo aquellas caras juveniles, escuchando sus voces irreverentes y confiadas, tenía la sensación de que estaba garantizándoles ese futuro, como si se tratase de una promesa silenciosa. ¿Cuál era el origen de ésta? Johnny. La había absorbido del camarada Johnny, y aunque su mente se empeñaba en criticarlo, cada día más, de manera emocional e inconsciente confiaba en él y en su dorado mundo feliz.

Al cabo de unas horas se sentaría a escribir su artículo, en el que expresaría, ¿el qué?

Si no había sido capaz de adoptar una actitud firme ante los hurtos en su propia casa, pese a que había llegado a reprobarlos de manera categórica, ¿qué derecho tenía a decirles a otros lo que debían hacer?

Qué confundidos estaban esos pobres chicos. Al salir de la cocina los había oído reír, pero con inquietud; la voz de James había sonado más alta que las demás, pues deseaba que aquellos espíritus libres lo aceptaran. Pobrecillo, había huido (como ella) de sus aburridos padres provincianos en pos de las maravillas del marchoso Londres y había llegado a una casa que Rose denominaba «Villa Libertad» —le encantaba esa frase— sólo para oír exactamente las mismas palabras de repulsa —seguramente robaba, como todos— que sin duda le dirigían sus padres.

Ya eran las nueve; muy tarde para Frances. Tenía que levantarse. Abrió la puerta del pasillo y vio a Andrew sentado en el suelo, en un punto que le permitía vigilar la habitación de la chica. «Mira, mírala», articuló en silencio.

El pálido sol de noviembre se filtraba en el cuarto de enfrente, donde una figura menuda, con una aureola de cabello rubio y una anticuada prenda rosa —¿una bata?—, permanecía sentada en un taburete. Si Philip la hubiera visto, qué fácil habría sido convencerlo de que se trataba de la joven Julia, su antiguo

amor. En la cama, envuelta en su mantilla infantil, Tilly, apoyada en una pila de almohadas, contemplaba a la anciana sin pestañear.

—No —dijo Julia con voz fría y clara—, no te llamas Tilly. Es un nombre estúpido. ¿Cuál es el verdadero?

—Sylvia —balbució la chica.

—Entonces, ¿por qué te haces llamar Tilly?

—Cuando era pequeña no sabía pronunciar «Sylvia» y decía «Tilly». —Hasta ese momento nadie la había oído pronunciar tantas palabras seguidas.

—Muy bien. Te llamaré Sylvia.

Julia sujetaba una taza dentro de la cual había una cuchara. Delicadamente, llenó ésta con la cantidad apropiada de lo que fuera que contuviese la taza —despedía un vago olor a sopa— y la acercó a los labios de Tilly, o de Sylvia, que los mantenía apretados.

—Ahora escúchame bien. No dejaré que te mates sólo porque eres una tonta. No lo permitiré. Ahora abrirás la boca y te pondrás a comer.

Los pálidos labios temblaron un poco, pero se abrieron, y la joven siguió mirando fijamente a Julia, como hipnotizada. La cuchara entró en la boca y su contenido desapareció. Los espectadores permanecían en vilo, aguardando un movimiento de deglución, que finalmente se produjo.

Frances se volvió hacia su hijo y notó que también tragaba, como por simpatía.

—Verás —prosiguió Julia mientras volvía a llenar la cuchara—, yo soy tu abuelastra, y no permito a mis hijos ni a mis nietos que hagan tonterías. Tienes que entenderme, Sylvia... —Cuchara dentro... otro movimiento de deglución. Andrew tragó saliva de nuevo—. Eres una jovencita muy guapa y muy lista...

—Soy un asco —se oyó desde las almohadas.

—Yo no lo creo; pero si decides ser un asco, lo serás, y yo no lo permitiré. —Otra cucharada—. En cuanto haya conseguido que te recuperes, volverás al colegio y pasarás los exámenes. Luego irás a la universidad y serás médico. Me arrepiento de no haber estudiado Medicina, pero tú lo harás en mi lugar.

—No puedo. No puedo. No puedo volver al colegio.

—¿Por qué no? Andrew me contó que antes te iba muy bien en los estudios. Ahora coge la taza y bébete el resto sola.

Los espectadores contuvieron el aliento; era un momento —¿decididamente?— crítico. ¿Y si Tilly-Sylvia rechazaba la reconstituyente sopa y volvía a meterse el pulgar en la boca? ¿Y si cerraba los labios con fuerza? Julia sujetaba el tazón contra la mano que había soltado la mantilla.

—Toma.

La mano tembló, pero se abrió. Julia le puso con todo cuidado la taza entre los dedos y se los cerró. La mano se levantó, la taza llegó a los labios y por encima de ella brotó un murmullo:

—Pero es tan difícil...

—Lo sé.

Con ayuda de Julia, la temblorosa mano sostuvo la taza junto a los labios. La chica bebió un sorbo y tragó.

—Voy a vomitar —musitó.

—No, de eso nada. Ya basta, Sylvia.

Una vez más, Frances y su hijo contuvieron la respiración. Si bien Sylvia no vomitó, hubo de hacer un esfuerzo para reprimir las arcadas cuando Julia dijo «ya basta».

Entretanto, de «la planta de los chicos» bajó primero Colin y luego Sophie. Los dos se detuvieron. Colin estaba sonrojado y Sophie, que parecía llorar y reír a la vez, hizo ademán de subir otra vez por la escalera pero en cambio se acercó a Frances, y le rodeó los hombros con un brazo.

—Mi querida, querida Frances —dijo, y soltando una carcajada bajó corriendo por la escalera.

—No es lo que estás pensando —aseguró Colin.

—No estoy pensando nada —repuso Frances.

Andrew se limitó a sonreír, guardándose sus consejos.

Colin presenció la escena que tenía lugar en la habitación de invitados, asimiló lo que sucedía y, antes de bajar a grandes zancadas por la escalera, declaró:

—Bien por la abuela.

Julia, que había hecho caso omiso de su público, se levantó del taburete y se alisó la falda. Le quitó la taza a la chica y dijo:

—Volveré dentro de una hora para ver cómo te encuentras —dijo—. Luego te llevaré a mi cuarto de baño para que te laves y te cambies de ropa. Te recuperarás muy pronto, ya lo verás.

Recogió la taza de chocolate que Frances había depositado en el suelo la noche anterior y salió de la habitación.

—Supongo que esto es tuyo —le dijo a Frances, entregándosela. A continuación se volvió hacia Andrew—. Tú también deberías dejar de comportarte como un tonto.

Sin cerrar la puerta de la habitación subió por la escalera recogiendo la bata rosa con una mano, para que no arrastrara.

—Estupendo —dijo Andrew a su madre—. Bien hecho, Sylvia —le gritó a la chica, que sonrió, aunque débilmente. —Subió por la escalera a toda prisa.

Frances oyó una puerta, la de Julia, y luego otra, la de Andrew. En el cuarto de enfrente, un haz de luz caía sobre la almohada, y Sylvia, porque a partir de ese momento sin duda sería Sylvia, lo interceptó con la mano, haciéndola girar mientras la examinaba.

En ese momento se oyeron golpes, timbrazos y alaridos de mujer procedentes de la puerta principal. La adolescente sentada al sol soltó un chillido y se escondió bajo las mantas.

Cuando la puerta se abrió, el clamor de «dejadme entrar» resonó por toda la casa. Era una voz histérica y ronca.

—Dejadme entrar, dejadme entrar.

Andrew salió de su cuarto dando un portazo y bajó corriendo.

—Yo me ocupo de ella. Oh, Dios, cierra la puerta de la habitación de Tilly.

Frances obedeció.

—¿Qué pasa? —gritó Julia desde arriba—. ¿Quién es?

—Su madre —le contestó Andrew en voz baja—. La madre de Tilly.

—Entonces me temo que Sylvia tendrá un contratiempo —dijo Julia, y permaneció en la escalera, en guardia.

Frances, que todavía estaba en camisón, entró en su habitación, se puso rápidamente unos téjanos y un jersey y bajó a toda velocidad en dirección a las voces.

—¿Dónde está? Quiero ver a Frances —aulló Phyllida.

—No grites, iré a buscarla —respondió Andrew sin levantar la voz.

—Aquí estoy —dijo Frances.

Phyllida era una mujer alta y delgada como un palillo, con una alborotada cabellera roja mal teñida y largas y afiladas uñas pintadas de violeta. Señaló furiosamente a Frances con una mano demasiado grande.

—Quiero a mi hija —dijo—. Me has robado a mi hija.

—No seas tonta —protestó Andrew, girando en torno a la histérica mujer como un insecto que intentara decidir dónde picar. Le posó una mano sobre el hombro, para tranquilizarla, pero ella se apartó. Entonces, súbitamente fuera de control, gritó: ¡Basta! —Se apoyó contra la pared, intentando recuperar la compostura. Estaba temblando.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó Phyllida—. ¿Quién cuidará de mí?

Frances advirtió que ella también temblaba; tenía el corazón desbocado y le costaba respirar: aquella dinamo de energía emocional la estaba alterando, y otro tanto le ocurría a su hijo. De hecho, Phyllida, que los contemplaba con la mirada ausente de un mascarón de proa, estaba erguida y con aire triunfal, más serena que ellos.

—No es justo —se lamentó, señalando a Frances con las garras violetas—. ¿Por qué iba a vivir aquí y no conmigo?

Andrew se había repuesto.

—Vamos, Phyllida. —La sonrisa protectora apareció de nuevo en su rostro—. Sabes que no puedes hacer esto.

—¿Por qué? —Phyllida se volvió y centró su atención en él—. ¿Por qué ella tiene casa y yo no?

—Si tú también tienes casa —repuso Andrew—. Yo estuve allí, ¿recuerdas?

—Pero él se marcha y me deja. —Acto seguido, exclamó: ¡Se marcha y me deja sola! —Luego, más tranquila, se dirigió a Frances: ¿Lo sabías? ¿Sí o no? Piensa abandonarme, como a ti.

En cierto modo, ese comentario racional le demostró a Frances hasta qué punto Phyllida le había contagiado su histeria: estaba temblando, y sus rodillas parecían incapaces de sostenerla.

—¿Y? ¿Por qué no dices nada?

—No sé qué decir —consiguió articular Frances—. No entiendo a qué has venido.

—¿Que a qué he venido? ¿Y tienes la desfachatez de preguntármelo? —Y de nuevo se puso a gritar: ¡Tilly! ¡Tilly! ¿Dónde estás?

—Déjala tranquila —dijo Andrew—. Siempre estás quejándote de que no la soportas, ¿por qué no permites que lo intentemos nosotros?

—Pero está aquí. Está aquí. ¿Qué pasa conmigo? ¿Quién cuidará de mí?

El ciclo amenazaba con reiniciarse.

—No puedes pretender que Frances te cuide —respondió Andrew en voz baja pero temblorosa—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Pero ¿qué pasa conmigo? ¿Qué pasa conmigo? —Ahora era casi un gemido, y por primera vez los furiosos ojos parecieron ver realmente a Frances—. No eres precisamente Brigitte Bardot, ¿verdad? Entonces, ¿por qué Johnny pasa tanto tiempo aquí?

La situación adquirió un cariz inesperado. Frances se quedó sin habla.

—Viene a menudo porque nosotros vivimos aquí, Phyllida —contestó Andrew—. Colin y yo somos sus hijos, ¿recuerdas? ¿Lo habías olvidado?

Por lo visto sí. Al cabo de unos momentos bajó el dedo acusador y parpadeó como si acabara de despertar. A continuación dio media vuelta y se marchó dando un portazo.

Frances experimentó una flojera generalizada. Tuvo que apoyarse contra la pared. Andrew permaneció inmóvil, con una sonrisa estúpida en los labios. «Es demasiado joven para afrontar esta clase de situaciones», pensó Frances. Se encaminó con paso vacilante hasta la cocina, se agarró a la puerta mientras entraba y vio a Colin y a Sophie sentados a la mesa, comiendo tostadas.

Enseguida advirtió que Colin iba a criticarla. Sophie había estado llorando otra vez.

—Bueno —soltó Colin con frío rencor—, ¿qué esperabas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Frances. Era una pregunta absurda, pero intentaba ganar tiempo.

Se sentó con la cabeza apoyada en las manos. Sabía bien a qué se refería Colin. Se trataba de una acusación general: le echaba en cara que ella y su padre lo hubieran echado todo a perder; que Frances no fuese una cómoda madre convencional, como las demás, y que llevaran una vida bohemia, que a él le molestaba profundamente por temporadas, aunque en ocasiones reconocía que le gustaba.

—Se presenta aquí—prosiguió Colin—, aparece como si tal cosa y monta un escándalo, y ahora tenemos que cargar con Tilly.

—Quiere que la llamemos Sylvia —puntualizó Andrew, que se había acercado a la mesa.

—Me da igual cómo se llame —replicó Colin—. ¿Qué diablos hace aquí?

Se le habían humedecido los ojos, y con sus gafas de montura negra parecía un pequeño búho con las plumas erizadas. Andrew, larguirucho y delgado, era la antítesis de Colin, redondo, con una cara tersa y franca que en este momento estaba hinchada por el llanto.

Frances cayó en la cuenta de que aquellos dos, Colin y Sophie, debían de haber pasado la noche abrazados llorando, ella por su padre muerto, él por su angustia ante..., bueno, ante todo.

—¿Por qué la tomas con mamá? No es culpa suya —señaló Andrew, que al igual que Frances seguía conmocionado y tembloroso.

Si Frances no hacía algo para evitarlo, los dos hermanos se enzarzarían en una pelea. Discutían a menudo, siempre porque Andrew defendía a Frances cuando Colin le hacía reproches.

—Por favor, Sophie, prepárame una taza de té —pidió Frances—. Y estoy segura de que a Andrew también le vendría bien una.

—Ya lo creo—admitió Andrew.

Sophie se levantó, contenta de que le pidieran un favor. Al perder el apoyo de su presencia delante de él, Colin miró alrededor parpadeando, tan descontento que Frances habría querido abrazarlo..., aunque él jamás se lo hubiera permitido.

—Iré a ver a Phyllida más tarde —anunció Andrew—, cuando se haya tranquilizado. No es mala persona cuando está serena. —Se puso en pie de un salto—. Dios, me había olvidado de Tilly, quiero decir de Sylvia, y seguramente lo ha oído todo. Cada vez que su madre se mete con ella, la deja hecha polvo.

—A mí también me ha dejado hecha polvo —reconoció Frances—. No puedo parar de temblar.

Andrew salió corriendo de la cocina y no volvió. Julia había bajado a ver a Sylvia, que estaba escondida debajo de las mantas, gritando: «Que no se me acerque, que no se me acerque», al tiempo que Julia repetía una y otra vez: «Calla, calla. Se marchará enseguida.»

Frances bebió el té en silencio mientras los temblores remitían. Si hubiera leído en un libro que la histeria era contagiosa, habría comentado: «Pues sí, es lógico.» Sin embargo, no lo había experimentado en carne propia hasta ese momento. «No me extraña que Tilly esté hecha un lío si ha vivido en un ambiente así», pensó.

Sophie se había sentado junto a Colin y se habían rodeado mutuamente con un brazo igual que un par de huérfanos. Al cabo de un rato salieron a tomar el tren para regresar al instituto, y antes de marcharse Colin miró a su madre y le sonrió con aire contrito. Sophie la abrazó.

—Ay, Frances, no sé qué sería de mí si no pudiera venir aquí.

Frances ya no podía evitar escribir su artículo.

Dejó a un lado las cartas sobre robos y buscó otro tema. «Querida Tía Vera, estoy tan preocupada que no sé qué hacer.» Su hija de quince años se acostaba con un chico de dieciocho. «Estas niñas piensan que son como la Virgen María, que no corren ningún riesgo.» Aconsejó a la ansiosa madre que consiguiese anticonceptivos para su hija. «Consulte a su médico de cabecera —escribió—. Los jóvenes de hoy empiezan a mantener relaciones sexuales mucho antes de lo que nosotros lo hicimos. Pregunte por la nueva píldora. Surgirán problemas. No todas las adolescentes son responsables, y la píldora debe tomarse con regularidad, todos los días.»

Así fue como el primer artículo de Frances suscitó una tormenta de indignación moral. Llegaron montones de cartas de padres asustados, y Frances temió que la despidieran, pero Julie Hackett se mostró encantada. Frances estaba haciendo aquello para lo que la habían contratado, lo que se esperaba de alguien lo bastante valiente para afirmar que Carnaby Street era un vulgar espejismo.

Los refugiados que habían llegado a Londres huyendo de Hitler, y después de Stalin, eran muy pobres, a menudo paupérrimos, y vivían como podían de una traducción por aquí, una reseña literaria por allá y alguna que otra clase de idiomas. Trabajaban de conserjes en hospitales, o en la construcción o haciendo faenas domésticas. Algunos bares y restaurantes tan miserables como ellos les ayudaban a satisfacer la nostálgica necesidad de sentarse a tomar un café y hablar de política y literatura. Habían estudiado en universidades de toda Europa y eran intelectuales, una palabra que inevitablemente despertaba desconfianza entre los xenófobos e ignorantes británicos, que cuando admitían que los recién llegados eran mucho más cultos que ellos no lo decían precisamente como un elogio. Cierta cafetería en particular servía gulash, bolas de masa hervida, sopas espesas y otros sustanciosos platos a esos inmigrantes abandonados a su suerte que pronto aumentarían la riqueza y el prestigio de la cultura nacional. A finales de los cincuenta y principios de los sesenta había por allí editores, escritores, periodistas, artistas e incluso un premio Nobel, y un extraño que entrara en el Cosmo se llevaría la impresión de que ése era el lugar más moderno del norte de Londres, pues todo el mundo vestía con el uniforme del anticonvencionalismo: jerséis de cuello cisne, tejanos caros, chaquetas estilo Mao o cazadoras de cuero, y llevaban largas melenas o el popular corte de pelo que imitaba al de los emperadores romanos. También había unas pocas mujeres con minifalda, las novias de aquellos hombres, que asimilaban las atractivas costumbres extranjeras mientras bebían el mejor café de Londres y comían pastas de crema de inspiración vienesa.

Frances había adquirido el hábito de ir a trabajar al Cosmo. En la sección de la casa que consideraba suya, protegida contra posibles invasiones, vivía pendiente de los pasos de Julia o de Andrew, que visitaban constantemente a Sylvia para llevarle una taza de esto o de lo otro e insistían en que dejara la puerta abierta, porque a la niña le daba miedo estar encerrada. Por otro lado, Rose deambulaba furtivamente por la casa. En una ocasión en que Frances la había pillado husmeando entre los papeles de su escritorio, se había limitado a reír y decir alegremente: «Ay, Frances», antes de salir corriendo. Julia también la había sorprendido en sus habitaciones. No robaba, o no mucho, pero era una espía nata. Julia le exigió a Andrew que la echara, y éste se lo comunicó a Frances, que, aliviada porque no le caía bien la chica, le sugirió a Rose que era hora de que regresase con su familia. Crisis nerviosa. Según los informes que llegaban del sótano, donde vivía Rose («Es mi madriguera»), se pasaba el día en la cama llorando y tenía aspecto de enferma. Cuando las cosas se tranquilizaron, la joven volvió a sentarse a la mesa para cenar, con una actitud a un tiempo desafiante, enfurruñada y conciliatoria.

Alguien podría haber aducido que quejarse de esos pequeños trastornos domésticos y luego ir a sentarse en un rincón del Cosmo, cuyas paredes retumbaban con los debates y las conversaciones, era —sin duda— un tanto retorcido, sobre todo porque las cosas que se oían casi siempre tenían que ver con la Revolución. Todos los parroquianos eran revolucionarios, aunque paradójicamente habían huido del resultado de una revolución. Representaban, en su mayoría, alguna fase del sueño, y podían pasarse horas discutiendo sobre determinada asamblea celebrada en Rusia en 1905, o en 1917; sobre lo que había ocurrido en Berchtesgaden o cuando las tropas alemanas habían invadido la Unión Soviética, y sobre el estado de los yacimientos petrolíferos rumanos en 1940. Hablaban de Freud, Jung, Trotski, Bujarin, Arthur Koestler y la guerra civil española. Y a Frances, que hacía oídos sordos cuando Johnny pronunciaba sus arengas, el ambiente se le antojaba curiosamente relajante, a pesar de que no prestaba atención a lo que decían. Es verdad que un café ruidoso y lleno de humo de cigarrillo (a la sazón un acompañamiento indispensable de la actividad intelectual) resulta más íntimo que una casa donde la gente se reúne para charlar. A Andrew le gustaba aquel sitio, y a Colin también: opinaban que irradiaba energía positiva, por no mencionar las buenas vibraciones.

Johnny acudía a menudo, pero se había ido a Cuba, por lo que ella no corría peligro.

Frances no era la única colaboradora del *The Defender* en aquel bar. Había también un hombre que escribía sobre política y a quien Julie Hackett le había presentado de la siguiente manera: «Este es nuestro principal politicastro, Rupert Boland. Es un intelectualoide, pero no es mala persona para tratarse de un hombre.»

Aunque se trataba de un tipo que no habría llamado la atención en circunstancias normales, allí destacaba porque llevaba corbata y un austero traje marrón. Tenía un rostro agradable, y al igual que ella estaba escribiendo o tomando notas con un bolígrafo. Se saludaron con una inclinación de la cabeza y una

sonrisa, y justo en ese momento Frances avistó a un individuo alto, con chaqueta estilo Mao, que se levantaba para marcharse. Dios, era Johnny. Se puso un largo abrigo afgano teñido de azul, el último grito en Carnaby Street, y salió. Unas mesas más allá estaba Julia, sentada en un rincón, obviamente intentando esconderse (probablemente de Johnny). Estaba charlando con... un amigo a todas luces muy íntimo. ¿Su novio? Hacía poco que Frances había caído en la cuenta de que Julia apenas había superado la barrera de los sesenta y pocos años. Pero no, era imposible que tuviese una aventura (o una *liaison*, como con toda seguridad habría dicho ella) en una casa llena de adolescentes fisgones. Resultaba tan impensable como que la tuviera Frances.

Al abandonar el teatro, probablemente para siempre, Frances había sentido que cerraba las puertas a un posible romance o una relación seria.

Y Julia... Frances pensó que debía de encontrarse bastante sola en la última planta de aquella casa atestada y ruidosa, donde los jóvenes la llamaban «vieja», o incluso «vieja fascista». Escuchaba música clásica por la radio y leía. Sin embargo, de vez en cuando salía, y por lo visto iba a ese lugar.

Julia llevaba un traje azul pastel y un sombrero malva con —por supuesto—un pequeño velo de tul. Sus guantes estaban sobre la mesa. Su amigo, un señor canoso y bien conservado, presentaba un aspecto tan elegante y anticuado como ella. Se levantó y se inclinó sobre la mano de Julia, rozándola con los labios. Ella sonrió y saludó agachando brevemente la cabeza. Cuando él se hubo marchado, la cara de Julia se recompuso, adoptando una expresión que Frances habría calificado de estoicismo. Había disfrutado de una hora de libertad y ahora regresaría a casa, o quizá fuese a hacer algunas compras. ¿Quién se ocupaba de Sylvia? Andrew debía de encontrarse en casa. Aunque Frances no había vuelto a entrar en su habitación, estaba convencida de que pasaba muchas horas a solas allí, fumando y leyendo.

Era viernes. Preveía que esa noche habría un montón de sillas apiñadas alrededor de la mesa a la hora de la cena. Sería una ocasión especial, y todo el mundo lo sabía, incluida la pandilla de Saint Joseph, porque Frances había telefonado a Colin para comunicarle que Sylvia bajaría a cenar y encargarle que se asegurase de que todos la llamaran por su nombre.

—Y pídeles que se comporten con tacto, Colin.

—Gracias por confiar tanto en nosotros —había respondido él.

Su protector afecto hacia Sophie se había convertido en amor, y en Saint Joseph todos los tenían por pareja. «Una pareja de tortolitos», había dicho Geoffrey con magnanimidad, ya que lo más probable era que estuviese celoso. De él siempre cabía esperar una actitud caballerosa, a pesar de los hurtos..., de que fuera un ladrón. No podía decir lo mismo de Rose, cuya envidia de Sophie se reflejaba en sus ojos y en su semblante lleno de rencor.

Querida Tía Vera: Nuestros dos hijos se niegan a volver al instituto. El varón tiene quince años. La chica, dieciséis. Estuvieron haciendo novillos durante meses sin que nos enterásemos. Luego la policía nos informó de que pasaban mucho tiempo con gente poco recomendable. Ahora prácticamente no vienen a casa. ¿Qué podemos hacer?

Sophie había anunciado que no volvería al colegio después de Navidad, pero quizá cambiara de idea sólo para estar con Colin. No obstante, él aseguraba que le iba mal y que no quería presentarse a los exámenes finales, previstos para el verano. Tenía dieciocho años. Se quejaba de que los exámenes eran una estupidez y él demasiado mayor para ir a la escuela. Rose —de la que Frances no era responsable— había abandonado los estudios. Y James también. Sylvia llevaba meses sin asistir a clase. Geoffrey sacaba buenas notas, como siempre, y todo parecía indicar que sería el único que se presentaría a los exámenes. Daniel lo haría sólo por imitarlo, si bien no era tan listo como su ídolo. Jill pasaba más tiempo en casa que en el instituto. Lucy, de Dartington, también se presentaría y era evidente que aprobaría con calificaciones brillantes.

Frances, que siempre se había mostrado obediente, asistía a clase con puntualidad, se presentaba a los exámenes y de no haber sido por la guerra y por Johnny con toda seguridad habría ingresado en la universidad. No entendía cuál era el problema. Pese a que nunca le había gustado mucho el colegio, lo consideraba un proceso inevitable. Tarde o temprano no le quedaría otro remedio que ganarse la vida; eso era lo importante. En la actualidad, los jóvenes no parecían pensar en esas cosas.

Escribió la carta que le habría gustado enviar y que naturalmente no enviaría.

Estimada señora Jackson: No tengo la menor idea de qué aconsejarle. Por lo visto, hemos criado una generación que espera que la comida le caiga en la boca sin trabajar por ella. Con mis más sinceras disculpas,

Tía Vera

Julia se levantó. Recogió el bolso, los guantes y un periódico, y al pasar junto a Frances la saludó con una inclinación de la cabeza. Ésta se incorporó para ofrecerle una silla, pero tardó demasiado y Julia se fue. Si hubiese hecho las cosas bien —si no hubiera titubeado—, Julia se habría sentado con ella. Y a lo mejor, por fin, habría entablado amistad con su suegra.

Tomó asiento de nuevo, pidió otro café y luego sopa. Andrew le había dicho que si uno acertaba a llegar en el momento oportuno, la sopa de gulash que le servían contenía lo que quedaba en el fondo de la olla, algo parecido a un guiso, que estaba delicioso.

No sabía qué escribir para el tercer artículo. El segundo había versado sobre la marihuana, y no había supuesto un gran esfuerzo para ella. Se había limitado a proporcionar información objetiva y había recibido muchas cartas en respuesta.

Los parroquianos del Cosmo resultaban de lo más curioso; había entre ellos gente de toda Europa, y últimamente también británicos, desde luego. Y muchos judíos. Pero no todos.

Cuando uno de «los críos» le había preguntado a Julia si había sido una refugiada, ésta había contestado: «Me encuentro en la desafortunada situación de ser una alemana que no es judía.»

Sorpresa e indignación. La posición fascista de Julia había quedado confirmada; aunque todos empleaban la palabra «fascista» como si dijieran joder o mierda, sin otra intención que la de descalificar a alguien que no les caía bien.

Sophie había comentado que Julia le producía escalofríos, como todos los alemanes.

En cuanto a Julia, había dicho de Sophie: «Posee la belleza característica de las judías jóvenes, pero acabará siendo una vieja bruja, como todas nosotras.»

Si Sylvia-Tilly bajaba a cenar, habría que preparar comida adecuada para ella. No convenía servirle un plato diferente, y sin embargo lo único que comía eran patatas. Muy bien, Frances hornearía un enorme pastel de carne, de modo que las chicas que estaban a dieta podrían dejar el puré y comer el resto. También habría verdura. Rose no probaba la verdura hervida, pero sí la ensalada. Geoffrey jamás comía verdura o pescado: hacía años que Frances se preocupaba por su alimentación, pese a que no era su hijo. ¿Qué opinarían sus padres de que casi nunca estuviera en su casa y pasara todo el tiempo con ellos... o más bien con Colin? Cuando se lo había preguntado, había respondido que se alegraban de que tuviera adonde ir. Al parecer, los dos trabajaban mucho. Eran cuáqueros. Religiosos. Una casa aburrida, por lo visto. Aunque le había cobrado cariño a Geoffrey, no pensaba perder ni un minuto preocupándose por Rose. Cuidado, Frances: si algo había aprendido había sido a no decir lo que aceptaría o rechazaría del destino, que tenía sus propias ideas.

Pero quizás el destino radique simplemente en el temperamento, que por medios inescrutables atrae determinados acontecimientos e individuos. Hay personas que (tal vez de una manera inconsciente en la juventud, hasta que se ven obligados a admitir que la culpa es de su carácter) adoptan cierta pasividad ante la vida, se quedan aguardando a que algo llegue a su plato, caiga en su regazo o aparezca ante sus ojos —«¿Qué te pasa? ¿Estás ciego?»—, y llegado el momento no intentan pillarlo al vuelo, sino que esperan a que lo que sea se desarrolle y se manifieste. Luego la tarea consiste en sacarle el máximo provecho, en hacer lo que se pueda con lo que a uno le ha tocado en suerte.

Quién le hubiera dicho a los diecinueve años, cuando se había casado con Johnny y no tenía razones para esperar más que guerras y malas rachas, que acabaría convertida en una especie de madre sustitua, o más bien «madretierra», como se decía. ¿En qué punto del proceso debería haberse plantado, si hubiera decidido evitar ese destino? Aunque se había resistido a instalarse en casa de Julia, más le habría valido sucumbir mucho antes, decir sí, sí, a la situación, y decirlo conscientemente, aceptando lo que le brindara la vida, como dictaba su filosofía actual. Negarse a menudo equivale a hacer lo mismo que esas personas que se divorcian de una pareja sólo para casarse con otra de aspecto y carácter idénticos: estamos cortados por patrones invisibles, tan inevitablemente personales como las huellas dactilares, pero no reparamos en ello hasta que miramos alrededor y vemos su reflejo.

«Sabemos lo que somos —¡Oh, no, no lo sabemos!—, pero no lo que podríamos llegar a ser.»

En otro tiempo le habría resultado difícil creer que sería capaz de llevar una existencia casta, sin un hombre en el horizonte..., pero todavía fantaseaba con encontrar al hombre de su vida, que no fuese un loco egoísta como Johnny. Pero ¿quién iba a aceptar una tribu de jóvenes, todos «perturbados» por una razón u otra? Allí estaban, felices de vivir en el marchoso Londres, que prometía todo lo que hubieran podido elucubrar los publicistas de al menos dos continentes; sin embargo, por mucho que «los críos» salieran de juerga —y lo hacían, al día siguiente, sábado, irían a un concierto de jazz—, seguían hechos un lío, y dos de ellos, sus hijos, por culpa suya y de Johnny.

Frances levantó su carga, las pesadas bolsas de la compra, pagó y empezó a subir por la cuesta que conducía a su casa.

Una nacarada niebla diferente de las que se formaban antes de la Campaña de Descontaminación flotaba junto a las ventanas y humedecía el pelo y las pestañas de «los críos» que entraban en la casa riendo y abrazándose como supervivientes. Un montón de trencas húmedas descansaba sobre la barandilla de la escalera y todas las sillas de la cocina estaban ocupadas, excepto las dos que había a la izquierda del sitio de Frances. Colin se había sentado junto a Sophie, pero al advertir que estaría al lado

de su hermano, corrió a la cabecera y reclamó la silla que ocupaba Geoffrey, situada frente a Frances, al que desalojó, empujándolo con las nalgas. Fue una escena de colegiales, violenta y salvaje, demasiado infantil para dos jóvenes casi adultos. Finalmente Geoffrey, sin mirar a Colin, tomó asiento a la derecha de Frances. Sophie, que sufría ante cualquier altercado, se levantó y se acercó a Colin, se inclinó para rodearlo con un brazo y lo besó en la mejilla. Aunque él no se permitía sonreír, no pudo evitar dirigirle una sonrisa afectuosa que luego hizo extensiva a los demás. Todos rieron: Rose..., James..., Jill, los tres residentes fijos del sótano. Daniel estaba sentado junto a Geoffrey: el delegado y su suplente. Lucy se hallaba al lado de Daniel, pues había viajado desde Dartington para pasar el fin de semana con él, en la casa. Doce comensales. Todos aguardaban mientras comían vorazmente pan, aspirando los aromas procedentes del horno. Por fin entró Andrew con un brazo en torno a los hombros de Sylvia, que seguía envuelta en la mantilla de bebé pero llevaba unos tejanos limpios, demasiado grandes, y un jersey de Andrew. Se había recogido la rala melena rubia, lo que le confería una apariencia todavía más infantil. Sonreía, aunque le temblaban los labios.

Colin, que se había opuesto a que viviera en la casa, se levantó sonriendo y le hizo una pequeña reverencia.

—Bienvenida, Sylvia —dijo, y a la adolescente se le humedecieron los ojos al oír el coro de voces que la saludaba:

—Hola, Sylvia.

Se sentó junto a Frances, y Andrew fue a ubicarse a su lado. Ya podían empezar a comer. En unos instantes las fuentes ocuparon toda la superficie de la mesa. Colin se levantó para escanciar el vino, adelantándose a Geoffrey, mientras Frances servía la comida. Un momento de crisis: había llegado a Andrew, y la siguiente era Sylvia.

—Déjame a mí —dijo Andrew, e inició un pequeño juego: colocó una zanahoria en su plato y otra en el de Sylvia, con una expresión tan solemne, ceñuda y seria que ésta estuvo a punto de echarse a reír, aunque sus labios aún sufrían pequeños y dolorosos espasmos. Andrew sirvió una pequeña cucharada de col en su plato y otra en el de ella, haciendo caso omiso de la mano que se había alzado instintivamente para impedírselo. Una minúscula porción de carne picada para él, otra idéntica para ella. Entonces, con un gesto audaz, añadió una buena ración de puré de patatas para cada uno. Todos reían. Sylvia miraba fijamente su plato, pero Andrew, con una actitud resuelta que significaba «acabemos de una vez», había tomado una cucharada de puré y esperaba que ella lo imitara. Lo hizo... y tragó.

Simulando no reparar en lo que ocurría, mientras Andrew y Sylvia luchaban consigo mismos, Frances levantó su copa de Rioja —siete chelines la botella, pues aquel vino exquisito aún estaba por «descubrir»— y brindó por las escuelas progresistas, un viejo chiste que les hacía gracia a todos.

—¿Dónde está Julia? —preguntó Sylvia con un hilo de voz.

Se hizo un tenso silencio, hasta que Andrew respondió:

—Nunca baja a cenar con nosotros.

—¿Por qué no? Se está tan bien aquí...

Como le diría luego Andrew a Julia —«Hemos ganado, Julia, hemos ganado»—, fue un momento decisivo. Frances experimentó un profundo alivio; de hecho, se le saltaron las lágrimas. Andrew sujetó a Sylvia por los hombros.

—Sí —dijo sonriéndole a su madre—, pero Julia prefiere quedarse arriba, sola. —Cuando cayó en la cuenta de que sin proponérselo había pintado un cuadro de lo que debía de ser la soledad, se levantó de un salto y agregó —: Voy a invitarla otra vez. —Lo hacía en parte para librarse de la responsabilidad y el reto de comerse lo que había en su plato, que seguía casi intacto. En cuanto hubo salido de la cocina, Sylvia dejó la cuchara.

Andrew regresó al cabo de un momento.

—Dice que tal vez baje más tarde —anunció.

La noticia provocó algo parecido al pánico. Pese a los esfuerzos de Andrew por defender a su abuela, todos consideraban a Julia una vieja bruja que sólo servía como blanco de sus burlas. El contingente de Saint Joseph no sabía con cuánto afán había luchado Julia durante un par de semanas, contra la enfermedad de Sylvia, sentada a su lado, bañándola, obligándola a tomar bocados de esto y sorbos de aquello. Apenas había dormido. Y allí estaba su recompensa: Sylvia levantaba otra vez la cuchara como si hubiera olvidado de qué modo se usaba, mirando a Andrew levantar la suya.

Pasado el momento de tensión, los chicos saciaron su apetito adolescente y Frances comió más que de costumbre para dar ejemplo a los dos jóvenes sentados a su izquierda. Fue una velada fantástica, con un trasfondo de ternura debido a la presencia de Sylvia y la preocupación de todos los presentes por ella. Era como si la hubieran abrazado colectivamente mientras tomaba una cucharada tras otra. Andrew también estaba comiendo.

Entonces advirtieron que la chica palidecía y se echaba a temblar.

—Mi padre... —murmuró—. Quiero decir mi padrastro...

—Oh, no —dijo Colin—, tranquila, se ha ido a Cuba.

—Me temo que no —terció Andrew, y se levantó para interceptar a Johnny, que estaba en el pasillo.

Andrew cerró la puerta, pero todos oyeron la voz campechana, prudente y confiada de Johnny, y a continuación la del chico:

—No, papá, no puedes entrar. Te lo explicaré después.

Voces altas, luego bajas, hasta que Andrew regresó, dejando la puerta abierta, y ocupó de nuevo su lugar junto a Sylvia. Enfadado, con el rostro encendido, empuñó el tenedor como si fuese un arma.

—Pero ¿por qué no está en Cuba? —preguntó Colin en tono de niño enfurruñado.

Al verse súbitamente en el mismo bando, los hermanos cambiaron una mirada de complicidad.

—Aún no se ha ido, pero ya lo hará —contestó Andrew, y añadió, todavía enfadado—: De hecho, creo que se va a Zanzíbar... o a Kenia. —Una pausa mientras los hermanos se comunicaban con los ojos y con sonrisas iracundas—. No está solo; ha venido con un negro..., un señor de... Un camarada africano.

El grupo hacía constantes ajustes como éste para amoldarse al espíritu de los tiempos. Las escuelas progresistas se habían encargado de que llevaran a África en el corazón y la conciencia, y hasta Rose, cuyo instituto distaba mucho de ser progresista, escogió con cuidado las palabras cuando dijo:

—Debemos ser amables con la gente de color.

Sylvia aún no se había recuperado. La cuchara colgaba lánguidamente de su delgada mano.

—¿Por qué se va a África en lugar de a Cuba? —preguntó James, comprensiblemente desconcertado.

Los hermanos rieron al unísono, sin alegría, y Frances hizo un esfuerzo para no unirse a ellos, aunque le habría gustado. Siempre había evitado criticar a Johnny en público.

—Que se queden con las ganas de saberlo —dijo Colin en el tono grandilocuente de un orador, y al oírlo Frances fue incapaz de contener la risa.

—Eso —convino Andrew—. Que se queden con las ganas de saberlo.

—¿De qué os reís? —preguntó Sylvia—. ¿Qué os hace tanta gracia?

Andrew dejó de bromear en el acto y levantó la cuchara. Sin embargo, tanto para él como para Sylvia, la cena había terminado.

—Volverá —le dijo—. Ha ido a buscar algo al coche. Si prefieres marcharte...

—Oh, sí, sí, por favor—respondió la hijastra, y se levantó, apoyándose en el brazo de Andrew. Salieron juntos. Al menos habían comido algo.

—Avisadle a Julia que no baje —les gritó Frances—, o volverán a discutir.

La cena continuó en un ambiente más sereno.

El grupo de Saint Joseph charlaba sobre un libro que Daniel había robado de una librería de viejo, *La prueba* de Richard Feverel. Lo había leído y le parecía genial y el padre déspota era clavado al suyo. Se lo había recomendado a Geoffrey, que lo complació al opinar que era muy bueno, y luego la novela pasó a manos de Sophie, que declaró que era el mejor libro que había leído en su vida y que la había hecho llorar. En ese momento lo estaba leyendo Colin.

—¿Por qué no puedo leerlo yo? —preguntó Rose—. No es justo.

—No es el único ejemplar en el mundo —replicó Colin.

—Yo lo tengo; te lo dejaré —dijo Frances.

—Ay, Frances, gracias, eres muy buena conmigo.

Como todo el mundo sabía, eso significaba que esperaba que siguiera siendo buena con ella.

—Voy a buscarlo. —Se trataba de una excusa para salir de la cocina, donde pronto comenzarían a discutir. Y hasta entonces todo marchaba tan bien...

Se dirigió hacia la habitación que estaba justo encima de la cocina, el salón, localizó *La prueba* de Richard Feverel en la librería, y al volverse vio a Julia, que se encontraba sentada en la oscuridad, sola. Era la primera vez desde que había tomado posesión de la parte baja de la casa que topaba con ella en esa estancia. En circunstancias ideales se habría sentado a intentar entablar una conversación amistosa con ella, pero tenía prisa, como de costumbre.

—Iba a bajar a veros —explicó Julia—, pero he oído llegar a Johnny.

—No puedo evitar que venga —repuso Frances. Estaba pendiente de los ruidos de la cocina... ¿Seguirían tranquilos, sin discutir? Y los de arriba... ¿Sylvia se encontraba bien?

—Johnny tiene un hogar—dijo Julia—, aunque me da la impresión de que no pasa mucho tiempo en él.

—Bueno, si Phyllida está allí, no lo culpo.

Había esperado que Julia sonriese al oír aquello, pero, en cambio, prosiguió:

—Hay algo que debo decirte...

Frances aguardó el inevitable chaparrón.

—Eres demasiado blanda con Johnny —añadió Julia—. Te ha tratado de una manera abominable.

«¿Entonces por qué le has dado la llave?», pensó Frances, aunque sabía que una madre jamás le negaría a su hijo la llave de una casa que él consideraba suya. Además, ¿qué ocurriría con los chicos?

—Tal vez deberíamos cambiar la cerradura, ¿no? —comentó, intentando bromear.

Julia, sin embargo, se lo tomó en serio.

—Lo haría si no supiera que tú le darías la llave nueva. —Se levantó, y Frances, cuya intención había sido sentarse, vio que se esfumaba otra oportunidad.

—Julia —dijo—, usted siempre me critica, pero no me apoya. —Se refería a que Julia hacía que se sintiese como una colegiala deficiente en todos los aspectos.

—¿A qué viene eso? —preguntó Julia—. No entiendo. —Estaba furiosa y ofendida.

—No me refiero a que... Ha sido muy buena... siempre ha sido generosa... No, sólo quería decir que...

—No creo que me haya desentendido de mis responsabilidades para con la familia —dijo Julia, y Frances advirtió con incredulidad que estaba a punto de llorar.

La había herido, y, sólo de pensar que eso era posible, se puso a tartamudear.

—Julia... Pero, Julia..., se equivoca, no pretendía... —Hizo una pausa y añadió—: Oh, Julia. —Hablaban en un tono diferente que hizo que su suegra, que se dirigía a la puerta, se detuviera en seco para estudiarla como si estuviera dispuesta a dejarse conmover, incluso a franquearse con ella.

De pronto, abajo sonó un portazo.

—¡Ahí está! —exclamó Frances, desesperada—. Es Johnny.

—Sí, el camarada Johnny —dijo Julia, y empezó a subir la escalera.

Frances bajó a la cocina y encontró a Johnny en la posición habitual, de espaldas a la ventana, junto a un apuesto negro que llevaba ropa más cara que cualquiera de los presentes y que sonrió cuando Johnny lo presentó:

—El camarada Mo, de África oriental.

Frances se sentó, empujando la novela sobre la mesa en dirección a Rose, sin dejar de mirar con admiración al camarada Mo y a Johnny, que continuó con su perorata sobre la historia de África oriental y los árabes, sin duda destinada a impresionar a su colega.

Frances se encontraba en un dilema. No quería invitar a Johnny a sentarse. Le había pedido —aunque Julia no la habría creído— que no se presentase a las horas de las comidas y que telefonease antes de visitarlos. Por otra parte, aquel hombre era un invitado, y naturalmente debía...

—¿Le apetecería comer algo? —preguntó, y el camarada Mo se frotó las manos, rió, dijo que se moría de hambre y se sentó a su lado.

Cuando Frances invitó a Johnny a tomar asiento, éste anunció que sólo bebería una copa de vino; había llevado una botella. En los sitios que unos minutos antes habían ocupado Andrew y Sylvia, ahora estaban los camaradas Mo y Johnny, que se repartieron lo que quedaba del pastel de carne y de las verduras.

La furia de Frances rayaba en el desánimo: ¿qué sentido tenía enfadarse con Johnny? Saltaba a la vista que no comía desde hacía días: se atiborraba de pan, bebía a grandes sorbos y entre cucharada y cucharada volvía a llenar su copa y la del camarada Mo. Los jóvenes estaban contemplando un apetito mucho más voraz que el suyo.

—Serviré el postre —anunció Frances con rabia contenida.

La mesa se llenó de platos con pegajosas delicias de las tiendas chipriotas, hojaldres con miel y frutos secos, y el pastel de chocolate que Frances preparaba especialmente para «los críos».

Después de mirar a su padre y a su madre, como preguntándole: «¿Por qué lo has invitado a sentarse? ¿Por qué se lo permites...?», Colin se levantó, apartó la silla con tanta brusquedad que fue a dar contra la pared, y salió de la cocina.

—Me siento como en un segundo hogar —comentó el camarada Mo mientras comía pastel de chocolate—. No conozco esas pastas. Se parecen a unas que comemos nosotros. ¿Son árabes?

—Chipriotas —puntualizó Johnny—, aunque sin duda inspiradas en la cocina oriental... —Acto seguido soltó una perorata sobre las especialidades del Mediterráneo.

Todos lo escuchaban fascinados: había que reconocer que Johnny sabía ser ameno cuando no hablaba de política, pero aquello era demasiado bueno para durar. Muy pronto pasó al tema del asesinato de Kennedy y la posible implicación de la CÍA y el FBI. De ahí saltó a los planes de los americanos para meterse en África, esgrimiendo como prueba el hecho de que el camarada Mo había recibido una fabulosa oferta de dinero de parte de la CÍA. El camarada Mo confirmó este punto con orgullo, luciendo las encías y todos los dientes. Un agente de parte de la CÍA en Nairobi se había ofrecido a financiar su partido a cambio de información.

—¿Y cómo supo que era de la CÍA? —inquirió James.

El camarada Mo respondió que «todo el mundo sabía» que la CÍA acechaba África como un león a su presa. Soltó una carcajada, encantado, y echó un vistazo alrededor, buscando aprobación.

—Todos deberíais visitar nuestro país. Así veríais las cosas con vuestros propios ojos y os lo pasaríais en grande —propuso, ajeno a que estaba pintando un futuro glorioso—. Johnny ha prometido que vendrá.

—¿Ah, sí? Creía que pensaba irse ahora..., uno de estos días —señaló James.

El camarada Mo dirigió una mirada inquisitiva a Johnny.

—El camarada Johnny será bien recibido en cualquier momento.

—¿De modo que no le dijiste a Andrew que te ibas a África? —preguntó Frances, y anticipándose a la respuesta, añadió—: Que se queden con las ganas de saberlo.

Johnny sonrió y dijo:

—Sí, siempre hay que dejar que se queden con las ganas.

—¿A quiénes? —quiso saber Rose.

—A la CÍA, naturalmente —contestó Frances.

—Ah, sí, la CÍA. Desde luego. —James estaba asimilando información, que era su especialidad y su propósito.

—Que se queden con las ganas de saberlo —repitió Johnny, y dirigiéndose a su obsecuente discípulo, añadió en su tono más solemne—: En política, nunca debes permitir que tu mano izquierda sepa lo que hace la derecha.

—O lo que hace la izquierda —apostilló Frances.

Johnny no hizo caso del comentario.

—Siempre has de cubrir tus huellas, camarada James. No hay que facilitarle las cosas al enemigo.

—Tal vez yo también debería ir a Cuba, ¿no? —dijo el camarada Mo—. El compañero Fidel está fomentando los vínculos con los países africanos liberados.

—Y con los no liberados —puntualizó Johnny, confiándoles a todos los secretos de la política.

—¿Para qué va usted a Cuba? —preguntó Daniel con sincero interés, desde el otro lado de la mesa con su llameante melena roja, sus pecas y una permanente expresión de abatimiento en los ojos debida a la certeza de que no le llegaba a la suela de los zapatos a... Geoffrey, por ejemplo. O a Johnny.

—No deberías hacer esa clase de preguntas —dijo James, y miró a Johnny como pidiéndole confirmación.

—Exactamente —convino Johnny. Se levantó y regresó a su podio de conferenciante, de espaldas a la ventana, tranquilo pero alerta—. Quiero ver cómo un país que sólo ha conocido la esclavitud y la opresión construye la libertad, una sociedad nueva. Fidel ha hecho milagros en los últimos cinco años, pero en los próximos cinco se producirá un auténtico cambio. Me encantaría llevar a mis hijos, a Andrew y a Colin, para que lo vieran en persona... A propósito, ¿dónde están? —Todavía no había reparado en su ausencia.

—Andrew está con Tilly..., con Sylvia —respondió Frances—. Tendremos que llamarla así a partir de ahora.

—¿Por qué? ¿Se ha cambiado el nombre?

—Es su nombre verdadero —terció Rose con resentimiento; detestaba su nombre y quería que la llamaran «Marilyn».

—Yo siempre la he conocido como Tilly —repuso Johnny con un aire caprichoso que recordaba el de Andrew—. Bueno, ¿y Colin?

—Está haciendo deberes —contestó Frances. Se trataba de una respuesta poco verosímil, pero Johnny no tenía modo de saberlo.

Estaba nervioso. Sus hijos constituían su público favorito, y apenas sospechaba hasta qué punto eran críticos con él.

—¿Se puede viajar a Cuba como un simple turista? —preguntó James, que obviamente censuraba a los turistas y su frivolidad.

—Él no irá como turista —explicó el camarada Mo. Incómodo al permanecer sentado a la mesa mientras su compañero de armas estaba de pie ante la audiencia, se levantó y se colocó junto a Johnny—. Lo ha invitado Fidel. —Aquello era una novedad para Frances—. Y a usted también.

Johnny se puso violento; saltaba a la vista que no quería que se revelara esa información.

—Un amigo de Fidel fue a Kenia para asistir a los actos de la independencia —prosiguió el camarada Mo— y me dijo que Fidel quería invitar a Johnny y a su esposa.

—Debía de referirse a Phyllida.

—No. Dijo el camarada Johnny y la camarada Frances.

Johnny estaba furioso.

—Es obvio que el compañero Fidel no está al corriente de la indiferencia de Frances ante la situación del mundo.

—No —repitió el camarada Mo, aparentemente ajeno al hecho de que Johnny estaba a punto de estallar a su lado—. Dijo que había oído que era una actriz famosa y que la habían invitado a formar un grupo de teatro en La Habana. Yo me sumo a la invitación. Si quiere, puede formar un grupo de teatro revolucionario en Nairobi.

—Oh, Frances —murmuró Sophie juntando las manos, con los ojos brillantes de alegría—, es fabuloso, absolutamente fabuloso.

—Al parecer el trabajo de Frances está más encaminado a dar consejos sobre problemas familiares —replicó Johnny y, firmemente decidido a poner fin a aquel disparate, alzó la voz y se dirigió a los adolescentes—. Pertenecéis a una generación afortunada —proclamó—. Vosotros, jóvenes camaradas, construiréis un mundo nuevo. Tenéis la capacidad necesaria para ver más allá de las viejas farsas, las mentiras, los engaños... Podéis darle la vuelta al pasado, destruirlo, cambiar las cosas... Este país se enfrenta a dos grandes dificultades. Por un lado están los ricos, con una infraestructura sólida y bien consolidada; por el otro, está infestado de actitudes anticuadas y embrutecedoras. Ese será el problema. Vuestro problema. Ya puedo ver la Gran Bretaña del futuro, libre, rica, sin pobreza, con la injusticia convertida en un mero recuerdo...

Continuó de ese modo durante un rato, repitiendo exhortaciones que sonaban a promesas. «Vosotros transformaréis el mundo... La responsabilidad recaerá sobre los hombros de vuestra generación... El futuro está en vuestras manos... Vosotros viviréis para ver un mundo mejor, un lugar fabuloso, y sabréis que fue gracias a vuestros esfuerzos... Qué maravilla tener vuestra edad, ahora, con todo al alcance de vuestras manos...»

Los jóvenes rostros y los jóvenes ojos resplandecían de adoración por él y las palabras que pronunciaba. Johnny se hallaba en su elemento, absorbiendo admiración. Había adoptado la postura de Lenin, con una mano señalando el futuro y la otra cerrada sobre el corazón.

—Es un gran hombre —concluyó en voz baja y tono reverencial, mirándolos a todos con seriedad—. Fidel es auténticamente grande. Nos está indicando el camino hacia el futuro.

Una cara dio señales de no estar en perfecta sincronía con Johnny: James, que lo admiraba más de lo que aquél podía imaginar, necesitaba orientación.

—Pero, camarada Johnny... —dijo levantando la mano como si estuviera en clase.

—Y ahora buenas noches —lo interrumpió Johnny—. Tengo una reunión. Y el camarada Mo también.

Saludó con una inclinación de la cabeza, con gesto adusto pero cordial dirigido a todos menos a Frances, a quien dirigió una mirada fría. Se marchó seguido por el camarada Mo, que se despidió de Frances diciendo:

—Muchas gracias, camarada. Me ha salvado la vida. Estaba muerto de hambre. Y ahora, por lo visto tengo una reunión.

Los jóvenes se quedaron sentados en silencio, escuchando el Escarabajo de Johnny ponerse en marcha y alejarse.

—¿Qué os parece si laváis los platos? —sugirió Frances—. Yo tengo que trabajar. Buenas noches.

Aguardó un rato para ver quién se daba por aludido. Geoffrey, desde luego, el niño bueno; Jill, que estaba ostensiblemente enamorada del apuesto Geoffrey; Daniel, porque también estaba enamorado de Geoffrey, aunque no lo supiera; Lucy..., bueno, de hecho, todos. ¿Y Rose?

Rose seguía sentada: qué diablos, no permitiría que nadie se aprovechara de ella.

El influjo de la Navidad, esa fiesta recalcitrante, ya había empezado a sembrar angustia la noche del 12 de diciembre, cuando Frances descubrió con sorpresa que estaba bebiendo por la independencia de Kenia. James levantó su copa, llena hasta el borde de rioja, y brindó:

—Por Kenia, por los keniatas, por la libertad.

Como de costumbre, su semblante dulce y amistoso, aunque quizá sólo en su faceta pública y enmarcado por una cascada de rizos negros, transmitía a diestra y siniestra mensajes de generosidad ilimitada.

Habían dado buena cuenta de una opípara cena con la pequeña colaboración de Sylvia, que ahora siempre se sentaba a la izquierda de Frances. En su copa había una mancha roja: Andrew la había animado a beber un poco, asegurándole que le sentaría bien, y Julia lo había apoyado. La humareda era más densa de lo habitual; por lo visto, esa noche todos fumaban para celebrar la independencia de Kenia. Todos salvo Colin, que espantaba el humo cuando le llegaba a la cara.

—Se os pudrirán los pulmones —masculló.

—Es sólo por esta noche —dijo Andrew.

—Voy a pasar las Navidades en Nairobi —anunció James mirando alrededor, orgulloso pero incómodo.

—Ah, ¿vas con tus padres? —preguntó Frances sin pensar, y recibió un silencio como castigo.

—Seguro —se burló Rose. Apagó el cigarrillo y encendió otro compulsivamente.

—Mi padre luchó en Kenia —le informó James—. Era militar. Dice que es un lugar agradable.

—Vaya, ¿o sea que tus padres viven allí? ¿O tienen la intención de trasladarse? ¿Los visitas de vez en cuando?

—No, no viven allí—respondió Rose—. Su padre es inspector de Hacienda en Leeds.

—¿Y eso es un crimen? —inquirió Geoffrey.

—¡Son tan carcas! —exclamó Rose—. No os imagináis hasta qué punto.

—No son tan terribles —replicó James, ofendido—. Debemos mostrarnos tolerantes con la gente que todavía no está concienciada.

—Caramba, así que piensas concienciar a tus padres, ¿eh? —dijo Rose—. No me hagas reír.

—No he dicho eso —repuso James, dándole la espalda a su prima para mirar a Frances—: Mi padre me enseñó fotos de Nairobi. Es genial. Por eso voy a ir.

Frances consideró innecesario incurrir en el mal gusto de señalarle que sólo tenía diecisiete años, así como preguntarle si disponía de pasaporte y visado, o cómo pensaba pagar el viaje.

James volaba con las alas de un sueño adolescente que no se fundaba en la aburrida realidad. Como por arte de magia aterrizaría en la calle principal de Nairobi..., donde correría al encuentro del camarada Mo..., se integraría en un grupo de afectuosos compañeros y pronto se convertiría en un líder y pronunciaría fogosos discursos. Y como tenía diecisiete años, aparecería una chica. ¿Cómo la imaginaba? ¿Negra? ¿Blanca? Frances lo ignoraba. Las tristes verdades de la guerra se habían esfumado y sólo quedaban altos cielos azules, vastos espacios y un buen hombre (corrección: un buen tipo) que había salvado la vida de su padre. Un negro. Un áscari que había arriesgado su vida por un soldado británico.

¿Qué sueño equivalente había acariciado Frances a los dieciséis años? No, a los dieciséis no, porque había estado demasiado enfrascada en sus estudios, pero ¿y a los diecinueve? Sí, estaba segura de que había alimentado fantasías, a raíz de la participación de Johnny en la guerra civil española, de trabajar como enfermera militar. Pero ¿dónde? En un paisaje rocoso, con vino y olivas. Los sueños adolescentes no necesitan mapas.

—No podrás ir a Kenia —apuntó Rose—. Tus padres no lo permitirán.

Obligado a volver a la tierra, James tomó su copa y la vació.

—Ya que ha salido el tema, me gustaría hablar de las fiestas —dijo Frances, pero al ver los semblantes aprensivos se sintió incapaz de continuar. Sabían lo que iban a oír, porque Andrew los había puesto sobre aviso.

—Veréis, este año no celebraremos la Navidad en casa —les notificó—. Yo comeré en casa de Phyllida. Me llamó para decirme que no ha recibido noticias de mi..., de Johnny, y que detesta las Navidades.

—¿Y quién no? —intervino Colín.

—Ay, Colin, no seas así—lo riñó Sophie.

—Yo iré a casa de Sophie por su madre —anunció Colin sin mirar a nadie—. No podemos dejarla sola en Navidad.

—Pero yo creía que eras judía —señaló Rose.

—Siempre hemos celebrado la Navidad —explicó Sophie—. Cuando mi padre vivía... —Se mordió el labio inferior y se le humedecieron los ojos.

—Y Sylvia se va con Julia a casa de una amiga de ésta —dijo Andrew.

—Y yo pienso hacer como si fuese un día cualquiera —anunció Frances.

—Eso es horrible, Frances —protestó Sophie—. No puedes.

—No es horrible, sino maravilloso —repuso Frances—. Y tú, Geoffrey, ¿no crees que deberías volver a casa por Navidad? Sería lo correcto, ¿sabes?

Geoffrey, siempre atento a lo que se esperaba de él, sonrió con expresión cordial en señal de asentimiento.

—Sí, Frances. Lo sé. Tienes razón. Iré a casa. Además, mi abuela se está muriendo —agregó en el mismo tono de voz.

—Entonces yo también me iré a casa —decidió Daniel. Su cabello rojo refulgía, y su rostro se encendió aún más cuando añadió—: Iré a verte.

—Como quieras —dijo Geoffrey, revelando con esa descortesía que estaba deseando unas vacaciones lejos de Daniel.

—James, tú también vete a casa, por favor.

—¿Me estás echando? —preguntó él en tono jovial—. No te culpo. ¿Te has hartado de mi presencia?

—Por ahora sí —contestó Frances, que era incapaz de expulsar a alguien para siempre—. ¿Y qué me dices del instituto, James? ¿No piensas terminar los estudios?

—Claro que sí. —Andrew asintió, dejando claro que ya lo había reprendido antes. Los cuatro años que le llevaba le conferían ese derecho—. Es ridículo, James —agregó—. Sólo te queda un año. No te matará.

—Tú no conoces mi instituto —dijo James—. Si lo conocieras...

—Cualquiera es capaz de soportar un año de sufrimiento —aseguró Andrew—, o incluso tres. O cuatro —añadió mirando a su madre con aire contrito: se estaba delatando.

—De acuerdo —murmuró James—. Lo haré. Pero... —se volvió hacia Frances— sin el ambiente liberal de esta casa no creo que salga adelante.

—Podrás venir a vernos —dijo Frances—. Tendrás los fines de semana libres.

Sólo quedaban Rose y la enigmática Jill, siempre bien peinada, siempre pulcra, la amable rubia que casi nunca hablaba pero escuchaba, vaya si escuchaba.

—Yo no volveré a casa —declaró Rose—. No voy a ningún lado.

Entonces intervino Frances:

—¿Eres consciente de que tus padres podrían demandarme por robarles tu cariño... o algo por el estilo?

—No me quieren. Les importo una puta mierda.

—No es verdad —dijo Andrew—. Puede que no te caigan bien, pero se preocupan por ti. Me escribieron. Por lo visto, creen que soy una buena influencia.

—No me hagas reír —replicó Rose.

Los demás cambiaron miradas mientras asimilaban las connotaciones de ese pequeño intercambio de palabras.

—He dicho que no iré —repitió Rose, observando a cuantos la rodeaban con ojos de presa acorralada, como si fuesen sus enemigos.

—Escucha, Rose —terció Frances, intentando evitar que su antipatía hacia la joven se reflejara en su voz—. Villa Libertad cerrará durante las fiestas. —No aclaró durante cuánto tiempo.

—Puedo quedarme en el sótano, ¿no? No molestaré.

—¿Y cómo vas a...? —Frances dejó la frase en el aire.

Andrew cobraba una mensualidad y había estado pasándole dinero. «Podría acusarme de haberla tratado mal —había dicho—. En realidad, ya lo hace; le cuenta a todo el mundo que la seduje con engaños. Como el señorito malvado y la doncella. El problema es que yo no sentía nada por ella y ella estaba loca por mí.» ¿O por el sofisticado estudiante de Eton y sus contactos?, había pensado Frances. «Creo que el hecho de que viniera aquí lo complicó todo —había apuntado él—. Fue una revelación para ella. Procede de un ambiente bastante cerrado. Sus padres son muy agradables...» «¿Y piensas..., pensáis tú y Julia mantenerla indefinidamente?» «No —había respondido Andrew—. He dicho basta. Al fin y al cabo ya le ha sacado bastante provecho a un par de besos a la luz de la luna.»

No obstante, ahora se enfrentaban a una invitada que se negaba a marcharse. Cualquiera hubiese dicho que estaban amenazándola con la cárcel o la tortura. Parecía un animal encerrado en una jaula demasiado pequeña, mirando con furia alrededor.

Era una reacción desproporcionada, ridícula... Frances se mantuvo en sus trece, aunque la violencia de la chica empezaba a provocarle taquicardia.

—Rose, vuelve a tu casa para las fiestas. Sólo te pido eso. Tus padres deben de estar muertos de preocupación. Y tienes que hablar con ellos de tus estudios...

Rose se levantó con brusquedad de su silla.

—Mierda, lo que faltaba —estalló, y salió corriendo de la cocina llorando a moco tendido.

La oyeron bajar al apartamento del sótano.

—Vaya follón —comentó Geoffrey con ironía.

—Pero su instituto ha de ser horrible para que lo deteste tanto —observó Sylvia, que había aceptado regresar a la escuela mientras viviera allí, «con Julia», como decía ella. Había accedido a esforzarse al máximo para estudiar Medicina.

Lo que enfurecía a Rose, lo que la corroía de envidia, era que Sylvia —«Ni siquiera es de la familia, no es más que la hijastra de Johnny»— viviera en la casa como miembro de pleno derecho y que Julia la mantuviera. Por lo visto pensaba que ésta debía financiarle los estudios en un colegio progresista y alojarla durante todo el tiempo que se le antojara quedarse. «¿Crees que mi abuela nada en la abundancia? —le había preguntado Colin—. Ya tiene suficiente con Sylvia. Ya nos está pagando los estudios a Andrew y a mí.» «No es justo —había replicado Rose—. No entiendo por qué ella puede tenerlo todo.»

Ahora sólo quedaba Jill, que no había abierto la boca. Al ver que todos la miraban, anunció:

—No iré a casa, pero pasaré el día de Navidad con mi primo de Exeter.

A la mañana siguiente Frances encontró a Jill en la cocina, hirviendo agua para el té. Puesto que en la cocina del sótano disponía de todo cuanto necesitaba, resultaba evidente que quería charlar.

—Sentémonos a tomar una taza de té juntas —propuso Frances.

Jill tomó asiento a la cabecera. Obviamente, no sería como hablar con Rose. La joven no miraba a Frances con hostilidad, y sin embargo se la veía seria y triste, rodeándose con los brazos como si tuviera frío.

—¿Te das cuenta de que me encuentro en una posición difícil ante tus padres, Jill? —preguntó Frances.

—Ah, creí que ibas a decirme que no tienes por qué mantenerme —contestó la chica—. Sería comprensible. Sin embargo...

—No iba a decir nada por el estilo; pero ¿no ves que tus padres deben de estar volviéndose locos de ansiedad?

—Les dije dónde estaba. Que estaba aquí.

—¿Acaso has pensado en dejar los estudios?

—No veo qué sentido tiene seguir.

Aunque no marchaba bien con los estudios, en Saint Joseph eso no representaba un problema.

—¿No comprendes que yo también me preocupo por ti?

Al oír aquello, Jill pareció revivir; abandonó su fría aprensión y se inclinó hacia delante.

—No debes preocuparte, Frances. Se está tan bien aquí... Me siento tan segura.

—¿Y en tu casa no?

—No es eso. Es que a ellos... no les gusto. —Y se encerró de nuevo en su caparazón, abrazándose, frotándose los brazos como si estuvieran helados.

Frances advirtió que esa mañana se había pintado largas líneas negras alrededor de los ojos, lo que constituía una novedad en aquella pulcra jovencita. Además, se había puesto un vestido mini de Rose.

Frances sintió deseos de abrazarla. Nunca había experimentado ese impulso con Rose: quería que se marchara. De manera que Jill le caía bien y Rose no. No obstante, ¿cuál era la diferencia si las trataba a las dos exactamente igual?

Frances estaba sola en la cocina, sentada a la mesa que había limpiado y encerado y que ahora brillaba como una patena. «Es una mesa realmente bonita cuando está despejada —pensó—. Sin platos ni tazas, sin gente alrededor.» Primero se había despedido de Sophie y de Colin, que iban elegantemente vestidos para la comida navideña; incluso Colin, que despreciaba la ropa. Después había aparecido Julia, con un traje de terciopelo gris y una especie de casquete con una rosa y un velo azulado. Sylvia llevaba un vestido que le había comprado Julia y con el que bien podría haber asistido a la iglesia hacía cincuenta años, de modo que Frances se alegró de que los entusiastas del tejano no la viesen; no quería que se rieran de ella. Sin embargo, se había negado a ponerse sombrero. El siguiente en marcharse fue Andrew, que iba a consolar a Phyllida. Había asomado la cabeza por la puerta para decir: «Todos te envidiamos, Frances. Bueno, todos menos Julia. Le preocupa que estés sola. Te aviso que recibirás un pequeño regalo de su parte. Le daba apuro decírtelo.»

Frances se quedó a solas. A lo largo y ancho del país las mujeres trajinaban junto al horno, rociando varios millones de pavos con su jugo mientras el budín de Navidad se cocía al vapor, las coles de Bruselas despedían gases sulfurosos, y se sembraban campos enteros de patatas en torno a las aves. Imperaba el mal humor, pero ella, Frances, disfrutaba de su soledad como una reina. Sólo aquellos que sabían lo agobiante que resultaba vivir con adolescentes exaltados —con seres emocionalmente dependientes que absorbían, comían y exigían— podían gozar del sublime placer de verse libres, aunque sólo fuese por una hora. Frances notó que su cuerpo entero se relajaba, que era como un globo capaz de elevarse y flotar. Y reinaba el silencio. Mientras que en otros hogares la música navideña atronaba y exaltaba los ánimos, allí, en esa casa, sin la televisión ni la radio...

Un momento, le pareció oír algo en el sótano... ¿Estaba Rose abajo? Había dicho que se iba a la casa de los primos de Jill. Debía de tratarse de la música de los vecinos.

El silencio, por lo tanto, era casi absoluto. Inspiró, exhaló, oh felicidad, no tenía que preocuparse por nada ni pensar en nada durante horas. Sonó el timbre. Abrió la puerta, maldiciendo, y un sonriente joven vestido con un rojo atuendo navideño le hizo una reverencia y le entregó una bandeja envuelta en muselina blanca, retorcida en el centro y atada con un lazo rojo.

—Feliz Navidad —dijo el muchacho—: Buen provecho —añadió, y se marchó silbando Good King Wenceslas.

Frances depositó la bandeja en el centro de la mesa. Una tarjeta anunciaba que procedía de un restaurante elegante, uno de los buenos, y debajo de la muselina había un pequeño festín y otra tarjeta: «Con los mejores deseos de Julia.» Los mejores deseos. Obviamente, era culpa de Frances que Julia no pudiese decir «con cariño», pero daba igual, por un día no se preocuparía por eso.

Era una bandeja tan bonita que no quería tocarla.

El bol de porcelana blanca contenía una sopa verde, muy fría, cubierta de hielo triturado, que al probarla con el dedo se reveló como una combinación de acidez y aterciopelada untuosidad... ¿Qué era? ¿Acedera? En un plato azul, decorado con flecos de lechuga de intenso color verde que simulaban algas,

había vieiras, servidas en su valva, con champiñones. Dos codornices descansaban sobre un lecho de apio sofrito. A su lado, otra tarjeta rezaba: «Por favor, calentar durante diez minutos.» También había un pequeño postre de chocolate decorado con una ramita de acebo, y un plato de frutas que Frances nunca había probado y que sólo conocía de nombre: grosellas del Cabo, lichis, maracuyás, guayabas... Pequeñas botellas de champán, vino de Borgoña y oporto cercaban los manjares. Aquel ingenioso banquete en miniatura, que rendía homenaje a la Navidad al tiempo que la ridiculizaba, nada tendría de especial en estos tiempos, pero entonces era como una visión del paraíso, una golondrina procedente de las maravillas del futuro. Frances no podía comer esos platos; habría sido un crimen. Se sentó, contempló la bandeja y se dijo que Julia debía de profesarle afecto a pesar de todo.

Lloró. En Navidad se llora. Es obligatorio. Lloró por lo bondadosa que era su suegra con ella y sus hijos; por el encanto de la comida, que despertaba tentaciones; por su incredulidad ante los trances que había conseguido superar, y por último, entregándose a fondo, lloró por las angustias de las Navidades del pasado. Oh, Dios, aquellas fiestas con los niños pequeños, en esas habitaciones horribles donde a menudo pasaban frío, donde todo era tan feo.

Luego se enjugó las lágrimas y siguió sentada, sola. Una hora, dos. Ni un alma en la casa... Aunque la radio sonaba abajo, y no en la casa de al lado, decidió no hacerle caso. Tal vez la hubieran dejado encendida. Las cuatro de la tarde. Las compañías de gas y electricidad se alegrarían de haber salido airoas una vez más de la comida de Navidad. Desde Land's End a las Oreadas, mujeres cansadas y enfadadas estarían diciendo: «Ahora friegas tú.» En fin, les deseaba suerte.

La gente dormiría en sofás y sillones, escuchando intermitentemente el discurso de la reina, interrumpido por las consecuencias de los atracones. Empezaba a oscurecer. Frances se levantó, echó las cortinas y encendió las luces. Volvió a sentarse. Tenía hambre, pero no se decidía a profanar la bonita bandeja. Comió un trozo de pan con mantequilla. Se sirvió una copa de Tío Pepe, En Cuba, Johnny estaría sermonizando a quienquiera que lo acompañase: probablemente sobre la situación en Gran Bretaña.

Tal vez subiera a dormir la siesta; al fin y al cabo, casi nunca se le presentaba la oportunidad. Se abrió la puerta de la calle, luego la de la cocina, y entró Andrew.

—Has llorado —dijo, sentándose a su lado.

—Sí, un poco. Fue agradable.

—Yo detesto llorar. Me da miedo, porque temo ser incapaz de parar. —Se ruborizó y añadió—: Oh, Dios mío...

—Ay, Andrew —se lamentó Frances—. Lo lamento mucho.

—¿Por qué? Maldita sea, cómo puedes pensar...

—Supongo que pude haber hecho las cosas de otra manera.

—¿Qué cosas? ¿A qué te refieres? Oh, Dios.

Se sirvió una copa de vino y se sentó encorvado, abstraído en sus pensamientos, como Jill unos días atrás.

—Es Navidad —dijo Frances—. Eso es todo. La gran provocadora de recuerdos angustiosos.

Como para conjurar esa idea, Andrew agitó una mano en un ademán que significaba: «Basta, no sigas.» Se inclinó para examinar el regalo de Julia. Al igual que Frances, metió un dedo en la sopa, la probó e hizo un gesto de aprobación. Comió un trozo de vieira.

—Me siento como una grandísima hipócrita, Andrew. Mandé a todos los chicos a su casa, como buenos niños, pese a que yo prácticamente no pisé la mía desde que me marché de ella. Iba por Navidad y me largaba a la mañana siguiente, o incluso esa misma tarde.

—Me pregunto si ellos regresaban a casa en Navidad... Me refiero a tus padres.

—Tus abuelos.

—Sí, supongo que son mis abuelos. O lo eran.

—No tengo idea. Sé muy poco sobre ellos. Fue como si la guerra abriera un abismo en mi vida, y quedaran del otro lado. Y ahora están muertos. Cuando me fui pensaba en ellos lo menos posible. Sencillamente no los soportaba, de manera que no iba a verlos. Y ahora me enfado con Rose porque no quiere ir a su casa.

—Te largaste de tu casa a los quince años, ¿no?

—No. A los dieciocho.

—Entonces estás libre de culpa.

Esa ridiculez los hizo reír. Constató algo maravilloso: lo bien que se llevaba con su hijo mayor. Bueno, al menos desde que había crecido; es decir, desde hacía poco, en realidad. Qué placer, que consuelo para...

—Y Julia tampoco veía a menudo a su familia, ¿verdad?

—¿Cómo iba a verlos si vivía aquí?

—¿Cuántos años tenía cuando se instaló en Londres?

—Veinte, me parece.

—¿Qué? —Andrew se llevó las manos a la boca y luego las dejó caer—. Veinte años. Mi edad. Y a veces pienso que todavía no he aprendido a atarme los cordones de los zapatos.

En silencio imaginaron a Julia de joven.

—Hay una fotografía suya —rememoró Frances—. La he visto. Es una foto de boda. Ella lleva un sombrero tan cargado de flores que prácticamente no se le ve la cara.

—¿Sin velo?

—Sin velo.

—Dios, mira que venir hasta aquí sola, para vérselas con nosotros, los fríos ingleses. ¿Cómo era el abuelo?

—No llegué a conocerlo. No estaban muy contentos con Johnny. Y conmigo menos. —Tratando de encontrar una justificación para aquella monstruosidad, ella continuó—: Verás, era por la guerra fría.

Acodado sobre la mesa con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido, Andrew la miraba fijamente, tratando de entender.

—La guerra fría —repitió.

—Caray—exclamó ella, sorprendida—, lo había olvidado, a mis padres tampoco les gustaba Johnny. De hecho, me escribieron una carta diciendo que yo era una enemiga de mi país, una traidora... Sí, creo que dijeron eso. Con el tiempo se arrepintieron y vinieron a verme... Tú y Colin erais muy pequeños. Johnny estaba allí y los llamó «desechos de la historia». —Parecía al borde del llanto, pero sólo se debía al mero recuerdo de su exasperación.

Andrew enarcó las cejas, intentando reprimir la risa en vano; entonces sacudió los brazos, como para contrarrestar sus carcajadas.

—¡Es tan gracioso! —se disculpó.

—Supongo que sí.

Andrew apoyó la cabeza sobre los brazos, suspiró y permaneció así durante un largo minuto. Las palabras salieron de entre sus brazos:

—Me temo que me falta energía para...

—¿Qué? ¿Energía para qué?

—¿De dónde sacabais tanta seguridad en vosotros mismos? Créeme, yo soy muy débil en comparación. Tal vez sea un desecho de la historia, ¿no?

—¿A qué te refieres?

Levantó la cara. Estaba roja y tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—No tiene importancia. —Sacudió de nuevo las manos, como para disipar los malos pensamientos—. ¿Sabes? No me importaría probar tu banquete.

—¿No has comido?

—Phyllida estaba hecha polvo. Lloraba, gritaba y se tiraba al suelo. Está loca, ¿sabes? Quiero decir loca de verdad.

—Bueno, sí.

—Según Julia, es porque la mandaron a Canadá al principio de la guerra. Por lo visto tuvo la mala suerte de ir a parar a casa de una familia bastante desagradable. Los odiaba. Sus padres aseguran que volvió muy cambiada. Era como si no se conocieran. Se marchó con diez años y regresó con quince.

—Entonces supongo que hay que compadecerla.

—Eso creo yo. Y mira la que le ha caído ahora con el camarada Johnny.

Andrew acercó la bandeja, se levantó a buscar una cuchara, un cuchillo y un tenedor, volvió a sentarse, y en cuanto hubo metido la cuchara en la sopa se oyó un portazo en el vestíbulo, la puerta de la cocina se abrió violentamente e irrumpió Colin, trayendo consigo una ráfaga de aire frío, la sensación de la oscuridad del exterior y, como una denuncia contra ambos, su cara de desdichado.

—¿Estoy viendo comida? ¿Comida de verdad?

Se sentó, y tras coger la cuchara que Andrew acababa de traer se puso a engullir la sopa.

—¿No vuelves de una comida navideña?

—No. La madre de Sophie se ha convertido en una judía fanática, y dice que la Navidad no tiene nada que ver con ella, aunque siempre la han celebrado. —Terminó la sopa—. ¿Por qué no cocinas comida como ésta? —le preguntó a Frances—. Ésa sí que era una sopa.

—Con vuestro apetito, ¿cuántas codornices tendría que preparar para cada uno?

—Espera un momento —protestó Andrew—. Seamos justos. —Colocó un plato sobre la mesa, luego otro para Colin, y un cuchillo y un tenedor más. Se sirvió una codorniz.

—Se supone que hay que calentarlas durante diez minutos —señaló Frances.

—¿Qué más da? Está deliciosa.

Comían como si compitieran. Cuando terminaron las codornices, hundieron las cucharas al mismo tiempo en el postre, del que dieron cuenta en un visto y no visto.

—¿No hay budín de Navidad? —preguntó Colin—. ¿Una Navidad sin budín de Navidad?

Frances se levantó, bajó una fuente de budín de Navidad del estante más alto, sobre el que descansaba levitando tranquilamente, y lo puso al baño María.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Colin.

—Una hora.

Depositó varias barras de pan en la mesa, luego mantequilla, queso y platos. Los chicos se zamparon el Stilton, apartaron la saqueada bandeja y empezaron a comer en serio.

—Mamá —dijo Colin—, tenemos que invitar a Sophie a que se mude a esta casa.

—Pero si prácticamente vive aquí.

—No..., formalmente. No es por mí... O sea, no quiero decir que Sophie y yo vayamos en serio, pero no puede seguir en su casa. No tienes ni idea de cómo es su madre. Lloro, abraza a Sophie y le dice que deberían saltar de un puente las dos juntas, o tomar veneno. ¿Te imaginas lo que es vivir de esa manera? —Parecía estar acusando a Frances, y cuando se percató de ello cambió de tono, añadiendo con aire contrito—: Si vieras esa casa...; es un auténtico infierno.

—Ya sabes que le tengo mucho cariño a Sophie, pero no me la imagino viviendo en el sótano con Rose o con quienquiera que se meta allí. Supongo que querrás que se instale en tu habitación, ¿no?

—Bueno..., no, no es... No. Pero podría instalarse en el salón; casi no lo usamos.

—Si has roto con Sophie, ¿me das permiso para que pruebe suerte? —preguntó Andrew—. Estoy locamente enamorado de ella, como ya sabréis.

—No he dicho que...

Súbitamente convertidos en dos colegiales, comenzaron a propinarse empujones con los codos y las rodillas.

—Feliz Navidad —dijo Frances, y eso los detuvo.

—Hablando de Rose —saltó Andrew—, ¿dónde está? ¿Se ha ido a su casa?

—Por supuesto que no —respondió Colin—. Está en el sótano, alternando el llanto desconsolado con sesiones de maquillaje.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Andrew.

—Olvidas las ventajas de estudiar en una escuela progresista. Lo sé todo sobre las mujeres.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo. Aunque mi educación es superior a la tuya en todos los aspectos, no dejo de meter la pata en el campo de las relaciones humanas.

—No te va tan mal con Sylvia —comentó Frances.

—Sí, pero ella no es una mujer, ¿no? Más bien parece el fantasma de una niña asesinada.

—Eso que has dicho es horrible —lo reconvino Frances.

—Pero muy cierto —replicó Colin.

—Si Rose está abajo, supongo que deberíamos invitarla a subir —sugirió Frances.

—¿Es necesario? —preguntó Andrew—. Resulta agradable estar en familia, para variar...

—Iré a decirle que suba —se ofreció Colin—, antes de que se tome una sobredosis y nos eche la culpa a nosotros. —Se levantó de un brinco y corrió escaleras abajo.

Los dos que quedaron en la cocina no abrieron la boca; se limitaron a mirarse cuando oyeron un grito en el sótano, probablemente de bienvenida, y luego la sensata voz de Colin. Finalmente Rose entró empujada por éste.

Estaba muy maquillada: se había pintado gruesas líneas rojas alrededor de los ojos, llevaba pestañas postizas y sombra de color violeta. Se la veía enfadada, acusadora, suplicante, y era obvio que estaba a punto de echarse a llorar.

—Tomaremos budín de Navidad —dijo Frances.

Pero Rose se había fijado en la fruta y estaba examinándola.

—¿Qué es esto? —preguntó en tono agresivo—. ¿Qué es? —Sostenía un lichi en la mano.

—Seguro que lo has probado —dijo Andrew—. Se toma de postre después de una comida china.

—¿Qué comida china? Nunca he probado la comida china.

—Déjame a mí.

Colin peló el lichi; los crujientes fragmentos de piel finamente granulada cayeron para dejar al

descubierto el perlado y luminoso fruto, semejante a una luna en miniatura. Tras retirar la brillante semilla negra, Colin se lo entregó a Rose, que lo comió y dijo:

—No es gran cosa; no merece tantas molestias.

—Hay que dejarlo un rato en la lengua —explicó Colin—, permitir que su interior le hable a tu interior.

Puso cara de sabiondo y, con el aire de un juez novato al que sólo le faltara la peluca, peló otro lichi y se lo tendió a Rose con delicadeza, sujetándolo entre el pulgar y el índice. Ella se sentó con la fruta en la boca, como una niña que se negase a tragar, pero finalmente se lo llevó a la boca.

—Es un timo —dictaminó.

De inmediato los hermanos acercaron el plato de fruta y se la repartieron entre los dos. Rose los miró boquiabierta y se echó a llorar.

—Ayyyyyy —gimió—. Sois muy malos. No es culpa mía si nunca he probado la comida china.

—Bueno, has probado el budín de Navidad, y eso es lo que comerás dentro de un momento —dijo Frances.

—Tengo mucha hambre —musitó Rose entre sollozos.

—Entonces come un poco de pan con queso.

—¿Pan con queso en Navidad?

—Es lo que he comido yo—respondió Frances—. Y cállate de una vez.

Rose se interrumpió en medio de un berrido, se volvió hacia Frances con expresión de incredulidad y adoptó todo el abanico de gestos de la adolescente incomprendida: ojos relampagueantes, mohines de enfado, respiración entrecortada.

Andrew cortó una rebanada de pan, la untó con mantequilla y la cubrió con queso.

—Aquí tienes —dijo.

—Con tanta mantequilla me pondré como una vaca.

Andrew recuperó su ofrenda y le dio un mordisco. Rose permaneció sentada, acumulando rabia y lágrimas. Nadie la miró. Por último, cogió la barra de pan, cortó una rebanada fina, la untó con un poco de mantequilla y la cubrió con unos trozos de queso. Sin embargo, no comió, sino que se quedó contemplándola: vaya comida de Navidad.

—Cantaré un villancico para matar el tiempo hasta que esté listo el budín —anunció Andrew.

Comenzó con Noche de paz, pero Colin lo hizo callar.

—Cierra el pico, Andrew. Es más de lo que soy capaz de soportar.

—Supongo que el budín ya se puede comer —anunció Frances. Colocó el voluminoso y brillante pastel sobre una delicada fuente azul. Puso platos y cucharas y sirvió más vino. Clavó la ramita de acebo del regalo de Julia en el budín y llevó a la mesa una lata de crema.

Comieron.

Al cabo de un rato sonó el teléfono. Era Sophie, hecha un mar de lágrimas, así que Colin subió al piso de arriba para hablar con ella largamente, muy largamente, y bajó minutos más tarde con la noticia de que regresaría a casa de Sophie —la pobre no podía más—, y pasaría la noche allí o tal vez la trajera a casa.

Oyeron el taxi de Julia y un instante después entró Sylvia, exaltada, risueña, guapa: ¿quién lo hubiera dicho unas semanas antes? Les hizo una reverencia, sujetando la falda de su vestido de niña buena, a la vez encantada y divertida con el cuello y los puños de encaje y los bordados. Julia apareció detrás.

—Oh, Julia, siéntese por favor —la invitó Frances.

Pero Julia había visto a Rose, que con el maquillaje corrido de tanto llorar semejaba un payaso y estaba atiborrándose de budín de Navidad.

—Tal vez en otro momento —repuso.

Estaba claro que Sylvia hubiera preferido quedarse con Andrew, pero subió por la escalera detrás de Julia.

—Qué vestido más ridículo —comentó Rose.

—Tienes razón —convino Andrew—. No es tu estilo.

Entonces Frances cayó en la cuenta de que no le había dado las gracias a Julia y, furiosa consigo misma, corrió tras ella. La alcanzó en el último rellano. La abrazaría. Estrecharía entre sus brazos a aquella vieja acartonada y crítica y la besaría; pero fue incapaz de hacerlo: sus brazos se negaron a levantarse y tocar a Julia.

—Muchas gracias —dijo—. Ha sido un detalle precioso. No se imagina lo mucho que ha significado para mí...

—Me alegro de que te gustara —contestó Julia, volviéndose hacia la puerta.

—Gracias, muchísimas gracias —añadió Frances, sintiéndose torpe, grotesca.

Sylvia no tenía dificultades para besar a Julia, o para permitir que la besara y la abrazara, e incluso se sentaba en sus rodillas.

Corría el mes de mayo, las ventanas estaban abiertas a una agradable tarde de primavera y los pájaros cantaban con ahínco, ahogando los ruidos del tráfico. Una llovizna arrancaba destellos a las hojas y las flores.

El grupo que rodeaba la mesa parecía el coro de un musical, pues todos llevaban túnicas con rayas horizontales azules y blancas y mallas negras. Para diferenciarse, Frances había escogido rayas negras y blancas. Los varones se habían puesto la misma túnica rayada, pero por encima de los téjanos. El cabello les llegaba —obligatoriamente— por debajo de las orejas, lo que constituía una afirmación de su independencia, mientras que todas las chicas lucían cortes Evansky. Un corte Evansky era la aspiración de toda chica in, y por las buenas, o probablemente por las malas, lo habían conseguido. Se trataba de un estilo intermedio entre la melena de los años veinte y el corte a lo garçon, con flequillo hasta las cejas. Liso, huelga decirlo. Los rizos estaban out. Hasta la cabellera de Rose, aquella masa de bucles negros, estaba cortada a lo Evansky. Pequeñas cabezas pulcras, muñequitas peripuestas, currutacas maripresumidas, y los chicos como ponis peludos, todos con aquellas rayas azules y blancas inspiradas en las camisas marineras, a juego con las tazas del desayuno. Cuando habla el Geist, el Zeit debe obedecer. Allí estaban los chicos y las chicas de la revolución sexual, aunque aún ignoraban que se les recordaría por eso.

Había una excepción al obligatorio corte Evansky, tan poderoso como el de Vidal Sassoon. La señora Evansky, una mujer decidida, se había negado a cortarle el cabello a Sophie. Después de levantar los satinados mechones, dejando que se escurrieran entre los dedos, había declarado: «Lo siento, no puedo», y a continuación, ante las protestas de Sophie, había añadido: «Además, tienes la cara larga. No te favorecería.» Sophie había permanecido en su sitio, ofendida, excluida, hasta que la señora Evansky dijo: «Vete y piénsalo, y si insistes... Pero si te cortase este pelo me sentiría fatal.»

Así, única entre las chicas, Sophie estaba sentada a la mesa con su negra cabellera intacta, sintiéndose como una especie de monstruo.

La rueda de la fortuna había girado bastante durante los últimos cuatro meses. ¿Qué eran cuatro meses? Nada, y sin embargo todo había cambiado.

Primero Sylvia. También había alcanzado la plena integración. Su peinado, conseguido a fuerza de suplicar a Julia, no la favorecía, pero todos sabían lo importante que era para ella considerarse normal e igual a los demás. Comía, aunque no muy bien, y obedecía a Julia en todo. La vieja y la niña pasaban horas sentadas en la salita de aquélla, que le preparaba a ésta pequeños caprichos, la alimentaba con los bombones que le regalaba su admirador, Wilhelm Stein, y le contaba historias sobre la Alemania anterior a la guerra, a la Primera Guerra Mundial. En una ocasión Sylvia había preguntado con delicadeza, porque habría preferido morir a lastimar a Julia:

—¿Entonces nunca ocurría nada malo?

Julia había quedado estupefacta, pero luego había reído.

—Aunque hubieran ocurrido cosas malas, no lo admitiría.

Sin embargo, lo cierto es que era incapaz de recordar cosas malas. Su infancia en aquella casa llena de música y gente agradable se le antojaba un paraíso. ¿Acaso existía algo semejante ahora, en cualquier parte?

Andrew había prometido a su madre y a su abuela que ingresaría en Cambridge en otoño, pero entretanto casi no salía de la casa. Holgazaneaba, leía y fumaba en su cuarto. Sylvia lo visitaba, llamando formalmente a la puerta, le ordenaba la habitación y lo reñía. «Si yo puedo pasar sin ella, tú también», aseveraba refiriéndose a la marihuana. Para ella, que había llegado a tocar fondo, cualquier cosa suponía una amenaza: el alcohol, el tabaco, la hierba, los gritos; y cualquier discusión hacía que se escondiese bajo las mantas, tapándose los oídos. Asistía a clase y empezaba a irle bien. Por las noches, Julia la ayudaba con los deberes.

Geoffrey, que era muy listo, aprobaría los exámenes y luego se matricularía en la London School of Economics para estudiar —por supuesto— Ciencias Políticas y Economía. Afirmaba que la filosofía no le interesaba. Daniel, la sombra de Geoffrey, iría a la misma facultad y cursaría la misma carrera.

Aunque Jill había tenido un aborto, la experiencia no parecía haberla afectado, y seguía exactamente igual. Lo más curioso era que «los críos» se habían ocupado de todo, sin recurrir a los mayores. No habían informado a Frances ni a Julia, ni siquiera a Andrew, a quien por lo visto consideraban demasiado adulto y un enemigo potencial. Colin había ido a hablar con los padres de la chica —ya que ella no se atrevía— para comunicarles que estaba embarazada. Ellos dieron por sentado que Colin era el padre y se negaron a creerle cuando les aseguró que no. ¿Quién era el padre? Nadie lo sabía ni lo sabría, aunque sospechaban de Geoffrey: como era tan guapo, siempre lo culpaban de las esperanzas truncadas y los corazones rotos.

Colin consiguió dinero de los padres de Jill para el aborto y fue a ver a su médico de cabecera, que le facilitó un número de teléfono.

Después, cuando Jill regresó sana y salva al apartamento del sótano, pusieron a Julia, Frances y Andrew al corriente. Sin embargo, los padres de Jill decidieron que, habida cuenta de las cosas que

sucedían en Saint Joseph, su hija no regresaría allí.

Sophie y Colin habían roto. Sophie, que jamás dejaría nada a medias, era demasiado para Colin: lo quería a muerte, o al menos de manera enfermiza. «¡Lárgate! —le había gritado él al fin—. ¡Déjame en paz!» Y se había encerrado en su habitación durante varios días. Después había ido a casa de Sophie para pedirle disculpas, diciendo que todo era culpa suya y que estaba «hecho un lío». «Por favor vuelve a casa, por favor —le había rogado—, todos te echamos de menos y Frances no para de preguntar: "¿Dónde está Sophie?"» Y cuando Sophie volvió, Frances la abrazó y dijo: «Pase lo que pase entre Colin y tú, siempre podrás visitarnos.»

Los fines de semana Sophie viajaba a Londres con la pandilla de Saint Joseph, pasaba la tarde del viernes con ellos y se iba a dormir a casa de su madre, que según decía se encontraba mejor, «aunque no lo parece, tiene la moral por los suelos y un aspecto horroroso». En ese entonces todavía no se había incorporado la depresión, y menos aún la depresión clínica, al vocabulario general ni a la conciencia colectiva. Cuando alguien decía: «Dios, estoy tan deprimido», se refería a que estaba de mal humor. Sophie, que en la medida de sus posibilidades era una buena hija, volvía a casa los sábados por la noche, pero no pasaba el día allí. Los sábados y los domingos ocupaba su lugar a la enorme mesa de Frances.

Le había ocurrido algo maravilloso. A menudo bajaba andando hasta Primrose Hill y luego atravesaba Regent's Park para ir a clases de baile y canto. Allí, en un claro cubierto de hierba y flores se yergue la estatua de una joven con una cabra llamada La protectora de los desamparados. Esa chica de piedra fascinó a Sophie, que empezó por depositar una hoja en el pedestal, luego una flor y finalmente un ramillete. Poco después empezó a llevar bizcocho consigo, para contemplar cómo los gorriones y los mirlos se posaban a los pies de la estatua y picoteaban las migas. En una ocasión puso una corona de hojas sobre la cabeza de la cabra, y un día encontró en el pedestal un librito titulado *El lenguaje de las flores* y, atado a él con un lazo, un ramillete de lilas y rosas rojas. No vio a nadie, aparte de las personas que paseaban por el parque. Se alarmó, consciente de que alguien había estado observándola. A la hora de la cena les contó a todos la historia, riéndose de su amor por la niña de piedra, y les mostró *El lenguaje de las flores*. Las lilas significaban «los primeros sentimientos amorosos»; las rosas rojas, «amor».

—¿No piensas contestarle? —preguntó Rose, furiosa.

—Hermosa Rosa —dijo Colin—, por supuesto que va a contestarle.

Todos estudiaron el libro para elucubrar un mensaje apropiado. Sin embargo, lo que Sophie quería responder era: «Siento curiosidad, pero no saques conclusiones precipitadas», y en el libro no encontraron nada que les convenciera. Al final se decidieron por las campanillas de invierno, que significaban «esperanza» —aunque la temporada ya había pasado— y por las vincapervincas, que significaban «amistad incipiente». Sophie creía que había algunas en el jardín de su madre. ¿Y qué más?

—Oh, vamos. Arriégate —sugirió Geoffrey—. Lirios de los valles: «Regreso a la felicidad.» Y polemonios: «Consentimiento.»

Sophie dejó el ramillete en el pedestal, aguardó un rato, se marchó, volvió y descubrió que las flores habían desaparecido. Claro que podía habérselas llevado otra persona, ¿no? No, porque cuando regresó al día siguiente había un chico que le dijo que «hacía siglos» que la observaba y que había recurrido a *El lenguaje de las flores* porque era demasiado tímido para abordarla directamente. La historia resultaba poco verosímil, porque no tenía un pelo de tímido. Era actor y estudiaba en la academia en la que ella planeaba matricularse en otoño. Se trataba de Roland Shattock, una especie de trotskista desgarbadamente apuesto e histriónico. A menudo iba a cenar a casa de Frances, y ese día se encontraba allí. Mayor que los demás —le llevaba un año a Andrew—, tenía aspecto de tipo experimentado y una cazadora de ante con flecos teñida de violeta; los chicos lo consideraban una aparición procedente del mundo adulto a la vez que una especie de medio para acceder a ese mundo. Si él no los consideraba «críos», entonces... Sus mentes idealistas nunca contemplaron la posibilidad de que necesitara una buena comida.

Cuando Roland estaba allí, Colin solía quedarse callado e incluso se retiraba temprano, sobre todo si se presentaba Johnny, porque el joven trotskista y el viejo estalinista se enzarzaban en discusiones estentóreas, acaloradas y a menudo desagradables. Sylvia también huía a refugiarse en las habitaciones de Julia.

Johnny había estado en Cuba, donde le habían encargado la realización de una película. «Aunque me temo que no dará mucho dinero, Frances.» Entretanto, había hecho una visita a la Zambia independiente con el camarada Mo.

Ahora Rose: había causado dificultades prácticamente todos los días desde hacía cuatro meses. Se negaba a retomar los estudios y a regresar a su casa. Estaba dispuesta a estudiar en Saint Joseph, siempre que le permitieran instalarse ahí, en esa casa. Andrew fue a ver otra vez a sus padres. Creían que ese encantador joven de clase alta tenía planes que incluían a su hija, de manera que accedieron a que ésta asistiese a un colegio sin internado de Londres, aunque no a Saint Joseph, que escapaba a sus posibilidades. Le pagarían el instituto y le darían una asignación para ropa, pero no se harían cargo de los gastos de alojamiento y comida. Dieron a entender que éstos eran responsabilidad de Andrew, lo que significaba que correrían por cuenta de Frances.

Quizá le pidiese que a cambio se ocupara de ciertas tareas domésticas, ya que a pesar de la señora Philby, la asistente de Julia —que no hacía mucho más que pasar la aspiradora—, resultaba imposible

mantener la casa limpia. «No seas tonta —dijo Andrew—. ¿Piensas que Rose va a mover un dedo?»

Encontraron una escuela progresista en Londres, y Rose accedió a todo. Si le permitían quedarse, se portaría bien. Entonces Andrew fue a informar a Frances de que había surgido un grave problema. Rose no se atrevía a contárselo. También estaba involucrada Jill. Las habían pillado sin billetes en el metro, y en ambos casos se trataba de la tercera vez. Las citaron en las oficinas de la Policía de Transportes para que comparecieran ante un agente del Departamento de Menores. No se librarían de la multa, y hasta cabía la posibilidad de que las mandaran a un reformatorio. Pese a que Frances estaba demasiado enfadada con Rose (a su manera, con un sentimiento de lánguido abatimiento como el ocasionado por una indigestión crónica) para plantarle cara, le pidió a Andrew que les dijera a las chicas que ella las acompañaría a la entrevista. La mañana señalada bajó a la cocina y se encontró a dos adolescentes enfurruñadas, unidas por su odio hacia el mundo, fumando. Las dos se habían maquillado, y con la sombra blanca, los ojos perfilados y las uñas pintadas de negro, semejaban un par de osos panda. Llevaban vestidos mini de Biba's, robados, por supuesto. No habrían podido fabricarse una apariencia más apropiada para predisponer a las autoridades en contra de ellas.

—Si realmente queréis que todo quede en un sermón, ya podéis lavaros la cara —dijo Frances, preguntándose si habrían decidido complicar las cosas al máximo, incluso si estarían deseando que las mandasen a un reformatorio. En tal caso, ella recibiría su merecido: si una usurpa el lugar de los padres, tarde o temprano se lleva el castigo que, de hecho, está destinado a los progenitores negligentes.

Rose protestó de inmediato.

—No veo por qué.

Frances aguardó con curiosidad la respuesta de Jill. La chica callada, buena y modosita, capaz de pasar toda la velada sin abrir la boca, estaba prácticamente irreconocible detrás del maquillaje y de la ira. Decidió seguir el ejemplo de Rose.

—Yo tampoco veo por qué.

Fueron en metro, y Frances reparó en sus sonrisas sarcásticas mientras compraba billetes para las tres. Pronto llegaron a la oficina donde los que se colaban en el metro, los delincuentes juveniles, debían afrontar su destino en la persona de la señora Kent, vestida con un uniforme azul de aspecto indeterminado que le confería un solemne aire autoritario. Aunque su semblante destilaba afabilidad, su mirada era severa, como para inspirar respeto.

—Siéntense, por favor —dijo, y Frances tomó asiento en un extremo, mientras las dos chicas, que habían permanecido en pie como caballos obstinados el tiempo suficiente para dejar clara su posición, se dejaron caer en las sillas con una brusquedad que denotaba que las habían obligado a ello—. Es muy sencillo —prosiguió, soltando un suspiro, seguramente inconsciente, que la desmintió—. Ambas recibisteis dos advertencias. Sabíais que la tercera sería la última. Podría enviaros al juez, para que él decida si debéis quedar bajo la tutela del Estado, pero si me dais garantías de buena conducta, sólo tendréis que pagar una multa, aunque vuestros padres o vuestro tutor deberá responsabilizarse de vosotras.

Decía esto, o algo parecido, tan a menudo que su bolígrafo expresaba aburrimiento y exasperación mientras dibujaba garabatos en un bloc. Cuando hubo terminado, miró a Frances y con una sonrisa le preguntó:

—¿Es usted la madre de alguna de las dos?

—No.

—¿La tutora? ¿Tiene alguna autoridad legal sobre ellas?

—No, pero viven conmigo..., en nuestra casa, y se quedarán allí mientras estudien. —Rose estudiaría, pero en cuanto a Jill, Frances no sabía qué pensaba hacer, de manera que estaba mintiendo.

La señora Kent estudió largamente a las chicas, que estaban enfurruñadas, sentadas con las piernas cruzadas en un punto demasiado alto y las rodillas levantadas, enseñando los negros muslos hasta la ingle. Frances notó que Jill temblaba: jamás habría creído que aquella fría jovencita fuese capaz de temblar.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —preguntó la señora Kent a Frances. Se levantó y mirando a las chicas añadió—: Será un minuto.

Le señaló una puerta a Frances y la siguió al interior de un pequeño cuarto privado, donde sin duda se reponía de la tensión de esa clase de entrevistas.

Se acercó a la ventana y Frances la imitó. Contemplaron un pequeño jardín donde dos amantes lamían un helado de cucurucho.

—Me gustó su artículo sobre la delincuencia juvenil —comentó la señora Kent—. Lo recorté.

—Gracias.

—No sé por qué lo hacen. Entendemos a los críos pobres, y nuestra política es mostrarnos indulgentes con ellos, pero todos los días recibo chicos y chicas vestidos de punta en blanco... No me cabe en la cabeza. El otro día uno de ellos..., un chico que asiste a una escuela cara, me aseguró que negarse a pagar el billete era una cuestión de principios; le pregunté a qué principios se refería y me contestó que era marxista. Dijo que quería destruir el capitalismo.

—Me suena.

—¿Qué garantía puede ofrecerme de que no volveré a ver a esas chicas dentro de una semana o dos?

—Ninguna —respondió Frances—. No puedo garantizarle nada. Ambas se pelearon con sus respectivos padres y aterrizaron en mi casa. Han dejado los estudios, pero tengo la esperanza de que los retomen.

—Entiendo. Un amigo de mi hijo, un compañero de clase, pasa más tiempo en mi casa que en la suya.

—¿Dice que sus padres son una mierda?

—Dice que no lo entienden; pero yo tampoco. Oiga, ¿tuvo que investigar mucho para escribir su artículo?

—Bastante.

—Pero no proporcionaba respuestas.

—No las conozco. ¿Podría explicarme por qué una chica, y me refiero a la morena de ahí fuera, Rose Trimble, que acaba de conseguir que le resuelvan todos sus problemas, escoge precisamente ese momento para hacer algo que podría echarlo todo por la borda?

—Yo lo llamo «andar por el filo» —dijo la señora Kent—. Les gusta poner a prueba los límites. Caminan sobre una cuerda floja, pero siempre con la esperanza de que alguien los atrape en el aire si se caen. Y usted lo hace, ¿no?

—Supongo que sí.

—Le sorprendería saber cuántas veces oigo la misma historia.

Las dos permanecieron muy juntas delante de la ventana, unidas por la desesperación.

—Ojalá entendiera lo que pasa —añadió la señora Kent con un suspiro.

—Todos estamos igual.

Regresaron al despacho, donde las chicas, que habían estado riendo y burlándose de la funcionaria, callaron y recuperaron su aire enfurruñado.

—Os daré otra oportunidad —declaró la señora Kent—. La señora Lennox se ha comprometido a ayudaros, pero lo cierto es que me estoy excediendo en mis atribuciones; espero que ambas entendáis que os habéis salvado por los pelos. Es una suerte que contéis con la amistad de la señora Lennox.

Este último comentario fue un error, aunque la señora Kent no tenía modo de saberlo. Frances percibió el resentimiento de las chicas, o al menos de Rose, ante la insinuación de que le debían algo.

Fuera del edificio, en la acera, le comunicaron que se iban de compras.

—Os he advertido que no robéis —dijo Frances—. ¿Me haréis caso?

Se marcharon sin mirarla.

Esa noche, durante la cena, declararon que habían mangado los dos vestidos que llevaban puestos, ambos tan minis que casi con seguridad los habían elegido para escandalizar o suscitar críticas.

Sylvia, haciendo un gran esfuerzo de autoafirmación, señaló que le parecían demasiado cortos.

—¿Demasiado cortos para qué? —se mofó Rose.

No había dirigido la vista a Frances ni una sola vez durante la cena, como si la crisis de esa mañana no hubiera existido. Jill, en cambio, murmuró una disculpa rápida, con una mezcla de cortesía y agresividad:

—Gracias, Frances, un millón de gracias.

Andrew opinó que habían tenido mucha potra, y Geoffrey, el ladrón consumado, aseguró que con un poco de cuidado resultaba fácil pasar inadvertido.

—De nada vale ir con cuidado en el metro —apuntó Daniel, que emulando a su ídolo jamás pagaba el billete—. Es cuestión de suerte; te pillan o no te pillan, sencillamente.

—Entonces no viajes en metro sin billete —repuso Geoffrey—, o al menos no más de dos veces. Es una estupidez.

Al verse criticado por Geoffrey en público, Daniel enrojeció y replicó que había viajado sin billete «durante años» y que sólo lo habían pillado un par de veces.

—¿Y la tercera? —preguntó Geoffrey, instruyéndolo.

—A la tercera va la podrida —corearon todos.

Ésa fue la semana en que Jill se dejó embarazar; no, más bien se lo buscó.

Todos estos dramas se habían desarrollado en cuatro meses, desde las Navidades, y como si nada hubiera sucedido, ahí estaban los protagonistas, los chicos y las chicas, sentados alrededor de la mesa una noche de primavera, haciendo planes para el verano.

Geoffrey dijo que viajaría a Estados Unidos y se uniría a los defensores de la igualdad racial «en las barricadas»; una experiencia útil para un futuro estudiante de Política y Economía en la LSE.

Andrew afirmó que se quedaría en casa, leyendo.

—Que no sea *La prueba* de Richard Feverel —sugirió Rose—. ¡Qué basura!

—Esa también —dijo Andrew.

Jill había invitado a Sylvia a la casa de sus primos de Exeter («Es genial; tienen caballos»), pero Sylvia contestó que no, que también se quedaría en casa a leer.

—Julia dice que leo poco. Ya he leído algunos libros de Johnny. Aunque no me creáis, hasta que llegué a esta casa no sabía que existiesen libros que no trataran de política.

Esto significaba, como todo el mundo suponía, que Sylvia era incapaz de dejar a Julia: se consideraba demasiado frágil para arreglárselas sola.

Colin manifestó su intención de viajar a Francia para trabajar en la vendimia, aunque tal vez se quedara e intentase escribir una novela. Este último comentario promovió un gruñido colectivo.

—¿Por qué no puede escribir una novela? —preguntó Sophie, que siempre salía en defensa de Colin precisamente porque le había hecho mucho daño.

—Quizás escriba sobre Saint Joseph —anunció Colin—. Apareceremos todos.

—No es justo —se quejó Rose de inmediato—. Yo no saldré, porque no voy a Saint Joseph.

—Muy cierto —apostilló Andrew.

—Tal vez escriba una novela entera sobre ti —dijo Colin—. Las desventuras de Rose. ¿Qué te parece?

Rose lo miró fijamente y luego, con desconfianza, echó un vistazo alrededor. Todos la observaban con seriedad. Provocar a Rose se había convertido en un pasatiempo demasiado frecuente, por lo que Frances trató de suavizar el momento, que amenazaba con desembocar en llanto.

—¿Y tú qué planes tienes, Rose? —preguntó.

—Iré con Jill a casa de sus primos. O puede que haga autostop hasta Devon. O quizá me quede aquí —añadió mirando a Frances con actitud desafiante.

Sabía que Frances se alegraría de librarse de ella, pero no creía que eso se debiera a sus propios defectos. Ignoraba que fuese desagradable. Sabía que casi siempre caía mal, pero lo atribuía a la injusticia del mundo; jamás se le habría ocurrido considerarse «antipática»: la gente se metía con ella, la puteaba. Las personas cordiales, guapas o simpáticas, o las tres cosas a la vez, las personas que confían en los demás no imaginan siquiera el pequeño infierno en que habitan los seres como Rose.

James anunció que iría a un campamento de verano que le había recomendado Johnny, para estudiar la decadencia del capitalismo y las contradicciones internas del imperialismo.

Daniel murmuró con tristeza que tendría que irse a casa.

—Tranquilo, el verano no durará eternamente —observó Geoffrey con benevolencia.

—Para mí sí —repuso Daniel con angustia.

Roland Shattock contó que haría una excursión a pie por Cornualles con Sophie. Al advertir gestos de recelo en algunas caras —la de Frances, la de Andrew—, añadió:

—Oh, no os asustéis, conmigo estará segura. Creo que soy homosexual.

Esta revelación, que en la actualidad no suscitaría más que un «¿de veras?», o quizás algunos suspiros femeninos, entonces sonó demasiado despreocupada y extemporánea, lo que produjo un malestar general.

Sophie se apresuró a puntualizar que no le importaba, que le gustaba estar con Roland. Andrew se mostró dignamente compungido, y casi se le oyó pensar que él no era marica.

—Bueno, quizá no lo sea —rectificó Roland—. Al fin y al cabo estoy loco por ti, Sophie. Pero no temas, Frances, no soy un corruptor de menores.

—Voy a cumplir dieciséis años —protestó Sophie, indignada.

—Pensé que eras mucho mayor cuando te vi soñando en el parque.

—Soy muy madura —afirmó Sophie con convicción; se refería a la enfermedad de su madre, a la muerte de su padre y a la crueldad con que Colin la había tratado.

—Mi preciosa soñadora —dijo Roland besándole la mano, aunque en una parodia del beso europeo que roza el aire por encima del guante, o, como en este caso, unos nudillos con un ligerísimo aroma al guiso de pollo que había estado removiendo para ayudar a Frances—. Aun si acabo en la cárcel habrá merecido la pena.

Frances, por su parte, esperaba unas semanas tranquilas y productivas.

La incendiaria carta llegó dirigida a «J... (indescifrable)... Lennox», y la abrió Julia, quien al ver que era para Johnny, «Querido compañero Johnny Lennox», y que la primera frase era: «Quiero que me ayudes a abrirle los ojos a la gente, para que sepan la verdad», la leyó una y otra vez y, cuando se hubo tranquilizado, telefoneó a su hijo.

—Tengo una carta para ti de Israel; de un hombre llamado Reuben Sachs.

—Un buen tipo —comentó Johnny—. Siempre ha mantenido una postura progresista como marxista no alineado, abogando por las relaciones pacíficas con la Unión Soviética.

Sea eso lo que sea, quiere que convoques a tus amigos y compañeros para hablarles de sus experiencias en una prisión checoslovaca.

—Debe de haber habido una buena razón para que lo encerraran.

—Lo acusaron de ser un espía sionista al servicio del imperialismo yanqui. —Johnny guardó silencio—. Estuvo entre rejas cuatro años, lo torturaron, lo trataron con brutalidad y finalmente lo soltaron... Te pido por favor que no digas: «Por desgracia, a veces se cometen errores.»

—¿Qué quieres, Mutti?

—Creo que deberías complacerlo. En sus palabras, todo lo que pretende es que la gente abra los ojos y conozca la verdad sobre los métodos a los que recurre la Unión Soviética. Por favor, no me digas que se trata de un provocador.

—Me temo que no le veo la utilidad a lo que pide.

—En tal caso, me encargaré de organizar la reunión. Al fin y al cabo, sé quiénes son tus amigos, Johnny.

—¿Y qué te hace pensar que acudirían a una reunión que convocases tú, Mutti?

—Les mandaré una copia de la carta. ¿Quieres que te la lea?

—No, conozco las mentiras que algunos difundirán.

—Llegará a Londres dentro de dos semanas, y viene especialmente para eso... para hablar con los compañeros del partido. También viajará a París. ¿Propongo una fecha?

—Como quieras.

—Pero tiene que ser conveniente para ti. Supongo que le molestaría que no te presentaras.

—Te llamaré para concertar la fecha: pero que quede claro que me desvincularé de cualquier forma de propaganda antisoviética.

En la noche señalada, un insólito grupo de invitados ocupó la amplia sala. Johnny había invitado a amigos y camaradas, y Julia a unas cuantas personas que en su opinión debían estar presentes aunque él no se lo hubiese propuesto. Muchos seguían en el partido, otros se habían retirado como consecuencia de diversas crisis: el pacto entre Stalin y Hitler, la insurrección de Berlín, Praga, Hungría; incluso había alguno que se había marchado en la época de la invasión de Finlandia. Eran unos cincuenta, y la estancia estaba abarrotada de sillas y de personas de pie junto a la pared. Todos se definían como marxistas.

Andrew y Colin también se habían presentado, aunque antes se habían quejado de que la reunión sería una lata.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Colin a su abuela—. Esto no es lo tuyo, ¿no?

—Tengo la esperanza de que esta reunión haga que Johnny entre en razón, aunque lo más seguro es que esté chocheando.

El grupo de Saint Joseph se encontraba en época de exámenes. James estaba en Estados Unidos. Las chicas del sótano habían escogido deliberadamente ese momento para ir a la discoteca: la política era una mierda.

Reuben Sachs cenó a solas con Julia: Frances habría coincidido con las chicas, incluso con el lenguaje que habían empleado. Sachs, un retaco desesperado y serio, no podía dejar de hablar de lo que le había ocurrido, y la reunión no fue más que la continuación de lo que había estado contándole a Julia, que después de aclararle que nunca había sido comunista y que no necesitaba que la persuadiera de nada, guardó silencio, pues resultaba evidente que el pobre necesitaba hablar mientras ella —o cualquiera— lo escuchaba.

Durante años había mantenido una difícil posición política en Israel, la de socialista que rechazaba el comunismo y pedía que los socialistas no alineados del mundo apoyaran las relaciones pacíficas con la Unión Soviética, lo que los pondría en una situación difícil ante sus propios gobiernos. Lo habían acusado de comunista durante la guerra fría. La naturaleza no lo había dotado con el temperamento más indicado para estar constantemente en el punto de mira, recibiendo disparos desde todos los frentes. Se notaba en sus discursos agitados, fervientes, en sus ojos a un tiempo suplicantes y furiosos; y las palabras que repetía una y otra vez, como un estribillo, eran: «Nunca he renegado de mis ideas.»

Había llegado a Praga en misión de paz y conciliación, pero lo habían arrestado acusándolo de ser un espía sionista al servicio del imperialismo yanqui. En el coche de la policía se dirigió a sus captores en los siguientes términos: «¿Cómo es posible que vosotros, como representantes de un Estado obrero, os ensuciéis las manos con un trabajo como éste?», y repitió esas palabras después de que lo golpearan una y otra vez. Lo mismo ocurrió en la prisión. Pese a que los guardias eran unos brutos, y los interrogadores también, él siguió tratándolos como a seres civilizados. Hablaba seis idiomas, pero ellos insistieron en interrogarlo en una lengua que no conocía, el rumano, de manera que al principio no supo qué cargos se habían presentado contra él. De hecho englobaban toda la gama de actividades antichecoslovacas y antisoviéticas. «Pero se me dan bien los idiomas, déjenme explicar...» En los interrogatorios adquirió suficientes nociones de rumano para defenderse. Durante semanas, meses, años, sufrió malos tratos y humillaciones, pasó días enteros sin comer, noches enteras sin dormir... Lo sometieron a todas las torturas favoritas de los sádicos. Esa situación duró cuatro años. Continuó declarándose inocente y explicando a

sus interrogadores y carceleros que con esa clase de trabajo mancillaban el honor del pueblo, del Estado obrero. Tardó bastante tiempo en descubrir que su caso no era único, que las cárceles estaban llenas de hombres como él, que se comunicaban en código morse dando golpecitos a las paredes y aseguraban que estaban tan sorprendidos como él de encontrarse en prisión. También explicaban que «el idealismo no resulta apropiado en estas circunstancias, camarada». Entonces se le cayó la venda de los ojos, según dijo. Aproximadamente cuando cejó en su empeño de hacer entrar en razón a sus torturadores, apelando a su mejor voluntad y a su extracción social, cuando perdió por completo la fe en las posibilidades a largo plazo de la Revolución rusa, lo liberaron durante una de las nuevas alboradas del Imperio soviético, y descubrió que aún era un hombre con una misión, aunque ahora ésta consistía en abrir los ojos de los compañeros que continuaban engañados sobre la auténtica naturaleza del comunismo.

A pesar de que Frances decidió que no quería oír «revelaciones» que había descubierto por sí misma hacía décadas, entró en la sala cuando ésta se llenó, y se sentó al fondo, al lado de un hombre cuyo rostro le sonaba vagamente pero que, a juzgar por el modo en que la saludó, se acordaba muy bien de ella. Johnny escuchaba sin prejuicios desde un rincón. Sus hijos se hallaban sentados junto a Julia en el otro extremo de la estancia, sin mirar a su padre. Sus caras reflejaban la misma tensión y desdicha que Frances veía en ellas desde hacía años. Si bien rehuían la mirada de su padre, a ella le dedicaron una sonrisa solidaria, aunque demasiado triste para que pasara por irónica, como pretendían. En aquella sala había personas a quienes conocían de su infancia y con cuyos hijos habían jugado.

Cuando Reuben comenzó su relato con la frase: «He venido a contaros la verdad, como es mi deber...», se hizo un silencio absoluto, no podría quejarse de que su público no le prestaba atención. Sin embargo, esos semblantes... no eran los que uno ve normalmente en una reunión, respondiendo a lo que se dice con sonrisas y gestos de asentimiento o de discrepancia. Eran rostros corteses, inexpresivos. Algunos de los presentes seguían siendo comunistas, lo habían sido durante toda su vida y no cambiarían: hay gente incapaz de cambiar una vez que se ha formado una opinión. Los que habían abjurado del comunismo criticaban a la Unión Soviética, algunos incluso con vehemencia, pero todos eran socialistas y conservaban su fe en el progreso, en esa escalera mecánica en permanente ascenso hacia un mundo más feliz. Y la Unión Soviética constituía un símbolo tan poderoso de esa fe que..., como dirían décadas después aquellos que habían vivido sumidos en sus sueños: «La Unión Soviética es nuestra madre, y uno no insulta a su madre.»

Estaban sentados escuchando a un hombre que había cumplido cuatro años de trabajos forzados en una cárcel comunista, sometido a un trato brutal; era una historia dolorosa y emotiva, y aunque de vez en cuando Reuben Sachs derramaba unas lágrimas por «la forma en que se ensuciaba y mancillaba el Gran Sueño de la humanidad», lo que pretendía era apelar a la razón de los presentes.

Por eso las personas que habían acudido a la reunión «para oír la verdad» mantenían un semblante inexpresivo, en algunos casos incluso estupefacto, escuchando como si el relato no les concerniese. El mensajero de «la verdad de la situación» disertó durante una hora y media y terminó con un apasionado llamamiento a que le hicieran preguntas sobre sus sufrimientos, pero nadie abrió la boca. Como si no se hubiese pronunciado una palabra, la reunión se dio por concluida porque la gente comenzó a marcharse tras darle las gracias a Frances, bajo la falsa impresión de que era la anfitriona, y saludar a Johnny con una inclinación de la cabeza. Nadie se pronunció. Si comentaban algo entre sí, era sobre otros temas.

Reuben Sachs permaneció sentado, aguardando aquello por lo cual había viajado a Londres, pero era como si hubiera hablado de la situación en la Europa medieval o incluso en la Edad de Piedra. No daba crédito a lo que veía, a lo que había sucedido.

Julia se quedó en su sitio, mirando alrededor con sarcasmo y una pizca de rencor, mientras que la expresión de Andrew y Colin era ostensiblemente burlona.

El hombre que estaba al lado de Frances no se había movido. Ella pensó que su inicial renuencia a asistir a la reunión había estado justificada: volvía a sentirse acuciada por antiguas desdichas y necesitaba recuperar la compostura.

—Frances —dijo él, intentando captar su atención—, no ha sido una charla agradable.

Ella sonrió con mayor vaguedad de la que a él le habría gustado, pero luego se fijó en su cara y pensó que al menos había alguien que había entendido lo que se había dicho.

—Soy Harold Holman. No me recuerdas, ¿verdad? Johnny y yo éramos inseparables en los viejos tiempos... Iba con frecuencia a tu casa cuando los críos eran pequeños. En ese entonces estaba casado con Jane.

—Al parecer he borrado todo eso de mi mente.

Entretanto, Andrew y Colin contemplaban la sala prácticamente vacía y Julia guiaba al triste y decepcionado portador de la verdad a sus habitaciones.

—¿Puedo llamarte alguna vez? —preguntó Harold.

—¿Por qué no? Pero hazlo a *The Defender*. —Bajó la voz para que no la oyeran sus hijos—. Estaré allí mañana por la tarde.

—De acuerdo. —Harold asintió y se marchó.

La conversación había sido tan intrascendente que sólo más tarde se le ocurrió pensar que él estaba interesado en ella como mujer, y eso debido a que había perdido la costumbre de esperar algo semejante.

Colin se acercó y preguntó:

—¿Quién era ese tipo?

—Un amigo de Johnny..., de los viejos tiempos.

—¿Para qué va a llamarte?

—No lo sé. Quizá salgamos a tomar un café y recordar el pasado —respondió mintiendo con naturalidad, porque ese aspecto de su ser ya empezaba a renacer.

—Me voy al instituto —anunció Colin con aspereza y suspicacia, y se marchó a tomar el tren sin decir adiós.

—Iré a ayudar a Julia con nuestro invitado, pobrecillo —dijo Andrew, y se alejó con una sonrisa que era a un tiempo de complicidad y de advertencia, aunque tal vez no hubiese cobrado conciencia de ello.

Era inevitable que una mujer que, como Frances, había cerrado la puerta a su vida amorosa fuese descubierta cuando la abría de repente. Le gustaba Harold; resultaba evidente por el modo en que empezaba a revivir, se le aceleraba el pulso, la embargaba la animación.

Pero ¿por qué? ¿Por qué él? La había pillado por sorpresa, desde luego. Qué extraordinario. La ocasión había sido extraordinaria, ¿Quién lo habría creído de no haberlo visto? No le habría sorprendido en absoluto que el tal Harold fuese la única persona presente dispuesta a asimilar lo que había dicho Reuben Sachs. Asimilar: qué palabra tan acertada. Uno puede pasar una hora y media escuchando información capaz de destruir los cimientos de su preciosa fe, o información que no coincide con lo que ya se ha aprendido, y no asimilarla. Si todo cae en saco roto...

Esa noche Frances no durmió bien, porque se permitió fantasear como una colegiala enamorada.

Al día siguiente Harold le telefoneó para invitarla a pasar el fin de semana con él en un pueblecito de Warwickshire, y ella accedió con tanta naturalidad como si aquello fuese cosa de todos los días.

Y de nuevo se preguntó qué cualidad poseía ese hombre para abrir con tanta facilidad la puerta que ella había mantenido firmemente cerrada. Se trataba de un individuo fornido, rubio y risueño que parecía observarlo todo con expresión entre distante y divertida. Era, o había sido, funcionario en una organización educativa. ¿Un sindicato?

Como sabía que el viernes recibirían la habitual invasión de jóvenes, subió a decirle a Julia que le gustaría tomarse el fin de semana libre. Con esas palabras.

Julia esbozó una sonrisa. ¿Era una sonrisa? Sí, y para nada maliciosa...

—Pobre Frances —comentó, sorprendiendo a su nuera—. Llevas una vida tediosa.

—¿De veras?

—Eso creo. Y los chicos pueden arreglárselas solos para variar.

Cuando salía, oyó un murmullo:

—Regresa a nuestro lado, Frances.

La sorprendió tanto que se volvió, pero Julia había retomado la lectura de su libro.

«Regresa a nuestro lado»... Vaya, qué perspicaz, qué incómodamente perspicaz. Porque de repente se había rebelado contra su vida, contra aquel esfuerzo sin tregua, y se había aventurado en un paisaje de sueños apasionados, donde se perdería... para no regresar a casa de Julia nunca más.

Maldita la gracia que les hizo la noticia a sus hijos. Al enterarse de que su madre pasaría el fin de semana fuera, los dos reaccionaron como si se marchara por seis meses.

—¿Adonde vas? —preguntó Colin por teléfono, desde el instituto—. ¿Y con quién?

—Con un amigo —respondió Frances, y se produjo un silencio cargado de desconfianza.

Andrew le dedicó su sonrisa más triste y temerosa, aunque él lo ignoraba.

Ella siempre había sido lo más estable en la vida de sus hijos, y de nada servía decir que ambos eran lo bastante mayores para concederle un poco de libertad. ¿A qué edad unos chicos tan inseguros como éstos dejan de necesitar la presencia constante de un progenitor? Su madre iba a pasar el fin de semana con un hombre, y ellos lo sabían. Si lo hubiera hecho en alguna otra ocasión..., pero qué obediente había sido siempre, pendiente en todo momento de la situación de sus hijos, de sus necesidades, como si quisiera compensarlos por las carencias de Johnny. ¿Como si quisiera? De hecho había tratado de compensarlos por las carencias de Johnny.

El sábado Frances salió furtivamente de la casa, consciente de que Andrew estaría alerta, pues no dormía bien, y de que tal vez Colin hubiera decidido levantarse antes de lo habitual, que era a media mañana. Alzó la vista hacia las ventanas de la fachada, temiendo ver las caras de sus hijos, pero allí no había nadie. Eran las siete de la mañana de un precioso día de verano, y su ánimo, a pesar del sentimiento de culpa, amenazaba con llevarla volando hasta el empíreo de la irresponsabilidad, y allí estaba él, su galán, su pretendiente, sonriendo, feliz de lo que veía: una mujer rubia (había ido a la peluquería) con un vestido de lino verde, sentada a su lado y volviéndose para reír con él de la inminente aventura.

Cruzaron plácidamente los suburbios de Londres y llegaron al campo. Frances disfrutaba de verlo disfrutar con ella, así como de su propio placer por estar a su lado, mientras se negaba a pensar en la

expresión de infelicidad e impotencia de Colin y Andrew.

Querida Tía Vera: soy una mujer divorciada con dos hijos. Me gustaría vivir una aventura amorosa, pero temo disgustar a los chicos. Me vigilan como halcones. ¿Qué puedo hacer? Quiero divertirme un poco. ¿No tengo derecho?

Bueno, si a Frances se le presentaba la oportunidad de divertirse, la aprovecharía: se esforzó por no pensar en sus hijos. De lo contrario, tendría que decirle a ese hombre: «Da media vuelta y márchate, he cometido un error.

Pararon a desayunar junto al río, cerca de Maidenhead, luego descansaron en un pueblo cuyo parque los sedujo, prosiguieron el viaje, se dejaron seducir de nuevo, esta vez por un atractivo pub, y comieron en otro parque mientras los gorrones saltaban alrededor de ellos.

—¿Te cuesta creer lo que está pasando? —preguntó él en cierto momento.

—Sí —respondió ella y se contuvo para no añadir: «Se trata de los chicos, ¿sabes?»

—Me lo parecía. A mí, en cambio, no me cuesta nada.

Su risa sonó lo bastante triunfal para que Frances lo mirase, intentando descubrir el motivo. Había algo que no entendía, pero daba igual. Se sentía imprudentemente feliz. Julia estaba en lo cierto: llevaba una vida muy aburrida. Tomaron carreteras secundarias para evitar las autopistas, se perdieron, y en todo momento sus gestos y sonrisas prometían: «Esta noche dormiremos el uno en brazos del otro.» El día continuó cálido, con una sedosa neblina dorada, y por la tarde se sentaron en otro parque, junto a un río, observados por los mirlos, un zorzal y un perro grande y amistoso que se sentó a su lado hasta que consiguió sacarles sendos trozos de tarta para alejarse luego agitando la cola.

—Qué perro más gordo —dijo Harold—. Así quedaré yo después de este fin de semana.

Sí, se lo veía hinchado, pero había un ingrediente más, el placer que extraía de ella, de la situación, que impulsó a Frances a preguntar sin pensarlo:

—¿Por qué estás tan satisfecho de ti mismo?

Él entendió de inmediato, de manera que la agresividad de las palabras, que Frances lamentó de inmediato haber pronunciado porque contradecían el radiante bienestar que sentía, quedó anulada cuando Harold respondió:

—Ah, sí, tienes razón, tienes razón. —Le dirigió una mirada risueña, y a ella se le antojó un león holgazán, con las patas cruzadas sobre el pecho, que erguía la autoritaria cabeza mientras bostezaba lenta y perezosamente—. Te lo diré, te lo contaré todo; pero quiero llegar a algún sitio antes de que desaparezca esta luz.

Siguieron su camino; en Warwickshire, él aparcó delante del hotel y se apeó para abrirle la portezuela.

—Baja y mira esto. —Al otro lado de la calle había árboles, lápidas, arbustos y un añoso tejo—. Estaba deseando enseñarte este sitio... No, te equivocas, no he traído a ninguna otra mujer, pero hace unos meses tuve que detenerme en este pueblo y pensé: es mágico. Estaba solo.

Cruzaron la calle tomados de la mano y entraron en el viejo cementerio, donde el tejo parecía casi tan alto como la pequeña iglesia. Era un atardecer de principios del verano, y una luna resplandeciente despuntaba en el cielo gris. Las pálidas lápidas se extendían ante ellos y era como si quisieran decirles algo. Mientras las ráfagas de cálido aire estival y las frescas volutas de niebla les rozaban la cara, se abrazaron y besaron y permanecieron muy juntos durante largo rato, escuchando los mensajes que sus cuerpos se enviaban mutuamente. Luego la presión de las emociones imposibles de compartir los hizo apartarse, aunque continuaron tomados de la mano, y Harold dijo «sí» con un sereno arrepentimiento que no necesitaba explicación. «Podría haberme casado con un hombre así, en lugar de con...», pensó Frances. Julia lo había tachado de imbécil. Puesto que Johnny no había telefoneado a su madre después de la reunión «para que todo el mundo oyera la verdad», Julia le telefoneó para averiguar qué opinaba, o más bien qué estaba dispuesto a decir.

«¿Y bien? —había preguntado ella—. Sin duda valía la pena reflexionar sobre lo que dijo ese israelí, ¿no?»

«Tienes que aprender a ver las cosas con perspectivas, Mutti.»

«Imbécil.»

El cementerio se cubrió de sombras, el cielo se iluminó y las lápidas destellaron, brillantes y espectrales, mientras ellos, apoyados contra el tejo en medio de la oscuridad, contemplaban la luna, cuyo resplandor aumentaba poco a poco. Luego caminaron entre las tumbas, todas antiguas, ninguna de menos de cien años, y pronto se encontraron en la habitación del anticuado hotel donde él había hecho la reserva a nombre de Harold y Frances Holman.

«¿Por qué no? —se dijo ella—. Podría casarme con este hombre, podríamos ser felices; al fin y al cabo la gente se casa y es feliz...», y aunque el recuerdo de las cargas y complicaciones de la casa de Julia ahuyentó esa idea absurda, Frances hizo a un lado este pensamiento, decidida a ser feliz al menos por una noche.

Y lo fue. Lo fueron.

—Hechos el uno para el otro —le murmuró él al oído, y lo repitió en voz alta, exultante.

Estaban tendidos de lado, abrazados, mientras fuera la efímera noche corría hacia un amanecer que no iba a permitir que las nubes retrasaran su llegada: la luna relucía en los cristales de las ventanas.

—He estado enamorado de ti durante años —confesó él—, desde que te vi por primera vez con tus hijos. La mujer de Johnny. No sabes cuántas veces fantaseé con llamarte y pedirte que te escapases a tomar una copa conmigo; pero eras la esposa de Johnny, y yo lo admiraba tanto...

Frances, que empezaba a sentirse deprimida, deseó que no continuase; y sin embargo, tenía que continuar, desde luego, porque ésa era la triste cara de la verdad.

—Debí de ser en aquel horrible apartamento de Notting Hill.

—¿Era horrible? En aquellos tiempos no aspirábamos a una vida elegante. —Soltó una carcajada estentórea y añadió—: Ah, Frances, ¿has soñado alguna vez con algo que creías que nunca se haría realidad? Pues para mí ese sueño se ha hecho realidad esta noche.

Ella pensaba en sí misma, gorda y preocupada, con los niños pequeños constantemente pegados a su falda, agarrándola, subiéndosele encima, disputándose su regazo.

—Me gustaría saber qué veías en mí entonces.

Harold guardó silencio por unos instantes.

—Todo —repuso al fin—. En aquellos tiempos Johnny era un héroe para mí. Y tú eras su mujer. Hacíais tan buena pareja; os envidiaba a los dos y envidiaba a Johnny. Y a los niños... Yo aún no tenía hijos. Quería ser como vosotros.

—¿Como Johnny?

—No puedo explicarlo. Erais una... una familia sagrada —Rió sacudiendo las extremidades, luego se sentó en el borde de la cama, estirando los brazos a la luz de la luna y agregó—: Eras maravillosa; tranquila serena... No te inmutas por nada, y yo era consciente de que Johnny distaba de ser el tipo más fácil del... No lo estoy criticando.

—¿Por qué no? Yo lo hago. —¿De verdad se proponía destruir el sueño? No podía. Oh, sí, claro que podía—. ¿Tienes la menor idea de cuánto odiaba a Johnny en aquella época?

—Bueno, es natural, todos odiamos de vez en cuando a las personas que queremos. Jane... era un coñazo.

—Johnny siempre ha sido un coñazo.

—Pero ¡qué héroe!

Estaba sentada con un brazo en torno al cuello de Harold, lo más cerca posible de él, para no separarse de esa eufórica vitalidad, con los pechos apretados contra su brazo. Cuánto le gustaba su propio cuerpo esa noche, sólo porque le gustaba a él. Pechos grandes y suaves, y unos brazos... Estaba segura de que eran hermosos.

—Cuando vi a Johnny la otra noche, me pregunté si vosotros todavía...

—Por Dios, no —lo interrumpió Frances, apartándose de él en cuerpo y alma, y por un instante la sensación le agradó—. ¿Cómo podías imaginarlo? —Bueno, ¿y por qué no?—. Olvida a Johnny. Vuelve aquí. —Se acostó y él se tendió a su lado, sonriendo.

—Nunca he admirado a nadie como a ese hombre. Para mí era una especie de dios. El camarada Johnny. Era mucho mayor que yo... —Levantó la cabeza para mirarla.

—Eso significa que soy mucho mayor que tú.

—No, esta noche no. Cuando conocí a Johnny, yo estaba hecho un lío. Fue en una asamblea. Era un crío. Había suspendido las pruebas de selectividad. Mis padres me habían dicho: «Si eres comunista, no manilles esta casa con tu presencia», y Johnny se portó bien conmigo, como una figura paterna. Decidí ser digno de su amistad.

Frances contrajo los músculos del estómago, aunque no supo si para contener la risa o el llanto.

—Alquilé una habitación en casa de un camarada —prosiguió él—. Me presenté a los exámenes. Fui maestro por un tiempo; en aquella época estaba en el sindicato... La cuestión es que se lo debo todo a Johnny.

—En fin, ¿qué puedo decir? Bien por él; pero ¿ha sido bueno para ti?

—Si entonces hubiera sabido que una noche estaría contigo, que te tendría entre mis brazos, me habría vuelto loco de alegría. La mujer de Johnny entre mis brazos.

Hicieron el amor otra vez. Sí, era amor, un amor amistoso e incluso tierno mientras la risa burbujeaba en su interior, aunque sólo ella alcanzara a oírla.

Durmieron. Despertaron. A ella le pareció que él había tenido una pesadilla, porque abrió los ojos sobresaltado, se puso boca arriba, y la abrazó, como diciendo «espera». Al final murmuró con tristeza:

—Fue todo un golpe, ¿sabes? Me refiero a lo que dijo ese tal Sachs.

Frances prefirió dejarlo pasar.

—No me dirás que no te sorprendió —añadió él.

—Los periódicos... —dijo ella, decidida por fin a hablar—. Los periódicos llevan años informando al respecto. Y la televisión y la radio también. Las purgas, los campos de trabajo, los confidentes, los asesinatos. Hace años que hablan de ello.

—Sí, pero yo no les creía —repuso él tras un largo silencio—. Bueno, en parte sí, pero... no imaginaba nada parecido a lo que contó Sachs.

—¿Por qué no les creías?

—Porque no quería, supongo.

—Exactamente. —Se oyó a sí misma agregar—: Y apuesto a que aún no hemos oído ni la mitad.

—¿Por qué lo dices? Pareces satisfecha.

—Puede que lo esté. Resulta agradable comprobar que tengo razón después de que me hayan rebajado y... pisoteado durante años. Incluso ahora siguen rebajándome.

Harold la miró compungido, pero Frances continuó:

—Yo no estaba de acuerdo con él, sobre todo después de los primeros días...

Sé guardó de decir: «Cuando volvió de la guerra civil española», porque de hecho no había estado allí. Y se contuvo para no decir: «Cuando me percaté de que era un hipócrita deshonesto», porque ¿cómo iba a acusarlo de deshonesto si creía firmemente en lo que propugnaba?

—Me dejé encandilar por aquel ambiente fascinante —rememoró—. Tenía diecinueve años. Pero no duró.

A Harold no le gustó aquello, no, no le gustó en absoluto, y ella permaneció callada a su lado, lo bastante compenetrada con él para sentirse igual de herida.

Se produjo un silencio largo y sofocante: fuera ya era de día, un día caluroso, y empezaba a oírse el tráfico.

—Es como si todo hubiera sido en vano —dijo él por fin—. Todo fue... un montón de mentiras y pamplinas. —Había un dejo lloroso en su voz—. Qué desperdicio. Tanto esfuerzo..., tanta gente muerta para nada. Buena gente. Nadie me convencerá de que no lo era. —Hizo una pausa y añadió—: No quiero quedar como mártir, pero hice muchos sacrificios por el partido. Y todo en balde.

—Con la salvedad de que el camarada Johnny te inspiró grandes sentimientos.

—No te burles.

—No. Le concedo ese mérito. Al menos contigo se portó bien.

—Todavía no lo he asimilado. Ni siquiera he empezado a asimilarlo.

Continuaron tendidos el uno al lado del otro, y mientras él dejaba escapar sus sueños, sus dulces sueños, ella pensaba: «No cabe duda de que soy una egoísta, como siempre ha dicho Johnny. Harold está pensando en el dorado futuro de la humanidad, pospuesto indefinidamente, mientras que yo sólo pienso en las cosas que me he perdido.» El dolor era casi insoportable. El cálido peso de un hombre durmiendo en sus brazos con los labios contra su mejilla, la tierna pesadez de los huevos de un hombre en sus manos, la deliciosa viscosidad de...

—Bajemos a desayunar —propuso él—; de lo contrario, creo que me echaré a llorar.

Desayunaron discretamente en una agradable salita y, al salir del hotel, notaron que esa mañana el camposanto parecía abandonado y feo; la magia de la noche anterior se les antojaría patética a menos que se largasen rápidamente, de allí. Y lo hicieron: fueron a un lugar que, según dijo Harold mientras yacían en una colina cubierta de hierba, rodeados por paisajes, era el mismísimo corazón de Inglaterra. Entonces, y ella lo entendió perfectamente, aquel hombre corpulento lloró por su sueño perdido, con la cara sobre el brazo, en la hierba, mientras Frances pensaba: «Somos el uno para el otro, pero no volveremos a estar juntos.» Era el final de algo. Para él. Y para ella también: «¿Qué estoy haciendo en el corazón de Inglaterra con un hombre que tiene el corazón roto por..., en fin, no por mi culpa, ¿verdad?»

Al atardecer le pidió que la dejase en algún sitio donde pudiera tomar un taxi, porque no soportaba la idea de dejarse ver con él ante aquella casa de ojos hambrientos y envidiosos. Se besaron con pesar. Harold la contempló mientras subía al taxi, y luego se alejaron en direcciones opuestas. Frances subió por la escalera corriendo, con agilidad, plétórica de energía sexual, y se encaminó directamente al cuarto de baño, temiendo oler a sexo. Después subió a ver a Julia, llamó a la puerta y esperó la fría y atenta inspección... que no tardó en recibir. Sin embargo, como ésta no fue hostil sino amistosa, se sentó en silencio y se limitó a sonreírle a Julia con labios temblorosos.

—Es difícil —comentó Julia, como si supiera muy bien lo difícil que era. Se acercó a un armario lleno de botellas interesantes, sirvió una copa de coñac y se la ofreció a Frances.

—Apestaré a alcohol.

—Da igual —repuso Julia. Encendió la cafetera y permaneció frente al hornillo, de espaldas a Frances, que intuyó que lo hacía por tacto, para no verla llorar. Pronto una taza de café cargado apareció junto al coñac. Se abrió la puerta, sin que llamaran, y Sylvia entró corriendo.

—Ah, Frances, no sabía que estuvieras aquí—dijo. Titubeó por un instante, sonriendo, y luego la abrazó, apoyando la mejilla contra su pelo—. No teníamos ni idea de dónde te habías metido. Te marchaste. Nos abandonaste. Pensamos que te habías hartado de nosotros y que nos habías dejado para siempre.

—No podría, desde luego —respondió Frances.

—Sí—dijo Julia—. Frances debe estar aquí.

El verano se prolongó y se relajó, respirando cada vez más despacio. Parecía haber tiempo por todas partes, esparcido alrededor como lagos poco profundos en los que uno puede entretenerse flotando: todo terminaría cuando regresaran «los críos». Los dos que ya estaban en la casona ocupaban poco espacio. Frances veía de vez en cuando a Sylvia tendida en la cama con un libro, al otro lado del pasillo, desde donde saludaba con la mano —«Ay, Frances, es una novela tan bonita»— o corriendo por la escalera en dirección a las habitaciones de Julia. O bien topaba con las dos —Julia y su amiguita Sylvia— cuando salían de compras. Andrew también pasaba horas tumbado en la cama, leyendo. Frances llamó a su puerta —con sentimiento de culpa, huelga decirlo—, entró al oír «Adelante», y no, en la habitación no había humo.

—Ah, eres tú, mamá —dijo Andrew con voz cansina, porque todo en él se había vuelto más lento, como el pulso de Frances—. Deberías confiar un poco más en mí. Ya no soy un adicto que va camino de la perdición.

Frances no cocinaba. Si encontraba a Andrew haciéndose un bocadillo en la cocina, aceptaba que preparase otro para ella o se ofrecía a preparar un par para ambos. Luego se sentaban a la enorme mesa, cada uno en un extremo, y contemplaban la abundancia: tomates procedentes de las tiendas chipriotas de Camden Town, henchidos de auténtica luz solar, nudosos e incluso deformes, pero cuando el cuchillo se hundía en su pulpa, la exuberante y salvaje magnificencia de su aroma inundaba la cocina. Comían tomates con pan ácimo y olivas, y a veces hablaban. Él dijo que esperaba haber acertado al escoger la carrera de Derecho.

—¿Tienes dudas?

—Creo que me especializaré en Derecho Internacional; ya sabes, los conflictos entre países. Pero debo confesar que sería feliz si pudiera pasarme la vida tirado en la cama, leyendo.

—Y a veces comiendo tomates.

—Julia dice que un tío suyo se pasó la vida leyendo en su biblioteca; y supongo que también controlando sus inversiones.

—Me pregunto cuánto dinero tendrá Julia.

—Un día de éstos se lo preguntaré.

Un desagradable incidente rompió la paz. Una noche, cuando Frances había subido a acostarse, Andrew abrió la puerta a dos chicos franceses que se presentaron como amigos de Colin, quien les había dicho que podían pernoctar allí. Uno de ellos hablaba inglés a la perfección, y Andrew dominaba el francés. Se quedaron sentados a la mesa hasta muy tarde, bebiendo vino y comiendo lo que encontraron mientras se entregaban al clásico juego de las personas que quieren practicar el idioma de su interlocutor. El más silencioso sonreía y escuchaba. Por lo visto, habían trabado amistad con Colin en la vendimia, luego éste los había acompañado a casa, a la Dordogne, y ahora estaba recorriendo España en autostop.

Subieron a la habitación de Colin, donde dispusieron los sacos de dormir; no usarían la cama para molestar lo menos posible. No había nadie más cordial y civilizado que esos hermanos, pero por la mañana una confusión los condujo al baño de Julia. Se pusieron a tontear, quejándose de que no hubiera ducha, admirando la abundancia de agua caliente, disfrutando de las sales de baño y del jabón con perfume a violetas y haciendo mucho ruido. Eran cerca de las ocho: les gustaba partir temprano cuando viajaban. Al oír chapoteos y voces adolescentes, Julia llamó a la puerta un par de veces. No la oyeron. Al abrir se encontró con dos jóvenes desnudos, uno sumergido en la bañera, soplando pompas de jabón; el otro afeitándose. Siguió la previsible andanada de exclamaciones, siendo merde la más estentórea y repetida. Los chicos se encontraron ante una vieja con una bata de seda rosa y rulos en la cabeza, hablándoles en el francés que había aprendido hacía cincuenta años de una sucesión de institutrices francesas. Uno saltó del agua, sin molestarse en taparse con una toalla, mientras el otro se volvía con la maquinilla de afeitar en la mano. Como saltaba a la vista que los dos estaban demasiado desconcertados para responder, Julia se marchó, y ellos recogieron rápidamente sus cosas y huyeron a la cocina, donde Andrew escuchó la historia riendo.

—Pero ¿dónde ha aprendido ese lenguaje? —preguntaron—. Es del Antiguo Régimen, por lo menos.

—No. De la época de Luis XIV.

Bromearon de esa guisa mientras tomaban café, y luego los hermanos se fueron a hacer autostop por Devon, que a mediados de los sesenta era el sitio más movido después del marchoso Londres.

Sin embargo, Frances no rió. Subió a ver a Julia y no la encontró en su salita, impecablemente vestida y arreglada, sino en la cama, llorando. Al ver a Frances se levantó, tambaleándose. Entonces, Frances estrechó a Julia como si sus brazos tuviesen voluntad propia, y lo que hasta entonces se le había antojado imposible, de pronto le pareció lo más natural del mundo. La frágil anciana apoyó la cabeza en el hombro de la mujer más joven.

—No lo entiendo —dijo—. He llegado a la conclusión de que no entiendo nada.

Sollozando de una manera de la que Frances jamás la habría creído capaz, se soltó de sus brazos y se dejó caer sobre la cama. Frances se tendió a su lado y siguió abrazándola mientras lloraba y gimoteaba. A todas luces, el problema no se limitaba ya a la profanación de un cuarto de baño.

—Dejas entrar a cualquiera —balbuceó Julia cuando se hubo tranquilizado un poco.

—Pero Colin se alojó en su casa —respondió Frances.

—Cualquiera puede venir con ese cuento. En cualquier momento aparecerán unos gamberros americanos diciendo que son amigos de Geoffrey.

—Sí, es muy probable. Julia, ¿no cree que es bonita la forma en que viajan estos jóvenes, como trovadores...?

Quizá no fuera la comparación más acertada, porque Julia rió con amargura.

—Estoy segura de que los trovadores tenían mejores modales —repuso. Se echó a llorar otra vez y repitió—: Dejas entrar a cualquiera.

Frances preguntó si quería que llamase a Wilhelm Stein, y Julia respondió que sí.

La señora Philby estaba en la casa y quiso saber, como los osos del cuento:

—¿Quién ha dormido en la habitación de Colin?

Se lo dijeron. La vieja, de la misma quinta que Julia, iba igual de elegante y digna con su ropa modesta pero impecable —sombrero negro, falda negra y blusa estampada— y una expresión que negaba cualquier relación con un mundo creado sin su ayuda.

—Pues son unos cerdos —declaró.

Andrew subió corriendo y descubrió una naranja que había caído de una mochila y algunas migas de cruasán. Si esa cerdada bastaba para escandalizar a la señora Philby —aunque ya debería estar acostumbrada a esas cosas, ¿no?— ¿qué diría cuando viera el cuarto de baño, que Sylvia y Julia mantenían prácticamente impecable?

—¡Dios! —exclamó Andrew y corrió a inspeccionar el caótico escenario de agua derramada y toallas tiradas.

Ordenó por encima e informó a la señora Philby de que ya podía pasar, que sólo había un poco de agua.

Andrew y Frances estaban sentados a la mesa cuando apareció Wilhelm Stein, doctor en Filosofía y vendedor de libros serios. Se dirigió directamente a las habitaciones de Julia, sin entrar en la cocina, y luego bajó y se asomó por la puerta sonriendo con un aire ligeramente deferente, encantador; un anciano caballero tan perfecto como Julia.

—Supongo que le resultará difícil entender la educación de la que fue víctima Julia... Sí, lo expreso en esos términos porque pienso que la incapacitó para afrontar el mundo en el que vive ahora.

Tanto él como Julia hablaban un inglés estilísticamente perfecto, que Andrew contraponía al francés exaltado, abundante en exclamaciones y palabrotas, que había escuchado la noche anterior.

—Siéntese, doctor Stein —lo invitó Frances.

—¿No nos conocemos lo suficiente para llamarnos Frances y Wilhelm? Creo que sí, Frances. Pero no me sentaré, porque voy a buscar al médico. Tengo el coche fuera. —Cuando se disponía a salir, dio media vuelta y, como si pensara que no se había explicado adecuadamente, dijo—: Los jóvenes de esta casa, y te excluyo a ti, Andrew, a veces son bastante...

—Groseros —apostilló Andrew—. Estoy de acuerdo. Se conducen de un modo escandaloso —agregó en tono severo, y el doctor Stein acogió la pequeña broma con una inclinación de la cabeza y una sonrisa.

—Debo confesar que a tu edad yo también me conducía de un modo escandaloso. Era alborotador y grosero. —Los recuerdos se tradujeron en una mueca de disgusto—. Quizá no lo creas al verme ahora. —Sonrió otra vez, divertido ante el cuadro que sabía que estaba pintando, deliberadamente, con una mano sobre la empuñadura de plata de su bastón y la otra abierta, como diciendo: «Sí, debes aprender de mí»—. A quien me vea ahora le costará imaginarme... En Berlín estuve con los comunistas, con todo lo que eso implica. Con todo lo que eso implica —reiteró—. Sí, así fue. —Suspiró—. Nadie puede negar que los alemanes pasamos de un extremo al otro, ¿no? Bueno, Julia estaba en un extremo y yo en el otro. A veces me divierto pensando en lo que habría opinado de Julia a mis veintiún años. Y nos reímos juntos. En fin, tengo una llave de la casa, así que no hará falta que llame cuando vuelva con el médico.

En agosto se presentó en la casa un tal Jake Miller, que había leído un artículo en el que Frances se burlaba de modas exóticas como el yoga, el I-Ching, las enseñanzas del Maharishi, el Subud... El jefe de redacción había dicho que necesitaban una nota graciosa para la monótona temporada de verano, y por esa razón Jake Miller llamó a *The Defender* y le preguntó a Frances si podía ir a verla. La curiosidad había respondido afirmativamente por ella, y ahora aquel hombre de perenne sonrisa se hallaba en el salón con los libros místicos que había llevado de regalo. Las sonrisas de amor, paz y buena voluntad pronto serían obligatorias en los semblantes de los buenos, o mejor dicho de los jóvenes y los buenos, y Jack era un precursor, aunque no se contaba entre los jóvenes sino entre los cuarentones. Estaba en Londres para evitar que lo mandaran a la guerra de Vietnam. Frances se resignó a oír un discurso político, pero a él no le interesaba la política. La reclamaba como cómplice en el campo de la experiencia mística.

—Pero si escribí que todo eso es una patraña —protestó ella.

Él sonrió.

—Sé que lo hiciste sólo por obligación y que en realidad estabas comunicándote con aquellos que te entendemos —dijo.

Jake afirmaba poseer toda clase de poderes, como por ejemplo el de dispersar las nubes con sólo posar la vista en ellas, y en efecto, mientras miraban por la ventana a un cielo que se movía rápidamente, Frances vio que las nubes se disipaban.

—Es fácil —comentó él—, incluso para las personas poco evolucionadas.

Aseguraba que entendía el lenguaje de los pájaros y que se comunicaba con las mentes afines mediante la percepción extrasensorial. Frances podría haber objetado que evidentemente ella no era una mente afin, porque había necesitado telefonearle, pero aquella escena entre divertida e irritante llegó a su fin porque Sylvia entró con un recado de Julia..., recado que Frances no llegaría a escuchar. Sylvia llevaba

una chaqueta de algodón con un estampado de los signos del zodiaco, que se había comprado por la única razón de que era de su talla, ya que por ser tan menuda le costaba encontrar ropa; de hecho, la chaqueta procedía de una tienda de ropa infantil. Tenía el cabello recogido en dos finas coletas, una a cada lado de su risueña cara. Su sonrisa se encontró con la del hombre, ambas se fundieron, y un instante después Sylvia estaba conversando animadamente con su nuevo y cordial amigo, que la instruía sobre su signo solar, el I-Ching y su posible aura. A continuación el afable americano se sentó en el suelo, y lanzó, sus palillos de milenrama para leerle el futuro, y Sylvia quedó tan fascinada con lo que le dijo que él prometió que le compraría el libro. Un montón de perspectivas y posibilidades que ella jamás había sospechado colmaron todo su ser, como si antes hubiera estado vacío por completo, y esa niña que hasta hacía poco había sido incapaz de salir de la casa sin Julia ahora se marchó confiadamente con Jake, de Illinois, para comprar tratados iluminadores. No regresó hasta una hora demasiado tardía para ella: pasaban de las diez cuando subió corriendo a las habitaciones de Julia. Ésta la recibió con los brazos abiertos, pero de inmediato los dejó caer y se sentó para mirar fijamente a la joven, a quien jamás había esperado ver en semejante estado de exaltación. Julia la escuchó parlotear en silencio, un silencio tan denso y reprobador que Sylvia se interrumpió.

—Ay, Sylvia, pobrecilla —dijo Julia—. ¿De dónde has sacado esas pamplinas?

—No son pamplinas, Julia, de verdad que no. Te lo explicaré, escucha...

—Pamplinas —repitió Julia, levantándose y dándole la espalda. Iba a preparar café, pero Sylvia, que interpretó su actitud como un frío gesto de rechazo, rompió a llorar.

Aunque la chica no lo sabía, Julia también tenía los ojos húmedos e intentaba contener las lágrimas. Que esa niña, su niña, la traicionara de esa manera... Porque se sentía traicionada. Entre las dos, la vieja y su pequeño amor, la niña a quien había entregado su corazón sin reservas y por primera vez en su vida —eso le parecía ahora—, sólo había desconfianza y dolor.

—Pero, Julia; pero, Julia... —La vieja no se volvió, y Sylvia corrió escaleras abajo, se arrojó sobre la cama y prorrumpió en sollozos tan fuertes que Andrew se acercó a averiguar qué le ocurría.

—Bueno, no llores más —dijo Andrew cuando hubo oído la historia—. No hay para tanto. Iré a hablar con la abuela.

Lo hizo.

—¿Y quién es ese hombre? ¿Por qué lo dejó entrar Frances?

—Hablas como si se tratase de un ladrón o un estafador.

—Es un estafador. Ha estafado a la pobre Sylvia y le ha sorbido el seso.

—¿Sabes, abuela? —dijo Andrew—, esas cosas, el yoga y todo lo demás, están de moda. Si no llevaras una vida de ermitaña, lo sabrías. —Pese a que hablaba en broma, se alarmó al ver la cara de tristeza de Julia. Aunque sabía muy bien cuál era el problema, decidió insistir en las trivialidades—. Oirá hablar de esos temas cuando vaya al instituto; no puedes protegerla. —Entretanto, se le pasó por la cabeza que él leía su horóscopo todas las mañanas, aunque naturalmente no creía una sola palabra, y que incluso había contemplado la posibilidad de ir a que le echaran las cartas—. Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena —se arriesgó a declarar y advirtió que ella por fin asentía y suspiraba.

—Muy bien; pero ¿cómo es posible que esas ideas... esas ideas ridículas se hayan extendido tanto en poco tiempo?

—Buena pregunta —dijo Andrew, abrazándola, aunque ella permaneció rígida entre sus brazos.

Julia y Sylvia se reconciliaron.

—Hemos hecho las paces —le comunicó la chica a Andrew como si le hubieran quitado un enorme peso de encima.

Sin embargo, Julia se negaba a escuchar los nuevos descubrimientos de Sylvia, a tirar los palillos del I-Ching y a hablar de budismo, de manera que la perfecta intimidad, esa que sólo se establece entre un adulto y un niño, esa intimidad confiada, candida y tan sencilla como el acto de respirar, había llegado a su fin. Ese fin es necesario para que el joven crezca, pero incluso cuando el adulto lo sabe y se prepara para ello, su corazón se rompe y sangra. Y Julia nunca había albergado esa clase de amor hacia una criatura, desde luego no hacia Johnny, e ignoraba que una criatura que madura —y a su lado Sylvia había experimentado un rápido proceso de maduración— se convierte en un desconocido. De repente, Sylvia había dejado de ser la potranca que trotaba alegremente alrededor de Julia, temerosa de perderla de vista. Era lo bastante madura para interpretar que los palillos de milenrama —a los que había pedido consejo— le indicaban que fuese a ver a su madre. Así lo hizo, sin compañía de nadie, y no encontró a Phyllida gritando histérica, sino serena, reservada y hasta digna. Estaba sola, ya que Johnny había ido a una reunión.

Sylvia esperaba los reproches y las acusaciones que no soportaba; suponía que tendría que salir corriendo, pero Phyllida le dijo:

—Debes hacer lo que te parezca mejor. Entiendo que prefieras estar allí, rodeada de gente joven. Y he oído que tu abuela te ha tomado cariño.

—Sí. Y yo también la quiero —dijo la joven en tono lacónico, y se echó a temblar, temiendo un estallido

de celos.

—El amor es muy sencillo para los ricos —repuso Phyllida, pero eso fue lo más cercano a una crítica por su parte. La determinación de portarse bien, de no dejar salir a los demonios que la atormentaban y aullaban en su interior, la volvía lenta y aparentemente tonta. Repitió—: Sé que es mejor para ti. —Y luego —: Debes decidir por ti misma. —Como si no se hubiera decidido hacía mucho tiempo. No le ofreció una taza de té ni un refresco, sino que permaneció sentada, agarrada a los brazos del sillón y mirando fijamente a su hija, parpadeando de manera irregular. Por fin, cuando presintió que iba a perder el control, se apresuró a añadir—: Será mejor que te marches, Tilly. Sí, ya sé que eres Sylvia, pero para mí sigues siendo Tilly.

Sylvia se marchó, consciente de que se había librado por los pelos de una violenta filípica.

Colin fue el primero en volver, y se limitó a comentar que le había ido de maravilla. Se encerraba durante mucho tiempo en su cuarto, para leer.

Sophie apareció para contarles que iba a ingresar en la escuela de teatro y que su base de operaciones sería la casa de su madre, quien todavía la necesitaba.

—Pero ¿podré visitarlos a menudo? Me encantan nuestras cenas aquí, Frances, me encantan nuestras veladas.

Frances la tranquilizó, la abrazó y supo por ese contacto que la chica estaba preocupada.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Es por Roland? ¿No lo pasaste bien con él?.

—Creo que no soy lo bastante mayor para él —respondió Sophie, sin intención de bromear.

—Ah, ya veo. ¿Te lo dijo él?

—Dijo que si tuviera más experiencia, lo entendería. Es curioso, Frances. A veces me parece que está en otra parte... Está conmigo, pero... Y sin embargo me quiere, Frances, dice que me quiere...

—Bueno, ya lo ves.

—Hicimos cosas bonitas. Caminamos kilómetros y kilómetros, fuimos al teatro, nos reunimos con otra gente y lo pasamos pipa.

Geoffrey estaba a punto de entrar en la London School of Economics. Pasó por ahí para decir que ya era lo bastante grande para instalarse por su cuenta. Iba a compartir piso con unos americanos que había conocido en una manifestación en Georgia; era una pena que le llevase un año a Colin; de lo contrario, éste habría podido vivir con ellos. Dijo que quería volver a menudo, «como en los viejos tiempos», que se sentía más como si abandonara el hogar ahora que cuando se había marchado de la casa de sus padres.

A Daniel, que era un año menor que Geoffrey, aún le quedaba un curso de instituto, un año sin Geoffrey.

James también ingresaría en la facultad de Economía.

Las intenciones de Jill continuaban siendo un enigma. No volvió con Rose, que aunque nunca contó dónde había estado dijo que Jill se había ido a Bristol con un amante. No obstante, aseguró que volvería.

Rose se acomodó en el sótano y anunció que asistiría regularmente a clase. Nadie le creía, pero se equivocaban. Era lista, lo sabía, ya lo verían. ¿Quiénes? Frances debería haber encabezado la lista, si bien ella se refería a todos. «Ya veréis», murmuraba; era como un mantra que repetía cuando llegaba la hora de estudiar, cuando el colegio parecía menos progresista de lo que ella había esperado y cuando le rogaban que no fumara en clase.

La determinación de Sylvia de destacar en los estudios no sólo guardaba relación con Julia, sino también con Andrew, que continuaba comportándose como un hermano mayor afectuoso y amable, siempre que no estuviera en Cambridge.

Problemas económicos... Cuando Frances se instaló en la casa, acordaron que Julia pagaría los impuestos y que ella se haría cargo del resto de los gastos: gas, electricidad, agua y teléfono, así como del sueldo de la señora Philby y de la ayudante que llevaba cuando «los críos» se pasaban de la raya. «¿Críos? Más bien parecen cerdos.» Frances compraba la comida y aprovisionaba la casa; en suma, necesitaba mucho dinero. Y lo ganaba. La factura de Cambridge había llegado pocas semanas antes y Julia la había pagado: dijo que el año que Andrew se había tomado libre había representado un alivio. También costeaba el instituto de Sylvia. Luego llegó la cuenta de Colin, y Frances la llevó a la mesita del rellano del último piso, donde ponían la correspondencia de Julia, con un mal presentimiento que se confirmó cuando ésta bajó con la factura de Saint Joseph en la mano. Ella también estaba nerviosa. Desde que las barreras entre las dos habían caído, Julia se mostraba más afectuosa con Frances, pero también más testaruda y crítica.

—Síntese, Julia.

La mujer obedeció, retirando primero unas medias de Frances.

—Ay, lo siento —dijo Frances, y Julia aceptó la disculpa con una tensa sonrisa.

—¿Qué es eso del psicoanálisis de Colin?

Frances se lo temía; tanto ella como Colin habían mantenido conversaciones con las autoridades del colegio. Sophie también había intervenido. «Oh, genial, Colin, sería fantástico.»

—El director del colegio lo planteó como una oportunidad para que Colin hable con alguien.

—Que lo planteen como quieran. Lo cierto es que costará muchos miles de libras por año.

—Mire, Julia, ya sé que no aprueba esos métodos psicológicos, pero ¿ha pensado que de ese modo tendría un hombre con quien hablar? Bueno, espero que sea un hombre. Esta casa está llena de mujeres, y Johnny...

—Tiene un hermano. Tiene a Andrew.

—Pero no se entienden.

—¿Entenderse? ¿Qué es eso? —Se produjo una pausa mientras Julia se estiraba y apretaba la mano que descansaba sobre su regazo—. Mis hermanos mayores discutían de vez en cuando. Es normal que los hermanos discutan.

Frances sabía que los hermanos de Julia habían muerto en la guerra. Ahora los tensos dedos de la anciana resucitaron el pasado de ésta, el recuerdo de los hermanos muertos. Aunque Julia estaba sentada de espaldas a la luz, Frances habría jurado que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Accedí a que Colin hablara con alguien porque... es muy infeliz, Julia.

Frances todavía no estaba segura de que Colin fuera a prestarse a ello.

«Lo sé, me lo propuso Sam —había dicho. Se refería al director—. Le contesté que el que tendría que analizarse es papá.»

«Ya, cuando las ranas críen cola.»

«Sí, y ¿qué me dices de ti? Estoy seguro de que te vendría bien desfogarte con alguien.»

«Querrás decir "desahogarme" —lo corrigió.»

«No creo estar más loco que los demás.»

«En eso opino como tú.»

Ahora Julia se levantó y dijo:

—Me parece que en ciertos puntos jamás coincidiremos. Pero no he venido a hablar de eso. Incluso sin ese estúpido análisis, no puedo pagar el colegio de Colin. Pensé que terminaría este año, y ahora me entero de que hará un curso más.

—Aceptó prepararse de nuevo para los exámenes.

—Pues no puedo pagar sus estudios. Correré con los gastos de los de Andrew y los de Sylvia hasta que terminen la universidad y sean independientes; pero Colin... No puedo. Y tú estás ganando dinero; espero que sea suficiente.

—No se preocupe, Julia. Lamento mucho que esta responsabilidad haya recaído en usted.

—Supongo que no serviría de nada pedirle ayuda a Johnny. Dinero no debe de faltarle, a juzgar por los viajes que hace.

—Se los pagan.

—¿Por qué? ¿Por qué le pagan los viajes?

—El camarada Johnny, ya sabe. Es una especie de estrella, Julia.

—Es un idiota —replicó la madre de Johnny—. ¿Por qué será? Yo no me considero idiota. Y su padre tampoco lo era, desde luego. Pero Johnny es un imbécil.

Julia se quedó junto a la puerta, echando un vistazo de experta a la estancia que en otro tiempo había sido su salita privada. Sabía que a Frances no le gustaban sus muebles —unos muebles excelentes— ni las cortinas, que durarían otros cincuenta años si las cuidaban bien. Aunque sospechaba que estaban acumulando polvo, y probablemente también polillas. La vieja alfombra, que procedía de la casa de Alemania, estaba raída en algunas zonas.

—Supongo que intentarás defender a Johnny, como de costumbre.

—¿Que yo lo defiendo? ¿Cuándo he defendido sus ideas políticas?

—¡Ideas políticas! Eso no son ideas políticas, es pura estupidez.

—Son las ideas políticas de medio mundo, Julia.

—No por eso dejan de ser una estupidez. Bueno, Frances, detesto añadir preocupaciones a las que ya tienes, pero es inevitable. Si realmente no puedes hacerte cargo del instituto de Colin, hipotecaremos la casa.

—No, no, no... De ninguna manera.

—Bien, avísame si surgen dificultades.

Surgirían. El colegio de Colin era muy caro, y él se había comprometido a asistir un año entero. Tenía diecinueve años, y le avergonzaba ser mayor que los demás. La cuenta de la clínica Maystock —«por hablar con alguien»— ascendería a miles de libras. Frances se vería obligada a buscar otro trabajo. Pediría un aumento. Sabía que sus artículos habían contribuido a incrementar las ventas de *The Defender*.

También contempló la posibilidad de escribir para otros periódicos, aunque con un nombre distinto. Había hablado de ello nada más y nada menos que con Rupert Boland en el café Cosmo. Si bien él también atravesaba dificultades económicas, no había entrado en detalles. Le habría gustado dejar *The Defender*, que según Rupert no era el lugar más indicado para un hombre, pero le pagaban bien. Se sacaba un sobresueldo como documentalista para la radio y la televisión: ella podía hacer lo mismo. Pero incluso así necesitaría más, mucho más. ¿Y si le pedía ayuda a Johnny? Julia tenía razón: llevaba la vida de..., bueno, el equivalente actual de un rajá; viajaba con delegaciones y en misiones de conciliación, alojándose siempre en los mejores hoteles y con todos los gastos pagados, portando el mensaje solidario de un extremo a otro del planeta. Debía de sacar dinero de alguna parte: ¿quién le pagaba el alquiler? Jamás había trabajado de verdad.

Ese otoño se puso en marcha una dinámica extraña. Colin viajaba en tren desde Saint Joseph dos veces a la semana para ir a la clínica Maystock, donde lo atendía un tal doctor David. Un hombre: Frances estaba encantada. Colin tendría un hombre con quien hablar, y por completo ajeno a la situación familiar. («Si eso es lo único que necesita, ¿por qué no habla con Wilhelm? —preguntó Julia—. Colin le cae bien.» «Pero está demasiado involucrado, forma parte de nuestro mundo, ¿no lo ve, Julia?» «No, no lo veo.») El problema era que el doctor David, seguidor de una teoría psicoanalítica u otra, no abría la boca. Decía buenas tardes, se sentaba en su sillón y no volvía a pronunciar palabra, ni una, durante toda la hora que duraba la sesión.

«Sólo sonrío —informó Colin—. Yo digo algo y él sonrío. Y al final dice: "Se ha acabado el tiempo, hasta el jueves que viene."»

Colin regresaba a casa desde Maystock y se dirigía derecho adonde estuviera su madre. Allí se ponía a hablar de lo que había sido incapaz de contarle al doctor David. Vomitaba las quejas, las angustias, la ira que Frances habría deseado que descargara sobre los profesionales hombros del doctor David, que se limitaba a callar, de manera que Colin también guardaba silencio, frustrado y furioso. Le gritaba a su madre que aquel hombre estaba torturándolo, y que la culpa era del colegio por haberlo mandado a la clínica Maystock. También le achacaba a ella el que estuviera hecho un lío ¿Por qué se había casado con Johnny? Con ese comunista... Todo el mundo sabía lo que era el comunismo, pero aun así ella se había casado con él, con Johnny, un miserable comisario fascista, y al casarse había ocasionado que toda la mierda cayera sobre él, Colin, y su hermano Andrew. Eso le recriminaba a voces en medio de la habitación, aunque en realidad no le gritaba a ella sino al doctor David, porque por lo general se lo guardaba todo y necesitaba desahogarse. Durante el trayecto en el lento tren que lo llevaba a Londres, ensayaba sus acusaciones contra el mundo, su padre y su madre para contárselas al doctor David, pero éste se limitaba a sonreír. De manera que tenía que despacharse, y lo hacía con su madre. «Y mira —gritaba en una visita tras otra—, mira esta casa llena de gente que no tiene derecho a estar aquí.» ¿Por qué estaba allí Sylvia? No formaba parte de la familia. Les sacaba lo que podía, como todos los demás, y Geoffrey llevaba años chupándoles la sangre. ¿Había calculado Frances lo que había gastado en Geoffrey durante todos esos años? Esa pasta les habría alcanzado para comprar una casa como la de Julia. ¿Por qué vivía Geoffrey allí? Todo el mundo lo consideraba su amigo, pero a él nunca le había caído bien. Era el colegio el que había decidido que fuese su amigo: Sam había resuelto que se complementaban, en otras palabras, que no tenían una puta mierda en común pero que les convenía estar juntos. Pues bien, a él, Colin, no le había convenido, y Frances era una cómplice del colegio, siempre lo había sido, a veces trataba más como un hijo a Geoffrey que a él mismo. Y en cuanto a Andrew, se había pasado un año entero tirado en la cama y fumando porros, ¿y sabía Frances que había probado la coca? ¿No? En ese caso, ¿por qué no lo sabía? Nunca se enteraba de nada, dejaba que las cosas sucedieran sin más, y Rose, ¿qué hacía viviendo en la casa, a costa de todos ellos, chupando del bote? No la quería allí, la detestaba. ¿Sabía Frances que nadie tragaba a Rose? Y sin embargo seguía en el sótano, se había apoderado del apartamento, y si alguien asomaba la cabeza por la puerta, le gritaba que se largara. Todo era culpa de Frances, a veces le parecía que él era la única persona cuerda en la casa, y paradójicamente tenía que ir a Maystock para que el doctor David lo torturase.

Al escuchar a Colin, que mientras despotricaba se quitaba y se ponía las gafas de montura negra, gesticulaba furiosamente y se paseaba arriba y abajo por la habitación, Frances estaba oyendo lo que ningún ser humano (salvo el doctor David y sus colegas, desde luego) debería oír jamás: los pensamientos sin censurar de otra persona. Seguramente no se diferenciaban mucho de los pensamientos de cualquiera cuando estaba exasperado. Era una suerte no tener que oír lo que los demás pensaban de una, como oía ahora a Colin. La diatriba duraba aproximadamente una hora, lo mismo que la sesión con el doctor David. Después decía con voz normal, casi amistosa: «He de irme», o: «Me quedará esta noche y tomaré el primer tren de la mañana», y el Colin que Frances conocía regresaba e incluso sonreía, aunque con un aire de desconcierto y frustración. La tormenta debía de dejarlo absolutamente agotado. «No estás obligado a ir a Maystock —le recordaba ella—. Puedes negarte. ¿Quieres que les diga que has decidido no volver?»

Sin embargo, Colin no quería renunciar a sus dos viajes semanales a Londres para ir a la clínica Maystock, para verla a ella, Frances lo sabía, porque sin la frustración de la hora con el analista no habría podido gritarle ni ponerla verde, decirle las cosas que pensaba desde hacía tiempo pero que nunca había sido capaz de soltar.

Después de aguantar berridos durante una hora, Frances se quedaba tan destrozada que se metía en la cama o se dejaba caer en un sillón. Una noche, cuando estaba sentada en la oscuridad, Julia llamó,

abrió la puerta y vio a Frances entre las sombras. Encendió la luz. Había oído los gritos que Colin le pegaba a su madre y se había disgustado, pero no había bajado por eso.

—¿Sabes que Sylvia todavía no ha vuelto?

—Sólo son las diez.

—¿Puedo sentarme? —Lo hizo, estrujando un pañuelo sobre el regazo—. Es demasiado joven para estar fuera hasta tan tarde con esa gentuza.

Después de clase, Sylvia solía ir a cierto piso de Camden Town donde Jake y sus compinches pasaban la mayor parte de las tardes y las noches. Echaban las cartas, algunos profesionalmente, o escribían el horóscopo para los periódicos, participaban en ritos iniciáticos casi siempre inventados por ellos, practicaban el espiritismo, bebían misteriosos brebajes con nombres como Bálsamo Espiritual, o Combinado Mental, o Esencia de la Verdad —por lo general simples mezclas de hierbas o especias— y vivían en un mundo trascendente, lleno de significado e inaccesible para la mayoría de los mortales. Sylvia les caía bien. Era la mascota del grupo, la neófita que todo iluminado desea como discípula, y en consecuencia le confiaban secretos sólo aptos para las mentes superiores. Ella les tenía simpatía porque la aceptaban, porque siempre la recibían con los brazos abiertos.

Seguía siendo responsable: telefoneaba para avisar que regresaría más tarde de lo previsto y, si se quedaba más tiempo del que había dicho, llamaba de nuevo a Julia. «Si quieres estar con esa gente, ¿qué puedo hacer, Sylvia?», le decía Julia.

A Frances no le gustaba la situación, pero sabía que la chica acabaría por entrar en razón.

Para Julia, en cambio, era una tragedia; su pequeña oveja descarriada, embaucada por unos locos perversos.

—Esa gente no es normal, Frances —se lamentó esa noche, angustiada, al borde del llanto.

Frances no preguntó: «¿Y quién lo es?», pues Julia habría empezado a formular definiciones. Sabía que la vieja había bajado para algo más, así que aguardó.

—¿Y cómo es posible que un hijo le hable a su madre como Colin te habla a ti?

—Tiene que desahogarse con alguien —argumentó Frances.

—Pero es ridículo; las cosas que dice... Lo he oído todo, lo ha oído toda la casa.

—Me dice lo que no puede decirle a Johnny.

—Para mí es increíble que se permita a los jóvenes comportarse de esa manera. ¿Por qué?

—Están hechos un lío —dijo Frances—. Es curioso, Julia, ¿no le parece extraño?

—Me parece que se comportan de una forma muy extraña, desde luego —repuso Julia.

—No, escuche, estaba pensando en otra cosa. Son unos privilegiados, lo tienen todo, mucho más de lo que tuvimos nosotras... Bueno, quizá su situación fuera diferente.

—No, yo no me compraba un vestido nuevo cada semana. Y no robaba. —Julia alzó la voz—. Tu cocina está llena de ladrones, Frances. Son todos unos ladrones sin escrúpulos; si quieren algo, van y lo roban.

—Andrew no. Y Colin tampoco. Y dudo que Sophie haya robado alguna vez.

—La casa está llena de... Les permites que se queden, que se aprovechen de ti, y son un hatajo de ladrones y embaucadores. Ésta era una casa honorable. Nuestra familia era honorable, y todo el mundo nos respetaba.

—Sí, y me pregunto por qué son así. Tienen tantas cosas, muchas más de las que tuvo cualquier generación anterior, y sin embargo están...

—Hechos un lío —concluyó Julia, levantándose para irse. No obstante, se quedó de pie ante Frances, con las manos separadas como si sujetara algo invisible (¿una persona?) y lo estrujase como un trapo—. Es una buena expresión: «hechos un lío». Y yo sé por qué. Es el resultado de dos guerras terribles. Decías que Colin está trastornado, ¿no? Son los hijos de la guerra. ¿Crees que después de dos guerras semejantes, horribles, verdaderamente horribles, uno puede decir: «Muy bien, todo ha terminado, volvamos a la normalidad.»? No, ahora nada es normal. Los jóvenes no son normales. Y tú también... —Se interrumpió, y Frances se quedaría sin oír lo que pensaba de ella—. Y ahora Sylvia con esos espiritistas... ¿Sabes que apagan las luces, se sientan tomados de la mano y una idiota finge hablar con un fantasma?

—Sí, lo sé.

—Y te quedas tan tranquila, te limitas a escuchar, como siempre, pero no haces nada para detenerlos.

—No podemos hacer nada para detenerlos, Julia —replicó Frances.

—Yo detendré a Sylvia. Le diré que si quiere salir con esa gentuza, tendrá que volver a la casa de su madre.

La puerta se cerró y Frances dijo en voz alta, a la habitación vacía:

—No, Julia, no lo harás; estás refunfuñando como una vieja arpía, para desfogarte.

Bien entrada la noche, mientras el «ésta era una casa honorable» de Julia le resonaba todavía en los oídos, Frances oyó el timbre y bajó a abrir. En el umbral había dos chicas de unos quince años, y su

actitud hostil y exigente puso a Frances en guardia.

—Déjenos entrar. Rose nos espera.

—Pues yo no os esperaba. ¿Quiénes sois?

—Rose dice que podemos vivir aquí —respondió una de ellas, aparentemente dispuesta a abrirse paso a empujones.

—Rose no es nadie para decidir quién puede vivir aquí y quién no —repuso Frances, sorprendida de su propia firmeza. Luego, mientras las chicas titubeaban, añadió—: Si queréis ver a Rose, volved mañana a una hora razonable. Supongo que ya estará durmiendo.

—No, no es verdad.

Frances se volvió hacia la ventana del apartamento del sótano y vio a Rose gesticulando enérgicamente.

—Ya os dije que era una vieja bruja —oyó.

Las chicas miraron a Rose con expresión de «qué se puede esperar» y se marcharon.

—Cuando ganemos la revolución se va a enterar —espetó una en voz alta, por encima del hombro.

Frances fue directamente a ver a Rose, que la esperaba, temblando de furia. Su negra melena, que el corte Evansky ya no conseguía mantener a raya, estaba erizada; tenía la cara roja y parecía a punto de saltar sobre Frances.

—¿Cómo te atreves a decirle a alguien que puede vivir aquí?

—Es mi apartamento, ¿no? Pues en él puedo hacer lo que quiera.

—No es tu apartamento. Sólo te lo hemos cedido hasta que termines los estudios. Pero si alguien necesita la segunda habitación, se instalará en ella.

—Voy a alquilarla —anunció Rose.

Frances enmudeció de asombro, incapaz de creer lo que estaba oyendo, aunque era muy típico de Rose. Notó que la chica adoptaba una actitud triunfal al ver que no la contradecía.

—No te cobramos nada por el apartamento —señaló—. Vives aquí sin pagar un penique, de modo que ¿cómo se te ocurre pensar que te permitiremos alquilar una habitación?

—¡No me queda otro remedio! —gritó Rose—. Lo que me pasan mis padres no me alcanza para vivir. Es una miseria. Son unos tacaños.

—¿Para qué necesitas más si tienes casa y comida gratis y te pagan los estudios?

—Hijos de puta, sois todos unos hijos de puta —Rose estaba histérica, fuera de sí—. Te da igual lo que les pase a mis amigas. No tienen adonde ir. Han estado durmiendo en un banco de King's Cross. Supongo que te gustaría verme allí a mí también.

—Puedes irte cuando quieras —repuso Frances—. No pienso retenerte.

—Primero tu querido Andrew me deja preñada y después tú me echas a la calle.

Frances se sorprendió, pero enseguida se dijo que no era verdad..., aunque recordó que Jill había tenido un aborto sin que ella se enterase. Rose sacó ventaja de su momento de vacilación.

—Y fíjate en Jill, la obligasteis a abortar contra su voluntad.

—Yo no sabía que estaba embarazada. No sabía nada al respecto —replicó Frances, y entonces cayó en la cuenta de que intentaba razonar con Rose, cosa que nadie en su sano juicio trataría de hacer.

—Claro, y supongo que tampoco sabías nada de lo mío, ¿no? Mucha zalamería, mucho «sed buenos con Rose», pero lo único que te importaba era proteger a Andrew.

—Mientes —replicó Frances—. Sé que mientes. —Aun así se asustó de nuevo: Colin le había dicho que no se enteraba de nada; ¿y si Andrew había dejado embarazada a Rose? Pero no, se lo habría contado.

—No seguiré aquí para que me trates como un trapo. Sé muy bien cuándo estoy de más.

Frances se rió de esa ridícula declaración, aunque también por el alivio que le producía la perspectiva de que Rose se marchara. La magnitud de ese alivio le indicó hasta qué punto su presencia constituía una carga para ella.

—¡Estupendo! —exclamó—. Estoy de acuerdo contigo. Evidentemente, lo mejor que puedes hacer es irte. Cuando te venga bien.

Y empezó a subir la escalera en medio de un silencio semejante al que aseguran que reina en el ojo de una tormenta. Echó un último vistazo a Rose y advirtió que había alzado el rostro como para rezar... y entonces aulló.

Frances cerró la puerta, corrió a su habitación y se arrojó sobre la cama. «Ay, Dios, ojalá nos libremos de Rose —pensó—. Ojalá se largue.» Pero enseguida recuperó la sensatez: «Por supuesto que no se irá.»

Oyó que subía corriendo por la escalera y llamaba a la puerta de Andrew. Permaneció largo rato allí. La casa entera retumbó con sus sollozos, sus gritos, sus amenazas.

Bastante después de medianoche volvió a pasar por delante de las habitaciones de Frances, y luego reinó el silencio.

Se oyó un golpe en la puerta: era Andrew. Estaba pálido de agotamiento.

—¿Puedo sentarme? —Se sentó—. No tienes idea de lo gracioso que resulta verte en este ambiente inverosímil —añadió guardando la compostura a pesar de las circunstancias.

Frances pensó en el aspecto que debía de presentar, descalza, con unos tejanos desgastados y un viejo jersey, y luego miró los muebles de Julia, más propios de un museo. Esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza con un gesto que significaba: «Es demasiado.»

—Dice que la has echado.

—Ojalá fuese así. Ha sugerido que se marchaba.

—Me temo que no lo hará.

—Dice que la dejaste embarazada.

—¿Qué?

—Lo ha dicho.

—No hubo penetración —aseguró Andrew—. Fue un simple magreo, nos metimos mano durante una hora, más o menos. Es increíble lo que ocurre en esos cursillos izquierdosos de verano... —Canturreó—. Cada pequeña ráfaga de aire parece murmurar: sexo, sexo, sexo, por favor.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Dios! ¿Por qué no la echamos?

—Si la obligamos a irse, vivirá en la calle. No volverá a su casa.

—Supongo que tienes razón.

—Sólo será un año. Habrá que armarse de paciencia.

—Colin está furioso; no quiere que viva aquí.

—Lo sé. ¿Olvidas que todos lo hemos oído quejarse de la vida? Y de Sylvia. Y probablemente de mí también.

—Sobre todo de mí.

—Ahora voy a advertirte que si vuelve a insinuar que la dejé embarazada... Espera, supongo que también la forcé a abortar, ¿no?

—No lo ha dicho, pero puedes estar seguro de que lo dirá.

—Joder, es una pequeña arpía.

—Y hábil, además. Nadie se atreve a plantarle cara.

—Yo sí, ya verás.

—¿Qué vas a hacer? ¿Llamar a la policía? A propósito, ¿dónde está Jill? Es como si se la hubiese tragado la tierra.

—Rose y ella discutieron. Supongo que se la quitó de encima.

—¿Y dónde se ha metido? ¿Alguien lo sabe? En teoría, estoy *in loco parentis*.

—«Loco» es una palabra acertada en este contexto —bromeó Andrew.

Frances empezaba a percartarse de que, aunque «los críos» la veían como una especie de benevolente fenómeno de la naturaleza y sacaban buen provecho de su suerte, ella no era ni mucho menos la única persona *in locoparentis*. Al final del verano había recibido una carta de una inglesa que vivía en Sevilla y había escrito para contarle lo mucho que había disfrutado con la compañía de Colin, el encantador hijo de Frances. (¿Colin encantador? Desde luego, en casa no lo era.) «Este verano nos tocó un grupo precioso. No siempre es tan sencillo. ¡Algunos tienen un montón de problemas! Me parece curioso cómo se instalan en casa de los padres de sus amigos. Mi hija pone excusas para no venir a verme. Tiene un hogar alternativo en Hampshire, en casa de un ex novio. Así están las cosas, y supongo que hay que tomarlas como vienen.»

Una carta de Carolina del Norte. «¡Hola, Frances Lennox! Tengo la sensación de que te conozco muy bien. Geoffrey Bone ha pasado varias semanas aquí, con un grupo de jóvenes de distintas partes del mundo, para participar en la lucha por los derechos civiles. Todos los jóvenes perdidos y descarriados llaman a mi puerta... No, no me refiero a Geoffrey, que es el chico más divino que he conocido en mi vida. Pero yo los recojo, como tú y mi hermana Fran en California. Pete, mi hijo, viajará a Gran Bretaña el verano que viene, y estoy segura de que se presentará en tu casa.»

Desde Escocia, Irlanda, Francia..., cartas que iban a parar a una carpeta con otras semejantes que recibía desde hacía años, desde la época en que prácticamente no veía a Andrew.

Así fue como las madres sustitutas, las «madrestierra» que proliferaban en los sesenta, comenzaron a cobrar conciencia de que no estaban solas y a entender que formaban parte de un fenómeno mundial: el espíritu de los tiempos entraba en escena otra vez. Trabajaban en red antes de que esa expresión se incorporase al lenguaje. Componían una red de educadoras, de educadoras neuróticas. Como habían

conjeturado «los críos», Frances intentaba superar un complejo de culpa que se remontaba a su infancia. (Ella había respondido que no le habría sorprendido en absoluto.) La hipótesis de Sylvia discurría por una «línea» diferente. (El origen de la palabra «línea» había que buscarlo en la jerga del partido.) Gracias a sus geniales amigos místicos, había descubierto que Frances trabajaba en su karma, que había resultado dañado en una vida anterior.

En una de las visitas que hacía para gritarle a su madre, Colin llegó acompañado por Franklin Tichafa, de Zimlia, una colonia británica que según Johnny estaba a punto de seguir los pasos de Kenia. También lo aseguraban los periódicos. Franklin era un chico negro regordete y risueño. Colin le advirtió a su madre que no emplease la palabra «chico» debido a sus connotaciones despectivas.

—No es un hombre, ¿verdad? —repuso Frances—. Si no puedo usar la palabra «chico» para referirme a alguien de dieciséis años, ¿a quién iba a aplicársela?

—Lo hace adrede —dijo Andrew—, para incordiar.

En parte era verdad. En el pasado Johnny solía quejarse de que Frances se mostraba políticamente obtusa a propósito, para avergonzarlo delante de sus camaradas, y lo cierto era que en alguna ocasión lo había hecho, como en ese momento.

A todo el mundo le caía bien Franklin, que se llamaba así en honor a Roosevelt y «hacía» Letras en Saint Joseph para complacer a sus padres, si bien planeaba estudiar Economía y Ciencias Políticas una vez que fuese a la universidad.

—Todos estudiáis lo mismo —observó Frances—, Ciencias Políticas y Economía. Lo increíble es que alguien quiera cursar esa carrera con lo mal que hacen las cosas los que la estudiaron, sobre todo los economistas.

Se trataba de un comentario tan adelantado a su época que los jóvenes lo dejaron correr, o quizá ni siquiera le prestaron atención.

La noche de la primera visita de Franklin, Colin no subió a ver a Frances para la habitual sesión de acusaciones: no había ido a Maystock. Franklin se había acostado en el suelo de su habitación, en un saco de dormir. Frances los oía hablar y reír justo encima de su cabeza... Su agotado corazón empezó a tranquilizarse, y pensó que lo que Colin necesitaba era un buen amigo, alguien que riera mucho: tonteaban a menudo, y como todos los jóvenes de su sexo (o chicos), se zarandeaban, se empujaban y jugaban con brusquedad.

Franklin volvió una y otra vez, y Colin se declaró harto de Maystock. Una vez había pillado al doctor David durmiendo mientras él se removía en el diván, esperando que el gran hombre le dirigiera la palabra.

—¿Cuánto le pagáis? —preguntó.

Frances se lo dijo.

—Vaya chollo de trabajo —observó Colin.

¿Estaba guardándose sus sentimientos de nuevo, o había desfogado toda su furia en aquellas noches de acusaciones contra su madre? Frances lo ignoraba, pero no había mejorado en los estudios y al parecer se proponía dejarlos.

Fue Franklin quien le advirtió que sería una tontería.

—No lo hagas. Cuando seas mayor lo lamentarás.

Ese último comentario era una cita. En cualquier grupo de jóvenes, los dichos, toques de atención y consejos que han salido de boca de los padres se repiten luego en la de los hijos en tono humorístico, burlón o serio. Aquel «cuando seas mayor lo lamentarás» lo había pronunciado la abuela de Franklin al amor de la lumbre —un tronco ardiendo en el centro de la choza— en una aldea donde las cabras se colaban en las casas en la esperanza de encontrar algo que mereciera la pena robar. Una ansiosa mujer negra, a quien Franklin le había dicho que no quería aceptar la beca para Saint Joseph —estaba muerto de miedo—, había sentenciado: «Cuando seas mayor lo lamentarás.»

—Ya soy mayor —replicó Colin.

Otra vez noviembre, oscuro y lluvioso. Como era fin de semana, todo el mundo estaba allí. Sylvia se había sentado a la izquierda de Frances, y los presentes fingían no notar que luchaba con la comida. Había abandonado el mágico círculo de amigos, que eran incapaces de decir algo sin lanzar una mirada sugestiva y adoptar un tono solemne. Al igual que Julia, había comentado: «No son buena gente.»

Jake había ido a ver a Frances, visiblemente nervioso.

—Hay un problema, Frances. Es cultural. Creo que en Estados Unidos somos menos inhibidos que aquí.

—Me temo que estoy en desventaja —repuso Frances—. Sylvia no nos ha explicado por qué...

—No había nada que explicar, créeme.

Sylvia le confesó a Andrew que lo que la había «alterado» no eran los salvajes ritos satánicos que los demás habían imaginado y sobre los que bromeaban mientras ella los reconvenía por tontos, ni las sesiones de espiritismo que habían salido mal —o bien, según se mirase, ya que habían aparecido

vociferantes fantasmas con un mensaje urgente que transmitir, como el de que Sylvia debía vestir siempre de azul y llevar un amuleto con una turquesa—, sino el hecho de que Jake la hubiera besado tras asegurarle que a su edad ya no le convenía ser virgen. Ella lo había abofeteado con todas sus fuerzas y lo había tachado de viejo verde. Aunque para Andrew estaba claro que Jake intentaba iniciarla en arcanos placeres sexuales, Sylvia dijo: «Podría ser mi abuelo.»

Y era verdad, O casi.

Andrew había ido a pasar el fin de semana en Londres porque Colin le había telefoneado para comunicarle que Sylvia estaba sufriendo una recaída. No cabía duda de que Colin estaba preocupado, así que: ¿en qué quedaban todas sus rabietas por la presencia de Sylvia en la casa? «Tienes que venir, Andrew. Tú siempre sabes qué hacer.» ¿Y Julia? ¿Acaso ella no sabía qué hacer? Por lo visto, ya no. Al enterarse de que Sylvia se encerraba en su habitación noche tras noche y se negaba a salir, había dicho en tono de tristeza, que al parecer últimamente era el único que adoptaba su voz:

—Ya ves, Sylvia, es lo que ocurre cuando una se junta con gente de esa calaña.

—Pero no pasó nada, Julia —había murmurado Sylvia, tratando de abrazar a la anciana.

Los brazos de Julia, que hasta hacía muy poco solían estrecharla con total naturalidad, ahora la rodearon, mas no de la misma manera, y Sylvia lloró en su habitación por el reproche implícito en la rigidez de esos viejos brazos.

Sylvia, sentada con el tenedor en la mano, hacía girar un trozo de patata cocida en crema de leche, como a ella le gustaba.

Andrew se encontraba a su lado. Colin se había acomodado entre él y Rose. No se miraron ni se dirigieron la palabra. James había llegado del instituto y también dormiría en el suelo del salón. Enfrente de Rose estaba Franklin, que había bebido de más. Sobre la mesa había varias botellas de vino, regalo de Jjohnny, que ocupaba su puesto en la ventana. Al lado de Franklin se hallaba Geoffrey, ya en su primer trimestre en la facultad de Economía. Vestido con ropa de una tienda de excedentes del ejército, parecía un guerrillero. Su presencia allí se debía a que se había encontrado con Johnny en el Cosmo y se había enterado de que éste acudiría a cenar a la casa. Sophie no estaba, pero unas horas antes había visitado a su querida Frances. Atravesaba una mala racha, no en la escuela de arte dramático, donde le iba de maravilla, sino por culpa de Roland Shattock. Esa noche iría con él a una discoteca. Junto a Frances estaba Jill, que había reaparecido esa tarde y había preguntado con timidez si podía quedarse a cenar. No presentaba buen aspecto y llevaba una venda en la muñeca izquierda. Rose la había recibido con un «¿Qué haces tú aquí?». Jill esperó a que hubiese suficiente ruido y risas para preguntarle a Frances:

—¿Me permites quedarme a vivir en la habitación libre del sótano? Eres tú quien decide quién puede instalarse allí, ¿no?

Por desgracia Colin había dicho que quería que Franklin pasase las fiestas con ellos y se alojase en esa habitación. Y era obvio que Jill y Rose no podían estar juntas.

—¿Piensas volver al instituto? —preguntó Frances.

—No sé si me aceptarían—respondió Jill, con una expresión de timidez y súplica que parecía significar: «¿Les pedirás que me acepten?»

Pero ¿dónde iba a vivir?

—¿Has estado en el hospital?

La chica asintió.

—Durante un mes entero —susurró. Eso significaba que había estado en una unidad de psiquiatría y que esperaba que Frances lo entendiera—. ¿Me dejarías dormir en el salón?

Andrew, aparentemente concentrado en Sylvia, animándola, riendo cuando ella bromeaba sobre sus problemas, también estaba pendiente de la conversación entre su madre y Jill. Buscó la mirada de Frances y negó con la cabeza. Un ademán con el pulgar señalando el suelo no habría sido más elocuente que aquel «no» casi imperceptible que pretendía pasar inadvertido. Sin embargo, Jill lo vio. Se quedó callada, mirando hacia abajo con labios temblorosos.

—El problema es que no tenemos dónde meterte —explicó Frances. Además no creía que Jill fuera capaz de seguir estudiando, aunque ella consiguiera que la readmitieran en el instituto. ¿Qué debía hacer?

Este pequeño drama transcurría en el extremo de la mesa que correspondía a Frances; en el otro reinaban el bullicio y el buen humor. Johnny les contaba su viaje a la Unión Soviética con una delegación de bibliotecarios y hacía bromas a costa de los no militantes, que habían metido la pata una y otra vez. Uno había pedido que le confirmasen —en una asamblea de la Sociedad de Escritores Soviéticos— que en la Unión Soviética no había censura. Otro había preguntado si el Estado soviético, «al igual que el Vaticano», había elaborado una lista de libros prohibidos.

—Realmente hicieron gala de una ingenuidad política imperdonable —afirmó Johnny.

A continuación hablaron de las elecciones recientes, que habían devuelto el poder al Partido Laborista. Johnny había participado activamente; se trataba de un asunto complejo, puesto que aunque saltaba a la vista que los laboristas representaban una amenaza mayor para las masas trabajadoras que los

conservadores (ya que confundían a la gente con fórmulas incorrectas), se habían visto obligados a apoyarlos por motivos estratégicos. James escuchaba los pormenores de este problema como si se tratara de su música favorita. Johnny lo había saludado con una cordial inclinación de la cabeza y una palmada en el hombro, pero en ese momento prestaba atención al recién llegado, Franklin, al que aún tenía que ganarse. Pronunció un breve discurso sobre la política colonialista en Zimlia, rememoró los delitos de la política colonialista en Kenia, recreándose especialmente en los peores actos británicos, y comenzó a exhortar a Franklin para que luchase por la libertad de su país.

—Aunque los movimientos nacionalistas de Zimlia no están tan desarrollados como el de los Mau-Mau, sois vosotros, los jóvenes, quienes debéis liberar a vuestro pueblo de la opresión. —Johnny sostenía una copa en una mano, la izquierda, y estaba inclinado hacia delante, mirando a Franklin a los ojos mientras lo señalaba con el índice de la mano derecha, como apuntándole con un revólver. Franklin se removía en su silla con una sonrisa de incomodidad, hasta que dijo: «Disculpe», y se marchó... De hecho, fue al baño, pero dio la impresión de que huía, y cuando regresó le alargó el plato a Frances para que le sirviese otra ración, sin mirar a Johnny, que estaba esperándolo.

—En África, la historia ha depositado sobre los hombros de tu generación una responsabilidad mayor que la que han asumido las anteriores. Cómo me gustaría ser joven de nuevo, cómo me gustaría tener todo el futuro por delante.

Por una vez sus rasgos, casi siempre rígidos en una expresión de autoridad marcial, se suavizaron para reflejar añoranza. Los años pasaban y Johnny ya era un combatiente maduro; cuánto debía de detestar su condición, pensó Frances, pues todos los días llegaban noticias sobre nuevos abanderados jóvenes de la Revolución que poco a poco estaban eclipsando a Johnny. En ese momento Franklin levantó su copa, con un ademán ampuloso que pareció paródico.

—¡Por la Revolución en África! —brindó y se desplomó sobre la mesa, sin sentido.

Mientras, en la otra punta Jill se levantaba y decía:

—Perdón, perdón, he de irme.

—¿Quieres quedarte esta noche? Puedes dormir con James en el salón.

Jill, de pie, negaba con la cabeza y trataba de sujetarse con una mano —casualmente— del brazo de Frances, cuando de repente se desmayó a los pies de ésta.

—Qué follón —comentó Johnny, fascinado, y observó a Geoffrey y a Colin mientras despertaban a Franklin y le daban agua al tiempo que Frances levantaba a Jill.

Rose permaneció sentada, como si nada hubiera ocurrido. Sylvia murmuró que quería irse a la cama, y Andrew la acompañó.

Llevaron a Franklin a la segunda habitación del sótano y dejaron a Jill en el salón, dentro de un saco de dormir. James aseguró que cuidaría de ella, pero se durmió en el acto. Más tarde, Frances bajó a echarle un vistazo a la chica. A la tenue luz del pasillo, Jill ofrecía un aspecto espantoso. Necesitaba cuidados. Habría que informar a sus padres, naturalmente, que sin duda no estarían al corriente de su situación. Por la mañana le diría a Jill que regresara a su casa.

No obstante, a la mañana siguiente se había largado, había desaparecido en el salvaje y peligroso Londres, y cuando le preguntaron a Rose, ésta contestó que no era la guardiana de Jill.

Cabía esperar que Franklin estuviese nervioso por compartir el apartamento con Rose. Temían que ésta tuviese prejuicios raciales, « viniendo de donde venía... », según la sutil alusión de Andrew a su extracción social. Sin embargo, no fue así; de hecho, Rose se mostraba « amable » con Franklin.

—Está siendo muy amable —dijo Colin—, y él piensa que ella es genial.

Lo pensaba, en efecto. Era genial. Y una amistad aparentemente imposible nació entre el bonachón joven negro y la rencorosa adolescente, cuya ira burbujeaba y bullía con la misma fiabilidad que la mancha roja de Júpiter.

Frances y sus hijos se maravillaron, porque les costaba pensar en dos personas más diferentes, pero lo cierto es que habitaban un paisaje moral similar. Rose y Franklin nunca llegarían a saber cuánto tenían en común.

Desde su llegada allí, Rose vivía poseída por una silenciosa ira ante la idea de que esa gente se arrogara el derecho de referirse a la casa como propia. Aquella casa magnífica, que parecía salida de una película, sus muebles, el dinero..., todo ello sólo constituía los cimientos de una angustia más profunda, un rencor amargo que nunca la abandonaba. El problema residía en la naturalidad con que aceptaban lo que los rodeaba, lo que daban por sentado, lo que sabían. Jamás había nombrado un libro —y durante un tiempo los había puesto a prueba mencionando títulos de los que ninguna persona sensata habría oído hablar— que no hubieran leído o que no les sonara de algo. Sabía que habían leído los libros que cubrían dos paredes del salón del suelo al techo. En una ocasión en que Frances la encontró allí, la desafió:

—¿De verdad has leído todos estos libros, Frances?

—Pues sí, creo que sí.

—¿Cuándo? ¿Tenías libros en casa cuando eras pequeña?

—Sí, al menos los clásicos. Supongo que todo el mundo los tenía en aquella época.

—¡Todo el mundo! ¡Todo el mundo! ¿Quién es todo el mundo?

—La clase media —respondió Frances, decidida a no dejarse provocar—. Y buena parte de la clase obrera.

—¡Vaya! ¿Y cómo lo sabes?

—Compruébalo —repuso Frances—. No es difícil de averiguar.

—¿Y cuándo tenías tiempo para leer?

—Veamos... —Frances recordó la época en que los niños eran pequeños y ella pasaba mucho tiempo sola, combatiendo el aburrimiento con la lectura, y recordó que Johnny le daba la lata para que leyera esto y aquello...—Johnny fue una buena influencia —añadió, repitiéndose una vez más que debía ser justa—. Ha leído mucho, ¿sabes? Los comunistas suelen hacerlo; tiene gracia, ¿no?, pero es verdad. Me animaba a leer.

—Todos estos libros... —murmuró Rose—. Nosotros no teníamos libros.

—Si quieres, puedes recuperar el tiempo perdido —sugirió Frances—. Toma prestados los que más te gusten.

La naturalidad con que abordaban esos temas enfurecía a Rose. Parecían estar al corriente de cualquier asunto que ella mencionara, ya fuese una idea o un hecho histórico. Estaban en posesión de una especie de banco de datos: preguntara lo que preguntase, ellos lo sabían.

Rose había tomado libros de los estantes, pero no había disfrutado con ellos. No porque fuese lenta leyendo —que lo era, aunque no le faltaba tesón y perseveraba en su empeño—, sino porque mientras leía la embargaba una especie de furia que se interponía entre ella y la historia o los conocimientos que intentaba asimilar. Porque esa gente gozaba de todo aquello como si lo hubiera heredado, mientras que ella, Rose...

Al llegar y encontrarse con la compleja magnificencia de Londres, Franklin había pasado varios días temeroso, lamentándose de haber aceptado la beca. Todo aquello lo abrumaba. Su padre había sido maestro de los cursos inferiores en la escuela de una misión católica. Los sacerdotes, al reparar en la inteligencia del chico, lo habían alentado y apoyado hasta el día en que habían preguntado a una persona rica —cuyo nombre Franklin jamás conocería— si estaba dispuesta a incluir a aquel niño prometedor en su lista de protegidos. Se trataba de un compromiso caro: dos años en Saint Joseph y después, con suerte, la universidad.

Cuando Franklin regresó a su aldea, tras su paso por la escuela de la misión, se sintió secretamente avergonzado de la situación de sus padres. De hecho, todavía se avergonzaba: unas cuantas chozas de paja en la selva, sin electricidad, teléfono, agua corriente ni retretes. La tienda más cercana estaba a siete kilómetros de distancia. En comparación, la escuela de la misión parecía un lugar lujoso. Más tarde, en Londres se había llevado una violenta impresión: estaba rodeado de tal riqueza, de tales maravillas, que la misión se le antojaba miserablemente pobre. Había pasado los primeros días en la ciudad con un afable sacerdote, un amigo de los misioneros que, consciente de que estaría conmocionado, lo había llevado en autobús y en metro a los parques, los mercados, los grandes almacenes, los supermercados, el banco e incluso a restaurantes, todo ello para que se acostumbrase, pero de allí había pasado a Saint Joseph, un lugar que semejava el mismísimo cielo: edificios como escapados de un libro ilustrado rodeados de grandes campos verdes; chicos y chicas, todos blancos salvo dos nigerianos que le resultaban tan extraños como aquéllos, y profesores muy diferentes de los padres católicos; todos tan cordiales, tan amables... Hasta entonces ningún blanco lo había tratado con amabilidad fuera de la misión. Colin se alojaba dos puertas más allá, en el mismo pasillo. Para Franklin, su habitación estaba provista de cuanto cabía desear, incluido un teléfono. Se trataba de un pequeño paraíso, aunque había oído a Colin quejarse de sus reducidas dimensiones. Cada comida era un festín — la variedad, la abundancia de los platos—, aunque había quien se lamentaba de que siempre sirvieran lo mismo. En la misión comían casi exclusivamente gachas de maíz con distintas salsas.

Poco a poco brotó en su interior un poderoso sentimiento que a veces amenazaba con salir de su boca convertido en una retahíla de insultos y acusaciones, aunque mientras tanto sonreía y se comportaba de un modo agradable y sumiso. «No es justo, no está bien, ¿por qué tenéis tanto y no sabéis valorarlo?» El que no tuviesen conciencia de lo afortunados que eran le dolía, lo ofendía, lo irritaba. Y cuando iba a casa de Colin, aquella casona que se le antojaba un palacio (por tal la había tomado la primera vez que la había visto) y que estaba llena de cosas hermosas, se sentía incapaz de hablar mientras los demás bromeaban y tonteaban. Observaba al hermano mayor, Andrew, y la ternura que prodigaba a la chica que había estado enferma, y se imaginaba en el lugar de ella, sentado entre Frances y Andrew, ambos tan afectuosos, tan cordiales... Después de la primera visita se sintió igual que cuando le habían ofrecido la beca. Era demasiado para él, no estaba a la altura, ni siquiera sabía para qué servían la mitad de las cosas: los aparatos de la cocina, los muebles... A pesar de todo volvió una y otra vez, y descubrió que en esa casa lo trataban como a un hijo. Johnny representaba un problema al principio. Franklin, que había estado en contacto con sus doctrinas y su estilo de discurso, había decidido que no quería saber nada de una política que lo asustaba. Los políticos lo habían exhortado a matar blancos, pero él había conocido la bondad gracias a los curas blancos de la misión —pese a que eran muy severos—, a un anónimo benefactor blanco, y ahora a la amable gente blanca del nuevo colegio y de esa casa. Y sin embargo padecía, penaba, sufría: la envidia lo corroía. «Quiero. Quiero eso. Lo quiero. Quiero...»

Sabía que no le convenía decir lo que pensaba. Las ideas que se agolpaban en su mente eran peligrosas y no podía permitir que afloraran. Tampoco las expresaba ante Rose. Ninguno de los dos compartía con el otro las macabras y ponzoñosas escenas que se desarrollaban en su cabeza. Aun así, les gustaba estar juntos.

Tardó mucho tiempo en dilucidar cuál era la relación entre aquellos individuos y si estaban emparentados o no. No le sorprendía que hubiera tantas personas sentadas alrededor de la mesa, aunque para hallar un paralelismo tuvo que retrotraerse a su aldea, donde se recibía con cordialidad a la gente que buscaba un plato de comida y un sitio donde dormir.

En la pequeña casa que sus padres tenían en la misión, compuesta por una austera habitación y una cocina, no había sitio para la informal hospitalidad de la aldea. Sin embargo, en casa de sus abuelos, donde solía pasar las vacaciones, en torno al gran tronco que ardía durante toda la noche en medio de la choza, dormían envueltas en mantas personas que no había visto antes y que probablemente no volvería a ver: parientes lejanos que estaban de paso o amistades con problemas que buscaban refugio. Sin embargo, esa afectuosa generosidad iba unida a una pobreza de la que se avergonzaba y que —lo que era aún peor— ya no conseguía entender. ¿Sería capaz de soportar aquello cuando regresase?, se preguntaba al ver la ropa de Rose apilada sobre la cama, o las cosas que tenían los chicos del colegio: no había límites para lo que poseían y lo que esperaban poseer, mientras que él disponía de unas pocas prendas que cuidaba celosamente y que sus padres habían comprado con un enorme sacrificio.

Por no mencionar los libros de la planta alta. En la misión había una Biblia, devocionarios y un ejemplar de *El viaje del peregrino*, que había leído mil veces. Solía leer con semanas de retraso los periódicos que apilaban en la despensa de la misión para forrar estantes o cajones. Guardaba como un tesoro la Enciclopedia infantil Arthur Mee que había rescatado de la basura de una familia de blancos. De pronto se apoderó de él la impresión de que los sueños de su infancia se habían hecho realidad en aquellas paredes tapizadas de libros del salón. Cogió uno, lo hojeó y el precioso objeto palpitó entre sus manos. Se llevaba algunos a su habitación, procurando que Rose no lo advirtiera, porque lo había escandalizado al aseverar: «Sólo fingen que leen, ¿sabes? No es más que una farsa.»

No obstante él se había reído, porque era lo que ella esperaba que hiciese: Rose era su amiga. Le dijo que la consideraba una hermana; y echaba de menos a sus hermanas.

Ese año celebrarían una Navidad auténtica, porque Colin y Andrew estarían en casa. A Sophie su madre le había dicho que, como no quería aguarle la fiesta, se iría a casa de su hermana. Estaba mejor: ya no lloraba constantemente y había empezado una terapia para «elaborar el duelo».

Puesto que Johnny pasaría una temporada en Londres entre un viaje y otro, supuestamente relevaría a Andrew en el cuidado de Phyllida.

Cuando Frances anunció que habría fiesta de Navidad, el espíritu de la frivolidad se manifestó de inmediato en las caras y los ojos de los jóvenes, así como en los chistes con que se burlaban del acontecimiento, aunque se esforzaban por moderarse para no quitarle la ilusión a Franklin. Estaba impaciente por participar en los festejos que anunciaban la prensa y la televisión y que llenaban ya las tiendas de deslumbrantes colores. También sentía pena, porque habría que hacer regalos y él disponía de muy poco dinero. Al ver que su chaqueta era demasiado fina y que carecía de jerséis de abrigo, Frances le había anticipado su regalo de Navidad: dinero para ropa. Lo guardaba en un cajón, y en ocasiones se sentaba en la cama y jugueteaba con él una y otra vez, como una gallina vigilando sus huevos. Tener esa suma de dinero en sus manos, sus manos, formaba parte del milagro que significaba para él la Navidad. Sin embargo, Rose abrió la puerta, lo vio inclinado sobre el cajón del dinero, se abalanzó sobre éste y lo contó.

—¿Dónde lo has robado?

Aquello se parecía tanto a lo que había aprendido a esperar de los blancos que tartamudeó:

—Pero amita, amita...

Rose, que no entendía a qué venía aquello, insistió:

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha dado Frances para que me compre ropa.

La cara de la chica se encendió de ira. Frances nunca le había ofrecido una suma semejante; sólo lo suficiente para un vestido de Biba y otro corte de pelo en Evansky.

—No necesitas comprar ropa —dijo ella.

Estaba sentada al lado de Franklin, tan cerca que las dudas de éste sobre sus posibles prejuicios raciales se desvanecieron. Ninguna persona de la colonia, ni siquiera los curas blancos, se sentaría tan cerca de un negro con esa actitud despreocupada y cordial.

—Hay cosas mejores en que gastar el dinero —añadió Rose. Se lo devolvió de mala gana y lo observó meterlo de nuevo en el cajón.

Esa noche Geoffrey les hizo una visita y se sumó al plan de Rose para equipar a Franklin. Al ingresar en la facultad de Economía, se había alegrado de constatar que el hurto de ropa, libros y lo que fuese que a uno le apeteciera se consideraba un medio válido para socavar el sistema capitalista. Pagar por algo era..., en fin, el colmo de la ingenuidad política. No, uno «liberaba» los objetos: la vieja jerga de la

Segunda Guerra Mundial volvía a estar vigente.

Geoffrey acudiría a la fiesta —«Hay que estar en casa por Navidad»— y ni siquiera había prestado atención a lo que había dicho Franklin.

James dijo que estaba seguro de que sus padres no notarían su ausencia: iría a verlos por Nochevieja.

También estaría Lucy, de Dartington; cuyos padres se marchaban a China en una misión humanitaria.

Daniel, que debía regresar a su casa, pidió que le guardasen un trozo de pastel.

Habían recibido una conmovedora carta de Jill. Pensaba mucho en todos. Eran sus únicos amigos. «Por favor, escribidme. Por favor, enviadme dinero.» Sin embargo, su dirección no constaba en el sobre.

Frances escribió a los padres de Jill preguntándoles si la habían visto. Ya les había escrito con anterioridad para confesarles que no había logrado convencerla de que siguiera estudiando. En esa ocasión le habían contestado: «No se culpe, señora Lennox. Nosotros nunca conseguimos que hiciera nada de provecho.» Esta vez, la carta decía: «No, Jill no se ha dignado ponerse en contacto con nosotros. Le agradeceremos que nos avise si se deja caer por su casa. En Saint Joseph no saben nada de ella. Nadie sabe nada.»

Frances escribió a los padres de Rose para comunicarles que a su hija le había ido bien en el primer trimestre. La respuesta de los padres fue: «Quizá no lo sepa, pero no hemos tenido noticias de nuestra hija, de manera que le agradecemos su carta. El instituto nos envió sus calificaciones. Suponemos que usted habrá recibido una copia. Fue una agradable sorpresa. Rose solía jactarse —al menos eso nos parecía a nosotros— de las malas notas que sacaba.»

Sylvia también había hecho progresos. Esto se debía en parte al apoyo de Julia, pese a que se había vuelto menos incondicional en los últimos tiempos. Sylvia había subido a hablar con ella otra vez, y con voz temblorosa por el afecto y las lágrimas, había suplicado: «Por favor, Julia, no siga enfadada conmigo. No puedo soportarlo.»

Se habían fundido en un abrazo, y la intimidad entre ellas se había reinstaurado casi por completo. Casi. Un pequeño resquemor enturbiaba la felicidad de Julia: la chica había dicho que «quería ser religiosa». Las historias de Franklin sobre los jesuitas que lo habían rescatado la habían conmovido profundamente, tanto que había decidido convertirse al catolicismo. Julia le contó que sus padres la habían mandado a misa los domingos, pero que «prácticamente no había pasado de ahí». No obstante, suponía que aún podía considerarse católica.

Sylvia, Sophie y Lucy pasaron la Nochebuena decorando un pequeño pino para el alféizar de la ventana y ayudando a Frances con los preparativos de la comida navideña. Se permitieron comportarse otra vez como niñas. Frances habría jurado que esas criaturas alegres y risueñas contaban once o doce años. Las engorrosas tareas de la cocina se convirtieron en una aventura salpicada de chistes y diversión. Franklin subió, atraído por el jolgorio. Geoffrey y James, que dormirían en el salón, y luego Colin y Andrew se entregaron con entusiasmo a la tarea de pelar castañas y mezclar el relleno. Al final, todos prorrumpieron en ovaciones al ver sobre la bandeja del horno el pavo untado con mantequilla y aceite.

Los preparativos se prolongaron y se hizo tarde. Sophie dijo que no necesitaba volver a casa, porque había llevado el vestido que se pondría el día siguiente. Cuando Frances se metió en la cama alcanzó a oír a los chicos en el salón de abajo, celebrando una fiesta anticipada. Pensó en cómo se sentiría Julia, dos pisos más arriba, sabiendo que su pequeña Sylvia estaba con otros y no con ella... Aunque Julia había avisado que no asistiría a la comida de Navidad, invitó a todo el mundo a una auténtica merienda navideña en el salón, que en ese momento se hallaba atestado de jóvenes emborrachándose.

Al igual que millones de mujeres de todo el mundo, la mañana de Navidad, Frances bajó a la cocina sola. A través de la puerta del salón, entornada presumiblemente para permitir la entrada de aire fresco, se entreveían figuras acurrucadas.

Frances se sentó a la mesa con un cigarrillo y una taza de té cargado que le hizo evocar las colinas donde incontables mujeres explotadas recogían las hojas para aquel exótico lugar: Occidente. En la casa reinaba un silencio absoluto... No, oyó pasos, y un instante después apareció Franklin, con una sonrisa de oreja a oreja. Vestido con una flamante chaqueta y un jersey grueso, alzó un pie por vez para lucir los zapatos y los calcetines nuevos; se levantó el jersey, enseñándole una camisa de cuadros, y luego ésta, a fin de mostrarle una camiseta de color azul subido. Se abrazaron. Frances sintió que estrechaba entre sus brazos la mismísima encarnación del espíritu navideño, porque el chico estaba tan contento que comenzó a reír y aplaudir.

—Frances, Frances, madre Frances. Eres nuestra madre, eres una madre para mí.

Frances detectó una inconfundible nota de culpa mezclada con la exuberante alegría: aquellas prendas habían sido liberadas.

Le preparó una taza de té y le ofreció una tostada, pero él se reservaba para el festín, y cuando se hubo sentado enfrente de ella, todavía sonriendo, Frances pensó que no le quedaba más remedio que enturbiar aquella dicha, aunque fuera Navidad.

—Franklin —dijo—, quiero que sepas que no todos somos ladrones en este país.

El chico se puso serio de inmediato, las dudas hicieron que se le crispase el rostro, y comenzó a lanzar rápidas miradas a un lado y a otro, como si se encontrase rodeado de acusadores.

—No digas nada —le pidió ella—. No es necesario. No te estoy recriminando nada, ¿entiendes? Sólo quiero que sepas que no robamos todo lo que queremos.

—Devolveré la ropa —dijo él, completamente desolado.

—No, de ninguna manera. ¿Quieres ir a la cárcel? Sólo escúchame. No pienses que todo el mundo es como... —No quería nombrar a los culpables, de modo que bromeó—: No todos liberamos las cosas que nos gustan.

Franklin se quedó cabizbajo, mordiéndose el labio inferior. En un clima de total camaradería los tres habían emprendido una gloriosa expedición a las riquezas de Oxford Street, donde las cálidas y coloridas prendas que tanto necesitaba habían pasado de las manos de Rose y Geoffrey a una gigantesca bolsa de la compra, pero él no había «liberado» nada, sino que se había limitado a admirar la destreza de sus amigos. Había sido un viaje a la mágica tierra de las posibilidades, como ir al cine y entrar en un mundo de maravillas, en vez de conformarse con contemplarlo. Del mismo modo en que la víspera Sylvia, Sophie y Lucy se habían convertido en niñas pequeñas, en «colegialas tontas», como las había llamado Colin, Franklin volvió a la infancia y recordó lo lejos que estaba de casa: era un extraño tentado por riquezas que jamás serían suyas.

Luego llegó Sylvia, que tras decidir que el corte Evansky no era para ella, había adornado sus rubias trenzas con lazos rojos. Abrazó a Frances y a Franklin, que se sintió tan agradecido por lo que interpretó como un gesto de indulgencia que volvió a sonreír, aunque sacudiendo la cabeza con tristeza y dirigiendo miradas de aflicción a Frances; por fortuna, gracias a la simpatía y la amabilidad de Sylvia, las cosas volvieron pronto a la normalidad... O casi.

La cocina se llenó de jóvenes con resaca pero ansiosos por beber un poco más, y cuando por fin se sentaron alrededor de la enorme mesa y ante la magnífica ave que sería trinchada de inmediato, todos se habían excedido lo suficiente para estar amodorrados. De hecho, James empezó a dar cabezadas y hubo que despertarlo. Franklin, que sonreía otra vez, miró su plato repleto, pensó en su misérrima aldea y dio gracias a Dios en silencio antes de atacar la comida con ansia. Las chicas, incluida Sylvia, comieron bien, en medio de un bullicio increíble, porque «los críos» habían vuelto a la adolescencia, aunque Andrew, «el viejo», se mantuvo en su papel, al igual que Colin, que sin embargo se esforzó por imbuirse del espíritu festivo. Aun así, Colin siempre sería un extraño que observaba las cosas desde fuera, por mucho que intentase payasear, por mucho que intentase ser uno más..., y lo sabía.

Eran ya las cuatro cuando apagaron las luces para recibir el budín de Navidad, envuelto en las llamas del coñac, y Frances les recordó que debían ventilar el salón para la merienda de Julia. ¿Merienda? ¿Alguien era capaz de tragar un bocado más? Se oyeron gemidos mientras las manos se alzaban para agarrar otro trozo de budín, un pastelillo de frutas o un poco de crema que tomaban a lametazos.

Las chicas subieron al salón y apilaron los sacos de dormir en un rincón. Abrieron todas las ventanas, porque la habitación apestaba. Bajaron las botellas vacías que habían pasado la noche bajo las sillas o en los rincones, y sugirieron que alguien tratara de convencer a Julia de que celebrase su fiesta una hora más tarde, ¿qué tal a las seis? Pero eso era imposible.

James estaba sentado con la cara entre las manos, medio dormido, y Geoffrey comentó que si no echaba una siesta, moriría. Rose y Franklin les ofrecieron las camas del sótano, y el grupo se habría dispersado en ese instante de no haber sido porque llamaron a la puerta principal y acto seguido apareció Johnny, permitiéndose una navideña expresión relajada, cargado de botellas y en compañía de su nuevo amigo, Derek Carey, un dramaturgo obrero recién llegado a Londres desde Hull. Derek parecía tan jovial como Papá Noel, y motivos no le faltaban, ya que aún se sentía embriagado por la cornucopia de Londres. La dicha lo había tocado la primera noche que pasó allí, dos semanas atrás. En una fiesta después del teatro había observado de lejos, maravillado, a dos espectaculares rubias, cuyo acento pijo en un principio se le había antojado fingido. Pensó que se trataba de prostitutas. Pero no, eran oligarcas descarriadas que buscaban refugio en los cenagosos lechos y las fragantes arboledas del marchoso Londres.

—Ay, Dios mío —balbuceó ante una de ellas—, si pudiera acostarme contigo, si pudiera meterme en tu cama, me sentiría más cerca del paraíso de lo que jamás he soñado.

Había aguardado con timidez un castigo verbal o físico, pero en cambio había oído:

—Lo harás, cariño, lo harás.

Después la otra le dio un beso con lengua que en su pueblo le habría costado semanas o meses de arduo trabajo. Habían terminado los tres juntos en la cama, y a partir de aquel momento, en cada sitio al que iba encontraba los nuevos placeres que esperaba. Ese día estaba borracho; de hecho, llevaba dos semanas así. Se situó junto a los restos del pavo, donde Johnny picaba ya con avidez, y se unió a él. Los hijos de Johnny permanecieron sentados en silencio, sin mirar a su padre.

—Me imagino que os gustaría probar el pavo, ¿no? —dijo Frances pasándoles un par de platos.

—Oh, sí, sería estupendo —respondió Derek en el acto, llenándose el plato.

Johnny hizo lo propio y se sentó. Colin y Andrew se marcharon arriba. Había sido absurdo preguntar: «¿Y Phyllida? ¿Tiene algo que comer?»

La presencia de los dos hombres había empañado la alegría de los jóvenes, que subieron al salón para descubrir que Julia había extendido sobre la mesa un mantel de encaje blanco y servido budín de frutas alemán y pastel navideño inglés en delicados platos de porcelana.

Frances se quedó sola con Johnny y su amigo. Se sentó y los miró comer.

—Frances, he de hablarte de Phyllida.

—No os preocupéis por mí —dijo el dramaturgo—. No escucharé. Aunque, creedme, tengo experiencia en problemas conyugales. Vaya si la tengo.

Johnny, que había rebañado el plato, se sirvió budín de Navidad en un bol, lo cubrió con crema y ocupó su sitio junto a la ventana.

—Iré al grano.

—Sí, por favor.

—Vamos, vamos, chicos —dijo el dramaturgo—. Ya no estáis casados, de manera que sobran los gruñidos y los ladridos. —Se sirvió vino.

—Phyllida y yo hemos terminado —empezó Johnny—. Para ir al grano... —repitió—, quiero volver a casarme. O quizás esta vez prescindamos de las formalidades; de todos modos son gilipolleces burguesas. He encontrado a una auténtica camarada, Stella Linch. Tal vez la recuerdes de los viejos tiempos..., de la época de la guerra de Corea.

—No —repuso Frances—. ¿Y qué vas a hacer con Phyllida? No, no me digas que ibas a sugerir que se mudara aquí.

—Sí. Quiero que viva en el apartamento del sótano. Aquí hay sitio de sobra. Y no olvides que es mi casa.

—¿No es de Julia?

—Moralmente es mía.

—Pero si ya la has usado para desembarazarte de una familia.

—Vamos, vamos —terció el dramaturgo. Hipó—. Caray. Lo siento.

—La respuesta es no, Johnny. La casa está llena, y por lo visto hay algo que se te escapa: si su madre viene a vivir aquí Sylvia se marchará.

—Tilly hará lo que se le diga.

—Te recuerdo que ya ha cumplido los dieciséis.

—Entonces tiene edad suficiente para visitar a su madre. Ni siquiera se acerca a ella.

—Sabes tan bien como yo que es porque Phyllida le grita. Además, no es a mí a quien debes pedir permiso, sino a Julia.

—Esa vieja bruja está chocha.

—No, Johnny, no está chocha. Y más vale que te des prisa, porque ha organizado una merienda.

—¿Una merienda? —saltó el camarada de Leeds—. Bien, bien, ¡genial! —Tambaleándose en la silla, se sirvió vino en una copa que ya estaba medio llena y agregó—: Perdonadme. —Se quedó instantáneamente dormido, con la boca abierta.

Frances oyó voces por encima de su cabeza, en el salón. Eran Johnny y su madre.

—¡Maldito imbécil! —gritó Julia.

Al cabo de un rato Johnny bajó corriendo por la escalera y entró en la cocina. Por una vez parecía desenchajado y nervioso.

—Tengo derecho a disfrutar de la compañía de una mujer que es una auténtica camarada —le soltó a Frances—. Por primera vez en mi vida tendré una mujer que esté a mi altura.

—Dijiste lo mismo de Maureen, ¿recuerdas? Por no mencionar a Phyllida.

—Mentira —replicó Johnny—. No pude haber dicho nada semejante.

El dramaturgo despertó.

—¡Fin del primer asalto! —exclamó, antes de dormirse de nuevo.

Sophie llegó para anunciar que la fiesta había comenzado.

—Os dejo peleando contra los pecados del mundo —dijo Frances, y se marchó.

Antes de unirse a la fiesta subió a su habitación, se cambió de vestido y se cepilló el cabello delante del espejo, lo que le hizo recordar que en sus tiempos la habían descrito como una rubia atractiva. En escena había estado hermosa más de una vez; y sin duda había estado preciosa durante su fin de semana con Harold Holman, que se le antojaba tan lejano como si hubiera transcurrido un siglo.

A principios de diciembre Julia había bajado a las habitaciones de Frances con aire avergonzado, algo nada habitual en ella. «Frances, no quiero que te ofendas... —Le tendió un grueso sobre blanco, donde había escrito "Frances" en su impecable caligrafía. En el interior había varios billetes—. No se me ocurre una forma elegante de decirlo..., pero me haría muy feliz si... Por favor, ve a la peluquería y cómprate un vestido bonito para Navidad.»

Frances solía llevar el pelo liso y con raya al medio, pero su peluquera (que desde luego no era la

señora Evansky ni Vidal Sassoon, quienes solamente toleraban el estilo en boga) había logrado convertir su melena en el último grito. Y nunca había pagado tanto por un vestido. Habría resultado absurdo que se lo pusiera para la comida de Navidad, habida cuenta de que tenía que cocinar, pero en ese momento entró en el salón sintiéndose tan cohibida como una colegiala. Todos se deshicieron en alabanzas; Colin incluso se levantó y le ofreció su silla con una pequeña reverencia. Eran los modales apropiados para la ropa que lucía; y alguien más estaba admirándola. El distinguido Wilhelm se levantó, se dobló sobre su mano —que por desgracia aún debía de oler a comida— y besó el aire sin rozarla con los labios.

Julia la saludó con una inclinación de la cabeza y expresó sus cumplidos con sonrisas.

—Me mimas demasiado, Julia —dijo Frances.

—Ay, querida —respondió su suegra—. Me encantaría que supieras lo que significa que te quieran y te mimen de verdad.

Julia sirvió el té con una tetera de plata, y Sylvia, su doncella, repartió rebanadas del budín de frutas y el pesado pastel de Navidad. En las sillas, Geoffrey, James, Colin y Andrew hacían un esfuerzo sobrehumano por mantenerse despiertos. Franklin seguía los paseos de Sylvia por la estancia como si hubiese aparecido por arte de magia. Wilhelm, Frances, Julia y las tres chicas —Sophie, Lucy y Sylvia— entablaron conversación.

Había un problema: las ventanas continuaban abiertas, y estaban en pleno invierno. Una fría oscuridad se cernía al otro lado de la habitación donde Julia rememoraba, como bien sabían todos, los tiempos en que había recibido a embajadores y políticos. «Y una vez incluso al primer ministro.» En un rincón había una montaña de sacos de dormir y una botella de vino que los chicos habían pasado por alto.

Julia lucía un traje de terciopelo gris rematado con encaje, y los granates que llevaba en las orejas y el cuello lanzaban destellos y reproches. Hablaba de las lejanas Navidades de su infancia, en la casa de Alemania —un recital vivaz pero formal— mientras Wilhelm Stein escuchaba y confirmaba sus palabras con gestos de la cabeza.

—Sí—dijo en una pausa—. Sí, sí. Bueno, mi querida Julia, debemos aceptar que los tiempos han cambiado.

Abajo se oía la voz de Johnny, enzarzado en una acalorada discusión con el dramaturgo. Geoffrey, que se había dormido y había estado a punto de caer de bruces, murmuró una disculpa y se marchó, seguido por James. Frances se sintió profundamente avergonzada y a la vez contenta de que se fueran, ya que al menos confiaba en que las chicas no darían cabezadas y seguirían sosteniendo las primorosas tazas de té como si nunca hubieran hecho otra cosa. Todas menos Rose, desde luego, que estaba sentada en un rincón, apartada de los demás.

—Creo que las ventanas... —empezó Julia. Sylvia corrió a cerrarlas y echó las pesadas cortinas de brocado con forro y entretela, que al cabo de sesenta años habían adquirido un desvaído tono azul verdoso que hacía resaltar demasiado el azul del vestido de Frances. Rose había amenazado con descolgarlas para confeccionarse un vestido «como el de Escarlata O'Hara», y cuando Sylvia había dicho: «Pero Rose, Julia no lo aprobaría», le había respondido: «Era una broma. No tienes sentido del humor.» Y era cierto.

Ahora Andrew dijo que sabía que eran todos unos bárbaros redomados, pero que si Julia hubiera visto la comilona que acababan de zamparse, los perdonaría.

El budín de frutas y el pastel de Navidad seguían intactos sobre los pequeños platos verdes decorados con pimpollos de rosa.

Se oyó una explosión de risas procedentes de abajo. Julia esbozó una sonrisa irónica. Sí, sonrió, aunque sus ojos estaban húmedos.

—Oh, Julia —canturreó Sylvia, abrazándola y apoyando la mejilla sobre la plateada cofia de ondas y rizos—. Nos ha encantado su encantadora merienda, de veras, pero si supiera...

—Sí, sí, sí —la interrumpió Julia—. Lo sé. —Se levantó.

Wilhelm Stein la imitó y la rodeó con un brazo, dándole palmaditas en la mano. Los dos distinguidos personajes permanecieron unos segundos de pie en medio del salón, el marco perfecto para ellos:

—Bueno, mis queridos jovencitos —dijo Julia al fin—, creo que ya es suficiente. —Y salió del brazo de Wilhelm.

Nadie se movió hasta que Andrew y Colin se desperezaron y bostezaron. Sylvia y Sophie comenzaron a recoger las tazas. Rose, Franklin y Lucy fueron a unirse al animado grupo de la cocina. Frances se quedó donde estaba.

Johnny y Dereck se hallaban sentados cada uno a un extremo de la mesa, dirigiendo una especie de seminario. Johnny leía párrafos del Manual para una revolución, del que era autor y publicado por un editor respetable. El libro se vendía bien; como había afirmado un crítico, tenía «potencial para convertirse en un eterno best seller».

La contribución de Derek Carey al bienestar de las naciones consistía en exhortar a los jóvenes, asamblea tras asamblea, a destruir cualquier carta oficial que cayera en sus manos, a buscar trabajos en correos para hacer desaparecer dichas cartas y a robar en las tiendas cuanto fuera posible. Esas

pequeñas acciones ayudarían a minar las estructuras de un Estado opresor como Gran Bretaña. Durante la reciente campaña electoral, les había recomendado que invalidaran las papeletas escribiendo en ellas insultos como «¡Fascistas!». Rose y Geoffrey, que necesitaban hacerse notar en aquella estimulante compañía, relataron su última incursión en las tiendas. Luego Rose corrió al sótano, subió con varias bolsas de regalos robados y empezó a repartirlos: aunque casi todos eran muñecos de peluche — tigres aterciopelados, pandas y osos—, también había una botella de coñac, que entregó a Johnny, y otra de armagnac, que alargó a Derek.

—Así se hace, camarada —la felicitó Derek con un guiño cómplice que a Rose, sedienta de cumplidos, le llegó al alma; fue como una medalla al mérito. Y Johnny la premió saludándola con el puño en alto. Nadie la había visto antes tan feliz.

Franklin estaba desolado, porque quería hacerle un obsequio a Frances y esperaba que algunos de los «objetos liberados» llegase a sus manos, pero advirtió que no sería así.

—Y esto es para Frances —anunció Rose.

Se trataba de un canguro con una cría en la bolsa del vientre. Lo levantó y miró alrededor con una sonrisa, aguardando los aplausos, pero Geoffrey se lo arrebató, ofendido por lo que consideraba una crítica a Frances. Franklin admiró la mamá canguro y le pareció el regalo perfecto para Frances, que era una madre para todos; no entendió la reacción de Geoffrey y tendió la mano para pedirle el juguete. Geoffrey se lo pasó. Franklin se sentó y empezó a meter y sacar la cría de canguro de su bolsa.

—Podrías introducir unos cuantos canguros en Zimlia —señaló Johnny, y levantó su copa—. Por la liberación de Zimlia.

Franklin buscó un vaso entre los desechos que cubrían la mesa, y cuando lo hubo encontrado lo alzó para que Rose se lo llenase.

—Por la liberación de Zimlia.

Era el tipo de broma que le divertía y lo asustaba a un tiempo. Estaba al corriente de la terrible guerra de Kenia porque la habían visto en clase, y no acababa de comprender el motivo por el cual Johnny y los profesores de Saint Joseph deseaban que Zimlia se embarcara en un conflicto parecido. No obstante, ahora, contento con la comida, la bebida y el canguro, bebió otra vez al oír el brindis de Derek «por la Revolución» mientras se preguntaba qué revolución y dónde.

—Voy a darle esto a Frances —dijo.

Cuando se encontraba en mitad de la escalera recordó que el canguro era robado y que esa misma mañana Frances lo había reñido por robar. Sin embargo, no quería volver a la cocina con el juguete, y así fue como éste fue a parar a manos de Sylvia, que en ese momento subía una bandeja cargada de tazas a las habitaciones de Julia.

—Ay, qué bonito —exclamó cuando Franklin le puso el canguro bajo la axila, porque tenía las manos ocupadas. Dejó la bandeja en el rellano y contempló el canguro—. Oh, Franklin, es precioso. —Lo besó y le dio un afectuoso abrazo que lo colmó de dicha.

En el salón, Andrew dormía en un sillón, estirado y con las manos sobre el estómago. Colin y Sophie estaban tendidos en el sofá, abrazados y también dormidos.

Franklin los miró y el corazón le dio otro vuelco cuando recordó lo desconcertante que se le antojaba todo. Sabía que Colin y Sophie, «amigos» en otro tiempo, ya no lo eran, y que Sophie tenía un «amigo» que había ido a celebrar las fiestas con su familia. Entonces ¿por qué estaban abrazados? ¿Por qué Sophie apoyaba la cabeza en el hombro de Colin? Franklin todavía no se había acostado con ninguna chica. En la misión no las había, y los curas, que estaban pendientes de todo lo que sucedía, vigilaban a los chicos. En casa de sus padres la situación era igual. Si bien había tenido ocasión de coquetear y bromear con muchachas cuando visitaban a sus abuelos, nunca había pasado de ahí.

Como les ocurría a tantos recién llegados, Franklin se sentía confuso por las cosas que ocurrían en Gran Bretaña. Al principio había pensado que allí no existían reglas morales, aunque pronto había empezado a sospechar que debía de haberlas; pero ¿cuáles eran? Sabía que en Saint Joseph los chicos se acostaban con las chicas, o al menos eso parecía. Las parejas solían tenderse en el prado situado detrás del colegio, y el solitario Franklin escuchaba sus risas o, peor aún, sus silencios. Tenía la impresión de que las mujeres de aquella isla estaban disponibles para cualquiera, incluso para él si conseguía encontrar las palabras adecuadas. Sin embargo, había visto a un chico nigeriano, nuevo en el instituto, acercarse a una chica y decir: «¿Me dejarás meterme en tu cama esta noche si te hago un bonito regalo?» Ella le había propinado una bofetada tan fuerte que lo había tumbado. Franklin había estado ensayando mentalmente frases parecidas, aguardando el momento de probar suerte. Lo curioso era que la chica que había abofeteado al nigeriano se acostaba con un chico cuya habitación estaba en el mismo pasillo, y siempre dejaban la puerta entornada, de tal manera que todo el mundo podía ver lo que ocurría en el interior. Nadie les prestaba la menor atención.

Bajó por la escalera y se detuvo a escuchar tras la puerta de la cocina, donde Johnny impartía una clase sobre tácticas guerrilleras para destruir el poder militar imperialista que se asemejaba mucho a las recomendaciones de Derek: por lo visto, los robos en las tiendas constituían un arma importante. Bajó a su habitación y abrió el cajón en el que guardaba el dinero. Parecía haber menos. Lo contó y comprobó que, en efecto, había menos de la mitad. Seguía contando cuando Rose apareció detrás de él.

—Ha desaparecido la mitad del dinero —dijo en tono de desesperación.

—Lo cogí yo. Me lo merezco, ¿no? Conseguiste un montón de ropa gratis. Ese dinero no te habría alcanzado para comprar cosas tan bonitas. De manera que has salido ganando. Tienes ropa nueva y la mitad del dinero.

Franklin la miró con una mueca de desconfianza, tristeza y furia. Para él aquel dinero representaba algo más que un regalo de Frances, que era como una madre para él. Había sido como una bienvenida a la familia, un símbolo de que pasaba a formar parte de ella.

Rose permaneció fría, llena de desprecio.

—No entiendes nada—dijo—. Lo merezco, ¿no lo ves? —Se encogió de hombros en un gesto de impotencia y lo miró fijamente hasta que él apartó la vista. Luego subió por la escalera.

Franklin buscó un escondrijo para el dinero, pero en esa habitación no había ninguno. En la aldea solía ocultar las cosas prohibidas bajo la paja, o enterrarlas en el suelo de tierra o en el bosque. En casa de sus padres había ladrillos que podía desprender y volver a colocar en su sitio. Acabó por guardar de nuevo el dinero en el cajón. Se sentó en el borde de la cama y lloró porque echaba de menos su tierra, porque Frances estaba enfadado con él y porque no se sentía cómodo con aquellos revolucionarios de arriba que lo trataban de igual a igual. Al final durmió un rato y, más tarde, cuando subió a la cocina, descubrió que los dos hombres se habían ido y que todo el mundo estaba ayudando a lavar los platos. Se unió a la tarea con alivio y placer, sintiéndose uno más. Por lo visto iban a cenar, aunque todos bromeaban con que les resultaría imposible seguir comiendo. Bastante tarde, a eso de las diez, el esqueleto del pavo reapareció rodeado de relleno y diversas salsas y acompañado por una gran fuente de patatas asadas. Todos estaban sentados a la mesa, bebiendo, cansados y satisfechos consigo mismos y con la Navidad, cuando oyeron que llamaban a la puerta principal. Frances miró por la ventana y vio a una mujer en actitud de no saber si volver a llamar o marcharse. Colin se acercó a su madre. Los dos temían que se tratase de Phyllida.

—Iré yo —se ofreció Colin.

Salió, y Frances lo vio conversar con la desconocida, que se balanceaba ligeramente. Colin le puso una mano en el hombro, como para sujetarla, y luego la rodeó con un brazo y la ayudó a entrar.

Había estado deambulando por las oscuras calles y en ese momento parpadeaba, cegada por la brillante luz del vestíbulo. Frances fue a su encuentro.

—¿Eres el amor de mi vida? —preguntó la desconocida.

Parecía una mujer de mediana edad, pero era difícil asegurarlo, porque tenía la cara mugrienta, al igual que las bonitas manos que se aferraban a Colin. Presentaba todo el aspecto de alguien que acaba de ser rescatado de un incendio o una catástrofe. Una expresión de dolor crispaba el rostro de Colin; el sensible adolescente lloraba.

—Mamá —dijo en tono de súplica.

Frances corrió al otro lado de la mujer, y entre los dos la subieron al salón, que estaba vacío y ordenado.

—¡Qué bonita sala! —exclamó la mujer, tambaleándose.

Colin y Frances la ayudaron a recostarse en el sofá, y de inmediato la desconocida levantó las sucias manos y empezó a marcar el ritmo mientras cantaba... ¿qué? Sí, una antigua canción:

—«He vagado de aquí para allá, de aquí para allá... Sí, he vagado mucho, cariño mío, y ahora estoy lejos de casa.»

Tenía una voz melodiosa, afinada, dulce. Su aspecto no era el de una indigente. No iba vestida con andrajos, pero saltaba a la vista que estaba enferma. Su aliento no olía a alcohol. Se puso a entonar otra canción:

—Sally... Sally... —La dulce voz alcanzó virtuosamente una tonalidad aguda y se mantuvo allí—. Sí, cariño, sí—le dijo a Colin—. Salta a la vista que tienes buen corazón. —Sus grandes ojos azules, inocentes e incluso infantiles, estaban fijos en Colin. No parecía haber reparado en Frances—. Pero ten cuidado. Ese buen corazón puede causarte problemas; Marlene lo sabe mejor que nadie.

—¿Cómo se llama, Marlene? —preguntó Frances, sujetando una sucia mano que estaba demasiado fría y falta de vitalidad. Reposaba lánguida y temblorosa entre las suyas.

—Ya no tengo nombre, querida. Mi nombre está perdido y olvidado, pero puede llamarme Marlene. —Comenzó a decir ternezas en alemán. Luego volvió a canturrear fragmentos de canciones. Eran temas de la Segunda Guerra Mundial, entre ellos Lili Marlene, que repitió una y otra vez—. Ich liebe dich —dijo—. Sí, te quiero.

—Voy a buscar a Julia —anunció Frances.

La encontró cenando con Wilhelm, sentados a ambos extremos de una pequeña mesa con cubiertos de plata y copas de cristal. Explicó lo que ocurría.

—Veo que tenemos una nueva vagabunda en casa —se quejó Julia, aunque con ánimo burlón—. Es preciso poner límites a la hospitalidad, Frances. ¿Quién es esa señora?

—No es una señora —repuso Frances—, sino una vagabunda.

Cuando regresó al salón, Andrew había llegado con un vaso de agua y lo sostenía junto a los labios de la desconocida.

—El agua no es mi bebida favorita —protestó ella, antes de tenderse nuevamente y cantar que no le vendría nada mal otra copa. Acto seguido volvió a hablar en alemán.

Julia permaneció de pie, escuchándola. Luego le hizo una seña a Wilhelm y se sentaron el uno junto al otro como si se dispusieran a celebrar un juicio.

—¿Puedo llamarla Marlene? —preguntó Wilhelm.

—Llámeme como quiera, cielo, como más le guste. No hacen daño las palabras, sino los palos. Y vaya si me los dieron, pero de eso hace mucho tiempo. —En este punto lloró un poco, con gemidos entrecortados, como una niña—. Me dolió —reiteró—. Sí, me dolió, pero los alemanes eran buenos chicos, unos caballeros.

—¿Se ha escapado de un hospital, Marlene? —preguntó Julia.

—Sí, querida, podría decirse que me he fugado del hospital, pero ellos me dejarán volver. Son muy buenos con la pobre Molly. —Empezó a cantar—: No hay nadie como la hermosa Sally. Ella es el amor de mi vida... —Y luego con voz aguda y melodiosa—: Sally... Sally...

Julia se levantó, le indicó con un gesto a Wilhelm que se quedara donde estaba y luego a Frances que la acompañase al pasillo. Colin las siguió.

—Creo que deberíamos permitir que se quedara. Está enferma, ¿no?

—Enferma y loca —puntualizó Julia. Luego, con delicadeza, suavizando el tono, le preguntó a Colin—: ¿Sabes a qué se dedica... o se dedicaba?

—Ni idea —respondió Colin.

—Entretenía a los alemanes en París durante la última guerra. Es una puta.

—Pero no es culpa suya —protestó Colin.

El Espíritu de los Sesenta, con ojos vehementes, voz temblorosa y manos tendidas en actitud suplicante se enfrentaba al pasado de la especie humana, responsable de todas las injusticias, encarnado en Julia.

—Ay, qué chico tan tonto —repuso ésta—, ¿qué más da si la culpa es suya, nuestra o de otros? ¿Quién cuidará de ella?

—¿Qué hacía una inglesa trabajando como prostituta en el París ocupado por los alemanes? —preguntó Frances.

De repente, en un tono que ninguno de los dos había oído antes, Julia dijo:

—Las putas no tienen problemas de visado; siempre son bien recibidas.

Frances y Colin cambiaron una mirada: ¿a qué venía aquello? Sin embargo, los viejos tienen a menudo esos arrebatos, en los que un cambio de voz, una mueca dolorida o una frase estridente —como en ese momento— reflejan los vestigios de una afrenta o una decepción del pasado y luego... todo pasa como si tal cosa, sin más. Nadie llega a saber qué ha ocurrido.

—Llamaré al Friern Barnet —dijo Julia.

—Oh, no, no —le rogó Colin.

Julia entró de nuevo en el salón, interrumpió otra interpretación de Sally y se inclinó para preguntar:

—¿Molly? ¿Se llama Molly? Dígame, ¿se ha escapado de Friern Barnet?

—Sí, me escapé porque es Navidad. Me escapé para ver a mis amigos, pero no sé dónde están. Pero Friern es bueno y Barnet más bueno aún, así que dejarán volver a la pobre Molly Marlene.

—Ve a telefonar —ordenó Julia a Andrew, que salió de la habitación.

—Nunca os lo perdonaré —soltó Colin, enfadado, triste y ofendido.

—Pobre muchacho —se compadeció Wilhelm.

—Vais a enviarla de vuelta a un... un...

—A un manicomio, cariño, quieres decir a un manicomio —dijo la mujer—. Pero no pasa nada, no te aflijas. Ni te enfades. —Se rió.

Andrew regresó después de hacer la llamada. Todos se sentaron a esperar, Colín con lágrimas en los ojos, y escucharon a la loca reclinada en el sofá cantar Sally una y otra vez. La aguda y dulce melodía estrujó el corazón a todos, no sólo a Colin.

Abajo, la crisis había interrumpido el jolgorio de la cena y suscitado una discusión tan acalorada que los comensales habían terminado por dispersarse.

Sonó el timbre. Andrew bajó a abrir y reapareció con una mujer de mediana edad y aspecto cansado, bata gris y algo que le colgaba del brazo..., sí, una camisa de fuerza.

—Muy bien, Molly —le dijo a la fugada en tono de reproche—. Vaya momento que has escogido. Sabes que siempre estamos cortos de personal durante las fiestas.

—Has sido mala, Molly —susurró la enferma para sí en tono admonitorio mientras se levantaba apoyándose en Frances. Se propinó una palmada en la mano—. Molly Marlene es una niña traviesa.

La funcionaria examinó a la enferma y llegó a la conclusión de que no habría necesidad de recurrir a la fuerza. Pasó un brazo por los hombros de Molly, o Marlene, y la condujo hacia la puerta y las escaleras. Las siguieron todos, salvo Julia.

—Adióooooooooos... No lloréiiiiis... —En el vestíbulo se volvió hacia ellos—. Aquéllos fueron buenos tiempos —dijo—. Los más felices de mi vida. Todos preguntaban por mí. Me llamaban Marlene. De hecho, es mi nombre de guerra. Siempre me pedían que cantara mi Sally.

Y cantando su Sally salió a la calle, del brazo de su cuidadora, que se dio la vuelta para decirles:

—Es la Navidad, ¿saben? Todos se alteran en Navidad.

—¿Cómo hemos podido hacerle eso? —le recriminó Colin a su madre, con los ojos anegados en lágrimas—. No echaríamos ni a un perro en una noche como ésta. —Y subió a su habitación. Sophie, que aún estaba en la cocina, corrió tras él para consolarlo. En realidad hacía una noche bastante agradable: como si ésa fuera la cuestión.

Al día siguiente, por la tarde, Colin tomó el autobús para ir a la clínica psiquiátrica. Lo único que sabía era que quedaba en el norte de Londres. Grande como una mansión, evocando por asociación de ideas el escenario de una novela gótica. Colin accedió a un pasillo que parecía medir unos cuatrocientos metros de largo, pintado de un brillante verde vómito. Al fondo encontró las escaleras, y en ellas a la mujer que la noche anterior había ido a buscar a la pobre Molly-Marlene. Le comunicó que Molly Smith estaba en la habitación 23 y que no se disgustara si no lo reconocía. Llevaba un delantal de plástico, toallas sobre el brazo y una fragante pastilla de jabón en la mano. La 23 era una habitación amplia, luminosa y con grandes ventanas, pero necesitaba una mano de pintura. En las paredes había ramitas de acebo pegadas con cinta adhesiva, y sentados en las desvencijadas sillas hombres y mujeres de diversas edades, algunos con la mirada ausente, otros moviéndose con nerviosismo en una actitud que era la expresión visible de sus ansias de estar en otra parte, y un grupo de unas diez personas participaba en una especie de merienda festiva, con tazas de té en las manos, pasándose fuentes de galletas y conversando. Una de ellas era Molly, o Marlene. Incómodo y turbado como un niño indefenso en una habitación llena de adultos, Colin se acercó:

—Hola, ¿me recuerda? Anoche estuvo en mi casa.

—¿De veras, cariño? Ay, lo siento, no lo recuerdo. ¿Entonces me escapé? A veces me escapo y luego... Pero siéntate, cariño. ¿Cómo te llamas?

Colin tomó asiento en una silla vacía, cerca de la mujer, observado por todos los presentes, que siempre estaban deseando que ocurriera algo interesante. Intentaba entablar conversación cuando la celadora, enfermera o guardiana, la mujer de la noche anterior, entró y anunció:

—El baño está libre.

Un hombre de mediana edad se levantó y salió.

—Después yo —dijo Molly, sonriéndole a Colin con un gesto de vaga pero ansiosa atención.

—¿Cuánto tiempo...? Quiero decir..., ¿hace mucho que está aquí? —preguntó Colin.

—Oh, sí, cariño, mucho tiempo.

La celadora, que no había soltado su carga de toallas y jabón, se hallaba de pie en el vano de la puerta.

—Ésta es su casa —terció—. Es la casa de Molly.

—Bueno, no tengo otra —convino Molly, riendo con alegría—. A veces salgo a pasear, pero siempre vuelvo.

—Sí, sales a pasear, pero no siempre vuelves, y tenemos que salir a buscarte —señaló la celadora con una sonrisa.

Colin permaneció allí cerca de una hora y, cuando empezaba a pensar que debía marcharse, que no soportaba más aquello, entró una joven que parecía tan confusa como él. Por lo visto, Molly había llamado a su puerta en Nochebuena.

La chica, guapa, menuda y de aspecto lozano, con la misma desazón que embargaba a Colin escrita en la cara, se sentó junto a él y les habló sobre su colegio, uno de los buenos colegios para chicas, mientras Molly y sus amigos la escuchaban como si trajera noticias de la lejana Tartaria. Por fin la celadora anunció que era la hora del baño de Molly.

Alivio general. Molly se levantó y se fue al cuarto de baño, seguida por la celadora.

—Ahora te portarás bien, ¿eh, Molly?

Los que se quedaron se pusieron a discutir quién sería el siguiente: todos se resistían, porque Molly dejaba el cuarto de baño convertido en un pantano.

—Cuando sale, el baño parece un pantano —informó con seriedad a los jóvenes una vieja loca—, como si un hipopótamo hubiese pasado por allí.

—¿Qué sabes tú de hipopótamos ? —se burló un viejo loco, a todas luces un adversario habitual—. Siempre haces comentarios fuera de lugar.

—Sé mucho de hipopótamos —replicó la vieja con furia—. Los miraba desde la terraza de nuestra casa, que estaba a orillas del Limpopo.

—Cualquiera puede decir que tuvo una casa junto al Limpopo o el Danubio azul —protestó él—, cuando nadie puede demostrar lo contrario.

Colin y la chica, que se llamaba Mandy, salieron del hospital, y él la llevó a cenar a su casa, donde todos estaban ávidos de detalles sobre el terrible manicomio y sus pacientes.

—Son iguales que nosotros —declaró Colin.

—Sí, no entiendo por qué han de estar encerrados —añadió Mandy con ímpetu.

Más tarde Colin abordó primero a Julia y después a su madre. A los adultos curtidos por la vida les resulta difícil, muy difícil escuchar a jóvenes idealistas que piden explicaciones sobre las desgracias del mundo. «¿Por qué?, ¿por qué?», quería saber Colin, y la cosa no acabó allí, ya que regresó al hospital. No obstante, se sintió derrotado al descubrir que Molly no se acordaba de su visita anterior. Finalmente le dejó su dirección y su teléfono.

«Por si alguna vez le hace falta algo», le dijo a alguien a quien le faltaba de todo, especialmente su cordura. Mandy hizo lo mismo.

—Has cometido una tontería —protestó Julia.

—Has sido muy amable —opinó Frances.

Durante una temporada Mandy se integró en el grupo de «críos» que acudía a cenar. Eso no le acarreo problemas, ya que tanto su padre como su madre trabajaban. No decía que eran una mierda, sino que hacían todo lo que podían. Era hija única. Luego se la llevaron a Nueva York. Ella y Colin se escribieron durante años.

Transcurrieron veinte años antes de que volvieran a verse.

En los ochenta, como consecuencia de otra moda ideológica, se cerraron todos los asilos y sanatorios psiquiátricos, y los pacientes quedaron librados a su suerte, condenados a nadar o hundirse. Llegó una carta en cuyo sobre decía, en letra temblorosa, «Colin»; sólo eso y la dirección. Viajó a Brighton y la encontró en una de las residencias dirigidas por filántropos que acogían a los pacientes de las antiguas instituciones mentales, cobrándoles hasta el último penique de sus pensiones para alojarlos en unas condiciones que a Dickens le habrían resultado familiares.

Se encontró con una anciana enferma a la que no reconoció, pero que al parecer lo conocía a él.

—Tiene cara de buena persona —dijo Molly Smith, si es que de verdad se apellidaba Smith—. Dile que tiene cara de buena persona. ¿Conoces a Colin?

Se estaba muriendo a causa de la bebida —¿de qué iba a ser?—, y en otra de las visitas que le hizo, Colin topó con Mandy, convertida en una elegante señora americana con un par de hijos y un marido o dos. Volvieron a verse en el entierro, y luego Mandy regresó a Washington y desapareció de la vida de Colin.

Pero aquella noche de Navidad se produjo otro incidente.

Tarde, mucho después de medianoche, Franklin subió sigilosamente por la escalera, atento a los ruidos de Rose, que al parecer dormía. La cocina estaba oscura. Siguió subiendo y pasó por delante del salón, donde Geoffrey y James yacían en sus sacos de dormir. Continuó hacia la planta siguiente, buscando la habitación de Sylvia. Había luz en el rellano. Llamó a la puerta con unos golpecitos tan leves como picotazos de gallina. Nada. Lo intentó de nuevo, con muchísima delicadeza; no se atrevía a llamar más fuerte. Entonces, justo por encima de él, apareció Andrew.

—¿Qué haces? ¿Te has perdido? Ésa es la habitación de Sylvia.

—Oh, lo siento, he pensado que...

—Es tarde —dijo Andrew—. Vuelve a la cama.

Franklin bajó por la escalera hasta quedar fuera de la vista de Andrew y luego se dejó caer, doblándose, apoyando la cabeza en las rodillas. Lloró, aunque en voz muy baja, para que nadie lo oyera.

De repente notó un brazo en su hombro.

—Pobre Franklin. Tranquilo —dijo Colin—. No te preocupes por Andrew. Es uno de los guardianes natos de este mundo.

—La quiero —sollozó Franklin—. Estoy enamorado de Sylvia.

Colin aumentó la presión de su brazo y apoyó la mejilla contra la cabeza de Franklin. La frotó contra la mullida mata de pelo que parecía irradiar salud y fuerza, como el brezo.

—No es verdad —repuso—. No es más que una cría, ¿sabes? Sí, aunque tenga dieciséis años, o diecisiete, o los que sean, es una..., bueno, aún no ha madurado. Es culpa de sus padres. Le fastidiaron la

vida. —En este punto descubrió con sorpresa que estaba tentado de risa: aquello era absurdo. Aun así, perseveró—. Son todos unos mierdas. —Tosió para enmascarar una carcajada.

Franklin estaba más desconcertado que de costumbre.

—Tu madre me parece maravillosa. Es muy buena conmigo.

—Sí, supongo que sí. Pero Sylvia no te conviene. Tendrás que enamorarte de otra. Qué tal... — Comenzó a enumerar a las chicas del colegio, recitando los nombres como si cantara—. Tienes a Jilly y a Jolly. Tienes a Milly y a Molly. Tienes a Elizabeth y a Margaret, a Caroline y a Roberta. —Con voz normal y una carcajada maliciosa, agregó—: Nadie podría tacharlas de inmaduras.

«Pero yo quiero a Sylvia», pensaba Franklin. Esa niña pálida, con su algodonosa melena rubia, lo había hechizado; estrecharla entre sus brazos sería... Apartó la mirada y guardó silencio. Colin percibió que aquellos hombros, bajo su brazo, despedían calor y angustia. Cuánto se identificaba con esa angustia, qué seguro estaba de que nada de lo que pudiera decir haría que Franklin se sintiera mejor. Comenzó a acunarlo suavemente. Lo único que Franklin quería en ese momento era regresar a África, marcharse para no volver; aquello era demasiado para él, y no obstante sabía que Colin era bueno. Y le gustaba estar sentado allí, rodeado por los brazos de ese buen chico.

—¿Quieres subir tu saco de dormir a mi habitación? Será mejor que estar en compañía de Rose, y podremos dormir hasta que nos dé la gana.

—Sí..., no, no, es igual. Me voy abajo. Gracias, Colin. —«Pero la quiero», repetía para sus adentros.

—Como te apetezca —dijo Colin. Se levantó y subió a su cuarto.

Franklin bajó al suyo, pensando: «Por la mañana me pondrá de vuelta y media...» Se refería a Andrew. Sin embargo, éste no mencionó el incidente, y Sylvia nunca supo que la añoranza había empujado a Franklin a llamar a su puerta.

Cuando llegó al pie de la escalera, encontró a Rose con los brazos en jarras y una mueca de desconfianza en el rostro.

—Si pretendes acostarte con Sophie, piénsatelo mejor. Aunque Roland Shattock no le haga caso, Colin está loco por ella.

—¿Sophie? —balbuceó Franklin.

—Oh, sí, todos vais detrás de Sophie.

—Ha sido un error —dijo Franklin—. Un error, nada más.

—¿De veras? —preguntó Rose—. ¿Crees que puedes engañarme? —Le dio la espalda y se metió en la cama.

Pese a que no estaba enamorada de Franklin, que ni siquiera le gustaba, le habría gustado que intentara ligársela. Una hermana; vamos, ya le enseñaría ella qué clase de hermana era. No podía rechazar a un negro, ¿verdad? Lo heriría en su amor propio.

Franklin, hecho un ovillo en su cama, tenso como un puño, lloraba desconsoladamente.

Aquel año tumultuoso, 1968, fue bastante pacífico en casa de Julia, que desde hacía tiempo no estaba llena de «críos» sino de adultos formales.

Cuatro años es mucho tiempo..., al menos cuando uno es joven.

Sylvia, que al final se reveló como una persona extraordinariamente brillante, había comprimido los estudios de dos años en uno, abordaba los exámenes como si de retos estimulantes se tratase y no parecía cultivar amistades. Se había convertido al catolicismo, visitaba a menudo a un jesuita de Farm Street llamado padre Jack e iba todos los domingos a la catedral de Westminster. Le faltaba poco para licenciarse en Medicina.

A Andrew también le iba bien. Viajaba desde Cambridge con frecuencia. A su madre le preocupaba que no tuviese novia, pero él decía que aún le daba dentera pensar en todas las uvas verdes que les había visto comer a ellos, «los carrozas».

Colin había accedido a presentarse a los exámenes finales del instituto, pero no lo hizo. Pasó semanas enteras en la cama, gritando «largo» a cualquiera que llamase a su puerta. Un día se levantó como si tal cosa y anunció que quería ver mundo —«Es hora de que vea mundo, mamá»—, y se marchó. Llegaron postales de Italia, Alemania, Estados Unidos, Cuba («Ya podéis decirle a Johnny de mi parte que está como una cabra. Este país es una mierda»), Brasil y Ecuador. Entre viaje y viaje regresaba a casa y se mostraba cortés, pero poco comunicativo.

Sophie se había graduado en la escuela de arte dramático y de vez en cuando le ofrecían un pequeño papel en una obra. Fue a ver a Frances y se quejó de que la habían encasillado por culpa de su aspecto. Frances no respondió: «No te preocupes, eso pasará con el tiempo.» Vivía con Roland Shattock, que ya se había hecho un nombre e interpretado a Hamlet. Le confesó a Frances que no era feliz con él y que sabía que debía dejarlo.

Frances había estado a punto de volver al teatro. Había llegado a aceptar un papel tentador, pero en el último momento se había visto obligada a rechazarlo. El dinero; el dinero otra vez. Ya no tenía que pagar los estudios de Colin, y Julia se había ofrecido a hacerse cargo de los de Sylvia y Andrew, pero entonces

Sylvia les pidió permiso para que Phyllida se instalara en el apartamento del sótano. He aquí lo que había ocurrido: Johnny había telefonado a Sylvia para ordenarle que fuera a ver a su madre: «Y no te niegues, Tilly, no pongas excusas.»

Sylvia había encontrado a su madre esperándola, vestida como para aparentar cordura, aunque con aspecto enfermizo. En la casa no había nada que comer, ni siquiera una barra de pan. Johnny se había ido a vivir con Stella Linch y no pagaba el alquiler. Le había dicho que se buscara un trabajo.

—¿Cómo voy a buscar trabajo, Tilly? —había preguntado Phyllida a su hija—. No estoy bien.

Era evidente.

—¿Por qué no me llamas Sylvia?

—No puedo. Todavía oigo a mi niña diciendo: «Soy Tilly.» La pequeña Tilly; así es como te recuerdo.

—Fuiste tú quien me puso el nombre de Sylvia.

—De acuerdo, Tilly, lo intentaré. —Antes de que la verdadera conversación hubiese empezado, Phyllida estaba enjugándose las lágrimas con pañuelos de papel—. Si pudiera vivir en ese apartamento, me las apañaría. A veces consigo sacarle algo de dinero a tu padre.

—No quiero oír hablar de él —dijo Sylvia—. Nunca fue un padre para mí. Casi no lo recuerdo.

Su padre era el camarada Alan Johnson, tan célebre como el camarada Johnny. Había combatido en la guerra civil española —en su caso, de verdad— y lo habían herido. Julia, que había seguido su ascenso hacia el estrellato, lo describía como «un eminente rojo errante, igual que Johnny».

—Johnny piensa que Alan me da más dinero del que en realidad me entrega. Hace más de dos años que no me pasa ni un penique.

—Te he dicho que no quiero oír hablar de él.

Estaban sentadas en una habitación casi desierta, porque Johnny se había llevado prácticamente todos los muebles para empezar su nueva vida con Stella. Había una mesa pequeña, dos sillas y un viejo sofá.

—Mi vida ha sido un calvario —se lamentó Phyllida, en un tono tan familiar que Sylvia se levantó. No se trataba de una táctica ni de una artimaña: se sentía expulsada por su madre, por el miedo. Comenzaba a apoderarse de ella ese temblor interior que en el pasado la había dejado indefensa, incapacitada, histérica.

—No es culpa mía —dijo.

—Tampoco mía, desde luego —replicó Phyllida con la ronca y fluctuante voz de su letanía de quejas—. Nunca he hecho nada para merecer el trato que he recibido.

En ese momento reparó en que Sylvia se había ido al otro extremo de la habitación, lo más lejos posible de ella, y que la miraba con una mano sobre la boca, como si estuviera a punto de vomitar.

—Lo siento —se disculpó—. Por favor, no te vayas. Siéntate, Tilly... Sylvia.

La chica regresó, apartó su silla de la de su madre, se sentó y aguardó con expresión gélida.

—Si pudiera vivir en ese apartamento, me las apañaría. Se lo pediría a Julia, pero Frances me da miedo. Se negaría. Por favor, pídeselo por mí.

—¿Acaso no harías tú lo mismo? —inquirió Sylvia con aspereza. La gente que conocía y quería a la deliciosa criatura que, en palabras de Julia, «da vida a esta casa como un pajarillo», no habría reconocido ese semblante pétreo.

—Pero no es culpa mía... —empezó Phyllida otra vez, y al ver que Sylvia se levantaba para irse, dijo:— No, no, espera. Lo lamento.

—No aguanto tus quejas ni tus acusaciones. ¿No lo entiendes, mamá? No lo soporto.

—No lo haré más, te lo prometo —aseguró Phyllida, intentando sonreír.

—¿Lo dices en serio? Quiero terminar con los exámenes y ser médico. Si estás en la casa, acosándome todo el tiempo, tendré que largarme. No lo soporto.

Su vehemencia sorprendió a Phyllida.

—Ay, cariño —suspiró—, ¿tan mala madre he sido?

—Sí, y todavía lo eres. Cuando era niña no dejabas de decirme que todo era culpa mía, que si no fuese por mí podrías hacer esto o aquello. Una vez me amenazaste con que las dos meteríamos la cabeza en el horno y moriríamos juntas.

—¿De veras? Supongo que sería por una buena razón.

—Oh, mamá. —Sylvia se levantó—. Hablaré con Julia y con Frances, pero no pienso cuidar de ti. No esperes que lo haga. Estarías martirizándome todo el tiempo.

De manera que justo cuando Frances decidió con alegría dejar para siempre el periodismo, a Tía Vera y los artículos sociológicos serios, por no mencionar los pequeños trabajos que hacía con Rupert Boland, Julia le comunicó que tendría que pasarle una asignación a Phyllida y cuidar de ella.

—No es como tú, Frances. Es incapaz de valerse por sí misma; pero ya le he dicho que deberá

arreglárselas sola y no molestarte.

—Lo más importante es que no moleste a Sylvia.

—Según ella, sabrá arreglárselas.

—Espero que no se equivoque.

—Pero si yo le paso una asignación a Phyllida... ¿podrías ocuparte tú de los gastos de Andrew? ¿Ganas lo suficiente?

—Sí, por supuesto.

Así fue como volvió a esfumarse el sueño del teatro. Todo eso había ocurrido en el otoño de 1964, junto con otro acontecimiento: Rose se había marchado. Sabía que le había ido bien en los exámenes; no necesitaba que los resultados se lo confirmaran. Apareció en un momento en que Frances, Colin y Andrew estaban juntos.

—Tengo una gran noticia: me largo —anunció—. De manera que por fin os libraréis de mí. Me voy para siempre. Voy a estudiar a la universidad. —Y bajó la escalera corriendo.

Poco después se esfumó. Esperaban que llamara o escribiese, pero no lo hizo. Dejó el apartamento del sótano hecho una pocilga: ropa esparcida por el suelo, restos de un bocadillo en una silla y un par de medias colgadas en el tendedero del baño. Por otro lado, los «críos» vivían de esa manera, y aquello no era necesariamente un indicio de que hubiera sucedido algo fuera de lo normal.

Frances telefoneó a los padres de Rose. No, no sabían nada de ella.

—Dijo que iba a estudiar a la universidad.

—¿De veras? Bueno, supongo que cuando le venga bien nos lo hará saber.

¿Habría que avisar a la policía? No parecía lo más indicado en el caso de Rose. En varias ocasiones habían discutido largamente la idea de llamar a la policía por Rose, Jill e incluso por Daniel —que cierta vez había desaparecido durante varias semanas—, y siempre la habían rechazado porque no constituía una medida acorde con los principios de los sesenta. No debían ponerse en contacto con la pasma, los maderos, la bofia, los representantes de la tiranía fascista (Gran Bretaña). Julio..., agosto... Geoffrey había oído a través de la red de información que entonces comunicaba a los jóvenes de distintos continentes que Rose estaba en Grecia con un revolucionario americano.

En agosto Phyllida consiguió lo que quería y se instaló en el apartamento del sótano. En septiembre Rose regresó con una enorme mochila negra a la espalda y la dejó en el suelo de la cocina.

—He vuelto —proclamó—, con todos mis bienes terrenales.

—Espero que te lo hayas pasado bien —comentó Frances.

—Y una mierda. Los griegos son un asco. Bueno, llevaré mis cosas abajo.

—No puedes. ¿Por qué no nos informaste de tus planes? El apartamento está ocupado.

Rose se dejó caer en una silla, pasmada e impotente.

—Pero... ¿por qué?... Dije que... ¡No es justo!

—Dijiste que te marchabas para siempre. Y no te pusiste en contacto con nosotros para contarnos lo que pensabas hacer.

—Pero es mi apartamento.

—Lo siento, Rose.

—Puedo acampar en el salón.

—No, no puedes.

—Ya tengo los resultados de los exámenes. Sobresaliente en todos.

—Enhorabuena.

—Voy a ingresar en la universidad. En la London School of Economics.

—Pero ¿has solicitado plaza?

—Oh, mierda.

—Tus padres no saben nada al respecto.

—Ya veo, hay una conspiración contra mí.

Rose estaba encorvada y su rechoncha cara reflejaba una fragilidad insólita en ella. Estaba afrontando —quizá por primera vez, aunque seguramente no sería la última— el hecho de que su forma de ser podía hundirla en la...

—¡Mierda! —Repitió—: ¡Mierda! He sacado cuatro sobresalientes.

—Te aconsejo que preguntes a tus padres si están dispuestos a pagarte los estudios. En tal caso, ve al instituto y pídeles que intercedan por ti en la LSE. De todas maneras, me temo que el curso empezó hace tiempo.

Se levantó con dificultad, como un pájaro herido, cogió su enorme mochila negra y salió con paso vacilante de la cocina. No se oía nada desde el vestíbulo. ¿Estaba recuperándose, pensándolo mejor, tal vez? Entonces se oyó un portazo. No fue al instituto ni a casa de sus padres, pero los chicos la vieron en discotecas, manifestaciones y mítines políticos en distintos puntos de Londres.

Casi inmediatamente después de que Phyllida se instalara allí, llegó Jill. Era un fin de semana y Andrew se encontraba allí. Frances y él estaban cenando e invitaron a Jill a que los acompañara.

No le preguntaron qué había hecho. Tenía las manos cubiertas de cicatrices y había engordado hasta un extremo insalubre. Ya no era la jovencita rubia, delgada y pulcra del pasado; la ropa le venía demasiado ceñida y sus facciones se habían vuelto fofas. Aunque no la interrogaron, ella los puso al día. La habían internado en una institución psiquiátrica, se había fugado, había regresado voluntariamente y había acabado ayudando a las enfermeras con los demás pacientes. Pensaba que estaba curada, y los médicos coincidían con ella.

«¿Crees que podrías interceder ante el colegio para que me readmitieran? Si pudiera presentarme a los exámenes... Estoy segura de que aprobaría. Estuve estudiando un poco en el manicomio. —De nuevo Frances respondió que era un poco tarde—. ¿No podrías hablar con ellos?» —insistió Jill.

La complació, y en el instituto hicieron una excepción por Jill, a quien creían capaz de superar los exámenes si se aplicaba. Pero ¿dónde iba a vivir? Le preguntaron a Phyllida si le importaría ocupar la habitación donde se había alojado Franklin: «A caballo regalado...»

En cuanto Jill se instaló, sin embargo, Phyllida la convirtió en blanco de sus acusaciones. Desde la cocina oían la constante y monótona retahila de quejas, y al cabo de un solo día Jill pidió ayuda a Sylvia, y juntas fueron a hablar con Frances y Andrew.

—Nadie la soporta —dijo Sylvia—. No culpéis a Jill.

—No la culpo —repuso Frances.

—No la culpamos —convino Andrew.

—Podría dormir en el salón —sugirió Jill.

—Puedes usar nuestro cuarto de baño —ofreció Andrew.

Concedieron a Jill lo que les había parecido inadmisible en el caso de Rose, pues ella no llenaría el centro de la casa con nubarrones de ira y desconfianza.

—Lo sabía —comentó Julia—. Sabía que llegaría este momento. Esta hermosa casa se ha convertido en una pensión. Me sorprende que no haya sucedido antes.

—Casi nunca usamos el salón.

—Esa no es la cuestión, Andrew.

—Lo sé, abuela.

Tal fue la situación a partir del otoño de 1964: Andrew iba y venía desde Cambridge, Jill estudiaba con esmero, como una chica responsable y buena, Sylvia se esforzaba tanto que Julia decía entre lágrimas que acabaría por enfermar, Colin pasaba temporadas allí y temporadas fuera. Frances trabajaba en casa y en el Cosmo, a menudo colaborando con Rupert Boland en interesantes proyectos. Phyllida permanecía en el apartamento del sótano y se portaba bien, sin molestar a Sylvia, que rehuía su compañía.

En 1965 Jill se reconcilió con sus padres y se matriculó en la LSE, «para estar con mis amigos». Aseguró que jamás olvidaría la bondad que la había sacado del abismo. «Me rescatásteis —declaró con seriedad—. No sé qué habría hecho sin vosotros.» De ahí en adelante recibieron noticias suyas a través de terceros: estaba muy metida en los nuevos movimientos políticos y se veía a menudo con Johnny y sus camaradas.

Habían transcurrido cuatro años y corría el verano de 1968.

Era fin de semana. Ni Andrew ni Sylvia se habían tomado fiesta; estaban estudiando. Colin había regresado a casa y anunciado que iba a escribir una novela. «¡Desde luego! —se había escandalizado Julia, no en presencia de su nieto, aunque él se había enterado—. La profesión de los fracasados.» De ese modo lo proveyó del primer requisito para convertirse en novelista, el desprecio de los más allegados y queridos, aunque Frances tomó la precaución de mostrarse evasiva, y Andrew, enigmático.

Johnny telefoneó para decir que les haría una visita. «No te preocupes por la comida. Ya habremos cenado.» Esta sorprendente desfachatez —pensó Frances mientras su tensión arterial experimentaba una subida y volvía a bajar— debía de ser el concepto que Johnny tenía de lo que significaba congraciarse. Aquel «habremos» resultaba intrigante. No podía referirse a Stella, que estaba en Estados Unidos. Había acudido a tomar parte en las grandes batallas para erradicar la discriminación de los negros en el Sur, y había acabado destacando por su valentía y su capacidad de organización. Al constatar que se le terminaba el visado de turista, se había casado con un americano, aunque había llamado a Johnny para comunicarle que se trataba de una mera formalidad. Regresaría cuando hubieran ganado la guerra. Sin embargo, según rumores procedentes del otro lado del Atlántico, ese matrimonio de conveniencia marchaba bien, mejor que su relación con Johnny, que había sido bastante desastrosa. Ella mucho más joven que él, lo había admirado en un principio, pero pronto había aprendido a ver las cosas tal como eran. Había tenido tiempo de sobra para reflexionar, ya que Johnny la dejaba sola a menudo para asistir a reuniones o viajar con distintas delegaciones a los países amigos.

A Johnny le habría gustado participar en las grandes batallas americanas, por las que suspiraba como un niño a quien no habían invitado a una fiesta, pero no consiguió un visado. Insinuó que se lo habían denegado debido a sus antecedentes en la guerra civil española. No obstante, pronto llegaron los conflictos de Francia y él se unió a todos los frentes conforme aparecían en las noticias. De hecho, los acontecimientos de 1968 le sirvieron de escarmiento. Por doquier surgían héroes jóvenes, armados de biblias nuevas. A Johnny no le quedó otro remedio que documentarse.

No fue el único miembro de la vieja guardia obligado a releer el Manifiesto comunista. «Es la auténtica literatura revolucionaria», murmuraba.

En Francia cada héroe tenía un grupo de jovencitas a su servicio, y gracias al nuevo puntal del programa revolucionario, la libertad sexual, todo el mundo se acostaba con todo el mundo. Pero a Johnny no había quien lo cortejase. Además de inglés, era mayor.

Jamás recordaría con placer el año 1968, a diferencia de los centenares de miles de militantes que participaron en las revueltas callejeras, los enfrentamientos con la policía, los apedreamientos, las carreras, la construcción de barricadas y las orgías sexuales, que lo rememorarían como el luminoso apogeo de sus conquistas juveniles.

Al comprender que Stella no albergaba la menor intención de regresar a su lado, había vuelto a mudarse al piso que había dejado libre Phyllida, convertido en la sede de una especie de comuna que acogía a revolucionarios de todo el mundo, incluidos estadounidenses que deseaban librarse de ir a Vietnam, sudamericanos y políticos africanos.

La cocina pareció atestada tan pronto como Johnny entró en ella, y a las tres personas que cenaban sentadas a la mesa les entró instantáneamente complejo de insulsas y apáticas, pues los recién llegados, que acababan de salir de una asamblea, estaban eufóricos y llenos de energía. Johnny y el camarada Mo reían, y este último abrazó a Frances.

—Danny Cohn-Bendit ha dicho que el socialismo no llegará hasta que se ahorque al último capitalista con las tripas del último burócrata —le comentó.

Franklin —ella no había reconocido de inmediato a ese hombre robusto y elegantemente trajeado— le presentó al negro que iba con él:

—Ésta es Frances, de quien ya te he hablado. Fue como una madre para mí. Éste es el camarada Matthew, nuestro líder.

—Es un placer —dijo el hombre sin sonreír, con la solemnidad de los compañeros de la época en que

había prevalecido la severidad de Lenin (que pronto regresaría).

Saltaba a la vista que se sentía incómodo, que no le gustaba estar allí. Permaneció de pie, serio, e incluso echó un vistazo al reloj mientras «los críos», que ya eran adultos, saludaban a Franklin. Éste se aproximó a Sylvia, que se levantó y, tras titubear por un instante, lo abrazó afectuosamente; él cerró los ojos, y al abrirlos segundos después estaban arrasados en lágrimas.

—Sentaos —los invitó Andrew, acercando las sillas que estaban apiladas contra la pared.

El camarada Matthew se sentó con expresión ceñuda y miró de nuevo el reloj.

El camarada Mo, que después de su última visita había viajado a China para dar su bendición a la Revolución Cultural (como había hecho con el Gran Salto Adelante y Que Florezcan Cien Flores del Pensamiento), impartía conferencias por todo el mundo sobre los beneficios de dicha revolución no sólo para China sino para toda la humanidad. Se sentó y cogió un trozo de pan.

—El camarada Matthew es mi primo —informó Franklin a Frances.

—Pertenece a la misma tribu —lo corrigió el hombre mayor.

—Bueno, es que eso de las tribus suena desfasado —se excusó Franklin. Resultaba evidente que le daba miedo contradecir a su jefe.

—Soy consciente de que en inglés se emplea el término «primo».

Estaban todos sentados, menos Johnny, que se dirigió a sus hijos:

—¿Habéis oído lo que dijo Danny Cohn-Bendit de...?

Frances, temerosa de que el camarada Mo sucumbiese a otro ataque de risa, se apresuró a interrumpirlo:

—Lo oímos la primera vez. Pobre muchacho, tuvo una infancia horrible. Padre alemán..., madre francesa..., poco dinero... Fue un producto de la guerra. Su madre crió a sus hijos sola.

Sí, lo hacía adrede, naturalmente, sonriendo mientras hablaba, y primero Andrew y después Colin rieron.

—Me temo que mi mujer jamás ha entendido de política —gruñó Johnny, enfadado.

—Ex mujer —precisó Frances—. En un pasado muy lejano.

—Éstos son mis hijos —señaló Johnny.

Andrew apuró el vino de su copa mientras Colin decía:

—Sí, es un privilegio para nosotros.

Los tres negros parecían incómodos, pero de repente el camarada Mo, que había pasado diez años viajando por el ancho mundo, soltó una carcajada alegre.

—Mi mujer también me hace reproches —observó—. No entiende que la lucha está por encima de las obligaciones familiares.

—¿Te ve alguna vez? —preguntó Frances.

—¿Y se alegra de verte? —añadió Colin.

El camarada Mo lo fulminó con la mirada, pero sólo vio una cara sonriente.

—El problema son mis hijos —explicó, sacudiendo la cabeza—. Es lo más duro para mí... A veces ni siquiera los reconozco.

Sylvia había preparado café y estaba sirviendo un pastel y galletas. Saltaba a la vista que los invitados esperaban algo más. Como tantas otras veces, Frances sacó todo lo que había en la nevera, así como los restos de la cena, y los colocó sobre la mesa.

—Siéntate —le dijo a Johnny, que se acomodó con aire digno y comenzó a servirse.

—No has preguntado por Phyllida —le reprochó Sylvia—. No te has interesado por el estado de mi madre.

—Sí, yo también me he fijado —se sumó Frances.

—Iba a hacerlo dentro de un momento —aseguró Johnny.

—Cuando Johnny me dijo que vendría a veros, pensé que tenía que acompañarlo —contó Franklin—. Nunca olvidaré lo bien que me trataron aquí.

—¿Has vuelto a casa? —preguntó Frances—. Al final no fuiste a la universidad, ¿no?

—Sólo a la universidad de la vida —respondió Franklin.

—Frances, en los tiempos que corren uno no le pregunta a la directiva negra lo que está haciendo —la riñó Johnny—. Hasta tú deberías darte cuenta.

—No —convino el camarada Matthew—, no es el momento de preguntar esas cosas. —Y añadió—: No debemos olvidar que tengo que pronunciar un discurso dentro de una hora.

Los camaradas Johnny, Franklin y Mo comenzaron a comer lo más rápidamente posible, pero el camarada Matthew ya había terminado: era uno de esos individuos que comen con frugalidad, casi por

obligación.

—Antes de irme debo transmitirlos un mensaje de Geoffrey —anunció Johnny—. Ha estado conmigo en las barricadas de París. Os envía recuerdos.

—Dios santo —exclamó Colin—, nuestro pequeño Geoffrey, con su bonita cara de niño inocente, en las barricadas.

—Es un compañero serio y valioso —repuso Johnny—. Tiene un rincón en mi casa.

—Hablas como en una antigua novela rusa —comentó Andrew—. ¿Qué es eso de un rincón?

—Él y Daniel pasan alguna que otra noche en mi casa. Tengo un par de sacos de dormir reservados para ellos. Y ahora, antes de irme, debo preguntaros si sabéis en qué está metida Phyllida.

—¿En qué está metida? —inquirió Sylvia con tanto desprecio que todos pudieron ver a la otra Sylvia.

Sorpresa. Estaban estupefactos. Franklin dejó escapar una risita nerviosa. Johnny se obligó a plantarle cara.

—Tu madre está trabajando de adivina. Se anuncia en los tablones de las tiendas de prensa y chucherías, y da esta dirección.

Andrew rió. Colin y Frances lo imitaron.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Sylvia.

El camarada Mo, desconcertado por este «choque de culturas», dijo:

—Uno de estos días vendré a que me lea el futuro.

—Si posee el don, será porque sus antepasados la aprecian —explicó Franklin—. Mi abuela era una mujer sabia. Vosotros la llamaríais hechicera. Era una rínganga.

—Una mujer chamán —tradujo Johnny.

—Yo estoy de acuerdo con el camarada Johnny —declaró el camarada Matthew—. Esas supersticiones son reaccionarias y deberían prohibirse. —Se levantó para irse.

—Deberías alegrarte de que gane algo de dinero —le dijo Frances a Johnny, que también se puso en pie.

—Vamos, compañeros. Es hora de irnos.

Antes de salir titubeó por un instante.

—Decidle a Julia que disuada a Phyllida de hacer esas cosas —pidió, como para recuperar el control de la situación.

Frances descubrió que sentía pena por Johnny. Se lo veía tan mayor... Bueno, ambos se acercaban a los cincuenta. La chaqueta a lo Mao le venía grande. Por su aire compungido dedujo que no le había ido bien en París. «Se ha quedado atrás —pensó—. Igual que yo.»

Se equivocaba con respecto a los dos.

A la vuelta de la esquina estaba la década de los setenta, que a lo largo y ancho del mundo (el mundo no comunista) engendró una raza de clones del Che Guevara, y durante la cual las universidades, en particular las de Londres, celebraron casi continuamente la Revolución con manifestaciones, revueltas, sentadas, encierros y toda clase de batallas. Mirase uno a donde mirase, se encontraba con jóvenes héroes, y Johnny se convirtió en un viejo patriarca: el hecho de que fuera un estalinista casi impenitente le confería un atractivo limitado ante aquellos jóvenes, que en general estaban convencidos de que si Trotsky hubiera ganado la batalla del poder contra Stalin, el comunismo habría lucido una cara beatífica. Además tenía otra desventaja, que hacía que su séquito estuviera compuesto casi exclusivamente por hombres en lugar de por jovencitas entusiastas. Su estilo resultaba un desastre. El adecuado era el de los camaradas Tommy, Billy, o Jimmy, que llamaban la atención de una chica con un desdenoso chasquido de dedos y espetaban: «Eres una basura burguesa», con la consiguiente connotación de: «Deja todo lo que tienes y vente conmigo.» (O más bien: «Dame todo lo que tienes.») Esto sigue vigente en la actualidad. Resulta irresistible. Y había algo peor: mientras que en el pasado la limpieza había sido equiparable a la santidad, ahora la mugre y el mal olor se consideraban tan valiosos como la tarjeta de afiliación al partido. Por desgracia Johnny, que había sido criado por Julia —o por sus criados—, era incapaz de ofrecer hediondos abrazos. La jerga... bueno, sí, se las apañaba con ella. Mierda, joder, vendido, fascista: todo discurso político debía contener esas palabras.

Sin embargo, estos placeres malolientes aún estaban por llegar.

Wilhelm Stein, que tan a menudo subía por la escalera para visitar a Julia, saludando con un formal movimiento de cabeza a quien encontrase en su camino, llamó esa noche a la puerta de la cocina, aguardó hasta que oyó un «adelante» y entró, haciendo una pequeña reverencia. El cabello y la barba platinados, el bastón con empuñadura de plata, el traje y hasta la posición de sus gafas traslucían una recriminación hacia las tres personas que estaban sentadas a la mesa, cenando.

Cuando Frances, Andrew y Colin lo invitaron a sentarse, obedeció y mantuvo el bastón vertical a su lado, sostenido por una mano maravillosamente cuidada que lucía un anillo con una oscura piedra azul.

—Me he tomado la libertad de interrumpirlos para hablarles de Julia —dijo, y posó la mirada sobre

cada uno de ellos como para impresionarlos con su seriedad. Todos esperaron—. Vuestra abuela no se encuentra bien —informó a los jóvenes, volviéndose hacia Frances, añadió—: Soy consciente de lo que cuesta convencer a Julia de que haga las cosas que le convienen.

Los tres pares de ojos que lo observaban le indicaron que los había juzgado mal. Suspiró e hizo ademán de levantarse, pero cambió de idea, tosió y dijo:

—No es que crea que no han cuidado debidamente de ella.

Colin se hizo cargo de la situación. Se había convertido en un joven robusto, con un aire todavía infantil en su redonda cara, y las pesadas gafas de montura negra que llevaba parecían querer controlar unas facciones que con demasiada frecuencia amenazaban con estallar en una carcajada irónica.

—Sé que no es feliz —comentó—. Todos lo sabemos.

—Me temo que podría estar enferma.

El problema residía en que Julia había perdido a Sylvia. Sí, la joven seguía en la casa, que era su hogar, pero los acontecimientos habían obligado a Julia a pensar que esta vez la separación era definitiva. ¿Acaso Wilhelm no lo veía?

—Julia está sufriendo por Sylvia —explicó Andrew—. Es así de sencillo.

—No soy tan idiota para no darme cuenta de cuáles son los sentimientos de Julia. Pero el asunto no tiene nada de sencillo.

Se puso en pie, decepcionado.

—¿Qué quiere que hagamos? —quiso saber Frances.

—Julia no debería pasar tanto tiempo sola. Tendría que salir a caminar. Sale muy poco, y no consigo convencerla de que su problema no es la edad. Yo tengo diez años más que ella y no me he dado por vencido. Me temo que Julia sí.

Frances estaba pensando que en todos aquellos años Julia jamás había aceptado una invitación para ir a cenar, a dar un paseo, al teatro o a una galería de arte. «Gracias, Frances, eres muy amable», se limitaba a decir.

—Quiero pedirles permiso para comprarle un perro a Julia. No, no un perro grande y alborotador, sino uno pequeño. Tendrá que ocuparse de él y sacarlo a pasear.

Una vez más, los tres rostros evidenciaron que no le confiarían lo que opinaban.

¿De verdad creía el viejo que un perrito iba a llenar el vacío en el corazón de Julia? Un trueque: ¡un perro a cambio de Sylvia!

—Claro que puede regalárselo —dijo Frances—, si piensa que ella se alegrará...

Ahora Wilhelm, que acababa de confesar que contaba más de ochenta años, aunque no le creyeran, respondió:

—No es que esté convencido de que sea lo mejor para ella. Pero la verdad es que... estoy desesperado. —La solemnidad de sus modales, de su estilo, se esfumó, y de repente vieron ante sí a un anciano humilde, con lágrimas que se deslizaban hacia la barba—. Es necesario decirles que le profeso un gran afecto a Julia. Me entristece verla tan... tan... —Salía de la cocina—. Disculpenme, deben disculparme.

—¿Quién será el primero en decir: «No pienso ocuparme de ese perro.»? —preguntó Frances.

Wilhelm apareció con un pequeño terrier al que ya había puesto el nombre de Stückchen —que significaba «trocito», «cosa pequeña»— y a modo de broma le había atado un gran lazo azul al cuello. Si bien la primera reacción de Julia fue apartarse del perro que correteaba ladrando alrededor de su falda, al advertir la ansiedad de su amigo por verla contenta se inclinó para acariciar al animal y tranquilizarlo. Hizo una interpretación lo bastante buena como para que Wilhelm pensara que llegaría a querer al cachorro, pero cuando él se marchó, ella, consciente de que tendría que encargarse de la comida y las cacas del animal, se sentó temblando en una silla y pensó: «Es mi mejor amigo y me conoce tan poco que cree que deseo una mascota.»

Los días siguientes fueron incómodos: alimentos para perro, excrementos en el suelo, olores y un bicho inquieto que ponía a Julia al borde del llanto con sus ladridos. «¿Cómo ha podido?», se preguntaba, y cuando Wilhelm volvió a visitarla, los esfuerzos de Julia por mostrarse amable le indicaron que había cometido un gran error.

—Pero, querida, te vendría muy bien sacarlo a pasear. ¿Cómo lo has llamado? ¿Huracán? ¡Ya veo! —Y tomó la puerta ofendido, de manera que ahora Julia habría de preocuparse también por él.

Como sabía que su ama lo detestaba, Huracán trabó amistad con Colin, que lo quería porque lo hacía reír, y así fue como se convirtió en Fiera, debido a lo ridículo que resultaba ver a ese animal minúsculo gruñendo, defendiéndose y atacando con unas mandíbulas del tamaño de las pinzas de Julia para servir el azúcar. Sus patas eran como bolas de algodón, sus ojos como negras semillas de papaya, su cola como una enortijada cinta de seda plateada. Fiera seguía a Colin a todas partes, de manera que el perro que supuestamente iba a ser bueno para Julia acabó siendo bueno para Colin, que no tenía amigos, daba solitarios paseos por el parque y bebía en exceso; nada grave, pero lo suficiente para que Frances le confesara que estaba preocupada. Él se enfadó. «No me gusta que me espíen.»

El verdadero problema era que detestaba depender de su madre y su abuela. Había escrito dos novelas que distaban de ser buenas, lo sabía, y estaba trabajando en la tercera, con Wilhelm Stein como mentor. Se alegraba de que Andrew hubiera vuelto a convertirse en una persona dependiente. Después de aprobar sus exámenes con notas brillantes, éste se había incorporado a un bufete, pero ahora había decidido estudiar Derecho Internacional. Había vuelto a casa y planeaba ingresar en Oxford para seguir un curso de dos años.

Sylvia ya era médico residente, mucho más joven que sus compañeros, y trabajaba tan duro como los demás. Siempre regresaba a casa agotada y subía por la escalera como en trance, sin fijarse en nadie ni en nada; mentalmente ya estaba en la cama. Era capaz de dormir veinticuatro horas seguidas y luego se levantaba, se duchaba y volvía a largarse. A veces ni siquiera iba a saludar a Julia, y mucho menos a darle un beso de buenas noches.

Había algo más. El padre de Sylvia, su verdadero padre, el camarada Alan Johnson, había muerto y le había dejado una importante suma de dinero. La carta del abogado llevaba adjunta una carta de él, que obviamente había escrito en estado de ebriedad y que decía que entendía que ella, Tilly, había sido la única verdad de su vida: «Eres mi legado para el mundo»; por lo visto pensaba que su legado tangible no representaba más que una irrisoria contribución material. Ella ni siquiera recordaba si lo había visto alguna vez.

Sylvia subió a comunicarle la noticia a Julia y dijo: «Has sido muy generosa conmigo, pero ya no necesito más limosnas.»

Julia calló y se estrujó las manos sobre el regazo como si la joven la hubiera golpeado. La falta de tacto se debía al agotamiento. Sencillamente, Sylvia no estaba en sus cabales. No era una persona capaz de soportar una tensión y un estrés continuos; seguía siendo una jovencita frágil, con los ojos azules siempre irritados, por no hablar de lo mucho que tosía.

Wilhelm se encontró con Sylvia cuando ésta subía por la escalera, después de una semana de trabajo ininterrumpido y casi sin dormir, y le pidió consejo médico sobre Julia. «Lo siento, no me he especializado en geriatría», repuso ella y siguió hacia su cuarto, donde se acostó y se durmió en el acto.

Julia la había oído desde el rellano. Geriatría. Rumiaba, sufría..., todo constituía una afrenta para ella en su estado paranoico. Sentía que Sylvia se había vuelto contra ella.

Sylvia había leído la carta del abogado cuando estaba tan necesitada de sueño como un prisionero torturado, o como la madre de un recién nacido. Bajó a ver a Phyllida con la carta en la mano, y la encontró enfundada en un quimono estampado con los signos del zodiaco. Interrumpió el sarcástico «¿a qué debo el honor...?» de su madre con una pregunta:

—¿Te ha dejado dinero, mamá?

—¿Quién? ¿De qué hablas?

—Mi padre. Me ha dejado dinero. —Antes de que Phyllida estallara, como auguraba su rostro, le dijo —: Escucha, calla y escucha.

Phyllida, empero, ya había empezado con su letanía de quejas:

—Así que yo no cuento, ¿no? Por supuesto que no, te ha dejado el dinero a ti...

Sin embargo, Sylvia se había dejado caer en una silla y se había quedado dormida en el acto. Phyllida sospechó que se trataba de un truco o una trampa. Miró con fijeza a su hija e incluso le levantó una lánguida mano y la dejó caer. Se sentó pesadamente, estupefacta, pasmada y sin habla. No era consciente de que Sylvia trabajase tanto; todo el mundo sabía que los médicos jóvenes..., pero que pudiera dormirse de esa manera, así sin más... Recogió la carta que había caído al suelo, la leyó y se sentó con ella en la mano. Hacía años que no se le presentaba la oportunidad de observar a su hija, de observarla de verdad. En ese momento lo hizo. Tilly estaba tan delgada, pálida y desmejorada... Era un crimen lo que les exigían a los médicos residentes, alguien debería pagar por ello...

Esos pensamientos se fundieron con la quietud. Las pesadas cortinas estaban echadas, la casa en silencio. ¿Debía despertar a Tilly? Llegaría tarde al trabajo. Ese rostro... no se parecía en absoluto al suyo. Tenía la boca de su padre, roja y delicada. «Rojo y delicado», buenas palabras para describir al camarada Alan, el héroe..., o eso creían todos. Se había casado con dos héroes comunistas, uno detrás del otro. ¿En qué demonios habría estado pensando? (Esta autocrítica tan impropia de ella pronto la conduciría a la vía dolorosa de la psicoterapia, y de allí a una existencia nueva.)

¿Tilly había bajado a contarle lo de la herencia para jactarse? ¿Se trataba de una provocación? Su sentido de la justicia le dijo que no. Sylvia se daba muchas ínfulas y detestaba a su madre, pero jamás la había tratado con crueldad.

La joven despertó sobresaltada y creyó que se encontraba en medio de una pesadilla. La áspera y roja cara de su madre, con sus desquiciados ojos acusadores, estaba justo encima de la suya, y al cabo de un instante esa voz comenzaría a chillarle, a gritarle como de costumbre. «Me has destrozado la vida. Si no hubiera sido por ti, habría... Eres mi maldición, mi cruz...»

Sylvia gritó, empujó a su madre y se irguió en la silla. Vio su carta en la mano de Phyllida y se la arrebató. Por último se levantó y dijo:

—Ahora escucha, mamá, pero no hables, por favor; sé que es injusto que me haya dejado todo el

dinero, de modo que te daré la mitad. Se lo comunicaré al abogado. —Se marchó corriendo, tapándose los oídos con las manos.

Después de consultar a Andrew, Sylvia informó a los abogados y éstos realizaron las gestiones necesarias. Al repartirse el dinero con Phyllida había convertido una herencia sustanciosa en una suma útil, suficiente para comprar una buena casa, contratar una póliza... en suma, garantizar cierta seguridad. Andrew le recomendó que buscara asesoramiento económico.

De buenas a primeras sólo había que pagar los estudios de una persona —Andrew—, y Frances decidió que la siguiente vez que le ofrecieran un buen papel en el teatro, lo aceptaría.

Wilhelm volvió a llamar a la puerta de la cocina, pero esta vez el doctor Stein era todo sonrisas y se mostraba tímido como un colegial. De nuevo era domingo, y Frances, junto con los dos jóvenes de la casa, interpretaba una escena familiar en torno a la mesa de la cena.

—Tengo novedades —anunció Wilhelm a Frances—. Es decir Colin y yo tenemos novedades. —Sacó una carta y la sacudió en el aire—. Deberías leerla en voz alta, Colin... ¿no? Entonces lo haré yo.

Y leyó la carta de un buen editor que decía que *El hijastro*, la última novela de Colin, se publicaría pronto, y que habían depositado grandes esperanzas en ella.

Besos, abrazos, enhorabuenas, Colin sin habla a causa de la alegría. De hecho, estaban esperando aquella carta. Wilhelm había leído y condenado las dos primeras versiones de la novela, pero había aprobado la última y la había entregado a un editor, un amigo. El largo aprendizaje de Colin, que había puesto a prueba su paciencia y su perseverancia, había llegado a su fin. Mientras los humanos se besaban, se abrazaban y gritaban, el minúsculo perro saltaba y emitía pequeños ladridos de éxtasis que reflejaban sus ansias de sumarse a la fiesta, hasta que saltó al hombro de Colin y empezó a agitar su plumífera cola como un limpiaparabrisas contra su rostro, amenazando con tirarle las gafas.

—Abajo, Fiera —lo riñó Colin. La absurda situación lo movió a atragantarse con las lágrimas y la risa, y se puso en pie de un salto gritando «¡Fiera! ¡Fiera!» mientras corría escaleras arriba con el perro en sus brazos.

—Magnífico, magnífico —exclamó Wilhelm Stein, quien tras besar el aire por encima de la mano de Frances se marchó sonriendo a ver a Julia, que al enterarse de la noticia permaneció sentada en silencio por unos instantes.

—De manera que yo estaba equivocada, muy equivocada —dijo por fin.

Wilhelm, que sabía lo mucho que a ella le molestaba equivocarse, se volvió para no ver las lágrimas de remordimiento que asomaban a sus ojos. Sirvió dos copas de madeira, tomándose su tiempo:

—Tiene talento, Julia, pero lo más importante es su tenacidad.

—Entonces tendré que pedirle disculpas, porque no he sido justa con él.

—¿Y mañana me acompañarás al Cosmo? Te vendrá bien dar un pequeño paseo.

De manera que Julia se disculpó con Colin, que frente al evidente trastorno emocional de la anciana puso todo su empeño en tranquilizarla. Después, con el brazo enlazado con el de Wilhelm, Julia bajó lentamente la cuesta hasta el Cosmo, donde él la cortejó con tartas y cumplidos mientras las llamas del debate político saltaban o humeaban alrededor de los dos.

Frances leyó *El hijastro* y se lo pasó a Andrew, que comentó: «Es interesante. Muy interesante.»

Años antes Frances se había visto obligada a sentarse a escuchar las críticas de Colin contra ella y su padre, tan encendidas y crueles que se había sentido abrasada por ríos de lava. Y en esas páginas estaba toda esa ira destilada. Era la historia de un niño cuya madre se había casado con un embaucador, un sinvergüenza con pico de oro que ocultaba sus crímenes detrás de cortinas de palabras persuasivas, palabras que prometían toda clase de paraísos. Se mostraba cruel o indiferente con su hijo. Cuando éste pensaba que su torturador se había marchado para siempre, aparecía otra vez, y la madre sucumbía a sus encantos, porque era encantador, aunque de una manera siniestra. El pequeño le contaba su historia a un amigo imaginario, el tradicional compañero de juegos de los niños solitarios, y la narración resultaba triste y graciosa a la vez, ya que el lector adulto podía interpretar la distorsionada visión infantil como una exageración: las escenas casi de pesadilla, semejantes a sombras proyectadas por una vela en la pared, eran más bien trilladas, casi chabacanas. Un lector de la editorial había descrito la novela como una pequeña obra de arte, y quizá lo fuera. Pero la madre y el hermano mayor del autor veían algo más: la magia de la historia había conjurado una terrible angustia. Con ese libro Colin demostraba que era un adulto:

—¿Sabes? —dijo Andrew—, creo que mi hermano pequeño me ha superado; yo sería incapaz de alcanzar ese grado de distanciamiento.

—¿Tan espantoso fue? —preguntó Frances, temiendo la respuesta.

—Sí, fue espantoso, me parece que no eres consciente de ello... No imagino un padre peor, ¿tú sí?

—No os pegaba —repuso Frances con un hilo de voz, buscando desesperadamente una circunstancia que mejorase la historia.

Andrew contestó que había cosas peores que las palizas.

A pesar de todo, cuando decidieron organizar una cena para celebrar la publicación de *El hijastro*, el propio Colin añadió el nombre de su padre a la lista de convidados.

«Todo el mundo» volvería a sentarse alrededor de la enorme mesa. «He invitado a todo el mundo», anunció Colin. Sophie, la primera, había aceptado. Geoffrey, Daniel y James, que frecuentaban la casa de Johnny, dijeron que irían, aunque tarde: tenían una reunión. Johnny dijo lo mismo. Jill, a quien Colin había encontrado en la calle, había prometido asistir. Julia protestó que nadie querría la compañía de una vieja aburrida, pero Wilhelm la riñó: «No digas tonterías, querida.» Sylvia le aseguró que haría todo lo posible por escaparse del trabajo.

Pusieron la mesa para once personas. Wilhelm había aportado un pastel maravilloso y muy poco inglés, una espiral alta y redondeada cubierta de algo que semejaba un tul brillante y acartonado y que en realidad era una capa de crema y merengue. Estaba salpicado de pequeñas escamas doradas. Sophie señaló que resultaba más apropiado para llevarlo puesto que para comérselo.

Cuando se sentaron a cenar la mitad de los sitios estaban desocupados, pero enseguida llegó Sophie, acompañada por Roland.

—No, no me sentaré —avisó el joven actor, hechizando a los presentes con su poderoso atractivo—. Sólo he venido a darte la enhorabuena, Colin. Como sabes, soy un trepador impenitente, y tenía que congraciarme contigo por si llegas a convertirte en un escritor famoso.

Besó a Frances y luego a Andrew —que se lo tomó con humor—, le estrechó la mano a Colin, saludó a Julia con una inclinación de la cabeza y a Wilhelm con una exagerada reverencia.

—Hasta luego, cariño —le dijo a Sophie. Y luego—: Tengo una función dentro de veinte minutos. — Poco después oyeron el rugido de su coche.

Sophie y Colin, que estaban sentados el uno al lado del otro, se besaban, se abrazaban y unían sus mejillas. Todos se permitieron fantasear con que Sophie abandonaría a Roland, que la hacía infeliz, y luego ella y Colin...

Brindaron. Sirvieron la comida. En mitad de la cena, se presentó Sylvia. Como de costumbre, estaba desencajada: parecía a punto de caer rendida, y sabían que lo haría en cualquier momento. La acompañaba un joven colega a quien definió como otra víctima del sistema. Ambos se sentaron, aceptaron sendas copas de vino y permitieron que les sirvieran la comida, pero estaban quedándose dormidos en la silla.

—Será mejor que subáis a la cama —sugirió Frances.

Se levantaron como fantasmas y se marcharon.

—Qué sistema tan extraño —opinó Julia con una voz áspera que últimamente sonaba amenazadora y triste—. ¿Cómo es posible que traten tan mal a estos jóvenes?

Jill llegó tarde, con actitud culpable. Ahora era una mujer robusta, con una cabellera rubia y encrespada y ropa que parecía especialmente diseñada para conferirle un aspecto competente, lo que resultó comprensible cuando anunció que se presentaría como candidata a concejala en las elecciones municipales. Se mostraba muy efusiva y no paraba de decir lo mucho que se alegraba de haber vuelto: vivía a setecientos metros de distancia. Sin que nadie se lo pidiera, les informó de que Rose era periodista y «políticamente muy activa».

—¿Puedo preguntar qué causa ha acaparado su atención? —quiso saber Julia.

Jill, que no entendió a qué se refería la pregunta, pues no había más que una causa, la Revolución, contestó que Rose estaba «metida en todo».

Johnny llegó hacia el final de la alegre velada. Últimamente tenía un aire más marcial que nunca, serio y taciturno. Llevaba una chaqueta de camuflaje y, debajo, un jersey negro de cuello cisne y tejanos negros. Su cabello gris estaba cortado casi al rape. Le tendió una mano a Colin y dijo:

—Enhorabuena. —Luego, dirigiéndose a su madre—: Espero que te encuentres bien, Mutti.

—Bastante bien —respondió Julia.

Johnny se volvió hacia Wilhelm:

—Ah, ha venido. Excelente. —Saludó a Frances con una inclinación de la cabeza y le comentó a Andrew—: Me alegro de que estés estudiando Derecho Internacional. Nos resultará útil. —Se acordó de Sophie y le hizo una breve reverencia, mientras que a Jill, a quien conocía bien, le dispensó un saludo de camarada.

Cuando se sentó, Frances le llenó el plato y Wilhelm le sirvió vino. El camarada Johnny alzó su copa para brindar por los compañeros obreros del mundo y luego continuó con el discurso que había pronunciado en el mitin al que acababa de asistir, aunque primero transmitió las disculpas de Geoffrey, James y Daniel, que estaban convencidos de que todos entenderían que la lucha era lo primero. El imperialismo americano..., la maquinaria militar-industrial..., el servil papel de Gran Bretaña..., la guerra de Vietnam...

No obstante, Julia, que se sentía angustiada por lo que estaba ocurriendo en Vietnam, lo interrumpió para preguntar:

—¿Podrías informarme mejor, Johnny? Me gustaría mucho saber algo más al respecto. No consigo entender cuál es la causa de esta guerra.

—¿La causa? ¿Necesitas preguntarlo, Mutti? Es económica, naturalmente. —Prosiguió con su perorata, deteniéndose únicamente para llevarse comida a la boca.

Colin lo detuvo.

—Un momento. Para un momento. ¿Has leído mi libro? No me has dicho nada.

Johnny dejó el cuchillo y el tenedor y miró a su hijo con expresión grave.

—Sí, lo he leído.

—¿Y qué te parece?

Aquella imprudencia dejó boquiabiertos a Frances, a Julia y sobre todo a Andrew, como si Colin hubiera decidido pinchar con un palo a un león a quien nadie hubiera provocado hasta el momento.

—Si de verdad te importa mi opinión, te la daré, Colin; pero para ello debo insistir en mis principios: no me interesan los subproductos de un sistema podrido, y tu libro lo es. Es subjetivo, personal y no intenta contemplar los acontecimientos desde una óptica política. Esta clase de texto, al que llaman «literatura», es el detritus del capitalismo, y los escritores como tú son siervos burgueses.

—¡Bah, cierra el pico! —exclamó Frances—. Compórtate como un ser humano por una vez en tu vida.

—¿A sí? Cómo te delatas, Frances, «Un ser humano»... ¿Para quién crees que trabajamos yo y todos mis camaradas, si no es para la humanidad?

—Papá —terció Colin, pálido y compungido—. Me gustaría que dejaras a un lado la propaganda política y me dijeras qué piensas realmente de mi libro.

Padre e hijo estaban inclinados sobre la mesa, el uno hacia el otro; Colin, como alguien a quien amenazaran con darle una paliza, y Johnny, con aire triunfal y la convicción de hallarse en posesión de la verdad. ¿Se había reconocido en el libro? Probablemente no.

—Ya lo has oído. He leído el libro, y te estoy diciendo lo que pienso. Nadie me inspira más desprecio que un liberal. Y eso es lo que eres, lo que sois todos. Sois los gacetilleros del decadente sistema capitalista.

Colin se levantó y salió de la cocina. Lo oyeron subir los escalones de dos en dos.

—Ahora vete, Johnny —pidió Julia—. Vete, por favor.

Johnny siguió sentado con aire reflexivo: ¿estaría pensando que podría haberse comportado de otra manera? Se zampó rápidamente lo que le quedaba en el plato y apuró el vino.

—Muy bien, Mutti. Me estás echando de mi casa. —Se levantó e instantes después sonó un portazo en el vestíbulo.

Sophie, deshecha en llanto, echó a correr en pos de Colin.

—Ha sido horrible.

Jill rompió el silencio:

—Pero es un gran hombre, es tan maravilloso... —Miró alrededor, y al detectar disgusto e ira en todos los semblantes, agregó—: Creo que debería irme. —Nadie la detuvo—. Muchas gracias por invitarme.

Frances hizo ademán de cortar el pastel, pero Julia se estaba poniendo en pie con la ayuda de Wilhelm.

—Estoy avergonzada. Muy avergonzada. —Se marchó a su habitación, seguida por Wilhelm.

Sólo quedaban Andrew y su madre.

Frances empezó a dar puñetazos contra la mesa, con la cara alzada hacia el techo y los ojos arrasados en lágrimas.

—Lo mataré —murmuró—. Uno de estos días lo mataré. ¿Cómo ha podido hacer eso? No lo entiendo.

—Escucha, mamá...

Sin embargo, Frances prosiguió con sus lamentos, e incluso se tiró del pelo como si quisiera arrancárselo.

—Lo mataré. ¿Cómo ha podido herir a Colin de esa manera? Se habría contentado con una palabra amable.

—Mamá, escúchame. Para. Escúchame.

Frances dejó caer las manos, apoyó los puños sobre la mesa y aguardó.

—¿Sabes que hay algo que nunca has entendido? Y me extraña que no te hayas dado cuenta. Johnny es un idiota. Un imbécil. ¿Cómo es posible que no lo hayas notado?

Al pronunciar la palabra «idiota» Frances sintió como si los platillos de una balanza oscilaran sobre su cabeza. Claro que era idiota. Pero ella nunca lo había admitido, y no lo había hecho por culpa del Gran Sueño. Después de todo lo que había tenido que soportar de parte de Johnny, nunca había sido capaz de

decirse a sí misma que era un idiota, sencillamente.

—El problema es su falta de sensibilidad —insistió—. Ha sido tan despiadado...

—Pero, mamá, todos ellos lo son. ¿Por qué te crees que los admiran?

Entonces, sorprendiéndose a sí misma, Frances apoyó la cabeza sobre sus brazos, entre los platos sucios. Prorrumpió en sollozos. Andrew esperó, y cada vez que creía que su madre se había recuperado, las lágrimas volvían a brotar. Él también estaba pálido y tembloroso. Nunca había visto llorar a Frances ni criticar a Johnny de esa manera. Aunque sabía que no lo atacaba para protegerlos a él y a Colin, nunca había imaginado que estuviera conteniendo un torrente de lágrimas de furia; al menos no las había derramado delante de él y Colin. Y en ese momento pensaba que había hecho bien al no llorar ni quejarse en su presencia. Le habían entrado náuseas. Al fin y al cabo, Johnny era su padre..., y Andrew sabía que en ciertos aspectos se parecía a él. Johnny jamás alcanzaría ese grado de introspección. Andrew estaba condenado a vivir observándose con ojo crítico; con una actitud indulgente, incluso humorística, pero siempre juzgándose.

Ahora se irguió en la silla e hizo girar la copa entre los dedos mientras su madre sollozaba. Finalmente se bebió el vino, se levantó y posó una mano en el hombro de su madre.

—Deja todo esto como está, mamá. Ya limpiaremos por la mañana. Y vete a la cama. No merece la pena, ¿sabes? Johnny no cambiará.

Se alejó y llamó a la puerta de su abuela. Wilhelm abrió y dijo en voz alta:

—Julia se ha tomado un Valium. Está muy alterada.

Titubeó junto a la puerta de Colin y oyó cantar a Sophie: estaba cantando para su hermano.

Después echó una ojeada al cuarto de Sylvia. Se había acostado vestida, y su joven acompañante yacía en el suelo, durmiendo con la cabeza apoyada sobre un cojín. No parecía una posición cómoda, pero saltaba a la vista que a él no le importaba.

Andrew se dirigió a su habitación y encendió un porro: ante las emergencias emocionales, recurría a la marihuana y al jazz tradicional, sobre todo al blues. La música clásica era para los momentos alegres. De lo contrario recitaba en voz baja todos los poemas que sabía —muchos— para asegurarse de que permanecían intactos en su memoria, o leía a Montaigne, aunque lo guardaba en secreto, porque se le antojaba el consuelo de un viejo, no de un joven.

Wilhelm había dejado a Julia en un sillón, envuelta en una manta y empeñada en que no tenía sueño. Aun así, dormitó un poco y luego, cuando la ansiedad pudo más que el Valium, despertó. Se quitó de encima la manta, irritada al oír al perro, que estaba alborotando en la habitación de abajo. También oyó cantar a Sophie, si bien pensó que se trataba de la radio. Vio que salía luz por debajo de la puerta del cuarto de Andrew. Bajó sigilosamente por la escalera, preguntándose si entrar o no, pero continuó bajando y llegó al rellano de Sylvia. Una rendija iluminada le indicó que Frances seguía despierta. Se apoderó de ella la sensación de que debía ir a verla y sentarse con ella, hacer algo, buscar las palabras adecuadas..., pero ¿qué palabras?

Hizo girar suavemente el pomo de la puerta de Sylvia y entró en una habitación donde la luz de la luna cubría a la joven y acababa de alcanzar al muchacho que descansaba en el suelo. Se había olvidado de él, y de pronto su corazón le recordó su terrible e inadmisible desdicha. Poco tiempo antes, Wilhelm le había dicho que Sylvia se casaría y que ella, Julia, no debía angustiarse. «De manera que eso es lo que piensa de mí», había protestado Julia para sí, aunque sabía que él estaba en lo cierto. Sylvia se casaría, aunque no precisamente con ese hombre. De lo contrario, ¿no estaría en la cama junto a ella? A Julia le parecía terrible que un joven de sexo masculino, un «colega», durmiera en la habitación de Sylvia. «Son como cachorros en un cesto —pensó—, se lamen mutuamente y luego se duermen como si tal cosa. Debería tener alguna importancia la presencia de un hombre en la habitación de una jovencita. Debería significar algo.» Julia se sentó en la silla que solía ocupar para obligar a la pequeña Sylvia a comer, aunque de esto último hacía siglos. En ese instante vio su rostro con claridad, y cuando la luz de la luna avanzó por el suelo, también el del hombre. Bueno, si no era ese joven de aspecto agradable, sería otro.

Sentía que nunca había querido a nadie aparte de Sylvia, que esa niña había sido la gran pasión de su vida; oh, sí, sabía que quería a Sylvia porque no le habían permitido amar a Johnny. Pero eso era una tontería, porque también sabía —con la cabeza— lo mucho que había añorado a Philip durante la guerra y lo mucho que la había amado él después. Los rayos de luz que incidían sobre la cama y el suelo se asemejaban a la arbitrariedad de la memoria, al resaltar primero una cosa y luego otra. Cuando volvía la vista sobre el camino de su vida, ciertos períodos que antaño habían presentado un carácter distintivo quedaban reducidos a una especie de fórmula: ésos fueron los cinco años de la Primera Guerra Mundial; aquella pequeña porción, la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, aquellos cinco años se le habían hecho eternos mientras estaba inmersa en ellos, siempre fiel en sus pensamientos y sentimientos hacia un soldado enemigo. La Segunda Guerra Mundial se había convertido en una sombra movediza en su memoria; la época en que había perdido a su marido a causa del agotamiento y porque él no estaba en condiciones de contarle nada de lo que hacía, había sido horrible, y a menudo había pensado que no hallaría el modo de soportarla. Por las noches yacía junto a un hombre preocupado por la forma en que destruirían el país de su mujer, y ella estaba obligada a alegrarse de que quisieran destruirlo; y se había alegrado, aunque a veces había sentido que las bombas caían sobre su corazón. Sin embargo, ahora podía decirle a Wilhelm, que se había visto forzado a huir del monstruoso régimen que se negaba a calificar de

alemán: «Eso fue durante la guerra... No, la Segunda», como si se refiriera a un ítem de una lista que había que mantener actualizada y exacta, señalando un acontecimiento a continuación del otro; o acaso fuera como la luz de la luna y las sombras en un camino, que aunque parecen tener unos límites precisos mientras se avanza entre ellas, luego, al mirar hacia atrás, se percibe un bosque atravesado por una franja oscura salpicada de fragmentos de luz. «Ich habe gelebt una geliebt», murmuró. Era la frase de Schiller que seguía grabada en su memoria después de sesenta y cinco años; pero la pronunció como una pregunta: «¿He vivido y amado?»

La luz de la luna había llegado a sus pies. Eso significaba que llevaba un rato sentada allí. Sylvia no había hecho el más leve movimiento. Ninguno de los dos parecía respirar; podía haberlos dado por muertos. Se sorprendió pensando: «Si murieras, no te perderías gran cosa, Sylvia, porque acabarás como yo, una vieja con toda la vida a sus espaldas, consumiéndose en un caos de recuerdos dolorosos.» El Valium obró efecto por fin, y Julia se sumió en un sueño tan profundo que se balanceó lánguidamente entre las manos de Sylvia cuando ésta la sacudió.

La joven había despertado con la boca seca, y al ir a buscar agua había vislumbrado un pequeño fantasma sentado a la luz de la luna, que confiaba en que se esfumara cuando despertase del todo. Sin embargo, Julia no se esfumó. Sylvia se acercó a ella, la abrazó y la sacudió mientras la vieja emitía un gemido triste, desgarrador.

—Julia, Julia —susurro Sylvia, pensando que el joven necesitaba descansar—. Despierta, soy yo.

—Ay, Sylvia, no sé qué hacer. Ya no soy la que era.

—Levántate, querida, por favor. Tienes que ir a la cama.

Julia se puso en pie, tambaleándose, y Sylvia, que también se tambaleaba porque aún estaba adormilada, la acompañó fuera de la habitación y la ayudó a subir por la escalera.

Ya no salía luz de debajo de la puerta de Frances ni de la de Andrew, pero sí de la de Colin.

Sylvia acostó a Julia en su cama y la arropó con el edredón.

—Creo que estoy enferma, Sylvia. Debo de estarlo.

El lamento llegó directamente a la médico que había en Sylvia, quien la tranquilizó:

—Yo te cuidaré. Por favor, no estés triste.

Julia ya había cerrado los ojos. Sylvia, que también empezaba a dormirse, cruzó la habitación agarrándose a los respaldos de las sillas y regresó a su cuarto, donde encontró a su colega sentado en el suelo.

—¿Ya es de día?

—No, no, duérmete.

—Gracias a Dios. —Se tendió de nuevo mientras ella se arrojaba sobre la cama.

Colin era el único que permanecía despierto, acostado con los brazos alrededor de Sophie, que dormía con el perrito sobre la cadera, dormido también, aunque de vez en cuando agitaba su minúscula cola.

No estaba pensando en la hermosa mujer a quien abrazaba. Al igual que su madre un rato antes, se prometía insensatamente: «Lo mataré. ¡Juro que lo mataré!» ¡He aquí la cuestión! Si Johnny se había reconocido en la ponzoñosa trama de la novela, lo que se le pedía era un juicio de sobrehumana imparcialidad: sus pensamientos debían basarse sólo en criterios de excelencia literaria —¿Era una buena novela o no lo era?—, tal vez en recuerdos de las novelas que había leído cuando era un hombre culto, antes de sucumbir a los simplones encantos del realismo social. Era como esperar que la víctima de una caricatura cruel exclamase: «¡Oh, bien hecho! ¡Tienes mucho talento!»

En suma, al camarada Johnny se le exigía una conducta de la que su familia lo consideraba incapaz. Por otra parte, si no se había reconocido, era culpable de no sospechar cómo lo veían sus hijos, o al menos uno de ellos.

Julia, sufriendo y sufriendo, aunque no habría sabido decir por qué, si por Sylvia o por su propia vida, hojeaba los periódicos, los arrojaba a un lado, luego lo intentaba de nuevo y, cuando Wilhelm la llevaba al Cosmo, trataba de asimilar lo que se decía a su alrededor. El tema era la guerra de Vietnam. En ocasiones aparecía Johnny con su séquito, histriónico, persuasivo, y la saludaba con una inclinación de la cabeza o incluso con el puño en alto. A menudo lo acompañaba Geoffrey, a quien ella conocía bien, el apuesto joven que semejava un Lochinvar llegado del oeste, como le decía a Wilhelm en tono burlón, citando el poema de Walter Scott; o Daniel, con su cabello rojo como un semáforo, o James, que se aproximó a ella y dijo: «Soy James, ¿me recuerda?» Pero Julia no recordaba a nadie con acento cockney.

—Es lo que se lleva —explicó Wilhelm—. Todos hablan con el acento de los barrios bajos.

—Pero ¿por qué? Es muy feo.

—Para conseguir trabajo. Son unos oportunistas. Si uno quiere conseguir un empleo en la televisión o en una película, tiene que dejar de hablar como una persona culta.

Los envolvía el humo de los cigarrillos y el ruido confuso de voces a menudo furiosas.

—¿Por qué cuando hablan de política parece que estén peleando?

—Ah, querida, si pudiéramos entenderlo...

—Me recuerda a los viejos tiempos, cuando iba de visita a Alemania y los nazis...

—Y los comunistas.

Acudieron a su mente las peleas, los gritos, las pedradas, las carreras... Sí, despertaba por las noches y oía pasos de gente que no paraba de correr. Después de alguna atrocidad, corrían por las calles gritando.

Julia se sentaba en el sillón, rodeada de periódicos, hasta que sus pensamientos la empujaban a levantarse y pasearse por sus habitaciones, chascando la lengua con irritación cuando encontraba un adorno fuera de lugar o un vestido sobre el respaldo de una silla (¿qué hacía la señora Philby?). Toda su angustia se concentraba en esa época en la guerra de Vietnam. Resultaba inadmisibles. ¿No les había bastado con aquella terrible guerra, la Primera, y luego con la Segunda? ¿Qué más querían? Se habían hartado de matar, y comenzaban de nuevo. ¿Estaban locos los americanos, que enviaban allí a sus jóvenes? A nadie le importaban los jóvenes, y cuando estallaba una guerra los reunían igual que a rebaños y los mandaban al matadero, como si no sirvieran para nada más. Una y otra vez. Nadie aprendía; aquello de las lecciones de la historia era una mentira: si hubieran asimilado la lección, en esos momentos no estarían lanzando bombas sobre Vietnam y los jóvenes... Por primera vez en muchos años Julia empezó a soñar con sus hermanos. Tenía pesadillas por culpa de esta guerra. En la televisión veía a los americanos luchar contra la policía porque no estaban de acuerdo con la guerra, y ella tampoco lo estaba; simpatizaba con los americanos que organizaban revueltas en Chicago o en las universidades, aunque cuando se había marchado de Alemania para casarse con Philip había escogido el bando de Estados Unidos. Philip había deseado que Andrew estudiara en este país, y si lo hubiera hecho con toda probabilidad se contaría entre los partidarios de dispersar a los manifestantes con mangueras y gases lacrimógenos. Julia sabía que Andrew era conservador por naturaleza, o, mejor dicho, que estaba del lado de la autoridad. La nueva mujer de Johnny, que por lo visto lo había abandonado, luchaba en las calles contra la guerra. Julia temía y detestaba las peleas callejeras; aún la asaltaban pesadillas sobre las que había visto en los años treinta en Alemania, que prácticamente había quedado arrasada por las pandillas que causaban disturbios, rompían cosas, gritaban y corrían por las noches. En su mente y su corazón se agitaba un torbellino de imágenes, pensamientos y sentimientos contradictorios.

Su hijo Johnny aparecía constantemente en la prensa, haciendo declaraciones contra la guerra, y ella pensaba que tenía razón. Era la primera vez que opinaba algo así de Johnny, pero ¿y si en este caso verdaderamente estaba en lo cierto?

Sin decir una palabra a Wilhelm, Julia se puso el sombrero que mejor le ocultaba la cara, el del velo más tupido, y unos guantes de color sufrido —puesto que asociaba la política con la suciedad— y se fue a escuchar a Johnny en un mitin contra la guerra de Vietnam.

Se celebraba en una sala que ella consideraba comunista. Las calles circundantes estaban atestadas de jóvenes. El taxi la dejó frente a la entrada principal, y entró ante la atónita mirada de jóvenes vestidos como gitanos o matones. Los que la habían visto llegar en taxi comentaron que debía de ser una espía de la CÍA, mientras que otros, sorprendidos por la presencia de una anciana —allí nadie rebasaba los cincuenta—, conjeturaron que se había equivocado de sitio. Algunos la tomaron por la señora de la limpieza.

La sala estaba abarrotada. Parecía expandirse, hincharse y oscilar. El olor era espantoso. Justo delante de Julia había dos grasientas melenas rubias: ¿en qué cabeza cabía que existieran chicas que se respetaban tan poco a sí mismas? Luego reparó en que se trataba de hombres. Y apestaban. Había tanto ruido que tardó unos instantes en percatarse de que los discursos habían comenzado. Allí arriba se encontraba Johnny, y Geoffrey, cuyo rostro limpio y compuesto conocía muy bien, si bien ahora llevaba una cabellera de vikingo, estaba de pie con las piernas abiertas, lanzando puñetazos al aire con la mano derecha, como si apuñalara a alguien, y asentía con sonrisas a lo que decía Johnny, que era una nueva versión de lo que Julia había oído tantas veces: el imperialismo americano..., rugidos de aprobación; el complejo industrial-militar..., gruñidos y abucheos; siervos, chacales, explotadores, vendidos, fascistas. Apenas se distinguía una palabra, porque las ovaciones eran atronadoras. Allí estaba James, en su papel de hombre público, robusto y afable, el James que se había convertido en cockney; y junto a Johnny un negro a quien Julia creyó reconocer. Sobre la plataforma había un montón de gente. Todas las caras estaban radiantes, llenas de presunción, suficiencia y triunfalismo. Qué bien conocía aquellos gestos, y cuánto la asustaban. Se pavoneaban en lo alto del escenario, iluminados por potentes focos, desgranando frases que ella invariablemente adivinaba antes de que salieran de sus bocas. Y el público componía una unidad, un todo, una masa capaz de matar o provocar disturbios, y ardía de... Sí, de odio. Aun así, dejando a un lado sus estúpidos clichés, Julia estaba de acuerdo con ellos, estaba de su parte; ¿cómo era posible, tratándose de unos locos, unos temerarios? Sin embargo, la violencia que más detestaba era la de la guerra. Le costaba mantenerse derecha: estaba apoyada contra una pared, rodeada de patanes que bien podían ir armados con garrotes. Echó un último vistazo a la plataforma y advirtió que su hijo, que la había reconocido, le dirigía una mirada triunfal y hostil al mismo tiempo. Si no se marchaba, cabía la posibilidad de que la escogiera como blanco de sus sarcasmos. Se abrió paso entre la multitud hacia la puerta. Por suerte, no se hallaba muy lejos. Le habían torcido el sombrero, y sospechaba que adrede. Tenía razón. Los rumores de que era una agente de la CÍA la seguían. Intentó sujetarse el sombrero, y en la puerta divisó a una gorda con su rechoncha cara enrojecida por la euforia y el alcohol. Llevaba una chapa que la identificaba como una de las organizadoras. La mujer la reconoció.

—Vaya, si es la madre de Johnny Lennox —dijo en voz alta, para que se enterasen sus compañeros.

—Déjeme pasar —pidió Julia, que empezaba a asustarse—. Quiero salir.

—¿Qué ocurre? ¿No soporta oír la verdad? —se burló un joven. Olía tan mal que Julia sintió náuseas y se cubrió la boca con las manos.

—¿Sabe Johnny que está aquí, Julia? —inquirió Rose—. ¿A qué ha venido? ¿A vigilarlo? —Miró alrededor y sonrió, buscando aprobación.

Julia consiguió cruzar la puerta, pero la estancia contigua estaba repleta de gente que acababa de entrar.

—¡Dejad paso a la madre de Johnny Lennox! —gritó Rose, y la multitud abrió un pasillo para ella.

Allí fuera, donde los discursos se oían por altavoces, reinaba un ambiente menos populachero, menos violento. Los jóvenes observaban fijamente a Julia, su sombrero torcido, su expresión angustiada. Llegó a la puerta de la calle y se agarró al marco como si fuera a desmayarse.

—¿Quiere un taxi, Julia? —preguntó Rose.

—No recuerdo haberte dado permiso para llamarme Julia.

—Oh, lo siento mucho, señora Lennox —repuso Rose mirando en torno, de nuevo en busca de aprobación. Soltó una carcajada y agregó—: ¡Vaya mierda!

—El *ancien régime*, supongo —dijo una voz con acento americano.

Julia había llegado al bordillo, segura de que se desvanecería. Desde el umbral, Rose exclamó:

—¡Es la madre de Johnny Lennox! Está borracha.

Se acercó un taxi y Julia le hizo una seña, pero el conductor no parecía dispuesto a parar para recoger a esa vieja de aspecto dudoso. Rose corrió tras él, gritando, y al final se detuvo.

—Gracias —dijo Julia mientras subía al coche. Todavía se tapaba el rostro con el pañuelo.

—Oh, no hay de qué, faltaría más —repuso Rose con delicadeza afectada; miró a quienes la rodeaban esperando risas, que no tardaron en llegar.

Mientras se alejaba, Rose oyó aplausos, gritos de desprecio y consignas: «¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Abajo...!»

Rose aprovechó esa afortunada oportunidad para abordar a Johnny, la gran estrella, y comentarle de igual a igual:

—Tu madre ha estado aquí.

—La he visto —dijo él sin mirarla. Nunca le hacía caso.

—Estaba borracha —se atrevió a añadir ella, pero Johnny pasó de largo sin decir nada.

Sylvia no había olvidado su promesa. Le concertó una cita a Julia con un tal doctor Lehman. Wilhelm, que lo conocía, explicó que estaba especializado en los problemas de las personas mayores.

—Nuestros problemas, querida.

—En geriatría —señaló Julia.

—¿Qué más da una simple palabra? Pide hora para mí también.

Julia se sentó enfrente del doctor Lehman, una persona agradable, a su juicio, aunque muy joven (en realidad se trataba de un hombre de mediana edad). ¿Sería alemán como ella? ¿Con ese nombre? ¿Judío, entonces? ¿Un refugiado? Le sorprendía la frecuencia con que pensaba en esa clase de cosas.

Hablaba modulando la voz con un perfecto acento inglés: por lo visto, los médicos no necesitaban imitar a los cockney.

Julia supuso que había captado muchos detalles sobre ella al observarla mientras se acercaba a la silla, que Sylvia le habría proporcionado más información y que, después de practicar un análisis de orina, tomarle la tensión y auscultarla, sabía más de ella que ella misma.

—Señora Lennox —dijo el médico con una sonrisa—, la han enviado a verme por trastornos relacionados con la edad.

—Eso parece —contestó ella, y notó que él había percibido el dejo de resentimiento en su voz.

El doctor Lehman volvió a sonreír.

—Tiene setenta y cinco años.

—Sí.

—No son muchos en la actualidad.

Ella sucumbió.

—Mire, doctor —dijo-, a veces me siento como si tuviera cien años.

—Sólo porque se permite a sí misma pensar de ese modo.

Aquello no era lo que Julia había esperado, y, más tranquila, sonrió a ese hombre que no iba a atormentarla con el tema de la edad.

—No padece ningún trastorno físico. Enhorabuena. Ya me gustaría a mí estar tan bien. Pero todo el mundo sabe que los médicos nunca siguen sus propios consejos.

Julia no pudo evitar reír, y asintió con la cabeza, como diciendo: «De acuerdo, vamos al grano.»

—Me encuentro con esto a menudo, señora Lennox: personas a quienes han convencido de que son viejas antes de hora.

¿Wilhelm?, se preguntó Julia. ¿Acaso...?

—O que se han persuadido a sí mismos de que son viejos —prosiguió el médico.

—¿Es lo que he hecho yo? Bueno..., tal vez.

—Voy a decirle algo que quizá la sorprenda.

—No me sorprendo con facilidad, doctor.

—Bien. Uno puede envejecer por decisión propia. Se encuentra en una encrucijada, señora Lennox. Si decide que es vieja, se morirá. Por otro lado, también puede decidir no envejecer, al menos por el momento.

Julia reflexionó por unos segundos y luego asintió.

—Creo que usted ha recibido un golpe de alguna clase. ¿Una muerte? Pero no importa la causa. Me da la impresión de que está sufriendo por una pérdida.

—Es usted un joven muy listo.

—Gracias, pero no soy tan joven. Ya tengo cincuenta y cinco años.

—Podría ser mi hijo.

—Sí, es verdad. Ahora, señora Lennox, quiero que se levante de esa silla y salga... de la situación en que se encuentra. La decisión es suya. Usted no es vieja. No necesita un médico. Voy a recetarle vitaminas y minerales.

—¡Vitaminas!

—¿Por qué no? Yo las tomo. Vuelva dentro de cinco años y entonces discutiremos si le ha llegado la hora de envejecer.

Las brumosas y doradas nubes dejaban caer brillantes que se esparcían encima y alrededor del taxi, estallando en cristales más pequeños o deslizándose por las ventanillas, y sus sombras dibujaban puntos y manchas que imitaban la trama del pequeño velo con lunares de Julia, sujeto en la coronilla con un sobrio pasador de azabache. Aquel cielo de abril, con intervalos de sol y chaparrones, era un farsante, ya que corría el mes de septiembre. Julia iba vestida como de costumbre. «Mi querida, mi querida Julia, voy a comprarte un vestido nuevo», le había dicho Wilhelm. Gruñendo y protestando, pero contenta, dejó que la llevara a las mejores tiendas, donde Wilhelm solicitó la ayuda de jovencitas primero displicentes y luego encantadas, y Julia terminó con un traje de terciopelo de color granate que en nada se diferenciaba de los que había usado durante décadas. Vestida con él, se mantenía erguida pensando en las pequeñas puntadas de hilo de seda en el cuello y los puños y la perfecta caída del sedoso forro, que se le antojaba una defensa contra los bárbaros. A su lado, Frances estaba inclinada, cambiándose el calzado de calle y las gruesas medias por zapatos de tacón y unos leotardos finos. Por lo demás, era evidente que esperaba que su ropa de trabajo —Julia había ido a recogerla al periódico— resultase apropiada para la ocasión. Andrew había dicho que se organizaría una pequeña celebración, pero que no necesitaban ponerse de punta en blanco. ¿Que habría querido decir? ¿Qué había que celebrar?

Se dirigían con inevitable lentitud al encuentro de Andrew, en un silencio amistoso, aunque lleno de cautela. Frances cayó en la cuenta de que, en todos los años que llevaba viviendo en casa de Julia, habían viajado juntas en tan pocas ocasiones que habría podido enumerarlas. Julia, por su parte, pensaba que no había intimidad entre ellas, y que sin embargo la joven —¡vamos, Julia, no tenía nada de joven!— era capaz de quitarse las medias y enseñarle sus robustas y blancas piernas sin el menor pudor. Con toda seguridad, a ella nadie le había visto las piernas desnudas desde que había alcanzado la edad adulta, excepto su marido y los médicos. ¿Y Wilhelm? Nadie lo sabía.

Juntas habían llegado a la conclusión de que la celebración se debía sin duda a que a Andrew le habían ofrecido un empleo en una de esas grandes organizaciones internacionales que inhalan y exhalan dinero y controlan los acontecimientos del mundo. Tras obtener su segundo título en Derecho —le había ido bien— había abandonado la casa de su abuela por segunda vez para compartir un piso con otros jóvenes, aunque no esperaba pasar mucho tiempo allí.

Cuando llegaron a Gordon Square, la luz del día se había extinguido. Del negro cielo caían grandes gotas que repiqueteaban a su alrededor, sin que las vieran. Se trataba de una casa decente, de la que no había por qué avergonzarse: Julia se había preguntado si Andrew no las había invitado antes porque se avergonzaba del lugar donde vivía, y en tal caso, ¿por qué se había ido? No se le cruzó por la cabeza que su autoridad y la de Frances, o al menos la competencia de ambas, podía constituir una carga para él: «¿Yo? ¡Bromeas!», dicen los padres de una generación tras otra ante esta situación. «¿Yo una amenaza? Si soy una criatura frágil y fácil de dominar, siempre colgando precariamente de los bordes de la vida.» Si

bien Andrew se había marchado de casa para sobrevivir, las cosas habían ido mejor cuando había regresado para hacer el segundo curso, porque entonces había descubierto que ya no temía a su estricta y crítica abuela ni a los pensamientos que le inspiraba la insatisfactoria vida de su madre.

No había ascensor, pero Julia subió con energía por la empinada escalera, cubierta por una elegante y raída alfombra que estaba a tono con el piso, según constataron cuando Andrew les abrió la puerta, pues era amplio y estaba lleno de muebles de todo tipo, algunos majestuosos a pesar de su vetustez. Durante décadas había sido un piso para estudiantes, o para jóvenes que se iniciaban en la vida laboral, y gran parte de su contenido terminaría en la basura. Andrew no las hizo pasar a la espaciosa sala, sino a una habitación más pequeña, separada de aquélla por una mampara de cristal. Aunque en el salón un par de muchachos y una chica leían o veían la televisión, allí había una mesa elegantemente dispuesta para cuatro: mantel blanco, copas de cristal, flores, cubiertos de plata y servilletas de verdad.

—Tendremos que tomar el aperitivo en la mesa —dijo Andrew—; de lo contrario, no podremos hablar.

De manera que los tres se sentaron, y el lugar vacío esperó a su ocupante.

Andrew parecía cansado, a juicio de su madre. En los adolescentes, las ojeras, la palidez, la gordura, los granos o cierta temblorosa serenidad son claros signos de un colapso inminente o de un trastorno emocional, pero cuando los adultos presentan el mismo aspecto que Andrew, una tiende a pensar que en los tiempos que corren la vida es tan dura que resulta cruel... Andrew sonreía, estaba encantador, como de costumbre, y vestido para la ocasión, y no obstante rezumaba ansiedad. Su madre estaba resuelta a no hacer preguntas, pero Julia soltó:

—Nos tienes en vilo. ¿Cuál es la noticia?

Andrew emitió una risita deliciosa.

—Preparaos para una gran sorpresa —anunció.

En ese momento, una joven salió de la cocina con una bandeja cargada de botellas. Se la veía risueña y tranquila.

—Estamos un poco cortos de bebidas, Andy. Esto es lo único que queda del jerez bueno.

—Ésta es Rosemary —la presentó Andrew—. Esta noche preparará la cena para nosotros.

—Cocino para ganarme la vida —explicó Rosemary.

—Estudia Derecho en la Universidad de Londres —informó Andrew.

La chica hizo una graciosa reverencia y dijo:

—Avisadme cuando estéis listos para la sopa.

—No quiero hablaros de trabajo —informó Andrew—. Aún estoy esperando que me confirmen un empleo. —Titubeó por un instante: un fantasma etéreo o lúgubre estaba a punto de materializarse; sí, qué mejor manera de hacerlo realidad que comunicar la noticia a la familia—. Es Sophie —les reveló por fin—. Sophie y yo... Estamos...

Las dos mujeres se quedaron sin habla. ¡Sophie y Andrew! Durante años Frances se había preguntado si Colin y Sophie... Porque salían a dar paseos, él acudía siempre a sus estrenos, y ella lloraba en su hombro cuando Roland se ponía difícil. Amigos. Hermanos. O eso decían.

En la mente de las dos mujeres se agolpaban las mismas consideraciones de orden práctico. Andrew se iría a trabajar al extranjero, probablemente a Nueva York, y Sophie era una actriz bastante bien considerada en Londres. ¿Abandonaría su carrera por él? Las mujeres solían hacerlo, a menudo cuando no debían. Y ambas pensaban que la emotiva y dramática Sophie sería una pareja poco apropiada para un hombre público.

—Bueno, gracias —dijo él al fin.

—Lo siento —se disculpó su madre—. Es la sorpresa.

Julia meditaba sobre los años que había pasado separada de Philip, su amor, esperándolo. ¿Había merecido la pena? En los últimos tiempos esta idea sediciosa la asaltaba cada vez más a menudo, clara y contundente, y ella no se esforzaba por desecharla. Lo cierto es que Julia ya estaba dispuesta a admitir que Philip debería haber contraído matrimonio con aquella joven inglesa, tan apropiada para él, y ella... Pero el pánico la embargaba cuando pensaba en cuál habría sido su destino en la Alemania en ruinas, ante semejante catástrofe, con los problemas políticos y la Segunda Guerra Mundial... No. Siempre llegaba a la conclusión de que había hecho bien en casarse con Philip, aunque él no debería haberse casado con ella.

—Tienes que entenderlo —dijo al fin—. Sophie está tan unida a Colin...

—Lo sé —repuso Andrew—, pero son como hermanos, nunca han... —Alzando la voz, añadió—: Rosie, trae el champán. —Sin mirar a su madre ni a su abuela, murmuró—: Creo que deberíamos empezar. Llega tarde.

—Se habrá entretenido con algo..., el teatro..., cualquier cosa —aventuró Frances, buscando palabras que disiparan la angustia que crispaba la cara de su hijo, porque sí, era angustia.

—No. Es Roland. Cuando la tenía segura, no le hacía el menor caso, pero ahora está celoso. No quiere que se vaya.

—¿Todavía no se ha ido de su casa?

—No, aún no.

Frances se sintió mejor. Sabía que a Sophie no le resultaría fácil abandonar al hechicero Roland. «Es mi condena, Colin —se había lamentado—. Es mi sino.» Después de todo, había intentado dejarlo en muchas ocasiones, y si lo cambiaba por Andrew... En fin, bastaba con mirarlo para percatarse de que era un peso ligero desde el punto de vista emocional, reconfortante quizá después del presuntuoso Roland, si bien no el contrapeso adecuado. Escenas, gritos, proyectiles —en una ocasión un pesado florero, que le había roto el meñique a Sophie—, lágrimas, súplicas por el perdón: ¿qué podía ofrecerle el civilizado Andrew a Sophie, quien seguramente echaría de menos todas esas cosas? «Tal vez me equivoque —se reprochó Frances—. Siempre lista para ver el final de una historia antes de que haya comenzado.»

—No es justo que le pidas que deje su trabajo, Andrew —intervino Julia.

—No tengo intención de hacerlo, abuela.

—Pero tú estarás tan lejos...

—Nos las arreglaremos —aseguró él, y se levantó para abrirle la puerta a Rosemary, que traía la sopa.

Convinieron en no abrir el champán. Comieron la sopa. Aguardaron unos minutos antes de empezar el segundo plato, pero Rosemary dijo que se echaría a perder, de modo que también procedieron a dar cuenta de él, Andrew pendiente del timbre y del teléfono. Éste sonó por fin y el joven se fue a otra habitación para hablar con Sophie.

Frances y Julia permanecieron sentadas, unidas por un mal presentimiento.

—Quizá Sophie sea la clase de persona que necesita ser infeliz —dijo Julia.

—Espero que Andrew no lo sea.

—Tampoco debemos olvidar la cuestión de los hijos.

—Los nietos, Julia —la corrigió Frances en broma, sin saber que Julia sonreía porque ya imaginaba el perfume de una cabecita infantil recién lavada, ni que a su lado estaba el fantasma de... ¿quién? Una criatura, tal vez una niña.

—Sí —dijo Julia—. Los nietos. Estoy convencida de que a Andrew le gustaría tener hijos.

Andrew, que regresó en ese momento, la oyó.

—Sí, mucho. Sophie me ha pedido que la disculpe. Está..., la han retenido. —Parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Qué ocurre? ¿La ha encerrado? —preguntó su madre.

—La..., la presiona —repuso él.

Aquella situación no podía ser peor, y lo sabían.

—No me imagino el futuro sin Sophie —dijo Andrew con voz entrecortada, y la frase sonó como una despedida—. Ha sido tan... —Saltaba a la vista que se estaba desmoronando. Salió corriendo de la habitación.

—No llegarán a nada —sentenció Frances.

—Espero que no.

—Creo que deberíamos irnos.

—Aguarda a que vuelva.

Tardó casi media hora en regresar, y los jóvenes que se hallaban al otro lado de la mampara de cristal las invitaron al salón. Julia y Frances aceptaron de buen grado. Temían desmoronarse ellas también.

Había media docena de muchachos y un par de chicas, una de las cuales era Rosemary. Ésta sabía que se había producido una catástrofe —¿grande?, ¿pequeña?— y les dio conversación, haciendo gala de diplomacia. Julia encontró que era una joven encantadora: guapa, inteligente y sin duda buena cocinera. Estudiaba Derecho, al igual que Andrew. Evidentemente estaban hechos el uno para el otro, ¿no?

Todos los jóvenes eran estudiantes y comentaban lo que habían hecho el último verano. De sus palabras se infería que entre todos habían visitado la mayor parte de los países del mundo. Hablaron de la situación en Nicaragua, España, México, Alemania, Finlandia y Kenia. Todos se habían divertido, pero al mismo tiempo habían viajado en busca de información: eran viajeros serios. Frances reflexionó sobre las abismales diferencias que había entre aquel ambiente y el que se había vivido en casa de Julia hacía diez años. A estos jóvenes se los veía mucho más felices... ¿Era ésa la palabra adecuada? Recordó los agobios, las dificultades, los crios trastornados. Éstos eran distintos. Claro que eran mayores, pero aun así... Julia habría dicho que ninguno de ellos era hijo de la guerra: la sombra de ésta ya había quedado muy atrás.

Aquella media hora, que habría podido resultar muy agradable, no lo fue tanto debido a la preocupación por Andrew, que entró por un momento para informarles que les había pedido un taxi. Debían disculparlo. Por las expresiones de sorpresa de los demás, Frances y Julia comprendieron que no estaban acostumbrados a ver alterado al afable Andrew. Una vez en la calle, las besó; un abrazo para Julia, un abrazo para Frances. Les abrió la puerta del taxi, pero no estaba pensando en ellas. De inmediato subió corriendo por la escalera.

—Me pregunto si estos jóvenes son conscientes de la suerte que tienen—dijo Julia.

—Mucha más que nosotros, desde luego.

—Pobre Frances, nunca se te presentó la ocasión de ver mundo.

—Entonces, pobre Julia también.

Compadeciéndose mutuamente, terminaron el viaje en silencio.

—No llegarán a nada —fue la conclusión de Julia.

—No, ya lo sé.

—De modo que no debemos pasarnos la noche en vela, preocupándonos.

Sentada sola en la cocina, ante una mesa que era la mitad de grande que la anterior, Frances bebió una taza de té, deseando que apareciera Colin. Sylvia rara vez lo hacía. Aunque ya no era una residente, sino un médico de verdad, y no se quedaba dormida en cuanto se sentaba, trabajaba mucho y casi no pisaba la habitación situada enfrente de la de Frances. Se dejaba caer para darse un baño, cambiarse de ropa y a veces pasar la noche, en cuyo caso subía —no siempre— a abrazar a Julia, pero nada más. Por consiguiente, Colin era el único «crío» que Frances veía últimamente.

No sabía nada de su vida fuera de la casa. Cierta día un hombre de aspecto dudoso, acompañado por un enorme perro negro, llamó al timbre y preguntó por Colin, que bajó corriendo y quedó en verse con él en el parque. Frances empezó a preocuparse: ¿Colin sería homosexual? Parecía poco probable, ¿no? Sin embargo, cuando empezaba a prepararse para adoptar la actitud correcta ante una situación semejante, apareció una chica pálida, y luego otra, y tuvo que decirles que Colin no estaba. «Pero si no está en casa, ¿por qué no está conmigo?»: Frances supo que pensaban eso porque ella habría pensado lo mismo. Esos incidentes eran indicativos de la existencia que llevaba Colin. Paseaba por el parque con Fiera a todas horas, hablaba con la gente que se sentaba en los bancos, entablaba amistad con otros propietarios de perros y de vez en cuando iba a un pub. Julia, que le había dicho a Colin que no era saludable que un hombre joven no tuviese vida sexual, había recibido esta respuesta: «Tengo una oscura y peligrosa vida secreta, llena de salvajes aventuras sentimentales, de modo que no te preocupes por mí, abuela.»

Esa noche entró acompañado por el perrito, como de costumbre, y vio a Frances.

—Me prepararé una taza de té —dijo. El perro se subió a la mesa.

—Saca a ese pequeño trasto de ahí.

—¿Lo has oído, Fiera? —Lo depositó en una silla y le ordenó que se quedara allí. El perro obedeció, meneando la cola mientras los miraba con ojos inquisitivos—. Sé que quieres hablarme de Andrew —agregó, sentándose con la taza de té entre las manos.

—Desde luego. Sería un desastre.

—No necesitamos más desastres en esta familia.

Su sonrisa le reveló a Frances que estaba de un humor belicoso. Hizo de tripas corazón, recordando que a Andrew podía decirle cualquier cosa, mientras que con Colin siempre la invadía cierta aprensión mientras intentaba descubrir de qué talante estaba. Se disponía a decir: «Bueno, olvídale, ya hablaremos», cuando él prosiguió:

—Julia ya ha estado dándome la lata. ¿Qué queréis que haga? ¿Que les aconseje: «No seas idiota, Andrew; no te precipites, Sophie.»? La cuestión es que ella necesita a Andrew para librarse de Roland.

Aguardó, sonriendo. Se había convertido en un hombre corpulento, con el cabello negro y rizado y unas gafas de montura negra que le daban aspecto de intelectual. Siempre estaba listo para atacar, entre otras cosas porque aún no se mantenía solo. Julia le había dicho a Frances: «Es preferible que le pase dinero yo a que se lo pases tú. Lo encuentro mejor desde el punto de vista psicológico.» Y tenía razón, lo que no impedía que él se desfagara con su madre. Frances también esperó. La batalla estaba a punto de comenzar.

—Si quieres una bola de cristal, deberías consultar a nuestra querida Phyllida, pero basándome en mis profundos conocimientos sobre la naturaleza humana, por citar el suplemento literario de *The Times*, te diré que Sophie seguirá con Andrew hasta que supere lo de Roland, y luego lo dejará por otro.

—Pobre Andrew.

—Pobre Sophie. Bueno, es una masoquista. Tú deberías entenderlo.

—¿Eso es lo que crees que soy?

—Es evidente que tienes talento para sufrir, ¿no estás de acuerdo?

—Ahora no. Hace mucho tiempo que no es así.

Colin titubeó. La escena podría haber acabado allí, pero se levantó de un salto, puso otra bolsita de té en su taza, le echó agua, reparó en que ésta no había hervido, extrajo la bolsita de la taza y la arrojó al fregadero, soltó una maldición, sacó la bolsita del fregadero y la tiró a la basura, encendió el hervidor eléctrico, escogió otra bolsita, vertió agua hirviendo..., todo esto con una precipitada torpeza que le indicó a Frances que no estaba disfrutando con el enfrentamiento. Regresó y colocó la taza sobre la mesa. Se levantó, acarició rápidamente al perro y se sentó de nuevo.

—No es nada personal —dijo—, pero he estado pensando... Es tu generación. Sois todos iguales.

—Ah—respondió Frances, contenta de que tocara el manido tema de los principios generales.

—El deseo de salvar el mundo. El paraíso apuntado en cada nuevo orden del día.

—Me estás confundiendo con tu padre —dijo Frances, y decidió contraatacar—. Estoy harta de esto. Siempre me involucran en los crímenes de Johnny. —Reflexionó sobre la palabra empleada—. Sí, crímenes. A estas alturas pueden llamarse así.

—¿Alguna vez no lo fueron? ¿Sabes una cosa? Leí en *The Times* que dijo: «Sí, hemos cometido errores.»

—Ya. Pero yo no cometí esos crímenes ni los apoyé.

—De todas maneras, ibas de salvadora del mundo, como él. Todos vosotros. Sois unos arrogantes, ¿lo sabías? No creo que haya existido una generación más presuntuosa. —Seguía sonriendo; disfrutaba del ataque, aunque también se sentía culpable—. Johnny siempre dando discursos y tú llenando la casa de descarriados y menesterosos.

Vaya, habían llegado al meollo de la cuestión.

—Lo siento —repuso Frances—, pero no veo la relación. No recuerdo que Johnny ayudara nunca a nadie.

—¿Ayudar? Si quieres llamarlo así... Bueno, su casa está atestada de americanos que huyen del ejército (no es que yo tenga nada contra eso) y de camaradas de todos los rincones del mundo.

—No es lo mismo.

—¿Nunca te has preguntado qué les habría pasado si no los hubieras metido a todos en esta casa?

—Uno de ellos era tu amiga Sophie.

—Pero nunca llegó a instalarse aquí.

—Prácticamente vivía aquí. ¿Y qué me dices de Franklin? Estuvo con nosotros más de un año. También era amigo tuyo.

—Y el maldito Geoffrey. Tenía que aguantarlo día y noche en el colegio, por no mencionar las vacaciones que pasaba aquí, durante años.

—Yo no sabía que te cayera tan mal. ¿Por qué no lo dijiste? ¿Por qué los jóvenes nunca habláis de lo que os molesta?

—Ahí tienes... No fuiste lo bastante perspicaz para darte cuenta.

—Vamos, Colin; ahora me dirás que no debimos permitir que Sylvia se mudara a esta casa.

—Yo no he dicho eso.

—Ahora no, pero solías decirlo. Me hacías la vida imposible con tus quejas. Ya estoy harta. Todo eso pertenece a un pasado lejano.

—Las consecuencias no pertenecen al pasado. ¿Sabías que esa arpía de Rose va por ahí diciendo que Julia es una borracha y tú una ninfómana?

Frances soltó una carcajada cargada de furia, pero sincera. Colin, que detestaba esa clase de risa, le dirigió una mirada angustiada y acusadora.

—Ay, Colin, si supieras qué vida más casta he llevado... —Hizo una pausa e, imbuyéndose del espíritu de la época, añadió—: Además, si hubiera tenido un lígüe diferente cada fin de semana, habría estado en mi derecho, ¿no? Vosotros no habríais podido reprocharme nada.

Lo absurdo de la situación quedó de manifiesto en el acto. Colin palideció y guardó silencio.

—Por el amor de Dios, Colin, sabes perfectamente que...

—Guau, guau, guau —intervino el perro.

Frances se dobló de la risa. Colin sonrió con amargura.

Lo cierto era que el peso de su principal acusación se alzaba entre los dos, como un objeto envenenado.

—¿De dónde sacasteis esa seguridad en vosotros mismos? Papá salvando el mundo, un millón de muertos aquí, otro millón allá, y tú: «Ven, entra y ponte cómodo, te daré besitos en las pupas para que te sientas mejor.» —Parecía traumatizado por su triste infancia, y de hecho ofrecía todo el aspecto de un niño, con los ojos húmedos y los labios temblorosos...

Fiera bajó de su silla, saltó a las rodillas de su amo y se puso a lamerle la cara. Colin ocultó el rostro —o parte de él— contra el lomo del perrito, y luego lo alzó para decir:

—¿De qué ibais? ¿Qué demonios os creíais? Todos salvadores del mundo, y os dedicabais a crear desiertos... ¿No te das cuenta de que nos habéis jodido? ¿Sabes que Sophie sueña con cámaras de gas y ningún miembro de su familia ha estado ni siquiera cerca de una? —Se levantó, abrazando al perro

—Un momento, Colin...

—Ya hemos hablado del punto principal del orden del día: Sophie. Es desgraciada y seguirá siéndolo. Hará desgraciado a Andrew. Luego se buscará otro hombre y continuará siendo desgraciada.

Salió corriendo de la cocina y subió por la escalera, mientras el perrito profería en sus brazos su estridente y ridículo guau, guau, guau.

En la casa de Julia sucedía algo de lo que nadie estaba al corriente. Wilhelm y Julia querían casarse, o por lo menos que él se instalase en aquélla. Se quejaba, al principio en tono de broma, de que lo obligaban a vivir como un adolescente, haciendo pequeñas escapadas para encontrarse con su amada en el Cosmo o en un restaurante; en ocasiones pasaba el día y la mitad de la noche con Julia, pero luego debía volver a su casa. Julia eludía el compromiso bromeando con que por lo menos no eran adolescentes que suspiraban por meterse en la cama juntos, a lo que él respondía que la cama no servía sólo para el sexo. Por lo visto recordaba abrazos y conversaciones sobre el mundo en la oscuridad. Si bien Julia no estaba convencida de querer compartir el lecho después de tantos años de viudez, poco a poco empezó a entenderlo. Siempre le sabía mal quedarse cómodamente en sus habitaciones cuando él tenía que marcharse, hiciera el tiempo que hiciese. Wilhelm vivía en un piso muy grande, que en el pasado había compartido con su esposa —muerta hacía mucho tiempo— y sus dos hijos, que ahora vivían en Estados Unidos. Rara vez estaba allí. Aunque no era pobre, no parecía sensato que mantuviera el piso con portero y un pequeño jardín cuando ella poseía una casa enorme. Hablaron, discutieron y finalmente riñeron en torno a lo que había que hacer al respecto.

Resultaba inconcebible que Wilhelm viviese con Julia en las cuatro pequeñas habitaciones que para ella bastaban. Además, ¿dónde metería sus libros? Tenía miles, muchos de ellos de los tiempos en que era librero. Tras colonizar el cuarto de Andrew, Colin se había apoderado de todo el piso de abajo. No podían pedirle que se marchara, ¿o sí? De todos los habitantes de la casa, con excepción de la propia Julia, era el que más necesitaba su espacio, un lugar seguro en el mundo. Debajo de Colin estaba Frances, que ocupaba dos habitaciones amplias y una pequeña. Y en esa misma planta se encontraba el cuarto de Sylvia. Aunque sólo lo usaba una vez al mes, era su hogar y debía seguir siéndolo.

No obstante, Wilhelm quiso saber por qué no podían pedirle a Frances que se buscara otra casa. Ganaba suficiente dinero, ¿no? Julia se negó. La familia Lennox había utilizado a Frances para que criase a dos hijos, ¿y ahora iban a ponerla de patitas en la calle? Julia jamás le había perdonado a Johnny que tras la muerte de Philip le sugiriera que se mudase a un pequeño apartamento.

Debajo de las habitaciones de Frances, el amplio salón se extendía de un extremo al otro de la casa. ¿Cabrían más estanterías para los libros de Wilhelm? Sin embargo, éste sabía que Julia no quería sacrificar esa estancia. Y aún quedaba Phyllida, que ahora estaba en condiciones de pagarse una vivienda propia. Contaba con el dinero que le había prometido Sylvia, y su actividad como vidente —y cada vez más como psicoterapeuta— le proporcionaba unos ingresos estables. Cuando los miembros de la familia se habían enterado de que Phyllida se dedicaba ahora a la terapéutica, habían soltado una retahila de chistes, todos en la línea de «Pero no puede salvarse a sí misma». A pesar de todo, captaba pacientes. Si se libraban de Phyllida y sus fieles clientes, nadie pondría objeciones. Bueno, sí, quizá Sylvia, que había adoptado una actitud maternal hacia su madre. Se preocupaba por ella. ¿Y de qué serviría que Phyllida se marchase? Sólo resultaría útil si Frances o Colin se mudaban al apartamento del sótano, pero ¿por qué iban a hacerlo? Y había algo más, un argumento poderoso que a Wilhelm no se le había pasado por la cabeza. Julia siempre había soñado con que Sylvia se instalase en la casa cuando se casara o encontrase «una pareja». (Una expresión ridícula, en su opinión.) ¿Dónde? Bueno, Phyllida se iría del sótano y entonces...

Wilhelm empezó a decir que finalmente lo entendía: en realidad, a Julia no le apetecía vivir con él: «Siempre te he querido más que tú a mí.»

Julia nunca había pensado que el amor entre ellos fuera mensurable. Simplemente contaba con él. Wilhelm le prestaba apoyo y consuelo, y ahora que estaba envejeciendo (por mucho que el doctor Lehman dijese lo contrario), sabía que sería incapaz de vivir sin él. ¿No lo amaba? Bueno, no si lo comparaba con Philip. Pero esos pensamientos la incomodaban y no quería que siguieran haciéndolo, como tampoco quería oír los reproches de Wilhelm. Le habría gustado que se mudara a su casa si las cosas no hubieran sido tan complicadas, aunque sólo fuese para dejar de sentirse culpable por el amplio y desaprovechado piso de Wilhelm. Incluso estaba dispuesta a imaginar abrazos y conversaciones nocturnas en su antigua cama conyugal. Por otro lado, sólo había compartido el lecho con un hombre en su larga vida: le pedían demasiado, ¿no? Los reproches de Wilhelm se convirtieron en acusaciones; Julia lloraba y Wilhelm se arrepentía.

Frances planeaba irse de la casa de Julia. Por fin dispondría de un piso propio. Ahora que no tenía que pagar matrículas escolares ni universitarias, estaba ahorrando dinero. Viviría en una casa propia, no en la de Julia o de Johnny, un sitio lo bastante grande para dar cabida a sus libros y su material de investigación, que ahora estaban repartidos entre la casa de Julia y *The Defender*. «Qué agradable es recibir un sueldo fijo»; sólo alguien que no ha disfrutado de él puede decirlo con el sentimiento que merece. Frances recordó sus tiempos de periodista *free-lance* y sus insignificantes empleos en el teatro. Aun así, cuando consiguiera ahorrar suficiente dinero para pagar la entrada de un piso, renunciaría a su puesto en *The Defender*, que cada vez se le antojaba menos apropiado para ella.

Siempre había llevado a cabo la mayor parte del trabajo en casa y nunca se había considerado parte integrante del periódico. Sus colegas se quejaban de sus idas y venidas, como si su conducta entrañara

una crítica a *The Defender*. Y así era. Se sentía una extraña en una institución donde todo el mundo se sentía acosado por hordas hostiles y fuerzas reaccionarias, como si nada hubiera cambiado desde los gloriosos días del siglo anterior, cuando *The Defender* era prácticamente el único bastión de los saludables valores solidarios: no había habido una sola causa justa que ellos no hubieran defendido. En la actualidad el periódico abogaba por los injuriados y los agraviados, pero se comportaba como si difundieran problemas de las minorías, en lugar de —en general— «opiniones aceptadas».

Frances ya no era Tía Vera («Mi hijo se orina en la cama, ¿qué puedo hacer?»), sino que escribía artículos serios y bien documentados sobre temas como las diferencias entre los salarios masculinos y los femeninos, las desiguales oportunidades de trabajo o las guarderías: prácticamente todos sus reportajes trataban de la discriminación de la mujer.

En ciertos círculos, casi siempre masculinos (pues con creciente frecuencia los hombres se veían como víctimas de hostiles hordas femeninas), predominaba la opinión de que las periodistas de *The Defender* componían una especie de mafia formada por mujeres cargantes, obsesivas y sin sentido del humor pero con talento. Frances tenía de este último, desde luego: todos sus artículos acababan publicados en revistas e incluso en libros y se citaban en la radio o la televisión. En el fondo coincidía con que sus colegas eran unas pesadas, si bien sospechaba que ella no era mucho mejor. Ciertamente se sentía pesada, cargada con los males del mundo: la acusación de Colín había sido fundada: creía en el progreso y en que era posible cambiar las cosas si uno no cejaba en su empeño de denunciar las injusticias. ¿Acaso no era verdad, aunque sólo fuese a veces? Ella se enorgullecía de algunos pequeños triunfos. Al menos nunca había volado en los procelosos cielos del feminismo de moda: no era como Julie Hackett, que había prorrumpido en llanto al oír por la radio que la malaria la transmitía el mosquito hembra. «¡Los muy cabrones! ¡Cabrones fascistas!» Cuando Frances consiguió convencerla de que se trataba de un dato técnico y no de una calumnia inventada por científicos machistas para rebajar al sexo femenino —«perdón, al género femenino»—, Julie se tranquilizó y dijo entre sollozos: «¡Es tan injusto!» Julie Hackett continuaba entregada al periódico. En casa llevaba delantales de *The Defender*, bebía en tazas de *The Defender*, usaba paños de cocina de *The Defender*. Pillaba una rabieta cada vez que alguien criticaba al periódico. Consciente de que Frances no estaba tan «comprometida» como ella (esa palabra le encantaba), a menudo le soltaba breves sermones destinados a concienciarla. Frances la encontraba tremendamente aburrida. Los aficionados a observar las diabluras de la vida ya habrán reconocido a este personaje, que a menudo nos acompaña y que aparece en todas las épocas y lugares, cual una sombra de la que nos gustaría librarnos pero que sigue ahí, como una burlona caricatura de sí misma aunque también, oh, sí, como un saludable recordatorio. Al fin y al cabo Frances había sucumbido a la cargante retórica de Johnny, se había dejado seducir por el Gran Sueño que había condicionado su vida desde entonces. Sencillamente, había sido incapaz de librarse de su influjo, y ahora trabajaba dos o tres días a la semana con una mujer para quien *The Defender* cumplía la misma función que había representado el partido para sus padres, que se jactaban de seguir siendo comunistas ortodoxos.

Algunas personas han llegado a la conclusión de que nuestra mayor necesidad —la del ser humano— es tener algo o alguien a quien odiar. Durante décadas, las clases altas y medias desempeñaron este práctico papel, que en los países comunistas les acarreaba la muerte, la tortura y el encarcelamiento, y en países más ecuanímenes, como Inglaterra, sencillamente las hacía merecedoras del oprobio general o de molestas obligaciones, como la de adquirir un acento cockney. No obstante, últimamente ese credo empezaba a quedar desfasado. El nuevo enemigo —los hombres— resultaba aún más útil, pues abarcaba a la mitad de la especie humana. A lo largo y ancho del planeta las mujeres enjuiciaban a los hombres, y cuando Frances estaba con sus colegas de *The Defender*, se sentía como miembro de un jurado enteramente femenino que acabara de dictar un veredicto unánime de culpabilidad. Convencidas de estar en posesión de la verdad, en los momentos de ocio contaban anécdotas que ilustraban la grosería de fulano o la desfachatez de mengano, cambiaban miradas o comentarios irónicos, apretaban los labios y enmarcaban las cejas, y cuando había hombres presentes, los vigilaban buscando pruebas de su incorrección ideológica para lanzarse sobre ellos como una gata sobre un gorrión. Nunca han existido personas más arrogantes y seguras de su superioridad moral, ni con menor capacidad de autocritica. Sin embargo, sólo marcaron una etapa del movimiento de liberación de la mujer. En sus inicios, el nuevo feminismo de los sesenta semejaba una niña en una fiesta: loca de alegría, con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes, bailando y gritando: «No llevo bragas, ¿podéis verme el culo?» Al igual que a una niña de tres años a quien los adultos no hacen el menor caso, ya se le pasaría con la edad. Y así fue. «¿Quién, yo? Yo jamás hice nada semejante... Vale, de acuerdo, pero era una cría.»

La sensatez se impuso rápidamente, y si el precio que hubo que pagar para hacerse valer fueron unas irritantes ínfulas de superioridad moral, sin duda se trataba de un precio muy bajo a cambio de una investigación tan seria y rigurosa: la tarea infinitamente tediosa de desenterrar hechos, cifras, informes gubernamentales y datos históricos, la clase de trabajo que cambia leyes y opiniones e instaura la justicia.

A esta etapa, como es lógico, le sucedió otra.

Entretanto, Frances llegó a la conclusión de que trabajar para *The Defender* no se diferenciaba mucho de ser la mujer de Johnny: tenía que cerrar el pico y reservarse sus opiniones. Por eso siempre se había llevado gran parte del trabajo a casa, porque guardarse lo que uno piensa resulta desgastador, extenuante. De manera que tardó bastante tiempo en caer en la cuenta de que muchos de los periodistas que trabajaban para *The Defender* eran hijos de los camaradas del partido, aunque había que conocerlos bien para reparar en ello. Si uno había recibido una educación de izquierdas, se lo callaba: resultaba

demasiado difícil de explicar. Pero ¿y si los demás se hallaban en la misma situación? Esto no ocurría únicamente en *The Defender*. Era sorprendente la frecuencia con que uno oía: «Mis padres estuvieron en el partido, ¿sabes?» Aquella generación de creyentes, ahora desautorizada, había traído al mundo hijos que, si bien renegaban de las ideas de sus padres, admiraban su dedicación, al principio en secreto, luego abiertamente. «¡Qué fe! ¡Qué pasión! ¡Qué idealismo! ¡Cómo pudieron tragarse tantas mentiras?» Por el contrario ellos, los hijos, tenían una mente abierta y libre, no contaminada por la propaganda.

Sin embargo, la realidad era que la atmósfera de *The Defender* y otros organismos liberales la había «fijado» el partido. La semejanza más ostensible residía en la hostilidad hacia las personas que no compartían sus ideas. Los hijos liberales o izquierdosos de padres que ellos tachaban de fanáticos mantenían intactos ciertos hábitos de pensamiento heredados. «Si no estás con nosotros, estás contra nosotros.» La costumbre de radicalizar: «Si no piensas como nosotros, eres un fascista.»

Y al igual que en el partido en los viejos tiempos, se había erigido un altar con personajes admirados, héroes y heroínas, ahora por lo general no comunistas, aunque el camarada Johnny era una figura prominente, un viejo patriarca, un miembro de la vieja guardia a quien sin duda habrían retratado subido a una plataforma, agitando continuamente el puño hacia un cielo reaccionario. Oh, sí, se habían cometido «errores», y todos lo admitían, pero aquel gran poder seguía defendiéndose, porque el hábito estaba demasiado arraigado.

En el periódico se rumoreaba que ciertas personas eran espías de la CÍA. Nadie ponía en duda que ésta tenía espías en todas partes, de manera que debía de haberlos allí también: nadie insinuó jamás que el KGB soviético estuviese detrás, manipulando e influyendo, como se reconoció veinte años después. El principal enemigo era Estados Unidos: eso se sobreentendía o se proclamaba a bombo y platillo. Era un estado fascista y militarista en el que no había libertad ni democracia verdadera, según denunciaban continuamente en artículos y discursos quienes pasaban sus vacaciones allí, enviaban a sus hijos a las universidades estadounidenses o «cruzaban el charco» para participar en manifestaciones, revueltas, marchas y asambleas.

Un joven ingenuo, que se había unido a la plantilla de *The Defender* porque admiraba su glorioso y honorable historial en la línea del pensamiento libre y justo, alegó impulsivamente que era un error tachar de fascista a Stephen Spender por hacer campaña contra la Unión Soviética e intentar convencer a la gente de «la verdad», expresión que significaba lo contrario de lo que aseveraban los comunistas. En su opinión, dado que todo el mundo estaba al corriente de los fraudes electorales, las farsas de los juicios, los campos de concentración, los trabajos forzados y el hecho de que Stalin era peor que Hitler, no había nada de malo en denunciar todas esas cosas. Hubo gritos, aullidos, lágrimas: un escándalo que estuvo a punto de desembocar en una pelea a puñetazos. El joven se marchó y los demás lo tildaron de agente de la CÍA.

Frances no era la única que suspiraba por largarse de aquel antro lleno de gente quisquillosa e hipócrita. Rupert Boland, su buen amigo, era otro. Esta secreta antipatía que albergaban hacia la institución en la que trabajaban fue lo que los unió en primer lugar y después, cuando se les presentó la oportunidad de marcharse a escribir artículos para otros periódicos, se quedaron, cada uno de ellos pensando en el otro, algo que ninguno de los dos sabía, ya que tardaron mucho tiempo en confesárselo. Cuando Frances descubrió que corría el peligro de enamorarse de ese hombre, era demasiado tarde; ya se había enamorado. ¿Y por qué no? Las cosas se desarrollaron lentamente pero de manera satisfactoria. Rupert quería vivir con Frances.

—¿Por qué no te instalas en mi casa? —preguntó. Tenía un piso en Marylebone.

Frances contestó que quería poseer una casa propia por una vez en su vida. Al cabo de un año habría ahorrado suficiente dinero.

—Deja que te preste lo que te falta —propuso él.

Ella rechazó el ofrecimiento con excusas. Entonces no sería un lugar completamente suyo, un refugio que pudiese considerar propio. El no lo entendió y se ofendió. A pesar de estas discrepancias, el amor entre ellos prosperó. Ella pasaba algunas noches en su casa, aunque no demasiadas, por miedo de disgustar a Julia y a Colin.

—¿Por qué? —se quejaba Rupert—. Ya has cumplido los veintiuno, ¿no?

Cuando se llega a cierta edad, hay momentos en que episodios enteros de una historia de sufrimiento y golpes se juxtaponen y afloran a la superficie. No se sentía capaz de explicárselo. Y tampoco quería hacerlo: que no se hablara más. Basta. Fin. Rupert no lo comprendería. Había estado casado y tenía dos hijos que vivían con su madre. Los veía con regularidad, y ahora también los veía Frances. Sin embargo, él no había sufrido las feroces imposiciones de los adolescentes.

—Pero no somos unos críos que tengan que esconderse de los mayores —protestaba, como Wilhelm.

—No lo sé, pero por el momento es divertido.

Surgió un posible problema, que al final no lo fue: él era diez años menor que ella. ¡Frances tenía casi sesenta, y él diez menos! Después de cierta edad, diez años más o menos no significan mucho. Además de recordarle que el sexo era algo agradable, Rupert constituía una estupenda compañía. La hacía reír, y ella sabía que lo necesitaba. Ambos estaban descubriendo con incredulidad lo fácil que resultaba ser feliz. ¿Cómo era posible que algo tan sencillo se les hubiera antojado tan difícil, agotador y doloroso?

Entretanto, no parecía haber un domicilio para ese amor, que no se manifestaba como un frenesí adolescente sino como un sentimiento más reposado y cotidiano.

La multitud que celebraba la independencia de Zimlia no cabía en el local: había invadido la escalinata de la entrada y amenazaba con obstruir el tráfico, como había ocurrido durante las fiestas por Kenia, Tanzania, Uganda y Zimlia del Norte. La mayor parte de la concurrencia seguramente había asistido a todas las celebraciones anteriores. Los sentimientos de triunfo estaban representados en toda su gama: desde la serena satisfacción de quienes habían trabajado durante años para que llegara este momento hasta la desbordante euforia de aquellos que encuentran a la muchedumbre tan embriagadora como el amor, el odio o el fútbol. Frances estaba allí porque Franklin la había telefoneado: «Os quiero allí. Tenéis que ir. Tú y todos mis viejos amigos. —Era halagador—. ¿Y dónde está la señorita Sylvia? Por favor, invítala también a ella.»

Por eso Sylvia estaba con Frances, abriéndose paso entre el gentío, aunque había dicho y seguía diciendo:

—Tengo que hablar contigo, Frances. Es importante.

Alguien tiró de la manga de Frances.

—¿Señora Lennox? ¿Es usted la señora Lennox? —preguntó una ansiosa joven con pelo rojo tan crespo como el de una muñeca de trapo y pinta de desorientada—. Necesito su ayuda.

Frances se detuvo, con Sylvia detrás.

—¿Qué ocurre? —gritó Frances.

—¡Ha sido tan buena con mi hermana...! Le debe la vida. Por favor, necesito ir a verla. —La joven también hablaba a voces.

Frances tardó unos segundos en comprender lo que sucedía.

—Ya entiendo. Creo que quiere hablar con la otra señora Lennox, con Phyllida.

La chica contrajo el rostro en sucesivas muecas de desconfianza, frustración y tristeza.

—¿No quiere...? ¿No puede? ¿No es usted...?

—Se ha equivocado de persona. —Frances echó a andar de nuevo, del brazo de Sylvia. Tardaría un tiempo en asimilar la idea de que alguien tuviese semejante concepto de Phyllida—. Se refería a Phyllida —explicó.

—Lo sé —repuso Sylvia.

Al llegar a la puerta del local, advirtieron que se hallaba atestado y que era imposible entrar, aunque Rose y Jill estaban de porteras. Ambas lucían escarapelas del tamaño de platos y con los colores de la bandera de Zimlia. Rose soltó un grito de alegría al ver a Frances.

—Es como una reunión familiar —le dijo al oído—. Ha venido todo el mundo. —Entonces reparó en Sylvia y añadió en tono de indignación—. No sé por qué crees que vas a encontrar sitio. Jamás te he visto en una manifestación.

—Ni a mí —señaló Frances—. De todos modos, espero que eso no me convierta en una oveja negra.

—Oveja negra —se mofó Rose—. Una expresión típica. —Se hizo a un lado para dejar paso a Frances y luego, por obligación, también a Sylvia—. Necesito hablar con Franklin, Frances —dijo.

—¿No deberías comentárselo a Johnny? Franklin se aloja con él cuando está en Londres.

—Johnny no parece acordarse de mí..., aunque formé parte de la familia, ¿no? Durante siglos.

Se oyó una ovación. Los oradores estaban subiendo a la tribuna: eran unos veinte, y entre ellos figuraban Johnny, Franklin y otros negros. Franklin avistó a Frances, que se había abierto paso a empujones hasta las primeras filas, y saltó de la tribuna riendo, casi llorando, frotándose las manos, rebosante de alegría. Abrazó a Frances, miró alrededor y preguntó:

—¿Dónde está Sylvia? —Se fijó en una mujer joven y delgada, con la lacia melena rubia recogida en la nuca y la cara muy pálida, que llevaba un jersey negro de cuello alto. A continuación miró alrededor por un instante y volvió a posar la vista en ella.

—¡Aquí estoy! —exclamó Sylvia para hacerse oír por encima de los aplausos y los gritos.

En la tribuna, los oradores agitaban los brazos, entrelazaban los dedos por encima de la cabeza y saludaban con el puño en alto a cierto ente que aparentemente flotaba sobre las cabezas del público. Sonreían y reían, absorbiendo el amor de la multitud y devolviéndolo en forma de rayos calurosos y casi visibles.

—Estoy aquí. Ya no me recuerdas, Franklin.

Jamás el rostro de un hombre expresó una desilusión mayor. Durante años, Franklin había retenido en su memoria a aquella delicada niña rubia que era como un pollito recién nacido, tan dulce como la Virgen y las santas de las imágenes sagradas de la misión. Ahora, la mujer de aspecto grave que tenía delante, le hacía daño. No quería mirarla. No obstante, ella se acercó desde detrás de Frances y lo abrazó, sonriendo, y por un segundo Franklin pensó: «Sí, es Sylvia...»

—¡Franklin! —gritaron desde la tribuna.

En ese momento llegó Rose e insistió en abrazarlo.

—Soy yo, Franklin —dijo—. ¿Me recuerdas?

—Sí, sí, sí —contestó él, que guardaba recuerdos ambiguos de Rose.

—Necesito hablar contigo.

—De acuerdo, pero ahora debo subir.

—Te esperaré después de la asamblea. Recuerda que es por tu propio bien.

Subió y se convirtió en una brillante y risueña cara negra entre las otras, al lado de Johnny Lennox, que semejaba un viejo aunque digno león sarnoso y saludaba a los seguidores de abajo agitando el puño. Sin embargo, Franklin continuó recorriendo la sala con la mirada como si buscara a la antigua Sylvia, y cuando la fijó en la auténtica, sentada en la primera fila, ella lo saludó con la mano y le sonrió. Una expresión de dicha volvió a iluminar el rostro de Franklin, que abrió los brazos como si quisiera estrechar al público entre éstos, aunque era a ella a quien quería abrazar.

Durante la celebración de una victoria no se habla mucho de los soldados muertos, o bien todo lo contrario e incluso se canta sobre los compañeros caídos «que hicieron posible este triunfo», pero las aclamaciones y las estruendosas consignas por parte de los vencedores están destinadas a relegar al olvido los huesos que yacen en la grieta de una roca, en una colina o en una tumba tan poco profunda que los chacales la abren para esparcir costillas, dedos, una calavera... Detrás del jolgorio reina un silencio acusador, que pronto se llenará de olvido. En aquel local, había pocas personas que hubieran perdido hijos en la guerra —los asistentes, en su mayoría, eran blancos— o que hubieran luchado en ella, pero los hombres de la tribuna habían estado en el ejército o habían visitado a los combatientes. También había individuos que se habían entrenado para la lucha política o la guerra de guerrillas en la Unión Soviética o en los campos de instrucción soviéticos en territorio africano. Y muchos de los miembros del público habían estado en distintas regiones de África «en los viejos tiempos». Pese a que entre ellos y los activistas mediaba un abismo, todos habían prorrumpido en vítores.

Los veinte años de guerra habían empezado con revueltas aisladas, manifestaciones de «descontento social» y de «desobediencia civil» o rencores que se habían cometido en matanzas o incendios, pero todas esas gotas se habían unido para formar el torrente de la guerra, una guerra que, aunque había durado dos décadas, pronto sería recordada únicamente en las celebraciones conmemorativas. El ruido era ensordecedor y no parecía que fuese a cesar. La gente gritaba, lloraba, se abrazaba y besaba a desconocidos mientras en la tribuna se sucedían los oradores negros y blancos. Franklin habló una vez y luego otra. La multitud simpatizaba con ese hombre robusto y risueño que, según se comentaba, pronto formaría parte del Gobierno del camarada Matthew Mungozi, hasta hacía poco un nombre más entre una docena de líderes potenciales y que había ganado inesperadamente las recientes elecciones. Un poco tarde, llegó el camarada Mo, emocionado, sonriente, saludando con la mano. Subió de un salto a la tribuna y explicó que acababa de regresar de los territorios ocupados por la guerrilla, que había depuesto las armas y estaba trazando planes para hacer realidad los dulces sueños que los habían mantenido en la lucha durante tantos años. De esos sueños le habló a la multitud, gesticulando, agitado y lloroso: habían estado tan pendientes de las noticias de la guerra que no habían tenido tiempo de pensar cuan pronto oirían la frase: «Y ahora construiremos el futuro juntos.» El camarada Mo no procedía de Zimlia, pero eso no importaba: ningún otro orador había visitado a los guerrilleros recientemente, ni siquiera el camarada Matthew, que había estado demasiado ocupado negociando con el Gobierno británico o asistiendo a reuniones internacionales. La mayor parte de los estados del mundo le habían prometido su apoyo. De la noche a la mañana se había convertido en un personaje público.

A Frances y Sylvia les resultó imposible abrirse paso para salir de allí, y el vocerío, las lágrimas y los discursos continuaron hasta que el encargado del local se presentó para comunicarles que les quedaban diez minutos del tiempo que habían pagado. Se oyeron gruñidos, abucheos y gritos de «fascistas». La concurrencia se encaminó hacia las puertas. Frances se quedó mirando a Johnny, esperando que al menos diese alguna señal de haberla visto, lo cual finalmente hizo con una adusta inclinación de la cabeza. Rose trepó a la tribuna para saludar a Johnny, que le dedicó otra cabezada. A continuación Rose se puso delante de Franklin, interponiéndose entre éste y la gente que quería abrazarlo, estrechar su mano o incluso sacarlo a hombros de la sala.

Cuando Frances y Sylvia llegaron al vestíbulo, Rose las alcanzó, henchida de satisfacción. Franklin le había prometido una entrevista con el camarada Matthew. Sí, de inmediato. Sí, sí, sí, le había prometido que podría hablar con el camarada Matthew, quien viajaría a Londres la semana siguiente.

—¿Lo ves? —le comentó a Frances, sin mirar a Sylvia—. Ya voy bien encaminada.

—¿Hacia dónde? —inquirió Frances. Era la pregunta que Rose esperaba.

—Ya lo verás —respondió Rose—. Lo único que quería era una oportunidad —aclaró y a continuación se marchó para cumplir con sus obligaciones.

Frances y Sylvia permanecieron un rato en la acera, rodeadas de personas felices que se resistían a dispersarse.

—Tengo que hablar contigo, Frances —dijo Sylvia—. Es importante. Tengo que hablar con todos vosotros.

—¿Con todos?

—Sí, ya entenderás por qué.

Se reunirían al cabo de una semana; Sylvia prometió que pasaría la noche en casa.

Rose leyó todos los artículos que encontró sobre el camarada Matthew, el presidente Mungozi, pero no demasiado sobre Zimlia. Los autores de los numerosos escritos, que en su mayor parte ensalzaban al personaje, se habían expresado en términos muy críticos anteriormente.

Para empezar, Mungozi era comunista. Se preguntaban qué consecuencias tendría ese hecho en el contexto político de Zimlia. Rose no pensaba seguir esa línea de interrogatorio, y mucho menos con actitud contenciosa. Había preparado un borrador, con preguntas copiadas de otras entrevistas, antes incluso de conocer al Líder. Como periodista *freelance*, había redactado notas sobre asuntos locales, casi siempre basándose en información que le pasaba Jill, que formaba parte de varias comisiones municipales. Siempre recopilaba datos y artículos de otros para escribir sus artículos, y el presente trabajo sólo se diferenciaba por su envergadura y sus repercusiones (o eso esperaba ella).

No tuvo en cuenta ninguna de las críticas al camarada Matthew, y terminó con un par de párrafos repletos de vaguedades optimistas como las que tantas veces había oído pronunciar al camarada Johnny.

Con ese borrador acudió al hotel donde se alojaba el Líder. Éste no se mostró muy comunicativo, al menos al principio, pero después de leer el borrador de la entrevista, su desconfianza se disipó y le proporcionó algunas citas útiles. «Como me dijo el presidente Mungozi...»

Había transcurrido una semana. Frances había abierto la mesa, esperando que la gente dijera: «Como en los viejos tiempos.» Había preparado un guiso y un postre. ¿Quién acudiría? Al enterarse de que Sylvia estaría presente, Julia había prometido bajar y llevar a Wilhelm. Colin había asegurado que no se perdería la «reunión» por nada del mundo. Andrew, que había estado de luna de miel con Sophie —eso decía, aunque no se habían casado—, anunció que los dos asistirían.

Julia y Frances aguardaron juntas. Andrew fue el primero en llegar, solo. Una mirada bastó para comprobar que aquél no era el afable Andrew de costumbre: ofrecía un aspecto cansino, incluso enfermizo. Se lo veía triste. Y tenía los ojos enrojecidos.

—Sophie tal vez venga más tarde —dijo y se sirvió varias copas de vino tinto, una detrás de otra—. Muy bien, mamá. Ya sé lo que estás pensando, pero me siento hecho polvo.

—¿Ha vuelto con Roland?

—No lo sé. Es posible. Como suele decirse, los lazos del amor son difíciles de romper, aunque si eso es amor, no quiero saber nada de él. —Ya empezaba a arrastrar las palabras—. He venido porque nunca tengo ocasión de ver a Sylvia. ¿Quién es Sylvia? Quizá sea ella a quien en realidad quiero, pero ¿sabes una cosa, Frances?, creo que tiene alma de monja. —Prosiguió de ese modo, soltando una retahila cada vez más lenta y confusa, hasta que se levantó, se acercó al fregadero y se refrescó la cara—. Según cierta superstición —pronunció «supersisión»—, el agua fría apaga las llamas del alcohol. No es verdad. —Se sentó, inclinando bruscamente la cabeza, y volvió a ponerse de pie al instante—. Me parece que me echaré un rato.

—Colin se ha apoderado de tu habitación.

—Iré al salón. —Subió ruidosamente por la escalera.

Al cabo de unos minutos llegó Sylvia. Abrazó a Julia, que no pudo evitar decir:

—Ya casi no te veo el pelo.

Sylvia sonrió, se sentó enfrente de Frances y desplegó unos papeles sobre la mesa.

—¿No vas a cenar con nosotras? —preguntó Julia.

—Lo siento —se disculpó Sylvia, y apiló los papeles a un lado.

Colin bajó los escalones de tres en tres. Sylvia, cuyo rostro se iluminó al verlo, abrió los brazos sonriendo. Se abrazaron.

Wilhelm llamó antes de entrar, como de costumbre, pidió permiso para unirse a ellos y se sentó junto a Julia, aunque antes le besó la mano y la contempló con atención. ¿Estaba preocupado por ella? Tenía el aspecto de siempre, igual que él. A pesar de que ya rondaba los noventa, se le veía fuerte y sano.

Al enterarse de que Andrew estaba durmiendo la mona en el salón, Colin dijo:

—La belle dame setns merci. Te lo advertí, Frances, ¿no?

En ese momento se presentó Sophie, deshaciéndose en disculpas. Llevaba un holgado vestido blanco sobre el que su negra melena caía como una cascada; su rostro no parecía marcado por el amor o el sufrimiento, pero sus ojos..., sus ojos eran otra historia.

Frances tenía las manos ocupadas, pues estaba sirviendo la comida. Inclino la cabeza para que Sophie la besara en la mejilla. La chica se sentó enfrente de Colin y advirtió que éste la estudiaba con seriedad.

—Mi querido Colin —dijo.

—Tu víctima está arriba, destrozada —le informó él.

—Eso no ha sido muy amable —protestó Frances.

—No pretendía serlo —replicó Colin.

A Sophie se le humedecieron los ojos.

—A las mujeres hermosas nunca hay que reprocharles el daño que ocasionan —lo aleccionó Wilhelm—. Gozan del permiso de los dioses para atormentarnos. —Levantó la mano de Julia, la besó dos veces, suspiró, la dejó en la mesa y la acarició.

Entonces se presentó Rupert, sin dar explicaciones y sin que nadie se las pidiera: iba a menudo por allí y lo aceptaban (o eso esperaba Frances). Colin lo miró largamente, no con hostilidad, sino con tristeza, como si acabara de recordar su soledad. Rupert se sentó al lado de Frances y saludó a todo el mundo con inclinaciones de la cabeza.

—Una reunión —observó—; pero también es una cena.

Frances depositó un plato lleno delante de cada comensal, sin ceremonia, y las botellas de vino en el centro de la mesa.

—Es maravilloso, Frances, estupendo, igual que en los viejos tiempos; si supieras lo mucho que me acuerdo de aquellas veladas maravillosas, todos sentados aquí... —farfulló Sophie, al borde del llanto, mientras desmigaba un trozo de pan con sus largos y delgados dedos, ideales para lucir anillos.

El perro, que había escapado de donde lo tenían encerrado, entró corriendo en la cocina y subió de un salto al regazo de Colin, agitando la peluda cola como si fuera un plumero.

—Baja, Fiera, baja ahora mismo —ordenó Colin, pero el chuchó se había acomodado y trataba de lamerle la cara.

—No deberías permitirle que haga eso —dijo Sylvia—. No es higiénico.

—Lo sé —repuso Colin.

—¿No podrías ponerle un nombre más sensato a ese perro? —preguntó Julia—. Cada vez que lo llamas Fiera me entran ganas de reír a carcajadas.

—Una carcajada al día es la mejor medicina —apuntó Colin—. ¿No estás de acuerdo, Sylvia?

—Me gustaría que pudiéramos seguir cenando —dijo Sylvia, que prácticamente no había tocado la comida.

—Es maravilloso estar aquí—intervino Sophie, comiendo como si estuviese muerta de hambre.

En ese momento llegó Andrew, con mala cara pero erguido. El y Sophie cambiaron una mirada de angustia. Se sentó y Frances le puso un plato.

—¿No podríamos empezar ya? —preguntó Andrew—. Sophie y yo tenemos prisa. —La miró con expresión humilde e inquisitiva, pero ella parecía incómoda.

—¿Tengo que recapitular? —inquirió Sylvia, apartando el plato y colocando los papeles en su lugar—. Os envié un resumen a todos.

—Fue una gran idea—dijo Andrew—. Gracias.

La situación era la siguiente: un grupo de jóvenes médicos quería organizar una campaña para convencer al Gobierno de que construyera refugios antinucleares. El problema era que los responsables de la Campaña por el Desarme Nuclear Unilateral —una organización alborotadora, firme y eficaz— se oponían a la construcción de cualquier tipo de refugio e incluso a que se informara a la población de las medidas básicas de protección. Hacían oídos sordos a las críticas, y sus declaraciones eran violentas, casi histéricas.

—Necesito que me expliquen algo —dijo Julia—. ¿Por qué esa gente se queja tanto de que se haya construido un refugio para el Gobierno y los miembros de la familia real? —La protesta que más se oía era: «El Gobierno quiere asegurarse de que estará protegido, y la gente le importa un pimiento»—. No lo entiendo. Si hay una guerra, es imprescindible que el Gobierno esté a salvo, ¿no? Es una cuestión de sentido común.

—El sentido común parece brillar por su ausencia en esa campaña —señaló Wilhelm—. Es evidente que esas personas no han vivido una guerra; de lo contrario, no dirían tantas tonterías.

—Su razonamiento es el siguiente: caerá una bomba y todo el mundo morirá. Por lo tanto, no hay necesidad de construir refugios —explicó Colin.

—Pero no es lógico —protestó Julia—, ni coherente.

Frances y Rupert, que estaba hojeando la pila de artículos de *The Defender*, se miraron con resignación. *The Defender* había optado por seguir la «línea» de la campaña. Varios miembros de la plantilla del periódico figuraban en las comisiones de la organización. Los periodistas les escribían los artículos.

—Aducen que si el Gobierno se considera protegido, se mostrará más dispuesto a arrojar la bomba —prosiguió Colin.

—¿Qué bomba? —quiso saber Julia—. ¿Por qué hablan de una sola bomba? En una guerra siempre hay más de una bomba.

—Esa es la cuestión, Julia. Eso es lo que debemos hacer entender —señaló Sylvia.

—Tal vez Johnny pueda darnos más información —sugirió Wilhelm—. Él pertenece a la comisión.

—¿Hay alguna comisión a la que no pertenezca? —dijo Colin.

—¿Por qué no le telefoneamos y le pedimos que venga a defenderse? —propuso Rupert.

Todos aceptaron la idea, que curiosamente no se le había ocurrido a ningún miembro de la familia. Andrew fue al teléfono, marcó el número de Johnny y habló con él. Le explicó que estaban celebrando una reunión, y él respondió que acudiría.

Mientras esperaban, estudiaron los recortes de Sylvia.

—No he visto nada tan extraño en toda mi vida —comentó Julia—. Estas personas son como niños.

—Estoy de acuerdo —convino Sylvia.

Agradecida por aquella migaja, Julia tomó la mano de Sylvia y la acarició.

—Ay, mi pobre niña; no comes, no te cuidas.

—Me encuentro bien —repuso Sylvia—. Todo el mundo come en exceso.

A pesar de esa reprimenda, Frances les ofreció más guiso.

Johnny no se presentó solo. Lo acompañaba James. Ambos llevaban cazadoras negras de cuello Mao y botas de cuero del ejército. Johnny, que había estado en Cuba recientemente, lucía una bufanda con los colores de la bandera cubana. James se había convertido en un hombre corpulento, risueño y afable, el clásico buenazo. ¿Cómo no iban a alegrarse de verlo? Abrazó a Frances, dio una palmada en la espalda a Andrew y otra a Colin, besó a Sophie, estrechó en sus brazos a la rígida Sylvia y saludó a Julia levantando el puño, aunque sólo hasta el hombro, en una versión modificada para las reuniones sociales.

—Me alegro de estar aquí—dijo y se sentó en una silla vacía, rebosante de expectación. Johnny tomó asiento a su lado, pero como si estar al mismo nivel que los demás lo rebajase, se levantó y ocupó su antiguo puesto junto a la ventana.

—Ya he comido —dijo—. ¿Qué tal te encuentras, Mutti?

—Ya lo ves.

James empezó a comer con voracidad.

—No sabes lo que te pierdes —le aseguró a su guía y mentor. Al oír su acento cockney, Julia chascó la lengua con irritación.

Johnny titubeó y luego se sentó en el instante mismo en que Frances, que ya lo había previsto, le ponía el plato delante.

—Esto es importante —dijo Sylvia—. Johnny, James, estamos manteniendo una discusión seria.

—¿Cuándo no son serias las discusiones? —preguntó Johnny. Había saludado a sus hijos con un gesto al entrar, y le pidió a Andrew—: Pásame el pan.

—La vida, como todos sabemos, es intrínsecamente seria —apostilló Colin.

—Cada día más, según mi experiencia —apuntó Andrew.

—Basta —los riñó Sylvia—. Hemos invitado a Johnny por una razón.

—¡Dispara! —exclamó Johnny.

—Un grupo de médicos jóvenes, entre los que me cuento, ha constituido una comisión. Llevábamos un tiempo preocupados, pero el detonante fue una carta que alguien trajo de la Unión Soviética...

Johnny dejó el cuchillo y el tenedor con gesto dramático y alzó una mano para interrumpirla. Sin hacerle caso, Sylvia prosiguió:

—Es de un grupo de médicos soviéticos. Dicen que se han producido accidentes en las plantas nucleares y que han muerto muchas personas. Grandes extensiones del país quedaron contaminadas por la lluvia radiactiva...

—No me interesa oír propaganda antisoviética—la atajó Johnny y se colocó de nuevo junto a la ventana, sin haber terminado su plato; James abandonó el suyo de mala gana y se situó junto a su capitán y teniente.

—La carta la trajo alguien que fue allí con una delegación —continuó Sylvia—. La sacó clandestinamente y así llegó a nosotros. Es auténtica.

—En primer lugar —dijo Johnny en tono cada vez más áspero—, los camaradas de la Unión Soviética son responsables y no permitirían que hubiera fallos en sus instalaciones nucleares. En segundo lugar, no estoy dispuesto a oír información que evidentemente procede de fuentes fascistas.

—Dios santo —exclamó Sylvia—. ¿No te avergüenzas de ti mismo, Johnny? Siempre con la misma cantinela que todo el mundo conoce...

—¿Y quién es todo el mundo? —preguntó él, burlón.

—Yo quiero saber por qué tus..., tus masas... insisten en que es un delito que el Gobierno y la familia

real se protejan en caso de guerra. No lo entiendo —terció Julia.

—Es muy sencillo —repuso Andrew—. Detestan a cualquiera que tenga autoridad.

—Y con razón —señaló James, entre risas, y repitió—: Y con razón.

—Son como niños —declaró Julia—. Como niños tontos, y ejercen tanta influencia... Si hubierais vivido una guerra, no diríais esas tonterías.

—Olvida que el camarada Johnny luchó en la guerra civil española —apuntó James.

Se hizo el silencio. Los jóvenes sabían poco de las antiguas hazañas de Johnny, y hacía tiempo que los mayores intentaban olvidarlas. Johnny se limitó a bajar la vista con expresión de modestia y a continuación asintió, recuperando el control.

—Si estalla la bomba, será el fin de todos los habitantes del planeta.

—¿Qué bomba? —preguntó Julia—. ¿Por qué habláis siempre de la bomba, la bomba?

—No debemos preocuparnos por la Unión Soviética, sino por las bombas americanas —afirmó él.

—Vamos, Johnny, me gustaría que hablaras en serio —lo reconvinó Sylvia—. No paras de decir disparates.

Johnny empezaba a perder la paciencia ante las provocaciones de aquella niñata insignificante.

—No me dicen eso a menudo.

—Eso es porque sólo te juntas con gente que también dice disparates —espetó Colín.

Frances, que permanecía callada porque desde el momento en que Johnny había entrado sabía que la conversación distaría de ser sensata, estaba retirando los platos y repartiendo boles con crema de limón, mousse de albaricque y nata. Al reparar en ello, James emitió un auténtico rugido de gula y volvió a su sitio en la mesa.

—¿Quién prepara postres en los tiempos que corren? —preguntó Johnny.

—Sólo nuestra querida Frances —dijo Sophie, interviniendo por fin.

—Y eso excepcionalmente —apuntó Frances.

—De acuerdo, Johnny—concedió Sylvia—, supongamos que en la Unión Soviética nunca se produjeron esos terribles accidentes...

—Por supuesto que no.

—¿En qué se basa vuestra objeción a que se proteja a la gente de este país de la lluvia radiactiva? Ni siquiera estáis de acuerdo en que los ciudadanos reciban información sobre cómo proteger sus casas. Estáis en contra de cualquier medida preventiva. No lo entiendo. Ninguno de nosotros lo entiende. En cuanto se menciona este tema todos ponéis el grito en el cielo.

—Porque aceptar que se construyan refugios equivale a dar por sentado que la guerra es inevitable.

—Eso no es lógico —protestó Julia.

—No para una mente normal —convino Rupert.

—Todo se reduce a lo siguiente —dijo Sylvia—: Por culpa vuestra y de vuestra organización, ningún gobierno de este país se atrevería a insinuar siquiera que es necesario proteger a la población. La Campaña por el Desarme Nuclear Unilateral tiene tanto poder que el Gobierno está asustado.

—Eso es verdad —intervino James—. Y más les vale.

—¿Por qué hablas con ese acento tan desagradable? —le recriminó Julia—. Lo encuentro innecesario.

—Si no hablas con ese acento desagradable, te consideran un niño bien —aclaró Colin con acento afectado—, y en este país libre no consigues empleo. Otra tiranía.

Johnny y James hicieron ademán de marcharse.

—Me voy al hospital —anunció Sylvia—. Al menos allí es posible mantener conversaciones inteligentes.

—Me gustaría ver la carta de la que hablas —dijo Johnny.

—¿Por qué? Ni siquiera estás dispuesto a discutir su contenido.

—Es evidente que quiere informar de él a la embajada soviética —se burló Andrew—. Así podrán investigar su procedencia y fusilar o mandar a los campos de trabajos forzados a quienes la hayan escrito.

—Esos campos no existen —declaró Johnny—. Si alguna vez existieron, o si existió algo parecido, lo que se ha dicho al respecto es exagerado. Pero ahora no existen.

—¡Dios! —exclamó Andrew—. Eres un plasta, de verdad.

—Los plastas no son peligrosos —replicó Julia—, y Johnny y sus amigos lo son.

—Eso es cierto —convino Wilhelm con la amabilidad de costumbre—. Sois muy peligrosos. ¿No os dais cuenta de que si se produjera un accidente nuclear aquí, en este país, si algún loco arrojase una bomba o, peor aún, si hubiera una guerra, morirían millones de personas por culpa vuestra?

—Bueno, gracias por el tentempié —dijo Johnny.

—Y gracias a ti por nada —soltó Sylvia, al borde de las lágrimas—. Debería haber sabido que no

serviría de nada hablar contigo.

Los dos hombres se marcharon. Andrew y Sophie se fueron tomados por la cintura. Ni a ellos ni a los demás les pasó inadvertida la sonrisa irónica de Colin al verlos de esa manera.

—Bueno, la cuestión es que hemos creado una comisión —concluyó Sylvia—. Por el momento es sólo para médicos, aunque pensamos ampliarla.

—Apúntanos a todos —dijo Colin—, pero prepárate para encontrar cristales en tu copa y sapos en tu buzón.

Sylvia abrazó a Julia y se marchó.

—¿No os parece increíble que esa gentuza estúpida tenga tanto poder? —preguntó Julia casi llorando, afectada por la rápida despedida de Sylvia.

—No —dijo Colin.

—No —dijo Frances.

—No —dijo Wilhelm Stein.

—No —dijo Rupert.

—Pero estamos en Inglaterra, estamos en Inglaterra... —protestó Julia.

Sólo quedaban Frances, Rupert, Colin y el perro. Un pequeño problema: Rupert quería pasar la noche en la casa, y Frances, que quería que se quedase, no podía evitar temer la reacción de Colin.

—Bueno —dijo Colin con evidente esfuerzo—, creo que es hora de que os vayáis a la cama. —Parecía que estuviera autorizándolos a hacerlo. Empezó a provocar al perro hasta que éste ladró—. Lo veis. Él siempre tiene la última palabra.

Un par de semanas después, Frances, Rupert, Julia y Wilhelm asistieron a una reunión convocada por los jóvenes médicos. Había unas doscientas personas. Sylvia fue la primera en hablar, y lo hizo bien. Luego tomaron la palabra otros médicos. Unos treinta miembros de la oposición, que se habían enterado del mitin, los interrumpían con abucheos y gritos de: «¡Fascistas!», «¡Belicistas!», «¡Agentes de la CÍA!» Algunos eran de *The Defender*. Cuando el grupo salió, algunos jóvenes que aguardaban en la puerta rodearon a Wilhelm y lo arrojaron contra una verja. Al principio pensaron que el viejo sólo estaba conmocionado, pero el hecho es que le habían roto varias costillas. Lo llevaron a casa de Julia y lo metieron en la cama. «Ah, querida —resolló, con voz de anciano—, mi querida Julia, por fin he conseguido lo imposible: estoy viviendo contigo.» Así fue como los demás se enteraron de que quería vivir con Julia.

Lo instalaron en la antigua habitación de Andrew, y Julia se reveló como una enfermera devota y maniática. Wilhelm, que siempre se había considerado el caballero de su amada, su galán, detestaba verse en esa situación. El áspero Colin, por su parte, los sorprendió a todos, quizás incluso a sí mismo, mostrándose encantador y atento con el viejo. Se sentaba a su lado y le contaba historias sobre «mi peligrosa vida en el parque y en los pubs de Hampstead», en las que Fiera representaba un papel semejante al del perro de los Baskerville. Wilhelm reía y le suplicaba que no siguiera, porque le dolían las costillas de tanto reír. El doctor Lehman acudió a verlo y les dijo a Frances y a Julia que el anciano estaba en las últimas. «Las caídas son peligrosas a esta edad.» Recetó sedantes para Wilhelm y una variedad de píldoras para Julia, que finalmente se había permitido sentirse vieja.

En *The Defender*, Frances y Rupert reivindicaron su derecho de expresar una opinión contraria a la de los partidarios del desarme unilateral y escribieron un artículo que suscitó un alud de cartas de respuesta, casi todas airadas o insultantes. En las oficinas del periódico se creó un clima tenso, y ambos empezaron a encontrar notas sobre sus mesas, algunas anónimas. Comprendieron que esa furia estaba demasiado arraigada en el inconsciente colectivo para intentar razonar con la gente. Aquello nada tenía que ver con la disyuntiva de proteger o no a la población, aunque en realidad no sabían con qué tenía que ver. Su situación en *The Defender* se volvió tan desagradable que decidieron dimitir mucho antes de que les conviniera económicamente. Estaban en el lugar equivocado, eso era todo. Siempre había sido así, repuso Frances. ¿Y aquellos largos y bien argumentados artículos sobre temas sociales? Podría haberlos escrito cualquiera, dijo Frances. Casi de inmediato, Rupert consiguió un empleo en un periódico que los adictos a *The Defender* habrían tachado de fascista, pero que la mayoría de los ciudadanos catalogaba de conservador. «Quizá yo sea conservador—dijo Rupert—, al menos si nos tomamos en serio esas viejas etiquetas.»

La misma semana en que renunciaron alguien echó un paquete con excrementos al buzón de la casa de Julia: no el de la puerta principal, sino el del apartamento de Phyllida. A Frances le llegó una carta con amenazas de muerte. Y Rupert recibió otra parecida, junto con fotografías de Hiroshima después de la bomba. Phyllida subió por primera vez en varios meses para decir que no permitiría que la involucrasen en ese debate. No estaba dispuesta a tener que vérselas con mierda de ninguna clase. Se marchaba. Compartiría piso con otra mujer. Y se fue.

En cuanto a las enconadas discusiones sobre si se protegía o no a la población, pronto todo el mundo convendría en que si la guerra se había evitado durante tanto tiempo era porque las naciones potencialmente beligerantes poseían armas nucleares y no las usaban. Sin embargo, admitir esto no respondía a ciertas preguntas. Podían producirse accidentes en las instalaciones nucleares; de hecho, ocurrían a menudo, pero no se difundían. En la Unión Soviética, regiones enteras habían quedado

contaminadas. El mundo estaba lleno de locos que no vacilarían en arrojar «la bomba», o varias bombas, aunque resultaba cuando menos extraño que la gente se refiriese a esa amenaza empleando el singular. La población seguía indefensa, y sin embargo la violencia, la virulencia, la furia sencillamente desaparecieron del debate. A pesar de que el peligro era más acuciante que nunca, la histeria se evaporó. «Es curioso», comentó Julia en su nueva voz, triste y cansina.

Wilhelm continuaba en la casa, por lo que su amplio y lujoso piso estaba vacío. Siempre decía que iba a sacar sus libros de allí y poner fin a «esta situación increíblemente absurda», ya que no vivía ni con Julia ni en su casa. Concertaba citas una y otra vez con las empresas de mudanzas, y luego las cancelaba. No parecía el de siempre. Necesitaba que lo animaran. Julia estaba desolada. Eran dos personas enfermas que querían cuidarse mutuamente, pero su debilidad se lo impedía. Julia había contraído una neumonía, y durante una temporada los dos inválidos vivieron en plantas distintas, comunicándose mediante notas. Finalmente Wilhelm insistió en subir a visitarla. Ella lo vio entrar en su habitación, agarrándose al marco de la puerta y los respaldos de las sillas, y pensó que semejaba una tortuga vieja. Llevaba una chaqueta oscura y un gorro, ya que siempre sentía frío en la cabeza. Y ella... Wilhelm se quedó atónito al fijarse en los prominentes huesos de su cara y sus brazos delgados como palillos.

Los dos estaban muy tristes, desolados. Al igual que las personas aquejadas de una profunda depresión, sentían que la única realidad era el paisaje gris que tenían delante. «Parece que me he hecho viejo, Julia», bromeó él, tratando de revivir al amable caballero que le besaba la mano y se interponía entre ella y las dificultades. Eso había creído. No obstante, ahora tomó conciencia de que nunca había sido un viejo solitario que dependía de Julia para..., en fin, para todo. Y ella, la benevolente y elegante dama que había alojado a tantas personas en su casa, aunque a menudo se quejara de ello, sin Wilhelm habría sido una vieja idiota y emocionalmente indigente, obsesionada por una niña que ni siquiera era su nieta. Así se veían a sí mismos y el uno al otro en los días malos, como las sombras que un árbol pelado proyecta sobre la tierra, como una difusa e inútil tracería sin rastro de calor ni de carne, y se besaban y abrazaban con vacilación, como fantasmas intentando tocarse.

Cuando Johnny se enteró de que Wilhelm vivía en casa de Julia, fue a decirle a su madre que esperaba que no planease dejarle dinero. «Eso no es asunto tuyo —repuso Julia—. No pienso discutirlo contigo. Pero ya que has venido, te diré que he tenido que mantener a tus esposas e hijos abandonados, de manera que no te dejaré ni un céntimo. ¿Por qué no le pides a tu precioso partido que te pase una pensión?»

Colin y Andrew heredarían la casa, y tanto Phyllida como Frances recibirían una asignación que no sería espléndida, pero sí decente. Sylvia había dicho: «Oh, Julia, no lo hagas. Yo no necesito dinero.» Aun así, Julia puso su nombre en el testamento. Aunque Sylvia no necesitara el dinero, ella necesitaba dejarle algo.

Sylvia estaba a punto de abandonar Gran Bretaña, quizá por mucho tiempo. Se iba a África, a una misión situada en la selva de Zimlia. «Entonces no volveré a verte», se lamentó Julia cuando se enteró.

Sylvia fue a despedirse de su madre, tras anunciarle su visita por teléfono. «Ha sido todo un detalle avisarme», dijo Phyllida.

Su piso estaba situado en un edificio señorial de Highgate, y el botón del portero automático anunciaba que allí vivían la doctora Phyllida Lennox y Mary Constable, fisioterapeuta. El pequeño ascensor subió como una obediente jaula para pájaros. Sylvia tocó el timbre, oyó un grito y descubrió que quien la recibía no era su madre, sino una risueña mujer que estaba a punto de marcharse.

—Os dejaré a solas —dijo Mary Constable, revelando que se habían hecho confidencias. El pequeño vestíbulo le recordó una iglesia, y tras un breve examen Sylvia concluyó que se debía a una especie de panel de cristales de colores semejantes a los de los caramelos, indudablemente moderna, en la que aparecía san Francisco con sus pájaros. Estaba apoyada contra una silla, como un cartel que anunciara la espiritualidad de los habitantes de la casa. Al otro lado de la puerta había una espaciosa sala en la que destacaban un amplio sillón cubierto con una tela oriental y un austero e incómodo diván, inspirado en el que había tenido Freud en Maresfield Gardens. Phyllida se había convertido en una mujer robusta, y dos gruesas trenzas grises enmarcaban su rostro de matrona. Llevaba un colorido caftán y varios collares, pulseras y pendientes. Sylvia, que la recordaba apática, llorosa y fofa, tardó unos minutos en acostumbrarse a su nueva imagen; sin duda había adquirido seguridad en sí misma.

—Ponte cómoda —dijo Phyllida, señalando una silla en la zona no terapéutica de la sala.

Sylvia se sentó con cautela en el borde. Percibió un penetrante olor a especias... ¿Acaso Phyllida había empezado a usar perfume? No, era el incienso que salía de la habitación contigua, cuya puerta estaba abierta. Sylvia estornudó. Phyllida cerró la puerta y se sentó en su sillón de confesor.

—He oído que vas a convertir a los infieles, ¿eh, Tilly?

—Voy al hospital de una misión, como médico. Seré el único médico en la zona.

Tanto la fuerte y corpulenta mujer como la delicada jovencita —o eso parecía todavía— estaban tomando conciencia de sus diferencias.

—¡Qué cara tan pálida! —comentó Phyllida—. Eres clavada al alfeñique de tu padre. Yo solía llamarlo «camarada Lirio». De segundo nombre le habían puesto Lillie, en honor a cierto revolucionario de los tiempos de Cromwell. Bueno, tenía que defenderme de alguna manera cuando él se ponía en el papel de comisario político. Aunque cueste creerlo, era peor que Johnny. Siempre estaba dando la lata. Esa maldita

Revolución no era más que una excusa para fastidiar a la gente. Tu padre me obligaba a aprender los textos revolucionarios de memoria. Creo que aún podría recitar el Manifiesto comunista. Aunque contigo, volvemos a la Biblia.

—¿Volvemos?

—Sí, mi padre fue sacerdote. En Bethnal Green.

—¿Y cómo eran mis abuelos?

—No lo sé. Prácticamente no volví a saber de ellos desde que me echaron. No quería verlos. Me fui a vivir con una tía. Y era obvio que ellos tampoco deseaban verme, teniendo en cuenta que me enviaron fuera durante cinco años... ¿Por qué iba a desear verlos?

—¿Conservas alguna foto de ellos?

—Las rompí todas.

—Me habría gustado saber cómo eran.

—¿Qué más te da? Estás a punto de irte. Supongo que intentas huir lo más lejos posible. Con lo frágil que eres... Deben de estar locos para mandarte allí.

—No sé de qué hablas, pero he venido a decirte algo importante. A propósito, ¿a qué viene eso de «doctora» en la placa con tu nombre?

—Soy doctora en Filosofía, ¿no? Estudié Filosofía en la universidad.

—Pero en este país no empleamos esa palabra en ese sentido. Sólo los alemanes lo hacen así.

—Nadie puede negar que sea doctora.

—Podrías meterte en un lío.

—Por el momento nadie se ha quejado.

—He venido a verte para hablar de esas..., de esas terapias que aplicas. Ya sé que no se necesita una formación especial, pero...

—Voy aprendiendo sobre la marcha. Es una forma de educarse.

—Lo sé. He oído que has ayudado a algunas personas.

Phyllida pareció experimentar una transformación: se ruborizó, se inclinó hacia delante con las manos enlazadas y sonrió, rebosante de alegría.

—¿De veras? ¿Has oído cosas buenas sobre mí?

—Sí, pero ¿por qué no te apuntas a un curso? Hay algunos muy buenos.

—Estoy bien así.

—Eso de ofrecer té y comprensión está muy bien...

—Te aseguro que en otros tiempos no me habría venido nada mal un poco de té y comprensión... —dijo Phyllida, cuya voz amenazó con adoptar su antiguo dejo plañidero.

Sylvia notó que se ponía tensa, y comenzó a levantarse cuando Phyllida añadió:

—No, no, siéntate, Tilly.

Sylvia hizo lo que su madre le decía, sacó unos papeles de su maletín y se los entregó.

—He elaborado una lista de cursos buenos. Un día de éstos vendrá alguien con un dolor de cabeza o de estómago y tú le dirás que es psicossomático, cuando en realidad se trate de un cáncer. Después te sentirás culpable.

Phyllida se quedó callada, sosteniendo los papeles en las manos. Entonces entró Mary Constable, con una sonrisa que irradiaba seguridad en sí misma.

—Ven a conocer a Tilly —la invitó Phyllida.

—¿Cómo estás, Tilly? —dijo Mary, abrazando a una Sylvia reacia.

—¿Usted también es psicoterapeuta?

—Fisioterapeuta —puntualizó la compañera de Phyllida..., o tal vez su amante. En esos tiempos nunca se sabía—. Doy clases de fisioterapia. Solemos decir que entre las dos cuidamos a la persona entera —agregó Mary, exudando una persuasiva familiaridad y un ligero aroma a incienso.

—Debo irme —anunció Sylvia.

—Pero si acabas de llegar —protestó Phyllida, satisfecha por que Sylvia se estaba comportando tal como ella había previsto.

—Tengo una reunión.

—Hablas igual que el camarada Johnny.

—Espero que no —replicó Sylvia.

—Bueno, adiós entonces. Envíame una postal desde tu paraíso tropical.

—Acaban de salir de una terrible guerra.

Sylvia telefoneó a Andrew a Nueva York y le informaron de que estaba en París, y allí de que estaba en Kenia. Su voz sonó débil y confusa desde Nairobi.

—Soy yo, Andrew.

—¿Quién? Maldita línea. Bueno, no mejorará. Tecnología tercermundista —gritó.

—Soy Sylvia.

A pesar de los ruidos, advirtió que el tono de voz de Andrew le cambiaba.

—Ah, mi querida, ¿desde dónde hablas?

—He estado pensando en ti, Andrew.

Era cierto, pues necesitaba oír su voz serena y segura, pero ese fantasma lejano estaba poniéndola nerviosa, como si le transmitiera lo poco que podía hacer por ella. ¿Qué había esperado?

—Creía que estabas en Zimlia —gritó él.

—Me voy la semana que viene. Me siento como si estuviera a punto de saltar por un precipicio, Andrew.

Una carta del padre Kevin McGuire, de la misión de San Lucas, la había obligado a contemplar un futuro que no había imaginado hasta el momento.

El cura adjuntaba una lista de las cosas que debía llevar: suministros médicos cuya existencia ella había dado por sentada, tan elementales como jeringas, aspirinas, antibióticos, antisépticos, agujas de sutura, un estetoscopio, etcétera, etcétera, «además de ciertas cosas que necesitan las señoras, pues aquí no las encontrarás con facilidad». Tijeras para las uñas, agujas de punto y de ganchillo, lana. «Y dale una alegría a este viejo, que adora la mermelada de Oxford.» Pilas para una radio; una radio pequeña; un jersey bueno de la talla 38 para Rebecca («Es la chica de la casa. Tiene tos»); un ejemplar reciente de *The Irish Times* y otro de *The Observer*; algunas latas de sardinas, «si puedes meterlas en algún rincón de tu equipaje». Con un saludo cordial de Kevin McGuire. «P.D.: Y no olvides los libros. Todos los que puedas. Hacen mucha falta.»

Le habían dicho que allí el tiempo solía ser tempestuoso.

—Estoy muerta de miedo, Andrew.

—No es tan terrible. Nairobi no está mal. Aunque resulta algo cutre.

—Estaré a ciento cincuenta kilómetros de Senga.

—Mira, Sylvia, pasaré por Londres de camino a Nueva York e iré a verte.

—¿Qué estás haciendo allí?

—Distribuyendo riqueza.

—Oh, sí, me hablaron de ello. Estás en *Dinero Mundial*.

—Estoy financiando un dique, un silo, sistemas de riego y todo lo que se te ocurra.

—¿Tú personalmente?

—Sí, agito la varita mágica y el desierto florece.

De manera que estaba borracho. Lo último que Sylvia necesitaba en ese preciso instante eran aquellas fanfarronadas desde el éter. Andrew, su apoyo, su amigo, su hermano, estaba comportándose como... en fin, como un idiota mezquino.

—Adiós —gritó.

Colgó el auricular y se echó a llorar.

Éste fue su peor momento: no pasaría otro tan malo. Estaba convencida de que Andrew había olvidado su conversación, de manera que no lo esperaba, pero al cabo de dos días él telefoneó desde Heathrow. «Ya estoy aquí, Sylvia. ¿Dónde podemos encontrarnos para charlar?»

Llamó a Julia desde el aeropuerto y le pidió permiso para encontrarse con Sylvia en su casa. Andrew había alquilado su piso y Sylvia compartía un apartamento minúsculo con otro médico.

Julia guardó silencio durante un rato.

—¿Te he entendido bien? —dijo por fin—. ¿Me preguntas si Sylvia y tú podéis venir a esta casa? ¿Es eso?

—No te gustaría que lo diera por sentado, ¿verdad?

Tras una pausa, ella repuso:

—Creo que todavía tienes una llave, ¿no?

Cuando llegaron, fueron directamente a saludarla. Julia estaba sentada muy seria a la mesa, con un solitario desplegado ante sí. Ofreció una mejilla para que Andrew le diese un beso e intentó hacer lo mismo con Sylvia, pero, incapaz de resistirse, se levantó para abrazarla.

—Pensé que te habías marchado a Zimlia.

—¿Cómo me iba a ir sin despedirme?

—¿De modo que ésta es la despedida?

—No, la semana que viene.

Los viejos y penetrantes ojos escudaron largamente a Sylvia y a Andrew. Habría querido decir que aquélla estaba demasiado delgada y que éste tenía mal aspecto. ¿Qué le ocurría?

—Id a hablar de vuestras cosas —les ordenó, levantando la mano de cartas.

Los dos se dirigieron con aire culpable al amplio salón, lleno de recuerdos, y se arrellanaron, abrazados, en el viejo sofá rojo.

—Me siento más cómoda contigo que con cualquier otra persona, Andrew.

—Y yo contigo.

—¿Qué me dices de Sophie?

Andrew soltó una risita nerviosa.

—¡Muy placentero! Pero eso se ha terminado.

—Oh, pobre Andrew. ¿Regresó con Roland?

—Sí, después de que él le mandara un bonito ramo.

—¿De qué exactamente?

—Caléndulas, que significan dolor. Anémonas: abandono. Y, por supuesto, un millar de rosas rojas. El símbolo del amor. Sí, le basta con decirlo mediante flores. De todos modos, no duró. El empezó a comportarse como de costumbre y ella le envió un ramo que significaba «guerra»: cardos.

—¿Ahora está con alguien?

—Sí, pero no sé quién es.

—Pobre Sophie.

—Y pobre Sylvia. ¿Por qué no nos cuentas que has encontrado un tipo increíblemente afortunado?

Se habría escabullido de sus brazos, pero él no se lo permitió.

—Supongo que no tengo suerte.

—¿Estás enamorada del padre Jack?

Sylvia se irguió en el sofá y apartó a Andrew de un empujón.

—No, cómo se te ocurre... —No obstante, al ver su expresión comprensiva, añadió—: Sí. Lo estuve.

—Las monjas siempre se enamoran de los curas —murmuró él. Sylvia, que no supo si su crueldad era intencional, repuso:

—Yo no soy una monja.

—Vuelve aquí —murmuró él, y la estrechó otra vez entre sus brazos.

—Creo que me pasa algo malo —dijo ella con un hilo de voz, un sonido que él recordaba de la pequeña Sylvia—. Me he acostado con alguien, con un médico del hospital, pero... ése es el problema, ¿sabes? No me gusta el sexo. —Y rompió a sollozar mientras él la acunaba.

—Bueno, creo que en ese departamento yo tampoco soy tan hábil como debería. De hecho Sophie dejó bien claro que comparado con Roland soy un desastre.

—Pobre Andrew.

—Y pobre Sylvia.

Lloraron hasta que se quedaron dormidos, como niños.

Colin, que coligió por la inquietud de Fiera que había un extraño en la casa, fue a verlos. La sala estaba en penumbra. Colin los observó por unos instantes sin despertarlos, sujetándole las mandíbulas al perro para que no ladrara.

—Eres un animalito muy bueno —le susurró a Fiera, que ahora era un perro viejo y achacoso, mientras bajaba la escalera.

Más tarde entró Frances. La habitación estaba en penumbra. Encendió una lámpara pequeña, la misma que Sylvia tenía en su mesita de noche cuando era una niña temerosa de la oscuridad, y al igual que Colin contempló lo que alcanzaba a vislumbrar: sólo las cabezas y los rostros. Sylvia y Andrew... oh, no, no, pensó Frances en su papel de madre, como cruzando los dedos para espantar al diablo. Sería un desastre. No cabía duda de que los dos necesitaban... ¿a alguien más fuerte? ¿Cuándo sentarían la cabeza sus hijos? ¿Cuándo estarían seguros? (¿Seguros? Vaya, sí que pensaba como una madre, por lo visto se trata de algo inevitable.) Los dos habían cumplido más de treinta años. «La culpa es nuestra —se dijo, refiriéndose a todos, a la generación de los mayores. Y entonces, como para consolarse—: Tal vez tarden tanto como yo en ser felices. No debo perder la esperanza.»

Mucho más tarde Julia bajó por la escalera. Pensaba que no había nadie en la sala, aunque Frances le había avisado que los dos estaban allí, ajenos al mundo. Entonces vio las caras a la luz de la pequeña

lámpara; la de Sylvia más abajo, apoyada en el hombro de Andrew. A pesar de la penumbra observó que estaba pálida y demacrada. Los envolvía una profunda negrura, pues el sofá rojo intensificaba la oscuridad, como cuando un pintor aplica una base carmesí que acentúa y da brillo al negro. A los lados de la amplia sala las ventanas sólo dejaban entrar la luz suficiente para teñir las sombras de gris. Era una noche nublada, sin luna ni estrellas. «Son demasiado jóvenes para estar tan agotados», pensó Julia. Los dos rostros eran como cenizas esparcidas en la oscuridad.

Permaneció largo rato allí, mirando a Sylvia, grabándose sus facciones en la memoria. De hecho, no volvería a verla. Se produjo una confusión respecto de la hora del vuelo y Sylvia se despidió por teléfono: «Ay, Julia, lo lamento mucho; pero estoy segura de que volveré pronto.»

Wilhelm murió. A su entierro asistieron unas doscientas personas. Se rumoreaba que estaban todos los que alguna vez habían tomado un café en el Cosmo. Colin, Andrew y Frances sujetaban a una Julia que no había derramado una sola lágrima, permanecía muda y parecía un recorte de papel. «Dios santo, no falta nadie», oyeron una y otra vez a su alrededor. No sabían que Wilhelm Stein fuese un hombre tan popular ni lo mucho que lo estimaban sus amigos. Imperaba la sensación de que al enterrar a ese viejo librero cortés, bondadoso y erudito, estaban despidiéndose de un pasado mejor e imposible de recuperar. «Es el fin de una era», murmuraba la gente, y algunos lloraban por eso. Los dos hijos de Wilhelm, que habían llegado de Estados Unidos esa misma mañana, agradecieron amablemente a los Lennox las molestias que se habían tomado al organizar el entierro y aseguraron que a partir de ese momento se ocuparían de todo: Wilhelm les había dejado una suma considerable de dinero.

Julia se metió en la cama, y por supuesto todo el mundo comentó que la muerte de Wilhelm había acabado con ella. Sin embargo, había algo más, algo terrible, como si su corazón hubiera sufrido un golpe que ningún miembro de la familia acertaba a entender.

Colin publicó su segunda novela, Muerte macabra, pero desde un principio fue evidente que no recibiría tan buena acogida como la anterior. De menor calidad, era casi un panfleto sobre un gobierno criminalmente irresponsable que no protegía a sus ciudadanos de las bombas, la lluvia radiactiva, etcétera. En ella, una eficaz campaña propagandística, inspirada por agentes de una potencia enemiga, fomentaba un ambiente de histeria que llevaba al Gobierno, preocupado por su popularidad, a eludir sus responsabilidades. La novela indignó a los diversos movimientos que luchaban contra la bomba. Aparecieron algunas críticas maliciosas, entre ellas la de Rose Trimble. Se había ganado cierta notoriedad con su libro sobre el presidente Matthew Mungozi, que le había abierto la puerta a toda clase de oportunidades, pero ella se sentía en su elemento trabajando para *The Daily Post*, famoso por su virulencia. Aprovechó el libro de Colin para atacar a todos aquellos que abogaban por la construcción de refugios antinucleares, en particular los jóvenes médicos y muy en especial Sylvia Lennox. En cuanto a Colin, decía: «El público debería saber que tiene antepasados nazis. Su abuela, Julia Lennox, fue miembro de las Juventudes Hitlerianas.» Rose se sentía segura. Por una parte, *The Daily Post* era un periódico que destinaba parte de su presupuesto a pagar compensaciones por difamación —cosa que hacía a menudo—; por otra, sabía que Julia no se rebajaría a refutar sus ataques. «Vieja asquerosa», murmuró Rose.

Un amigo del Cosmo le había mostrado el artículo a Wilhelm, que meditó cuidadosamente la conveniencia de que Julia se enterase y decidió contárselo; y no se arrepintió, porque más tarde un alma bondadosa le envió un anónimo con el recorte.

—No les hagas caso —le había dicho a Wilhelm—. Son unos mierdas. Creo que tengo suficientes motivos para usar su palabra favorita, ¿no?

—Mi querida Julia—había contestado Wilhelm, a un tiempo divertido y asombrado por oírle pronunciar esa palabra.

Julia estaba reclinada contra las almohadas, entre las enfermeras que iban y venían, con el recorte sobre la mesilla de noche, consciente de que no lograría conciliar el sueño. De manera que de pronto ella, Julia von Arne, era nazi. Lo que más le dolía era la ligereza con que se afirmaban semejantes cosas. Claro que esa mujer —Julia recordaba a una antipática adolescente— no tenía la menor idea de lo que decía. Todos empleaban constantemente términos como «fascistas»; llamaban así a cualquiera que no les cayese bien. Eran tan ignorantes que no sabían que habían existido fascistas de verdad, que habían causado la ruina de Italia. Y los nazis..., sobre ellos había artículos de periódicos y programas de radio y televisión que Julia veía, porque se sentía directamente afectada, pero estaba claro que esos jóvenes no entendían nada. Por lo visto ignoraban que los fascistas y los nazis habían sido los responsables de la encarcelación y la tortura de mucha gente, y que millones de personas habían muerto en aquella guerra. Cuando pensaba en esa ignorancia, en esa ligereza, Julia notaba que a sus ojos acudían lágrimas de furia. Se sentía anulada, devastada: una periodista joven y ambiciosa de un periodicocho sensacionalista había reducido a insultos su historia y la de Philip. Julia permaneció sentada, en vela (se había deshecho de los somníferos cuando las enfermeras no la veían), envenenada por la impotencia. No interpondría demanda, naturalmente, ni siquiera escribiría una carta: ¿por qué iba a dignificar a esa *canaille* prestándole atención? Wilhelm le había llevado el borrador de una carta en la que constaba que los Von Arne eran una antigua familia alemana que jamás había mantenido relaciones con los nazis. Ella le pidió que no la enviase. Se equivocó: debería haberla mandado, aunque sólo fuese para aliviar su angustia. Y también se equivocó con respecto a Rose Trimble. Su ligereza e indiferencia ante la historia..., sí, no diferían de las del resto de su generación, pero lo que la había inducido a escribir el artículo era su profundo odio hacia los Lennox, la necesidad de «vengarse de ellos». Había olvidado el motivo que la había llevado a esa casa en primer lugar, o que alguna vez había declarado que Andrew la había dejado embarazada. No; era esa

casa, la tranquilidad con que se vivía allí, el hecho de que no tuvieran preocupaciones y se protegiesen los unos a los otros. Sylvia, esa zorra repipi; Frances, la maldita abeja reina, que en realidad era una avispa; Julia, siempre dando órdenes a todo el mundo. Y en cuanto a los hombres, se comportaban como cerdos presuntuosos. Su artículo había sido inspirado por la bilis y la malicia que no paraban de bullir en su interior y que conseguía calmar, al menos temporalmente, cuando escribía palabras capaces de atravesar el corazón de sus víctimas. Mientras componía un artículo, imaginaba que sufrirían y se retorcerían al leerlo, gimiendo de dolor. Por eso Julia se estaba muriendo prematuramente. Tenía la sensación de que había sufrido un ataque directo del mal. Se sentaba contra las almohadas en una habitación donde la luz que entraba por la ventana avanzaba del suelo a la cama y de allí a la pared, por la que regresaba hasta la ventana: qué débil respuesta a la oscuridad que se cernía sobre Julia, propiciada por invisibles fuerzas adversas. Le parecía que se había pasado la vida huyendo de ellas, pero en ese momento el monstruo de la estupidez, la ignominia y la vulgaridad estaba devorándola. Todo se distorsionaba y malograba. De manera que se quedó en la cama, pensando en su infancia, una época en que todo había sido tan hermoso, tan schön, sckón, schön; aunque en aquel paraíso hubiera irrumpido la guerra y el mundo se hubiese llenado de uniformes. Por las noches, cuando lo único que iluminaba la oscuridad era la pequeña lámpara que había pertenecido a Sylvia y que le habían subido desde el salón, sus hermanos y Philip, aquellos jóvenes valientes y apuestos, se acercaban a los pies de su lecho, vestidos con elegantes uniformes que no tenían ni una mancha, ni una salpicadura, ni una mácula. Les suplicaba llorando que se quedaran con ella, que no se marchasen.

Murmuraba en alemán, en inglés y en su francés, *comme-il-faut* mientras Colin permanecía a su lado, a veces durante horas, sosteniendo el pequeño atado de huesos en que se había convertido su mano. Se sentía triste, culpable porque no sabía prácticamente nada sobre Ernst, Frederick y Max; apenas había oído hablar de su abuelo. A su espalda, la normalidad, la cotidiana vida familiar, había caído en un pozo o un abismo, y allí estaba él, un nieto que no había conocido a su abuelo ni a la familia alemana de Julia. Aunque también era su familia...

—Por favor, háblame de tus hermanos, de tu madre y tu padre, ¿Tuviste abuelos? Cuéntame cosas de ellos —le pidió a Julia, inclinándose sobre ella.

Ella se despertó.

—¿Qué has dicho? ¿De quién hablas? Todos están muertos. Los mataron. Mi familia ya no existe. Y la casa tampoco. No queda nada. Es terrible, terrible...

No le gustaba que la arrancasen de su mundo de recuerdos o sueños. Detestaba el presente, lleno de medicinas, píldoras y enfermeras, y no soportaba ver su decrepito cuerpo amarillento cuando la lavaban. Y para colmo sufría una diarrea pertinaz debido a la cual, por mucho que le cambiaran las sábanas y el camisón, por mucho que la limpiasen, la habitación siempre olía mal. Exigía que rociaran el cuarto con colonia, y se perfumaba las manos y la cara, pero el hedor a heces no desaparecía, y la vergüenza y la desdicha se apoderaban de ella. «Es horrible, horrible, horrible», murmuraba. Era una vieja cascarrabias que a menudo derramaba lágrimas de furia.

Cuando murió, Frances encontró en la mesilla de noche el artículo que tachaba a Julia de nazi. Se lo enseñó a Colin, y ambos se rieron de ese absurdo. Colin aseveró que si se topaba con Rose Trimble le pegaría una paliza, pero Frances, igual que Julia, respondió que no merecía la pena preocuparse por esa gentuza.

El entierro de Julia no fue tan emotivo como el de Wilhelm.

Aunque Julia había profesado una especie de catolicismo, no había mandado llamar a un sacerdote en sus últimos días, y en el testamento no hacía mención alguna a su funeral. Decidieron celebrar una ceremonia ecuménica poco definida, aunque esta perspectiva se les antojó deprimente hasta que recordaron que a Julia le gustaba la poesía. Se leerían poemas. Pero ¿cuáles? Andrew revisó las estanterías de Julia, y en el cajón de la mesita de noche encontró un poemario de Gerard Manley Hopkins. Estaba muy manoseado y había algunos versos subrayados. Se trataba de los poemas «terribles». Andrew dijo que no, que leerlos en la ceremonia resultaría demasiado doloroso.

No, no hay nada peor. Hundido en el abismo sin fondo del dolor...

No.

Escogió La alondra enjaulada, que a ella le había gustado, ya que el título estaba subrayado con lápiz, y luego el poema dedicado a un niño titulado Primavera y otoño, que comenzaba así:

¿Te lamentas Margaret,

porque se deshoja Goldengrove?

Éste también estaba señalado, aunque los poemas más deprimentes eran los que tenían subrayados dobles o triples y signos de exclamación añadidos.

Así pues, la familia pensó que traicionaría a Julia si elegía los poemas más blandos, y no les quedó otro remedio que reconocer que no habían conocido a la anciana, ya que jamás habrían esperado ver esas gruesas líneas negras debajo de:

Despierto y veo la llegada de la noche, no del día.

¡Qué horas, ah, qué negras horas hemos pasado!

También debía de gustarle la poesía alemana, pero Wilhelm no estaba allí para asesorarlos.

Andrew leyó los poemas con voz suave pero lo bastante fuerte para la ocasión: había pocas personas, aparte de la familia. La señora Philby guardó las distancias, vestida del más negro de los negros desde el sombrero, que reservaba para los funerales, hasta las botas, cuyo brillo entrañaba un reproche: se mantenía en su papel de censora ante el desordenado estilo de vida de la familia. Era la única que llevaba luto. Su cara reflejaba rencor y superioridad moral. Sin embargo, al final lloró. «La señora Lennox era mi amiga más antigua —le dijo a Frances en tono reprobatorio—. No volveré a la casa. Sólo iba por ella.»

En mitad del entierro apareció una figura demacrada, con los blancos rizos y las holgadas ropas agitándose a merced del viento que soplaba entre las tumbas, y se acercó a los deudos con paso vacilante. Era Johnny, triste, taciturno, demasiado envejecido para su edad. Permaneció a una distancia prudencial de los demás y de lado, como si planeara echar a correr en cualquier momento. Era evidente que las palabras del responso le parecían una afrenta. Al final de la ceremonia, Frances y sus hijos se acercaron a él para invitarlo a la casa, pero los saludó con una inclinación de la cabeza y se marchó. Antes de salir del cementerio dio media vuelta y levantó el puño, con la palma hacia ellos, hasta la altura del hombro.

Sylvia no asistió al entierro. Una fuerte tormenta había dejado sin teléfono la misión de San Lucas.

Entretanto, la existencia de Frances y Rupert no marchaba como habían previsto. Ella prácticamente vivía con él, aunque sus libros y papeles seguían en casa de Julia. No era un piso grande. El salón, que también hacía las veces de comedor y se comunicaba con la diminuta cocina a través de una especie de ventana, era tres veces más pequeño que el de Julia. El dormitorio principal tenía un área adecuada. Los dos cuartos más pequeños eran para Margaret y William, que pasaban los fines de semana allí. Cuando Meriel se había ido a vivir con otro hombre, Jaspar, habían proyectado comprar una casa más grande. A Frances le caían bien los niños y creía caerles bien a ellos: eran amables y obedientes. Los días de colegio vivían en el piso de su madre, y pasaban las vacaciones con ésta y con Jaspar. Cierta fin de semana en que los notó más preocupados y silenciosos de lo normal, dijeron que su madre no se encontraba bien. Y no, Jaspar no estaba con ella. Aunque no se miraron mientras ofrecían esta información, fue como si hubieran intercambiado una mirada de angustia.

En ese momento la vida real volvió a atrapar a Frances, o así lo sintió ella. Durante los meses —no, ya eran años— que había pasado con Rupert, se había convertido en una persona diferente, había aprendido poco a poco a dar por sentada su felicidad. Dios santo, si Rupert no hubiera aparecido en su vida, habría continuado con la tediosa rutina de sus obligaciones, sin amor, sexo ni intimidad.

Rupert acompañó a los niños a casa de su ex mujer y se encontró con lo que había temido. Muchos años antes, después del nacimiento de Margaret, Meriel había sufrido una grave depresión. Pese a que la había apoyado y ella se había recuperado, a Rupert le aterrorizaba la posibilidad de que recayese. Y había recaído. Meriel estaba hecha un ovillo en un extremo del sofá, con la mirada ausente, envuelta en una bata mugrienta y con el pelo sucio y desgredado. Los niños, que flanqueaban a su padre, contemplaron fijamente a la mujer y se arrimaron a Rupert, deseosos de que los rodease con sus brazos.

—¿Dónde está Jaspar? —le preguntó a la silenciosa mujer, que obviamente se hallaba muy lejos, sumida en la terrible angustia de la depresión.

Al cabo de unos minutos repitió la pregunta.

—Se ha ido —respondió ella, irritada por la interrupción.

—¿Va a regresar?

—No.

Cuando parecía que ya no soltaría prenda, murmuró con indiferencia, sin moverse ni girar la cabeza:

—Será mejor que te lles a los niños. No tienen nada que hacer aquí.

Bajo la supervisión de Margaret y William, Rupert recogió juguetes, ropa y artículos escolares, y se acercó de nuevo a Meriel.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

Después de un largo silencio, ella sacudió la cabeza como diciendo: «Déjame en paz.» No obstante, cuando los tres se disponían a marcharse, dijo en el mismo tono que antes:

—Métete en un hospital. En cualquiera. Me da igual.

Los niños se instalaron en sus antiguos dormitorios y llenaron el piso con sus posesiones. Permanecían silenciosos, asustados.

Rupert telefoneó al médico, que prometió ingresarla en una clínica psiquiátrica. Intentó contactar con Jaspar, pero éste no le devolvió las llamadas.

En la mente de Frances se agolpaban pensamientos fríos, insensibles. Sabía que si Jaspar había huido, asustado ante la experiencia de convivir con una persona depresiva, difícilmente regresaría. Contaba diez años menos que ella, era una estrella del mundo de la moda y estaba amasando una fortuna con sus diseños de ropa informal. Su nombre aparecía con frecuencia en los periódicos. ¿Por qué se había liado con una mujer que tenía dos hijos crecidos? Según Rupert, seguramente había disfrutado viéndose como un hombre maduro y responsable, demostrándose a sí mismo que era una persona seria. Se había ganado la fama de ser demasiado moderno, de entregarse a las drogas, las fiestas salvajes y demás vicios de un

mundo al que sin duda había regresado. Eso significaba que Meriel se hallaba sola y que con toda probabilidad lucharía por recuperar a su marido. Allí estaban esos dos niños traumatizados, y allí estaba Frances, la madre sustituta. Sí, sufría, la atormentaba la triste y aplastante sensación que se apodera de uno cuando la vida retoma las familiares pautas del pasado. «Corro el peligro de que me endosen a estos niños —pensó—. No, ya me los han endosado. ¿Es lo que quiero?»

Margaret tenía doce años, y William diez. Pronto serían adolescentes. No temía que Rupert descargase sus responsabilidades sobre ella, sino que la intimidad entre ambos se resintiese —lo que ocurriría inevitablemente— o incluso desapareciera, absorbida por las insensatas demandas adolescentes. A pesar de todo, Rupert le gustaba mucho..., lo quería. No mentiría si aseverase que nunca había amado hasta ahora; sí, aceptaría lo que viniese. Al fin y al cabo, hasta las depresiones se esfuman, y cuando llegara ese momento los niños querrían volver con su madre.

Desde el hospital donde estaba Meriel llegaron hojas garabateadas —no podía llamárseles cartas— con letra casi ilegible. «Rupert, no traigas a los niños. No sería bueno para ellos. Frances, Margaret padece asma y necesita medicación.»

Cuando Rupert telefoneó a los médicos, éstos le dijeron que estaba muy enferma pero se recuperaría. La depresión anterior había durado dos años.

Frances y Rupert yacían en la oscuridad, ella con la cabeza sobre el hombro derecho de él; él con la mano derecha sobre el pecho izquierdo de ella. La mano de Frances reposaba sobre el muslo de Rupert, con los nudillos contra los testículos, un peso suave pero considerable que le infundía seguridad. Esta escena conyugal, consagrada por la tradición, era típica de la media hora previa a que se durmieran, hubiesen hecho el amor o no. Ahora tendrían que tratar un tema que habían estado eludiendo.

—¿Dónde pasó Meriel los dos años de su depresión anterior?

—Casi siempre en la cama. Era incapaz de hacer nada.

—No puede pasarse dos años en un hospital.

—No, necesitará que la cuiden.

—Supongo que Jaspar no se encargará de ello, ¿verdad?

—Es poco probable. —Hablaba en voz baja, casi despreocupadamente, aunque con una triste y valiente franqueza que derriñó el corazón de Frances—. Mira, esto es terrible para ti. No creas que no lo sé. —Como ella no lo desmintió, Rupert titubeó y se apresuró a añadir—: No te culparé si me dejas... —Su voz sonó angustiada.

—No voy a dejarte. Sólo estoy pensando —repuso Frances. Él la besó en la mejilla, y ella descubrió que estaba húmeda—. Si vendieras este piso y juntáramos nuestros ahorros, podríamos comprar un piso grande, pero incluso entonces habría un problema. Vivirías bajo el mismo techo que tu primera esposa y tu concubina, como un polígamo africano.

—O como en una historieta cómica de Thurber. No me imagino a Meriel encima de un armario.

Rieron. Rieron con ganas.

—¿Tenemos dinero para comprar una casa? —preguntó ella.

—No en un barrio decente de Londres. Ni para una casa grande.

—¿Meriel no tiene ingresos?

—Nunca quiso trabajar —respondió él con aspereza: de hecho, Frances detectó que allí había una historia oculta—. Meriel siempre ha sido una mujer chapada a la antigua, o una abanderada del feminismo. Y por supuesto, mientras estuvo con Jaspar no trabajó; se dio la gran vida. De manera que sí, podemos contar con que habrá que mantenerla. —Hizo una pausa y agregó—: Los médicos me advirtieron que quizá sufra nuevas depresiones.

—He estado meditándolo, Rupert. Seguirías teniendo a dos esposas en una misma casa, pero al menos no en el mismo piso.

—Tú ya has pasado por esa situación, ¿no?

—Soy una veterana en la materia.

—¿Piensas casarte conmigo, Frances?

—Sería lo mejor para los críos. La querida convertida en esposa. Nunca subestimes el conservadurismo de los niños.

Frances telefoneó a Colin para preguntarle si podían hablar. Él sugirió que fuera a verlo y se ofreció a cocinar para ella. Así pues, Frances se encontró de nuevo en casa de Julia, en la cocina y ante la mesa más pequeña que había habido allí, con sólo dos sillas. Colin la recibió efusivamente.

Se abrazaron.

—¿Dónde está el perro? —preguntó Frances.

Colin titubeó, le dio la espalda para sacar unos platos de la nevera —un recurso que ella había utilizado a menudo para evitar o postergar una respuesta—, le puso un plato de sopa delante y se sentó enfrente de ella.

—Fiera está con Sophie. En el sótano.

Frances dejó la cuchara y asimiló la sorprendente noticia.

—¿Sophie y tú vivís juntos?

—Está enferma. Sufre una especie de crisis nerviosa. El hombre con el que convivió después de Andrew..., bueno, era un mal tipo. Ella me pidió ayuda.

Tras reflexionar un instante sobre aquella información, Frances volvió a concentrarse en la sopa. Colin era un buen cocinero.

—Bueno, eso cambia las cosas.

—Explicate.

Ella lo hizo, y él demostró que había entendido lo esencial diciendo:

—Vaya, mamá, eres una adicta al sufrimiento.

—El problema es que Rupert... —Iba a decir «me gusta», pero cambió de idea—: Quiero a Rupert. Lo quiero de verdad.

—Es un buen tipo.

—¿Te has instalado en el piso de Julia?

—Aquello es un museo y no me atrevo a destruirlo. Claro que no pensábamos desaprovecharlo.

—Supongamos que alojamos a la mujer de Rupert en el apartamento del sótano.

—Como a la pobre Phyllida.

—Aunque espero que no sea para siempre. Rupert dice que Meriel estaba deseando deshacerse de él. La muy tonta.

—De acuerdo. Meriel en el sótano. Sophie y yo en la planta de arriba. También usaremos la antigua habitación de Sylvia, y yo seguiré trabajando en el salón. De manera que Rupert, tú y los críos tendréis seis habitaciones, en mi piso, el de Andrew y el tuyo. Además de esta fiel cocina, desde luego.

—No se me habría ocurrido si no hubiera sabido que la casa estaba prácticamente vacía. Por otro lado, dispondríamos de más espacio...

—No es mala idea. —Con la energía que lo caracterizaba, Colin retiró los platos de la sopa y sacó del horno una fuente con pescado. Sirvió vino, se bebió el suyo y se sirvió un poco más.

—¿Y Sophie y tú?

—Andrew no era el hombre apropiado para ella. No se diferenciaba en nada de los demás. Dice que a la hora de la verdad Roland era una especie de agujero negro y que Andrew..., bueno, estaba lleno de buenas intenciones, pero convendrás conmigo en que es un peso pluma, ¿no? No se compromete —explicó con una sonrisa que pretendía ser de complicidad—, mientras que yo me hago cargo de la gente. En mi pasado hay varias víctimas que lo atestiguan; rotas y destrozadas, si bien ninguna puede decir que no me responsabilicé de ellas. Tú no las conoces. En fin, ahora me he hecho cargo de Sophie.

—Dos lunáticas bajo el mismo techo —comentó Frances.

—Una manera elegante de describirlo.

—Y no será la primera vez. Pero no importa; los críos tienen diez y doce años, de modo que pronto crecerán, ¿no?

—En primer lugar, creo que Andrew, yo e incluso Sylvia no hemos dejado de necesitar una familia ni siquiera cuando nos hicimos adultos. En segundo lugar..., bueno, hasta hace poco no entendí tu actitud despreocupada ante el paso del tiempo. ¿Qué son cuatro años? O seis, o diez... Nada. Un soplo. No hay nada como una muerte para entenderlo... y hay algo más. ¿No se te ha ocurrido pensar que esos críos quizá te prefieran a la delincuente de su madre?

—¿Delincuente? Está enferma.

—Se largó con un amante perverso, ¿no? Los abandonó, ¿no?

—No, se los llevó consigo. El caso es que ahora sí que están abandonados.

—Espero que por lo menos sean soportables. ¿Lo son?

—Hasta el momento se han portado de maravilla, pero no lo sé.

—¿No te angustia que la historia de repita?

—Sí. Ya lo creo que sí. Y es peor de lo que piensas. Meriel es hija de Sebastian Heath..., aunque quizá no lo recuerdes. ¿Sí? Era un comunista célebre, como Johnny. Lo arrestaron en la Unión Soviética y desapareció para siempre.

—Supongo que el hecho de que los compañeros del padre de alguien lo apuñalen por la espalda justifica cierto grado de confusión emocional, ¿no?

—Y después su madre se suicidó. Ella también era comunista. Meriel se crió en una familia comunista..., aunque por lo visto ya no lo son.

—De manera que tuvo una infancia desdichada, como suele decirse.

—Por eso tengo la sensación de que todo vuelve a empezar.

—Pobre mamá —dijo él jovialmente—. No te preocupes. Pero no creas que mudándonos aquí resolveréis vuestro problema de vivienda para siempre. Pienso casarme.

—¿Con Sophie?

—Santo cielo, no. No estoy tan loco. Sólo somos amigos. Pero busco una esposa. Me casaré y tendré cuatro hijos, a diferencia de ti, que has tenido dos y medio. Y entonces necesitaré esta casa.

—Bien —repuso su madre—. Me parece justo.

Después de la cena, Frances señaló que se hacía tarde y que era hora de que Margaret y William se acostasen. La niña se levantó y se encaró con ella, como un pequeño toro dispuesto a embestir a Frances con aquella virginal frente pecosa.

—¿Por qué hemos de obedecerte? No puedes darnos órdenes. No eres nuestra madre.

William se sumó a la protesta. Por lo visto habían discutido la situación y decidido plantarle cara. Dos semblantes obstinados, dos cuerpos hostiles, y Rupert observándolos, tan pálido como ellos.

—No, no soy vuestra madre, pero me temo que mientras cuide de vosotros tendréis que hacer lo que os diga.

—Ni hablar —dijo Margaret.

—Ni hablar —dijo William.

En el redondo rostro infantil de Margaret apareció una remilgada mueca de desaprobación.

—Te odiamos —dijo con cautela William, que había ensayado la escena con Margaret.

Frances estaba inusitada e irracionalmente furiosa.

—Sentaos —gruñó, y se sorprendió al ver que los niños hacían lo que les decía—. Ahora escuchadme bien. Yo no esperaba tener que cuidaros. No lo deseaba. —Miró a Rupert, que se mostraba dolido por la desagradable situación—. No me importa hacer cosas por vosotros. No me importa cocinar, lavaros la ropa y todo lo demás, pero no pienso tolerar groserías. Ya podéis olvidaros de montar escenas y refunfuñar, porque no estoy dispuesta a aguantarlo. —Empezaba a embalsarse, y ni siquiera esas dos caritas compungidas la detendrían—. Vosotros no sabéis nada de mi pasado, ni tenéis por qué saberlo, pero os aseguro que ya he soportado suficientes portazos, rebeliones adolescentes y demás chiquilladas. —Estaba gritándoles. Era la primera vez en su vida que gritaba a unos niños—. ¿Me habéis oído? Y si vosotros me obligáis a pasar por todo eso de nuevo, me marcharé. Os lo advierto. Sencillamente desapareceré. —Se interrumpió al quedarse sin aire. Advirtió que las cejas de Rupert, siempre listas para expresar ironía, le indicaban que se estaba excediendo—. Lo siento —añadió, más para él que para los niños. Y luego—: No, no lo siento. Estoy convencida de todo lo que he dicho. De modo que pensad en ello.

Sin abrir la boca, los niños se pusieron en pie y se retiraron a sus respectivas habitaciones, aunque luego se reunirían en una o en otra para criticar a Frances.

—Bien hecho —murmuró Rupert.

—¿De veras? —preguntó Frances angustiada, temblando. Apoyó la cabeza sobre los brazos.

—Sí, claro que sí. Tarde o temprano tenéis que enfrentaros. A propósito, no creas que yo no aprecio lo que haces. No te culparía si te fueras.

—No voy a irme. —Frances buscó la mano de Rupert, que estaba temblando—. Oh, Dios, es tan...

Él le tendió el brazo, ella acercó su silla para que pudiera rodearla con él y permanecieron muy juntos, unidos por la tristeza.

Una semana después se produjo una repetición de la escena que comenzaba con la frase: «Tú no eres nuestra madre, así que...»

Frances se había pasado el día tratando de avanzar con el complicado libro de sociología que estaba escribiendo, interrumpida por llamadas del colegio de los chicos, del hospital de Meriel y de Rupert, que quería saber qué debía llevar para la cena. Estaba histérica, con los nervios de punta. La situación la desbordaba. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿En qué trampa se había metido? ¿Le inspiraban alguna simpatía esos críos? La niña con su boquita de remilgada y presuntuosa, el niño (pobrecillo) tan asustado que apenas se atrevía a posar la vista en su padre y en ella, con su permanente sonrisa de miedo que intentaba hacer pasar por irónica.

—Muy bien —dijo ella—, ya es suficiente. —Apartó su plato y se levantó de la mesa. No miró a Rupert, porque estaba haciendo lo imperdonable: golpearlo cuando estaba caído.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la niña..., pues al fin y al cabo todavía era una niña.

—¿Tú qué crees? Me largo. Os lo advertí.

Se dirigió al dormitorio que compartía con Rupert, despacio, porque sentía las piernas rígidas, y no a causa de la indecisión, sino porque las obligaba a alejarla de Rupert. Una vez allí sacó la ropa de los armarios, la apiló sobre la cama, buscó un par de maletas y empezó a guardar las prendas en ellas metódicamente. Su estado de ánimo ya no era el que había alimentado durante semanas. De la misma

manera que una novia o un novio que se ha dejado arrastrar por la marea de los acontecimientos sin apenas experimentar un momento de duda y que de repente, en la víspera de la boda, se pregunta cómo pudo ser tan imprudente, una situación que se le había antojado perfectamente razonable, si bien difícil, la hacía sentirse como si estuvieran conduciéndola a una prisión, encadenada de pies y manos. ¿Qué demonios la había inducido a prometer que se haría cargo de esos niños, siquiera temporalmente? Y ¿cómo sabía que se trataba de un arreglo temporal? Debía huir de inmediato, antes de que fuese demasiado tarde. La única parte de su mente que no había cambiado por completo de parecer era la que pensaba en Rupert. No podía renunciar a él. Bueno, había una solución muy sencilla. Finalmente se compraría una casa propia, su casa y... La puerta se abrió, primero un poco, luego un poco más y el niño asomó la cabeza.

—Margaret pregunta qué estás haciendo.

—Me largo —contestó Frances—. Cierra la puerta.

El niño cerró la puerta con movimientos intermitentes y cautelosos, como si cada uno de ellos hubiera estado interrumpido por un cambio de idea: ¿debía volver a entrar?

Las maletas estaban hechas y en fila cuando Margaret entró con la cabeza gacha y la boca, esa bonita boca rosa temblorosa por el llanto, entreabierta.

—¿De verdad te vas?

—Sí—respondió Frances, convencida de que así era—. Cierra la puerta... con suavidad.

Más tarde salió y vio a Rupert todavía sentado a la mesa.

—No he estado bien, lo siento —se disculpó Frances.

Él sacudió la cabeza, sin mirarla. Era una figura solitaria y valiente, y su dolor se alzaba entre los dos como una barrera. Frances no pudo soportarlo. Supo que no se iría, por lo menos de aquella manera. En un último arrebató de rebeldía, pensó: «Me compraré una casa; que él se las apañe con Meriel y los crios y venga a verme...»

—Claro que no me voy —dijo—. ¿Cómo iba a irme?

Él no se movió, pero de repente extendió muy despacio un brazo hacia ella. Frances se sentó a su lado, debajo de ese brazo, y Rupert descansó la cabeza sobre la de ella.

—Bueno, al menos dejarán de incordiarte —dijo—. Si es que decides quedarte.

La ocasión exigía que cimentaran su fragilidad haciendo el amor. Él entró en el dormitorio y ella se preparó para seguirlo, apagando las luces. Se acercó a la puerta de la niña con la intención de entrar y darle las buenas noches. «Olvidalo, no hablaba en serio.» Entonces oyó sollozos, un espantoso y desconsolado llanto que evidentemente había estallado hacía un rato. Frances apoyó la cabeza en la puerta, con un arrebató de «oh, no, no puedo, no puedo...». Sin embargo, el sonido de aquella angustia infantil la estaba destrozando. Respiró a fondo y entró en la habitación. La niña se levantó de un salto y se arrojó a sus brazos.

—Ay, Frances, Frances, lo siento, no lo hice adrede.

—Está bien, tranquila. No me iré. Lo decía en serio, pero he cambiado de idea.

Besos, abrazos, un nuevo comienzo.

Con William las cosas resultarían más difíciles. Era un niño herido que se protegía con una armadura de orgullo y se negaba a llorar o recibir el consuelo de un abrazo, aunque fuera de su padre; no confiaba en ellos. Había visto a su madre enferma y silenciosa, tan absorta en sí misma que no lo escuchaba, y esa imagen lo acompañaba mientras cumplía obedientemente con lo que se le ordenaba: iba a la escuela, estudiaba, ayudaba a recoger la mesa, se hacía la cama. Si Frances y Rupert hubieran sabido lo que ocurría en el interior de William, si hubieran comprendido su feroz y solitaria angustia...; pero ¿qué habrían podido hacer? Hasta se sentían reconfortados por ese niño dócil, mucho menos problemático que Margaret, ¿o no?

Sylvia estaba en la terminal de llegadas del aeropuerto de Senga, que albergaba la cinta transportadora, las oficinas de Inmigración y Aduana y a todos los pasajeros del avión, que a primera vista podían clasificarse en negros con terno y blancos con tejanos, camisetas y jerséis atados a la cintura. Los negros estaban eufóricos, maniobrando neveras, cocinas, televisores y muebles mientras solicitaban la aprobación de los agentes de aduanas, la que obtenían rápidamente, pues dichos agentes se mostraban afables y generosos con los garabatos que trazaban con tiza roja en cada caja que les ponían delante. Sylvia llevaba un bolso de mano con sus efectos personales y dos maletas grandes con los suministros médicos y los demás artículos que le había pedido el padre McGuire; cada lista que había llegado a Londres iba apostillada con un: «No te sientas obligada a traer esto si te supone mucha molestia.» En el avión, Sylvia había oído a los blancos hablar de lo imprevisibles que eran los funcionarios de aduana y del claro trato de favor que dispensaban a los negros, a quienes permitían entrar con muebles suficientes para equipar una casa entera. En el asiento contiguo al de Sylvia viajaba un hombre silencioso, que aunque iba vestido con tejanos y camiseta, como los demás, llevaba al cuello una cadena con una cruz. Cuando, sin saber si se trataba de un fetiche de moda, Sylvia le preguntó con timidez si era sacerdote, se enteró de que estaba ante el hermano Jude, de una misión u otra —no prestó atención al desconocido nombre— y lo consultó acerca de los posibles problemas con el equipaje. Cuando él supo adonde se dirigía

—conocía al padre McGuire— se ofreció a ayudarla. Más tarde lo encontró justo delante de ella en la cola de la aduana. El hermano Jude dejaba que la gente lo adelantase, porque estaba aguardando a un joven negro, que finalmente lo saludó por su nombre, preguntó si las maletas eran para la misión y las hizo pasar.

—Esta es Sylvia, una amiga del padre McGuire —le presentó el hermano Jude—. Es médico. Lleva suministros para el hospital de Kwadere.

—Ah, una amiga del padre McGuire —dijo el joven con una sonrisa amistosa—. Dele recuerdos de mi parte —añadió, y trazó la mística señal roja en las maletas.

Tampoco surgieron dificultades en Inmigración, ya que Sylvia tenía todos los papeles en regla, y salieron a la despejada y calurosa mañana. En la escalinata de la terminal, una joven con holgados pantalones cortos azules, camiseta floreada y una imponente cruz de plata se aproximó a Sylvia.

—Ah —comentó su salvador—. Veo que estás en buenas manos. Hola, hermana Molly —la saludó, y echó a andar hacia un grupo de gente que había acudido a recogerlo.

La hermana Molly la llevaría en coche a la misión de San Lucas. Dijo que no valía la pena que se entretuvieran en Senga y que lo mejor sería partir de inmediato. Subieron a una destartada camioneta y se internaron en el paisaje de África, que Sylvia esperaba admirar cuando se acostumbrase a él. Por el momento, se le antojaba extraño. Hacía mucho calor. El viento que entraba en la cabina de la camioneta estaba cargado de polvo. Sylvia se agarró a la portezuela y escuchó a Molly, que no paraba de hablar, sobre todo de los hombres de su orden religiosa, que según ella eran unos cerdos machistas. Esta expresión, que en Londres había perdido la gracia de la novedad, sonó como recién acuñada al salir de sus sonrientes labios. En cuanto al papa, era reaccionario, intransigente, burgués, demasiado viejo, misógino, y qué pena que gozara de buena salud. Que Dios la perdonase por decir eso.

Desde luego, no era lo que Sylvia había esperado oír. No le importaba mucho el papa, aunque sabía que como católica debía importarle, y el lenguaje del feminismo extremista nunca había concordado con su experiencia personal. La hermana Molly condujo a toda velocidad por carreteras en buen estado que pronto se convirtieron en caminos cada vez más accidentados, hasta que al cabo de una hora el vehículo se detuvo frente a una especie de granja.

—Te dejo aquí. Y no permitas que el padre Kevin McGuire te mangonee. Es un encanto, no lo niego, pero todos los curas de la vieja escuela son iguales. —Se marchó, despidiéndose con la mano de Sylvia y de cualquiera que estuviera mirando.

Sylvia aceptó una invitación para tomar el té con Edna Pyne, en cuya voz, llena de extraños sonidos vocálicos, Sylvia detectó un dejo de autocompasión que le resultaba demasiado familiar. Además, la vetusta cara reflejaba insatisfacción. Cedric Pyne tenía unas piernas largas y bronceadas, los pantalones más cortos que Sylvia hubiera visto en su vida y ojos azules —como los de su esposa— y enrojecidos.

En la soleada terraza donde se sentaron Sylvia mantuvo la vista fija en la pareja para evitar el potente resplandor amarillo, de modo que en aquella primera visita sólo los vio a ellos. Descubrió que dejar gente y paquetes en casa de los Pyne formaba parte de las transacciones locales, porque cuando subió de nuevo a un coche, esta vez un todoterreno, se encontró con pilas de periódicos y cartas para el padre McGuire y con dos jóvenes negros.

—Voy al hospital —explicó uno de ellos, que parecía muy enfermo.

—Yo también —repuso Sylvia.

Los dos chicos viajaban en la parte trasera, y ella al lado de Cedric, que conducía igual que la hermana Molly, como si intentara ganar una apuesta. El todoterreno avanzó dando tumbos por un camino de tierra, y al cabo de unos quince kilómetros se adentró en una polvorienta arboleda entre la que divisaron un edificio bajo, con techo de planchas de metal acanalado. Detrás, sobre una colina, se alzaban otros edificios esparcidos entre árboles.

—Dile a Kevin que no puedo esperar —dijo Cedric Pyne—. Ven a vernos cuando quieras. —Se despidió y se marchó, levantando más nubes de polvo.

A Sylvia le dolía la cabeza. Estaba pensando que prácticamente no había salido de Londres en toda su vida y que nunca le había parecido una privación, como empezaba a sospechar, sino algo bastante normal. Los dos jóvenes negros se encaminaron hacia el hospital.

—Adiós, hasta luego —dijeron en tono despreocupado, aunque el semblante del enfermo pedía a gritos que lo atendieran de inmediato.

Sylvia subió con sus maletas a un pequeño porche de cemento verde pulido. A continuación entró en una estancia más bien pequeña en la que había una mesa de tablas teñidas, sillas con asiento de tiras de cuero, una estantería que cubría toda una pared y varios cuadros, todos de Jesucristo excepto uno, que mostraba un brumoso atardecer en las montañas de Mourné.

Apareció una delgada joven negra, que con una amplia sonrisa, se presentó como Rebecca y se ofreció a acompañar a Sylvia a su habitación.

En el cuarto, contiguo a la sala principal, apenas cabía una cama de hierro, una mesa diminuta, un par de duras sillas y algunos estantes para libros. También había ido a parar allí una cómoda pequeña, del estilo de las que en otro tiempo se usaban en los hoteles. Las paredes y el suelo eran de ladrillo y el techo

de cañas. Rebecca anunció que le traería una taza de té y se marchó. Sylvia se dejó caer en una silla, embargada por un sentimiento que no conseguía identificar. Sí, esperaba impresiones nuevas; sabía que se sentiría fuera de lugar; pero ¿qué era aquello? Experimentó un amargo vacío en su interior, y cuando miró al crucifijo en busca de consuelo, le pareció que el propio Cristo estaba asombrado de encontrarse allí. Por otro lado, no debía sorprenderse de hallar a Cristo en un lugar tan miserable, ¿o sí? ¿Qué le ocurría entonces? Fuera las palomas zureaban y las gallinas conversaban entre sí. «No soy más que una chiquilla consentida», se dijo Sylvia evocando aquellas palabras, un eco lejano de su infancia. La catedral de Westminster..., sí; una casucha de ladrillo, aparentemente, no. Un viento cargado de polvo soplaba junto a la ventana. A juzgar por la vista desde el exterior, esa casa no constaba de más de tres o cuatro habitaciones. ¿Dónde estaba la del padre McGuire? ¿Dónde dormía Rebecca? No entendía nada, y cuando ésta regresó con el té, Sylvia le dijo que le dolía la cabeza y que quería echarse un rato.

—Sí, doctora, acuéstese; pronto se sentirá mejor—contestó Rebecca, cuya alegría la identificaba como cristiana: los hijos de Dios sonríen y están preparados para lo que sea (como los hippies). Rebecca corrió las cortinas, confeccionadas con una tela de colchón en tonos negros y blancos que Sylvia sospechó que podría convertirse en el último grito en ciertos círculos londinenses—. La llamaré a la hora del almuerzo.

El almuerzo... Sylvia tenía la sensación de que era de noche, pues el día se le había hecho eterno, pero eran sólo las once de la mañana.

Se tendió con las manos sobre los ojos, vio que la luz perfilaba sus delgados dedos, se durmió y despertó al cabo de una hora, cuando Rebecca llegó con más té y las disculpas del padre McGuire, que decía que lo habían retenido en la escuela, que la vería a la hora de comer y que se tomara las cosas con calma hasta el día siguiente.

Una vez transmitido este consejo, Rebecca comentó que el paciente de la granja de los Pyne estaba aguardando al médico, que había más personas esperando y que quizá la doctora... Sylvia empezó a cubrirse con una bata blanca, pero Rebecca la miró con una expresión que hizo que Sylvia preguntara:

—¿Cómo tengo que vestirme?

Rebecca respondió que la bata no permanecería blanca por mucho tiempo y que quizá la doctora debería ponerse un vestido viejo.

Sylvia no usaba vestidos. Se había puesto sus tejanos más viejos para el viaje. Se recogió el pelo con un pañuelo, tal como lo llevaba Rebecca. Ésta le señaló un camino y se marchó a la cocina. Junto al polvoriento sendero crecían flores de hibisco, adelfas y dentelarias, todas cubiertas de polvo pero con aspecto de estar en el sitio que les correspondía, en un calor seco y bajo el sol de un cielo totalmente despejado. El camino descendía por una cuesta rocosa, y frente a ella aparecieron unos techos de paja sobre postes clavados en la tierra rojiza y una choza por cuya puerta entornada salió una gallina. Entre los arbustos había otras, tendidas de lado, jadeando con el pico abierto. Los dos jóvenes que habían viajado en el todoterreno estaban sentados a la sombra de un árbol. Uno de ellos se levantó.

—Mi amigo está enfermo —señaló—. Demasiado enfermo.

Sylvia ya lo veía.

—¿Dónde está el hospital?

—Esto es el hospital.

Entonces Sylvia cayó en la cuenta de que bajo los árboles, los arbustos o los cobertizos de paja había personas, algunas de ellas mutiladas.

—Llevamos mucho tiempo sin doctor —dijo el joven—. Ahora tenemos doctor otra vez.

—¿Qué le pasó al anterior?

—Bebía demasiado, y el padre McGuire dijo que tenía que irse. Así que estábamos esperándola, doctora.

Sylvia miró alrededor, preguntándose dónde estarían los instrumentos, las medicinas —los utensilios de su oficio—, y entró en la choza. Dentro había tres estantes, y en uno de ellos un frasco grande de aspirinas... vacío; varios botes de pildoras para la malaria... vacíos; un tubo grande de pomada... sin etiqueta y vacío. Detrás de la puerta, un estetoscopio colgaba de un clavo. Estaba estropeado. El amigo del chico enfermo se encontraba al lado de Sylvia, sonriendo.

—Todas las medicinas se han terminado —dijo.

—¿Cómo te llamas?

—Aaron.

—¿Trabajas en la granja de los Pyne?

—No, vivo aquí. Fui a acompañar a mi amigo cuando nos enteramos que venía un coche.

—¿Y cómo llegaste allí?

—Andando.

—Pero hay un buen trecho, ¿no?

—No, no es demasiado lejos.

Regresó con él junto al chico enfermo, que antes parecía desmayado y ahora temblaba violentamente. No necesitaba un estetoscopio para hacer el diagnóstico.

—¿Ha estado tomando la medicina? —preguntó—. Es malaria.

—Sí, el señor Pyne le dio la medicina, pero se ha terminado.

—Para empezar, debería beber algo.

En la choza encontró tres bidones de agua con tapón de rosca, pero su contenido olía mal. Le pidió a Aaron que le diese agua al enfermo. Sin embargo, no había ni una taza ni un vaso..., nada.

—Cuando el otro doctor se fue, me temo que alguien robó.

—Ya veo.

—Sí, me temo que eso fue lo que ocurrió.

Sylvia entendió que estaba oyendo ese «me temo» como debía de haber sonado mucho tiempo antes, cuando la expresión acababa de acuñarse. Aaron la empleaba como para disculparse. ¿Acaso en el pasado esperaban un golpe o una reprimenda cuando decían «me temo»?

Qué suerte que hubiera llevado consigo su estetoscopio nuevo y los medicamentos básicos.

—¿No hay un candado para esta puerta?

—Me temo que no sé. —Aaron se puso a buscar, como si fuera a encontrar el candado debajo de la tierra—. Sí, aquí está —exclamó al hallarlo entre las cañas del techo.

—¿Y la llave?

Hurgó de nuevo, pero era demasiado pedir.

Ella no estaba dispuesta a dejar su pequeño equipo en una choza sin candado. Titubeó, pensando que no entendía nada de lo que ocurría y que necesitaba una llave además de una choza.

—Y mire, doctora, me temo que aquí las cosas no están bien... Mire. —Aaron empujó unos ladrillos de la pared del fondo hasta que cayeron. Alguien había aflojado cuidadosamente unos cuantos, de manera que era posible abrir un boquete lo bastante grande para entrar en él.

Sylvia hizo una rápida ronda entre sus pacientes, tendidos aquí y allí, aunque a veces costaba distinguirlos de los amigos o parientes que les hacían compañía. Un hombro dislocado: lo puso en su sitio de inmediato y le recomendó al joven lesionado que descansara y no usase el brazo durante unos días, pero él se alejó tambaleándose por entre los árboles. Algunas heridas... infectadas. Otro caso de malaria, o eso creyó ella. Una pierna tan hinchada que semejaba una almohada, cuya piel parecía a punto de reventar: se dirigió a su habitación, regresó con una lanceta, jabón, vendas y una palangana que le facilitó Rebecca, se acucilló y practicó una incisión en la pierna, de la que brotó un chorro de pus que fue rápidamente absorbido por el polvo, creando una fuente de infección. La paciente emitía gemidos de gratitud; era una mujer joven junto a la cual había dos niños sentados a su lado; uno de ellos chupándole una teta, aunque aparentaba al menos cuatro años, y el otro colgando de su cuello. Sylvia le vendó la pierna procurando dejar parte del polvo fuera, aunque sin duda se trataba de una idea absurda, y examinó a una mujer embarazada que estaba a punto de parir. El niño estaba mal colocado.

Sylvia recogió sus instrumentos y la palangana y dijo que debía ir a hablar con el padre McGuire. Le preguntó a Aaron qué pensaban comer él y el enfermo de malaria. Él respondió que quizá Rebecca tuviera la bondad de darles un plato de sadza, una especie de gachas de harina de maíz.

Encontró al padre McGuire sentado a la mesa de la salita, comiendo. Era un hombre corpulento, con una abundante cabellera blanca, ojos oscuros de expresión comprensiva y aire jovial, vestido con una sotana andrajosa.

Él insistió en que se sentara a probar un filete de arenque de lata... que había llevado ella misma. Sylvia lo complació, y luego, con la misma insistencia, el padre McGuire la invitó a comer una naranja.

Rebecca, que estaba mirándolos, comentó que en el hospital decían que Sylvia no podía ser doctora, porque era demasiado pequeña y delgada.

—¿Debería enseñarles mi diploma? —preguntó Sylvia.

—Ya les enseñaré yo lo que pesa mi mano —soltó el padre McGuire—. Vaya impertinencia.

—Necesitaría una choza que se cierre con llave —dijo Sylvia—. No puedo llevar y traer mis cosas varias veces al día.

—Le pediré al albañil que arregle el agujero de la pared.

—¿Y un candado?

—Eso no es tan fácil. Habrá que buscarlo. Le diré a Aaron que vaya a casa de los Pyne y les pregunte si tienen alguno. —Encendió un cigarrillo y le ofreció uno a Sylvia. Pese a que ella había fumado pocas veces en su vida, lo aceptó con gratitud—. Sí —añadió—. Ha sido un día muy largo para ti. Siempre pasa lo mismo cuando uno viaja desde Inglaterra. Nuestras jornadas, al menos las mías, empiezan a las cinco y media de la mañana y terminan a las nueve de la noche. A esa hora todo lo que desearás será meterte en la cama, aunque si estás acostumbrada a los horarios de Londres quizás ahora no me creas.

—La verdad es que ya estoy deseándolo —admitió Sylvia.

—Entonces échate una pequeña siesta, que es lo que haré yo.

—Pero ¿qué pasa con toda esa gente que está esperándome? ¿Podrían proporcionarme una taza para que les dé agua?

—Sí. Por lo menos tenemos tazas.

Sylvia durmió media hora; Rebecca la despertó ofreciéndole una taza de té. Cuando Sylvia le preguntó si había dormido, obtuvo una sonrisa por respuesta. ¿Aaron y su amigo habían comido algo? La doctora no debía preocuparse por ellos, contestó Rebecca, sin dejar de sonreír.

Sylvia regresó al conjunto de chozas, cobertizos y árboles frondosos donde los enfermos aguardaban. Habían llegado varios más, pues se habían enterado de la llegada de un nuevo médico. Entre ellos se contaban unos cuantos mutilados a los que les faltaba una pierna o un brazo y cuyas heridas no habían sido suturadas o curadas debidamente. Eran las víctimas de la guerra, que a fin de cuentas había acabado recientemente. Supuso que se encontraban en el «hospital» porque al menos allí su situación quedaba validada, definida. Como heridos de guerra, los asistía el derecho a exigir medicamentos —analgésicos, aspirinas, pomadas, lo que fuese—; algunos eran casi niños, héroes de guerra, y se les debía algo. No obstante, Sylvia disponía de tan pocas medicinas que las escatimaba al máximo. Por consiguiente recibieron tazas de agua y preguntas compasivas:

—¿Cómo perdiste la pierna?

—La bomba estalló cuando me senté.

—Lo siento. Qué mala suerte.

—Sí, demasiada mala suerte.

—Y ¿qué te pasó en el pie?

—Una piedra cayó rodando por la colina hasta la mina, y yo estaba allí.

—Lo lamento. Debió de dolerte mucho.

—Sí, grité y mis compañeros me hicieron callar, porque el enemigo no andaba lejos.

A última hora de la tarde, cuando el sol estaba bajo y amarillo, apareció un hombre desgarrado, muy alto y delgado y con expresión enfurruñada.

Según dijo, se llamaba Joshua y su trabajo consistiría en ayudarla.

—¿Es enfermero? —preguntó ella—. ¿Ha estudiado?

—No, no he estudiado; pero siempre he trabajado aquí.

—Entonces ¿por qué no vino antes? —inquirió Sylvia, que no pretendía reñirlo sino informarse.

Sin embargo, él replicó con insolencia, una insolencia formal, como cuando uno masculla «maldita sea»:

—¿Por qué iba a venir si no había ningún doctor?

Estaba bajo los efectos de alguna sustancia. No, no era alcohol... ¿Qué, entonces? Sí, olía a marihuana.

—¿Qué ha estado fumando?

—Dagga.

—¿Crece por aquí?

—Sí, crece por todas partes.

—Si va a trabajar conmigo, más vale que deje de fumar dagga.

Desplazando el peso del cuerpo de una pierna a la otra y balanceando los brazos, el hombre gruñó:

—Hoy no pensaba trabajar.

—¿Cuándo se marchó el otro médico?

—Hace mucho. Un año.

—¿Qué hacen los enfermos cuando llueve?

—Si no hay sitio en los cobertizos, se mojan. Son negros, de modo que no les hace daño.

—Pero ahora tienen un gobierno negro, así que las cosas cambiarán.

—Sí —repuso, o más bien ladró, Joshua—. Ahora todo cambiará, y nosotros también tendremos cosas buenas.

—Joshua —dijo Sylvia con una sonrisa—, si vamos a trabajar juntos, debemos intentar llevarnos bien.

—Sí, sería conveniente que nos lleváramos bien—repuso Joshua esbozando una sonrisa o algo que se le parecía.

—Tengo entendido que sus relaciones con el médico anterior no eran buenas, ¿verdad? A propósito, ¿era blanco o negro?

—Negro. Bueno, puede que no fuese un doctor de verdad. Bebía demasiado. Era un skellum.

—¿Un qué?

—Una persona mala. No como usted.

—Espero no acabar bebiendo demasiado.

—Yo también lo espero, doctora.

—Me llamo Sylvia.

—Bien, doctora Sylvia. —Joshua frunció el entrecejo, como si hubiera decidido que debía demostrar antagonismo.

—Ahora la doctora Sylvia volverá a la casa del padre McGuire —le informó ella—. Me dijo que regresara al anochecer, para cenar.

—Espero que la doctora Sylvia disfrute de su cena. —Joshua se internó entre los árboles, riendo. Luego se lo oyó cantar. Era una canción vehemente, pensó ella, un himno revolucionario, que insultaba a todos los blancos.

El padre McGuire sentado a la mesa, con una lámpara de gas a su lado, bebía zumo de naranja. Había un vaso esperando a Sylvia.

—No crea que no tenemos electricidad —explicó—, lo que ocurre es que ha habido un corte de luz.

Rebecca se acercó con una bandeja e informó de que Aaron y su amigo pasarían la noche en el hospital.

—¿Por qué vive aquí?

Sin mirarla, el sacerdote contestó que Aaron tenía familia en la aldea, pero que en adelante dormiría en la casa por las noches.

Las caras del padre McGuire y de Rebecca reflejaban cierta turbación, de manera que Sylvia quiso indagar los motivos. Era un asunto absurdo, respondió el sacerdote, verdaderamente ridículo, y tenía que disculparse, pero el joven viviría en la casa para guardar las apariencias. Sylvia no entendió. El padre McGuire parecía impaciente, incluso ofendido por verse obligado a explicárselo claramente.

—No consideran apropiado que un sacerdote viva con una mujer.

—¿Qué? —Sylvia estaba tan molesta como él.

Rebecca comentó que la gente cotilleaba, y que no era de extrañar.

Sylvia repuso con amargura y seriedad que la gente tenía la mente retorcida, y el padre McGuire se mostró plácidamente de acuerdo en ese punto.

Después de una pausa, añadió que le habían sugerido que Sylvia viviese con las monjas de la colina.

—¿Qué monjas?

—Un grupo de hermanas misioneras que habitan una casa en la colina; pero como no eres religiosa, imaginé que te sentirías más cómoda aquí.

Sylvia paseó la vista entre él y Rebecca, convencida de que le ocultaban cosas.

—Se supone que las hermanas deben ayudar en el hospital, pero no todo el mundo está hecho para los sucios trabajos de enfermería.

—¿Son enfermeras?

—Yo no diría tanto. Han realizado cursillos de primeros auxilios. De todos modos, puedes acudir a ellas para que laven las vendas, las compresas y la ropa de cama. No deben de sobarte las vendas desechables, ¿verdad? No. Tendrás que pedirle a Joshua que lleve lo que haya que lavar a la casa de las hermanas todos los días. Y yo les diré que lo hagan como un servicio a Dios.

—Joshua no querrá ir, padre —apuntó Rebecca.

—Y tú tampoco, de manera que hemos topado con un problema.

—No es mi trabajo sino el de Joshua —dijo Sylvia.

—Pues ya te encuentras en una pequeña dificultad —repuso el sacerdote—, y aguardaré con interés a ver cómo la solucionas.

Se levantó, les dio las buenas noches y se fue a la cama. Sin mirar a Sylvia, Rebecca también se despidió y se marchó.

Transcurrió un mes. Habían reparado el agujero de la choza e instalado una cerradura. Alrededor de dos de los cobertizos habían puesto unas cortinas confeccionadas con la arpillera que usaban para embalar el tabaco, y aunque no constituían una barrera eficaz contra las fuertes lluvias, impedían el paso del viento y el polvo. Habían construido una choza nueva con paredes y techo de paja y agujeros en los costados para que entrase la luz. El interior se mantenía fresco. El suelo era de tierra apisonada. Los enfermos más graves podían guarecerse allí. Sylvia había curado sorderas pertinaces causadas sencillamente por viejos tapones de cera, y había tratado cataratas. Con las medicinas que le habían enviado de Senga, había conseguido aliviar algunos casos de malaria, aunque casi todos los afectados eran enfermos crónicos. Restituía en su sitio miembros dislocados, cauterizaba heridas, administraba

medicinas para el dolor de garganta y la tos y, a veces, cuando se agotaban, recurría a los remedios de la abuela que el padre McGuire recordaba de su Irlanda natal. Llevaba una clínica de maternidad y traía niños al mundo. A pesar de que todo esto era bastante satisfactorio, no podía evitar sentirse frustrada por no ser cirujana, ya que habría resultado muy útil. Transportaban a los enfermos graves a un hospital situado a treinta kilómetros de distancia, y en ocasiones la demora era perjudicial o incluso letal. Debería haber sido capaz de hacer una cesárea, extirpar un apéndice, amputar una mano o abrir una rodilla con una fractura complicada. Se movía en un terreno pantanoso en el que era difícil precisar si actuaba dentro de la legalidad o no: de vez en cuando utilizaba instrumentos quirúrgicos para hacer una incisión en un brazo con el fin de tratar una úlcera o abrir una herida infectada con objeto de limpiarla. Ojalá hubiera sabido lo mucho que iba a necesitar los conocimientos de cirugía mientras asistía a toda clase de cursillos que en sus nuevas circunstancias no le servían para nada...

También se ocupaba de tareas que en Europa no están asociadas con la profesión médica. Había recorrido las aldeas cercanas para inspeccionar las fuentes de agua y encontrado ríos sucios y pozos contaminados. El agua escaseaba en esa época del año y a menudo se sacaba de lagos estancados que eran caldo de cultivo del parásito de la esquistosomiasis. Enseñó a las mujeres a reconocer algunas dolencias para que supieran cuándo debían llevar a los enfermos al hospital. Cada vez recibía más pacientes, pues la gente la consideraba una especie de taumaturgia, sobre todo por sus éxitos a la hora de devolver la audición extrayendo tapones de cera. Joshua le hacía propaganda, ya que de esa manera ayudaba a limpiar su fama, mancillada por su antigua relación con el médico malo. Él y Sylvia se llevaban bien, aunque ella tenía que hacer oídos sordos a sus virulentas acusaciones contra los blancos. A veces estallaba:

—Pero Joshua, yo no estaba aquí, ¿cómo puedes culparme?

—Mala suerte, doctora Sylvia. Si yo digo que es culpable, lo es. Ahora que manda un Gobierno negro, lo que yo digo va a misa. Y un día éste será un buen hospital en el que trabajen nuestros propios doctores negros.

—Eso espero.

—Y usted podrá volver a Inglaterra y curar a los enfermos de allí. ¿Hay enfermos en Inglaterra?

—Por supuesto.

—¿Y pobres?

—Sí.

—¿Tan pobres como aquí?

—No, ni de lejos.

—Eso es porque ustedes nos lo robaron todo.

—Si tú lo dices, Joshua, será así.

—¿Y por qué no está en su país, cuidando a los enfermos de allí?

—Buena pregunta. Yo misma me la hago a menudo.

—Pero no se vaya todavía. La necesitaremos hasta que vengan nuestros doctores.

—Vuestros doctores no quieren trabajar en lugares miserables como éste. Prefieren quedarse en Senga.

—Este lugar dejará de ser miserable. Será rico y bonito, como Inglaterra.

El padre McGuire le dijo:

—Escúchame, pequeña, he de hablar contigo seriamente, como confesor y consejero.

—Sí, padre.

La situación había tomado un giro algo cómico: aunque no había renunciado al catolicismo, no cabía duda de que estaba redefiniendo sus creencias. Había abrazado la religión gracias al padre Jack, un hombre delgado y austero, consumido por un ascetismo que no iba con su personalidad. Sus ojos acusaban al mundo que lo rodeaba, y cada uno de sus movimientos parecía destinado a evitar cualquier error o pecado. Sylvia había estado enamorada del padre Jack y pensaba que ella no le había sido del todo indiferente. Hasta el momento, era el único hombre del que había estado enamorada. Encarnaba el sacerdocio, la fe, el catolicismo, pero ahora se encontraba en la selva con el padre McGuire, un plácido anciano a quien le encantaba comer. Nadie hubiera dicho que una persona acostumbrada a una dieta de gachas de avena, carne, tomate y fruta casi siempre de lata pudiese calificarse de gourmet. Sin embargo, el padre Kevin le gritaba a Rebecca si sus gachas no estaban perfectas, si no encontraba el filete en su punto y si las patatas... Sylvia le cobró cariño: tal como había asegurado la hermana Molly, Kevin McGuire era un buen hombre, pero lo que había seducido a Sylvia había sido la apasionada abstinencia de un individuo muy diferente, además de una visita a las maravillas de la catedral de Westminster y un breve y lejano viaje a Notre Dame, que quedó grabado en su memoria como la materialización de cuanto amaba. Una vez a la semana, los sábados por la tarde, la gente de todo el distrito asistía a misa en una pequeña capilla de ladrillos desnudos, con bancos y sillas fabricados por los nativos. La ceremonia se oficiaba en la lengua local, y los fieles bailaban... Las mujeres se levantaban de los asientos y expresaban su fe bailando con frenesí y cantando —oh, qué maravillosamente lo hacían—, y la celebración se convertía en un acto

cordial y bullicioso, como si de una fiesta se tratara. Sylvia se preguntaba si era una católica de verdad y si alguna vez lo había sido, aunque el padre McGuire, en su papel de mentor, la tranquilizaba. También se preguntaba si le habría gustado más que en aquella pequeña capilla polvorienta la misa se hubiera pronunciado en latín y los fieles se hubieran arrodillado y respondido a las frases del sacerdote a la vieja usanza. Sí, lo habría preferido; detestaba las misas del padre McGuire, los bailes voluptuosos y el entusiasmo con que cantaban los feligreses, aunque sabía que era la forma que tenían de evadirse de su limitada y miserable vida. Y tampoco le gustaban las monjas, con sus hábitos azules y blancos semejantes a uniformes escolares.

—Sylvia, debes aprender a no tomarte las cosas tan a pecho —le recomendó el padre McGuire.

—No lo soporto, padre. No tolero lo que veo. Las nueve décimas partes me parecen innecesarias.

—Te entiendo, pero así son las cosas; o así son ahora. Estoy seguro de que cambiarán. Sí, seguramente cambiarán. Tú tienes pasta de mártir, Sylvia, y eso no es bueno. Irías a la hoguera con una sonrisa, ¿verdad? Sí, estoy convencido de ello. Y ahora te prescribiré algo, igual que haces tú con esta pobre gente. Debes comer decentemente tres veces al día. Debes dormir más; veo luz por debajo de tu puerta a las once, las doce e incluso más tarde. Y debes dar un paseo por el bosque todas las tardes. O ir de visita. Puedes llevarte mi coche e ir a ver a los Pyne. Son buena gente.

—Pero no tengo nada en común con ellos.

—¿Crees que no están a tu altura, Sylvia? ¿Sabes que pasaron toda la guerra encerrados en esa casa, prácticamente sitiados? Alguien le prendió fuego a la casa mientras estaban dentro. Son personas valientes.

—Pero que eligieron el bando equivocado.

—Probablemente, pero no son demonios sólo porque ahora los periódicos digan que todos los granjeros blancos lo son.

—Haré lo posible por mejorar. Ya sé que me involucro demasiado en las cosas.

—Tú y Rebecca... las dos sois como conejos en un año de sequía. Claro que ella tiene seis hijos y ninguno come lo suficiente. Uno no puede alimentarse de...

—Nunca he comido mucho. La comida me trae sin cuidado.

—Es una pena que no podamos repartirnos los defectos. A mí me encanta comer; que Dios me perdone, pero me encanta.

La vida de Sylvia se había convertido en un circuito que iba de su pequeña habitación a la mesa de la estancia principal, luego al hospital, de allí de regreso a la casa y vuelta a empezar una y otra vez. Casi nunca entraba en la cocina, que era el territorio de Rebecca, no conocía la habitación del padre McGuire y sabía que Aaron dormía en algún lugar de la parte trasera. Un día que no halló al sacerdote a la mesa y Rebecca le informó que se encontraba indispuerto —algo que ocurría a menudo—, entró en su habitación por primera vez. Un tufo a sudor reciente y no tan reciente, el acre hedor de la enfermedad, impregnaba el ambiente. El padre McGuire estaba apoyado sobre las almohadas, pero inclinado hacia un lado. Permanecía muy quieto, si bien su pecho se movía. Malaria. Se encontraba en la etapa de latencia.

Las pequeñas ventanas, una de ellas rota, estaban abiertas, y el fresco aroma a tierra mojada se colaba para competir con los demás olores. El padre McGuire estaba frío y húmedo, con el pelo enmarañado y el sudado camisón pegado al cuerpo. Aunque estuviesen en la estación cálida, corría el peligro de resfriarse. Sylvia llamó a Rebecca y entre las dos, desoyendo las protestas del sacerdote, lo levantaron y lo sentaron en una silla de mimbre que se hundió bajo su peso.

—Siempre quiero cambiarle las sábanas cuando está enfermo —explicó Rebecca—, pero él dice: «No, no, déjame en paz.»

—Pues yo voy a cambiárselas.

Lo hicieron, el paciente se acostó de nuevo y acto seguido, mientras se quejaba de que le dolía la cabeza, Sylvia lo lavó allí mismo. Rebecca desvió la vista de la virilidad del sacerdote, murmurando una disculpa tras otra.

—Lo siento, padre, lo siento mucho.

Un camisón limpio. Limonada. Comenzó un nuevo ciclo de temblores y sudores; el sacerdote apretaba los dientes y se agarraba a los barrotes de hierro de la cabecera de la cama. Aunque había repasado el tema en el avión, antes de llegar a África, Sylvia nunca había visto a una víctima de las fiebres palúdicas, las fiebres cuartanas, las fiebres tercianas, los temblores, la rigidez, las convulsiones, los espasmos de una enfermedad transmitida por mosquitos que hasta no hacía mucho tiempo habían infestado también los pantanos londinenses e italianos, llegados allí desde cualquier lugar del mundo donde hubiera aguas estancadas. Ahora no pasaba un solo día sin que una persona consumida se desplomase sobre las esteras de los cobertizos y se echara a temblar con violencia.

—¿Está tomando las píldoras? —gritó Sylvia, ya que la malaria, o los medicamentos para combatirla, producen sordera.

El padre McGuire contestó que las tomaba, pero que pensaba que era inútil, pues los temblores lo atacaban tres o cuatro veces al año.

Al final del último acceso quedó nuevamente empapado, por lo que volvieron a cambiar la ropa de cama. Rebecca dejó traslucir el cansancio mientras se llevaba las sábanas. Sylvia quiso saber si había alguna mujer en la aldea a quien pedirle que echase una mano. Rebecca respondió que todas estaban ocupadas.

—¿Y qué me dice de sus hermanitas? —le preguntó al enfermo.

—No creo que aceptase su ayuda. —Por una cuestión de celos, Rebecca no quería compartir sus obligaciones.

Sylvia había renunciado a tratar de entender aquellas complicadas rivalidades, de manera que sugirió que lo hiciera Aaron. Bromeando, el padre McGuire dijo que no osaría pedirle que realizara semejante trabajo, ya que se había convertido en un intelectual: había empezado a estudiar con él con vistas a ordenarse sacerdote.

¿Sería Aaron demasiado bueno para salir a buscar larvas de mosquitos en los árboles y los arbustos?

—Creo que descubrirás que se considera demasiado bueno para eso.

—¿Y las monjas? —Sylvia se abstuvo de decir que por lo visto no hacían gran cosa, pero el padre McGuire repuso que serían incapaces de reconocer una larva.

—A nuestras hermanitas no les gusta mucho el monte.

Los mosquitos ponen los huevos en cualquier superficie de agua que encuentren. Las negras larvas, tan vigorosas en esta etapa de su vida como cuando empiezan a buscar víctimas a las que devorar, pueden encontrarse entre los pliegues de una hoja seca de papaya o en una oxidada lata de galletas escondida bajo un arbusto. El día anterior Sylvia había visto algunas en un diminuto hoyo abierto por un reguero de agua, bajo las arqueadas raíces de una planta de maíz. No las mató porque el sol empezaba a desecar el charco, condenándolas a morir. Sin embargo, dos horas después cayó un chaparrón, y si la corriente no las había arrastrado hasta la tierra en ese momento estarían completando, triunfales, su ciclo.

El padre McGuire parecía semiconsciente. Sylvia pensó que estaba peor de lo que ella había creído, aunque se repondría rápidamente. Dada su tez rojiza, resultaba difícil detectar su palidez, o incluso una ictericia. Padecía anemia, uno de los efectos de la malaria. Necesitaba tomar hierro. Necesitaba unas vacaciones. Necesitaba...

En la oscuridad del exterior, unas figuras blancas ondeaban al viento que anunciaba la inminente lluvia: era la ropa que había tendido Rebecca unas horas antes. Sylvia, sentada junto al enfermo en espera del siguiente ataque, miró distraídamente alrededor.

Paredes de ladrillo, iguales que las suyas; el mismo techo de caña; el suelo, también de ladrillo. En un rincón había una imagen de la Virgen. En las paredes, otra vez la Virgen en representaciones convencionales, vagamente inspiradas en el Renacimiento italiano: en azul y blanco, la mirada baja... ¿No estaban fuera de lugar en el monte? Pero había algo más; sobre un banco de madera oscura, tallada en la misma madera oscura, una María nativa, una mujer joven y fuerte, amamantaba a su hijo. Eso estaba mejor. Colgado de un clavo cerca de la cama, al alcance del cura, había un rosario de ébano.

Durante los sesenta, el furor ideológico que sacudía al mundo adoptó una forma propia en la Iglesia católica, generando una efervescente inquietud que había amenazado con destronar a la Virgen María. La Santa Madre estaba out, al igual que los rosarios. Sylvia no había recibido una educación católica, de niña no había mojado sus dedos en las pilas de agua bendita ni había jugueteado con las cuentas de hermosos rosarios, no se había santiguado ni había intercambiado estampas sagradas con sus amigas. («Te doy tres de san Jerónimo por una de la Madre de Dios.») Jamás le había rezado a la Virgen; sólo a Cristo. Por lo tanto, cuando se convirtió al catolicismo no echó de menos lo que nunca había vivido, y sólo cuando conoció a curas, monjas y feligreses mayores, descubrió que se había producido una revolución que había dejado a muchos llenos de añoranza, sobre todo por la Virgen (que sería rehabilitada décadas después). Entretanto, en los lugares del mundo que se hallaban lejos de los ojos que permanecían alertas a cualquier herejía o reincidencia, los curas y las monjas conservaron sus rosarios, el agua bendita, las imágenes y los cuadros de Nuestra Señora, esperando que nadie reparase en ello.

A alguien como Rebecca, que tenía una estampa de la Virgen María clavada en el poste central de su choza, esta discusión ideológica se le habría antojado inconcebiblemente estúpida; pero no había oído hablar de ella.

En la pared del cuarto de Sylvia había una enorme reproducción de La Virgen de las rocas de Leonardo y otras vírgenes más pequeñas. Alguien que hubiese contemplado esa pared, habría llegado seguramente a la conclusión de que el catolicismo era una religión que adoraba a las mujeres. En comparación, el crucifijo parecía insignificante. A veces Rebecca se sentaba a los pies de la cama de Sylvia y admiraba la reproducción de Leonardo con las manos juntas y lágrimas en los ojos, suspirando. «¡Son tan hermosas!» Podía decirse que la Virgen se había colado por los intersticios del dogma gracias al arte. Aunque Sylvia no sentía un especial interés por la Santa Madre, se sabía incapaz de vivir sin las reproducciones de los cuadros que amaba. Las lepismas estaban atacando los bordes de los carteles. Debía pedirle a alguien que le trajese láminas nuevas.

Se durmió en la silla, mirando la insulsa estatuilla del padre McGuire y preguntándose quién escogería algo así teniendo la oportunidad de conseguir una escultura de verdad, una imagen auténtica. Jamás se habría atrevido a preguntárselo a él, que había crecido en una pequeña casa de Donegal llena de

críos y había llegado a Zimlia directamente desde el seminario. ¿No le gustaría el Leonardo? Había permanecido un buen rato a la puerta de la habitación de Sylvia, porque Rebecca le había avisado:

—Padre, padre, mire lo que nos ha traído la doctora Sylvia.

Sus manos cruzadas sobre el vientre y enlazadas por el rosario, subían y bajaban mientras estudiaba la lámina.

—Ésas son las caras de los ángeles —declaró por fin—, y el pintor debió de vislumbrarlas en una visión. Ninguna mujer humana ofrecería ese aspecto.

A la mañana siguiente, mientras la colada de Rebecca volvía a secarse después de la tormenta, Sylvia le pidió a Aaron que registrase el monte en busca de larvas, pero él le respondió que tenía que leer unos libros para el padre McGuire.

Sylvia se encaminó hacia la aldea, topó con unos chicos —que deberían haber estado en la escuela— y les prometió dinero a cambio de que fuesen en busca de larvas.

—¿Cuánto?

—Os daré una cantidad considerable para que la repartáis entre todos.

—¿Cuánto?

Acabaron pidiéndole bicicletas, libros de texto para la escuela y camisetas nuevas. Estaban convencidos de que todos los blancos eran ricos y podían comprar cuanto quisieran. Sylvia rió, ellos la imitaron, y finalmente acordaron que les daría lo que llevaba en la mano, un puñado de dólares de Zimlia que alcanzaban para comprar dulces en la tienda. Se internaron en el monte riendo y tonteando: la búsqueda sería poco concienzuda. A continuación se dirigió al hospital, donde encontró a Joshua cosiendo una herida larga y profunda.

—Usted no estaba aquí, doctora.

—Sólo me he retrasado cinco minutos.

—¿Y cómo iba yo a saberlo?

Ése era un punto en el que no se ponían de acuerdo. Joshua había comenzado a suturar heridas, y lo hacía bien. Sin embargo, se atrevía también con casos que requerían una destreza de la que carecía, y Sylvia había intentado disuadirle. Los dos observaron la cara del joven paciente, que no apartaba la vista de la aguja que se hundía en la temblorosa carne de su brazo, mordiéndose los labios con valor. Joshua estaba terminando la sutura con torpeza, de modo que Sylvia le quitó la aguja y continuó. Luego fue al cobertizo provisto de cerradura donde guardaba los medicamentos. Joshua la siguió, dejando tras de sí una estela de olor a dagga.

—Camarada Sylvia, quiero ser doctor. Es lo que he deseado durante toda mi vida.

—Nadie aceptará a un estudiante que consuma dagga.

—Si estuviera estudiando, no fumaría dagga.

—¿Y quién va a pagarte los estudios?

—Usted. Sí, tendría que pagarlos usted.

Como todo el mundo, Joshua sabía que Sylvia había corrido con los gastos de los nuevos edificios, así como con las medicinas y su sueldo. Creían que la respaldaba una organización de ayuda internacional, y por más que le explicaba a Joshua que no, que lo hacía con su propio dinero, él se negaba a creerla.

Sobre una vieja bandeja de cocina, cedida por Rebecca, Sylvia dispuso tazas con medicamentos y pequeños montículos de píldoras, casi todas vitaminas. Se acercó con la bandeja al árbol bajo el que sus pacientes aguardaban tendidos o sentados, y empezó a repartir tazas y pastillas.

—Quiero ser doctor —insistió Joshua con brusquedad.

—¿Sabes lo que cuesta estudiar Medicina? —le dijo ella por encima del hombro—. Ahora explícale a este chico cómo tragarse esto; no sabe nada bien.

Joshua habló y el niño protestó, pero tomó el brebaje. Tenía unos doce años y estaba desnutrido e infectado por varias clases de parásitos.

—Bueno, dígame cuánto cuesta.

—En total, incluyéndolo todo, unas cien mil libras.

—Muy bien; usted me las dará.

—Yo no tengo tanto dinero.

—Entonces, ¿quién le pagó los estudios? ¿El Gobierno? ¿Algún organismo de cooperación internacional?

—No, mi abuela.

—Debe convencer a nuestro Gobierno de que me deje estudiar Medicina y de que seré un buen doctor.

—¿Qué te hace pensar que tu Gobierno negro escuchará a esta diabólica mujer blanca, Joshua?

—El presidente Matthew ha dicho que todos tenemos derecho a la educación, y ésa es la educación

que yo quiero. Nos lo prometió cuando los camaradas todavía estaban luchando en la selva; sí, el camarada presidente nos prometió a todos una educación secundaria y una formación, de modo que vaya a ver al presidente y dígame que cumpla con su promesa.

—Veo que tienes mucha fe en las promesas de los políticos. —Sylvia se arrodilló para ayudar a ponerse en pie a una mujer que acababa de dar a luz a un hijo muerto. Al sujetarla, notó que la negra piel estaba áspera y fría al tacto, en lugar de caliente y suave.

—Políticos —repitió Joshua—. ¿Los llama políticos?

Sylvia advirtió que en la mente de Joshua el camarada presidente y su Gobierno negro ocupaban un lugar distinto del de los «políticos», que eran blancos.

—Si elaborase una lista de las promesas que hizo tu camarada Mungozi mientras sus compañeros luchaban en el monte, nos desternillaríamos de risa—replicó Sylvia. Hizo que la mujer apoyase la cabeza en el suelo, sobre una tela plegada que la protegía del barro que se había formado con la lluvia, y preguntó—: ¿Esta mujer tiene algún familiar que pueda darle de comer?

—No. Vive sola. Su marido ha muerto.

—¿De qué?

El sida todavía no se había incorporado del todo a la conciencia colectiva, aunque Sylvia sospechaba que muchas de las muertes que presenciaba no eran lo que parecían.

—Le salieron llagas, estaba demasiado flaco y de repente murió.

—Alguien debería alimentar a esta mujer.

—Tal vez Rebecca pueda darle un poco de la sopa que está preparando para el padre.

Sylvia guardó silencio. Ése era el peor de sus problemas. De acuerdo con su experiencia, los hospitales se encargaban de alimentar a los pacientes, y sin embargo allí el que no tenía familiares no comía. Y si Rebecca aparecía con sopa u otro de los platos que preparaba para el padre McGuire, suscitaba resentimientos. Eso si Rebecca accedía a llevar algo: ella y Joshua no paraban de discutir sobre cuáles eran sus respectivas funciones. «Esta mujer morirá —se dijo Sylvia—. En un hospital decente, seguramente se curaría.» Si la metían en un coche y la trasladaban al hospital más cercano, situado a treinta kilómetros, moriría antes de llegar. Aún le quedaba un poco de Complán, un complejo vitamínico en polvo que ella no calificaba de alimento sino de medicina. Le indicó a Joshua que preparase un poco para la mujer, pensando que desperdiciaba unos recursos inestimables en una moribunda.

—¿Para qué? —preguntó Joshua—. No le queda mucho tiempo de vida.

Sin abrir la boca, Sylvia fue al cobertizo, que estúpidamente había olvidado cerrar con llave, y encontró a una vieja intentando alcanzar un medicamento del estante más alto.

—¿Qué quiere?

—Quiero muti, doctora. Necesito muti.

Sylvia oía esa frase con mayor frecuencia que cualquier otra: «Quiero medicina. Quiero muti.»

—Entonces vaya adonde están los demás, esperando a que los examine.

—Gracias, gracias, doctora —dijo la vieja entre risas. Salió corriendo de la choza y se internó en el monte.

—Es una skellum —señaló Joshua—. Quiere vender las medicinas en la aldea.

—Olvidé cerrar el dispensario. —Lo llamaba así, burlándose de sí misma en su fuero interno.

—¿Por qué llora? ¿Le da lástima que yo no pueda ser doctor?

—Eso también —respondió Sylvia.

—Yo sé lo que usted sabe. La miro y aprendo. No necesitaría estudiar mucho.

Sylvia mezcló el Complán con agua y se lo llevó a la mujer, a quien ya no le hacía falta: estaba casi muerta, y su respiración se apagaba entre débiles estertores.

Joshua se dirigió a un niño sentado junto a su madre enferma.

—Vuelve a la aldea y dile a Listo que cave una fosa para esta mujer. La doctora le pagará.

Cuando el niño echó a correr, Joshua le comentó a Sylvia:

—Quiero que le enseñe a mi hijo Listo; él es capaz de aprender.

—¿Listo? ¿Se llama así?

—Cuando nació, su madre dijo que quería llamarlo Listo para que fuese listo. Y lo es, así que no se equivocó.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis.

—Debería ir a la escuela.

—¿De qué sirve ir a la escuela si no hay director ni libros para aprender?

—Pronto vendrá un director nuevo.

—Pero no hay libros. —Era verdad. Al advertir que Sylvia titubeaba, Joshua volvió al ataque—. Puede venir aquí para que usted le enseñe lo que sabe y yo le enseñe lo que sé. Así los dos seremos doctores.

—No lo entiendes, Joshua. Aquí yo no aprovecho más que una pequeña parte de mis conocimientos. ¿No lo ves? Esto no es un hospital de verdad. En un hospital de verdad hay... —Frustrada, Sylvia desvió la vista y sacudió la cabeza ante la magnitud de lo que pretendía explicar, como solía hacer Joshua: se trataba de un gesto típicamente africano. Luego se agachó, recogió una ramita y empezó a dibujar un edificio de muchas plantas en la tierra mojada. «¿Qué diría Julia si me viese ahora?», se preguntó. Estaba en cuclillas, con las piernas separadas, enfrente de Joshua, que había adoptado una posición parecida, aunque él se sentaba suavemente y con soltura sobre los muslos, mientras que ella luchaba por mantener el equilibrio con una mano apoyada detrás. Cuando hubo terminado el dibujo, añadió—: Un hospital es algo así. Tiene máquinas para hacer radiografías, ¿sabes lo que son las radiografías? Tiene... —Mientras contemplaba los techos de paja, las esteras, el cobertizo que hacía las veces de dispensario, la choza donde parían las mujeres, pensó en el hospital donde se había formado. Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—Llora porque éste es un hospital malo, pero soy yo, Joshua, el que debería llorar.

—Sí, tienes razón.

—Y debe permitir a Listo que venga aquí.

—Pero debería ir a la escuela. Si no aprueba los exámenes no conseguirá ser médico, ni siquiera enfermero.

—No puedo pagar para que vaya a la escuela.

Sylvia se había hecho cargo de los gastos escolares de cuatro de los hijos de Joshua y de tres de los de Rebecca. El padre McGuire costaba los estudios a otros dos hijos de Rebecca, pero su sueldo de sacerdote no le alcanzaba para mucho.

—¿No estoy pagando yo?

—No, por él todavía no.

En teoría, las escuelas eran gratuitas. Y al principio lo habían sido. Ante la promesa de que sus hijos recibirían una educación, padres de todo el país habían ayudado a construir escuelas, regalando horas de trabajo y trabajando con auténtica devoción para levantar colegios donde no los había. No obstante, ahora había que pagar una cuota, y cada trimestre era más alta.

—Espero que no tengas más hijos, Joshua. Es una estupidez.

—Los blancos no quieren que tengamos más hijos porque así seremos más débiles y ustedes podrán hacer lo que quieran con nosotros.

—Eso es ridículo. ¿Por qué crees esas tonterías?

—Yo creo lo que ven mis ojos.

—Sí, y también crees que hay una conspiración de los blancos para mataros mediante el sida. —Él lo llamaba «flaco». «Tiene flaco», decía la gente refiriéndose a la enfermedad que hacía adelgazar. Joshua había asimilado todo lo que ella sabía sobre el sida y seguramente estaba mejor informado que los miembros del Gobierno, que todavía negaban su existencia. Sin embargo, estaba convencido de que el virus procedía de algún laboratorio de Estados Unidos y los blancos lo habían introducido deliberadamente para perjudicar a los africanos.

El hotel Selous de Senga había sido interracial, lo cual lo condenó al oprobio mucho antes de la liberación, y se había convertido en un sitio confortable y anticuado donde solían celebrar nostálgicas reuniones aquellos blancos que habían estado en la cárcel durante el régimen anterior —dominado por los blancos— o habían sido desterrados, proscritos o sencillamente acosados y atormentados. Si bien seguía siendo uno de los mejores hoteles, otros nuevos, más acordes con el gusto internacional, comenzaban a alzarse hacia el cielo «como flechas que señalan el futuro»: una frase del presidente Matthew, citada a menudo en los folletos publicitarios.

Esa noche una mesa de veinte personas destacaba en el salón, donde los comensales menos importantes cambiaban comentarios como «Mira, ahí están los de Dinero Mundial», o «Y allí la gente de Cooperación Internacional». En uno de los extremos de la mesa se hallaba situado Cyrus B. Johnson, director de la sección de Dinero Mundial que se ocupaba de esa especie de Oliver Twist que era África, un impecable caballero de cabello plateado, acostumbrado a ejercer la autoridad. Junto a él estaba Andrew Lennox, de Dinero Mundial, y al otro lado Geoffrey Bone, de Cooperación Internacional. Hacía años que Geoffrey era un experto en temas africanos. Gracias a sus gestiones, centenares de sofisticados tractores de última generación, donados a una ex colonia del norte, se pudrían y oxidaban en las lindes de otros tantos campos: habían faltado piezas, instrucciones y combustible, además del consentimiento de los granjeros locales, que habrían preferido unas máquinas menos ostentosas. Por otra parte, había mandado plantar café en zonas de Zimlia donde los cultivos se habían echado a perder de inmediato. En Kenia, millones de libras desembolsadas por él habían ido a parar a los bolsillos de los corruptos, y en ese momento estaba desembolsando más millones en Zimlia, que correrían la misma suerte. Esos errores no habían representado un obstáculo en su carrera, como quizás hubiese sucedido en tiempos menos complejos. Era subdirector de CI, y estaba en contacto permanente con DM. Lo acompañaba su admirador incondicional, Daniel, cuya melena roja aún parecía un semáforo: el importante cargo de secretario de Geoffrey representaba un premio a tantas décadas de devoción. James Patton, ahora diputado laborista por Shortlands, supuestamente estaba allí en viaje de investigación, pero la verdad era que se había encontrado con el camarada Mo en casa de Johnny y éste le había dicho: «¿Por qué no nos haces una visita?» Esto no significaba que el camarada Mo fuera ciudadano de Zimlia, al menos en mayor medida que de cualquier otro país de África. Aun así, conocía al camarada Matthew —por supuesto, como a todos los presidentes nuevos, al parecer— y cuando estaba en casa de Johnny invitaba a la gente a una especie de África genérica, un lugar benévolo y pujante que recogía a todo el mundo con los brazos abiertos. A él y a sus contactos debía Geoffrey su eminencia; y Dinero Mundial le había ofrecido un puesto a Andrew Lennox cuando trabajaba en una organización rival porque el camarada Mo le había comentado a un individuo influyente que se trataba de un abogado listo y prometedor. Otras personas de esa mesa, entre ellas el camarada Mo, habían frecuentado la casa de Johnny: la ayuda internacional era la heredera legítima de los camaradas. En el extremo opuesto adonde se encontraba Cyrus B. —como lo llamaba afectuosamente medio mundo— estaba el camarada Franklin Tichafa, ministro de Sanidad, un robusto hombre público de vientre voluminoso y doble o triple papada, siempre afable, siempre con una sonrisa en los labios, aunque últimamente sus ojos tendían a eludir las preguntas. Aunque él y Cyrus B. iban mejor vestidos que el resto, no parecían más satisfechos de sí mismos. Esos individuos y varios representantes de otras organizaciones benéficas, esparcidos ese día por distintos hoteles, habían pasado varios días recorriendo Zimlia, parando en ciudades con hoteles aceptables entre visita y visita a lugares pintorescos y famosos parques naturales. Durante los almuerzos, las cenas y los viajes en autocar —que es donde realmente se toman las decisiones que afectan a las naciones— habían convenido en que Zimlia necesitaba un rápido desarrollo de la industria secundaria, ya establecida aunque en estado embrionario; por desgracia tenían problemas con el presente Matthew, que estaba estancado en la etapa marxista y obstaculizaba todos los planes para convertir Zimlia en un país moderno, y muchas personas intrigaban para acceder a puestos desde donde cosechar los frutos de la pujante marea.

Al día siguiente se rendiría un homenaje a los héroes de la liberación, y el camarada Franklin quería que todos asistieran al acto:

—El camarada presidente se alegrará de verlos —dijo—. Me ocuparé de conseguirles asientos preferentes a todos.

—Yo tengo una reserva para viajar a Mozambique mañana por la mañana —repuso Cyrus B.

—¡Cancélela! Le conseguiré un buen sitio en el avión de pasado mañana.

—Lo lamento, pero tengo una cita con el presidente.

—Tú no te negarás —le dijo Franklin a Andrew en tono autoritario y áspero a causa de un incidente que no recordaba del todo.

—No me queda otro remedio. Pensaba visitar a Sylvia. ¿Te acuerdas de Sylvia?

Franklin miró hacia otro lado y guardó silencio por unos instantes.

—Creo que sí —contestó al cabo—. Era una especie de pariente vuestra, ¿no?

—Sí. Está trabajando como médico en Kwadere. Espero haberlo pronunciado bien.

Franklin sonrió.

—¿En Kwadere? No sabía que ya tuviésemos un hospital allí. No es una región desarrollada.

—Pues tengo que ir a verla, de manera que no podré asistir a vuestra maravillosa celebración.

Una sombra había apagado la chispa de Franklin, que se quedó callado y con el entrecejo fruncido.

Se recobró enseguida y dijo:

—Pero estoy seguro de que nuestro buen amigo Geoffrey asistirá.

Geoffrey se había convertido en un hombre atlético y apuesto que seguía atrayendo tantas miradas como en su adolescencia, y los millones que manejaba a su antojo le habían conferido un brillo casi visible, el brillo de la autosuficiencia.

—Estaré allí, ministro, no me lo perdería por nada del mundo.

—Un viejo amigo como tú no debería llamarme ministro —protestó Franklin, eximiéndolo de la obligación con una sonrisa.

—Gracias —dijo Geoffrey con una pequeña reverencia—. ¿Qué tal ministro Franklin?

Franklin soltó una carcajada de satisfacción.

—Y antes de irte, Geoffrey, quiero que visites mis oficinas.

—Esperaba que me invitaras a conocer a tu esposa y a tus hijos. O mucho me equivoco o tienes seis hijos, ¿verdad?

—Sí, y pronto serán siete. Hijos y problemas económicos —contestó Franklin, mirando fijamente a Geoffrey. A pesar de todo no lo invitó a su casa.

Se oyeron risas comprensivas. Pidieron más vino, pero Cyrus B., alegando que era un viejo que necesitaba dormir, se despidió hasta el congreso del mes siguiente en las Bermudas.

—Tengo entendido que a nuestra amiga Rose Trimble le va muy bien —comentó Franklin—. Nuestro presidente la aprecia mucho.

—Ya lo creo que le va bien —reconoció Andrew con una sonrisa radiante que Franklin interpretó mal.

—¡Erais todos tan buenos amigos! —exclamó—. Me alegra saberlo. Cuando la veas, transmítele mis saludos más cordiales.

—Lo haré cuando la vea —aseguró Andrew aún más afablemente.

—De manera que pronto recibiremos una generosa ayuda —observó Franklin, ligeramente borracho—. Una ayuda muy generosa para nuestro pobre y explotado país.

En este punto el camarada Mo, que aún no había intervenido, observó:

—En mi opinión, no deberíamos necesitar ayuda. África debería salir adelante por sí sola.

Fue como si hubiera dejado caer una bomba en la mesa. Parpadeó, mostrando los dientes con una sonrisa avergonzada y soportando las miradas atónitas. Él y todos sus coetáneos habían pasado por alto o aplaudido las noticias que llegaban de la Unión Soviética; con muchos menos camaradas había celebrado cada nueva matanza cometida en China y con menos aún había arruinado la agricultura de su país, obligando a los infortunados agricultores a crear granjas colectivas —los matones del Gobierno habían agredido y acosado a cualquiera que se resistiese—; la mayor parte de las causas que había alentado o promovido habían terminado en escándalos, pero allí, en ese momento, en esta mesa, en compañía de esas personas, estaba diciendo algo sensato, la verdad, y por expresarla merecía sin duda que le perdonasen todos sus errores.

—No nos hará ningún bien a largo plazo —explicó—. ¿Sabíais que en el momento de la liberación Zimbia se encontraba en el mismo nivel que Francia en la época inmediatamente anterior a la Revolución?

Se oyeron risas, esta vez de alivio. Para empezar, había mencionado a Francia, a la Revolución; estaban nuevamente en territorio seguro.

—No, la Revolución se debió a las malas cosechas, al mal tiempo... Francia era en esencia una nación próspera. Y este país también, al menos hasta que se adoptaron ciertas políticas desafortunadas.

Se produjo un silencio rayano en el pánico.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Daniel, acalorado y molesto, con el rostro encendido bajo la melena roja—. ¿Insinúas que este país estaba mejor bajo el dominio de los blancos?

—No—replicó Mo—. No he dicho eso. ¿Cuándo he dicho eso? —Arrastraba las palabras, y todos comprendieron aliviados que estaba bebido—. Lo que digo es que éste es el país más desarrollado de África después de Sudáfrica.

—¿Y adonde quieres ir a parar? —preguntó el ministro Franklin con amabilidad, disimulando su irritación.

—Quiero decir que deberíais construir unos cimientos sólidos que permitan que el país se sostenga sobre sus propios pies. De lo contrario, Dinero Mundial, Cooperación Internacional y esta organización o aquella, con la excepción de los presentes —masculló con torpeza, levantando la copa en un saludo que los incluía a todos—, acabarán por deciros lo que tenéis que hacer. Al fin y al cabo este país no se ha declarado zona catastrófica, como otros que ya sabemos. Contáis con una economía sólida y una buena infraestructura.

—Si no te conociera tan bien —señaló el camarada ministro mientras miraba con nerviosismo alrededor, preocupado por que alguien hubiese oído aquellas palabras sediciosas—, diría que estás a sueldo de Sudáfrica; que eres un agente de nuestro poderoso vecino.

—De acuerdo —dijo el camarada Mo—, pero no llares a la policía ideológica todavía. —Pocos días antes habían detenido a varios periodistas por expresar opiniones incorrectas—. Estoy entre amigos. Me limito a decir lo que pienso. Eso es todo.

Se produjo otro silencio. Geoffrey consultó su reloj de pulsera. Obedientemente, Daniel lo miró a él. Varias personas empezaron a levantarse eludiendo los ojos del camarada Mo, que se quedó sentado, en parte por tozudez y en parte porque sabía que le costaría lo suyo mantenerse en pie.

—Tal vez deberíamos tratar este tema más detenidamente, ¿no? —le sugirió a Franklin. Hablaba con calma y confianza: al fin y al cabo hacía años que se conocían y siempre discutían los problemas de África de manera acalorada pero amigable, ¿o no?

—No —repuso Franklin—. No, camarada, yo no tengo nada que añadir al respecto. —Se puso en pie. Un par de negros que habían permanecido sentados en silencio a una mesa cercana también se levantaron, revelándose como sus ayudantes o guardaespaldas.

Franklin saludó con el puño en alto, a la altura del hombro, a Geoffrey, Daniel y otros representantes de la solidaridad internacional y se marchó flanqueado por sus gorilas.

—Me voy a la cama —anunció Andrew—. Tengo que madrugar.

—Me temo que el camarada Franklin ha olvidado que nos prometió asientos para el acto de mañana —comentó Geoffrey con malhumor. Era su reprimenda al camarada Mo.

—Yo me ocuparé de todo —afirmó Mo—. Decid que vais de mi parte. Te reservaré un sitio en la zona VIP.

—Yo también quiero uno —terció el diputado James.

—No te preocupes —repuso el camarada Mo, agitando las manos como si distribuyera riquezas, invitaciones, entradas—. No perdáis el sueño. Ya veréis que os dejan entrar. —La hora de la verdad había pasado; lo había derrotado el demonio: la «presión de sus iguales».

La mañana de la llegada de Andrew surgieron problemas en el hospital. Cuando Sylvia pasó entre los arbustos nuevamente polvorientos vio gallinas tendidas, jadeando con los picos muy abiertos, y esta vez la causa no era el calor. Sus bebederos y comederos estaban vacíos. Encontró a Joshua bamboleándose, con un cuchillo en la mano, junto a una aterrorizada joven agachada y con las manos alzadas para protegerse. Era como si fuese a asesinarla, y observó que la mujer tenía un brazo hinchado. Sylvia le arrebató el cuchillo.

—Te advertí que si volvías a fumar dagga, te echaría. Se ha acabado, Joshua. ¿Lo entiendes? —Sobre ella se erguía el corpulento y amenazador cuerpo del hombre de rostro furioso y ojos enrojecidos—. Y las gallinas se están muriendo. No tienen agua.

—Eso es trabajo de Rebecca.

—Acordasteis que lo harías tú.

—Tiene que hacerlo ella.

—Ahora vete. Largo de aquí.

Ofendido, Joshua se dirigió a un árbol situado a unos veinte metros de distancia y se sentó debajo con la cara apoyada en las manos. Casi de inmediato se desplomó, dormido o inconsciente. Su hijo pequeño, Listo, contemplaba la escena. Había adquirido la costumbre de rondar por el hospital, esperando que le asignaran cualquier tarea.

—Listo —le dijo Sylvia—, ¿quieres darles agua y comida a las gallinas?

—Sí, doctora Sylvia.

—Te enseñaré a hacerlo.

—No es necesario. Ya sé.

Sylvia lo observó mientras iba en busca de agua, llenaba los bebederos y arrojaba grano en los

comederos. Las gallinas corrieron hasta las latas con agua y bebieron con avidez, pero una de ellas estaba demasiado débil para levantarse. Sylvia le indicó al niño que se la llevase a Rebecca.

A Andrew no le había resultado fácil alquilar la clase de vehículo a la que estaba habituado. Todos los coches eran viejos y espantosos. «¿No tienen nada más? —Sabía que todos los coches importados iban a parar directamente a manos de los miembros de la nueva élite pese a que, por otro lado, Zimlia intentaba fomentar el turismo. Le dijo a la joven negra del mostrador—: Deberían conseguir automóviles mejores si quieren atraer a los turistas.»

El rostro de la chica le indicó que estaba de acuerdo, aunque él no era quién para criticar a sus superiores. Aceptó un Volvo abollado, preguntó si llevaba rueda de recambio y le contestaron que sí, pero que no estaba en muy buenas condiciones, y puesto que le corría prisa, Andrew decidió arriesgarse. Sylvia le había dado instrucciones precisas: «Toma la carretera de la presa de Kudú, cruza el paso Black Ox y cuando veas un pueblo grande, toma el camino de tierra de la derecha, recorre unos siete kilómetros, gira a la derecha cuando topes con un gran baobab y quince kilómetros más adelante verás el cartel de la misión de San Lucas en el mismo indicador de la granja de Pyne.»

El paisaje le pareció impresionante, majestuoso pero inhóspito, demasiado seco y polvoriento, aunque sabía que había llovido recientemente. Si bien había viajado a Zimlia en numerosas ocasiones, nunca se había visto obligado a encontrar solo un lugar. Se perdió, pero cuando por fin vislumbró el cartel de la granja de Pyne vio a un blanco alto que agitaba los brazos. Se detuvo y el hombre le dijo: «Soy Cedric Pyne. ¿Le importaría llevar esto a la misión? Sabíamos que vendría.» El granjero depositó un saco grande en el asiento trasero y echó a andar hacia la casa, que estaba a varios centenares de metros. Andrew dedujo que Pyne u otra persona había permanecido atento al camino, esperando que apareciese la polvareda de un automóvil. Camino de la misión, avistó una pequeña casa de piedra rodeada de árboles del caucho y más allá una serie de edificios bajos, semejantes a barracas, que seguramente pertenecían a la escuela. Aparcó. Una negra risueña salió al porche y le informó de que el padre McGuire se encontraba en la escuela y la doctora Sylvia no tardaría en llegar.

Andrew subió al porche y la siguió al interior del salón, donde ella lo invitó a sentarse.

Andrew conocía el África de los presidentes, los funcionarios gubernamentales y los hoteles elegantes, pero nunca había descendido al África que estaba viendo en ese momento. Aquella miserable estancia lo ofendía, precisamente porque constituía un desafío. Cuando hablaba del Dinero Mundial, cuando regalaba Dinero Mundial, cuando se comportaba como administrador de una inagotable fuente de riquezas... bueno, todo estaba destinado a sitios como ése, ¿no? Pero aquello era una misión, ¡por Dios! Pertenecía a la Iglesia católica, ¿no? ¿No se suponía que eran ricos? Había un roto en la cortina de cretona que pretendía interceptar el resplandor de un sol apenas lo bastante alto para no dar de lleno en ella. Diminutas hormigas negras caminaban por el suelo. La mujer le ofreció un vaso de zumo de naranja. Caliente. ¿No tenían hielo?

La cocina, adonde la negra había regresado, se encontraba a su derecha. A la izquierda había otra puerta, que estaba entornada. Suspendida de un clavo había una bata que Andrew reconoció como de Sylvia. Entró en la habitación. El suelo y las paredes de ladrillo, así como el brillante y pálido techo de caña, que para Sylvia ya era como una segunda piel, se le antojaron degradantemente precarios. Qué estancia tan pequeña, tan austera. Sobre la cómoda había fotografías en marcos de plata. Allí estaba Julia, y allí Frances. Desde una foto suya, tomada cuando tenía veinticinco años, una cara amable y enigmática le devolvió la sonrisa. Dolía verse más joven; se volvió, tocándose inconscientemente la cara como para recuperar aquel rostro terso e inocente. Burlándose de las cosas que lo rodeaban, tan hostiles para él —como ese pequeño crucifijo—, pensó que no había comido del árbol del bien y del mal. Estudió con atención el crucifijo, que definía a una Sylvia que él no conocía en absoluto, esforzándose por aceptarlo, por aceptarla a ella. Su ropa colgaba de clavos. Su calzado, en su mayor parte sandalias, estaba alineado contra la pared.

Al oír que alguien se acercaba, se asomó a la ventana que daba al porche y vio a Sylvia subir por el sendero. Llevaba tejanos, una camisola holgada parecida a la de la sirvienta negra y el cabello, decolorado por el sol, recogido con una cinta elástica. Entre sus cejas había un profundo surco de preocupación. Tenía la piel reseca y de color marrón oscuro. Estaba más delgada que nunca. Andrew salió, ella corrió hacia él y se estrecharon en un abrazo lleno de amor y recuerdos.

Andrew quiso conocer el hospital, pero ella se resistió a llevarlo, pues sabía que no acabaría de entender lo que veía: ¿cómo iba a comprenderlo, cuando ella había tardado tanto tiempo en acostumbrarse? Sin embargo bajaron la cuesta juntos, y le enseñó lo que ella llamaba el dispensario, los cobertizos y la amplia choza de la que parecía tan orgullosa. Algunos negros yacían sobre las esteras o debajo de los árboles. Un par de hombres emergieron del monte, tendieron sobre una camilla —hecha de ramas y cubierta de hojas entrelazadas para proporcionarle blandura— a una mujer que Andrew dio por dormida y se la llevaron. «Ha muerto —explicó Sylvia—. De parto. Pero estaba enferma. Sé que tenía el sida.» Andrew se preguntó qué esperaba que respondiese, si acaso esperaba una respuesta. Se la veía... ¿qué? ¿Enfadada? ¿Resignada?

Cuando regresaron a la casa se encontraron con el padre McGuire. A Andrew le cayó mal, por lo que se puso a hablar, como solía hacer en las situaciones incómodas. Pasaba la mayor parte de su tiempo en comisiones, congresos o conferencias, siempre presidiendo y coordinando a personas de centenares de países que representaban exigencias e intereses encontrados. Ningún hombre merecía más ese adjetivo

técnico de «moderador»: eso era él, y su trabajo consistía en allanar caminos y abrir avenidas. Algunos moderadores recurren al silencio, permanecen sentados con cara inexpresiva y sólo salen a la palestra para formular sus conclusiones, y en cambio otros optan por hablar, y Andrew estaba acostumbrado a dirimir discrepancias con su amable y civilizada verborrea, así como a ver rostros recelosos que se relajaban y esbozaban sonrisas optimistas.

En ese momento hablaba de la cena de la noche anterior, que descrita por él se convirtió en una comedia social relativamente graciosa que habría hecho reír a los oyentes que conocieran el contexto. Pero aquellos dos ni siquiera esbozaron una sonrisa —tampoco la negra—, y Andrew pensó: «Es natural, son unos paletos, no están acostumbrados a...» Sylvia y el sacerdote continuaban de pie junto a las sillas, mientras que él ya estaba sentado, listo para tomar el mando, esperando que sonrieran. No se los estaba ganando, no, en absoluto, y los vio intercambiar una mirada que lo explicó todo: querían bendecir la mesa. Andrew enrojeció, enfadado consigo mismo.

—Lo lamento mucho —se disculpó, levantándose.

El padre McGuire recitó unas palabras en latín que Andrew no entendió, y Sylvia dijo «amén» con una voz clara que despertó en él recuerdos de una vida pasada y lejana.

Se sentaron. Andrew guardó silencio, avergonzado de la metedura de pata que a su juicio acababa de cometer.

La negra, cuyo nombre, según le informaron, era Rebecca, sirvió el almuerzo: el pollo que había muerto esa mañana de deshidratación. Estaba duro. El padre McGuire le hizo notar a Rebecca que no había que cocinar un pollo cuando se lo acababa de matar, pero ella respondió que quería ofrecerle algo especial al visitante. También había preparado gelatina, y el sacerdote comentó que deberían recibir visitas más a menudo.

Consciente de que Andrew estaba mirándola, Sylvia hizo un esfuerzo para comer su ración de pollo y se tragó la gelatina como si fuese un medicamento.

Andrew quería conocer la historia del hospital. Lo había horrorizado tanto como la presencia de Sylvia en él, ¿Cómo podían llamar hospital a un sitio tan sórdido? Sylvia, el padre McGuire e incluso Rebecca, que estaba de pie junto a la puerta de la cocina, escuchando con las manos enlazadas, percibieron su disgusto y sus recelos. No le gustaba Rebecca. Y le molestaba profundamente que Sylvia presentara un aspecto semejante al de ella: la camisola nativa y ciertos ademanes, gestos y miradas de los que no parecía consciente. Andrew pasaba mucho tiempo con «personas de color», y ¿no parecía Sylvia una de éstas con esa pinta y casi tan morena como Rebecca? Estaba seguro de no tener prejuicios raciales. No, se trataba más bien de prejuicios de clase, y a menudo unos y otros se confunden. ¿Cómo era posible que Sylvia se abandonara de esa manera?

Todos estos pensamientos, que su rostro reflejaba pese a sus sonrisas y su característico encanto social, estaban ganándose la reprobación de aquel trío, dos de cuyos miembros le inspiraban una profunda antipatía.

Las emociones del padre McGuire afloraron de la siguiente manera:

—¿Cómo se le ocurrió ponerse ese traje blanco para venir a esta región polvorienta?

Andrew era consciente de que había sido una idiotez. Poseía una docena de trajes de lino blancos o color crema, que en sus viajes por el Tercer Mundo le conferían una apariencia fresca y elegante. Sin embargo, hoy estaba cubierto de polvo, y había notado que Sylvia lo inspeccionaba con ojo crítico, interpretando el traje como un síntoma negativo.

—Es una suerte que no vieras el hospital en el estado en que se encontraba cuando llegué —dijo Sylvia.

—Es verdad —convino el padre McGuire—. Si se ha escandalizado por lo que ha visto ahora, ¿qué hubiera pensado entonces?

—Yo no he dicho que me escandalizara.

—Estamos acostumbrados a leer ciertas expresiones en la cara de nuestros visitantes —repuso el sacerdote—, pero si quiere entender la situación, pregúntele a la gente de nuestra aldea lo que piensa del hospital.

—Pensamos que la doctora Sylvia es una enviada de Dios —intervino Rebecca.

Aquello hizo callar a Andrew. Seguían sentados a la mesa, bebiendo un café insípido por el que el padre McGuire pidió disculpas; costaba encontrar por allí un café decente, los artículos importados eran carísimos y había escasez de todo a causa de la incompetencia, porque de eso se trataba... Prosiguió con su letanía de quejas hasta que tomó conciencia de sus palabras; entonces suspiró y se interrumpió.

—Que Dios me perdone por quejarme de una insignificancia como el café.

Andrew comprendió que no le contarían la historia del hospital, y que él era el único culpable de ello. Quería marcharse, pero le habían programado una visita a la escuela. Tendrían que salir a la calurosa y cegadora luz que se colaba por la ventana. El padre McGuire anunció que iba a echar una cabezada y se retiró a su habitación. Andrew y Sylvia permanecieron en su sitio, ambos con ganas de dormir un rato pero resistiéndose a la tentación. Rebecca entró a recoger los platos sucios.

—¿Ha traído los libros? —le preguntó directamente a Andrew.

Sylvia bajó los ojos como si hubiese querido hacer la misma pregunta pero no se hubiera atrevido. Le había enviado una lista de libros después de que él telefonara para anunciar su visita. Andrew no se había acordado, a pesar de que Sylvia había escrito «por favor, por favor» al final de la lista.

—Lo siento, me olvidé —respondió.

La negra lo miró fijamente, con incredulidad. Rompió a llorar y salió corriendo del salón, dejando la bandeja en la mesa. Sin levantar la vista, Sylvia comenzó a colocar los platos y las tazas sobre la bandeja.

—Significan mucho para nosotros —murmuró—. Sé que no entenderías cuánto.

—Te los enviaré por correo.

—Se perderían o los robarían por el camino. No importa. Olvidalo.

—No lo olvidaré, por supuesto que no.

Entonces recordó que en la habitación de Sylvia había visto una estantería y, encima de ella, una tarjeta que rezaba «Biblioteca».

—Un momento —dijo y entró en el cuarto. Ella lo siguió.

Sobre los estantes había dos libros, un diccionario y un ejemplar de Jane Eyre. En una hoja de papel clavada a la pared estaba anotado lo siguiente: «Libros de la biblioteca. Retirados. Devueltos. El viaje del peregrino. El señor de los anillos. Cristo se detuvo en Eboli. Las uvas de la ira. Llanto por la tierra amada. El alcalde de Cas-terbridge. La Santa Biblia. El idiota. Mujercitas. El señor de las moscas. Rebelión en la granja. Santa Teresa de Avila.» Se trataba de los libros que Sylvia había llevado consigo y los que habían donado algunos visitantes, atendiendo a sus súplicas.

—Curiosa colección —observó Andrew con humildad. Estaba tan conmovido que se le saltaron las lágrimas.

—Ya lo ves —dijo Sylvia—. Necesitamos libros. Les encantan y no es nada fácil conseguirlos, por eso éstos están tan manoseados.

—Te prometo que te enviaré los que me pediste.

Ella guardó silencio. Calló con una actitud que Andrew supuso que había aprendido a adoptar y que ahora mismo estaba practicando. Sospechó que rezaba para sus adentros, pidiendo paciencia.

—Mira, tú no entiendes lo importantes que son los libros aquí —intentó explicar—. Ver a alguien sentado en una choza por la noche, leyendo a la luz de una vela..., ver a alguien que apenas sabe leer, esforzándose... —Se le quebró la voz.

—Oh, Sylvia, lo lamento muchísimo.

—No te preocupes.

La lista que le había enviado estaba en el maletín que había llevado consigo: ¿por qué? Porque siempre lo llevaba consigo.

Las flores de María. Teoría y práctica de la agricultura en el África subsahariana. Cómo escribir en buen inglés. Las tragedias de Shakespeare. Los desnudos y los muertos. Sir Gawain y el Caballero Verde. El jardín secreto. Manual de ingeniería práctica. Mowgli. Las enfermedades del ganado en el sur de África. Sbaka, el rey zulú. Jude el oscuro. Cumbres borrascosas. Tarzán. Y así sucesivamente.

Volvió a la sala. El padre McGuire estaba de nuevo allí, tras recuperar las fuerzas. Cuando los dos hombres salieron al furioso resplandor del sol, Sylvia se arrojó sobre la cama, llorando. Había prometido a quienes acudían una y otra vez a la casa en busca de libros que estaba a punto de recibir una nueva remesa. Se sentía abandonada. Andrew siempre había representado para ella la ternura y la bondad perfectas; era el dulce hermano mayor a quien podía contarle o pedirle cualquier cosa, pero se había convertido en un extraño. ¡Ese deslumbrante traje blanco...! ¿Cómo se le había ocurrido vestirse de lino blanco para visitar la misión de San Lucas? Esa tela debía de tener el tacto de una crema espesa entre los dedos. Ese traje entrañaba una ofensa muy sutil hacia ella, el padre McGuire y Rebecca. En otro tiempo habría podido decírselo y ambos se habrían reído de ello.

Durmió, se despertó y preparó té: Rebecca no volvería hasta la hora de la cena. Había hecho galletas para el visitante.

Los dos hombres regresaron. Aunque Andrew sonreía, estaba silencioso y parecía agotado; no había dormido.

—Aquí está mi té —dijo el padre McGuire—. Te aseguro que lo necesito, pequeña, vaya si lo necesito.

—¿Y bien? —preguntó Sylvia en tono agresivo dirigiéndose a Andrew, pues sabía lo que había visto.

Seis edificios, cada uno con cuatro aulas abarrotadas de alumnos, desde niños hasta hombres y mujeres jóvenes. Habían recibido a este representante de las altas esferas del poder con exagerada efusividad y luego se habían quejado de que necesitaban libros de texto. «¿Cómo vamos a hacer los deberes, señor? ¿Cómo vamos a estudiar?»

No había un solo atlas ni un globo terráqueo en toda la escuela. Cuando les había interrogado al respecto, los alumnos no habían entendido de qué les hablaba. Los afligidos y frustrados jóvenes maestros

se lo habían llevado aparte para suplicarle que les consiguiese libros que les enseñaran a enseñar. Tenían entre dieciocho y veinte años, pocos estudios y ninguna preparación pedagógica.

Andrew nunca había estado en un lugar más deprimente: aquello no era una escuela. El padre McGuire lo había escoltado de un edificio al otro, caminando a toda prisa por el polvo para huir del sol y refugiarse en las zonas de sombra, presentándolo como un amigo de Zimlia. Su fama como miembro de Dinero Mundial —aunque el padre McGuire no había pronunciado esas palabras mágicas— se había difundido por toda la escuela. Lo recibieron con gritos de alegría y con canciones, y mirara donde mirase veía caras expectantes.

—Le contaré la historia de este lugar —le había dicho el sacerdote—. Nosotros, los miembros de la misión, tuvimos una escuela aquí durante muchos años, desde los principios de la colonia. Era una buena escuela. No había más de cincuenta alumnos. Algunos de ellos ocupan ahora cargos en el Gobierno. ¿Sabía que la mayoría de los gobernantes africanos se educaron en las escuelas de las misiones? Durante la guerra, el camarada presidente Matthew prometió que todos los niños del país podrían acceder a la educación secundaria. Se construyeron escuelas por todas partes. Pero no hay maestros, no hay libros ni cuadernos. Cuando el Gobierno tomó las riendas de nuestra escuela..., bueno, fue el fin. No creo que uno solo de los niños que hoy ve aquí lleguen a ser miembros del gabinete; de hecho, nunca ocuparán puestos que requieran cierto nivel de educación. —Después de beber un sorbo de té, agregó—: Las cosas mejorarán. Le ha tocado ver lo peor. Esta es una región muy pobre.

—¿Hay muchas escuelas como ésta?

—Sí, desde luego —respondió el padre McGuire con sinceridad—. Muchas. Muchísimas.

—¿Y qué pasará con esos niños? Aunque muchos parecen adultos.

—Serán desempleados —contestó el padre McGuire—. Desempleados, sí, con toda seguridad.

—Debería marcharme —se excusó Andrew—. Mi vuelo sale a las nueve.

—Ahora, si me permite el atrevimiento, ¿existe alguna posibilidad de que haga algo por nosotros, por la escuela, por el hospital? ¿Pensará en nosotros cuando regrese a la paz y la tranquilidad de...? ¿Dónde ha dicho que está la sede de su organización?

—En Nueva York. Pero creo que ha entendido mal la situación. Destinaremos fondos a Zimlia, un préstamo muy importante, pero no...

—¿Quiere decir que somos indignos de su atención?

—De la mía no —dijo Andrew con una sonrisa—, pero Dinero Mundial trabaja con las altas esferas de... Sea como fuere, hablaré con alguien. Me pondré en contacto con Cooperación Internacional.

—Se lo agradeceríamos mucho —dijo el padre McGuire.

Sylvia guardaba silencio. El pliegue de su entrecejo la hacía parecer una bruja enfurruñada.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones y vas a verme a Nueva York? —le propuso.

—Te convendría, niña —dijo el padre McGuire—. Sí, te convendría.

—Gracias, lo pensaré. —No lo miró.

—¿Y podría usted dejar un paquete en casa de los Pyne? —pidió el sacerdote a Andrew—. Sólo dejarlo en la puerta. No hace falta que entre si tiene prisa.

Fueron hasta el Volvo y pusieron el paquete para los Pyne en el asiento trasero.

—Te enviaré los libros, cariño —le aseguró a Sylvia.

Un par de semanas después un mensajero especial, un motorista de Senga, les llevó un saco. Contenía libros, enviados por avión desde Nueva York hasta Senga, recogidos por InterGlobe, que se encargó de pasarlos por la aduana, y transportados en moto hasta allí.

—¿Cuánto ha costado el envío? —quiso saber el padre McGuire, tras ofrecer una taza de té al exiliado de las brillantes luces de Senga.

—¿Se refiere a la suma total? —preguntó el mensajero, un elegante negro de uniforme—. Bueno, aquí lo pone. —Sacó un papel—. El remitente se gastó unas cien libras —añadió, impresionado por la suma.

—Con eso podríamos construir una sala de lectura, o una guardería infantil —observó Sylvia.

—A caballo regalado no le mires el dentado —sentenció el padre McGuire.

—Pues yo se lo estoy mirando —replicó ella, repasando la lista de libros. Andrew se la había pasado a su secretaria, y ésta la había perdido. Por lo tanto, había ido a la librería más cercana y había comprado todos los éxitos de venta, sintiéndose satisfecha de sí misma, incluso saciada, como si los hubiera leído ella misma: se había propuesto empezar a leer muy pronto. Aquellas novelas resultaban inapropiadas para la biblioteca de Sylvia—. Todo el que pide recibe y el que busca encuentra.

La historia del hospital, que Andrew no había llegado a oír, era la siguiente: durante la guerra de la liberación, aquella región había estado atestada de combatientes, porque sus colinas, cuevas y barrancos la hacían ideal para la lucha guerrillera. Una noche el padre McGuire había despertado y visto a un joven de pie junto a su cama, apuntándolo con un arma. «Levántese con las manos en alto», le había ordenado. El sacerdote, todavía adormilado, empezó a levantarse con lentitud, y el guerrillero le juró que lo mataría

si no se daba prisa. Era un muchacho de dieciocho años, o menos, y estaba tan asustado como el padre McGuire: el fusil temblaba.

—Tranquilo, ya voy —respondió, el padre McGuire, poniéndose de pie con torpeza. Sin embargo, no podía mantener las manos en alto; las necesitaba para ponerse la bata mientras el chico sacudía el arma en un gesto apremiante—. ¿Qué quieres?

—Queremos medicinas, queremos muti. Uno de nuestros hombres está muy enfermo.

—Entonces acompáñame al cuarto de baño. —En el botiquín no había más que píldoras para la malaria, aspirinas y algunas vendas—. Llévate lo que quieras.

—¿Es todo lo que tiene? No le creo —Aun así cogió todo lo que había y añadió—: Queremos que venga un médico.

—Vamos a la cocina —dijo el sacerdote. Una vez allí le indicó—: Siéntate. —Preparó té y sirvió unas galletas, que desaparecieron en el acto. Sacó un par de hogazas que había horneado Rebecca y se las entregó al joven junto con un poco de embutido. Todo fue a parar a un fardo de tela.

—¿Cómo quieres que consiga un médico? ¿Qué sugieres que les diga? Vosotros no hacéis más que tender emboscadas en la carretera.

—Diga que está enfermo y que necesita un médico. Cuando crea que esté por llegar, ate un trapo a esa ventana. Estaremos vigilando y traeremos a nuestro compañero. Está herido.

—Lo intentaré —prometió el cura.

Antes de internarse en la oscuridad, el joven se volvió.

—No le diga a Rebecca que hemos estado aquí —le advirtió en tono amenazador.

—¿Conoces a Rebecca?

—Nosotros conocemos a todo el mundo.

El padre McGuire reflexionó por un instante y luego escribió a un colega de Senga pidiendo un médico para un caso especial. Debía viajar mientras hubiera luz, no detenerse bajo ninguna circunstancia y llevar un arma. «Y no le comente nada a nuestras queridas hermanas, para no alarmarlas.» Una llamada telefónica: una conversación discreta, aparentemente sobre el tiempo y el estado de las cosechas. Luego: «Iré a verle con el padre Patrick, que estudió Medicina.»

El cura ató un trapo a la ventana y rezó para que Rebecca no reparase en él. Ella no dijo nada: él sabía que entendía mucho más de lo que aparentaba. Llegó el coche con los sacerdotes. Esa noche aparecieron dos guerrilleros y les informaron que su camarada estaba demasiado enfermo para trasladarlo. Necesitaban antibióticos. Los curas habían traído una buena provisión de fármacos, entre los que había antibióticos. El padre Patrick recomendó los más convenientes y los guerrilleros se marcharon, no sin antes comer hasta hartarse y vaciar la despensa.

El padre McGuire no se marchó de esa casa en la que cualquiera podía entrar cuando quisiera. Las monjas vivían rodeadas de vallas de seguridad, pero él las detestaba: cada vez que las visitaba se sentía como un prisionero. En su casa estaba indefenso; sabía que lo vigilaban y que corría el riesgo de que lo matasen: habían asesinado a varios blancos no muy lejos de allí. Cuando la guerra terminó, los dos guerrilleros se presentaron para expresarle su gratitud. Rebecca les dio de comer, aunque sólo porque el cura se lo ordenó. «Son mala gente», dijo.

El padre McGuire se interesó por la salud del herido: había muerto. Días después avistó de nuevo a los jóvenes por los alrededores: estaban sin empleo y furiosos porque habían creído que tras la liberación conseguirían un buen empleo y una vivienda digna. Contrató a uno de ellos para que se ocupara de pequeños trabajos de mantenimiento en la escuela. El otro era el hijo mayor de Joshua, que entró a estudiar en una clase llena de niños pequeños: aunque hablaba el inglés bastante bien, no sabía leer ni escribir. Además, estaba enfermo, muy delgado y cubierto de llagas.

El padre McGuire no había hablado de ellos con nadie hasta que le contó la historia a Sylvia. Rebecca no hablaba de los jóvenes. Las monjas no sabían de su existencia.

El cura se vio obligado a tener en la casa una cantidad cada vez mayor de medicamentos, porque la gente se los pedía. Mandó construir los cobertizos, incluido el que estaba al pie de la colina, y solicitó que le enviaran un médico de Senga: el camarada presidente Matthew había prometido atención médica gratuita para todo el mundo. Le mandaron un joven que no había terminado los estudios de enfermería por culpa de la guerra. El padre McGuire no se enteró de ello hasta una noche en que el joven se emborrachó y le preguntó si lo ayudaría a acabar la carrera. «Cuando dejes de beber —contestó el padre McGuire—, te escribiré una carta de recomendación.» No obstante, la guerra había trastornado a aquel guerrillero, que se había visto envuelto en ella a los veinte años: era incapaz de dejar la bebida. Se trataba del «doctor» del que Joshua le había hablado a Sylvia. En una larga carta dirigida a sus colegas de Senga, el padre McGuire se había quejado de que en la aldea no había médico y el hospital más cercano estaba a treinta kilómetros de distancia. Resultó que un sacerdote había conocido al padre Jack y a Sylvia durante una visita a Londres. Y así había comenzado todo.

Sin embargo, tenían previsto construir un buen hospital a diez kilómetros de allí, y cuando se inaugurara podrían dismantelar ese lugar vergonzoso, como lo llamaba Sylvia. «¿Por qué vergonzoso? —

preguntó el padre McGuire—. Es muy útil. El día de tu llegada fue dichoso para nosotros. Eres una bendición para esta aldea.» ¿Y por qué las hermanitas de la colina no habían sido una bendición?

Las cuatro que habían estado expuestas a los peligros de la guerra no siempre habían vivido recluidas detrás de una verja. Habían enseñado en la escuela cuando ésta era buena. Se habían marchado después del conflicto. Eran blancas, pero las reemplazaron unas jóvenes negras cuyos hábitos azules y blancos las diferenciaban de las demás mujeres negras y les permitían huir de la pobreza, las desgracias y el peligro. Carecían de estudios, de manera que no podían impartir clases. Y habían acabado en ese sitio, que para ellas no era un refugio contra la pobreza, sino un horrible recordatorio de su existencia. Había cuatro monjas: la hermana Perpetua, la hermana Grace, la hermana Úrsula y la hermana Boniface. El «hospital» no era tal en el momento de su llegada, y cuando Joshua les ordenó que acudieran allí cada día, se encontraron con el mismo escenario del que habían escapado: bajo el dominio de un negro que esperaba ser servido. Buscaron excusas para no volver y el padre McGuire no insistió: de hecho, eran bastante inútiles. Habían escogido el refinamiento, no heridas supurantes. Cuando Sylvia llegó, la enemistad entre él y las monjas era tal que cada vez que se encontraban ellas le decían que rezarían por él, y a cambio recibían pullas, insultos y maldiciones.

Lavaban las vendas y los apositos, aunque se quejaban de que estaban asquerosamente sucios, pero sólo se volcaban de verdad con la capilla, bonita y agradable como las iglesias que las habían inducido a tomar los hábitos. Cuando eran niñas, no había edificios más limpios ni hermosos en kilómetros a la redonda, y ahora la iglesia de San Lucas, al igual que aquéllos, estaba siempre inmaculada, porque la limpiaban varias veces al día, sacaban brillo a las imágenes de Cristo y la Virgen María, y cuando entraba polvo corrían a cerrar las puertas y las ventanas y lo recogían antes de que llegara a asentarse. Las monjas estaban allí para servir a la iglesia y al padre McGuire, y cada vez que éste se acercaba, según Joshua, que las imitaba, cloqueaban como gallinas.

Enfermaban a menudo, porque de ese modo tenían una excusa para volver a Senga, a casa de mamá.

Joshua se pasaba el día sentado debajo de la gran acacia, mientras el sol y las sombras se sucedían sobre él, observando lo que ocurría en el hospital, aunque a menudo sus ojos distorsionaban las imágenes. Fumaba dagga casi sin parar. Su hijo pequeño, Listo, siempre estaba con Sylvia, que a partir de cierto momento tuvo otro acompañante infantil: Zebedee. Ninguno de los dos se asemejaba remotamente a la imagen del adorable negrito de largas y rizadas pestañas que conmueve a los sensibileros. Eran muy delgados, y en sus huesudas caras ardían unos ojos hambrientos de conocimientos y —como se hizo evidente— de comida. Llegaban al hospital a las siete de la mañana, sin desayunar; Sylvia los llevaba a la casa y les daba pan con mermelada delante de Rebecca, que una vez señaló que sus niños no comían pan con mermelada sino gachas frías, y no siempre. El padre McGuire le comentó que se había convertido en la madre de dos niños y que esperaba que supiese lo que hacía. «Pero si ya tienen una madre», replicó Sylvia, y él le contestó que no, que había muerto en una de las violentas carreteras de Zimlia, y el padre, de malaria, de modo que los chicos habían quedado bajo la responsabilidad de Joshua, a quien llamaban padre.

Sylvia experimentó un profundo alivio al oír esa historia. Joshua ya había perdido dos hijos —uno de ellos hacía poco— y ella sabía que: no por «neumonía», como constaba en el certificado de defunción. Así pues, esos niños no eran «de la misma sangre» que Joshua: qué útil, qué dolorosamente pertinente se había vuelto esa vieja expresión. Ambos eran avispaditos, tal como había asegurado Joshua: su hermano había sido maestro y su cuñada la primera de la clase. Los pequeños, que se fijaban en cada movimiento de Sylvia y la imitaban, observaban su cara y sus ojos mientras hablaba, adivinando lo que quería que hiciesen antes de que lo dijera; cuidaban a los pollos y a las gallinas ponedoras, recogían los huevos sin romper uno solo y corrían de aquí para allá con medicinas para los pacientes. Se acucillaban junto a ella cuando restituía en su sitio miembros dislocados o practicaba incisiones, y a Sylvia le costaba acordarse de que tenían cuatro y seis años y no el doble de edad. Absorbían la información como esponjas. Sin embargo, no iban a la escuela. Sylvia los citaba en la casa a las cuatro de la tarde, cuando terminaba la jornada en el hospital, y les impartía clases particulares. Otros niños quisieron unirse al grupo, al igual que Rebecca. Pronto se encontró dirigiendo una especie de guardería infantil. No obstante, cuando los demás niños dijeron que querían trabajar en el hospital, como Listo y Zebedee, respondió que no. ¿Por qué hacía favoritismos con ellos? No era justo. Puso la excusa de que eran huérfanos. Pero en la aldea había otros huérfanos.

—Bueno, niña —comentó el cura—, ya entiendes por qué África le rompe el corazón a la gente. ¿Conoces la historia del hombre a quien le preguntaron por qué caminaba por la playa después de una tormenta, devolviendo al agua las estrellas de mar que arrastraba la corriente, si de todos modos morirían miles de ellas? Respondió que lo hacía porque las pocas que salvase se sentirían dichosas de regresar al mar...

—¿Hasta la siguiente tormenta, padre? ¿Era eso lo que iba a decir?

—No, aunque quizá lo piense. Y me preguntaba si tú también estarías empezando a pensar de esa manera.

—¿Se refiere a que empiezo a pensar con mayor realismo, como usted dice, padre?

—Sí, exactamente. Aunque ya te he repetido muchas veces que eres más idealista de lo que te conviene.

El camión Studebaker, un trasto donado por los Pyne a la misión para reemplazar el que acababa de estropearse definitivamente, los esperaba en la carretera. Sylvia le había pedido a Rebecca que avisara en la aldea que iría al Centro de Desarrollo y que se ofrecía a llevar a seis personas en la caja. Ya habían trepado unas veinte. Con Sylvia iban Rebecca y dos de sus hijos: ésta había insistido en que esta vez les consintiese un capricho a ellos, en lugar de a los hijos de Joshua.

Sylvia advirtió a los que estaban en la caja que los neumáticos eran muy viejos y podían estallar. Nadie se movió. La misión había solicitado neumáticos, aunque fueran de segunda mano, pero ya se había perdido toda esperanza de recibirlos. Luego habló Rebecca, primero en la lengua local y luego en inglés. Nadie se movió, y una mujer le dijo a Sylvia: «Conduzca despacio y no pasará nada.»

Sylvia, Rebecca y los dos niños se sentaron en la cabina. El camión arrancó y avanzó a paso de tortuga. En el cruce de la granja les hizo señas el cocinero de los Pyne, que quería ir al Centro de Desarrollo porque no quedaba comida en la casa y su mujer... Rebecca se echó a reír, y en la caja sonaron fuertes carcajadas cuando el hombre subió y se las ingenió para hacerse sitio. Rebecca se volvió; atrás todos reían y le tomaban el pelo al cocinero: Sylvia nunca sabría por qué motivo.

El Centro de Desarrollo se hallaba a siete kilómetros de la misión. El Gobierno blanco había concebido la idea de crear una red de núcleos —cada uno con una tienda, una oficina de la administración, una comisaría, una iglesia, un taller mecánico— alrededor de los cuales se desarrollarían las poblaciones. El proyecto prosperó, de manera que ahora el Gobierno negro se atribuía el mérito. Nadie los contradijo. Pese a que el Centro de Desarrollo todavía se encontraba en estado embrionario, empezaba a expandirse: había media docena de casitas y un supermercado nuevo. Sylvia aparcó enfrente de la oficina de la administración, un edificio pequeño situado en una calle pálida y polvorienta, donde dormían varios perros. Todo el mundo se bajó del camión, pero los hijos de Rebecca tendrían que quedarse a vigilarlo para que no robaran todo, incluidos los neumáticos. Les dieron una Pepsi y un bollo y les dijeron que si veían a alguien que les resultara sospechoso, uno de ellos debía correr a avisar a su madre.

Las dos mujeres entraron juntas en la oficina, en cuya sala de espera había una docena de personas, y se sentaron muy juntas en el extremo de un banco. Sylvia era la única blanca en el lugar, pero con la piel bronceada y el pañuelo que llevaba en la cabeza para protegerse del polvo estaba casi idéntica a Rebecca, dos jóvenes delgadas y con cara de preocupación en una escena intemporal: peticionarios aguardando, arrullados por el tedio. En el interior, al otro lado de una puerta con un rótulo que rezaba «Sr. M. Mandizi» en desconchada pintura blanca sobre el fondo marrón, resonó un grito autoritario. Sylvia hizo una mueca de disgusto mirando a Rebecca, que respondió con otra mueca. Pasó un rato. De repente salió una joven negra, llorando.

—¡Qué vergüenza! —exclamó un viejo hacia el final de la cola. Chascó la lengua, sacudió la cabeza y repitió «qué vergüenza» en voz muy alta, mientras un negro corpulento e imponente, vestido con el consabido terno hizo acto de presencia intimidándolos a todos.

—Siguiente —dijo, y retrocedió al tiempo que cerraba la puerta, de manera que el siguiente peticionario tuvo que llamar y esperar a que lo autorizase a entrar.

Transcurrió un rato. El individuo que salió parecía satisfecho: al menos no lloraba. Además, batía palmas suavemente, sin mirar a nadie, de manera que el saludo o aplauso era para sí.

—Siguiente —gritó la estentórea voz del interior.

Sylvia envió a Rebecca a comprar algo de comer y de beber a los niños y a cerciorarse de que seguían allí.

Sí, dormían. Rebecca regresó con una Fanta, que compartió con Sylvia.

Transcurrieron dos horas.

Les llegó el turno, y el funcionario, que vio que la siguiente era una mujer blanca, se disponía a hacer pasar al hombre que estaba sentado a su lado cuando el viejo dijo:

—Qué vergüenza, la mujer blanca ha estado esperando como todos los demás.

—Soy yo quien decide quién entra a continuación —replicó el señor Mandizi.

—De acuerdo —dijo el viejo—, pero lo que hace no está bien. No nos gusta.

Tras titubear por un instante, Mandizi señaló a Sylvia con el dedo y regresó a su despacho.

Sylvia obsequió al viejo con una sonrisa de agradecimiento, y Rebecca le murmuró algo en la lengua local. Se oyeron risas alrededor. ¿Cuál había sido el chiste? Una vez más, Sylvia pensó que nunca se enteraría, pero mientras entraban en la oficina Rebecca se acercó a ella y murmuró:

—Le he dicho que es como un toro viejo que sabe mantener a raya a los jóvenes.

Aún sonreían cuando llegaron ante Mandizi. Éste levantó la vista de los papeles, frunció el entrecejo, advirtió que Rebecca también había entrado, y cuando estaba en un tris de espetarle algo, ella le dirigió el saludo ritual:

—Buenos días... No, veo que ya es la tarde. De modo que buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió él.

—Espero que se encuentre bien.

—Me encuentro bien si usted se encuentra bien... —dijo él, y así sucesivamente. A pesar de todo, la fórmula era un admirable recordatorio de los buenos modales. Al fin miró a Sylvia e inquirió—: ¿Qué quiere?

—Pertenezco a la misión de San Lucas, señor Mandizi, y he venido a preguntar por qué no nos han enviado los preservativos que pedimos. Tenían que haber llegado hace un mes.

Mandizi pareció a punto de estallar, se levantó a medias y su expresión de sorpresa se transformó en un gesto de ofendido. Se dejó caer otra vez en la silla y dijo:

—¿Acaso cree que voy a hablar de preservativos con una mujer? No es lo que esperaba oír.

—Soy el médico del hospital de la misión. El año pasado el Gobierno dijo que enviarían preservativos a todos los hospitales.

Saltaba a la vista que Mandizi no había oído hablar de ese absurdo decreto, pero en ese momento ganó tiempo enjugándose el sudor de la frente con un enorme pañuelo blanco. La cara que tenía lo obligaba a esforzarse para reflejar autoridad. El ceño que había impuesto a su rostro, afable y complaciente por naturaleza, no casaba con su personalidad.

—¿Y puedo preguntar qué se propone hacer con esos condones ?

—Supongo que habrá oído que hay una nueva enfermedad..., una enfermedad muy mala que se transmite a través del contacto sexual.

Ahora su semblante era el de un hombre obligado a tragar algo desagradable.

—Sí, sí—dijo—, pero sabemos que esa enfermedad es un invento de los blancos. Pretenden que usemos condones porque así no tendremos hijos y nuestro pueblo se debilitará.

—Perdone, señor Mandizi, pero está usted desinformado. Si bien es cierto que su Gobierno declaró que el sida no existía, ahora considera que tal vez exista y que los hombres deberían usar preservativo.

Fantasmas de escarnio asomaron a la cara grande negra y afable, desplazando al ceño. Rebecca comenzó a hablarle en la lengua local, y al parecer todo marchaba bien, porque Mandizi la escuchaba sin apartar los ojos de ella, una mujer a quien, de acuerdo con su cultura, no tendría que haber oído hablar de esos temas, por lo menos en público.

—¿Piensa que la enfermedad se ha propagado hasta nuestro distrito? —le preguntó a Sylvia—. ¿El flaco ha llegado aquí?

—Sí, estoy segura de ello, señor Mandizi. Hay gente muriendo de esa enfermedad. Verá, el problema es el diagnóstico. Muchos mueren de neumonía, tuberculosis, diarrea o lesiones cutáneas, pero la verdadera causa es el sida. El flaco. Y hay muchos enfermos. Muchos más que cuando yo llegué al hospital.

Rebecca habló de nuevo y Mandizi la escuchó, sin mirarla, pero asintiendo.

—¿Así que quiere que llame a la oficina principal y pida que nos manden condones?

—Sí, y también necesitamos píldoras contra la malaria. No hemos recibido suficientes medicamentos.

—La doctora Sylvia ha estado comprando medicinas con su dinero —explicó Rebecca.

Mandizi asintió y se quedó pensando. Finalmente, convertido en otro hombre, en un peticionario él también, se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Le basta con mirar a una persona para saber si tiene el flaco?

—No. Hay que realizar pruebas.

—Mi mujer no se encuentra bien. Tose continuamente.

—No tiene por qué tratarse de sida. ¿Ha adelgazado?

—Está delgada. Demasiado delgada.

—Debería llevarla al hospital grande.

—Ya lo he hecho. Le dieron muti, pero sigue enferma.

—A veces envío muestras a Senga... de pacientes que no están demasiado enfermos.

—¿Quiere decir que si alguien está muy enfermo no envía las muestras?

—En ocasiones vienen a verme personas en tan mal estado, que sé que van a morir, y no vale la pena derrochar en ellas el dinero que cuestan los análisis.

—En nuestra cultura —dijo Mandizi, recuperando su autoridad gracias a esa manida fórmula—, tenemos buena medicina, pero sé que los blancos la desprecian.

—Yo no la desprecio. Soy amiga del n'ganga local y a veces le pido que me ayude. Sin embargo, él mismo reconoce que no puede hacer nada para combatir el sida.

—¿Por eso su medicina no alivió a mi mujer? —Al oír sus propias palabras Mandizi se quedó muy rígido, como paralizado de miedo, con la mirada perdida, hasta que se levantó con brusquedad y añadió—: Debe venir conmigo ahora mismo, sí, ahora; mi mujer está en mi casa, que queda a cinco minutos de aquí.

Salió a toda prisa de la oficina empujando ante sí a las dos mujeres.

—Volveré dentro de diez minutos —dijo a los que aguardaban en silencio—. Esperen aquí.

Bajo el ardiente y polvoriento resplandor guió a Rebecca y a Sylvia hasta una de las nuevas viviendas, diez casas dispuestas en fila que semejaban cajas abandonadas en el polvo, idénticas a las construcciones recientes de Kwadere pero más pequeñas, construidas a la medida de la importancia del Centro de Desarrollo. Las buganvillas rojas, violetas y magenta les conferían un aire de distinción: allí residían todos los funcionarios locales.

—Pasen, pasen —las apremió Mandizi. Entraron en una pequeña sala abarrotada con un tresillo, una cómoda, una nevera y un puf, y luego en un dormitorio donde había una cama enorme, en la que yacía la esposa de aquél, y una joven guapa y rolliza que la abanicaba con una rama de eucalipto para disipar los malos olores; pero ¿dormía la enferma? Sylvia se acercó a ella y comprobó con horror que estaba moribunda. En vez de presentar un brillante y saludable color negro, se la veía gris, con la cara cubierta de pápulas y tremendamente delgada: la cabeza que reposaba sobre la almohada parecía una calavera. Casi no respiraba. Tenía los ojos entreabiertos. Sylvia la tocó y sintió su piel fría al tacto. Incapaz de hablar, se volvió hacia el desesperado marido, y Rebecca rompió a sollozar a su lado. La joven rolliza mantuvo la vista al frente y continuó abanicando a la mujer.

Sylvia se dirigió con paso vacilante a la estancia contigua y se apoyó contra la pared.

—Señor Mandizi —dijo—, señor Mandizi.

Él se aproximó, le sujetó la mano, se inclinó para mirarla a los ojos y murmuró:

—¿Está muy enferma? Mi mujer...

—Señor Mandizi...

El hombre se dejó caer hacia delante, ocultando la cara sobre el brazo apoyado en la pared. Estaba tan cerca que Sylvia le rodeó los hombros con un brazo, estrechándolo mientras lloraba.

—Tengo miedo de que muera —musitó él.

—Sí. Lo siento, pero creo que no le queda mucho tiempo de vida.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

—¿Tienen hijos, señor Mandizi?

—Teníamos una niña, pero murió.

Las lágrimas caían sobre el suelo de cemento.

—Señor Mandizi —susurró Sylvia, pensando en la saludable joven que estaba en la habitación contigua—, debe escucharme, es importante: por favor, no mantenga relaciones sexuales sin preservativo. —Le parecía terrible decir una cosa así en un momento semejante, era ridículo, pero la urgencia de la situación la obligaba a ello—. Por favor, soy consciente de cómo ha de sonarle esto... Por favor no se enfade conmigo.

—Sí, sí, la he oído. Y no estoy enfadado.

—Si quiere que regrese más tarde, cuando se haya... Puedo volver más tarde y explicárselo mejor.

—No, ya lo entiendo. Pero usted no entiende una cosa. —Se separó de la pared, se irguió y recuperó su tono normal—. Mi mujer se está muriendo. Mi hija está muerta. Y yo sé quién es el responsable. Tendré que consultar de nuevo a nuestro buen n'ganga.

—Señor Mandizi, no querrá decir que...

—Sí, lo digo. Lo afirmo. Un enemigo me ha echado una maldición. Esto es obra de un brujo.

—Vamos, señor Mandizi, usted es un hombre con estudios...

—Sé lo que está pensando. Sé lo que piensan ustedes. —La miró con expresión de ira y de desconfianza—. Llegaré hasta el fondo de este asunto. —Hizo una pausa y ordenó—: Avise en la oficina que estaré allí en media hora.

Mientras Sylvia y Rebecca se alejaban en dirección al camión, oyeron:

—Y lo sabemos todo de ese supuesto hospital de la misión. Por suerte pronto se construirá un hospital nuevo, y entonces habrá medicina de verdad en nuestro distrito.

—Por favor, Rebecca —murmuró Sylvia—, no me digas que estás de acuerdo con lo que afirma ese hombre. Es absurdo.

Rebecca guardó silencio por unos segundos y luego respondió:

—En nuestra cultura no es absurdo.

—Pero se trata de una enfermedad. Cada vez sabemos más de ella. Es una enfermedad terrible.

—Pero ¿por qué algunos la pillan y otros no? ¿Puede explicarlo? Ésa es la cuestión. ¿Entiende lo que quiero decir? A lo mejor alguien quería hacer daño al señor Mandizi, o deshacerse de su mujer, ¿no? ¿Se fijó en esa joven que estaba en el dormitorio? Tal vez quiera ser la nueva señora Mandizi.

—Bueno, veo que no nos pondremos de acuerdo, Rebecca.

—No, Sylvia, no nos pondremos de acuerdo.

La gente ya las esperaba junto al camión, lista para subir.

—Todavía no vuelvo a casa —les informó Sylvia—. Y sólo dejaré subir a seis personas. Sólo seis. Vamos al hospital nuevo y el camino es malo. —Alcanzaba a ver el comienzo de un accidentado sendero que se internaba en el monte.

Rebecca impartió órdenes en tono autoritario. Seis mujeres subieron a la caja.

—Os recogeré dentro de media hora —anunció Sylvia, y a lo largo de un kilómetro y medio el camión avanzó pesadamente, traqueteando sobre raíces, piedras y baches, hasta que llegaron a un claro donde se alzaba el esqueleto de un edificio rodeado de árboles añosos. Se hallaban en un bosque viejo y polvoriento, pero verde y frondoso.

Sylvia, Rebecca y los niños se apearon, y las seis mujeres los siguieron. Contemplaron lo que supuestamente sería el nuevo hospital.

¿Suecos? ¿Daneses? ¿Estadounidenses? ¿Alemanes?... El Gobierno de algún país preocupado por las penurias de África había enviado mucho dinero allí, a ese claro, y el resultado se alzaba ante ellos. Como si se hallaran ante el plano de un arquitecto, tuvieron que usar la imaginación para concebir las formas que saldrían de esos cimientos y de los muros sin terminar, porque el problema era que el siguiente envío de dinero se retrasaba, y las habitaciones, las salas, los pasillos, los quirófanos y los laboratorios estaban cubriéndose de un polvo blanquecino. Algunas paredes llegaban a la altura de la cintura, otras a la de la rodilla, y los agujeros abiertos en los bloques de cemento estaban anegados. Las mujeres de la aldea atisbaron la promesa de algo útil, se adelantaron, llenaron de agua un par de botellas y media docena de latas y las guardaron cuidadosamente en sus enormes bolsos de viaje. Alguien había comido allí, quizás un vagabundo, que había encendido un fuego para mantener alejados a los animales durante la noche. La expresión de las caras de las visitantes recordaba a la que es tan común en la actualidad, esa que dice: «No haremos comentarios, pero alguien ha metido la pata hasta el fondo.» ¿Quién? Y ¿por qué? Se rumoreaba que alguien había robado el dinero destinado al hospital; algunos afirmaban que el Gobierno en cuestión se había quedado sin fondos.

Al otro lado del claro, bajo los árboles, había varias cajas de madera. Las seis mujeres fueron a investigar, seguidas por Rebecca. Una caja estaba abierta. En el interior había un sillón de dentista.

—Qué pena que no sea dentista —comentó Sylvia—. Nos vendría muy bien contar con uno.

Otra caja, rota en los laterales, contenía una silla de ruedas.

—Oh, doctora —dijo una de las mujeres—, no deberíamos llevárnosla. A lo mejor algún día terminan de construir el hospital.

—Necesitamos una —replicó Rebecca mientras tiraba de la silla de ruedas para sacarla de la caja.

—Pero querrán saber de dónde salió, y nuestro hospital no tiene fondos para esta clase de cosas.

—Deberíamos llevárnosla —insistió Rebecca.

—Está rota —señaló la mujer. Alguien se les había adelantado y en su intento había hecho que se le soltara una rueda.

Había otras cuatro cajas. Dos mujeres se acercaron a una y empezaron a forcejear con la madera podrida. Dentro había varias cuñas. Sin mirar a Sylvia, Rebecca llevó media docena al camión y regresó. Otra mujer encontró mantas, pero los insectos las habían roído, los ratones las utilizaban como madriguera y los pájaros las habían deshilachado para construir sus nidos.

—Será un buen hospital —dijo otra de las mujeres entre risas.

—Tendremos un excelente hospital nuevo en Kwadere —observó otra.

Las mujeres de la aldea prorrumpieron en carcajadas, y tanto Sylvia como Rebecca se unieron a ellas. Estaban en medio del monte, a muchos kilómetros de los filántropos de Senga (o para el caso, de Londres, Berlín o Nueva York), desternillándose.

Volvieron al Centro de Desarrollo, recogieron al resto de la gente y emprendieron el lento viaje de regreso a la misión, todos aguzando el oído por si se pinchaba un neumático. La suerte los acompañó. Rebecca y Sylvia llevarón las cuñas al hospital. Los enfermos graves, alojados en la choza que Sylvia había mandado construir poco después de su llegada, habían estado orinando en botellas de plástico y viejos utensilios de cocina.

«¿Qué es eso?», preguntaron los hijos de Joshua, y cuando entendieron para qué servían las cuñas, se pusieron como unas pascuas y corrieron a mostrárselas a quien quisiera verlas.

Colin abrió la puerta tras oír un tímido timbrazo y le pareció ver ante sí a una niña mendiga o una gitana, pero luego, con un grito de «¡Oh, es Sylvia, es Sylvia!», la levantó en volandas y la metió en la casa. Allí la abrazó, y sintió que sus lágrimas le mojaban las mejillas cuando las restregó contra las de ella en una especie de saludo gatuno.

En la cocina la hizo sentarse a la mesa, la de siempre, nuevamente extendida. Sirvió un torrente de vino en un vaso grande y se sentó frente a ella, rebosando amor y alegría.

—¿Por qué no avisaste que venías? Pero no importa, no te imaginas lo mucho que me alegro de verte.

Sylvia se esforzó por animarse y demostrar el mismo entusiasmo que él, porque en realidad se sentía

abatida: Londres suele causar ese efecto en los londinenses que han vivido fuera, como si al regresar tomaran súbitamente conciencia de su vastedad y sus incontables ventajas y posibilidades. Era como si, al venir de la misión, la ciudad la golpease en un punto indeterminado del vientre. Cometen un error quienes regresan directamente a Londres desde un lugar como Kwadere; antes tendrían que pasar por el equivalente a una cámara de descompresión.

Sylvia sonreía y bebía pequeños y cautelosos sorbos de vino —se había desacostumbrado al alcohol—, mientras percibía la casa como un ser vivo alrededor, arriba y debajo de ella. Era la casa, su casa, la que había representado para ella lo más parecido a un hogar cuando era consciente de lo que ocurría allí, en la atmósfera y el aire de cada estancia y cada tramo de escalera. Ahora estaba habitada por mucha gente, lo intuía, pero no por presencias familiares, sino por extraños, y agradeció el que Colin se hallara a su lado, sonriéndole. Eran las diez de la noche. Arriba, alguien había puesto un disco que le sonaba; quizá se tratara de una canción famosa, como Blue Suede Shoes, pero no estaba segura.

—La pequeña Sylvia... Tengo la impresión de que necesitas alimentarte, como de costumbre. ¿Puedo ofrecerte algo para comer?

—He comido en el avión.

Aun así, Colin se levantó, abrió la nevera y se puso a examinar su contenido. A Sylvia se le encogió el corazón; sí, era el corazón, porque estaba pensando en Rebecca, en su cocina con la pequeña nevera y el pequeño armario, aquella cocina que su familia de la aldea consideraba el colmo de la fortuna, una generosa fuente de provisiones. Observó los huevos que llenaban la mitad de la puerta del frigorífico, la leche brillante y limpia, los recipientes repletos de comida, la abundancia...

—Aunque éste no es mi territorio, sino el de Frances, me siento seguro... —Sacó una barra de pan y un plato con pollo frío. A Sylvia se le despertó el apetito: lo había cocinado Frances, Frances la había alimentado; con ella a un lado y Andrew al otro había sobrevivido a su infancia.

—¿Y cuál es tu territorio? —preguntó, atacando un bocadillo de pollo.

—Estoy arriba —respondió Colin—, en la última planta.

—¿En las habitaciones de Julia?

—Sí; Sophie y yo.

Sylvia se sorprendió tanto que dejó el bocadillo en el plato, como si por el momento renunciase a la seguridad.

—¡Sophie y tú...!

—Claro, no lo sabías. Vino para recuperarse y entonces... Estuvo enferma, ¿sabes?

—¿Y entonces?

—Está embarazada, de modo que vamos a casarnos.

—Pobre Colín —dejó escapar Sylvia y de inmediato se ruborizó; en realidad no sabía...

—No del todo. Le tengo mucho cariño.

Sylvia cogió otra vez el bocadillo, pero enseguida volvió a dejarlo en el plato: la noticia le había cerrado el estómago.

—Vamos, continúa. Veo que estás angustiado.

—Eres muy perspicaz —repuso Colin—. Bueno, siempre lo has sido, a pesar de tu aspecto de mosquita muerta. —Advirtió que había herido a Sylvia, y de hecho era lo que pretendía—. No. Lo lamento, lo lamento de veras. No soy el de siempre. Me has pillado en un momento... En fin, a lo mejor sí soy el de siempre. —Se sirvió más vino.

—No bebas hasta que me lo hayas contado todo.

Colin dejó el vaso.

—Sophie tiene cuarenta y tres años. Es tarde.

—Sí, pero a menudo las madres maduras... —Advirtió que él daba un respingo.

—Exactamente —dijo—. Es una madre madura. De todos modos, lo creas o no, lo que me preocupa no es la posibilidad de que el hijo nazca con síndrome de Down, al fin y al cabo aseguran que son encantadores, ¿no?, ni el resto de horrores. Sophie está convencida de que yo estoy convencido de que metió por la fuerza un feto en su reacto útero con la intención de aprovecharse de mí, porque se le estaba pasando el momento. Sé que no lo hizo adrede, no es propio de ella, pero no deja de machacar el tema. Tengo que oír sus lamentaciones día y noche: «Ay, ya sé lo que estás pensando...» —Pronunció estas palabras en tono plañidero, consiguiendo una buena interpretación—. ¿Sabes una cosa? Sí, claro que sí. No existe placer comparable al de recrearse en los sentimientos de culpa. Mi Sophie se lo está pasando en grande regodeándose con ellos, revolcándose en ellos, creyendo que la odio porque me ha cazado, y nada de lo que le diga la consolará porque sentirse culpable es tan divertido... —Era la observación más cruel que Sylvia había oído de boca del cruel Colin, que levantó el vaso y lo vació de un trago.

—Ay, Colin, vas a emborracharte, y hace tanto que no te veo...

—Tienes razón, Sylvia. —Volvió a llenar el vaso—. Voy a casarme con Sophie, que ya está de siete

meses, y viviremos en el antiguo apartamento de Julia, en esas cuatro habitaciones, y yo trabajaré en el sótano..., cuando se desocupe. —Su rostro, rojo y furioso, reflejó la euforia que suele acompañar a la contemplación del implacable sentido trágico de la vida—. ¿Sabías que Frances se ha hecho cargo de los dos hijos de su último ligue?

—Sí, me lo contó en una carta.

—¿Y te contó que la esposa de él es una depresiva? Está abajo, en el apartamento donde vivió Phyllida.

—Pero...

—Nada de peros. La cosa ha salido bastante bien. Ella se ha recuperado de la depresión. Los dos niños se instalaron arriba, en mi habitación y la de Andrew. Frances y Rupert viven en la planta que siempre ocupó mamá.

—¿De verdad ha salido bien?

—Sí, pero los niños, como era de esperar, consideran que, ahora que su madre ha roto con el amante que tenía, debería reconciliarse con su marido, por lo que Frances debería desaparecer.

—¿Y le están haciendo la vida imposible?

—No. Es mucho peor. Son encantadores y razonables. Las ventajas de esa posible solución se discuten en todas las comidas. La niña, que dicho sea de paso es una pequeña arpía, dice cosas como: «Todo sería mucho mejor si tú no estuvieras, ¿verdad, Frances?» El principal problema es ella, no el niño. Y Rupert se aferra a Frances como a una tabla de salvación, lo que resulta comprensible para quien conozca a Meriel.

Sylvia pensó en Rebecca, que nunca se quejaba a pesar de sus seis hijos —dos de los cuales habían muerto, probablemente de sida— y un marido que rara vez estaba en casa, porque trabajaba dieciocho horas diarias.

Suspiró y vio la expresión de Colin, que exclamó:

—¡Qué suerte tienes de estar tan lejos de nuestros vergonzosos conflictos emocionales, Sylvia!

—Sí, a veces me alegro de no haberme casado... Lo siento. Continúa. Meriel...

—Bueno, Meriel es de lo que no hay. Fría, manipuladora, egoísta, y siempre ha tratado muy mal a Rupert. Es feminista, ¿sabes? Una feminista amparada por la ley de la selva. Siempre le ha dicho a Rupert que su deber es mantenerla, incluso lo obligó a financiarle una carrera de no sé qué tontería; criticismo avanzado, supongo. Jamás en su vida ha ganado un penique, y ahora que van a divorciarse pretende sacarle una pensión vitalicia. Perteneció a un grupo de mujeres, una hermandad secreta, cuyo principal objetivo es joder a los hombres y chuparles la sangre... ¿No me crees?

—Te lo estás inventando.

—Mi dulce Sylvia, ahora me acuerdo de que nunca fuiste capaz de creer en los aspectos más desagradables de la naturaleza humana; pero ahora el destino ha dado un giro y..., no te lo vas a creer. Meriel fue a tratarse con Phyllida. Frances le pagó la terapia y luego fue a ver a Phyllida, que ha demostrado ser una mujer bastante sensata... ¿Te sorprende?

—Desde luego.

—Frances le dijo a Phyllida que le pagaría para que formase a Meriel como psicoterapeuta.

Sylvia soltó una carcajada.

—Ay, Colin. Ay, Colin...

—Sí, es verdad. Porque, verás, Meriel nunca ha obtenido un título. No terminó su carrera. Sin embargo, como psicoterapeuta podrá mantenerse sola. La psicoterapia se ha convertido en una mina de oro para las mujeres sin estudios... Ha reemplazado a la máquina de coser de las generaciones pasadas.

—En Zimlia no. La máquina de coser sigue en vigor, ayudando a las mujeres a ganarse la vida. —Sylvia rió otra vez.

—Por fin —dijo Colin—. Empezaba a pensar que no te vería ni sonreír. —Le sirvió más vino, pues sorprendentemente se lo había bebido todo, y volvió a llenar su propio vaso—. Bueno, la cuestión es que Meriel va a mudarse a la casa de Phyllida, cuya socia ha decidido independizarse y montar su propio gabinete de fisioterapia, de manera que el apartamento del sótano quedará libre y lo usaré para trabajar y, por supuesto, para eludir mis responsabilidades paternales.

—Lo que no resuelve el problema de que a Frances le hayan colgado el sambenito de madrastra mala. Y al margen de los problemas con los críos, ¿está contenta?

—Muchísimo. En primer lugar, está colada por Rupert, y no es de extrañar, ¿verdad? Pero hay algo más. ¿Te has enterado de que ha vuelto al teatro?

—¿A qué te refieres? No sabía que hubiera hecho teatro.

—Qué poco sabemos de nuestros padres. Bueno, resulta que el teatro fue el primer amor de mi madre. Trabajó en una obra con Sophie. En este mismo momento estarán aplaudiéndolas a las dos. —Colin frunció el entrecejo y se concentró en lo que decía, pues empezaba a arrastrar las palabras—. Joder, estoy borracho.

—Por favor, Colin, cariño, no bebas, por favor.

—Hablas como Sonia. Bien.

—Ah, Chéjov, sí. Ya veo. Aunque la verdad es que sí, estoy de su parte. —Sylvia rió, no sin cierta tristeza—. Hay un hombre en la misión... —¿Cómo describirle a Colin la situación de Joshua?—. Un negro. Cuando no está colocado con hierba, está borracho. Bueno, si supieras algo de su vida...

—¿La mía no justifica el alcoholismo?

—No, claro que no. De modo que preferirías que Sophie no...

—Preferiría que no tuviera cuarenta y tres años. —Colin dejó escapar un gemido que había estado conteniendo—. Ya ves, Sylvia, sé que es ridículo, sé que soy un idiota digno de lástima, pero quería una familia feliz, una mamá, un papá y cuatro niños. Quería todas esas cosas, y con Sophie no tendré ninguna.

—No —convino Sylvia.

—No. —Colin trataba de contener el llanto restregándose los ojos con los puños, igual que un niño—. Y si no quieres estar aquí para recibir a la feliz Sophie y a mi triunfante madre, ambas embriagadas de éxito con Romeo y Julieta...

—¿Quieres decir que Sophie interpreta el papel de Julieta?

—Aparenta dieciocho años. Está preciosa, te lo aseguro. El embarazo le sienta de maravilla, y además casi no se le nota. Aun así, los periódicos están ensañándose con ella. Sarah Bernhardt hizo de Julieta con ciento un años y una pata de palo... En cualquier caso, una Julieta embarazada añade una inesperada dimensión a la obra. En cuanto al público, la adora; nunca la habían aplaudido tanto. Lleva holgadas túnicas blancas y flores blancas en el pelo. ¿Te acuerdas de su pelo, Sylvia? —Finalmente, Colin se echó a llorar.

Sylvia se acercó, lo convenció de que se levantase, lo ayudó a subir por la escalera y, en el mismo lugar donde se había sentado con Andrew abrazó a Colin y escuchó sus sollozos hasta que se quedó dormido.

Como no sabía si en la casa había una cama libre, decidió marcharse, pero antes le dejó una nota a Colin que escribiera «la verdad sobre Zimlia». Alguien debía hacerlo.

Salió a la calle y se metió en el primer hotel que encontró.

Había quedado en ir a comer con la familia. Por la mañana se dirigió a varias librerías y compró cuanto pudo. Llegó a la casa de Julia —porque para ella seguía siendo la casa de Julia— con dos grandes cajas llenas de libros. La recibió Frances, que al igual que Colin la condujo a la cocina, la abrazó como a una hija largamente añorada y la hizo sentarse en su antiguo sitio en la mesa, al lado de ella.

—No me digas que necesito alimentarme —le rogó Sylvia—. Por favor.

Cuando Frances depositó sobre la mesa un cesto con rebanadas de pan, Sylvia imaginó lo mucho que esa visión habría complacido al padre McGuire; le llevaría una buena hogaza. Un plato lleno de rizos de mantequilla: bueno, eso no podría llevárselo. Sylvia siguió contemplando la comida y pensando en Kwadere mientras Frances trajo la mesa. Se había convertido en una mujer robusta y atractiva, y su cabello rubio —teñido— presentaba un corte que debía de haber costado una fortuna. Iba elegantemente vestida: Julia habría aprobado su nuevo aspecto.

Cuatro platos... ¿para quiénes? Entró un niño alto que se detuvo a examinar a Sylvia, la desconocida.

—Este es William —lo presentó Frances—, y ésta es Sylvia, que antes vivía aquí. Es la hija de Phyllida, la amiga de Meriel.

—Ah, hola —la saludó el hermoso niño, con tanta formalidad como si hubiera dicho «mucho gusto», y se sentó, frunciendo las rubias cejas mientras trataba de entender la relación entre ambas mujeres. Al fin se dio por vencido—. Frances, tengo una clase de natación a las dos. ¿Puedo comer algo rápido?

—Y yo tengo un ensayo. Te serviré a ti primero.

Lo que estaba sirviendo no guardaba la menor semejanza con las succulentas comidas caseras del pasado. Iban apareciendo toda clase de platos preparados; Frances puso una pizza en el microondas, la sacó al cabo de unos minutos y se la ofreció a William, que empezó a dar cuenta de ella de inmediato.

—Come un poco de ensalada —ordenó Frances.

Con gesto de heroica resignación el niño ensartó con el tenedor un par de hojas de lechuga y un rábano y se los llevó a la boca como si fuesen una medicina.

—Bien hecho —dijo Frances—. Supongo que Colin te habrá puesto al corriente de nuestros asuntos, ¿no, Sylvia?

—Creo que sí. —Sylvia advirtió que Frances le dirigía una mirada significativa, de lo que dedujo que habría agregado algo si el niño no hubiera estado delante—. Al parecer voy a perderme una boda.

—Yo no lo llamaría así. Sólo firmarán los papeles ante una docena de personas en el registro civil.

—Aun así me gustaría estar presente.

—Pero no puedes. No quieres abandonar tu... hospital, ¿verdad?

El titubeo le indicó a Sylvia que Andrew había descrito el lugar en términos poco caritativos.

—No se puede juzgar aquello con los criterios de aquí.

—No estaba juzgándolo. Pero todos nos preguntamos si no estarás desperdiciando tu talento. Al fin y al cabo, aquí has tenido empleos bastante buenos.

En ese momento hizo su entrada Sophie. Llevaba puesto algo semejante a un anticuado salto de cama blanco con grandes flores negras, y era toda una visión, como Ofelia flotando en el agua, con su larga melena negra dramáticamente salpicada de hebras de plata y sus ojos tan hermosos como siempre. La pequeña protuberancia que delataba su embarazo no habría podido ser más elegante.

—Siete meses —dijo Sylvia—. ¿Cómo lo consigues?

Se habían fundido en un abrazo. Las dos lloraron, y aunque no cabía esperar otra cosa de Sophie, pues el llanto la favorecía, Sylvia soltó, enjugándose las lágrimas:

—Maldita sea.

Frances también estaba llorando. El niño las observaba con indiferente seriedad entre bocado y bocado de pizza. Sophie se reclinó en una silla con brazos situada al otro extremo de la mesa, y con ademán elocuente deslizó las manos por el contorno de su vientre.

—Tengo cuarenta y tres años, Sylvia —dijo en tono dramático.

—Lo sé. Anímate. ¿Te has hecho todas las pruebas?

—Sí.

—Entonces todo irá bien.

—Pero Colin... —Sophie se echó a llorar de nuevo—. ¿Podrá perdonarme algún día?

—Tonterías —replicó con impaciencia Frances, que había oído esa cantinela demasiadas veces.

—Por lo que me contó anoche, no parece que tenga nada que perdonar.

—Eres muy buena, Sylvia. Todo el mundo es muy bueno conmigo. Y vivir en esta casa, esta casa que siempre consideré mi verdadero hogar, con Frances... Has sido una madre para mí, en la misma medida que mi verdadera madre, que ahora está muerta, pobrecilla.

—Más que tu madre fui tu ama —puntualizó Frances.

—Sí, ¿sabías que interpreta el papel de ama? Y lo hace maravillosamente; pero pronto tendremos un ama de verdad en la casa, porque yo seguiré actuando y Frances también, por supuesto.

—Desde luego, no estoy dispuesta a ocuparme de un bebé —señaló Frances.

—Por supuesto que no —convino Sophie, aunque era evidente que le habría gustado.

—Además, no olvides que Rupert, los niños y yo nos iremos a vivir a otra parte.

—Oh, no —gimió Sophie—. Por favor, no te vayas. Hay sitio para todos.

William se había erguido en la silla y las miraba con expresión de pánico.

—¿Qué? ¿Adonde nos vamos? ¿Por qué, Frances?

—Bueno, esta casa pertenece ahora a Colin y Sophie. Van a tener un hijo.

—Pero si hay lugar de sobra —protestó William a gritos, como si pretendiera hacerlas callar—. No veo por qué hemos de irnos.

—Baja la voz —dijo Sophie, inútilmente, y miró a Frances para que calmase la angustia del niño.

—Me gusta esta casa —insistió William—. No quiero irme. ¿Por qué tenemos que hacerlo? —Prorrumpió en sollozos ahogados, propios de un niño acostumbrado a llorar a solas, confiando en que nadie lo oyese.

Se levantó y salió corriendo de la cocina. Nadie pronunció una palabra.

Finalmente, Sophie rompió el silencio.

—Colin no te ha pedido que te marches, ¿verdad, Frances?

—No.

—Yo tampoco quiero que te vayas.

—Siempre nos olvidamos de Andrew. Seguramente tiene planes para esta casa.

—¿Por qué? Lo está pasando de fábula viajando por el mundo, y no querría que fuésemos infelices.

—No deberías excederte, Sophie —la reconvinó Sylvia—. Imagino que no pensarás seguir trabajando hasta el último momento. —La alegría del encuentro se había disipado, y se la veía tensa, demacrada y exhausta.

Se estrujó las manos sobre su pequeña barriga.

—Bueno..., yo había pensado... Pero tal vez...

—Sé sensata —terció Frances—. Ya es bastante malo que...

—Que sea una vieja, sí, ya lo sé.

—Me gustaría hablar con Colin —dijo Sylvia.

—Está trabajando —repuso Sophie—. Nadie osa interrumpirlo cuando está trabajando.

—Es una pena, porque se trata de algo importante.

Al pasar junto a Frances, camino de la escalera, Sophie le dio un breve abrazo.

—Por favor, no te vayas, Frances. Por favor. Estoy segura de que nadie quiere que te vayas.

Frances la siguió y encontró a William acurrucado en la cama, como un animal asustado o una persona dolorida.

—No quiero irme. No quiero irme —repetía en voz alta.

Lo estrechó entre sus brazos.

—Para. Todavía no lo hemos decidido. Lo más probable es que no nos vayamos.

—Entonces prométemelo.

—No puedo. No hay que hacer promesas cuando uno no está seguro de poder cumplirlas.

—Pero estás casi segura, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

Frances permaneció en la habitación mientras él reunía sus cosas para la clase de natación.

—Me parece que Margaret no está tan interesada como tú en quedarse aquí, ¿me equivoco?

—No. Quiere ir a vivir con su madre. Pero yo no. Meriel me odia porque soy un chico. Me gustaría quedarme contigo y con papá.

Mientras subía a prepararse para el ensayo, Frances pensó que hacía mucho tiempo que no recordaba su deseo de poseer una casa propia y vivir sola, como una mujer autosuficiente e independiente. Sus ahorros se habían reducido de manera alarmante. Una parte había ido a parar a la terapia de Meriel, de cuya pensión también se había hecho cargo. Rupert había vendido el piso de Marylebone y Meriel se había quedado con las dos terceras partes del dinero. Rupert y Frances estaban pagando un alquiler razonable por vivir en la casa con los dos niños. Él se ocupaba de los gastos de las escuelas. A pesar de que Frances había ganado bastante dinero con sus libros, artículos y reimpresiones, cada vez que hacía cuentas advertía que gran parte de esa suma había acabado en el bolsillo de Meriel. Se encontraba en una situación no poco frecuente en nuestros días: mantenía a la ex mujer de su pareja.

Entró en la habitación conyugal, con sus dos camas: aquella en la que había dormido sola durante tanto tiempo y otra más grande, que se había convertido en el centro emocional de su vida. Se sentó en su cama de solterona y miró el pijama de Rupert, que estaba doblado sobre la almohada. Era de popelina verde azulada, de lo más formal, pero suave y sedoso al tacto. Aunque a primera vista Rupert parecía un hombre fuerte y seguro, cuando uno reparaba en la delicadeza de sus facciones, en sus manos sensibles... Frances se sentó en el lado de la cama donde dormía Rupert y acarició el pijama.

¿Se arrepentía de haberle dicho que sí a Rupert, a sus hijos, a aquella situación sin situación? No, ni por un instante. Se sentía como si al final de su vida hubiera llegado por casualidad, como en un cuento de hadas, a un claro bañado por la luz del sol; hasta en sus sueños aparecían escenas semejantes, y sabía que estaba soñando con Rupert. Los dos habían estado casados y habían creído que sus desagradables parejas los habían inmunizado para siempre contra el matrimonio, y no obstante, habían alcanzado una felicidad que no habían esperado ni creído posible. Los dos llevaban una vida ajetreada, él en el periódico, ella en el teatro, y conocían a centenares de personas; pero esas cosas formaban parte del mundo exterior, y lo más importante era esa cama enorme donde todo se entendía sin necesidad de palabras. Frances despertaba y se decía a sí misma, y luego a Rupert, que había estado soñando con la felicidad. Que se burlaran quienes pensasen lo contrario, y de hecho se burlaban, pero la felicidad existía y estaba allí; sí, allí estaban ellos dos, contentos como gatos al sol. Sin embargo, estas dos personas maduras —la cortesía habría exigido llamarlos así— guardaban un secreto que sabían que se marchitaría si lo desvelaban. Y no eran los únicos: la ideología ha dictaminado que una situación semejante es imposible, y por eso la gente calla.

Regresaba a una casa que la había amado, acogido, amparado, que la rodeaba con sus brazos, que la arropaba como si fuese una manta, en la que se refugiaba igual que un animalito asustado..., con la salvedad de que ya no era su casa, sino la de otras personas... Sylvia ascendió por la escalera, consciente de cada peldaño, de cada giro: allí se había acurrucado, escuchando el ruido y las risas procedentes de la cocina, temerosa de que nunca la aceptaran; y allí la había encontrado Andrew antes de subirla en brazos, meterla en la cama y darle una chocolatina que había sacado del bolsillo. Aquella había sido su habitación, pero debía pasar de largo. Esos habían sido los dormitorios de Andrew y Colin. Estaba subiendo el último tramo de escalera. Al llegar a la planta de Julia no supo a qué puerta llamar, pero acertó, porque al oír la voz de Colin decir «adelante», entró en la antigua salita de Julia, donde él se hallaba sentado ante... No, no era el escritorio de Julia, sino uno grande, que ocupaba el ancho de una pared. Habría resultado menos doloroso para ella que todos los muebles de Julia hubiesen sido reemplazados por otros, pero ahí estaba el sillón de Julia con el pequeño escabel, y fue como si aquel lugar le diese la bienvenida y la rechazara a la vez. Colin tenía todo el aspecto de una persona disoluta. Era un hombre corpulento e hinchado que pronto se convertiría en un gordo fofo si...

—¿Por qué te fuiste de esa manera, Sylvia? —preguntó—. Cuando me avisaron esta mañana...

—Da igual. No importa. Debo hablar contigo.

—Te pido disculpas. Olvida lo que te dije anoche. Me pillaste en un mal momento. Si critiqué a Sophie..., olvídale. La quiero. Siempre la he querido. ¿No recuerdas que siempre formamos... un equipo?

Sylvia se sentó en el sillón de Julia, aun cuando sabía que se le rompería el corazón si pensaba en ella, y no quería, no quería perder tiempo en... Colin estaba enfrente de ella, en una silla giratoria. Se arrellanó, estirando las piernas, y esbozó una sonrisa a modo de feroz autocrítica por su borrachera.

—Y hay algo más. ¿Qué derecho tenemos a esperar una vida normal con los antecedentes de nuestra familia? Las batallas constantes, los problemas, los compañeros... ¡Qué absurdo! —Rió, y la habitación se llenó de olor a alcohol.

—Si vas a tener un hijo, has de dejar de beber. Podría caérsete accidentalmente de las manos o...

—¿O qué? ¿Qué más, mi pequeña Sylvia?

Ella suspiró y dijo en voz baja y tono de humildad, tal que si le enseñara una ilustración de un libro:

—A Joshua, el hombre del que te hablé..., un negro, naturalmente..., su hijo de dos años se le cayó sobre una hoguera... Las quemaduras fueron tan graves que... Por supuesto, si hubiese ocurrido en este país, habría recibido el tratamiento adecuado.

—Bueno, Sylvia, no creo que yo vaya a tirar a mi hijo al fuego. Soy perfectamente consciente de que yo..., de que mi comportamiento podría ser más satisfactorio. —Esta forma de expresarlo le hizo tanta gracia a Sylvia que rompió a reír; Colin también, aunque no de inmediato—. Soy un desastre; pero ¿qué puedes esperar de la progenie del camarada Johnny? Sin embargo, ¿sabes una cosa? En la época en que vivía como un oso en una cueva y sólo salía para ir al pub, o para tener una aventura o una relación (he ahí una palabra perfecta para escurrir el bulto)... en fin, entonces no me consideraba un desastre. Pero en cuanto Sophie se instaló aquí y nos convertimos en una familia feliz, descubrí que soy un oso que no está adiestrado para vivir civilizadamente. No sé por qué me soporta.

—Colin, me gustaría mucho hablar contigo de otra cuestión.

—Le digo que, si persevera, es posible que algún día consiga convertirme en un marido.

—Por favor, Colin.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que vayas a Zimlia, que veas las cosas con tus propios ojos y escribas la verdad.

Se produjo un silencio. Una sonrisa ligeramente irónica se dibujó en el rostro de Colin.

—¡Cuántas cosas me traes a la memoria! ¿Recuerdas cuando los camaradas viajaban constantemente a la Unión Soviética y demás paraísos comunistas para ver las cosas con sus propios ojos y contar la verdad a su regreso? De hecho, con la sabiduría que hemos tenido la fortuna de heredar, estamos en condiciones de concluir que, si existe una fórmula infalible para no descubrir la verdad, es la de ir adonde sea a ver las cosas con tus propios ojos.

—De manera que no quieres ir.

—No. No sé nada sobre África.

—Yo podría informarte. ¿No te das cuenta? Lo que cuentan los periódicos no tiene nada que ver con la realidad.

—Aguarda un momento. —Colin giró en la silla, abrió un cajón y extrajo un recorte de periódico—. ¿Has visto esto? —Se lo tendió.

Se trataba de un artículo firmado por Johnny Lennox.

—Sí, me lo envió Frances. Es una sarta de patrañas; el camarada presidente no es como lo describe la prensa.

—Vaya sorpresa.

—Cuando vi el nombre de Johnny no lo podía creer. ¿Se ha convertido en un experto en África?

—¿Por qué no? Todos sus ídolos han demostrado tener pies de barro, ¡pero no importa! En África hay una reserva ilimitada de grandes líderes, matones, bravucones y sinvergüenzas, así que todas las pobres almas que necesitan idolatrar a un héroe tienen a los héroes negros a su disposición.

—Y cuando hay una matanza, una guerra entre tribus o varios millones de desaparecidos, se limitan a murmurar: «Es una cultura diferente» —apuntó Sylvia, sucumbiendo a los placeres del resentimiento.

—A fin de cuentas, el camarada Johnny tiene que comer, y de este modo siempre es el invitado de honor de un dictador u otro.

—O en una conferencia donde se discute el significado de la libertad.

—O en un simposio sobre la pobreza.

—O en un seminario organizado por el Banco Mundial.

—De hecho, eso forma parte del problema; los rojos de la vieja guardia no pueden dar lecciones de

libertad y democracia, y por eso Johnny ya no está tan solicitado como antes. ¡Ah, Sylvia, te echo tanto de menos! ¿Por qué vives tan lejos? ¿Por qué no podemos vivir todos juntos en esta casa y olvidarnos de lo que sucede fuera? —Estaba animado, había perdido la palidez de la resaca y reía.

—Si te paso toda la información, dispondrías de material suficiente para escribir algunos artículos.

—¿Por qué no se lo pides a Rupert? Es un periodista serio. Uno de los mejores. Muy bueno.

—Los periodistas famosos no quieren correr riesgos. Todos escriben maravillas sobre Zimlia. Si es el primero en decir lo contrario, lo harán pedazos.

—En teoría, a los periodistas les gusta ser los primeros en decir lo que sea.

—Entonces ¿por qué no lo ha hecho? Yo podría pedirle al padre McGuire que redactase un borrador, y tú trabajarías sobre esa base.

—Ah, sí, el padre McGuire. Andrew me contó que no supo lo que era un capón cebado hasta que lo conoció. —Al percatarse de que Sylvia se había ofendido, rectificó—: Perdona.

—Es un buen hombre.

—Y tú una buena mujer. No estamos a tu altura... Lo siento, lo siento, pero ¿no te das cuenta de que te envidio, Sylvia? Envidio esa inocente y entusiasta honestidad tuya... ¿De dónde ha salido? Ah, sí, claro, eres católica. —Colin se levantó, sentó a Sylvia en sus rodillas y hundió la cara en su cuello—. Juraría que hueles a sol. Es lo que pensé anoche, cuando te portaste tan bien conmigo: «Huele a sol.»

Sylvia se sentía incómoda. Y Colin también. Se encontraba en una posición incongruente con la forma de ser de los dos. Ella regresó al sillón.

—¿Intentarás beber menos?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Sí, Sylvia, te lo prometo.

—Te enviaré el material.

—Haré lo que pueda.

Sylvia llamó a la puerta del apartamento del sótano, oyó un áspero «¿quién es?», abrió la puerta y asomó la cabeza. Una mujer delgada con elegantes tejanos de color tostado, una camiseta a juego y una melena corta de color cobrizo la miró desde el pie de la escalera; era cortante como un cuchillo.

—Hace tiempo viví en esta casa —explicó Sylvia—, y he oído que usted se va a vivir con mi madre.

Meriel continuó inspeccionándola con gesto hostil. Luego le dio la espalda y encendió un cigarrillo.

—Sí; ése es el plan por el momento —contestó a través de una nube de humo.

—Yo soy Sylvia.

—Lo suponía.

Las habitaciones eran tal como Sylvia las recordaba, semejantes a las de un piso de estudiantes, aunque impecablemente ordenadas. Meriel, que estaba haciendo las maletas, se volvió para decir:

—Quieren que desocupe este sitio. Tu madre ha tenido la bondad de ofrecerme un techo mientras busco otra cosa.

—¿Y trabajará con ella?

—Cuando termine mi formación, me estableceré por mi cuenta.

—Entiendo.

—Y en cuanto tenga mi propio piso, me llevaré a los niños.

—Ah, bueno, espero que todo salga bien. Perdona la interrupción. Sólo quería..., en fin, evocar los viejos tiempos.

—No des un portazo al salir. Esta casa es muy ruidosa. Los niños hacen lo que les viene en gana.

Sylvia tomó un taxi para ir a la casa de su madre. Las cosas no habían cambiado mucho: incienso, dibujos místicos en los cojines y las cortinas, y su madre gorda y enfadada, pero deshaciéndose en sonrisas de bienvenida.

—Es todo un detalle que te hayas tomado la molestia de venir a verme.

—Esta noche vuelvo a Zimlia.

Phyllida la escrutó lentamente y con suma atención.

—Vaya, Tilly, pareces una pasa. ¿Por qué no usas cremas para la piel?

—Tienes razón. Lo haré. Acabo de conocer a Meriel.

—¿De veras?

—¿Qué sucedió con Mary Constable?

—Tuvimos unas palabras.

Esa expresión desató un torrente de recuerdos en la mente de Sylvia; ella y su madre en una pensión o en la habitación de una casa ajena, mudándose constantemente, casi siempre porque no habían pagado el alquiler; caseras que se habían mostrado muy amigables convertidas en enemigas, y la frase: «Tuvimos unas palabras.» Tantas palabras, tan a menudo... Después Phyllida se casó con Johnny.

—Lo lamento.

—No lo lamente. Hay muchos peces en el mar. Al menos Meriel ha tenido hijos. Sabe lo que se siente cuando te roban un hijo.

—Bueno, debo marcharme. Sólo quería ver cómo estabas.

—No esperaba que te sentases a tomar una taza de té.

—De acuerdo, tomaré una taza de té.

—Los crios de Meriel son una verdadera lata.

—Entonces se alegrará de librarse de ellos, ¿no?

—Aquí no los traerá, desde luego. Que no se le ocurra.

—Si vamos a tomar té, hagámoslo ya. Es casi la hora de salir hacia el aeropuerto.

—En ese caso tal vez sea mejor que te vayas.

Sylvia estaba otra vez en la terminal de llegadas del aeropuerto de Senga, tan atestada como en su primera visita y con los mismos dos grupos de personas divididas por el color de la piel, pero sobre todo por su posición social. Sin embargo, algo había cambiado. Hacía cuatro..., no, cinco años aquella muchedumbre parecía eufórica y confiada, pero había transcurrido muy poco tiempo desde la guerra y los rostros y las actitudes reflejaban una aprensión arraigada, como si todavía no hubieran terminado de asimilar la noticia de la paz. Los nervios seguían a flor de piel. Por otro lado, sin embargo, la multitud estaba radiante, satisfecha con las compras hechas en Londres, que abarrotaban la pequeña y chirriante cinta transportadora hasta el punto de que no paraban de caer grandes maletas, neveras y muebles, cuyos risueños propietarios tenían que correr a levantarlos. Nunca había existido una población de viajeros más satisfecha de sí misma que aquella; en el avión, las palabras «la nueva nomenclatura» habían circulado entre los blancos como un chisme transmitido con deleite.

Y de nuevo se apreciaban diferencias en la forma de vestir: la nueva élite negra con sus ternos enjugándose el sudor de sus radiantes caras, y los blancos enfundados en tejanos y camisetas, listos para partir hacia sus humildes destinos en el monte o en la ciudad. Pronto, esos dos grupos tan distintos de seres humanos fijaron la vista en un mismo punto: una joven negra de unos dieciocho años, muy bonita, que lucía la última creación de un diseñador de moda con tacones de aguja y el presuntuoso ceño de los jóvenes consentidos. Había reclutado a dos mozos de equipaje, que recogieron de la cinta una, dos, tres, cuatro —¿eso era todo?—, no, siete, ocho maletas Vuitton.

—Eh, tú, chico, trae eso aquí —ordenó en el tono autoritario y estridente que había copiado de las señoronas blancas de otros tiempos y que ya nadie se atrevía a emplear—. Deprisa, chico. —Llegó al primer puesto de la cola—. Muéstrale mis maletas al señor.

Un negro corpulento que estaba en la cola le dijo algo en voz paternal y amistosa, como para jactarse de conocer a semejante belleza, y ella volvió la cabeza y le dedicó una sonrisa medianamente amable que al mismo tiempo significaba: «¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?» Todos los negros observaban con orgullo a aquel símbolo de su independencia, y los blancos, claramente inferiores, no hicieron comentarios, aunque cambiaron miradas. Más tarde, cuando se encontrasen en un lugar seguro, comentarían el episodio. La joven llegó a la aduana.

—Soy la hija de... —pronunció el nombre de un ministro, volviéndose hacia los mozos añadió—: Eh, chico..., chico... Seguidme. —Pasó por la aduana y se saltó la ventanilla de Inmigración como si no existiera.

Sylvia llevaba cuatro cajas grandes y un bolso pequeño con la ropa, y aunque veía que los funcionarios de aduanas daban el visto bueno a lotes de enseres que bastaban para equipar una casa, sabía que no podía esperar el mismo trato. En esta ocasión no había tenido suerte con su compañero de viaje. Miraba a los funcionarios buscando el rostro joven, entusiasta y amistoso de la última vez, pero no estaba allí, o se había transformado en el de un burócrata más. Cuando llegó al primer puesto de la cola, un hombre enfurruñado le preguntó:

—¿Qué lleva ahí?

—En esta caja y en esta otra hay máquinas de coser.

—¿Y para qué las quiere? ¿Para trabajar?

—No, son regalos para las mujeres de la misión de Kwadere.

—Regalos. ¿Y cuánto le pagarán por ellas?

—Nada —respondió Sylvia con una sonrisa: sabía que la mención de las máquinas de coser había conmovido a ese hombre, que quizás hubiera visto a su madre o a su hermana trabajando con una. Por desgracia el deber prevaleció.

—Tendrá que dejarlas en depósito. Ya le informarán cuánto debe pagar para llevárselas. —Levantó las dos cajas y las puso a un lado. Sylvia supo que no volvería a verlas. Se «extraviarían».

—¿Y qué hay aquí? —El hombre golpeó los costados de las otras dos cajas como si se tratara de puertas.

—Libros para la misión.

La cara del funcionario reflejó instantáneamente un sentimiento que Sylvia conocía bien: avidez. Cogió una palanca y abrió la tapa de una de las cajas. Contenía libros. Escogió uno, lo hojeó despacio y suspiró. Devolvió el libro a su sitio, colocó nuevamente la tapa y titubeó por unos instantes.

—Por favor, estos libros hacen mucha falta —dijo Sylvia.

Se salvó por muy poco.

—De acuerdo —repuso el hombre.

Sylvia acababa de cambiar dos máquinas de coser por los libros, pero sabía que las mujeres de la misión los preferirían.

Pasó por Inmigración sin incidentes y poco después divisó a la hermana Molly, que la aguardaba con una sonrisa en los labios, rodeada por un resplandor que indicaba que un aguacero reciente había limpiado el aire. Había llegado la estación de las lluvias. Tarde, pero ya estaba allí. La cuestión era si duraría: en los tres o cuatro años anteriores había contribuido a mitigar el ressecamiento del suelo, pero habían cesado antes de hora. Oficialmente la región estaba sufriendo una sequía, aunque nadie lo hubiera dicho al ver las presuntuosas nubes blancas que surcaban el cielo azul o los charcos que salpicaban la tierra.

El sol destellaba en la cruz de la hermana Molly y hacía brillar sus atléticas y bronceadas piernas. Lozana, ésa era la palabra que mejor la describía. Y lozano era aquel paisaje, además de vigoroso, con sus árboles y arbustos recién lavados y una alegre multitud que se dispersaba en coches oficiales o modestos autobuses. Sylvia se sintió de nuevo en su elemento. Salvo por los libros, su visita a Londres había sido un fracaso. No obstante dejó esa experiencia atrás como quien cierra una puerta de golpe. Londres se le antojaba irreal; lo real era el lugar donde ahora se encontraba.

El asiento trasero del coche se hundió bajo el peso de los libros. La hermana Molly se puso al volante y de inmediato procedió a contarle el último escándalo: habían procesado a varios ministros por malversar fondos y aceptar sobornos. Hablaba con la satisfacción de quien ve confirmadas sus predicciones.

—Y el padre McGuire ha dicho que hay problemas en la misión —agregó—. Os acusan de un robo.

—Qué tontería.

—Las tonterías pueden hacer mucho daño.

Sylvia tuvo la impresión de que la monja —porque a fin de cuentas era una monja— la miraba con expresión reprobatoria; ¿se trataba de una advertencia? Algo iba mal. De nada serviría contradecirla. Esa mujer era muy hábil. Coordinaba una organización que llevaba docentes estadounidenses y europeos a Zimbia, donde faltaban maestros, para que impartiesen clases durante dos años; un programa que el Gobierno veía con buenos ojos —por el momento—, porque se ahorra dinero en sueldos. Algunas escuelas estaban en zonas remotas, y la hermana Molly viajaba constantemente para averiguar qué tal les iba a los maestros.

—Algunos proceden de familias ricas y no tienen la menor idea de dónde van a meterse, así que lo pasan muy mal cuando llegan a escuelas como la de Kwadere.

Aquella joven competente veía las crisis nerviosas, las depresiones y los colapsos de todo tipo como simples gajes del oficio: amable y comprensiva, Molly, que había crecido en una humilde casa de Galway, podía acunar en sus brazos a una niña mimada de Los Ángeles o Filadelfia arrullándole con voz grave: «Tranquila, tranquila.»

—Me he enterado de que otra vez hay problemas en la escuela: el director se ha largado con el dinero y el padre McGuire ha vuelto a hacer doble turno. Es curioso, ¿no te parece? Esos directores y el resto de nuestros picaros ladrones se comportan como si fueran invisibles, como si la policía y los ciudadanos no pudiéramos verlos, ¿Qué crees que se imaginan? —No esperaba una respuesta, sólo quería hablar y que Sylvia la escuchase. Pronto volvió a su centro de gravedad, que era el padre McGuire y sus deficiencias, porque, aparte de ser un hombre, estaba «metiéndoles ideas en la cabeza» a sacerdotes que trabajaban en distintas regiones del mundo. Oír aquella expresión en semejante contexto, habida cuenta de que los blancos se quejaban a menudo de que los misioneros «metían ideas» en la cabeza de los negros, resultaba de lo más irónico, como el tema que subyacía en las novelas de Colin: la infinita incoherencia de que era capaz la vida. (Poco antes de que Sylvia viajase a Londres, Edna Pyne le había asegurado que la actual corrupción de los negros se debía a que les habían metido ideas en la cabeza en un estadio demasiado temprano de su proceso evolutivo.)

—¿Qué clase de ideas? —consiguió interpolar Sylvia, y entonces oyó a Molly repetir por enésima vez que el machista del papa no comprendía los problemas de las mujeres. La clave residía en el control de la natalidad, dijo, y quizás el Sumo Pontífice tuviese las llaves del cielo, eso no se lo discutía, pero estaba totalmente desinformado con respecto a lo que sucedía en la tierra. Si se hubiera criado con nueve hermanos y sin nada que llevarse a la boca, seguro que estaría soltando un rollo bien distinto. Así, en un

estado de inofensiva y simpática indignación, la hermana Molly condujo hasta la misión de San Lucas, donde dejó a Sylvia con sus cajas de libros.

—No, no voy a entrar, pues de lo contrario tendría que visitar a las monjas.

Sylvia entendió, tal como Molly pretendía, «a las tontas».

La casa del cura, que se alzaba en medio del polvo, los enmarañados árboles del caucho, el convento, perfilado por el sol, y la media docena de tejados de la escuela en su colina parecían miserables, una incursión superficial en el viejo paisaje... Había vuelto a casa —eso sentía, en efecto—, pero temía que un simple soplo lo arrasara todo. Permaneció unos instantes allí, percibiendo el aroma de la tierra húmeda y un suave calor que ascendía desde ésta hacia sus piernas. Entonces apareció Rebecca.

—¡Sylvia, ah, Sylvia! —gritó. Se abrazaron—. ¡Cuánto la he echado de menos, Sylvia!

Sin embargo, lo que Sylvia estrechaba en sus brazos acentuaba su sensación de evanescencia, de fugacidad. El cuerpo de Rebecca era un frágil haz de huesos ligeros, y cuando Sylvia la apartó para mirarla a la cara, vio sus ojos profundamente hundidos en el cráneo, bajo el viejo y descolorido pañuelo.

—¿Ocurre algo malo, Rebecca?

—Bueno —respondió, como diciendo: «Ya se lo explicaré»; pero primero la llevó a la casa, le pidió que se sentara a la mesa y se colocó enfrente de ella—. Mi Tenderai está mal.

Se miraron mutuamente a los ojos, sin disimulo. Dos hijos de Rebecca habían muerto, otro llevaba tiempo enfermo, y ahora había caído Tenderai. La fuente de contagio era el marido de Rebecca, todavía aparentemente sano pese a su delgadez y su adicción a la bebida. Lo más probable era que Rebecca fuese seropositiva, pero ¿cómo asegurarlo sin un análisis? Y ¿qué podía hacer si lo era? Sylvia dudaba que se acostase con otros hombres propagando así el terrible virus.

Sylvia había estado fuera una semana.

—Vale —dijo. Últimamente parecía iniciar todas las frases con esa palabra. Significaba que había absorbido la información y que compartía los temores de Rebecca—. Lo examinaré. Tal vez sólo sea una enfermedad pasajera.

—Eso espero —dijo Rebecca, y ahuyentando sus preocupaciones, añadió—: El padre McGuire está trabajando demasiado.

—Ya me he enterado. ¿Qué es eso de que nos acusan de un robo?

—Una tontería. Es por las cajas del hospital que visitamos. Dicen que usted las robó.

Sylvia, que en Londres no había dejado de pensar en la misión, había decidido que lo más sensato sería regresar al hospital en ruinas y llevarse todo lo aprovechable. No obstante, Rebecca le ocultaba algo. Tenía la mirada perdida y su cara reflejaba nerviosismo y temor.

—Cuéntamelo todo, Rebecca, por favor.

Sin levantar los ojos hacia Sylvia, repitió que todo era una tontería. Sobre esas cajas pesaba una maldición —empleó la palabra inglesa—, y agregó:

—El rínganga ha dicho que a todos los que robaron en el hospital les pasarán cosas malas. —Se levantó y murmuró que era hora de preparar la comida del padre McGuire y que esperaba que Sylvia tuviese hambre, porque había hecho un arroz con leche especial.

Durante el rato en que Rebecca y Sylvia, sentadas frente a frente, habían estado pensando en Tenderai y los demás niños, tanto los muertos como los vivos, se habían tratado con una confianza y una franqueza absolutas; pero de pronto Sylvia comprendió que Rebecca no le contaría nada más sobre ese tema, porque estaba convencida de que no la entendería.

Sylvia se sentó en su cama, rodeada por las paredes de ladrillo, y tuvo la sensación de que las mujeres de Leonardo le daban la bienvenida. Después se volvió hacia el crucifijo colgado a su espalda con la intención de confirmar ciertas ideas que habían estado germinando en su mente. Alguien que aceptaba los milagros de la Iglesia católica no estaba en condiciones de tachar a otros de supersticiosos: ése era su razonamiento, y distaba mucho de suponer una crítica a la religión. Los feligreses que asistían a la misa dominical del padre McGuire oían que iban a beber la sangre y comer la carne de Cristo. Poco a poco había tomado conciencia de que las supersticiones estaban profundamente arraigadas en la vida de los negros de su entorno, y deseaba asimilar este hecho, en lugar de limitarse a formular «ingeniosos comentarios intelectuales», como los que harían Colin y Andrew, se dijo. Estaba claro que se encontraba ante un terreno inaccesible para ella, y que no debía criticar a los trabajadores negros ni a Rebecca, que además era su amiga, por creer en supersticiones.

Si el padre McGuire no la ayudaba, tendría que ir a casa de los Pyne. Mencionó el tema a la hora de comer, y cuando el cura le pidió confirmación a Rebecca, que escuchaba junto al aparador, ésta contestó: «Bueno. Es verdad; y ahora la gente que robó cosas está enferma y todos piensan que es por lo que dijo el n'ganga.»

El padre McGuire no presentaba buen aspecto. Tenía la piel amarillenta y las manchas rojizas de sus anchos pómulos irlandeses parecían flamear. No podía disimular su enfado y su nerviosismo. Era la segunda vez en cinco años que se veía obligado a duplicar sus horas de clase. La escuela se estaba viniendo abajo y el señor Mandizi se limitaba a repetir que ya había comunicado la situación a Senga.

Cuando el sacerdote se hubo marchado a la escuela, sin haber dormido la siesta, Sylvia y Rebecca sacaron los libros de las cajas y echando mano de tablas y ladrillos montaron un par de estanterías que muy pronto cubrieron una pared completa, a los lados de la pequeña cómoda. Rebecca había llorado al enterarse de que habían requisado las máquinas de coser —acariciaba la esperanza de ganar algún dinero extra haciendo trabajos de costura—, pero las lágrimas que derramó mientras contemplaba y tocaba los libros fueron de alegría. Hasta los besó. «Es maravilloso que pensara en nosotros y nos trajera estos libros», dijo.

Sylvia fue al hospital, donde Joshua dormitaba bajo el árbol como si durante su ausencia no se hubiera movido de allí. Los niños la recibieron con gritos de alegría, y ella se puso de inmediato a atender a sus pacientes, la mayoría de ellos aquejados de tos y resfriados causados por las lluvias y los súbitos cambios de temperatura. Luego subió al coche e hizo una visita a los Pyne, que cumplían una función específica en su vida: ser fuente de información cada vez que lo necesitaba.

Los Pyne habían comprado su hacienda después de la Segunda Guerra Mundial, en la década de los cincuenta, durante la última oleada de la inmigración blanca. Cultivaban sobre todo tabaco y habían prosperado. Desde la casa, situada sobre un promontorio, se dominaban las onduladas colinas que en la estación seca se veían azules a causa del humo y la niebla, pero que en ese momento estaban veteadas por el intenso verde del follaje y el gris de las rocas de granito. El porche con columnas era lo bastante ancho para celebrar fiestas en él; antes de la liberación habían celebrado muchas, pero tras la diáspora de los blancos rara vez se organizaba alguna. Sobre el encerado suelo rojo había varias mesas bajas, además de unos cuantos perros y gatos.

Cedric Pyne bebía té a grandes sorbos mientras acariciaba la cabeza de su mascota favorita, una perra de lomo abultado llamada Lusaka. Edna Pyne, vestida con un elegante conjunto de pantalón y camisa y con la piel lustrosa a causa de los protectores solares, estaba sentada junto a la bandeja del té, con la hermana de Lusaka, Sheba, prácticamente pegada a su silla. Escuchaba a su marido, que despotricaba contra el Gobierno negro. Sylvia también lo escuchaba mientras bebía su té.

Al igual que le ocurría cuando escuchaba a la hermana Molly quejarse del papa y su impenitente machismo; o al padre McGuire repetir a diario que era viejo, que ya no estaba a la altura de las circunstancias y que regresaría a Irlanda; o a Colin lamentarse por su situación con Sophie, tuvo que esperar el momento oportuno para meter baza y hablar de lo que le preocupaba.

El fondo de la situación resultaba fácil de entender: los agricultores blancos eran el principal objeto del odio de los negros, y el Líder los cubría de insultos cada vez que abría la boca, pese a que eran ellos quienes ingresaban las divisas extranjeras que mantenían a flote el país y servían principalmente para pagar los intereses de los préstamos de... Sylvia imaginó al risueño y cortés Andrew entregando con una mano un talón con un montón de ceros mientras con la otra aceptaba otro talón con la misma cantidad de ceros. Ésta era la gráfica imagen que había utilizado para explicarle las operaciones de Dinero Mundial a Rebecca, que, tras soltar una carcajada, había dicho con un suspiro: «Vale.»

Debido a que el Líder propugnaba ideas socialistas, abrazadas en la madurez con el fanatismo del converso, diversas políticas que consideraba esenciales para el marxismo habían adquirido el peso de mandamientos divinos. Una de ellas establecía que nadie podía ser despedido de su empleo, lo cual significaba que todo empresario debía cargar con trabajadores que, sabiéndose a salvo, bebían, eludían sus obligaciones, se tendían al sol y robaban siempre que se presentaba la oportunidad, al igual que sus superiores. Ésta constituía una de las innumerables quejas que Sylvia oía a menudo. Otra era que no se conseguían piezas de recambio para las máquinas que se averiaban, y que resultaba imposible comprar otras nuevas. Las que se importaban iban a parar directamente a manos de los ministros y sus familiares. Estas lamentaciones, las más frecuentes, revestían menor gravedad que la principal, que, como tantos hechos importantes, cruciales y básicos, rara vez se mencionaba, porque era tan evidente que no hacía falta expresarla con palabras. Ante la continua amenaza de que los expulsasen y les quitaran las tierras, los agricultores blancos se sentían inseguros, no sabían si invertir o no y vivían a salto de mata, sin hacer planes a largo plazo. Edna Pyne interrumpió a su marido para decir que estaba harta y que quería marcharse.

—Que se queden con todo; ya se enterarán de lo que han perdido cuando nos hayamos largado.

La hacienda, que en el momento en que la habían comprado no era más que un vasto terreno virgen sin desmontar —y sin la casa, por supuesto—, estaba perfectamente equipada para la agricultura, con graneros, cobertizos, corrales, abrevaderos, pozos y el añadido reciente de una gran acequia. La pareja había invertido allí todo su capital, del cual carecían en el momento de llegar.

—No pienso darme por vencido —replicó Cedric; eran palabras que Sylvia ya había oído—. Tendrán que venir y echarme por la fuerza.

Entonces empezaron las lamentaciones de Edna. Desde la liberación costaba muchísimo proveerse de productos básicos como un café decente o una lata de pescado. Ni siquiera contaban con un suministro constante de harina, y necesitaban tener un almacén lleno hasta el techo de ésta para cuando los trabajadores fueran a mendigar comida. Estaba harta de que la injuriasen. Ellos —los Pyne— estaban financiando los estudios de doce niños negros, pero los cabrones del Gobierno jamás reconocerían los méritos de los granjeros. Eran presuntuosos, incompetentes, inútiles y sólo les interesaba robar todo lo posible, y ella estaba hasta la coronilla de...

Su marido sabía que, al igual que él, necesitaba desahogarse cuando aparecía una cara nueva en el porche, de manera que guardó silencio y dirigió la vista más allá de los tabacales —de un verde reluciente— hacia el cúmulo de nubes oscuras que parecía anunciar una tormenta vespertina.

—Estás loco, Cedric —le dijo su esposa, como si fuese la continuación de un altercado privado—. Deberíamos cortar por lo sano e irnos a Australia, como los Freeman y los Butler.

—Nosotros no somos tan jóvenes como ellos —repuso Cedric—. Siempre lo olvidas.

—Y las tonterías que tenemos que aguantar... —prosiguió ella—. La mujer del cocinero dice que está enferma porque le echaron el mal de ojo. La verdad es que padece malaria porque no toma las píldoras. No paro de decirles a todos: «Si no tomáis las medicinas, enfermaréis.» Pero ese maldito n 'ganga tiene más influencia en este distrito que cualquier funcionario del Gobierno.

—Precisamente quería hablaros de eso —dijo Sylvia, interrumpiendo el efusivo discurso—. Necesito vuestro consejo.

En el acto, los dos pares de ojos azules le concedieron toda su atención: dar consejos era algo para lo que sabían que estaban capacitados.

Sylvia les contó la historia a grandes rasgos.

—De modo que ahora soy una ladrona. ¿Y qué hay de la supuesta maldición que ha caído sobre el nuevo hospital?

Edna soltó una risita débil, cargada de furia.

—Ahí tienes otro ejemplo. ¿Lo ves? Es una tontería. Cuando se quedaron sin dinero para el nuevo hospital...

—¿Qué ocurrió? He oído decir que era de los suecos, luego de los alemanes... ¿Quién lo estaba construyendo?

—¿Qué más da? Suecos, daneses, yanquis, vaya uno a saber... La cuestión es que el dinero se evaporó de la cuenta de Senga donde lo depositaron y, entonces, decidieron retirarse. Dinero Mundial, Cooperación Internacional o no sé quién, porque hay centenares de esos idiotas solidarios, está tratando de conseguir nuevos fondos, pero hasta ahora no ha habido suerte. No sabemos qué está pasando. Entretanto, las cajas con material se están pudriendo, o eso dicen los negros.

—Es verdad. Yo las he visto. Pero ¿por qué enviaron material antes de terminar de construir el hospital?

—Típico —espetó Edna Pyne, con la satisfacción de haber acertado una vez más—. ¿Por qué va a ser? Porque son unos incompetentes. En teoría el hospital iba a estar terminado y funcionando en seis meses, pero ya ves, menuda patraña, aunque ¿qué se puede esperar de esos idiotas de Senga? De manera que el gran jefe local, el señor Mandizi, como se hace llamar él, fue a ver al n 'ganga y le pidió que hiciera correr la voz de que había echado una maldición que afectaría a cualquiera que robase o simplemente tocase las cajas del hospital.

Cedric Pyne soltó una breve carcajada perruna:

—Genial —dijo—. Continúa, Edna, fue una treta muy ingeniosa.

—Si tú lo dices, cariño... Bueno, lo cierto es que funcionó. Pero luego fuiste tú y te llevaste lo que querías. Por lo visto, rompiste el hechizo.

—Sólo me llevé media docena de cuñas de hospital. No teníamos ni una.

—Media docena más de lo que convenía —apuntó Cedric.

—¿Por qué nadie me dijo nada? Me acompañaban Rebecca y unas seis mujeres de la aldea. Ellas recogieron las cuñas. Y no me dijeron una palabra de eso.

—¿Qué iban a decirte? Representas a la misión, a Dios y a la Iglesia, por no mencionar que el padre McGuire siempre está criticando sus supersticiones; y como tú estabas allí, quizá pensaron que la muti de Dios es más poderosa que la medicina del brujo.

—Pues no ha resultado ser así, porque ahora hay gente muriéndose por haber robado cosas de las cajas. O eso opina Rebecca, aunque la verdadera causa es el sida.

—Ah, el sida.

—¿Por qué lo dices de ese modo? Es un hecho.

—Es la maldita gota que colma el vaso —saltó Edna Pyne—. Ahora vienen de la aldea para pedir muti. Les digo que no hay muti para el sida, pero ellos creen que tengo una medicina y no quiero dársela.

—Yo conozco al n 'ganga —dijo Sylvia—. A veces le pido ayuda.

—Vaya, eso es como meterse ingenuamente en la guarida del león —señaló Cedric.

—No empieces... —dijo Edna en tono deliberadamente quisquilloso, para demostrar que estaba hasta ia coronilla.

—Cuando me encuentro con casos que no puedo tratar, lo cual ocurre a menudo, y Rebecca me cuenta que el paciente cree que le han echado mal de ojo, le pido al n 'ganga que venga y lo convenza de que no

le han lanzado una maldición o algo por estilo... Le he asegurado que no quiero interferir en su medicina, que sencillamente necesito su ayuda. La última vez habló con cada uno de los pacientes que yo suponía al borde de la muerte. No sé qué les dijo, pero algunos se levantaron y se marcharon... Estaban curados.

—¿Y los demás?

—Los ríngangs están al corriente de la existencia del sida..., del flaco. Saben más al respecto que la gente del Gobierno. Bueno, ésta me dijo que no podía curar el sida, pero sí tratar algunos de los síntomas, como la tos. ¿No lo entendéis? Me alegro de contar con sus remedios, porque casi no tengo medicamentos. La mayor parte del tiempo ni siquiera hay antibióticos. Esta tarde, cuando volví de Londres y entré en la choza de las medicinas, descubrí que no queda prácticamente nada; lo han robado todo. —Se le quebró la voz, y finalmente rompió a llorar.

Los Pyne cambiaron una mirada.

—Estás dejando que la situación te desborde —dijo Edna—. No es bueno tomarse las cosas tan a pecho.

—Mira quién habla —se burló Cedric.

—De acuerdo, tienes razón —reconoció Edna, y dirigiéndose a Sylvia añadió—: Yo sé lo que se siente. Regresas de Inglaterra cargada de adrenalina y de repente... pum, te vienes abajo y estás un par de días hecha polvo. Vamos, entra y echa una cabezada. Llamaré a la misión y les avisaré.

—Un momento —dijo Sylvia entre sollozos al recordar la pregunta más importante que quería formular. Durante la comida se había enterado de que corría el rumor de que ella era una espía al servicio de Sudáfrica.

Edna soltó una carcajada.

—No les hagas caso. No desperdicies lágrimas en esa tontería. Se supone que nosotros también somos espías. Una vez que te han colgado el sambenito no hay nada que hacer. El día que se apoderen de la hacienda lo harán con la conciencia limpia, porque a fin de cuentas somos espías sudafricanos, ¿no?

—No seas tonta, Edna —intervino Cedric—. No necesitan esas artimañas. Pueden quedarse con la hacienda cuando se les antoje.

Edna rodeó a Sylvia con su fuerte brazo, la condujo a una amplia habitación del fondo de la casa y la obligó a tenderse en la cama. Después corrió las cortinas y se fue. Los movimientos de las nubes proyectaban inquietas sombras sobre las delgadas telas de algodón. La amarilla luz del atardecer regresó para dar paso a una súbita oscuridad; a continuación sonó un trueno y la lluvia comenzó a caer con estruendo sobre el techado de hierro. Sylvia durmió. La despertó un negro risueño ofreciéndole una taza de té. Durante la guerra de liberación, el entonces leal cocinero de los Pyne había dejado entrar a unos guerrilleros en la casa y luego se había marchado con ellos. «No le quedaba más remedio —había dicho el padre McGuire—. No es un mal hombre. Ahora trabaja para los Finlay en Koodoo Creek. No, claro que no conocen sus antecedentes, ¿de qué serviría informarles?» Los comentarios del cura sobre esta clase de episodios eran tan imparciales como los de un historiador, aunque no demostraba la misma objetividad cuando se lamentaba de sus propios problemas. Era curioso: a juzgar por los tonos de voz, la indigestión del padre McGuire tenía la misma envergadura que las críticas de la hermana Molly al papa, los reproches de los Pyne al Gobierno negro... o las lágrimas de Sylvia porque el cobertizo de los medicamentos estaba vacío.

Aperitivos en el porche al anochecer: la tormenta había pasado, los arbustos y las flores resplandecían, los pájaros cantaban con frenesí. Si ella, Sylvia, hubiera establecido esa granja, si hubiese construido esa casa, ¿no habría opinado lo mismo que los Pyne? La intensa sensación de que eran víctimas de una injusticia estaba envenenándolos. Al tiempo que servían las copas y arrojaban succulentos bocados a Lusaka y Sbeba, las uñas de cuyos dedos chirriaban y martilleaban sobre el cemento cada vez que saltaban abriendo y cerrando las mandíbulas, y mientras Sylvia escuchaba, los Pyne hablaron sin parar, obsesionados y llenos de rencor. Cierta vez, cuando era una ignorante recién llegada, Sylvia había dicho en ese mismo porche:

—Si vosotros, quiero decir los blancos, hubieseis educado a los negros, ahora no habría ningún problema, ¿no? Serían personas instruidas y competentes.

—¿A qué te refieres? Por supuesto que los educamos.

—En la administración pública les habían impuesto un techo —señaló Sylvia—. No les permitían ascender por encima de un nivel bastante bajo.

—Tonterías —dijo Edna.

—No, no es una tontería —reconoció Cedric—. Cometimos errores.

—¿Por qué dices «cometimos»? —inquirió Edna—. En esa época aún no estábamos aquí.

No obstante, si los errores quedan marcados en un paisaje, un país, una historia, significa... Cien años antes los blancos habían llegado a un país del tamaño de España poblado únicamente por un cuarto de millón de negros. Uno pensaría —el «uno» aquí es el Ojo de la Historia, que lo observa todo desde el futuro— que con tanto territorio libre no habría habido necesidad de apoderarse de la tierra de nadie. Sin embargo, lo que ese Ojo estaría pasando por alto, por adoptar la óptica del sentido común, sería la arrogancia y la codicia del Imperio. Porque además de que los blancos querían tierras que les pertenecieran para siempre, con vallas firmes y límites precisos, mientras que los negros pensaban que nadie podía adjudicarse la tierra, que era su madre, también estaba la cuestión de la mano de obra barata. Cuando en los años cincuenta llegaron los Pyne, en esa hermosa tierra había un millón y medio de negros y menos de doscientos mil blancos. Para quienes procedían de la atestada Europa se trataba de un paisaje desierto. Los movimientos nacionalistas de Zimlia no habían surgido. Los Pyne, unas almas inocentes, por no decir ignorantes, habían salido de un pequeño pueblo rural de Devon, dispuestos a trabajar de firme y prosperar.

Ahora miraron los pájaros que volaban desde las flores de pascua, perladas con gotas de lluvia, hasta la fuente, contemplaron las colinas, que parecían más cercanas debido a la limpidez del aire, y él dijo que por nada del mundo se iría de allí, y ella que estaba harta de que la trataran como a una criminal, que ya había tenido bastante.

Sylvia les dio las gracias con sinceridad, consciente de que la veían como a una pobre desgraciada con ideas demasiado sentimentales, subió al coche y regresó a la misión a través de la creciente oscuridad del monte. Durante la cena, volvió a mencionar que la tomaban por una espía sudafricana, y el padre McGuire comentó que lo habían acusado de lo mismo cuando se había quejado ante el señor Mandizi de que la escuela era una vergüenza para un país civilizado, ¿dónde estaban los libros de texto? «Padecen una forma de paranoia bastante aguda, querida —añadió—. Sería conveniente que no te dejases abrumar por esas cosas.»

A las cinco de la mañana del día siguiente, cuando el sol apenas era un pequeño resplandor amarillo que se colaba por entre los árboles del caucho, Sylvia salió al pequeño porche y a la luz del amanecer vio una figura trágica con la cabeza gacha, estrujándose las manos como si le doliera algo, o como si la

embargara una profunda tristeza... Reconoció a Aaron.

—¿Qué ocurre?

—Ay, doctora Sylvia. Ay, doctora... —Se acercó a ella lentamente, como si lo dominase una angustia profunda: su cara, por lo general risueña, estaba bañada en lágrimas—. No lo hice con mala intención. Lo lamento tanto, tanto, tanto... Perdóneme, señorita Sylvia. El diablo me poseyó. Estoy seguro de que ésa fue la razón.

—Aaron, no sé a qué te refieres.

—Robé su retrato, por eso el padre me pegó.

—Aaron, por favor...

Él se dejó caer en el suelo de ladrillo del porche, apoyó la cabeza contra la delgada columna y lloró con desconsuelo. Era demasiado temprano para que Rebecca estuviera en la cocina. Sylvia se sentó junto al joven, pero no dijo nada, simplemente permaneció a su lado. Al cabo de unos minutos el padre McGuire salió a respirar el aire puro de la mañana y topó con ellos.

—¿Qué pasa aquí? Te advertí que no le contases nada a la doctora Sylvia.

—Pero estoy avergonzado. Por favor, pídale que me perdone.

—¿Dónde has estado durante los tres últimos días?

—Escondido en el monte.

Eso explicaba sus temblores; tenía frío y estaba hambriento. El calor ya se acercaba desde el este.

—Ve a la cocina, prepárate una taza de té con leche y azúcar y come un poco de pan con mermelada.

—Sí, padre. Lo lamento mucho, padre.

Aaron se alejó despacio, como si no tuviera prisa por tomar una comida reparadora, aunque debía de estar muerto de hambre: mientras caminaba lanzaba miradas a Sylvia por encima del hombro.

—¿Y bien, padre?

—Robó tu fotografía con el bonito marco de plata.

—Pero...

—No, Sylvia, no debes regalársela. Ahora está otra vez sobre tu mesa. Dijo que le gustaba la cara de la anciana y que quería mirarla. Creo que no tiene noción del valor de la plata.

—Bueno, entonces ya está todo solucionado.

—Pero le pegué, le pegué demasiado fuerte. Lo hice sangrar. Este viejo ya no está en sus cabales.

El sol ya se había elevado, cálido y amarillo, sobre el horizonte. Una cigarra se puso a cantar, otra se unió a ella y una paloma las acompañó con su arrullo.

—Me he ganado una temporada adicional en el purgatorio —añadió el sacerdote.

—¿Ha estado tomando las vitaminas?

—Lo único que puedo alegar en mi defensa es que esta gente entiende muy bien aquello de que la letra con sangre entra. Aun así eso no justifica mi comportamiento. Se supone que estoy enseñando a Aaron a convertirse en un hombre de Dios. No puedo permitir que robe.

—Necesita vitamina B, padre. Para los nervios. He traído unas cajas de Londres.

Oyeron que alguien discutía en la cocina; eran Rebecca y Aaron.

—Rebecca, Aaron necesita comer algo —gritó el padre McGuire. Las voces se silenciaron—. Empieza a hacer calor; entremos.

Sylvia lo siguió. Rebecca estaba depositando la bandeja del desayuno sobre la mesa.

—Se ha comido todo el pan que horneé ayer.

—Pues tendrás que hornear más, Rebecca.

—Sí, padre. —Rebecca vaciló—. Creo que él pensaba devolver el retrato. Sólo quería mirarlo mientras Sylvia estaba fuera.

—Lo sé. Le pegué demasiado fuerte.

—Vale.

—Sí.

—¿Quién es la señora mayor, Sylvia? —preguntó Rebecca—. Tiene una cara muy bonita.

—Julia, se llamaba Julia. Ya ha muerto. Fue mi... Creo que me salvó la vida cuando era muy joven.

—Vale.

Un hombre puede ser austero por temperamento, no necesariamente porque haya decidido castigar su cuerpo. El Líder no era la clase de persona que analiza su vida con la intención de mejorar su carácter, pues pensaba que el hecho de que los jesuitas lo hubieran aceptado constituía suficiente garantía de que

iría al cielo; y cuando se enteró de las supuestas bondades de la frugalidad, recordó su primera infancia, en la que a menudo había pasado hambre y otras privaciones. Su padre realizaba pequeños trabajos de mantenimiento en una misión jesuítica y casi siempre estaba borracho. Su madre era una mujer silenciosa y enfermiza, y él no tenía hermanos. Su padre le pegaba de vez en cuando, al igual que a su mujer, en el caso de ella porque no podía tener más hijos. El futuro Líder no había cumplido los diez años cuando se enfrentó a su padre para proteger a su madre, y los golpes dirigidos a ésta le dejaron cicatrices en las piernas y los brazos.

Los curas, que repararon en la inteligencia del niño, lo seleccionaron para darle una educación secundaria. Delgado como un chucho vagabundo —así lo describía el padre Paul—, de baja estatura, físicamente torpe y poco dotado para los deportes, solía ser objeto de burlas, en especial por parte del padre Paul, a quien no le inspiraba la menor simpatía. A pesar de que había otros sacerdotes, maestros y salvadores de almas, su experiencia infantil del mundo blanco se forjó en torno al padre Paul, un mezquino hombrecillo de Liverpool, traumatizado por una infancia triste, que continuamente hablaba pestes de los negros. Aquellos infieles eran unos salvajes, unos animales que no se diferenciaban demasiado de los chimpancés. Aún más aficionado a los castigos corporales que el resto de los curas, golpeaba a Matthew por mostrarse obstinado, insolente o soberbio, por hablar su propia lengua, o por traducir un proverbio shona al inglés y emplearlo en una composición: «No discutas con tu prójimo si él es más fuerte que tú.»

El padre Paul estaba convencido de que tenía la importante responsabilidad de librar a sus alumnos de esas ideas retrógradas. Matthew odiaba al padre Paul: su olor le repugnaba, ya que sudaba mucho, se lavaba poco y su sotana negra despedía un acre olor animal.

Detestaba los pelillos rojos que asomaban por sus orejas y sus fosas nasales y cubrían sus huesudas manos blancas. La repulsión física que le producía era tan intensa que en ocasiones lo asaltaban auténticos impulsos asesinos, que reprimía entre temblores, echando fuego por los ojos.

Era un niño reservado. Al principio leía libros religiosos, pero durante un retiro espiritual conoció a un niño de otra misión que lo fascinó con su personalidad jovial y, sobre todo, con sus opiniones. Este chico, mayor que él y con inquietudes políticas —a la desinformada manera de la época, pues aún faltaba mucho para que nacieran los movimientos nacionalistas—, le dejó libros de autores negros estadounidenses, como Richard Wright, Ralph Ellison o James Baldwin, y le pasó panfletos de una secta religiosa que abogaba por la destrucción de los blancos, la progenie del demonio. Matthew, todavía brillante y silencioso, dejó atrás al padre Paul para ingresar en la universidad, donde más tarde, convertido ya en el Líder, lo describirían como «un joven callado, observador, ascético e inteligente, que siempre leía libros de política y tenía dificultades para hacer amigos; en definitiva un solitario».

Cuando surgieron los movimientos nacionalistas, Matthew se convirtió rápidamente en cabecilla de su grupo local. Dado que no le resultaba fácil enzarzarse en discusiones y peleas, y que a menudo se mantenía a una distancia prudencial, si bien en el fondo deseaba ser tan simpático y sociable como los demás, adquirió fama de hombre imparcial, políticamente hábil y, por supuesto, bien informado, ya que había leído mucho. Finalmente, tras una desagradable lucha por el poder, ascendió al puesto de líder del partido. «El fin justifica los medios» era su dicho favorito. Durante la guerra de liberación, estuvo al frente de uno de los ejércitos rebeldes. Hizo muchas promesas, como todos los políticos, pero la que más lo perjudicaría a largo plazo fue la de que todo ciudadano negro recibiría una parcela de tierra para cultivar. Los pequeños absurdos, como la afirmación de que la práctica de desinfectar a las ovejas ponía de manifiesto la naturaleza demoníaca de los blancos, o que mantener el cultivo en curvas de nivel equivalía a doblar la cerviz ante los blancos, eran nimiedades en comparación con su principal engaño: que habría tierras para todos. Sin embargo, en aquel entonces él no sabía que lo nombrarían presidente del país. En el momento de la liberación, cuando su partido ganó las elecciones, le costó convencerse de que lo habían preferido a otros candidatos más carismáticos; no creía que la gente fuese capaz de apreciarlo. Oh, sí, necesitaba inspirar respeto y temor; el chucho vagabundo lo necesitaría durante el resto de su vida. Cuando se convirtió al marxismo —otra vez por influencia de una personalidad fuerte y persuasiva—, comenzó a pronunciar solemnes discursos copiados de otros líderes comunistas. En lo más profundo de su ser admiraba a los dirigentes fuertes y despiadados. En su calidad de presidente viajó por todo el mundo, como corresponde a los gobernantes, y ya estuviera en Estados Unidos, en Etiopía, en Ghana o en Birmania, rehuía la compañía de los blancos, que no le caían bien. Como hombre de estado se veía obligado a ocultar sus sentimientos, pero aborrecía a los blancos, ni siquiera soportaba estar en la misma habitación que ellos. Tendía a acercarse intuitivamente a los dictadores, algunos de los cuales no tardarían en caer, al igual que las estatuas de Lenin, cuyos escombros cubrirían las calles de la antigua Unión Soviética. El Líder, afecto al Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, había visitado China en varias ocasiones. Llevaba en su comitiva al camarada Mo, que lo había instruido en los requisitos del poder mucho antes de que accediese a él.

En cuanto asumió el mando, se convirtió en prisionero del temor que le inspiraba la gente. No veía a nadie, salvo a algunos amigos y a una joven de su aldea, con la que se acostaba; jamás salía de su residencia sin una escolta armada; tenía un coche blindado —regalo de un dictador— y una guardia personal que le había enviado el déspota más odiado de Asia. Todas las noches, en cuanto oscurecía, las calles que rodeaban su residencia quedaban cortadas al tráfico, de manera que los ciudadanos que necesitaran pasar por allí debían dar grandes rodeos. Sin embargo, aunque vivía tan enclaustrado como la víctima de un cuento que se ve obligada a levantar con sus propias manos un muro en torno a sí, no había

en toda África un gobernante más amado por su pueblo, ni uno que suscitase mayores expectativas. Para bien o para mal, podría haber hecho cualquier cosa con su pueblo: como campesinos de otros tiempos, sus súbditos lo tenían por un rey capaz de solucionar todos los males, y lo seguirían allí donde los guiase. Pero no guiaba a nadie. Aquel hombrecillo asustado permaneció oculto en la prisión que él mismo había construido.

Entretanto, los «progresistas» del mundo lo adoraban, y todos los Johnny Lennox, todos los ex estalinistas y los liberales que amaban a los personajes fuertes decían: «Es muy sensato, ¿sabes? El camarada presidente Matthew Mungozi es un hombre inteligente.» Y la gente que se había visto privada de la reconfortante retórica del mundo comunista volvió a encontrarla en Zimlia.

Bien podría haber sucedido que nadie penetrase jamás en aquel fuerte apuntalado por el miedo, y no obstante alguien lo consiguió, porque en una recepción de honor a la Organización para la Unidad Africana Matthew vio a una mujer negra, la atractiva Gloria, flirteando y prodigando sonrisas a los hombres que la rodeaban, pero con los ojos fijos en el único que se mantenía alejado y seguía cada uno de sus movimientos igual que un perro hambriento observa la comida que va a parar a otras bocas. Sabía quién era desde el principio, había hecho planes y esperaba que conquistarlo fuera muy fácil... Y lo fue. De cerca lo cautivó, embelesándolo con cada pequeño detalle. Tenía una manera peculiar de mover los labios, como si triturase una fruta, y unos ojos de expresión tierna que reían..., aunque no de él, se había fijado bien, pues estaba convencido de que para mucha gente era objeto de burla. Y se sentía a gusto allí donde él no lo estaba, dentro de su piel, de su magnífico cuerpo, con el movimiento y el deleite que éste le producía, con la comida y con su propia belleza. Le dijo que necesitaba una mujer como ella, y él supo que era verdad. Había cursado estudios universitarios en Estados Unidos e Inglaterra y contaba con amistades entre los famosos gracias a su carácter, no a la política. Hablaba de este tema con un cinismo risueño que escandalizaba a Matthew, quien, sin embargo, intentaba imitarla. En suma, fue inevitable que se celebrara una boda maravillosa y que él iniciara una vida desbordante de placer. Todo lo que antes le resultaba difícil —y a menudo imposible— se volvió sencillo. Ella le hizo notar que estaba sexualmente reprimido y lo curó, en la medida en que su naturaleza lo permitía. Le dijo que necesitaba más diversión, que nunca había sabido disfrutar de la vida. Cuando él le hablaba de su pobre y castigada infancia, ella lo cubría de grandes y sonoros besos y lo abrazaba, apretándole la cabeza contra sus grandes pechos.

Gloria se reía de todo lo que él hacía.

Al principio de su mandato Matthew había evitado que sus camaradas, sus socios y los miembros de su camarilla sucumbieran a la codicia. Les prohibió enriquecerse. Lo poco que le quedaba de la influencia de los jesuitas, quienes le habían enseñado que la pobreza se asemejaba a la santidad: por muchos errores que cometiesen, los curas siempre habían vivido austeramente. Pero de pronto Gloria le decía que estaba loco, y que quería esa casa, aquella hacienda, luego otra hacienda, y finalmente algunos de los hoteles que se ponían a la venta conforme se marchaban los blancos. Le aconsejó que abriera una cuenta en Suiza y depositase el dinero allí. ¿Qué dinero?, quiso saber él, y Gloria se burló de su ingenuidad. Cuando ella hablaba de dinero, Matthew aún veía en las delgadas manos de su madre los miserables billetes y monedas que su padre ponía en ellas a fin de mes, y al principio de su mandato se había asegurado de que su salario no fuera superior al de un alto funcionario de la administración. No obstante, Gloria cambió todas estas cosas con sus burlas, sus risas, sus caricias y su sentido práctico, porque se había hecho cargo de la vida de Matthew, y como Madre de la Nación podía conseguir fácilmente que el dinero fluyese hacia sus bolsillos. Era ella quien discretamente desviaba hacia sus propias cuentas los generosos donativos de diversos filántropos y organizaciones benéficas. «No seas tonto —decía cuando él protestaba—. Todo está a mi nombre. No es responsabilidad tuya.»

Las batallas por el alma de alguien rara vez son tan ostensibles —y breves— como la que libró el demonio por el alma del camarada Matthew; y Zimlia, hasta entonces mal gobernada por un mal digerido marxismo y los clichés y perogrulladas del dogma, así como por frases memorizadas de los manuales de economía, cayó rápidamente en la corrupción. De inmediato, la moneda inició un continuo pero acelerado proceso de devaluación. En Senga, los peces gordos engordaban un poco más cada día, y en lugares como Kwadere, donde el dinero había estado llegando con cuentagotas, el goteo se interrumpió por completo.

Gloria se volvió más fascinante, hermosa y rica; compró otra hacienda, un bosque, hoteles, restaurantes..., y lucía todo ello como si de collares se tratara. Cuando el camarada presidente Matthew iba al extranjero para reunirse con sus amigos favoritos, los disolutos, corruptos e inmensamente ricos gobernantes de la nueva África y la nueva Asia, ya no permanecía callado mientras ellos hacían ostentación de sus riquezas y alarde de su codicia. Ahora que estaba en condiciones de alardear de las suyas, lo hacía, y cuando esos hombres le demostraban su admiración con regalos y cumplidos, conseguía llenar al menos momentáneamente aquel vacío interior donde siempre habría un esquelético perro vagabundo con la cola entre las patas, y Gloria lo acariciaba, mimaba, manoseaba, lamía y chupaba, lo estrechaba contra sus grandes pechos y besaba las viejas cicatrices de sus piernas. «Pobre Matthew, mi pobre, pobre pequeño.»

La noche anterior a su viaje a Londres, Sylvia se había detenido en el camino, justo donde terminaban las adelfas, los hibiscos y las dentelarias, y había contemplado el hospital con más orgullo del permisible. Ahora cualquiera podría emplear la palabra «hospital» para referirse a aquel conjunto de estructuras. Pese a que hacía tiempo que el camarada Mandizi no enviaba dinero, la devaluación de la moneda permitía que sumas insignificantes para los criterios ingleses, en Zimlia se convirtieran en fortunas. Diez libras, que en Londres era lo que costaba llenar una pequeña bolsa con comestibles, alcanzaban para

construir una choza de paja o renovar las existencias de analgésicos y fármacos contra la malaria.

Ahora disponían de dos «salas», grandes barracas con techado de paja a dos aguas, una que se extendía casi hasta el suelo —del lado desde el que solía llegar la lluvia— y la otra más alta. En el interior de cada una había una docena de camastros con sus respectivas mantas y almohadas. Sylvia proyectaba construir otra choza, pues pronto ya no habría suficientes camas para las víctimas del sida, o el flaco, cuya existencia el Gobierno por fin había decidido reconocer abiertamente y con franqueza, aprovechando la ocasión para solicitar ayuda a los benefactores extranjeros. Sylvia sabía que en la aldea las llamaban «las chozas de la muerte» y deseaba levantar otra para pacientes con afecciones más corrientes, como la malaria, o las parturientas. También había mandado obrar una auténtica casita de ladrillos, a la que se refería como «el consultorio», dentro de la cual había una suerte de camilla hecha por los jóvenes de la aldea, consistente en una serie de tiras de cuero atadas a un armazón y con un buen colchón encima. Allí examinaba a la gente, recetaba, enyesaba brazos y piernas y vendaba heridas. Para todas esas tareas contaba con la ayuda de Listo y Zebedee. El dinero para pagar todo aquello, incluidos los medicamentos, había salido de su propio bolsillo. Sabía que en la aldea algunos decían: «¿Y por qué no va a pagar, si todo lo que tiene nos lo ha robado a nosotros?» Joshua había propagado ese rumor. Rebecca la defendía, haciendo notar a todo el mundo que de no ser por Sylvia no tendrían hospital.

La tarde del día de su regreso, Sylvia contempló su hospital desde el mismo punto del camino, y experimentó esa debilidad del ánimo y la voluntad que a menudo aflige a las personas que acaban de volver de Europa. Lo que divisaba allí abajo, el grupo de miserables cobertizos, chozas y barracas, sólo le resultaba tolerable si no pensaba en Londres, en la casa de Julia, con su solidez, su estabilidad, su permanencia, sus habitaciones llenas de objetos que tenían un propósito preciso, que satisfacían una necesidad entre muchas, de manera que cada día sus habitantes podían disponer de los servicios que, como si de silenciosos criados se tratase, les prestaban los utensilios, herramientas, aparatos, artefactos y las superficies en las que sentarse o poner cosas; un intrincado conjunto de cosas que se multiplicaban permanentemente.

A primera hora de la mañana Joshua se levantaba del lugar donde había dormido, cerca del tronco que ardía en el centro de la choza, cogía la olla donde se espesaban las gachas de la noche anterior, hundía en ellas la cuchara de palo y comía rápidamente, apenas lo indispensable, bebía de una lata situada en la cornisa que rodeaba la choza, se internaba entre los árboles, orinaba, quizá se acucillaba para cagar, cogía una rama para usarla como bastón y recorría el kilómetro y medio que lo separaba del hospital para sentarse a la sombra de un árbol y permanecer allí el día entero.

Sin duda Sylvia, que según Rebecca era «una religiosa» —«He dicho en la aldea que usted es una religiosa»—, debería haber admirado esas pruebas de la pobreza de bienes y probablemente de espíritu, aunque no se consideraba capacitada para emitir esa clase de juicios. Aquella enorme ciudad, tan vasta y tan rica, tan rica..., y luego este miserable grupo de cobertizos y chozas: África, la hermosa África, que oprimía su espíritu con sus carencias, necesitada de todo, privada de todo, llena de negros y blancos que trabajaban afanosamente para..., ¿para qué? Para poner una tirita en una vieja y supuratoria herida.

De pie allí, Sylvia tuvo la sensación de que estaba perdiendo poco a poco su verdadero yo, su sustancia, el fundamento de la fe. Un atardecer, un ocaso en la estación de las lluvias..., una nube negra, posada en el rojo horizonte, comenzó a despedir rayos gruesos como los haces dorados que resplandecen alrededor de la cabeza de un santo. Se sintió víctima de una broma, como si un astuto ladrón la robara y se riese de ella al mismo tiempo. ¿Qué hacía allí? ¿Servía de algo su presencia? Y, sobre todo, ¿dónde estaba aquella fe inocente que la había sostenido al llegar? ¿En qué creía realmente? En Dios, sí, siempre y cuando nadie le exigiese definiciones. Había sufrido una conversión con síntomas tan característicos como los de un ataque de malaria; una conversión a la Fe, como la llamaba el padre McGuire, y sabía que en el origen de todo estaba el ascético padre Jack, de quien se había enamorado, aunque en su momento hubiese afirmado que era a Dios a quien amaba. Nada quedaba de aquella valiente certeza, y ahora sólo sabía que debía cumplir con su deber allí, en ese hospital, porque era el sitio al que la había enviado el Destino.

Su estado mental también podía describirse en términos clínicos: un centenar de textos religiosos lo definía de ese modo. Los doctores de la Fe le dirían: «No le des importancia, no es nada, todos pasamos por épocas de sequía.» Pero ella no necesitaba a esos expertos en almas, no necesitaba al padre McGuire; era capaz de hacer su propio diagnóstico. ¿Para qué quería entonces un mentor espiritual, si no le contaba nada porque conocía de antemano su respuesta?

Sin embargo, la gran pregunta era la siguiente: ¿por qué al padre McGuire le resultaría tan fácil calificar de «época de sequía» lo que para ella significaba una sentencia de autoexcomunión? Había aportado a su conversión un corazón ansioso y necesitado pero también ira, aunque no lo hubiese admitido hasta hacía poco. Reconocería en Joshua a la Sylvia de otros tiempos, pues en él la furia bullía constantemente y estallaba en forma de acusaciones y exigencias airadas. ¿Quién era ella para criticarlo? La ira había acabado por envenenarla, aunque en su momento pensase que sólo deseaba los reconfortantes brazos de Julia. ¿Y ahora recriminaba a Julia que su amor no hubiese bastado para llenar aquel vacío, obligándola a recurrir al padre Jack? ¿Qué había llenado aquel vacío? El trabajo, siempre el trabajo, y nada más que el trabajo. Y allí estaba, en una seca colina de África, con la sensación de que todo lo que hacía tenía el mismo efecto que verter agua sobre la tierra polvorienta en un día caluroso.

«No hay una sola persona en toda Europa (que no haya visto este lugar en persona) capaz de entender esta necesidad extrema, esta carencia de todo en un pueblo al que sus gobernantes prometieron todo»,

pensó, y fue entonces cuando notó que un mudo espanto brotaba en su interior. Era como el pavoroso sida, la callada y furtiva enfermedad salida de la nada: decían que procedía de los monos, quizá de los mismos que en ocasiones jugaban en los árboles de los alrededores. El ladrón que acecha en la noche: ésa era su imagen del sida.

Le dolía el corazón... Debía pedirles a Listo y Zebedee que encargaran a los albañiles la construcción de otro edificio de ladrillos. Además, accedería a impartir más clases particulares a los niños de la aldea.

Al enterarse de esta decisión, el padre McGuire le comentó que parecía agotada y que debía cuidarse más.

Aunque habría sido el momento ideal para mencionar su temporada de sequía e incluso bromear al respecto, le recomendó que no olvidara tomar las vitaminas y lo reconvino por no dormir la siesta últimamente. El cura escuchó estas reprimendas con paciencia, tal como ella había escuchado las suyas.

Colin recordó que cuando Sylvia le había suplicado que «hiciera algo por África», él se había mofado para sus adentros. «¡África!» Ni que fuera idiota. Por allí abajo se extendía un continente que la mayoría de la gente se representaba con la imagen de un niño tendiendo el plato de las limosnas. Por otra parte, Sylvia no había nombrado África, sino Zimlia. Era su deber ayudar a Zimlia. ¡Cuántas veces había bromeado él con que la señora Jellaby, el personaje de Dickens, simbolizaba a todas aquellas personas que daban la lata con África en lugar de ocuparse de las necesidades locales! ¿Por qué África? ¿Por qué no Liverpool? Como de costumbre, la izquierda europea se preocupaba por lo que ocurría fuera: se había identificado con la Unión Soviética y, como consecuencia de ello, había acabado suicidándose. Ahora estaban África, India, China y demás, pero sobre todo África. Era su deber hacer algo al respecto. Sylvia había dicho que se contaban mentiras. Vaya novedad. ¿Qué esperaba? Así murmuraba y gruñía Colin, un oso enjaulado en habitaciones que se le antojaban demasiado pequeñas desde el nacimiento del bebé. Estaba borracho pero sólo un poco, porque se había tomado en serio las advertencias de Sylvia. ¿Y por qué creía ella que él estaba capacitado para escribir sobre África o que conocía gente a la que le interesase el tema? No conocía a nadie relacionado con el mundo de los periódicos, las revistas, la televisión; vivía prácticamente aislado, escribiendo sus novelas, aunque... sí, de hecho conocía a la persona idónea.

Durante la larga temporada en que frecuentaba los pubs y conversaba con gente en los bancos del parque, mientras paseaba a su perro, se había hecho con un compinche, un amigo del alma. Los setenta: Fred Cope vivía sus años de juventud como era de rigor en ese entonces, manifestándose, apedreando a la policía, coreando consignas y haciéndose notar, aunque cuando estaba con Colin, que despreciaba todas esas cosas, a veces se avenía a criticarlas. Cada uno de ellos sabía que el otro representaba un aspecto reprimido de sí mismo. A fin de cuentas, cuando su sensatez no se imponía, Colin disfrutaba dando rienda suelta a su temperamento combativo. Fred Cope, por su parte, había descubierto la responsabilidad y la seriedad en los ochenta. Se había casado. Tenía una casa. Diez años antes se había burlado de que Colin residiese en Hampstead: cualquiera que aspirase a estar a tono con los tiempos pronunciaba el nombre de ese barrio con un dejo peyorativo. Los socialistas de Hampstead, la novela de Hampstead, Hampstead en general..., todas estas cosas suscitaban comentarios despectivos, pero en cuanto aquellos críticos podían permitírselo, se compraban una casa en Hampstead. Y Fred Cope no fue una excepción. Ahora ejercía de jefe de redacción de un periódico, *The Monitor*, y de vez en cuando se reunían para tomar una copa.

¿Ha existido alguna generación que no contemplase atónita —aunque a estas alturas nadie debería sorprenderse, ¿verdad?— la transformación de los vagos, los gamberros y los rebeldes de su juventud en portavoces de la sensatez? Colin telefoneó a Fred Cope consciente de que a los juiciosos a menudo les resulta difícil recordar las locuras del pasado. Se encontraron en un pub, un domingo, y Colin fue directo al grano:

—Una hermana mía..., bueno, una especie de hermana..., está trabajando en Zimlia. Hace poco vino a verme y me contó que aquí se dicen muchas tonterías sobre el presidente Matthew, que en realidad es bastante sinvergüenza.

—Como todos, ¿no? —murmuró Fred Cope, asumiendo su antiguo papel de escéptico ante cualquier clase de autoridad, aunque añadió—: Sin embargo, es uno de los menos malos, ¿no?

—Sylvia se encuentra en una situación comprometida, según me informó —dijo Colin—. Estaba muy alterada cuando vino a verme. Quizá fuese conveniente... pedir una segunda opinión.

El jefe de redacción sonrió.

—La dificultad reside en que no debemos juzgar a esa gente según nuestros criterios. Las dificultades que afrontan son tremendas. Y es una cultura completamente distinta.

—¿Por qué no podemos? Es una actitud paternalista. ¿Y no nos hemos hartado ya de no juzgar a otros según nuestros criterios?

—Síiiii... —repuso Fred—. Ya veo por dónde vas. De acuerdo, investigaré el asunto.

Superado ese momento incómodo para los dos, intentaron recuperar la gloriosa irresponsabilidad de épocas pasadas, cuando Colin casi no se atrevía a expresar sus insólitas opiniones fuera de la seguridad de su hogar, y cuando la vida del joven Fred discurría como una prolongada fiesta de libertinaje y anarquía. Por desgracia no lo consiguieron. Fred, un segundo hijo. Colin, como de costumbre, sólo podía pensar en la novela que estaba escribiendo. Sabía que quizá debía hacer algo más por Sylvia, pero ¿tener

una novela a medias no había sido siempre la mejor de las excusas? Además, Sylvia le inspiraba sentimientos de culpa, y no entendía por qué. Había olvidado lo mucho que le había molestado el que se instalara en casa de Julia, cuánto se lo había recriminado a su madre. Ahora recordaba aquella época con orgullo: él, Sophie y cualquiera que hubiese pasado por la casa en aquellos tiempos hablaba con añoranza de lo mucho que se habían divertido. Por otra parte, sabía que siempre había envidiado la serena actitud de su hermano ante Sylvia, pero le irritaba la religiosidad de ésta y lo que él interpretaba como una necesidad neurótica de sacrificarse. Y en la última visita la había obligado a sentarse en sus rodillas..., ¡qué momento tan incómodo para los dos! A pesar de todo la quería, sí, la quería, y se había visto obligado a hacer algo por África, y lo había hecho.

Sin embargo... ahí estaba Rupert, que tras escucharlo, y al igual que Fred Cope, dijo que no había que juzgarlos (¿se refería a África en su totalidad?) según nuestros criterios.

—¿Y qué pasa con la verdad? —preguntó Colin, sabiendo por su larga y dolorosa experiencia que la verdad siempre sería como un pariente pobre.

Estaba tan claro que Rupert no era uno de los herederos espirituales de Johnny, o de lo contrario, la propuesta de defender y promulgar la verdad le habría sonado como un toque de rebato. No obstante, «la verdad» sobre la Unión Soviética aún llegaba con cuentagotas en comparación con los torrentes que manarían al cabo de una década; aunque el gran imperio todavía existía (pese a que nadie que se considerase mínimamente de izquierdas lo habría llamado imperio), lo que había salido y seguía saliendo a la luz constituía un aguijón lo bastante poderoso para recordar que la verdad debía figurar entre las prioridades de todo el mundo. Sin embargo, Rupert, siempre coherente con sus ideas liberales, preguntó:

—¿No crees que a veces la verdad hace más mal que bien?

—No, por supuesto que no —respondió Colin.

Con el ajetreo que supuso la mudanza de su estudio al sótano, que Meriel había dejado libre, Colin olvidó la petición de Sylvia: tenía que terminar su novela; a fin de cuentas, el dinero que había dejado Julia no bastaba para permitir a sus herederos achantarse.

Tras desenterrar artículos sobre Zimlia de los archivos de su periódico y de otras publicaciones, Fred Cope llegó a la conclusión de que era cierto que a ese país siempre se le había concedido el beneficio de la duda. Una de las personas que más había escrito sobre el tema, en el que se la consideraba una experta, era Rose Trimble, y si ella no había censurado al nuevo Gobierno, ¿quién iba a hacerlo? *The Monitor* encargó un artículo sobre «La primera década de Zimlia» a su corresponsal en Senga. La crónica que llegó era más crítica que cualquier otra, aunque recordaba al lector que no convenía juzgar a África según los criterios europeos. Fred Cope le envió una copia a Colin. «Espero que esto esté más o menos en la línea de lo que sugeriste.» Y una posdata: «¿Te gustaría escribir un artículo que analice la incidencia de la célebre frase de Proudhon "toda propiedad es un robo" en la corrupción y el colapso de la sociedad moderna? No me avergüenza admitir que la idea se me ha ocurrido porque acaban de robar en mi casa por tercera vez en tres años.»

Cuando el jefe de redacción del periódico en que Rose Trimble publicaba la mayor parte de sus artículos sobre Zimlia y el camarada presidente Matthew leyeron la crónica de *The Monitor*, invitaron a Rose a regresar a Zimlia para que comprobase si las críticas eran fundadas.

Rose ya se había hecho un nombre en el mundo del periodismo. Se lo debía sobre todo a sus oportunas alabanzas al Gobierno de Zimlia, pero eso había sido sólo el principio. Las cosas le habían salido bien; en el caso de que alguna vez hubiera leído poesía o si hubiera sido capaz de pronunciar la palabra «Dios» sin sarcasmo, podría haber dicho: «Bendito sea Dios que ha señalado mi hora en sus designios.» Si en los tiempos en que vivía en casa de Julia se había sentido inferior, ahora eran los demás quienes le parecían por debajo de ella. En los ochenta estaba en su elemento. Tenía las cualidades necesarias para vivir en una época en la que se aplaudía oficialmente a todo el que medraba, se enriquecía y despreciaba al prójimo. Era cruel, codiciosa y mordaz por naturaleza. Sin perder el contacto con el periódico relativamente serio que publicaba sus notas sobre Zimlia, había encontrado un hueco en *World Scandals*, donde su trabajo consistía en ir a la caza de debilidades o rumores y luego acosar a una víctima u otra día y noche, hasta airear triunfalmente sus trapos sucios. Acampaba a las puertas de las casas, rebuscaba en la basura, sobornaba a parientes y amigos con el fin de revelar o inventar hechos vergonzosos: su talento como carroñera era tan grande como el temor que inspiraba. Buena parte de su fama se debía a sus «retratos», en los que el periodismo alcanzaba nuevas cotas de revanchismo, y su trabajo no le suponía un grave esfuerzo habida cuenta su auténtica incapacidad para ver virtudes en la gente: creía que las verdades debían ser deshonorosas y que la verdadera esencia de una persona se encontraba en sus mezquindades. El afán de burlarse, ofender y ridiculizar surgía de lo más profundo de su ser y concordaba con el de toda una generación. Era como si algo desagradable y cruel hubiese salido a la luz en Inglaterra, algo que, aunque hasta entonces había permanecido oculto, de pronto semejava un mendigo que se arrancaba los andrajos para enseñar sus pústulas. Lo que antes se respetaba era ahora objeto de escarnio; la decencia y la consideración hacia los demás se consideraban una extravagancia. Los lectores veían el mundo a través de un grueso filtro que eliminaba cualquier rasgo agradable o simpático: Rose Trimble y la gente de su calaña, que se negaban a creer que existieran otras motivaciones que las del interés personal, habían marcado la pauta. Rose detestaba especialmente a quienes leían libros o fingían hacerlo —eran unos pretenciosos; ella despreciaba las artes y se ensañaba sobre todo con el teatro—, se jactaba de haber inventado la palabra «luvi», con que muchos habían empezado a designar a los actores

faltos de personalidad, y le gustaban las películas violentas y macabras. Frecuentaba ciertos bares o discotecas donde se relacionaba con personas que, al igual que ella, ignoraban que constituían un nuevo fenómeno que las generaciones anteriores habrían despreciado y calificado de prensa sensacionalista, propia de lo más bajo de la sociedad. Sin embargo, la expresión había adquirido un matiz vagamente halagador, como si denotara una valerosa búsqueda de la verdad; pero ¿cómo podían saberlo? Se burlaban de la historia porque no habían aprendido nada de ella. Sólo una vez en su vida Rose había escrito algo con admiración y reverencia: el artículo sobre el camarada presidente Matthew Mungozi; y más recientemente había elogiado también a la camarada Gloria, a quien idolatraba por su dureza. Sólo en una ocasión su pluma no había rezumado veneno. Había leído la nota del corresponsal de *The Monitor* con furia y una incipiente aprensión.

Un periodista de *The Monitor* le había contado que Colin Lennox estaba detrás del artículo. ¿Y quién coño se creía Colin para opinar sobre África?

Detestaba a Colín. Los poetas y los novelistas siempre le habían parecido unos farsantes, porque creaban algo de la nada y salían airoso de la experiencia. Rose se hallaba en los comienzos de su carrera cuando Colin había publicado su primera novela, pero había alcanzado a cubrir de mierda la segunda (y de paso a los Lennox), en tanto que la tercera le había provocado un ataque de cólera. Trataba de dos personas aparentemente muy distintas, pero que se profesaban un amor tierno y casi estafalario; el hecho de que ese amor perdurase se les antojaba una broma del destino. Mientras mantenían relaciones con otras parejas, se veían clandestinamente para compartir esos sentimientos, la certeza de que se entendían mejor de lo que nadie lo haría. La novela había gustado a los críticos, que convenían en que era evocativa y poética. Uno la había calificado de «elíptica», y esa palabra había hecho que Rose volviera a montar en cólera: había tenido que buscarla en el diccionario. Leyó el libro, o al menos lo intentó, porque en realidad era incapaz de leer cualquier texto más complicado que un artículo de periódico. Naturalmente, trataba de Sophie, esa puta estirada. Bueno, más les valía andar con cuidado. Rose mantenía un archivo sobre los Lennox con toda clase de papeles, algunos robados hacía mucho tiempo, en la época en que husmeaba en la casa para ver qué encontraba. Pensaba ponerlos en evidencia algún día. Ahora convertida en una mujer más bien gorda, se sentaba a hojear las carpetas con una perenne sonrisa maliciosa, que, cuando daba con una palabra o una frase verdaderamente hiriente, se transformaba en risa burlona.

En el avión con destino a Senga se sentó al lado de un individuo corpulento que ocupaba demasiado espacio. Pidió que la cambiasen de asiento, pero el avión estaba lleno. El hombre se movía de una manera que ella consideraba agresiva y le dirigía miradas de soslayo indecentemente masculinas. No le dejaba sitio para apoyar el brazo. Arrimó el codo al de él, a fin de reivindicar sus derechos, pero el hombre ni se movió, lo que la obligaba a permanecer concentrada para que el brazo no resbalase. El hombre retiró el suyo cuando pidió un whisky a la azafata, que bebió de un trago para exigir otro a continuación. Rose se maravilló de la actitud autoritaria con que trataba a aquella, cuyas sonrisas eran falsas, lo sabía. También pidió un whisky, lo apuró de un trago, para no ser menos, y se quedó esperando a que volvieran a llenarle el vaso.

—Malditos vagos —comentó el hombre, a quien Rose, en tanto mujer, identificó como su enemigo—. Hacen lo que les viene en gana.

Rose no sabía de qué se quejaba, así que respondió con un formulismo:

—Son todos iguales.

—Exactamente. No hay ninguno mejor que otro.

Entonces Rose advirtió que una azafata guiaba a dos negros, que procedían del fondo del avión, hacia la sección de la clase preferente... o quizás incluso a primera.

—¡Fíjese! Alardeando, como de costumbre.

A pesar de que su ideología la impulsaba a protestar, Rose se contuvo: sí, se hallaba ante un racista impenitente, pero le aguardaban nueve horas de vuelo a su lado.

—Si dedicasen menos tiempo a fanfarronear y más a dirigir el país, las cosas serían muy distintas —añadió el hombre, cuyo brazo amenazaba con aplastar a Rose.

—Perdone, pero estos asientos son muy pequeños —dijo ella, empujándolo un poco con el hombro. Él tenía los ojos entornados, pero los abrió para mirarla con asombro—. Está ocupando demasiado sitio.

—Usted no es precisamente un peso pluma —replicó él, pero aun así retiró el brazo.

Cuando les sirvieron la cena, el hombre la rechazó.

—Estoy acostumbrado a la excelente comida de mi granja —argumentó.

Rose aceptó la pequeña bandeja y empezó a comer. Estaba sentada al lado de un agricultor blanco. No era de extrañar que le repugnase. Una vez más se preguntó si debía insistir en que la cambiaran de sitio. No; aprovecharía la oportunidad e intentaría sonsacarle datos para su artículo. El hombre había clavado la vista en ella sin disimulo. Rose, consciente de que estaba comiendo demasiado, optó por dejar el exótico postre.

—Si no lo quiere, me lo comeré yo —dijo él, estirando el brazo para coger el pequeño vaso lleno de crema, que engulló en un instante—. Poca cosa. Y un tanto insípido. Estoy acostumbrado a comer bien. Mi

mujer es una maravilla. Y mi mozo de cocina, otra.

«Mozo» de cocina.

—De manera que está bien servido —observó Rose, usando la jerga política del momento.

—¿Perdón? —El hombre intuía que el comentario entrañaba una crítica, pero no sabía el motivo de ésta. Rose decidió que no se molestaría en explicarse—. ¿Y qué hace usted cuando no está en casa? A propósito, ¿dónde vive? ¿Va a casa o viene de allí?

—Soy periodista.

—Ay, Dios, lo que me faltaba. Supongo que va a escribir otro artículo sobre las maravillas del Gobierno negro, ¿no?

—De acuerdo, entonces hable usted —dijo Rose, ya en plan profesional.

El hombre la complació. Habló mientras retiraban las bandejas de la comida, mientras servían bebidas y mientras vendían los artículos libres de impuestos, y continuó hablando cuando apagaron las luces. Se llamaba Barry Angleton. Había trabajado toda su vida en una granja de Zimlia, igual que su padre antes que él. Tenían tanto derecho como..., y así sucesivamente. Rose no prestaba atención a los detalles, porque a esas alturas se había percatado de que el tipo le gustaba, aunque también le disgustaba, desde luego, y de que su voz quejumbrosa hacía que se sintiese como si se derritiera en melaza caliente.

Sus relaciones con los hombres habían estado condenadas al fracaso por culpa de los tiempos. Naturalmente, era una feminista estricta. Se había casado a finales de los setenta con un camarada que había conocido en una manifestación ante la embajada de Estados Unidos. Él se mostraba de acuerdo con todo lo que ella afirmaba sobre el feminismo, los hombres y la carga que soportaban las mujeres: coincidía con sus opiniones, sonreía y soltaba clichés tan progresistas como los suyos, pero Rose sabía que se trataba de una conformidad superficial, que no entendía verdaderamente a las mujeres ni su herencia fatídica. Lo criticaba por todo, y él lo aceptaba, aduciendo que era imposible superar en un día los defectos que los hombres arrastraban desde hacía miles de años. «Me temo que tienes razón, Rosie», decía con ecuanimidad y cierto aire de sensato equilibrio cuando ella terminaba una de sus diatribas contra todo, desde la venta de esposas hasta la ablación del clítoris. Y sonreía. Siempre sonreía. Pese a que ella lo odiaba, al mismo tiempo se decía que era buen material. Se sentía confusa, porque como despreciaba prácticamente a todo el mundo, el desdén hacia su marido no constituía suficiente acicate para la introspección, aunque de vez en cuando se preguntaba si su costumbre de soltarle exabruptos mientras estaban en la cama guardaría alguna relación con el hecho de que se hubiera vuelto impotente. Sea como fuere, cuanto más coincidía con ella, cuanto más sonreía, asentía y le quitaba las palabras de la boca, más lo despreciaba Rose. Y cuando le pidió el divorcio, él dijo: «Me parece justo. Eres demasiado buena para mí, Rosie. Siempre lo he afirmado.»

En cambio este hombre, Barry..., bueno, con él sería muy diferente.

A la salida del aeropuerto lo vio darle dinero a un mozo de equipaje con una actitud tan autoritaria y arrogante que le hizo hervir la sangre. A continuación, él se le acercó al percatarse de que estaba buscando con la vista el coche que había pedido.

—La dejaré en la ciudad —se ofreció. Depositó su maleta junto a la de Rose y echó a andar hacia el aparcamiento.

Al cabo de un instante un magnífico Buick se detuvo ante ella, con la portezuela delantera abierta. Rose subió. Un negro había aparecido de la nada y metido las maletas en el coche. Barry dio otra propina.

—Había pedido un taxi.

—Maia suerte. Ya encontrará otro cliente.

En el avión, había concluido su perorata con la frase «¿Por qué no viene a la granja y lo ve con sus propios ojos?», y ahora Rose se arrepentía de haber declinado la invitación.

—Venga usted a desayunar a la granja —insistió él, mientras conducía.

Rose conocía los alrededores de Senga, una ciudad demasiado monótona y pretenciosa para su gusto. De hecho, lo que pensaba de Zimlia era justo lo contrario de lo que escribía. Sólo el camarada presidente Matthew lo había justificado, y de pronto...

Titubeó.

—¿Por qué no? —respondió al fin.

No entraron en la ciudad, sino que la rodearon, y, en pocos minutos llegaron al monte. No todo el mundo ama África y no todo el mundo, tras dejarla, sueña con volver a una promesa eternamente risueña y atractiva. Rose sabía que esa clase de gente existía: ¿por qué no se contaba entre ellos, cuando los amantes del continente proclamaban su amor como si de la prueba de una virtud espiritual se tratara? Para empezar, era demasiado grande. Había una desproporción entre el pueblo —que se hacía llamar ciudad— y las zonas rurales o la selva. Demasiado monte, colinas abigarradas y la constante amenaza de una desagradable alteración del orden. Rose no había salido del centro de la ciudad salvo para dar algún que otro paseo por un parque. Le gustaban el asfalto, los bares, los ayuntamientos donde se pronunciaban discursos y los restaurantes. De pronto se dijo que sería una buena experiencia conocer una granja de blancos y a un agricultor blanco, aunque por supuesto no escribiría sobre las quejas de aquel hombre,

pues casi todas se referían a los negros y no sentarían bien. Sin embargo, podía aseverar con franqueza que estaba ampliando sus horizontes.

Cuando se detuvieron junto a una gran casa de ladrillos cercada por unos árboles del caucho que a Rose se le antojaron muy feos, Barry le indicó que rodease el edificio y subiese al porche mientras él iba a la cocina a pedir el desayuno. Eran las siete y media de la mañana, y en circunstancias normales ella habría estado en la cama, con una hora de sueño por delante. El sol ya se había elevado sobre el horizonte, hacía calor, los colores eran demasiado intensos —rojos, violetas y verdes subidos— y un polvo rosado lo cubría todo. Sus zapatos prácticamente desaparecieron en él.

—Mi mujer está pasando una semana fuera —comentó Barry cuando ella echó a andar—. Tengo que organizar la maldita cocina yo solo. —No sonaba exactamente como una invitación para acostarse con él.

Cuando terminó de subir la escalera y llegó al porche, que abierto por tres lados se le antojó una habitación a medio construir, él asomó la cabeza.

—Hay problemas en el granero —le informó—. Pase, que el chico le servirá el desayuno. Volveré dentro de un momento.

No desayunaría. Ya no le apetecía. De todos modos entró en una amplia sala cuya decoración le parecía demasiado severa —¿unos bonitos cojines, tal vez?— y luego pasó a una estancia en la que había una enorme mesa y donde un anciano negro la recibió con una sonrisa.

—Siéntese, por favor —la invitó el criado.

Rose tomó asiento y vio a su alrededor platos con huevos, beicon, tomates y salchichas.

—¿Hay café? —preguntó. Era la primera vez en su vida que hablaba con un criado..., o al menos con un criado negro.

—Ah, sí, café. Tengo café para la señorita —respondió el anciano con cortesía, y Rose se llevó una agradable sorpresa al ver que de la cafetera de plata salía un líquido oscuro y cargado.

Se sirvió un huevo y una loncha de beicon en el instante mismo en que entraba el amo, que dejó caer un objeto de metal sobre una silla, retiró la suya con un chirrido y se sentó.

—¿Eso es todo lo que va a comer? —preguntó Barry, mirando con desdén el plato de Rose y llenándose el suyo—. Vamos, haga un esfuerzo.

Rose se sirvió otro huevo y preguntó en un tono menos indiferente de lo que se había propuesto:

—¿Dónde ha dicho que está su mujer?

—De paseo. Las mujeres pasean, ¿no lo sabía?

Rose esbozó una sonrisa cortés: hacía horas que había caído en la cuenta de que la revolución feminista no había llegado a todos los rincones del mundo.

Barry se atiborró de huevos y beicon, tomó una taza de café tras otra y finalmente anunció que debía recorrer la granja e inspeccionar lo que habían estado haciendo aquellos cafres durante su ausencia. La invitó a acompañarlo para que lo viese todo por sí misma. Rose respondió que no y luego, al reparar en la expresión ceñuda de Barry, que sí.

—Siempre haciéndose desear—observó él, aunque al parecer sin segunda intención.

Le habría gustado que le dijera: «Entra en esa habitación, encontrarás una cama, métete en ella y espérame.» En cambio, pasó varias horas dando tumbos en una camioneta, yendo de un lado a otro de la propiedad, donde un grupo de negros, un mecánico o un individuo vestido con un mono de trabajo aguardaba sus órdenes, discutía, discrepaba y cedía diciendo: «Bueno, a lo mejor tienes razón. Lo haremos a tu manera», o «¡Por Dios, mira lo que has hecho! Te lo advertí, ¿no? ¿No te lo advertí? Ahora hazlo otra vez, y más vale que te salga bien.» Rose no tenía la menor idea de qué era lo que veía ni qué hacía cada uno, y aunque aparecieron unas vacas apestosas, lo cual era previsible tratándose de una granja, no entendía nada y le dolía la cabeza. Cuando regresaron a la casa, bastó una palmada de Barry para que les sirvieran el té. Estaba sudoroso, con la cara roja y húmeda y tenía una mancha de grasa en una manga; irresistible. Sin embargo, dijo que debía ocuparse del papeleo, porque el Gobierno lo estaba matando con tanto trámite, y ¿podría entretenerse sola hasta la hora de comer? Rose se sentó en la parte del porche que estaba protegida del resplandor, en un asiento tapizado con una cretona reconfortantemente familiar, y hojeó unas revistas sudafricanas: el mundo de la mujer de Barry, presumiblemente; y también el suyo.

Transcurrió una hora. Sirvieron el almuerzo: toneladas de carne. Aunque Rose sabía que comer carne era políticamente incorrecto, le encantaba, así que no se reprimió.

Le entró sueño. Barry le lanzaba miradas que ella tomó por insinuaciones, pero por lo visto se equivocó, porque dijo:

—Voy a echar una cabezada. Su habitación está allí.

Se marchó en la dirección contraria al cuarto donde ella encontró su maleta sobre el suelo de piedra, junto a una cama en la que se tendió y durmió hasta que oyó unas palmadas y el grito de «té». Se levantó tambaleándose, salió al porche y allí topó con Barry, que estaba delante de la bandeja del té, con las largas y bronceadas piernas estiradas.

—Podría dormir durante una semana —comentó.

—Oh , vamos, anoche no durmió mal. Estuvo roncando sobre mi hombro durante horas.

—No, no es verdad...

—Pues claro que lo es. Vamos, sirva el té. Haga de mamá.

La tarde africana se desplegaba en torno a ellos, inundada de luz amarilla y el canto de los pájaros. Había polvo en las manos de Rose y en el suelo del porche.

—Maldita sequía —masculló Barry—. Hace tres años que no llueve como es debido en esta granja. El ganado no aguantará mucho más.

—¿Por qué ha dicho «en esta granja»?

—Las montañas impiden el paso de las nubes. Cuando la compré no lo sabía.

—Ah.

—Bueno, espero que empiece a formarse una idea. Si ahora vuelve a casa y escribe que aquí todos somos como Simón Leggree, al menos se habrá tomado la molestia de comprobarlo personalmente.

Rose no sabía quién era Simón Legree, pero dedujo que debía de tratarse de un racista blanco.

—Hago cuanto puedo.

—Nadie está obligado a más. —Barry se levantó de un salto, al parecer inquieto—. Tengo que ir a echar un vistazo a los terneros. ¿Quiere venir?

Aunque ella sabía que debía aceptar la invitación, contestó que prefería quedarse.

—Es una pena que mi media naranja no esté —apuntó él—. Así tendría con quién cotillear.

Barry se marchó y regresó al caer la noche. Cenaron. Mientras escuchaban las noticias de la radio, maldijo al locutor negro por pronunciar mal una palabra.

—Lo siento —dijo—, pero necesito acostarme. Estoy agotado.

Y así transcurrió la estancia de Rose en la granja, que se prolongó cinco días. Por las noches pasaba las horas en vela, deseando que los ruidos que oía fuesen los sigilosos pasos de Barry que acudía a su encuentro, pero nada de eso sucedió. Recorrió la propiedad con él y se esforzó por aprender lo máximo posible. Durante sus conversaciones, siempre demasiado breves e interrumpidas por una u otra emergencia —un tractor averiado, un incendio en el monte, una vaca corneada— que suscitaba reacciones (¿exageradamente?) dramáticas, Rose descubrió que su viejo amigo Franklin era «uno de los peores de esa banda de ladrones», y que el camarada Matthew era un corrupto de tomo y lomo y estaba tan cualificado para gobernar un país como él, Barry Angleton, para dirigir el Banco de Inglaterra. Ella mencionó el nombre de Sylvia Lennox, pero Barry sólo sabía de ella que trabajaba en una misión de Kwadere. Añadió que cuando él era pequeño nadie hablaba bien de los misioneros, porque se decía que educaban a los negros por encima de sus posibilidades, aunque algunos empezaban a opinar, y él estaba de acuerdo con ellos, que era una pena que no hubiesen terminado su labor pedagógica, porque lo que el país necesitaba eran unos cuantos negros educados. En fin, vivir para aprender.

La mujer de Barry no se presentó durante el tiempo que Rose pasó allí, aunque habló con ella por teléfono y le dio un mensaje para él.

—Es una suerte que usted esté ahí —dijo la displicente esposa—, así tendrá algo en que pensar aparte de la granja y él mismo. Bueno, los hombres son todos iguales.

Este comentario, expresado en los mismos términos que la tradicional queja feminista pero muy lejos del refinamiento del grupo de mujeres que frecuentaba Rose, le permitió responder que sí, que los hombres eran iguales en todo el mundo.

—Bueno, díglele a mi marido que esta tarde pasaré por la casa de Betty y me llevaré uno de sus cachorros. —Y agregó—: Espero que sea justa y escriba algo agradable de nosotros, para variar.

Barry acogió la noticia con un: «Vaya, que no piense que ese perro va a dormir con nosotros, como el anterior.»

La siguiente parada en el itinerario de Rose, que habría sido la primera de no haber intervenido el destino y Barry Angleton, fue la casa de un viejo amigo del camarada Johnny, Bill Case, un sudafricano comunista que había estado en la cárcel y se había refugiado en Zimlia para continuar con sus estudios de Derecho y defender a los necesitados, los pobres y los explotados, que bajo el Gobierno negro estaban resultando ser más o menos los mismos que bajo el Gobierno blanco. Bill Case era famoso, un héroe. Rose estaba deseando que le contase por fin «la verdad» sobre Zimlia.

Aunque gustosamente se habría abierto de piernas para Barry, lo único que había logrado sacarle en ese sentido, cuando la había dejado en la ciudad, había sido el comentario de que si no hubiese estado casado la habría invitado a comer fuera. No obstante, supo que se trataba de una galantería tan vacua como su: «Hasta otra; ya nos veremos.»

Bill Case... Lo primero que hay que decir de quienes militaron en el comunismo durante el apartheid es que pocas personas han sido tan valientes o han luchado con mayor entusiasmo contra la opresión... Claro que, en la misma época, los disidentes de la Unión Soviética se enfrentaban a la tiranía comunista

con igual vehemencia. Rose había afrontado los problemas de la Unión Soviética negándose a pensar en ellos: ¿acaso eran responsabilidad suya? No llevaba una hora en casa de Bill cuando descubrió que éste había adoptado la misma actitud. Durante años había afirmado que en la Unión Soviética había nacido una nueva civilización que había abolido para siempre las desigualdades, incluida la más relevante a efectos de sus actuales circunstancias: el racismo. Y ahora hasta en las provincias, a las que pertenecía Senga, por más que fuese la capital, se reconocía que la Unión Soviética no era lo que les habían hecho creer. Entre quienes lo admitían no estaba el Gobierno negro, naturalmente, que seguía pregonando las glorias del comunismo. Sin embargo, Bill no hablaba de ese gran sueño frustrado, sino de otro local: Rose estaba oyendo de sus labios lo mismo que había oído de los de Barry Angleton durante cinco días. Al principio creyó que Bill se estaba divirtiendo y tomándole el pelo, parodiando lo que sabía que había escuchado, pero no, sus quejas eran tan sinceras, detalladas y furiosas como las del agricultor. A los agricultores blancos se los maltrataba, eran el chivo expiatorio de todos los fracasos del Gobierno, y aunque constituían la principal fuente de divisas extranjeras, estaban obligados a pagar impuestos exagerados; ¡qué pena que el país se hubiera convertido en un vasallo, en el lameculos del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y Dinero Mundial!

Durante esos días Rose asimiló al fin una verdad dolorosa: se había equivocado al apostar por el camarada Matthew. Tendría que retroceder, retractarse, hacer algo para limpiar su reputación. Era demasiado pronto para publicar un artículo que describiese al camarada presidente como se merecía: a fin de cuentas ella había publicado su último panegírico hacía tres meses. No; daría un rodeo, desviaría la atención del público, buscaría otro objetivo.

De la casa de Bill Case se trasladó a la de un amigo de éste, Frank Diddy, el afable redactor jefe de *The Zimlia Post*. Estaba encantada con la hospitalidad de Zimlia: en Londres ya era invierno y ella estaba viviendo sin gastar un penique. Sabía que *The Post* tenía mala fama entre todas las personas con un mínimo de inteligencia..., en fin, entre la mayoría de los habitantes del país. Sus editoriales decían cosas como: «Nuestra gran nación ha superado con éxito otro pequeño obstáculo. La semana pasada se produjeron algunas interrupciones en el suministro eléctrico debido a las ingentes demandas de nuestra floreciente industria y también, según se rumorea, a la intervención de espías sudafricanos. No debemos bajar la guardia ante el enemigo. No debemos olvidar que Zimlia es objeto de los ataques de quienes desean desestabilizar nuestro exitoso régimen comunista. Viva Zimlia.»

Rose descubrió que para Frank Diddy esos textos cumplían la misma función que un hueso destinado a aplacar a los perros guardianes del Gobierno, quienes sospechaban que él y sus colegas «escribían mentiras» sobre el progreso del país. Los periodistas del *Post* no habían tenido las cosas fáciles desde la liberación. Los habían arrestado, detenido sin cargos, soltado, detenido de nuevo e intimidado, y los gorilas de la policía secreta, conocidos en el periódico como «los Muchachos», amenazaban con meterlos en la cárcel a la mínima señal de disidencia. En cuanto a la verdad sobre Zimlia, Frank Diddy opinaba exactamente lo mismo que Barry Angleton y Bill Case.

Rose intentaba conseguir una entrevista con Franklin. No se dejaría amilanar, aunque pensaba formularle preguntas como: «Se rumorea que tienes cuatro hoteles, cinco granjas y un bosque de árboles de madera noble, ¿es verdad?» Pensaba que la verdad debía salir a la luz, como un gusano que asoma serpeando por la grieta de la mentira. Hablaría con él de igual a igual; al fin y al cabo era su amigo, ¿no?

Pese a que siempre alardeaba de esa amistad, hacía años que no lo veía. En los triunfales albores de la liberación, cada vez que Rose viajaba a Zimlia lo llamaba por teléfono y concertaba una cita, aunque nunca se encontraban a solas, porque él acudía con amigos, colegas, secretarías e incluso en una ocasión con su esposa, una mujer tímida que se había limitado a sonreír y no había abierto la boca en toda la velada. Franklin presentaba a Rose como «mi mejor amiga cuando estuve en Londres». Más adelante, cuando le telefoneaba desde Londres o poco después de llegar a Senga, empezaron a decirle que estaba reunido. Que pretendiesen encajarle ese cuento a ella, Rose, le pareció un insulto. ¿Quién diablos se creía que era? Debería dar las gracias a los Lennox por todo lo que habían hecho por él. Por lo que «hicimos» por él.

Esta vez, cuando llamó al despacho del camarada ministro Franklin, quedó estupefacta al oír su voz de inmediato, saludándola con cordialidad. «Vaya, Rose Trimble, cuánto tiempo; eres precisamente la persona con quien quería hablar.»

De manera que Franklin y Rose se reencontraron, en esta ocasión en un rincón del vestíbulo del nuevo hotel Butler, un lugar ostentoso y especialmente diseñado para que los dignatarios que visitaban el país no hicieran comparaciones insidiosas entre esa capital y cualquier otra. Franklin, que estaba gordísimo, ocupaba todo el sillón, y la carne de su ancha cara se desbordaba en papadas y mofletes negros y lustrosos. Tenía los ojos pequeños, aunque Rose los recordaba grandes, encantadores y de expresión suplicante.

—Necesitamos tu ayuda, Rose. Ayer mismo el camarada presidente dijo que te necesitábamos.

El olfato periodístico le indicó a Rose que ese último comentario equivalía a su: «El camarada Franklin es un buen amigo mío.» Todo el mundo mentaba al presidente, ya fuese para elogiarlo o para maldecirlo. Las palabras «camarada Matthew» debían de estar tintineando y susurrando en el éter, como la sintonía de un programa de radio popular.

—Sí, Rose, me alegro de que estés aquí —comentó sonriendo y lanzándole breves miradas recelosas.

«Son todos unos paranoicos», había oído decir Rose a Barry, a Frank, a Bill y a todos los invitados que entraban y salían de las casas de Senga con el despreocupado talante colonial —¡eh, alto!— poscolonial.

—Me he enterado de que tenéis problemas, ¿no, Franklin?

—¡Problemas! Nuestro dólar ha vuelto a bajar esta semana. Vale la trigésima parte que en el momento de la liberación. ¿Y sabes de quién es la culpa? —Se inclinó hacia delante, agitando su gordo dedo—. De la comunidad internacional.

Ella había esperado que culpase a los agentes sudafricanos.

—Pero el país va bien. Lo he leído esta misma mañana en The Post.

Franklin se irguió enérgicamente en su asiento, como para plantarle cara, apoyando el peso de su voluminoso cuerpo sobre los codos.

—Sí, nuestro proyecto ha sido un éxito; pero nuestros enemigos no lo reconocen, y ahí es donde intervienes tú.

—Sólo hace tres meses que escribí un artículo sobre el Líder.

—Y muy bueno por cierto, muy bueno. —Saltaba a la vista que no lo había leído—. Sin embargo, se están publicando otros artículos que mancillan el buen nombre de este país y lanzan graves acusaciones contra el compañero presidente.

—Todo el mundo dice que sois muy ricos, Franklin; que estáis comprando haciendas, hoteles..., de todo.

—¿Quién dice eso? Es una calumnia. —Sacudió la mano como si pretendiera espantar las mentiras y se arrellanó de nuevo en el sillón. Rose permaneció callada. Él levantó la cabeza para mirarla y la dejó caer otra vez—. Soy un hombre pobre —gimió—. Un hombre muy pobre. Tengo muchos hijos, y todos mis parientes... Sé que tú lo entiendes, que sabes que, en nuestra cultura, cuando un hombre prospera todos sus familiares recurren a él. Debemos mantenerlos y educar a sus hijos.

—Una gran cultura —observó Rose, sinceramente conmovida por esa costumbre. ¿Qué había hecho su familia por ella en la época en que había estado sola y desvalida? Y después, el hijo rico de una familia capitalista explotadora se había aprovechado de su buena fe...

—Sí, estamos orgullosos de ella. Nuestros ancianos no mueren solos en frías residencias y no tenemos huérfanos.

Rose sabía que eso no era cierto. Había oído hablar de las consecuencias del sida: huérfanos indigentes, ancianas obligadas a criar a sus nietos...

—Quiero que escribas sobre nosotros —prosiguió él—. Que cuentes la verdad. Sólo te pido que describas lo que ves en Zimlia, para que las mentiras no lleguen más lejos. —Echó un vistazo al elegante vestíbulo del hotel y a los risueños camareros de librea—. Tú eres testigo, Rose. Mira a tu alrededor.

—He visto una lista en uno de nuestros periódicos. En ella aparecían detalladas las posesiones de los ministros y otros altos cargos públicos. Algunos tienen hasta doce granjas.

—¿Y por qué no podemos tener granjas? —dijo él—. ¿Es justo que me impidan tener una granja sólo porque soy ministro? ¿De qué viviré cuando me retire? Te aseguro que me gustaría ser un vulgar agricultor y vivir con mi familia en mis propias tierras. —Frunció el entrecejo—. Y ahora hay sequía. En la granja del valle de Buvu he perdido a todos mis animales. No queda más que polvo. Mi nuevo pozo se ha secado. —Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas—. Es terrible ver morir a tus mombies. Los agricultores blancos no están sufriendo porque todos cuentan con represas y pozos.

Rose empezaba a pensar que aquél sería un buen tema. Quizás escribiese sobre la sequía, que afectaba a todo el mundo por igual, y de esa manera no tendría que tomar partido. Si bien no sabía nada del asunto, pediría información a Frank y a Bill y redactaría algo que no ofendiese a los gobernantes de Zimlia; no quería perder tan rentable relación. No; se convertiría en una combatiente ecologista... Estos pensamientos le rondaban la cabeza mientras Franklin peroraba sobre el lugar de Zimlia en la vanguardia del progreso y las conquistas socialistas, para finalizar con los agentes sudafricanos y la necesidad de permanecer en guardia.

—¿Los espías sudafricanos?

—Sí, son espías. Ésa es la palabra correcta. Están por todas partes. Son los principales responsables de las calumnias. Nuestras fuerzas de seguridad han reunido pruebas. Pretenden desestabilizar el Gobierno para luego invadir Zimlia y anexionarla a su abyecto imperio. ¿Sabes que están atacando Mozambique? Intentan expandirse. —La escrutó para comprobar qué efecto causaban sus palabras—. Bueno, entonces escribirás algunos artículos explicando la verdad y los publicarás en los periódicos ingleses, ¿no? —Comenzó a forcejear para levantarse del sillón, emitiendo leves jadeos—. Mi mujer opina que debería ponerme a dieta, pero cuesta resistirse a la tentación cuando tienes una buena comida delante, y por desgracia los ministros debemos asistir a tantas recepciones...

Llegó el momento de la despedida. Rose vaciló. Un arrebató de añoranza por el Franklin adolescente, para quien a fin de cuentas había robado ropa —no, mejor aún, le había enseñado a robar por sí mismo—, la impulsaba a abrazarlo. Y que él le devolviese el abrazo significaría mucho para ella. No obstante, Franklin se limitó a tenderle la mano, y Rose se la estrechó.

—No, así no, Rose. Debes hacerlo al estilo africano, así, así... —De hecho era un apretón de manos inspirador: sugería que resultaba difícil separarse de un buen amigo—. Espero oír buenas noticias tuyas. Enviame tus artículos. Los estaré esperando. —Se dirigió a la puerta del vestíbulo, donde lo aguardaban dos hombres corpulentos, sus guardaespaldas.

Segura de que había impresionado a Frank Diddy al contarle que había conseguido una entrevista con el ministro Franklin, procedió a descubrirle el encuentro como si de una proeza se tratara; más aún, como si supusiera una ventaja sobre él, pero Frank se limitó a decir: «Ya eres de los nuestros. ¿Te gustaría redactar un editorial para mi humilde periódico?»

Rose decidió que no quería abordar la cuestión de la sequía; al fin y al cabo, cualquiera podría escribir sobre eso. Necesitaba algo... En *The Post*, que estaba leyendo con desprecio profesional mientras desayunaba, reparó en la siguiente noticia: «La policía investiga un robo en el nuevo hospital de Kwadere. Ha desaparecido material por valor de miles de dólares. Se sospecha que los ladrones son gente de la zona.»

A Rose se le aceleró el pulso. Le enseñó la nota a Frank Diddy, que encogiéndose de hombros, comentó:

—Esas cosas suceden constantemente.

—¿Dónde puedo informarme mejor?

—No te molestes, no vale la pena.

Kwadere. Barry había dicho que Sylvia estaba allí. Sí, eso era otra cosa. La prensa solía hacerse eco de los viajes de Andrew a Londres: Andrew era noticia, o lo era al menos Dinero Mundial. La última vez, unos meses atrás, lo había llamado.

—Hola, Andrew, soy Rose Trimble.

—Hola, Rose.

—Estoy trabajando en World Scandals.

—Dudo que mis asuntos le interesen a World Scandals.

Sin embargo, en una ocasión anterior, unos años antes, había aceptado reunirse con ella para tomar un café. ¿Por qué? «Porque se siente culpable, ¡por eso!», había pensado Rose de entrada. Aunque había olvidado que en otro tiempo lo había acusado de dejarla embarazada —los mentirosos tienen mala memoria—, estaba convencida de que le debía algo. Y aquella reunión le recordó que en ese entonces lo encontraba tan atractivo que había sido incapaz de dejarlo escapar. No había perdido su carisma, esa elegancia desenfadada, ese encanto. Consideraba que esas cualidades le habían roto el corazón. Si bien estaba dispuesta a elevar a Andrew a la categoría de «el hombre al que más he amado en mi vida», poco a poco cayó en la cuenta de que él estaba haciéndole una advertencia. Toda esa chachara jovial era su forma de decirle que dejase en paz a los Lennox. ¿Quién se creía que era? Como periodista, tenía el deber de contar la verdad. ¡La típica arrogancia de las clases altas! ¡Pretendía coartar la libertad de expresión! El café duró un buen rato, mientras él se andaba por las ramas para insinuar esto o aquello, pero le sonsacó algunas noticias de la familia, como la de que Sylvia era médico y estaba trabajando en Kwadere. Sí, había archivado ese dato en el fondo de su mente. Ahora sabía con certeza que Sylvia, a quien todavía odiaba, en efecto era médico en Kwadere, donde alguien había robado material de un hospital. Había encontrado el tema de su artículo.

Pocos días después de colocar con Rebecca los libros nuevos en las estanterías de su habitación, Sylvia salió de la casa en dirección al hospital y vio a un grupo de aldeanos que la esperaban. Un joven se acercó, sonriendo.

—Por favor, doctora Sylvia, déme un libro. Rebecca nos ha dicho que ha traído libros.

—Ahora debo ir al hospital. Volved esta noche.

Se marcharon con renuencia, mirando por encima del hombro en dirección a la casa del padre McGuire, donde los libros nuevos los estaban llamando.

Sylvia trabajó todo el día con Listo y Zebedee, que habían permanecido en sus puestos durante su ausencia. Eran tan rápidos y hábiles que se le rompía el corazón cuando pensaba en su potencial y en el destino que les aguardaba. No podía por menos de preguntarse si en Londres, en Inglaterra o en toda Europa habría niños tan ávidos de conocimientos como aquéllos. Habían aprendido a leer en inglés fijándose en las inscripciones de los paquetes de alimentos. Cuando terminaban de trabajar, los dos se sentaban a la luz de una vela a emprender la lectura de libros cada vez más difíciles.

Su padre se pasaba las horas dormitando bajo el árbol, como antes, con una manaza esquelética colgando sobre una rodilla nudosa. Había contraído neumonía varias veces. Estaba muriendo de sida.

Al atardecer había casi un centenar de personas esperando ante la casa del padre McGuire. Éste también se encontraba allí cuando Sylvia regresó del hospital.

—Ya es hora de que hagas algo, hija mía.

Sylvia se volvió hacia la multitud y anunció que esa noche iba a decepcionarlos, pero que se encargaría de trasladar los libros a la aldea.

—¿Y quién los vigilará? —preguntó alguien—. Los robarán.

—No, nadie los robará. Me ocuparé de todo mañana.

Sylvia y el padre McGuire observaron a la desilusionada muchedumbre dispersarse en el oscuro monte, entre las piedras y los matorrales, por caminos invisibles para ellos.

—A veces pienso que ven con los pies —comentó el sacerdote—. Ahora entrarás, te sentarás, cenarás y pasarás la velada conmigo, escuchando la radio. Tenemos las pilas que trajiste.

Rebecca no estaba allí por las noches. Preparaba la cena, la dejaba en la nevera y a las dos de la tarde volvía a su casa. No obstante, en esta ocasión se presentó mientras cenaban.

—He venido porque debo decir algo.

—Siéntate —la invitó el padre McGuire.

Cierto protocolo, que al parecer nunca se había fijado formalmente, establecía que Rebecca no se sentaría a la mesa cuando desempeñara su papel de criada, y ella misma había vetado las sugerencias del padre McGuire para que lo pasase por alto: no estaría bien. Pero cuando iba de visita, como en ese momento, se sentaba y, si le ofrecían una galleta, la cogía y la dejaba delante de ella; sabían que se la llevaría a sus hijos. Sylvia le acercó el plato y Rebecca contó cinco galletas. En respuesta a sus expresiones inquisitivas —sólo le quedaban tres hijos vivos—, les informó que también estaba alimentando a Zebedee y a Listo.

—Debemos hacer algo con los libros —dijo Rebecca—. He estado hablando con todo el mundo. Hay una choza desocupada..., la de Daniel, ya saben quién era.

—Lo enterramos el domingo pasado —puntualizó el padre McGuire.

—Sí, y sus hijos murieron antes que él. Ahora nadie quiere su casa. Creen que trae mala suerte. —Estaba empleando las palabras de ellos.

—Daniel murió de sida, no por esa tontería de la mala muti. —El padre McGuire usó el término con que Rebecca se refería a las pociones del n'ganga.

En el transcurso de su larga relación, Rebecca y el padre McGuire habían mantenido muchas discusiones sobre el particular, que éste ganaba invariablemente porque él era sacerdote y ella cristiana, pero ahora Rebecca sonrió y repuso:

—Vale.

—¿Quieres decir que la choza no traerá mala suerte a los libros? —preguntó Sylvia.

—No —contestó Rebecca—, estarán bien allí. Así que sacaremos los estantes de su habitación y los montaremos en la choza de Daniel. Mi Tenderai vigilará los libros.

El niño estaba muy enfermo y le quedaban pocos meses de vida: todo el mundo sabía que una maldición pesaba sobre él. Rebecca leyó los pensamientos de Sylvia y murmuró:

—Está lo bastante bien para cuidar los libros. Además, se entretendrá con ellos y se sentirá menos triste.

—No hay suficientes para todos.

—Sí que los hay. Tenderai les dará uno a la semana. Los forrará con papel de periódico. Y todo el mundo tendrá que pagar... —Al advertir que Sylvia iba a protestar, precisó—: Muy poco, quizá diez centavos. Sí, no es mucho, pero bastará para que comprendan que los libros son caros y debemos cuidarlos.

Se levantó. No tenía buen aspecto. Sus hijos enfermos la despertaban por las noches, y Sylvia solía reñirla porque trabajaba en exceso.

—Trabajas demasiado, Rebecca —señaló una vez más.

—Soy fuerte. Igual que usted, Sylvia. Trabajo bien porque no estoy gorda. Un perro gordo duerme al sol mientras las moscas revolotean a su alrededor, pero un perro flaco permanece alerta y se come a las moscas.

El padre McGuire rió.

—Citaré tus palabras en mi sermón del domingo.

—Como guste, padre. —Rebecca hizo la pequeña reverencia que le habían enseñado en la escuela para demostrar respeto a las personas mayores. Unió sus delgadas manos y sonrió. Luego se dirigió a Sylvia—: Reuniré a unos cuantos chicos para que nos ayuden a trasladar los estantes y los libros a la choza. Deje los suyos sobre la cama, para que no se los lleven.

Se marchó.

—Qué pena que Rebecca no pueda gobernar este país, en lugar de los incompetentes que nos han endilgado —comentó el padre McGuire.

—¿Por qué pretenden hacernos creer que un país tiene el gobierno que se merece? Yo no creo que esta pobre gente merezca semejante gobierno —señaló Sylvia.

El sacerdote asintió, pero luego preguntó:

—¿No has pensado que quizá no hayan degollado aún a esos payasos ineptos porque a los povos les gustaría estar en su lugar y saben que harían lo mismo si se les presentara la oportunidad?

—¿De veras piensa eso, padre?

—No es casual que tengamos una oración que dice: «No nos dejes caer en la tentación» y «Líbranos de todo mal».

—¿Eso significa que la virtud se alcanza evitando la tentación, sencillamente?

—Ah, la virtud, he ahí una palabra que me cuesta emplear.

Era evidente que Sylvia estaba al borde del llanto, y el sacerdote reparó en ello. Se acercó a un armario y regresó con dos vasos y una botella de buen whisky que Sylvia le había traído de Londres. Sirvió una medida generosa para cada uno, asintió con la cabeza y apuró el contenido de su vaso.

Sylvia contempló las ondulaciones del dorado líquido a la luz de la lámpara: un brillante remolino oleoso que al detenerse quedó convertido en un lago ambarino.

—Siempre he pensado que podría llegar a ser alcohólica.

—No, Sylvia, imposible.

—Entiendo por qué en los viejos tiempos la gente tomaba una copa al atardecer.

—¿En los viejos tiempos? Los Pyne no se saltan el aperitivo ni un solo día.

—Cuando se pone el sol, a menudo pienso que daría cualquier cosa por beberme una botella entera. El crepúsculo es tan triste...

—Es por el color del cielo, que nos recuerda las glorias divinas que nos están vedadas.

Sylvia se sorprendió: el padre McGuire no acostumbraba hablar de esas cosas.

—Muchas veces he deseado abandonar África —añadió él—, pero cada vez que veo ponerse el sol detrás de las colinas, sé que no me marcharía por nada del mundo.

—Otro día que llega a su fin sin resultados —se lamentó Sylvia—, sin ningún cambio.

—Ah, de manera que eres de esos a los que les gustaría cambiar el mundo.

Había puesto el dedo en la llaga. «Quizá las tonterías de Johnny calaron hondo en mí y acabaron por fastidiarme», pensó Sylvia.

—¿A quién no le gustaría cambiarlo? —preguntó.

—¿A quién no le gustaría verlo cambiado? Pero pretender cambiarlo uno mismo..., no, es demoníaco —objetó el sacerdote.

—¿Y quién podría discrepar de eso, después de lo que hemos aprendido?

—Si lo has aprendido, has llegado más lejos que la mayoría. Sin embargo, es un sueño tan poderoso que difícilmente deja escapar a sus víctimas.

—No me dirá que cuando era joven nunca salió a la calle a gritar y arrojar piedras a los británicos.

—Olvidas que era pobre, tanto como algunos de los aldeanos de aquí. Sólo me quedaba una salida, un único camino. No tuve alternativa.

—Sí, me resulta imposible imaginarlo haciendo otra cosa; es un sacerdote nato.

—Es verdad... Sólo había una elección posible para mí.

—En cambio, cuando oigo despotricar a la hermana Molly, pienso que de no ser por la cruz que lleva colgada al cuello, nadie diría que es una monja.

—¿No has pensado que las niñas pobres de cualquier país de Europa tampoco tuvieron otra opción? Se metieron a monjas para que sus familias se ahorraran el dinero que gastaban en darles de comer, de modo que los conventos se llenaron de jóvenes que habrían estado más a gusto criando hijos o... dedicándose a cualquier otra cosa.

Hace cincuenta años la hermana Molly se habría vuelto loca en un convento; jamás habría entrado en uno; pero ahora... ¿sabes lo que le dijo a su superiora? «Me iré de este convento y seré una monja del mundo.» Creo que llegará el día en que se dirá a sí misma: «No soy una monja. Nunca lo he sido.» Entonces abandonará la orden sin más. Así son las cosas. Sí, ya sé lo que estás pensando. A las monjas negras de la colina no les resultaría tan fácil dejar los hábitos como a la hermana Molly.

Todos los días, después de comer, Sylvia iba andando hasta la aldea y constataba que, junto a cada choza o debajo de los árboles, había gente sentada en bancos o troncos, leyendo o esforzándose por aprender a escribir con un cuaderno sobre las rodillas. Les había prometido que estaría allí desde la una hasta las dos y media para ayudarlos. Se habría ofrecido a ir a las doce, pero sabía que el padre McGuire no le permitiría saltarse la comida. De todas maneras, no necesitaba dormir la siesta. En el transcurso de un par de semanas, unos sesenta libros habían empezado a transformar la aldea, cuyos niños, aunque asistían a clases, no recibían una educación, y donde la mayoría de los adultos sólo había pasado cuatro o cinco años en la escuela. Aprovechando un viaje de los Pyne, Sylvia había ido con ellos a Senga y había comprado cuadernos, bolígrafos, un atlas, un pequeño globo terráqueo y algunos manuales sobre técnicas de enseñanza. Al fin y al cabo, no sabía cómo abordaría la tarea un profesional, y los maestros de la

escuela de la colina, donde en esa época del año el polvo se acumulaba en montículos o flotaba formando auténticas nubes en el aire, carecían también de una formación pedagógica. Además había ido a la aduana para preguntar por las máquinas de coser, pero nadie sabía nada al respecto.

Se sentaba junto a la choza de Rebecca, un árbol muy alto proyectaba una amplia sombra a mediodía, e impartía clases, lo mejor que podía, a unas sesenta personas: las escuchaba leer, escribía frases para que las copiasen y colocaba el atlas abierto en un estante o apoyado en la rama de un árbol para ilustrar las lecciones de geografía. Entre sus alumnos a veces se contaban los maestros de la escuela, que le echaban una mano y aprendían al mismo tiempo.

Las palomas arrullaban en los árboles. A esa hora todos tenían sueño, y aunque a la agotada Sylvia le pesaban los párpados, por nada del mundo se dormiría. Rebecca repartía agua en jarras de acero inoxidable o aluminio robadas del hospital abandonado; no mucha, pues la sequía era acuciante, y como el río más cercano estaba casi seco y estancado, las mujeres se levantaban a las tres o a las cuatro de la mañana para ir a otro más lejano, cargando cuencos y vasijas sobre la cabeza. Habían dejado de lavar la ropa; no les quedaba otro remedio si querían guardar suficiente agua para beber y cocinar. La multitud despedía un olor penetrante, que Sylvia había empezado a asociar con la paciencia, el sufrimiento y la rabia contenida. Siempre que bebía de las jarras robadas de Rebecca, sentía lo que creía que debía sentir, pero no sentía, cuando recibía la sagrada comunión. Todos sus alumnos, desde los niños hasta los viejos, escuchaban cada palabra suya en silencio, atentos y embelesados. Ésta era la clase de educación que la mayoría había anhelado toda su vida, la que esperaban recibir desde que habían oído las promesas del Gobierno. A las dos y media Sylvia escogía a un niño o una niña que estuviese más adelantado que los demás y le pedía que leyese unos párrafos de Enid Blyton —a todos les encantaba—; de Tarzán —otro favorito—; de El libro de la selva, que les gustaba aunque era más difícil; o de Rebelión en la granja, el de mayor éxito entre todos, porque, como ellos decían, la historia que contaba les resultaba muy conocida. Si no, se pasaban el atlas, abierto por la página que acaban de estudiar, a fin de reforzar lo aprendido.

Sylvia visitaba la aldea todas las mañanas, después de asegurarse de que las cosas marchaban bien en el hospital. Se hacía acompañar por Listo o por Zebedee, pues uno de ellos debía quedarse a atender a los enfermos. En las chozas se encontraban los pacientes aquejados de enfermedades lentas y crónicas, en cuya presencia ella y el n'ganga cambiaban miradas que expresaban lo que se guardaban muy bien de decir. Porque si algo entendía este doctor del monte mejor que cualquier médico corriente era el valor de los pensamientos alegres; y era evidente que la mayor parte de su muti, hechizos y prácticas estaban especialmente concebidos para cumplir con ese objetivo: mantener un sistema inmunitario optimista. No obstante, cuando ella y ese hombre inteligente se miraban de cierta manera, su expresión denotaba que el paciente en cuestión pronto descansaría entre los árboles del nuevo cementerio, que estaba bastante alejado de la aldea y destinado a las víctimas del sida o flaco. Se excavaban tumbas muy profundas, ya que la gente temía que el demonio que había matado a esas personas escapase y atacara a otros.

Sylvia sabía —aunque no se lo había contado Rebecca, sino Listo— que esta mujer sensata y práctica, en quien tanto confiaban el padre McGuire y ella, creía que sus tres hijos habían muerto y un cuarto estaba enfermo porque la joven esposa de su hermano, que siempre la había odiado, había contratado a un n'ganga más poderoso que el del lugar para que atacase a los niños. Esa cuñada suya era estéril y estaba convencida de que Rebecca había pagado por pociones, encantamientos y hechizos con el fin de evitar que tuviera hijos.

Algunos pensaban que no los tenía porque en su choza había más cosas robadas del hospital abandonado que en cualquier otra. Todos consideraban que el objeto más peligroso del saqueo era la silla de dentista, que durante un tiempo había estado en medio de la aldea, donde los niños jugaban con ella, pero había acabado en el fondo de una zanja, adonde la arrojaron para librarse de sus malignas influencias. Ahora servía de escenario para los inofensivos juegos de los micos, y en una ocasión Sylvia había visto sentado en ella a un viejo babuino con una brizna de hierba entre los labios, mirando alrededor con aire pensativo, como un abuelo que mata el tiempo en un porche.

Edna Pyne subió a la vieja camioneta para ir a la misión, porque la perseguía lo que ella llamaba su «perro negro», que incluso tenía nombre: «Plutón me está pisando los talones otra vez», decía y aseguraba que tanto Sheba como Lusaka percibían la presencia de este misterioso perseguidor y le gruñían.

Cuando ella bromeaba al respecto, Cedric, lejos de reírse, comentaba que su mujer estaba volviéndose tan supersticiosa como los negros. Hasta hacía cinco años Edna había tenido amigas en las granjas cercanas, a quienes visitaba cuando estaba deprimida, pero ya no le quedaba ninguna. Las que no habían establecido granjas en Perth (Australia), o en Devon, habían «dado el salto» a Sudáfrica. En definitiva, se habían largado. Estaba desesperada por hablar con mujeres, pues se sentía sola en medio de un desierto masculino: su marido, los hombres que trabajaban en la casa y en el jardín, las visitas, los inspectores del Gobierno, los topógrafos, los expertos en cultivos en curvas de nivel y los nuevos metomentodos negros, siempre imponiendo extrañas normas. Todos eran hombres. Esperaba encontrar a Sylvia para charlar un rato, aunque no le caía tan bien como sabía que se merecía: era admirable, sí, pero estaba un poco loca. Cuando llegó a la casa del padre McGuire, se le antojó vacía. Entró en el fresco y oscuro salón, y Rebecca salió de la cocina con un paño que debería haber estado más limpio. Por desgracia la sequía estaba comprometiendo también la pulcritud de su casa: en el pozo había menos agua que nunca.

—¿Está la doctora Sylvia?

—Ha ido al hospital. Hay una chica de parto. Y el padre McGuire se ha llevado el coche para ir a ver al cura de la vieja misión.

Edna se sentó como si le hubiesen asestado un golpe en las rodillas. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Cuando los abrió, Rebecca continuaba de pie delante de ella, esperando.

—Dios. —Edna suspiró—. No puedo más.

—Le prepararé una taza de té —dijo Rebecca, volviéndose hacia la cocina.

—¿Cuándo regresará la doctora?

—No lo sé. Es un parto difícil. El niño viene de nalgas.

Edna abrió desorbitadamente los ojos al oír aquella explicación médica. Al igual que la mayoría de los viejos colonos blancos, su mente estaba dividida en compartimentos; es decir, como nos ocurre a casi todos, si bien en mayor medida. Sabía que algunos negros eran tan inteligentes como la mayoría de los blancos, pero equiparaba la inteligencia con la educación, y Rebecca trabajaba en una cocina.

Cuando la criada depositó la bandeja del té delante de ella y giró sobre sus talones para irse, Edna se oyó decir:

—Siéntate, Rebecca. —Y añadió—: ¿Tienes un momento?

Rebecca no tenía un momento; había estado corriendo de aquí para allí toda la mañana. Como el hijo que solía ir a buscar agua al río estaba con su padre, que la noche anterior había vuelto a emborracharse, ella se había visto obligada a acarrear agua a su casa desde esa misma cocina, después de pedirle permiso al padre McGuire no una sino cinco veces. El aljibe de la casa estaba prácticamente vacío: en todas partes la tierra parecía absorber el agua, cada vez más difícil de obtener. A pesar de todo, Rebecca advirtió que esa mujer blanca estaba muy alterada y la necesitaba. Se sentó y aguardó. Se alegró de que la señora Pyne estuviese allí con la camioneta, porque el padre se había llevado el coche y Sylvia había dicho que quizás hubiera que trasladar a la parturienta al hospital para practicarle una cesárea.

Las palabras que habían estado bullendo en la cabeza de Edna durante días brotaron en un torrente lleno de vehemencia, resentimiento y autocompasión, aunque Rebecca no era la persona más indicada para oírlas. Claro que Sylvia tampoco lo era.

—No sé qué hacer—dijo con ojos muy abiertos y la vista fija, no en Rebecca, sino en las cuentas azules cosidas en el borde de la campana para proteger de los insectos que cubría la bandeja del té—. Estoy al borde de un ataque de nervios. Creo que mi marido se ha vuelto loco. Bueno, todos los hombres están locos, ¿no te parece?

Rebecca, que la noche anterior había tenido que esquivar los golpes y los abrazos de su desquiciado marido, contestó que sí, que a veces los hombres se ponían difíciles.

—Y que lo digas. ¿Sabes qué ha hecho? Ha comprado otra granja. Dice que si no lo hubiera hecho, algún ministro se habría quedado con ella. Si os la dieran a vosotros, sería otra historia, desde luego. En fin, asegura que puede pagarla, que se la ofrecieron al Gobierno y no la quiso, de modo que la ha comprado. Y ahora está construyendo una represa cerca de las colinas.

—Una represa —repitió Rebecca, recobrando el sentido: había estado dormitando—. Vale..., una represa..., vale.

—En cuanto la haya construido —prosiguió Edna—, uno de esos cerdos negros se la quitará; sí, señor, es lo que hacen siempre: esperan a que uno haga algo útil, como una represa, y después van y lo roban. Así que «para qué lo haces», le pregunto, pero él dice... —Estaba sentada con una galleta en una mano y la taza en la otra. Hablaba tan deprisa que no tenía tiempo para beber—. Quiero marcharme, Rebecca, ¿te parece mal? ¿Lo entiendes? Éste no es mi país; vosotros mismos lo decís, y yo estoy de acuerdo, pero según mi marido es tan suyo como vuestro, así que ha comprado... —Se le escapó un sollozo. Dejó la taza, luego la galleta, sacó un pañuelo del bolso y se enjugó las lágrimas. Guardó silencio por unos instantes, después se inclinó hacia delante y, con el entrecejo fruncido, tocó las cuentas azules—. Muy bonito. ¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—Bonito. Bien hecho. Y hay algo más. El Gobierno no para de criticarnos, pero en nuestros barracones vive el triple de gente de la que debería estar allí; vienen todos los días desde las tierras comunales, y les damos de comer, estamos alimentando a todas esas personas, que se mueren de hambre por culpa de la sequía, aunque tú ya lo sabes, ¿verdad, Rebecca?

—Vale. Sí. Es verdad. Se mueren de hambre. El padre McGuire ha abierto un comedor en la escuela, porque los niños están tan hambrientos que en cuanto llegan se sientan y se echan a llorar.

—Ya ves. Y aun así tu Gobierno es incapaz de decir algo bueno de nosotros.

Edna lloraba con desconsuelo, igual que una niña. Rebecca sabía que no lo hacía por quienes no tenían nada que llevarse a la boca, sino por lo que ella consideraba «demasiado». «Es demasiado —le decía a Sylvia—. Es demasiado para mí.» Entonces se sentaba, se cubría la cara con las manos y se mecía emitiendo un gemido monocorde, mientras Sylvia buscaba pildoras (sedantes)— que ella luego tragaba obedientemente.

—A veces todo me parece demasiado, todo me desborda —añadió Edna entre sollozos aunque su voz

parecía indicar que se encontraba mejor—. Las cosas ya iban mal, pero ahora con la sequía, el Gobierno y...

En ese momento, Listo apareció en la puerta para comunicarle a Rebecca que la doctora Sylvia le había dicho que corriese a casa de los Pyne y pidiera que alguien llevase a la parturienta al hospital en coche.

¡Y allí estaba Edna Pyne! Al chico se le iluminó el rostro, y hasta se marcó unos pasos de baile en el porche.

—Bien. Ahora no morirá. El niño está atascado —informó—, pero si llega al hospital a tiempo... —Eché a correr cuesta abajo y al cabo de unos instantes llegó Sylvia, sosteniendo a una mujer envuelta en una manta.

—Bueno, veo que después de todo serviré para algo —dijo Edna, y fue a ayudar a Sylvia a sujetar a la mujer, que lloraba de dolor.

—Ojalá terminasen el hospital nuevo... —comentó Sylvia.

—Baja de las nubes.

—Le tiene miedo a la cesárea. Ya le he asegurado mil veces que no es nada.

—¿No puedes operarla tú?

—Todos cometemos errores —repuso Sylvia—, y el más estúpido, absurdo e imperdonable que he cometido yo es no especializarme en cirugía. —Hablaba con voz monocorde, pero Edna reconoció en su estado el arrebató emocional que ella misma acababa de sufrir. Sylvia se estaba desahogando, y no había que tomarla en serio—. Enviaré a Listo contigo. Debo ocuparme de un hombre muy enfermo.

—Espero no tener que traer al mundo a un niño.

—Pues lo harías tan bien como cualquiera. Pero Listo es muy bueno. Además, le he dado algo a esta mujer para retrasar el nacimiento. Su hermana os acompañará.

En el coche ya esperaba una mujer. Tendió los brazos, y la parturienta se arrojó a ellos, gimiendo.

Sylvia corrió hacia el hospital. La camioneta se puso en marcha. El camino era accidentado y el viaje duró casi una hora, porque la parturienta gritaba cada vez que pasaban por un bache. Edna dejó a las dos mujeres en el viejo hospital, que había sido construido durante el Gobierno de los blancos y debía atender a medio millón de pacientes, cuando había sido concebido para que se ocupara de unos pocos miles.

Edna se puso al volante y Listo se sentó a su lado. «Debería ir detrás», pensó ella aunque sin irritarse. Escuchó su entusiasta parloteo sobre las clases de la doctora Sylvia bajo los árboles, los libros, los cuadernos, los bolígrafos, todo lo cual era mucho mejor que en la escuela. A Edna le picó la curiosidad, de manera que en lugar de dejar al muchacho en el cruce para que regresara a la misión a pie lo llevó hasta ésta y aparcó.

Sólo eran las doce y media, y Sylvia almorzaba con el cura en el comedor, sentada en el sitio que ella había ocupado un rato antes. Edna estaba a punto de aceptar la invitación a comer cuando Sylvia le dijo que no se ofendiese, pero que tenía que ir a la aldea. De manera que Edna, una mujer que apreciaba el arte culinario, esperó a que el cura le preparase un bocadillo de rebanadas de tomate y sin mantequilla —sí, con la sequía era difícil conseguir mantequilla— y se marchó con Sylvia.

Ignoraba con qué iba a encontrarse, y se quedó impresionada. Todo el mundo sabía quién era la señora Pyne, por supuesto, y la recibieron con sonrisas. Después de acercarle una banqueta, se olvidaron por completo de su presencia. Dejó el bocadillo en el bolso, porque sospechaba que algunos de los que la rodeaban debían de estar hambrientos, y no convenía que comiese delante de ellos. «Santo Dios —pensó—, quién me iba a decir que llegaría el día en que dos rebanadas de pan duro y una rodaja de tomate me parecieran un lujo vergonzoso.»

Escuchó a Sylvia leer en inglés, pronunciando cada palabra con lentitud, un texto de un autor africano del que nunca había oído hablar, aunque sabía que los negros también escribían novelas, mientras la gente la escuchaba como si..., Dios, como si estuvieran en la iglesia. Luego Sylvia le pidió a un joven, y luego a una niña, que explicasen de qué trataba la historia. Lo hicieron bien, y Edna se alegró de ello: deseaba que ese proyecto fuese un éxito, y estaba orgullosa de sí misma por desearlo.

Sylvia le dijo a una anciana que describiese una sequía que recordara de su infancia. La vieja hablaba un inglés entrecortado y confuso, y Sylvia recurrió a una muchacha para que tradujese sus palabras.

Aquella sequía no parecía muy distinta de la actual. El Gobierno blanco había distribuido maíz en las zonas más afectadas, recordó la anciana, arrancando de los presentes aplausos que sólo podían interpretarse como una crítica a los gobernantes negros. Terminado el relato, Sylvia indicó a los que sabían escribir que volcasen al papel sus propios recuerdos, y a los que no sabían, que inventasen un cuento para contarlos al día siguiente.

Eran las dos y media. Sylvia dejó a la anciana que había contado la historia de la sequía al frente de los demás, que eran casi un centenar, y regresó con Edna a la casa. Tomarían una taza de té, se sentarían a charlar y por fin Edna tendría la oportunidad de conversar con ella..., aunque, curiosamente, su necesidad de desahogarse parecía haberse esfumado.

—Son muy buena gente —señaló Sylvia—. No soporto ver lo desperdiciados que están.

Se hallaban de pie junto a la casa, cerca del coche.

—Bueno, supongo que todos valemos más de lo que nos permiten demostrar.

La glacial mirada de Sylvia evidenció que ésa no era la clase de comentario que esperaba oír de ella. ¿Por qué?

—¿Te gustaría que te ayudase con la escuela..., o con tus pacientes? —preguntó Edna.

—Oh, sí, ¿lo harías? ¿De verdad lo harías?

—Avísame cuando me necesites —dijo Edna. Subió al coche y se marchó con la sensación de que acababa de dar un gran paso hacia una nueva dimensión. Ignoraba que si allí y entonces hubiese preguntado: «¿Puedo empezar ahora?», Sylvia le habría respondido: «Sí, ven a ayudarme con un enfermo que está muriéndose de malaria entre terribles temblores.» Sin embargo, Sylvia tomó el ofrecimiento de Edna por una simple fórmula de cortesía y no volvió a pensar en él.

En cuanto a Edna, durante el resto de su vida pensaría que había perdido una oportunidad, que se le había abierto una puerta, y que había elegido no darse cuenta. El problema era que durante años se había burlado de los buenos samaritanos, y convertirse en uno... A pesar de todo, no bromeaba cuando se había prestado a echar una mano. Por un momento había dejado de ser la Edna Pyne que conocía para transformarse en una persona muy distinta. No le contó a Cedric que había llevado a una negra al hospital: ¿y si se quejaba por la gasolina, con lo que costaba conseguirla? En cambio, sí mencionó que había estado en la aldea y había visto los objetos robados del hospital en obras. «Mejor para ellos —comentó él—. Estarán mejor allí que pudriéndose en el monte.»

El señor Edward Phiri, inspector escolar, había escrito al director de la escuela secundaria de Kwadere para avisar que llegaría a las nueve de la mañana y que esperaba comer con él y con el personal. Su Mercedes, comprado de tercera mano —no merecía uno nuevo, pues no era ministro—, se había averiado cerca del letrero de la granja de los Pyne. Se apeó y recorrió enfurruñado los doscientos metros que lo separaban de la casa de éstos. Al llegar se presentó y dijo que debía hablar con el señor Mandizi, del Centro de Desarrollo, para que pasase a recogerlo y lo llevase a la escuela, pero le informaron de que hacía un mes que la línea telefónica estaba cortada.

—¿Y por qué no la han reparado?

—Me temo que eso debería preguntárselo al ministro de Comunicaciones. Hay constantes desperfectos en la red y en ocasiones tardan semanas en arreglarlos. —Pese a que era Edna la que hablaba, Phiri no quitaba ojo al marido de ésta, que por ser hombre era el responsable de imponer el orden. Aparentemente ajeno a su papel, Cedric guardó silencio.

Phiri contempló la mesa del desayuno.

—Desayunan tarde. Yo lo hice hace horas.

—Cedric se fue al campo poco después de las cinco de la mañana —dijo Edna en el mismo tono acusador—. Todavía no había luz. ¿Le apetece tomar una taza de té, o quizá desayunar de nuevo?

Phiri recuperó el buen humor y se sentó.

—Tal vez. Me sorprende oír que empieza a trabajar tan temprano —le dijo a Cedric—. Yo tenía la impresión de que los agricultores blancos se tomaban las cosas con calma.

—Por lo visto tenía usted varias impresiones falsas —repuso Cedric—. Y ahora debo pedirle que me disculpe; he de volver a la represa.

—¿La represa? ¿Qué represa? No hay ninguna señalada en el mapa.

Edna y Cedric cambiaron una mirada. Empezaban a sospechar que el funcionario había fingido lo de la avería con el fin de inspeccionar la granja. Prácticamente lo había confesado al mencionar el mapa.

—¿Quiere que mande preparar otra tetera?

—No, me basta con lo que hay en ésta. Y si no le importa me comeré esos huevos que han dejado. Sería una pena tirarlos.

—No los tiraríamos. Se los comería el cocinero.

—Vaya, me sorprenden. No estoy a favor de consentir a los criados. Mi cocinero come sadza; no huevos de granja, desde luego. —Aparentemente inconsciente de su incorrección política, Phiri sonrió mientras Edna le llenaba el plato con huevos fritos, beicon y salchichas. Empezó a comer y añadió—: No le importa que lo acompañe, ¿verdad? Todo indica que esta mañana no podré ir a la escuela.

—¿Por qué? —inquirió Edna—. Lo acercaré en mi coche, y cuando termine, alguien de la misión lo llevará al Centro de Desarrollo.

—Pero ¿qué pasará con mi coche si lo dejo en el camino? Me lo robarán.

—Es muy posible —admitió Cedric con el mismo tono seco y distante que había empleado desde el principio, muy diferente del de su esposa, que destilaba emoción.

—Entonces, ¿podría ordenar a uno de sus trabajadores que lo vigile?

Edna y Cedric se miraron de nuevo. Ella, que había recuperado la compostura ante la furia de su marido, en la que Phiri al parecer no había reparado, exigía en silencio que lo complaciera. Cedric se

levantó, fue a la cocina, regresó al cabo de unos instantes y dijo:

—Le he indicado al cocinero que mande al jardinero a vigilar el coche; pero ¿no deberíamos hacer algo para repararlo?

—Excelente idea —repuso Phiri, que había terminado los huevos y estaba comiendo con evidente deleite unos dulces cubiertos de azúcar—. ¿Y cómo lo haremos?

Edna, al advertir que Cedric se estaba conteniendo para no espetar algo como «¿Y a mí qué más me da?», se apresuró a intervenir.

—Podrías comprobar si funciona la radio, Cedric.

—Ah, ¿así que tienen una radio? —preguntó Phiri.

—Las pilas están casi descargadas. Supongo que ya sabrá que es difícil conseguir pilas nuevas.

—Es verdad, pero ¿podría intentarlo?

Cedric no había mencionado la radio porque no quería malgastar la poca energía que le quedaba haciéndole un favor a Phiri.

—Lo intentaré, aunque no le prometo nada. —Volvió a marcharse.

—¿Qué son estos dulces deliciosos que estoy comiendo?

—Papaya escarchada.

—Tiene que darme la receta. Le diré a mi esposa que la prepare.

—Es probable que ya la tenga. La dieron por la radio, en *Saque todo el partido a nuestros productos*.

—Me extraña que escuche un programa dedicado a las negras pobres.

—Esta blanca pobre escucha todos los programas femeninos, y si su esposa considera que éste no es digno de sus oídos, no sabe lo que se pierde.

—Pobre... —Phiri rió con ganas, sinceramente, y cuando cayó en la cuenta de que acababan de soltarle una grosería, añadió con acritud—: Eso sí que es un buen chiste.

—Me alegro de que le guste.

—Vale —dijo Phiri, lo que significaba: «Ya es suficiente.»

Sin embargo, Edna prosiguió:

—Es un programa muy bueno. He aprendido mucho escuchándolo. Todo lo que ve en esta mesa se produce en la granja.

Phiri se tomó su tiempo para observar los platos, pero se resistió a reconocer que algunos le resultaban extraños: paté de pescado, paté de hígado, pescado al curry...

—Las mermeladas, por supuesto. ¿Me permite probar ésta? —Levantó un frasco—. Rosa de Jamaica..., rosa de Jamaica..., pero si es una planta silvestre que crece en todas partes, ¿no?

—¿Y qué? Sirve para hacer una mermelada estupenda.

Phiri dejó el frasco sin degustar su contenido.

—He oído que las monjas de la misión se niegan a comer los maravillosos melocotones que crecen en su jardín —dijo—; sólo comen melocotones de lata, porque no quieren que las tomen por seres primitivos. —Rió con desprecio y añadió—: Su marido ha comprado la granja alemana a ésta, ¿verdad?

—Estaba en venta. Ustedes no la quisieron cuando se la ofrecieron. Le aseguro que lo hizo en contra de mi voluntad.

Volvieron a mirarse, pero esta vez de verdad, hasta el momento los ojos de ambos no habían expresado más que el esfuerzo por causar una buena impresión en el otro.

A Phiri no le caía bien aquella mujer. En primer lugar, por principios: era la esposa de un agricultor blanco, la clase de fémina que, estaba convencido, había tomado las armas durante la guerra de liberación para defender las casas, los caminos y los depósitos de municiones: en esa zona se habían librado batallas encarnizadas. Sí, la imaginaba en traje de campaña y con un fusil en la mano. Por otro lado, a él la guerra ni siquiera lo había rozado, pues en aquel entonces era un niño que vivía protegido en Senga.

Edna detestaba a esos funcionarios negros a quienes llamaba «pequeños Hitleres», y le encantaba repetir todas las barbaridades que oía acerca de ellos. Trataban a sus criados como si fuesen basura, mucho peor que cualquier blanco, hasta el punto de que los negros preferían trabajar para éstos. Abusaban de su poder, aceptaban sobornos y formaban una panda de incompetentes, lo que constituía su principal pecado. Y ese individuo en particular le había caído mal desde el principio.

La tensa y acartonada mujer blanca y el robusto y seguro de sí mismo hombre negro se observaron y dejaron que sus ojos hablasen por ellos.

—Vale —dijo Phiri por fin.

Por suerte Cedric llegó en ese momento.

—Conseguí transmitir un mensaje justo antes de que ese trasto se parara. Mandizi vendrá a recogerlo.

Aunque ha dicho que no se encuentra bien.

—Estoy seguro de que el señor Mandizi se dará toda la prisa posible, pero de todos modos tenemos tiempo para ver esa represa.

Los dos hombres se encaminaron hacia la camioneta, que estaba aparcada debajo de un árbol, sin mirar siquiera a Edna, quien esbozó una sonrisa que más parecía una mueca de amargura.

Cedric condujo a toda velocidad por los accidentados caminos de la granja, a través de campos, suaves colinas y parcelas de monte. Phiri, que prácticamente no salía de Senga, no sabía cómo interpretar lo que veía, tal como le había ocurrido a Rose.

—¿De qué son esos cultivos?

—De tabaco. Es lo que mantiene la economía de su país.

—Conque ése es el famoso tabaco, ¿eh?

—¿Me está diciendo que nunca había visto plantas de tabaco?

—Cuando salgo de Senga para inspeccionar una escuela, siempre tengo mucha prisa; soy un hombre muy ocupado. Por eso me alegro de esta oportunidad de ver una hacienda de verdad, y con un granjero blanco.

—Algunos agricultores negros cultivan buen tabaco, ¿no lo sabía?

Phiri no respondió, pues a la vuelta de una colina apareció ante ellos un yermo de tierra amarilla, con montículos, surcos y una excavadora que trabajaba, manteniendo un precario equilibrio sobre cuevas y declives.

—Hemos llegado —anunció Cedric, que se apeó de un salto y echó a andar sin fijarse en si el inspector lo seguía.

Un negro, el compañero del que manejaba la excavadora, se acercó a Cedric y los dos estudiaron una especie de mapa, junto al borde de un foso excavado en la densa tierra amarilla. Phiri avanzó con cautela entre los montículos, procurando no ensuciarse los zapatos. El polvo flotaba en el aire. Su mejor traje ya estaba sucio.

—Bueno, esto es lo que hay —comentó Cedric al regresar a su lado.

—Pero ¿dónde está la represa?

—Ahí. —Cedric se la señaló.

—¿Y qué tamaño tendrá cuando esté terminada?

—Desde allí hasta allí... Desde el límite de aquella arboleda hasta esa colina, y desde ahí hasta donde estamos nosotros.

—Entonces será una represa grande, ¿no?

—No será la de Kariba.

—Vale —murmuró Phiri, decepcionado. Había esperado ver un lago de bonitas aguas pardas, con vacas metidas hasta el vientre, y rodeado de espinos coronados con nidos colgantes de pájaros tejedores. Si bien no recordaba haber visto una escena parecida, ésa era la imagen que el término «represa» evocaba en su mente—. ¿Cuándo estará llena?

—¿No podría usted conseguir que llueva a cántaros? Es la tercera temporada en que sólo caen unas gotas.

Phiri rió, pero se sentía como un colegial, y eso no le gustaba. Era incapaz de imaginar una masa de agua debajo de esas colinas.

—Si no quiere que se le escape Mandizi, deberíamos volver —sugirió Cedric.

—Vale. —Esta vez Phiri empleó el término en su acepción original: «Sí, de acuerdo.»

—Ahora lo llevaré por otro camino —le informó Cedric. Aunque no le convenía impresionar a ese hombre que quería robarle la granja, deseaba manifestar su orgullo por lo que había hecho con el monte.

A un kilómetro y medio de la casa, una manada de vacas comía mazorcas de maíz secas. Phiri sólo vio reses, mombies, y lo asaltó el ansia de poseerlas. Sus ojos, llenos de admiración por esos animales, no se percataron de que tenían problemas.

—Me veo obligado a matar a los terneros en cuanto nacen —explicó Cedric con aspereza.

—Pero, pero... —balbuceó Phiri, horrorizado—. Sí, he leído algo en el periódico..., pero eso es terrible. —Advirtió que había lágrimas en las mejillas del blanco—. Terrible —repitió con un suspiro, y tuvo la delicadeza de apartar la vista de Cedric. Empezaba a caerle simpático, pero no sabía qué actitud tomar si el hombre blanco se desmoronaba y se echaba a llorar—. Matar terneros... Pero ¿no hay nada..., nada...?

—Sus madres no tienen leche —señaló Cedric—, y cuando una vaca está tan flaca como ésas, pare terneros de mala calidad.

Ya estaban junto a la casa.

Acababa de llegar Mandizi, aunque al verlo Cedric pensó que había enviado a otra persona: su tamaño

había quedado reducido a la mitad.

—Ha adelgazado mucho —dijo.

—Sí, así es.

Había dejado al mecánico junto al Mercedes y abrió la portezuela trasera de su coche.

—Suba, por favor —le dijo a Phiri y luego, dirigiéndose a Cedric en tono formal, añadió—: Debería mandar arreglar la radio. Casi no le oía.

—Ya me gustaría hacerlo —repuso Cedric.

—Y ahora, a la escuela —ordenó Phiri, desanimado a causa de los terneros. No abrió la boca hasta llegar a la misión.

—Ésta es la casa del cura —le informó Mandizi.

—Pero yo quiero ver al director.

—No hay ningún director. Me temo que está en la cárcel.

—¿Y por qué no han mandado un sustituto?

—Lo hemos pedido, pero, como puede comprobar, éste no es un destino agradable. Prefieren trabajar en la ciudad, o lo más cerca posible de ella.

La ira devolvió la vitalidad a Phiri, que caminó a paso vivo hacia la casa, seguido de su subordinado. No había nadie a la vista. Dio un par de palmadas y apareció Rebecca.

—Avísale al cura que he llegado.

—El padre McGuire está en la escuela. Si sube por ese sendero, lo encontrará.

—¿Y por qué no vas tú?

—Tengo algo en el horno. Y el padre McGuire lo espera allí.

—¿Qué hace allí?

—Enseña a los niños mayores. Creo que da muchas clases porque el director no está. —Rebecca se volvió para regresar a la cocina.

—¿Adonde vas? No te he dado permiso para marcharte.

Rebecca hizo una ampulosa y lenta reverencia, juntó las manos y agachó la cabeza.

Phiri la fulminó con la mirada y rehuyó los ojos de Mandizi, consciente de que estaban tomándole el pelo.

—Muy bien, ya puedes irte.

—Vale —dijo Rebecca.

Los dos hombres echaron a andar por el polvoriento sendero, bajo un sol que caía de plano sobre su cabeza y sus hombros.

Desde las ocho de la mañana las aulas eran un pandemónium donde los niños aguardaban al gran hombre rebosantes de expectación. Los maestros, que al fin y al cabo no eran mucho mayores que ellos, también estaban eufóricos. Sin embargo, no llegaba ningún coche; sólo se oían los arrullos de las palomas y el canto de las cigarras en la arboleda cercana al depósito del agua, que estaba vacío. Hacía semanas que todos los niños tenían sed, y algunos también hambre, y no habían comido más que lo que el padre McGuire había repartido para desayunar: unos trozos del pesado pan hecho con harina blanca y leche en polvo. Dieron las nueve, luego las diez. Reanudadas las clases, el estruendo de varios centenares de voces coreando las inevitables repeticiones, ya que no había libros ni cuadernos, podía oírse a más de quinientos metros a la redonda, y no cesó hasta que aparecieron Phiri y Mandizi, acalorados y sudorosos.

—¿Qué es esto? ¿Dónde está el profesor?

—Aquí—respondió humildemente un joven, sonriendo con expresión de angustia y aprensión.

—¿Y qué clase es ésta? ¿A qué viene tanto barullo? No recuerdo que el programa comprendiese lecciones orales. ¿Dónde están los cuadernos?

Cincuenta niños exaltados respondieron al unísono:

—Camarada inspector, camarada inspector, no tenemos cuadernos ni libros; por favor, denos cuadernos. Y lápices, sí, lápices, no se olvide de nosotros, camarada inspector.

—¿Y por qué no tienen cuadernos? —preguntó Phiri a Mandizi en tono autoritario.

—Enviamos los formularios de solicitud, pero no nos mandan ni cuadernos ni libros. —Aunque llevaban tres años en esa situación, no se atrevió a decírselo delante de los niños y el maestro.

—Si se han retrasado, llame a Senga y métales prisa.

No le dejó alternativa.

—Hace tres años que la escuela recibió la última remesa de libros y cuadernos.

Phiri miró a Mandizi, al joven maestro y a los niños.

—Camarada inspector, señor —dijo el maestro—, nosotros hacemos todo lo que podemos, pero es difícil trabajar sin libros.

El camarada inspector se sintió atrapado. Sabía que en algunas escuelas —bueno, sólo en unas pocas— escaseaban los libros. Lo cierto era que rara vez salía de las ciudades, pues se aseguraba de que le tocase inspeccionar las escuelas urbanas. Aunque en éstas también había carencias, no resultaba tan terrible que hubiese un manual cada cuatro o cinco niños, que éstos tuvieran que escribir en papel de embalar, ¿no? Sin embargo, allí no había un solo libro. Alcanzó el punto de ebullición y estalló.

—Y fíjese en ese suelo. ¿Cuándo fue la última vez que barrieron?

—Hay muchísimo polvo —se justificó el maestro en voz baja, avergonzado—. El polvo...

—Hable más alto.

Los niños intervinieron:

—En cuanto terminamos de barrer, todo vuelve a llenarse de polvo.

—Poneos de pie para hablar conmigo —los increpó Phiri.

El joven maestro no les había indicado que se levantaran porque los funcionarios habían irrumpido sin anunciarse, pero en ese momento se oyeron chirridos de pupitres y pies.

—¿Cómo es posible que estos niños no sepan recibir a un representante del Gobierno?

—Buenos días, camarada inspector —retumbó el ensayado saludo de los niños, todos sonrientes y entusiasmados por esa visita de la que esperaban conseguir libros, lápices y, quizás, un director.

—Ocúpese del suelo —ordenó Phiri al maestro, que sonreía como un mendigo despreciado.

—Señor Phiri, camarada inspector, señor... —El maestro fue detrás de los funcionarios, que se dirigían al aula contigua.

—¿Qué ocurre?

—Si usted pudiera pedir al departamento que nos enviaran los libros... —Corría al lado de ellos, como un mensajero tratando de transmitir un mensaje urgente, y ya sin pizca de dignidad, con las manos unidas y sollozando—. Camarada inspector, cuesta tanto enseñar cuando uno no tiene...

Pero los funcionarios habían entrado en el aula, donde casi de inmediato resonaron los furiosos gritos e imprecaciones de Phiri. Al cabo de un minuto salió de allí y entró en la clase contigua, para descargar otra andanada de alaridos. El maestro de la primera aula, que había estado escuchando mientras intentaba recuperar la compostura, hizo de tripas corazón y regresó con sus alumnos, que lo aguardaban esperanzados. Cincuenta pares de brillantes ojos se posaron en él: «Por favor, denos una buena noticia.»

—Vale —dijo, la alegría se borró de todos los rostros.

El maestro hacía visibles esfuerzos por contener el llanto. Se oyeron comprensivos chasquidos de lengua y murmullos de: «Qué vergüenza.»

—Ahora toca la clase de escritura. —Se volvió hacia la pizarra y con un fragmento de tiza garabateó con letra redonda e infantil: «El camarada inspector ha venido a nuestra escuela.»—. Y ahora, Mary...

Una muchacha corpulenta, de unos dieciséis años, aunque aparentaba más, se acercó por entre las hileras de apretujados pupitres, cogió la tiza y copió la frase. Hizo una reverencia al maestro —que sólo dos años antes había sido alumno de esa misma clase— y regresó a su sitio. Los niños estaban callados, pendientes de los gritos que procedían de la barraca de al lado. Todos deseaban que les permitiesen demostrar sus conocimientos en la pizarra. El problema era la escasez de tizas. El maestro tenía aquel trozo y dos barras enteras que guardaba en el bolsillo, porque aunque en los armarios de la escuela no había prácticamente nada, los forzaban a menudo. Resultaba impensable sacar al frente a todos los niños para que copiasen la frase.

Los gritos que acompañaban al señor Phiri y el señor Mandizi llegaron a la puerta del aula —ah, ¿volverían a entrar?, al menos había una frase bonita escrita en la pizarra—, pero no, pasaron de largo. Los niños corrieron a la ventana para echar un último vistazo al camarada inspector. Dos espaldas se alejaban en dirección a la casa del cura. Detrás de ellas, una tercera, cubierta por la polvorienta sotana negra del padre McGuire, agitaba la mano y les gritaba que se detuviesen.

Los niños regresaron a sus pupitres en silencio. Eran casi las doce, la hora del almuerzo. Quienes no habían llevado comida se sentarían a contemplar a sus compañeros mientras tomaban unas cucharadas de gachas frías o un trozo de calabaza.

—Después del recreo habrá gimnasia —anunció el maestro.

Gritos de alegría. A todos les encantaban los ejercicios que hacían en los polvorientos descampados que se extendían entre los barracones. No había espalderas ni potro ni cuerdas ni colchonetas donde tenderse.

Los dos hombres entraron en la casa del cura, que les pisaba los talones.

—No le he visto en la escuela —dijo Phiri.

—Creo que no inspeccionó el tercer grupo de aulas, que es donde estaba yo.

—Tengo entendido que enseña en nuestra escuela. ¿Cómo es eso?

—Doy clases de recuperación.

—No sabía que tuviéramos cursos de recuperación.

—Enseño a niños que van tres o cuatro años retrasados por culpa del lamentable estado de la escuela. A eso lo llamo recuperación. No cobro un sueldo. No le cuesta un centavo al Gobierno.

—¿Y por qué no imparten clases esas monjas que he visto por aquí?

—No están cualificadas. Ni siquiera para esta escuela.

A Phiri le entraron deseos de gritar y maldecir —e incluso golpear a alguien—, pero notaba un martilleo en la cabeza: su médico le había advertido que no debía exasperarse. Observó la comida dispuesta sobre la mesa: unas delgadas lonchas de embutido y unos tomates. Una hogaza recién horneada emanaba un delicioso aroma. Sadza, pensó, justo lo que necesitaba. Si pudiera sentir el peso y el calor de un buen plato de sadza en su estómago, revuelto por un centenar de emociones...

—¿Le apetece compartir nuestro almuerzo? —preguntó el cura.

Rebecca entró con un plato de patatas hervidas.

—¿Has preparado sadza?

—No, señor. No sabía que lo esperábamos a comer.

—Por desgracia —se apresuró a intervenir el padre McGuire—, como todos sabemos, se necesita al menos media hora para cocinar una buena sadza, y no queríamos ofenderlo sirviéndole una de inferior calidad; pero ¿qué tal un filete? Lamento decir que hay abundancia de carne por aquí, con tantos animales muertos por la sequía...

Phiri, que había empezado a acariciar la idea de comer sadza, sintió que el estómago se le revolvía de nuevo.

—Vaya a ver si está listo el coche —le ordenó a Mandizi, pero éste, que había puesto el ojo en el pan, le lanzó una mirada de protesta a su jefe. Tenía derecho a comer. No se movió—. Y vuelva a informarme. Si el mecánico no ha terminado, me iré con usted a su oficina.

—Estoy seguro de que habrá terminado. Ha tenido más de tres horas —repuso Mandizi.

—¿Cómo se atreve a desafiarme, señor Mandizi? ¿Soy o no soy su jefe? Por hoy ya he sido testigo de suficientes muestras de incompetencia. Su deber es estar al corriente de lo que ocurre en las escuelas locales y dar parte de las deficiencias. —Aunque gritaba, la voz de Phiri sonaba cansina y débil. Estaba a punto de prorrumpir en sollozos de impotencia, rabia y vergüenza por lo que había visto esa mañana.

Justo a tiempo, el padre McGuire lo salvó, movido por el mismo impulso que unas horas antes había inducido al señor Phiri a apartar la vista de un Cedric Pyne que lloraba por sus vacas.

—Siéntese, por favor, señor Phiri. Me alegro mucho de contar con su presencia, porque soy un viejo amigo de su padre, ¿no lo sabía? Fue alumno mío... Sí, en esa silla, y el señor Mandizi...

—El señor Mandizi hará lo que le he ordenado: ir a averiguar si mi coche está listo.

Sin mirar al inspector, Rebecca se acercó a la mesa, cortó dos gruesas rebanadas de pan, colocó un trozo de embutido en el medio y, con una pequeña reverencia, esta vez desprovista de burla, le ofreció el bocadillo a Mandizi.

—No se encuentra bien —señaló—. Sí, veo que no se encuentra bien.

El funcionario guardó silencio y permaneció donde estaba, con el bocadillo en la mano.

—¿Qué le ocurre, señor Mandizi? —preguntó Phiri.

Sin responder, Mandizi salió al porche, donde topó con Sylvia. Ésta le puso una mano sobre el brazo y le habló en voz baja y persuasiva.

Desde el salón oyeron:

—Sí, estoy enfermo, y mi mujer también.

Sylvia le rodeó los hombros con un brazo —resultaba fácil, porque había perdido mucho peso— y lo acompañó hasta el coche.

El padre McGuire no paraba de hablar mientras le pasaba al invitado el plato de la carne, el de los tomates, el de las patatas.

—Sí, llénese el plato, debe de estar hambriento, han pasado muchas horas desde el desayuno. Sí, yo también estoy muerto de hambre, y ¿qué tal está su padre? Era mi alumno favorito cuando enseñaba en Guti. Qué joven tan listo...

Phiri, sentado con los ojos cerrados, trataba de recuperarse.

Cuando los abrió, vio ante sí a una menuda mujer de piel morena. ¿Una negra? No, era el color que adquirirían cuando estaban demasiado expuestas al sol, ah, sí, era la mujer que había visto hacía un momento con Mandizi. Miraba a Rebecca con una sonrisa. ¿Estaría burlándose de él? La furia, que había empezado a abandonarlo gracias al filete y las patatas, volvió a apoderarse de Phiri:

—¿Es usted la mujer que, según me han dicho, ha estado usando el material de nuestra escuela para

sus clases, o lo que usted llama clases?

Sylvia miró al sacerdote, que apretó los labios para indicarle que no dijese nada e intervino:

—La doctora Lennox ha comprado cuadernos y un atlas con su dinero, no debe preocuparse por eso; y ahora me gustaría saber algo de su madre... Fue mi cocinera durante una temporada, y he de decir que lo envidio por tener una madre que cocina tan bien.

—¿Y qué le enseña a sus alumnos? ¿Es usted maestra? ¿Tiene un título? Por lo que sé no es maestra sino médico.

Una vez más, el padre McGuire impidió que Sylvia contestara.

—Sí, no es maestra sino médico, nuestra médico, pero no se necesita un título para leer a los niños, o para enseñarles a leer.

—Vale —dijo Phiri. Estaba comiendo con el nerviosismo y la rapidez de alguien que se sirve de la comida para tranquilizarse. Cortó una gruesa rebanada de la hogaza que tenía delante; no había sadza, pero una cantidad suficiente de pan obraría el mismo efecto.

Rebecca intervino inesperadamente en la conversación.

—Quizás el camarada inspector quiera bajar a la aldea y comprobar lo mucho que nuestra gente aprecia lo que hace la doctora, la ayuda que nos presta.

El padre McGuire consiguió contener su irritación.

—Sí, sí, claro; pero en un día tan caluroso como éste, estoy seguro de que el señor Phiri preferirá quedarse con nosotros a la sombra y tomar una taza de té. Prepara té para el inspector, Rebecca, por favor.

Sylvia se disponía a preguntar por los libros y los cuadernos perdidos, cuando el cura, que lo intuía, dijo:

—Sylvia, creo que al inspector le gustaría que le hablastes de la biblioteca que has organizado en la aldea.

—Sí. —Sylvia asintió—. Ya tenemos casi un centenar de libros.

—¿Y puedo preguntar quién los pagó?

—La doctora ha tenido la bondad de comprarlos con su dinero.

—Vaya. Supongo que en ese caso debemos estarle agradecidos. —Phiri suspiró y añadió—: Vale. —Sonó como otro suspiro.

—No has comido nada, Sylvia.

—Tomaré una taza de té.

Rebecca entró con la bandeja, distribuyó las tazas y los platos con deliberada lentitud, cubrió la jarra de leche con la campana de malla adornada con cuentas azules y empujó la gran tetera hacia Sylvia. Aunque normalmente era la encargada de servir el té, regresó a la cocina. El inspector frunció el entrecejo, consciente de que lo habían tratado con insolencia, aunque no habría sabido explicar exactamente cómo.

Sylvia sirvió el té sin levantar la vista de sus manos. Puso una taza delante del inspector, le acercó el azúcar y empezó a desmigajar un mendrugo. Todos permanecían en silencio. En la cocina, Rebecca tarareaba una de las canciones de la guerra de liberación con la intención de molestar a Phiri, pero éste no pareció reconocer la tonada.

Por suerte, oyeron el motor de un coche, que al frenar levantó nubes de polvo. De él se apeó el mecánico, vestido con un elegante mono azul. Phiri se puso en pie.

—Veo que mi coche ya está arreglado —comentó con aire distraído, como quien ha perdido algo pero no sabe el qué ni dónde. Sospechaba que se había comportado de un modo poco apropiado, aunque no, claro que no, porque en todo momento había estado en lo cierto.

—Confío en que les cuente a sus padres que nos hemos visto y que rezaré por ellos —dijo el padre McGuire.

—Se lo diré cuando los vea. Viven en el monte, al otro lado del Centro de Desarrollo de Pambili. Han envejecido mucho.

Salió al porche. Una multitud de mariposas revoloteaba en torno a los hibiscos. El canto de un turaco se oía desde varios centenares de metros de distancia. Phiri subió al asiento trasero del vehículo y éste se alejó entre ríos de polvo.

Rebecca entró en el salón y se sentó a la mesa, algo insólito en ella. Sylvia le sirvió té. Nadie habló durante un rato.

—Los gritos de ese idiota se oían desde el hospital —dijo Sylvia al fin—. El camarada inspector tiene más probabilidades de sufrir una apoplejía que cualquier persona que haya conocido en mi vida.

—Sí, sí —reconoció el sacerdote.

—Qué vergüenza —prosiguió Sylvia—. Los niños han estado soñando con la visita de ese tipo durante

semanas. «El inspector hará esto, el inspector hará lo otro, el inspector traerá libros...»

—No es para tanto, Sylvia —murmuró el padre McGuire.

—¿Qué? Cómo puede decir...

—Es una vergüenza, una vergüenza —terció Rebecca.

—¿Cómo puede estar tan tranquilo, Kevin? —Sylvia rara vez llamaba al padre McGuire por su nombre de pila—. Es un crimen. Ese hombre es un criminal.

—Sí, sí, sí—dijo el sacerdote. Al cabo de un largo silencio, y añadió—: ¿Nunca has pensado que ésa es la historia de la humanidad? Los poderosos le sacan el pan de la boca a los *povos*, pero los *povos* siempre se las ingenian para salir adelante.

—¿Se refiere a que los pobres siguen existiendo? —preguntó Sylvia con sarcasmo.

—¿Alguna vez has observado lo contrario?

—Y no hay nada que hacer porque todo seguirá igual, ¿verdad?

—Quizá —contestó el padre McGuire—. Lo que me llama la atención es tu actitud. Las injusticias no dejan de sorprenderte, a pesar de que las cosas siempre han sido así.

—Pero les prometieron tantas cosas... En el momento de la independencia les prometieron..., bueno, de todo.

—Los políticos hacen promesas que luego rompen.

—Yo les creí—admitió Rebecca—. Fui una idiota; cuando llegó la liberación me puse a dar gritos de alegría. Pensé que hablaban en serio.

—Claro que hablaban en serio —repuso el sacerdote.

—Creo que todos nuestros gobernantes se volvieron malos porque les echaron una maldición —dijo Rebecca.

—¡Que Dios nos asista! —exclamó el padre McGuire, perdiendo la paciencia—. No estoy de humor para escuchar esas tonterías. —Sin embargo, no se levantó de la mesa.

—Sí—continuó Rebecca—. Fue por la guerra, porque en la guerra no enterramos a nuestros muertos. ¿Sabe que hay esqueletos en las cuevas de las colinas? ¿Lo sabía? Me lo contó Aaron. Y si no enterramos a los muertos según nuestras costumbres, ellos regresan y nos maldicen.

—Rebecca, eres una de las mujeres más inteligentes que conozco y...

—Y ahora aparece eso del sida. Es una maldición. ¿Qué otra cosa puede ser?

—No es una maldición, Rebecca —intervino Sylvia—, sino un virus.

—Yo tenía seis hijos, ahora tengo tres y pronto sólo me quedarán dos. Todos los días hay una tumba nueva en el cementerio.

—¿Sabes algo de la peste negra?

—¿Qué voy a saber yo? No pasé del primer curso.

Eso significaba que, si bien había oído algo al respecto y sabía más de lo que estaba dispuesta a reconocer, quería que la instruyesen.

—Fue una epidemia que afectó a Asia, Europa y el norte de África. Acabó con la tercera parte de la población —explicó Sylvia.

—Las ratas y las moscas —terció el padre McGuire—. Ellas propagaron la enfermedad.

—¿Y quién les señaló el camino a las ratas?

—Fue una epidemia, Rebecca. Igual que el sida, que el flaco.

—Dios está enfadado con nosotros —insistió Rebecca.

—Que el Señor nos asista a todos —dijo el sacerdote—. Ya soy viejo y quiero volver a Irlanda, a casa.

Lo cierto es que se quejaba tanto como un viejo y no tenía buen aspecto... Al menos en su caso, no cabía culpar al sida. Hacía poco que había sufrido otro ataque de malaria. Estaba extenuado.

Sylvia rompió a llorar.

—Voy a echarme un rato —anunció el padre McGuire—. Sé que es inútil que te sugiera que hagas lo mismo.

Rebecca ayudó a Sylvia a ponerse en pie y la acompañó a su habitación. La dejó en la cama, donde se tendió con una mano sobre los ojos. Rebecca se arrodilló a su lado y le pasó un brazo por debajo de la cabeza.

—Pobre Sylvia —susurró y comenzó a tararear una nana.

Rebecca llevaba una túnica de mangas anchas, y por entre los dedos Sylvia vio el delgado brazo negro y en él una úlcera que conocía muy bien. Esa misma mañana había vendado unas idénticas que padecía una paciente del hospital. La niña llorica que la había dominado hasta ese momento desapareció, para dar paso nuevamente a la doctora. Rebecca había contraído el sida. Sylvia lo sabía, ya era evidente, y lo

sospechaba desde hacía tiempo, aunque se hubiera resistido a admitirlo. Rebecca había contraído la enfermedad y ella no podía hacer nada al respecto. Cerró los ojos y fingió dormir. Notó que Rebecca se apartaba con sigilo y salía de la habitación.

Sylvia permaneció tendida, oyendo crujir el techo de hierro a causa del calor. Miró el crucifijo donde estaba el Redentor. Miró las distintas imágenes de la Virgen, con su túnica azul. Descolgó el rosario del clavo que había junto a la cama y lo sujetó entre los dedos: las cuentas de cristal estaban calientes, como carne humana. Volvió a colgarlo.

Enfrente de ella, las mujeres de Leonardo ocupaban media pared. Las lepismas habían roído las hermosas caras, los bordes de la lámina se habían ondulado como una puntilla, y las rollizas extremidades de los niños estaban cubiertas de manchas.

Sylvia se levantó y echó a andar hacia la aldea, donde la aguardaba una muchedumbre de personas decepcionadas.

«Nieta de una conocida nazi e hija de un comunista de carrera, Sylvia Lennox ha encontrado un escondrijo rural en Zimlia, donde posee una clínica privada que utiliza material robado del hospital estatal de la zona.»

Por desgracia, en ese país de ignorantes aún no se habían enterado de que el comunismo era políticamente incorrecto, y la palabra «nazi» no suscitaba las mismas reacciones que en Londres. De hecho, mucha gente simpatizaba allí con los nazis. Sólo había dos términos capaces de escandalizar a la gente. Uno era «racista», y el otro «espía sudafricano».

Rose sabía que Sylvia no era racista, pero como era blanca, la mayoría de los negros estarían dispuestos a creer lo contrario. Sin embargo, bastaría con que un negro enviase una carta al *The Post* en la que afirmase que Sylvia era amiga de los negros para... No, ¿y si la acusaba de espía? Eso también tenía sus inconvenientes. En esa época, poco antes de la caída del apartheid, la fiebre del miedo a los espías causaba estragos en los países limítrofes de Sudáfrica. Cualquiera que hubiese nacido, vivido o pasado recientemente las vacaciones en Sudáfrica, o que tuviera parientes allí; cualquiera que criticase a Zimlia o insinuase que era posible hacer las cosas mejor; cualquiera que «sabotease» un proyecto o una empresa perdiendo o dañando material, aunque se tratara de una caja de sobres o media docena de tornillos; o cualquiera, en fin, que se hubiese granjeado la mínima antipatía de los demás, podía ser tachado, y casi siempre lo era, de espía de Sudáfrica, un país que, por supuesto, hacía todo lo posible para desestabilizar a sus vecinos. En semejante ambiente, a Rose no le costaría convencerse a sí misma de que Sylvia era una espía sudafricana, pero habiendo tantos como había, no le bastaría con eso.

Pero entonces tuvo un golpe de suerte. La llamaron del despacho de Franklin para invitarla a una recepción en honor del embajador chino, en la que estaría presente el Líder. Se celebraría en el hotel Butler, el mejor. Rose se puso un vestido y llegó temprano. Aunque llevaba pocas semanas allí, asistía a una fiesta organizada para quienes ella describía como «la panda alternativa», los conocía a todos, o al menos lo suficiente para intercambiar saludos. Periodistas, editores, escritores, profesores universitarios, expatriados, miembros de las ONG...; una multitud variopinta en la que todavía predominaban los blancos y cuya inteligencia inquietaba a Rose, que siempre se figuraba que la gente se reía de ella. Eran informales, irreverentes y trabajadores, y la mayoría todavía depositaba grandes esperanzas en el futuro de Zimlia, aunque algunos habían perdido la fe y estaban amargados. No obstante, se sentía más a gusto con otro grupo, aquel con el que se reuniría esa noche: el de los mandamases, los jefes, los gobernantes, los ministros, los que ejercían el poder, y entre éstos había más negros que blancos.

Rose estaba en un rincón del enorme salón, cuya elegancia la tranquilizaba y le indicaba que se encontraba en el sitio oportuno, esperando a Franklin. No quería beber demasiado, al menos por el momento. Ya se emborracharía más tarde. Los invitados no paraban de llegar, hasta que el salón se llenó, pero seguía sin haber señales de Franklin. A su lado vio a un hombre a quien conocía de las fotos de *The Post*. Lo abordó sin decirle que era una periodista londinense, una raza odiada por el Gobierno.

—Es un honor para mí encontrarme en su hermoso país, camarada ministro. Estoy de visita.

—Vale —respondió él, complacido pero poco interesado en perder el tiempo con esa blanca no muy agraciada que seguramente sería la esposa de alguien.

—¿Me equivoco o es usted el ministro de Educación? —inquirió Rose, a sabiendas de que no lo era.

Amable pero indiferente, el hombre respondió:

—No, tengo el honor de ser el subsecretario de Sanidad. —Estiró el cuello para ver por encima y entre las cabezas que tenía delante; quería captar la atención del Líder en cuanto entrase, pues aunque en todo el mundo se lo consideraba un hombre del pueblo, rara vez ofrecía a sus ministros la oportunidad de conversar con él. En las pocas reuniones de gabinete a las que asistía, decía lo que tenía que decir y se marchaba; el camarada Líder no destacaba por su camaradería. Hacía tiempo que el subsecretario buscaba una ocasión para discutir ciertos temas con el Jefe, y esperaba encontrarla esa noche. Además, estaba secretamente enamorado de la fascinante Gloria. ¿Y quién no? Era una mujer voluptuosa, exuberante, increíblemente atractiva y con un rostro que invitaba a... ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaban el compañero presidente y la Madre de la Nación?

—Me preguntaba si usted sabría algo sobre cierto hospital de Kwadere —dijo Rose, o más bien repitió, porque la primera vez él no la había oído.

Aquello suponía una indiscreción, desde luego. Para empezar, nadie podía esperar que un hombre de su nivel estuviera informado de lo que sucedía en cada pequeño hospital, y además se hallaban en una recepción oficial; no era el momento ni el lugar. Sin embargo, daba la casualidad de que sabía algo de Kwadere. Esa misma mañana había tenido sobre su escritorio los expedientes de tres hospitales a medio construir porque los fondos —para decirlo sin tapujos— habían sido robados. (Nadie lo lamentaba más que él, pero era previsible que se cometiesen errores.) En el caso de dos hospitales, los furiosos y a esas alturas escépticos filántropos habían propuesto que si ellos, los benefactores originales, conseguían reunir la mitad de los fondos necesarios para terminar las obras, el Gobierno debía aportar la otra mitad. De lo contrario, nada, mala suerte, adiós a los hospitales. En Kwadere, el filántropo en cuestión había enviado una delegación al hospital abandonado y luego se había negado a continuar financiándolo. Por desgracia ese hospital hacía mucha falta. El Gobierno sencillamente no disponía de dinero suficiente para terminar de construirlo. Aunque había una especie de clínica en la misión de San Lucas, los informes al respecto no eran alentadores. Un sitio tan miserable y atrasado representaba una vergüenza para el país; Zimlia merecía algo mejor. Además, según una nota enviada por los servicios de seguridad, el nombre de la doctora que lo dirigía figuraba en una lista de posibles agentes sudafricanos. Su padre era un conocido comunista que mantenía estrechos vínculos con los rusos. Zimlia no simpatizaba con los rusos, pues le habían dado la espalda al camarada Matthew cuando éste —o más bien sus tropas— combatía en el monte. Entonces llegó el embajador chino con su esposa, una mujer delgada como un fideo, los dos sonriendo y estrechando manos. El subsecretario debía abrirse paso hacia ellos rápidamente, ya que allí donde estuviera el embajador tarde o temprano aparecería el Líder.

—Tendrá que disculparme —le dijo a Rose.

—¿Le importaría concederme una entrevista? ¿Quizás en su despacho?

—¿Puedo preguntar para qué? —inquirió con aspereza.

—La doctora que dirige el hospital de Kwadere es..., bueno, es prima mía —improvisó Rose—, y he oído que...

—Ha oído bien. Su prima debería tener más cuidado con las compañías que elige. Sé de fuentes fidedignas que trabaja para..., en fin, da igual para quién.

—Por favor, espere un momento, ¿qué es eso de que mi prima ha robado material de...?

El subsecretario, que no había oído nada al respecto, se enfadó con sus consejeros. Ese asunto resultaba irritante y no quería pensar en él. No tenía la menor idea de cómo solucionar el problema del hospital de Kwadere.

—¿De qué habla? —preguntó volviéndose mientras avanzaba entre la multitud—. Si eso es verdad, será castigada, que no le quepa la menor duda. Lamento oír que es pariente suya. —Enfiló sus pasos hacia la bella Gloria, que, envuelta en tul escarlata, lucía un collar de diamantes. ¿Y el Líder? Su esposa estaba haciendo los honores, de modo que por lo visto no se presentaría.

Rose se marchó discretamente y pasó por un café que era un nido de cotilleos y noticias. Allí informó de la recepción oficial, la ausencia del Líder y el tul escarlata y los diamantes de la Madre de la Nación, así como de los comentarios del subsecretario de Sanidad sobre el hospital de Kwadere. Había una funcionaria nigeriana, una mujer que había viajado a Senga para asistir a una conferencia sobre la Prosperidad de las Naciones, que cuando le hablaron de la espía de Kwadere comentó que desde su llegada sólo había oído hablar de espías, espías y más espías, y que su experiencia le dictaba que los espías y las guerras eran un recurso muy socorrido cuando la economía no marchaba bien, pues en su país ocurría lo mismo. Esto suscitó una animada discusión en la que pronto participaron todos los presentes. Uno de ellos, un periodista, había sido arrestado por espionaje y luego puesto en libertad. Otros conocían a personas sospechosas de ser agentes y... Rose, oliéndose que hablarían de los espías sudafricanos durante toda la velada, se escabulló y fue a un restaurante situado a la vuelta de la esquina. Dos hombres que la habían seguido desde el café sin que ella lo notara le pidieron permiso para compartir su mesa: el lugar estaba atestado. Rose, hambrienta y un poco achispada, encontró simpáticos a esos dos individuos, que le parecieron imponentes, aunque no sabía muy bien por qué. Cualquier ciudadano de Zimlia se habría percatado en el acto de que pertenecían al servicio de inteligencia, pero, por citar un práctico cliché, hacía tanto tiempo que los británicos no sufrían una invasión, que aún conservaban cierta inocencia. De hecho, Rose imaginó que esa noche debía de estar atractiva. En casi todos los países del mundo, es decir, en aquéllos con un servicio de inteligencia activo, cualquiera habría comprendido de inmediato la conveniencia de mantener la boca cerrada delante de aquellos tipos. En cuanto a éstos, lo que querían era saber cosas sobre Rose: ¿por qué había salido del café tan precipitadamente en cuanto se había tocado el tema de los espías?

—¿Saben algo del hospital de la misión de Kwadere? —preguntó—. Una prima mía es médico allí. Acabo de hablar con el subsecretario de Sanidad y me ha contado que sospechan que es una agente sudafricana.

Los hombres cambiaron una mirada. Sabían lo de la doctora de Kwadere, porque su nombre constaba en la lista, pero no se habían tomado el asunto muy en serio. Por un lado, ¿qué daño podía hacer en aquel sitio dejado de la mano de Dios? Pero por otro, si el mismísimo subsecretario de Sanidad...

Ninguno de los dos hombres llevaba mucho tiempo en el servicio. Ambos habían conseguido sus puestos porque eran parientes de un ministro. No venían de los días previos a la liberación. Por lo general, los estados nuevos, incluso aquellos cuyo sistema de gobierno cambia por completo, mantienen intacto el servicio secreto, en parte porque los que suben al poder quedan fascinados por los amplios conocimientos de quienes hasta hace poco los espiaban a ellos, y en parte porque unos cuantos guardan secretos que preferirían no ver revelados. Aquellos dos aún no se habían hecho un nombre, por lo que necesitaban impresionar a sus superiores.

—¿Zimlia ha expulsado alguna vez a alguien acusado de ser espía? —quiso saber Rose.

—Oh, sí, muchas veces.

No era verdad, pero pensar que pertenecían a un servicio tan severo y competente hacía que se sintieran importantes.

—¿De veras? —preguntó Rose, emocionada, oliendo que allí había una noticia.

—Uno se llamaba Matabele Smith —dijo uno de los hombres.

—Matabele Bosman Smith —puntualizó el otro.

Una noche, en el café del que Rose acababa de salir, un grupo de periodistas que bromeaban sobre el bulo de los agentes extranjeros había inventado un espía cuyo nombre condensaba todas las características negativas —desde el punto de vista del actual Gobierno— que fueron capaces de imaginar entre todos. Habían descartado Whitesmith, que alguien sugirió por analogía con Blacksmith. Este personaje era un sudafricano que realizaba frecuentes viajes de negocios a Zimlia y había intentado hacer volar las minas de carbón de Hwange, la Casa de Gobierno, el nuevo estadio deportivo y el aeropuerto. Había servido de entretenimiento a los parroquianos durante varias veladas, hasta que éstos perdieron el interés. Entretanto, la información había llegado a los archivos policiales. Los parroquianos del café habían acabado por emplear el nombre Matabele Bosman Smith para aludir a la obsesión por los espías, y los agentes que frecuentaban el lugar lo oían nombrar, pero nunca habían conseguido descubrir más

datos sobre él.

—¿Lo deportaron? —preguntó Rose.

Los hombres callaron y se miraron de nuevo.

—Sí, lo deportamos —respondió uno.

—Lo enviamos de vuelta a Sudáfrica —señaló el otro.

Al día siguiente Rose completó su nota: «Se sabe que Sylvia Lennox era amiga íntima de Matabele Bosman Smith, el espía sudafricano que fue deportado de Zimlia.»

A pesar de que el estilo general y la virulencia del artículo resultaban apropiados para la clase de periódicos que Rose solía usar en Inglaterra como receptáculos de sus genialidades, decidió enseñárselo antes a Bill Case y a Frank Diddy. Aunque ambos conocían el origen del célebre deportado, no le contaron nada. Rose no les caía bien. Hacía tiempo que abusaba de su hospitalidad. Además, les seducía la idea de que el famoso Smith recibiera una inyección de vida y les proporcionara un par de noches de diversión en el café.

La nota apareció en *The Post*, donde costaba que un párrafo incendiario destacara entre tantos otros. Rose la envió también a *World Scandals*, y llegó a manos de Colin, de acuerdo con la regla según la cual siempre hay un alma caritativa dispuesta a informar a una persona de cualquier cosa negativa que se publique acerca de ella. Colin demandó al periódico de inmediato, pidiendo una importante compensación económica y una disculpa, pero, como suele suceder en esa clase de publicaciones, la retractación apareció en letras diminutas y en una sección donde pocas personas la verían. Lo de que calumniaran a Julia llamándola nazi no era nuevo, y en cuanto a la insinuación de que Sylvia era una espía, a Colin le parecía demasiado ridícula para preocuparse por ella.

El padre McGuire vio la nota en *The Post*, pero no se la enseñó a Sylvia. Sin embargo, Mandizi la leyó y la añadió al expediente de la misión de San Lucas.

Un día ocurrió algo que Sylvia había estado temiendo desde su llegada a la misión. Listo y Zebedee se presentaron en el hospital con una niña de la aldea que sufría una apendicitis aguda. El padre McGuire se había llevado el coche para ir a la antigua misión. Sylvia no consiguió hablar con los Pyne, ya que uno de los dos teléfonos no funcionaba. La niña necesitaba una intervención urgente. Sylvia había imaginado muchas veces una emergencia como aquélla u otra parecida, y había resuelto que no operaría. No podía. Una cosa era realizar operaciones sencillas en las que se corrían pocos riesgos, pero si llegaba a producirse una fatalidad, se lanzarían sobre ella de inmediato.

En la choza que llamaban «el pabellón», los dos niños, con sus impecables camisas blancas (planchadas por Rebecca), el cabello perfectamente peinado, y las manos escrupulosamente lavadas, se arrodillaron a los lados de la niña y la contemplaron con los ojos arrasados en lágrimas.

—Está ardiendo —dijo Zebedee—. Tóquela.

—¿Por qué ha tardado tanto en venir? —preguntó Sylvia—. Si lo hubiera hecho ayer.. ¿Por qué no vino? Siempre pasa lo mismo. —Su voz sonaba hosca y severa pero se debía al miedo que la embargaba—. ¿Os dais cuenta de lo grave que está?

—Le dijimos que viniera, se lo dijimos.

Si la niña fallecía de muerte natural nadie responsabilizaría a Sylvia, pero si ésta la operaba y resultaba que moría, le echarían la culpa. Listo y Zebedee miraron a la doctora con expresión de súplica. La niña era prima suya, y también pariente de Joshua.

—Ya os he explicado que no soy cirujana, y sabéis lo que eso significa.

—Pero tiene que hacerlo —imploró Listo—. Por favor, por favor.

La niña tenía las rodillas flexionadas contra el estómago y no paraba de gemir.

—De acuerdo, traedme el cuchillo más afilado. Y agua caliente. —Se inclinó sobre la enferma y le susurró al oído—: Reza, rézale a la Virgen. —Sabía que era católica, pues la había visto en la pequeña iglesia. Su sistema inmunitario iba a necesitar toda la ayuda posible.

Los chicos le trajeron los instrumentos. La niña no yacía en la «mesa de operaciones», pues no convenía moverla, sino bajo el techo de paja, cerca del suelo de tierra. Las condiciones no podían ser peores.

Sylvia le pidió a Listo que sujetase un paño empapado en cloroformo (que reservaba para casos de emergencia) lo más lejos posible de su rostro, que debía mantener vuelto hacia un lado. Le indicó a Zebedee que sostuviese la palangana con los instrumentos a una distancia considerable del suelo y procedió a operar en cuanto la niña dejó de gemir. No intentaría practicar el corte en forma de cruz que les había descrito a los niños.

—Estoy haciendo una incisión que ya no se practica. Cuando estudiéis, descubriréis que esta clase de corte largo está obsoleta.

En cuanto hubo cortado descubrió que era demasiado tarde. El apéndice había estallado y había pus y materia fecal por todas partes. No disponía de penicilina. Así que limpió la zona, cosió la larga herida y dijo:

—Me temo que va a morir.

Los niños lloraron desconsoladamente; Listo con la cabeza sobre las rodillas, Zebedee con la frente contra la espalda de aquél.

—Tendré que informar de lo que he hecho —añadió Sylvia.

—No diremos nada —murmuró Listo—. No se lo contaremos a nadie.

Zebedee la tomó de las manos, que estaban cubiertas de sangre.

—Ay, Sylvia, ay, doctora —se lamentó—. ¿Se meterá en problemas ?

—Vosotros también os meteréis en problemas si no digo nada y alguien se entera de que lo sabíais. Debo informar. —Subió la cinturilla de la falda de la niña y le bajó la blusa. Estaba muerta. Tenía doce años—. Avisadle al carpintero que necesitaremos un ataúd.

Llegó a la casa poco después de que regresara el padre McGuire, y le refirió lo sucedido.

—Debo comunicárselo al señor Mandizi.

—Sí. ¿Me equivoco, o te advertí que esto podía ocurrir?

—Es verdad, me lo advirtió.

—Llamaré a Mandizi y le pediré que venga.

—El teléfono no funciona.

—Enviaré a Aaron en su bicicleta.

Sylvia regresó al hospital, ayudó a colocar a la niña en el ataúd y fue a ver a Joshua a su árbol para comunicarle que la pequeña había muerto. El viejo tardaba bastante en asimilar la información, y Sylvia no quería esperar a que la maldijera, lo cual haría con toda seguridad: siempre la maldecía, no hacía falta que se lo predijera ningún adivino. Luego pidió a los chicos que avisaran en la aldea que esa tarde no iría, pero que ellos escucharían leer a la gente y corregirían los ejercicios de escritura.

En la casa, el padre McGuire estaba bebiendo té.

—Sylvia, querida, creo que deberías tomarte unas pequeñas vacaciones.

—¿De qué serviría?

—Te ayudaría a olvidar lo sucedido.

—¿Cree que alguna vez lo olvidaré? —Ante el silencio de él, añadió—. ¿Y adonde iría, padre? Este es mi hogar, y además la gente me necesitará hasta que construyan el otro hospital.

—Veamos qué opina el señor Mandizi.

Últimamente Mandizi se mostraba amigable, hacía tiempo que no se mostraba grosero ni desconfiado, pero esta vez tendría que asumir el papel de un funcionario obligado a cumplir con su deber.

Cuando llegó, lo único que reconocieron de él fue su nombre. Era Mandizi, y así se presentó, y sin embargo sólo vieron a un hombre terriblemente enfermo.

—¿No debería estar en la cama, señor Mandizi?

—No, doctora. Puedo realizar mi trabajo. En mi cama está mi esposa, y muy enferma. Los dos juntos, el uno al lado del otro... No, creo que no me gustaría.

—¿Les han hecho análisis?

Mandizi tardó unos instantes en responder. Finalmente soltó un suspiro y dijo:

—Sí, doctora, nos han hecho análisis.

En ese momento entró Rebecca con la carne, los tomates y el pan para el almuerzo.

—¡Qué pena, ay, qué pena, señor Mandizi! —exclamó horrorizada al ver al funcionario.

Como Rebecca siempre había sido una mujer delgada, menuda y de cara huesuda, Mandizi no reparó en que también ella estaba enferma, de manera que se sentó a la mesa como un condenado en un banquete rodeado de gente saludable.

—Lo lamento mucho, señor Mandizi —agregó Rebecca, y regresó a la cocina, llorando.

—Ahora cuéntemelo todo, doctora Sylvia.

Ella le explicó lo ocurrido.

—¿La niña habría muerto si no la hubiese operado?

—Sí.

—¿Existía alguna posibilidad de salvarla?

—Una muy pequeña. Mínima. Verá, no tengo penicilina porque se terminó y...

Mandizi hizo un ademán con la mano que ella conocía bien; «No me critique por cosas que no puedo resolver», significaba.

—Tendré que informar al hospital.

—Desde luego.

—Es probable que soliciten una autopsia.

—Entonces más vale que se den prisa. La niña ya está en el ataúd. ¿Por qué no dice sencillamente que fue culpa mía? No soy cirujano.

—¿Es una operación difícil?

—No, es una de las más sencillas.

—¿Un cirujano de verdad habría hecho las cosas de otra manera?

—No, no lo creo.

—No sé qué decir, doctora Sylvia.

Saltaba a la vista que Mandizi deseaba añadir algo. Estaba sentado con la cabeza gacha, pero la alzó para observarla con recelo, y luego cambió una mirada con el cura. Sylvia se percató de que los dos sabían algo que ella ignoraba.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Quién es ese amigo suyo, ese tal Matabele Bosman Smith?

—¿Quién?

Mandizi exhaló un suspiro. El contenido de su plato seguía intacto, al igual que el de Sylvia. El padre McGuire estaba ceñudo, pero comía. Mandizi apoyó la cabeza en una mano.

—Doctora Sylvia —dijo—, sé que no hay muti para lo que yo padezco, pero me dan unos dolores de cabeza muy fuertes; no sabía que la cabeza pudiera llegar a doler tanto.

—Tengo algo para aliviarlos. Le daré unas pildoras antes de que se vaya.

—Gracias, doctora, pero debo decirle algo... Hay algo... —Mandizi miró de nuevo al sacerdote, que hizo un gesto de asentimiento—. Van a cerrar su hospital.

—¡Pero si la gente lo necesita! —exclamó Sylvia.

—Pronto tendremos un hospital nuevo...

A ella se le iluminó la cara, pero de inmediato advirtió que el funcionario sólo trataba de animarse un poco, así que asintió.

—Sí, estoy seguro. Sí, ésa es la situación.

—Vale —dijo Sylvia.

—Vale —dijo Mandizi.

Una semana después recibieron una breve carta escrita a máquina y dirigida al padre McGuire, ordenándole que cerrase el hospital «sin dilaciones». Esa misma mañana llegó un policía en moto. Era un joven negro de unos veinte o veintiún años, ostensiblemente incómodo en el papel de la autoridad. El padre McGuire lo invitó a sentarse, y Rebecca preparó té para los dos.

—Bien, ¿qué puedo hacer por usted, hijo?

—Estoy buscando objetos robados.

—Ya entiendo. Bueno, no los encontrará en esta casa.

Rebecca permanecía de pie junto al aparador, callada. El policía se dirigió a ella.

—Tal vez la acompañe a su casa y los busque allí.

—Hemos visto el hospital nuevo —repuso Rebecca—. Está invadido por jabalíes.

—Yo también he estado allí. Sí, hay jabalíes, e incluso mandriles. —El policía rió, se contuvo y suspiró—. Pero aquí hay un hospital, y tengo órdenes de registrarlo.

—El hospital está cerrado.

El sacerdote le entregó la carta oficial y el policía la leyó.

—Si está cerrado, no veo cuál es el problema —dijo.

—Yo tampoco.

—Creo que debo ir a hablar con el señor Mandizi.

—Buena idea.

—Pero no se encuentra bien —puntualizó el policía—. El señor Mandizi está enfermo, y me parece que pronto tendremos un sustituto. —Se levantó sin mirar a Rebecca, cuya casa habría debido registrar. La moto se alejó rugiendo en la tranquilidad del monte.

Se suponía que Sylvia estaba obligada a cerrar el hospital.

Había pacientes en las camas, y Listo y Zebedee les administraban las medicinas.

—Me voy a Senga a ver al compañero ministro Franklin —le informó Sylvia al padre McGuire—. Era amigo nuestro. Solía pasar las vacaciones con nosotros. Fue compañero de clase de Colin.

—Ah. No hay nada más irritante que reencontrarse con la gente que uno conoció antes de convertirse en ministro.

—Aun así lo intentaré.

—¿No sería conveniente que te pusieras un vestido bonito y limpio?

—Creo que sí. —Sylvia se encerró en su habitación y salió al cabo de un rato con la ropa que tenía para las grandes ocasiones: un conjunto de lino verde.

—Y tal vez deberías llevar un camisón, o lo que sea que necesites para pasar la noche fuera —señaló el padre McGuire.

Ella entró de nuevo en su cuarto y reapareció con un bolso.

—¿Quieres que llame a los Pyne y les pregunte si planeaban ir a Senga?

Edna Pyne dijo que se alegraba de tener una excusa para salir de la maldita hacienda, y en media hora se plantó en la casa. Sylvia subió al coche y se despidió del padre McGuire agitando la mano.

—Hasta mañana. —Y así Sylvia emprendió un viaje del que no regresaría hasta varias semanas después.

Edna, que fue desgranando quejas durante todo el trayecto, le dijo en cierto momento que tenía que contarle algo increíble, algo que en teoría no debía mencionar, pero le resultaba imposible guardárselo. Uno de esos sinvergüenzas había abordado a Cedric para asegurarle que si le entregaba sus tierras «ya mismo», le ingresarían en su cuenta bancaria de Londres una cantidad equivalente a la tercera parte de su valor real.

Sylvia asimiló la noticia y soltó una carcajada.

—Eso es, riete. Es lo único que podemos hacer. «Acepta y larguémonos», le digo a Cedric, pero se niega a conformarse con la tercera parte de lo que vale la granja, porque según él la represa por sí sola incrementará en un cincuenta por ciento el valor de la propiedad. Yo quiero irme de una vez. No soporto esa maldita hipocresía. Me ponen enferma. —Edna continuó hablando durante todo el camino hasta Senga, donde dejó a Sylvia enfrente de las oficinas del Gobierno.

Cuando Franklin se enteró de que Sylvia Lennox quería verlo, sintió pánico. Aunque había contemplado la posibilidad de que intentara ponerse en contacto con él no la esperaba tan pronto. Hacía una semana que había firmado la orden de clausura del hospital. Trató de ganar tiempo: «Dile que estoy reunido.» Sentado a su escritorio, con las palmas de las manos hacia abajo, miró con expresión de pesadumbre la pared en la que colgaba el retrato del Líder, que adornaba todos los despachos oficiales de Zimlia.

Aquella casa del norte de Londres, donde solía pasar sus vacaciones escolares, aparecía en sus recuerdos como un lugar bendito, como un árbol de frondosa sombra, un sitio completamente desvinculado de lo que había vivido antes o después. Había sido su hogar cuando no lo había tenido, una fuente de cordialidad cuando más la había necesitado. La anciana, esa terrible nazi, le había parecido una especie de secretaria que entraba y salía, aunque nunca le había prestado demasiada atención. A pesar de todo, jamás había oído una palabra a favor de los nazis en aquella casa, ¿o sí? Y allí había conocido a la pequeña Sylvia, con sus brillantes rizos rubios y su carita de ángel. En cuanto a Rose Trimble, sonreía cada vez que pensaba en ella; era una auténtica canalla, pero no podía quejarse, porque le había sido de utilidad. Y ahora había escrito esa espantosa nota sobre... Al igual que él, se había hospedado en aquella casa, ¿no? Sin embargo, había pasado mucho más tiempo allí que él, por lo que sin duda escribía con conocimiento de causa. Aun así lo que recordaba era amabilidad, risas, buena comida y sobre todo a Frances, que se había comportado con él como una madre. Las cosas habían sido muy distintas más adelante, cuando se había alojado en la casa de Johnny, un piso no demasiado grande que no tenía nada que ver con la casona donde Colin se había mostrado tan amable, y que siempre estaba llena de gente de todas partes, estadounidenses, cubanos, suramericanos, africanos... El piso de Johnny había servido de aula para su formación revolucionaria. Recordaba al menos a dos negros compatriotas (con nombres falsos) que se habían entrenado en Moscú para la guerra de guerrillas. Finalmente habían venido y gracias a hombres como aquéllos él estaba sentado ahí en ese momento, detrás de ese escritorio, convertido en ministro. No había vuelto a verlos, aunque solía buscarlos con la vista en los mítines y las reuniones importantes. Seguramente habían muerto. Y de pronto ocurría algo desconcertante. Sabía lo que se decía de la Unión Soviética, desde luego, no era uno de esos inocentes que jamás salían de Zimlia. El término «comunista» empezaba a emplearse como una especie de insulto; aunque eso sucedía en otros sitios, no ahí, donde a uno le bastaba con pronunciar la palabra «marxismo» para congraciarse con sus antepasados. (Por otro lado, ¿qué pintaban ellos en ese asunto?) Había también un hecho curioso: la casa de Londres se le antojaba más cercana a la paz y la tranquilidad de la choza de sus abuelos en la aldea (que casualmente no quedaba lejos de la misión de San Lucas) que cualquier otro sitio que hubiese conocido desde entonces. No obstante, la carpeta que estaba sobre el escritorio contenía un artículo muy desagradable. Su resentimiento hacia Sylvia aumentaba por momentos. ¿Por qué había hecho esas cosas malas? Había robado material del hospital nuevo, practicado operaciones cuando no estaba autorizada para ello y ocasionado la muerte de una paciente. ¿Qué esperaba que hiciera él? De hecho, su hospital nunca había sido legal. «La misión decide montar un hospital, trae a un médico, en el expediente no consta que solicitasen o les concediesen permiso alguno... —pensó—. Estos blancos vienen aquí y hacen lo que les da la gana. No han cambiado, siguen...»

Mandó pedir unos bocadillos para el almuerzo, temeroso de que Sylvia estuviese esperándolo fuera, y cuando llegó la segunda solicitud de ésta —«Por favor, Franklin, necesito verte», había garabateado en un sobre; ¿quién se creía que era para tratarlo así?— ordenó que le dijeran que había salido para atender un asunto urgente.

Se acercó a la ventana, levantó una lama de la cortina veneciana y la vio pasar. Los vehementes reproches que podría haber dirigido a la Vida Misma, no sin razón, se concentraron en la espalda de Sylvia con tanta intensidad que ella debió de percibirlos: la pequeña Sylvia, el pequeño ángel, tan presente y radiante en la memoria de Franklin como un santo en una estampa, se había transformado en una mujer madura con el cabello opaco y castigado recogido con un lazo negro, no muy distinta de las arrugadas señoras blancas que tanto le repelían y a quienes evitaba mirar. Se apoderó de él la sensación de que ella lo había traicionado. Incluso derramó unas lágrimas mientras sujetaba la lama y observaba a Sylvia, esa mancha verde, fundirse con el gentío de la calle.

Sylvia fue directamente hacia un alto y distinguido caballero que la abrazó.

—Mi querida Sylvia. —Era Andrew, acompañado por una sonriente mujer de gafas oscuras y boca muy roja. ¿Italiana? ¿Española?—. Ésta es Mona —la presentó—. Nos hemos casado. Me temo que está conmocionada por el caos de las calles de Senga.

—Tonterías, cariño. Es un sitio muy bonito.

—Americana —explicó Andrew—. Es una modelo famosa. Y preciosa, como ves.

—Sólo cuando estoy maquillada—repuso Mona, se excusó porque quería dormir un poco y estaba segura de que tenían mucho de que hablar.

—La altitud la está afectando mucho. —Andrew la besó cariñosamente y le hizo una seña de que entrase en el hotel Butler, que se alzaba a unos pasos de allí.

A Sylvia le sorprendió que dos mil metros de altitud pudieran afectar a alguien, pero le daba igual: ahí estaba Andrew, e iban a sentarse a charlar, dijo él señalando un café cercano. Y hacia allí se dirigieron, cogidos de la mano, y mientras esperaban a que llegasen los refrescos Andrew le pidió que lo pusiese al día.

Sylvia se disponía a hablar, pensando que se hallaba ante un hombre importante y que una sola palabra suya tal vez consiguiera anular la orden de clausura del hospital, cuando un grupo de personas bien vestidas entró en el café. Él las saludó, y ellas a él, y todos se pusieron a bromear sobre la conferencia que los había llevado a Senga.

—Es la mejor de las nuevas sedes, pero no es exactamente las Bermudas —comentó alguien.

Sylvia no sabía que estaban promocionando a Senga como sede para toda clase de reuniones internacionales, y al ver a esa gente alegre e inteligente se percató de hasta qué punto las graves necesidades de Kwadere la habían inhabilitado para participar en esa clase de conversaciones.

Andrew le sonreía a menudo, sin soltarle la mano, y en cierto momento insinuó que quizá no estuvieran en el sitio más indicado para hablar. Llegaron más delegados y siguieron bromeando, ahora sobre las reducidas dimensiones del local, equiparándolo en cierto modo a la falta de refinamiento de Zimlia. Aquellos expertos en todo lo imaginable, en este caso «la Ética de la Cooperación Internacional», semejabán niños comparando las fiestas que sus respectivos padres habían celebrado recientemente. Había tanto ruido, risas y alborozo que Sylvia le suplicó a Andrew que la dejase marchar. Él le dijo que esperaba verla en la cena de esa noche.

—Ofrecen una gran cena para despedir a los asistentes a la conferencia, y debes venir.

—No tengo ningún vestido apropiado.

El la miró de arriba abajo con indulgencia.

—No se exige traje de noche; estarás bien así.

Sylvia debía buscar un sitio donde pasar la noche. Se había ido de la misión sin dinero suficiente, y se reprochó el haber salido de manera tan precipitada, improvisada e insensata. Todo había sucedido en una especie de trance: recordaba que el padre McGuire había asumido el mando. ¿Había estado enferma? ¿Lo estaba ahora? No se sentía la de siempre, significara eso lo que significase, porque si no era la doctora Sylvia que todo el mundo conocía en el hospital, ¿quién era?

Llamó a la hermana Molly y le pidió que le dejase pasar la noche con ella. Fue en taxi hasta su casa, donde fue bien recibida y escuchó burlas más bien inofensivas sobre la Ética de la Cooperación Internacional y otras conferencias parecidas.

—No hacen más que hablar —masculló la hermana Molly—. Les pagan para que viajen a un lugar bonito y suelten una sarta de sandeces increíbles.

—Yo no diría que Senga es un lugar bonito.

—No, es verdad, pero todos los días salen a ver los leones, las jirafas y los encantadores monos, y estoy segura de que ni siquiera reparan en que la sequía está asolando los campos.

Sylvia le habló de la cena de esa noche y dijo que no había llevado más ropa que la que tenía puesta. Molly contestó que era una pena que fuese al menos cuatro tallas más grande que ella, pues de lo

contrario le habría dejado su único vestido, pero que se ocuparía personalmente de que el traje que lucía estuviese limpio y planchado para las seis de la tarde. Sylvia, que había olvidado las ventajas de la civilización, sintió una emoción quizás exagerada, se quitó el traje, se acostó en la pequeña cama de hierro, igual que la que tenía en la misión, y se quedó dormida. La hermana Molly permaneció a su lado durante unos minutos, con el traje verde colgando de un brazo y una cara de curiosidad benevolente, juiciosa y experimentada: a fin de cuentas se pasaba la vida evaluando personas y situaciones de un extremo al otro de Zimlia. No le gustó lo que vio. Se inclinó con la intención de examinar los rasgos de Sylvia, la sudorosa frente, los labios secos, la piel sonrosada, y le levantó una mano para observar su muñeca y comprobar el pulso, visiblemente acelerado.

Cuando Sylvia despertó, su traje estaba colgado de la puerta, impecablemente planchado y prendido con alfileres. En la silla había una selección de bragas y una combinación de seda —«Hace siglos que me vienen pequeñas», dijo Molly—, así como unos elegantes zapatos. Sylvia se mojó el pelo para quitarse el polvo, se vistió, se calzó preguntándose si aún sería capaz de caminar sobre tacones y cogió un taxi hacia el Butler. Sentía que le había dado fiebre, pero como no era el momento más oportuno para ponerse enferma, decidió que se encontraba bien.

A las puertas del hotel Butler, personas de todas las nacionalidades charlaban, se saludaban agitando la mano, reanudaban conversaciones que quizá fueron interrumpidas en Bogotá o Varanasi. Andrew la aguardaba en la escalinata de la entrada. A su lado, Mona lucía un vaporoso vestido rosa que la asemejaba a esa variedad de tulipán de pétalos irregulares que parece hecho de luz cristalizada. Sylvia sabía que Andrew estaba inquieto por su aspecto, porque aunque el vestido de noche no era obligatorio, ninguna de las mujeres presentes iba menos elegante que ella. No obstante, le sonrió como diciendo: «Estás bien», y la tomó del brazo. Los tres subieron por una escalera lo bastante majestuosa para formar parte del decorado de una película, aunque de un gusto soberbio. Llegaron a una terraza donde una fuente y pequeños árboles en flor impregnaban el crepúsculo de frescura. Las luces procedentes del interior se reflejaban en una cara, en el resplandor de un traje blanco, en el brillo de un collar. Todo el mundo saludaba a Andrew: qué popular era ese elegante y distinguido caballero de pelo cano, sin duda digno de la atractiva joven que estaba con él, como demostraba el hecho de que se hubieran casado.

Cuando entraron, vieron que la cena se celebraría en un salón privado pero lo bastante amplio para el centenar de invitados. El lugar conseguía a la perfección lo que sus diseñadores se habían propuesto: que los privilegiados que se reunieran en él fuesen incapaces de distinguir si estaban en Varanasi, en Bogotá o en Senga.

Aunque Sylvia reconoció algunos rostros del café donde habían estado esa mañana, a otros tuvo que mirarlos dos veces. Sí, Dios santo, ahí estaba Geoffrey Bone, tan apuesto como siempre, y a su lado la cabellera llameante, ahora bien peinada y de un rojizo más tenue, de Daniel, su sombra. Y aquél era James Patton. En ocasiones hay que esperar décadas para comprender el destino que la Naturaleza le reserva a ciertas personas desde un primer momento: en este caso, James había alcanzado su apogeo como hombre del pueblo, afable y amistoso, agradablemente robusto, siempre listo para tender la mano derecha y estrechar la de cualquiera que se cruzase en su camino. Helo ahí, un diputado con un seguro escaño laborista, y en esta oportunidad invitado por Cooperación Internacional, gracias a Geoffrey. Y Jill..., sí, Jill, una mujer gorda con el cabello gris y un peinado de peluquería, concejala de un distrito de Londres conocido por la mala administración de sus fondos, aunque, desde luego, la palabra «corrupción» jamás se asociaría con esa responsable ciudadana que había dejado tan atrás sus días de revueltas, luchas contra la policía y manifestaciones ante la embajada estadounidense que sin duda ya los había olvidado o comentaba al respecto: «Ah, sí, en un tiempo fui rojilla.»

No sentaron a Sylvia junto a Andrew, que estaba en la cabecera flanqueado por dos personalidades suramericanas, sino al lado de Mona, varios sitios más allá. Sylvia se sentía tan invisible como un anónimo pajarillo pardo al lado de un pavo real, porque la gente no quitaba ojo a Mona, conocida por cualquiera que supiese algo del mundo de la moda. ¿Y qué hacía Mona allí? Explicó que había asistido a la conferencia en calidad de ayudante personal de Andrew y luego, entre risas, le dio la enhorabuena a Sylvia por su nuevo cargo de secretaria de éste, ya que así la presentaba él a todo el mundo. Sylvia permaneció callada, observando, figurándose qué aspecto ofrecerían Listo y Zebedee con los bonitos uniformes de los risueños camareros, con su maravilloso contraste entre el rojo y el blanco y la piel morena. Sabía lo mucho que habrían tenido que bregar, intrigar y suplicar esos jóvenes para conseguir su empleo, y hasta qué punto se habrían sacrificado sus padres para que pudieran servir a esas estrellas internacionales unos platos que jamás habían oído nombrar hasta que entraron a trabajar en este hotel.

Le dieron a elegir entre colas de cocodrilo con salsa rosa y palmitos importados del sureste asiático, pero el corazón de Sylvia no paraba de llorar, silenciosamente, mientras ella permanecía sentada junto a la hermosa mujer de Andrew. El matrimonio no duraría, bastaba con fijarse en el modo en que se presentaban, con la elegante complacencia de unos gatos bien alimentados, para saber que Mona lo había aceptado quizá por la sencilla razón de que le divertía molestar a los hombres jóvenes diciendo: «Siempre me han gustado los maduros»; y Andrew, que a pesar de haber tenido una docena de «amigas» famosas había sido objeto de las inevitables habladurías por no contraer matrimonio, finalmente había decidido dejar las cosas claras y allí estaba, con su esposa jovencísima.

Sylvia miró alrededor, abatida, porque el hospital estaba cerrado aunque en la aldea había mucha gente enferma, con algún miembro roto, o... por lo menos treinta o cuarenta personas necesitaban ayuda cada día; recordó la falta de agua, el polvo, el sida; no podía ahuyentar esos viejos pensamientos, que la

rondaban demasiado a menudo y sin ningún propósito. Imaginó los angustiados rostros de Listo y Zebedee, que habían soñado con ser médicos... Qué mal había hecho las cosas. Sí, debía de haberlas hecho muy mal para que todo acabase de ese modo.

Mona charlaba con el hombre situado a su izquierda de sus humildes orígenes en un suburbio de Quito: la había descubierto un delegado que había asistido a una conferencia sobre las costumbres del mundo. Le confesó a su compañero de mesa que le horrorizaba Zimlia, en cuyas calles veía demasiadas cosas que le recordaban el sitio de donde había escapado.

—En realidad, lo que más me gusta es Manhattan. Lo tiene todo, ¿no? ¿Quién querría irse de allí?

De pronto todo el mundo se puso a hablar de la siguiente conferencia anual: asistirían doscientos delegados, duraría una semana y trataría sobre todo de «Las perspectivas y las repercusiones de la pobreza». ¿Dónde la celebrarían? La delegada de India, una atractiva mujer de sari rojo, sugirió Sri Lanka; habría que andarse con cuidado con los terroristas, pero no había en el mundo un lugar más hermoso. Geoffrey Bone contó que había pasado tres días en Río, durante un congreso sobre «La ecoestructura amenazada del mundo», y que había un hotel...

Pero la última conferencia anual se había organizado en Sudamérica, repuso un japonés, y en Bali había un hotel estupendo; sí, esa parte del mundo merecía el honor de recibirlos. La conversación sobre diversos hoteles y sus encantos se prolongó durante la mayor parte de la cena, y la opinión más generalizada era que en esta ocasión debían optar por Europa, ¿qué tal Italia?, aunque seguramente tendrían que someterse a una vigilancia estricta, ya que todos eran objetivos apetecibles para los secuestradores.

Finalmente decidieron reunirse en Ciudad del Cabo, porque el apartkeid estaba a punto de desaparecer y todos querían apoyar a Mandela.

El café se sirvió en la estancia contigua, donde Andrew pronunció un discurso que sonó como si los despidiese a todos, aunque aseguró que estaba impaciente por reencontrarse con ellos el mes siguiente en Nueva York..., en otra conferencia; luego Geoffrey, Daniel, Jill y James se acercaron a Sylvia para decirle que no la habían reconocido y que se alegraban mucho de volver a verla. Los risueños rostros reflejaron horror ante lo que veían.

—Eras una niña tan guapa —murmuró Jill—. Oh, no, no quiero decir que... Es que en esa época me recordabas a un hada.

—Y en cambio mírame ahora.

—Y mírame a mí. Bueno, estas conferencias no ayudan precisamente a guardar la línea.

—Podrías ponerte a dieta —sugirió Geoffrey, que se conservaba tan delgado como siempre.

—O ir a un balneario —añadió James—. Yo voy todos los años. No me queda otra alternativa. En la Cámara de los Comunes hay demasiadas tentaciones.

—Nuestros antepasados burgueses iban a Baden-Baden o a Marienbad para perder la grasa acumulada durante un año de excesos —apuntó Geoffrey.

—Serían los tuyos —señaló James—. Yo soy nieto de un verdulero.

—Y mi abuelo era ayudante de un agrimensor —dijo Jill.

—Y mi otro abuelo era peón en una granja de Dorset —contraatacó James.

—Enhorabuena, tú ganas —concedió Geoffrey—. Nadie puede competir con eso. —Se despidió de Sylvia con la mano y se marchó seguido muy de cerca por Daniel.

—Siempre ha sido un estirado —dijo Jill.

—Yo diría más bien un maricón —soltó James.

—Vamos, vamos, lo menos que podemos esperar aquí es un poco de corrección política.

—Tú espera lo que quieras. En mi opinión, la corrección política no es más que otra pequeña muestra del imperialismo yanqui —replicó el hombre del pueblo.

—Explícate —pidió Jill.

Y mientras se explicaba, los dos se alejaron.

Una agitada Rose Trimble rondaba la entrada del hotel Butler, vestida con un elegante atuendo que había comprado con la esperanza de que Andrew la invitase a la cena; sin embargo él no había respondido a sus mensajes.

Jill salió sin dirigir una sola palabra a Rose, que había descrito su distrito como una afrenta a los principios e ideales de la democracia.

—Sólo cumplía con mi deber —le dijo Rose mientras Jill pasaba por su lado y se alejaba.

Luego el primo James, cuyas facciones se endurecieron al verla, le preguntó, apartándola de un empujón:

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Ya no queda basura donde escarbar en Londres?

Cuando Andrew bajó la escalinata con Mona y Sylvia, la saludó de inmediato:

—Rose, dichosos los ojos.

—¿No recibiste mis mensajes?

—¿Me dejaste algún mensaje?

—Hazme una declaración, Andrew. ¿Qué tal ha ido la conferencia?

—Estoy seguro de que mañana todo saldrá en los periódicos.

—Y ésta debe de ser Mona Moon... —dijo Rose—. Háblame de ti, Mona. ¿Cómo te sienta la vida de casada?

Mona no respondió y siguió andando con Andrew. Rose no reconoció a Sylvia, o quizá mucho después pensase que aquella mujer insulsa e insignificante debía de ser Sylvia.

Abandonada, se dirigió con amargura a los delegados que pasaban cerca de ella:

—Los malditos Lennox. Eran mi familia.

Tras recibir un abrazo de Andrew y un delicado beso de Mona, pidieron un taxi para Sylvia; ellos se iban a una fiesta.

La casa de la hermana Molly estaba a oscuras y cerrada con llave. Sylvia tuvo que pulsar el timbre una y otra vez. Chasquido de pestillos, chirrido de cadenas, tintineo de llaves, y por fin apareció Molly, con un pequeño camisón azul y la cruz colgada entre los pechos.

—Lo siento; en los tiempos que corren no nos queda más remedio que vivir en una fortaleza.

Sylvia se dirigió a su habitación con cautela, como si temiera licuarse igual que un postre de gelatina. Tenía la sensación de que había comido demasiado y además había bebido vino, y no le sentaba bien. Estaba algo mareada y temblorosa. La hermana Molly la observó mientras se dejaba caer sobre la cama.

—Será mejor que te desvistas. —Molly le quitó el traje, los zapatos y las medias—. Así está mejor. ¿Cuándo te dio el último ataque de malaria?

—Creo que hace un año.

—Pues ahora tienes otro. Quédate quieta. Estás ardiendo de fiebre.

—Se pasará.

—No por sí sola.

De modo que Sylvia sufrió otro ataque de malaria, que aunque no se manifestó en su forma más grave y peligrosa, la que afecta al cerebro, sí resultó bastante desagradable. Tiritó, se estremeció y tomó sus pildoras —otra vez la obsoleta quinina, ya que los nuevos fármacos no le hacían el menor efecto—, y cuando se hubo recuperado, la hermana Molly comentó:

—Ésta sí que ha sido buena; pero veo que ya estás con nosotros.

—Llama al padre McGuire, por favor —le pidió Sylvia—, y explícale lo que ha pasado.

—¿Por quién nos tomas? Hace semanas que le avisé.

—¿Semanas?

—Has estado bastante mal. Aunque yo diría que al ataque de malaria se sumó una especie de colapso general. Y además estás anémica, de modo que debes comer.

—¿Qué dijo el padre McGuire?

—No te preocupes. Todo sigue igual por allí.

Lo cierto era que Rebecca y Tenderai habían muerto. Los dos hijos que le quedaban se habían ido a vivir con la cuñada a quien Rebecca acusaba de haberla envenenado. No obstante, era demasiado pronto para comunicarle la mala noticia.

Sylvia comió, bebió lo que le parecieron litros de agua y fue al baño, donde por fin se libró de los sudores de la fiebre. Estaba débil pero lúcida.

Acostada en la pequeña cama de hierro, se dijo que los temblores febriles le habían quitado de encima un montón de tonterías innecesarias. Una de ellas era su concepto del padre McGuire: en los momentos difíciles, se había persuadido de que el sacerdote era un santo, como si eso lo justificase todo, pero ahora pensó: «¿Quién demonios soy yo, Sylvia Lennox, para juzgar quién es un santo y quién no lo es?»

—He llegado a la conclusión de que no soy católica —le confesó a la hermana Molly—. No soy una católica en un sentido estricto, y tal vez nunca lo haya sido.

—¿De veras? Conque es blanco o negro, ¿no? ¿Has descubierto que en realidad eres protestante? Bueno, debo confesarte que en mi opinión el bueno de Dios tiene cosas mejores que hacer que preocuparse por nuestras pequeñas luchas interiores, pero no lo cuentes en Belfast... La próxima vez que vaya allí no quiero pasarme un montón de días castigada de rodillas.

—He sucumbido al pecado de la soberbia, estoy segura.

—Vaya. ¿Acaso no sucumbimos todos? Aun así me extraña que Kevin no mencionara que eres soberbia. Se le da muy bien detectar esa clase de pecados.

—Seguro que lo ha notado.

—De acuerdo, ahora tómate las cosas con calma. Cuando te hayas restablecido, podrás pensar en los pasos que quieres seguir. Nosotras te haremos algunas sugerencias.

De manera que Sylvia descansó, segura de que en la misión no esperaban que regresase; pero ¿qué sucedería con Listo y Zebedee?

Les telefoneó. Oyó sus voces infantiles, clamando desesperadas por ayuda.

—¿Cuándo volverá? Por favor, vuelva.

—Tan pronto como pueda.

—Ahora que Rebecca no está, todo es tan difícil...

—¿Qué?

Así se enteró de lo ocurrido. Se tendió en la cama pero no lloró; era demasiado terrible para llorar.

Sentada en la cama, sorbía nutritivas pociones mientras la hermana Molly la vigilaba con los brazos en jarras y una sonrisa en los labios; y durante todo el día, hasta la hora más avanzada que toleraban los madrugadores ciudadanos de Zimlia, acudían personas del estilo de Andrew Lennox, turistas, parientes que estaban de paso o individuos que durante el Gobierno blanco no habían sido bien recibidos. Sylvia no conocía a ninguno de ellos.

Trataban de convencerla de que aunque en Zimlia había muchos sitios como Kwadere, acaso demasiados, tal vez su experiencia allí hubiera sido tan limitada, a su manera, como la de las personas que jamás habrían creído que existieran aldeas como la de la misión de San Lucas. A fin de cuentas, había escuelas que formaban de verdad a los alumnos, que tenían al menos algunos libros y cuadernos, así como hospitales dotados de equipamiento, cirujanos e incluso laboratorios de investigación. Era su temperamento el que la había inducido a buscar el lugar más miserable posible; lo entendió con tanta claridad como el hecho de que resultaba absurdo preocuparse por la magnitud de su fe o la falta de ésta.

En un ámbito muy distinto del de las embajadas, los salones del hotel Butler, las ferias comerciales o el círculo de corruptos (que la hermana Molly llamaba «el pastel de chocolate»), había gente que dirigía organizaciones con presupuestos pequeños, a veces financiadas por un solo individuo, y que conseguía más con su dinero de lo que Cooperación Internacional o Dinero Mundial habían soñado jamás; personas que trabajaban en lugares difíciles con el fin de recaudar fondos para una biblioteca, un albergue para mujeres maltratadas o un pequeño negocio; otros concedían créditos por importes que los bancos habrían despreciado. Eran blancos y negros, nativos de Zimlia o expatriados, y derrochaban un brioso optimismo que había contagiado a los funcionarios públicos con cargos modestos, porque nunca había habido un país que dependiera tanto de sus pequeños funcionarios, que no eran corruptos sino trabajadores y competentes. Aunque pasaban inadvertidos y nadie reconociese sus méritos, cualquiera que entendiese la situación habría ido a pedir ayuda a una humilde oficina dirigida por un hombre o una mujer que, en circunstancias más justas, hubiese estado gobernando el país, y que en realidad era quien mantenía todo en marcha. La casa de la hermana Molly y otra docena de viviendas semejantes componían una red de puntos de encuentro de gente sensata. No se hablaba de política, pero no por principios sino por la naturaleza de las personas involucradas: en algunos países, la política es el enemigo del sentido común. Si alguna vez mencionaban al compañero Líder o a sus corruptos compinches, lo hacían como quien habla del tiempo..., como algo que no había más remedio que soportar. Sí, el camarada presidente los había decepcionado a todos, pero ¿acaso constituía eso una novedad?

A Sylvia le sugirieron una docena de posibilidades para su futuro. Era médico, y la gente sabía que había levantado un hospital en el monte prácticamente de la nada. ¿Se había ganado la antipatía del Gobierno?, mala suerte, pero Zimlia no era el único país de África.

Uno de nuestros libros de texto dice algo así: «Durante la segunda mitad del siglo XIX, y hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, las grandes potencias se disputaron África como perros peleando por un hueso.» Lo que leemos con menos frecuencia es que ese hueso no fue menos disputado durante el resto del siglo XX, aunque no por las mismas jaurías.

Un joven médico nativo (blanco) acababa de regresar de las guerras de Somalia. Se sentó en la silla que había en la habitación de Sylvia y escuchó hablar a ésta compulsivamente (según la hermana Molly se trataba de una «autoterapia») del destino de la gente que moría de sida en la misión de San Lucas, aparentemente invisible para el Gobierno. Se explayó durante horas y después fue el turno de él, que también habló compulsivamente, mientras ella escuchaba.

Somalia había formado parte de la esfera de influencia de la Unión Soviética, que había montado allí su habitual aparato de prisiones, cámaras de tortura y escuadrones de la muerte. Luego, gracias a un ingenioso juego de prestidigitación internacional, pasó a manos estadounidenses, permutada por otro trozo de África. Los ciudadanos ingenuos esperaban que los americanos dismantelaran el sistema de seguridad soviético y los liberasen, pero aún no habían aprendido la lección, esencial en nuestro tiempo, de que no hay nada tan estable como ese aparato. Los marxistas y comunistas de diversas filiaciones que se habían encumbrado bajo el dominio de los rusos, torturando, encarcelando y asesinando a sus enemigos, cayeron a su vez víctimas de torturas, encarcelamientos y asesinatos. El otrora razonable Estado de Somalia era como un hormiguero en el que hubiesen arrojado agua hirviendo. La estructura que permitía una vida decente quedó destruida. Ahora gobernaban los caudillos, los bandidos, los jefes

tribales, los criminales y los ladrones. A pesar de sus grandes esfuerzos, las organizaciones humanitarias no podían prestar mucha ayuda, sobre todo porque la guerra les impedía acceder a vastas regiones del país.

El médico habló durante horas, sentado en la dura silla, porque llevaba meses sin ver más que personas matándose entre sí. Poco antes de marcharse se había detenido al costado de un camino, en un paisaje que la falta de agua había convertido en polvo, para mirar a quienes huían de la hambruna. Una cosa era verlos por televisión, había dicho (como disculpándose por su verborrea), abstraído en su relato, y otra muy distinta encontrarse allí. Quizá Sylvia estuviera tan capacitada como el que más para imaginar lo que describía, porque le bastaba con colocar en aquel polvoriento camino, situado tres mil kilómetros más al norte, a la población de la moribunda aldea de Kwadere. Sin embargo, ese hombre había visto, además, a refugiados que escapaban de las tropas asesinas de Mengistu, algunos mutilados y ensangrentados, otros, moribundos, o llevando a niños muertos en brazos: había contemplado esas escenas durante días, y la experiencia de Sylvia no era comparable. Además, en la casa del padre McGuire no había televisión.

Este médico había observado con impotencia a personas que necesitaban medicinas, un refugio, cirugía, y sólo había podido darles unas cuantas cajas de antibióticos, que se agotaron en cuestión de minutos.

El mundo está lleno de seres humanos que han sobrevivido a guerras, genocidios, sequías, inundaciones, y ninguno de ellos olvidará lo que ha sufrido, pero también están aquellos que han sido testigos, durante días, de una diáspora de miles, de centenares de miles, de millones de personas, sin posibilidad alguna de ayudarlas... En fin, aquel médico se había encontrado en esa situación y ahora, con la mirada extraviada y el rostro desencajado, le resultaba imposible parar de hablar.

Una médico estadounidense quería que Sylvia la acompañase a Zaire, pero le preguntó si se sentía en condiciones —aquello era muy duro—, a lo que Sylvia respondió que se encontraba bien, que era una mujer fuerte. También dijo que había practicado una operación pese a no ser cirujana, pero los dos médicos se rieron: en estos lugares cada uno hacía lo que podía, «salvo trasplantes de órganos, y posiblemente tampoco me atreviera con un bypass».

Finalmente Sylvia aceptó viajar a Somalia como parte de un equipo financiado por Francia. Antes, no obstante, debía volver a la misión para ver a Zebedee y a Listo, cuyas voces, cuando hablaban por teléfono, sonaban como los chillidos de unos pajarillos atrapados en una tormenta. No sabía qué hacer. Les habló de esos niños, que en realidad ya eran adolescentes, a la hermana Molly y a los médicos. Uno de ellos, que atendía a muchachos parecidos todos los días de su vida, pensaba que aquéllos estaban destinados al desempleo (aunque los tendría presentes, tal vez pudiera encontrarles un trabajo como criados, ¿no?), y Sylvia advirtió que los otros dos, con miles de hambrientos e interminables colas de pobres víctimas en la cabeza, hacían un enorme esfuerzo para imaginar a un par de niños desgraciados que habían soñado con ser médicos pero ahora... ¡Qué novedad!

La hermana Molly, que tendría que recorrer otros setenta y cinco kilómetros después de llegar a Kwadere para reanudar el trabajo que había interrumpido a causa de la enfermedad de Sylvia, había encargado a Aaron que recogiese a ésta en el cruce. Sus críticas al papa y la machista jerarquía eclesiástica sólo cesaron cuando avistó seis enormes silos cuyo contenido —el maíz de la última cosecha— un ministro había vendido, para su propio beneficio, a otro país africano afectado por la sequía. Avanzaban por un territorio hambriento: un monte árido y sediento se extendía a varios kilómetros a la redonda, como consecuencia de una estación de lluvias que se negaba a llegar.

—No me gustaría tener su conciencia —comentó Sylvia, y la hermana Molly repuso que por lo visto mucha gente no entendía que algunas personas nacían sin ella.

Fue el detonante para que Sylvia reanudase su monólogo sobre la aldea donde había estado trabajando, y la hermana Molly la escuchó interpolando de vez en cuando: «Sí, es verdad», o «En eso tienes razón».

Al llegar al cruce vieron que Aaron estaba esperándolas en el coche de la misión.

—Bueno, aquí te quedas —anunció la hermana Molly—. Espero verte pronto.

—Yo también —repuso Sylvia—, y siempre recordaré lo que has hecho por mí.

—Bah, olvídale —dijo la hermana Molly, y se alejó agitando una mano.

Aaron estaba entusiasmado, ansioso, a punto de comenzar una nueva vida: se marchaba a la vieja misión para continuar sus estudios sacerdotales. El padre McGuire se iba. Todo el mundo se iba. ¿Y la biblioteca?

—Me temo que quedan pocos libros, porque..., verá, con Tenderai y Rebecca muertos y usted lejos de aquí, ¿quién iba a cuidarlos?

—¿Y Listo y Zebedee?

Aaron, que nunca había simpatizado con ellos (el sentimiento era mutuo), se limitó a contestar:

—Bien.

Aparcó bajo los árboles del caucho y se marchó. Caía la tarde, y la luz que teñía las nubes de oro y rosa se extinguían rápidamente. En el otro extremo del cielo la media luna, apenas una mancha

blanquecina, aguardaba a que oscureciera para adquirir dignidad.

Cuando Sylvia llegó al porche los dos chicos se aproximaron a toda prisa. Se detuvieron. La miraron fijamente. Ella no sabía qué ocurría. Durante la enfermedad su piel había perdido el tono cobrizo y estaba blanca como la leche, y su melena, que Molly se había visto obligada a cortar a causa de los sudores, era una mata de rizos amarillos. Ellos la habían conocido con la piel de un agradable y amistoso tono marrón.

—¡Cuánto me alegro de veros!

Corrieron a su encuentro y los abrazó. Estaban más flacos que nunca.

—¿Nadie os da de comer?

—Sí, sí, doctora Sylvia —respondieron llorando entre sus brazos.

Sin embargo, Sylvia sabía que no estaban alimentándose bien. Además las camisas blancas que llevaban estaban sucias porque Rebecca ya no se hallaba allí para lavarlas. A través de las lágrimas, sus ojos imploraban: «Por favor, por favor.»

Cuando llegó el padre McGuire, les preguntó si habían comido y contestaron que sí. No obstante cogieron la barra de pan que les tendió, la partieron por la mitad y empezaron a comer con voracidad mientras echaban a andar hacia la aldea. Regresarían al amanecer.

Sylvia y el cura se sentaron a la mesa, donde a la luz de la bombilla él advirtió lo enferma que había estado ella, y ella, lo envejecido que estaba él.

—Verás tumbas nuevas en la colina, y el número de huérfanos ha aumentado. El padre Thomas, el sacerdote negro de la vieja misión, y yo vamos a organizar un refugio para los huérfanos de las víctimas del sida. Nos enviarán fondos de Canadá, Dios los bendiga. ¿Has pensado que, tal como van las cosas, pronto habrá aproximadamente un millón de niños sin padres?

—La peste negra asoló ciudades enteras. En las fotografías aéreas de Inglaterra todavía se aprecia dónde estaban esas ciudades.

—Esta aldea no tardará en desaparecer. Se marchan porque creen que el lugar está maldito.

—¿Y usted no les dice lo que deberían pensar, padre?

—Sí, lo hago.

Se produjo un súbito apagón. El cura encendió un par de velas, a cuya luz cenaron servidos por la sobrina de Rebecca, una joven saludable —al menos por el momento— que había llegado para ayudar a su tía moribunda y se marcharía cuando se fuera el sacerdote.

—He oído que por fin hay un nuevo director.

—Sí, pero verás, Sylvia, no les gusta venir a estos sitios tan apartados, y me temo que a éste, además, la bebida le gusta más de la cuenta.

—Entiendo.

—Tiene una familia numerosa y se instalará en esta casa.

Ambos sabían que quedaba algo en el tintero, y finalmente el cura preguntó:

—¿Qué vas a hacer con esos chicos?

—No debería haberles creado falsas ilusiones. Claro que jamás les prometí nada directamente.

—Ah, pero la auténtica promesa es el mundo, el enorme y rico mundo.

—¿Qué debo hacer?

—Llevarlos a Londres. Mandarlos a una escuela de verdad. Permitir que estudien Medicina. Dios sabe que este pobre país necesitará médicos. —Sylvia guardó silencio—. Están sanos. Su padre murió antes de que existiera el sida. Los hijos biológicos de Joshua morirán, pero estos dos vivirán. A propósito, Joshua quiere verte.

—Me sorprende que siga vivo.

—Lo que lo ha mantenido con vida es el deseo de verte. Y está totalmente loco, así que ve preparándote. —Antes de darle una vela para que se la llevase a su habitación, levantó la suya para mirarla a la cara y añadió—: Sylvia, te conozco muy bien, hija mía. Sé que te culpas de todo lo que sucedió.

—Sí.

—Aunque hace mucho tiempo que no me pides que te confiese, no necesito escucharte. En el estado mental en que te encuentras, y debilitada por la enfermedad, no debes confiar en la idea que te has formado de ti misma.

—El demonio acecha, aprovechando la ausencia de glóbulos rojos.

—El demonio acecha allí donde hay mala salud... Espero que estés tomando tus píldoras de hierro.

—Y yo confío en que usted tome las suyas.

Se abrazaron, los dos con ganas de llorar, y luego se separaron para dirigirse a sus respectivos cuartos. El cura le avisó que saldría temprano y que era probable que no la viera, lo que en realidad

significaba que no quería pasar por otra despedida. A diferencia de la hermana Molly, no diría: «Espero verte pronto.»

A la mañana siguiente se había marchado: Aaron lo había llevado hasta el cruce, donde lo recogería un coche de la vieja misión.

Zebedee y Listo esperaban a Sylvia en el camino de la aldea. La mitad de las chozas estaban vacías. Un perro hambriento olfateaba entre el polvo. La choza donde Tenderai había cuidado los libros estaba abierta, y los libros habían desaparecido.

—Intentamos encontrarlos, lo intentamos.

—No importa.

Antes de su partida, la aldea había sido un lugar triste y abandonado pero vivo: ahora su espíritu se había esfumado. Había desaparecido junto con Rebecca. En las instituciones, los pueblos, los hospitales y las escuelas, a menudo hay una persona que es el alma del lugar, bien un directivo, bien un portero o la criada de un cura. La muerte de Rebecca ocasionó la de la aldea entera.

Los tres subieron por la colina hasta donde estaban las tumbas, que ahora sumaban casi cincuenta. Entre las más nuevas se contaban las de Rebecca y Tenderai, dos rectángulos de tierra roja bajo un árbol grande. Sylvia se quedó contemplándolos; abrazó a los niños, que se acercaron al reparar en su expresión, y esta vez sí que lloró, con sus cabezas apoyadas en la suya: ya eran más altos que ella.

—Ahora debe ver a nuestro padre.

—Sí, lo sé.

—Por favor, no se enfade con nosotros. La policía vino y se llevó las medicinas y las vendas. Les dijimos que las había pagado usted con su dinero.

—No importa.

—Les dijimos que eso era robar, que las medicinas eran suyas.

—Da igual, de veras.

—Y las abuelas están usando el hospital para los niños enfermos.

En todos los rincones de Zimlia, los ancianos que habían perdido a sus hijos adultos habían quedado a cargo de sus nietos.

—¿Qué les dan de comer?

—El nuevo director ha prometido que repartirá comida.

—Pero son demasiados, ¿cómo va a alimentarlos a todos?

Estaban en un pequeño promontorio, enfrente de la casa del cura y encima del hospital. Bajo los techados de paja había tres viejas rodeadas de una veintena de niños pequeños. Viejas según los criterios del Tercer Mundo: en países más afortunados, estas cincuentonas estarían a dieta, buscando nuevos amantes.

Debajo del árbol de Joshua había un montículo de harapos, o algo que semejaba una pitón grande, moteada por las sombras. Sylvia se arrodilló a su lado.

—Joshua —dijo, pero él no se movió.

Algunas personas, poco antes de morir, adoptan el mismo aspecto que ofrecerán cuando mueran: el pellejo se les pega al esqueleto. La cara de Joshua era puro hueso, con la piel marchita hundida en los huecos. Abrió los ojos y se humedeció los sucios labios con una lengua agrietada.

—¿Hay agua? —preguntó Sylvia, y Zebedee corrió hacia una de las ancianas, que pareció protestar: ¿por qué desperdiciar el agua en un moribundo?

Aun así Zebedee sumergió un vaso de plástico en un cubo expuesto al polvo y a las hojas arrastradas por el viento, se arrodilló junto a su padre y le acercó el vaso a los resecos labios. El anciano (un hombre de mediana edad según otros criterios) revivió súbitamente y se puso a beber con avidez, contrayendo visiblemente los músculos del cuello. Su esquelética mano se alzó con brusquedad y atenazó la muñeca de Sylvia. Fue como si la sujetase con un aro de hueso. Aunque no podía incorporarse, levantó la cabeza y comenzó a murmurar lo que ella interpretó como maldiciones e insultos, con los hundidos ojos ardiendo de odio.

—No lo dice en serio —aseguró Listo.

—No, no lo dice en serio —repitió Zebedee.

Entonces Joshua masculló.

—Llévese a mis hijos. Tiene que llevarlos a Inglaterra.

La estrecha pulsera de hueso la apretaba con tanta fuerza que le dolía la muñeca.

—Suéltame, Joshua, por favor. Me haces daño.

Por el contrario, aumentó la presión.

—Debe prometérmelo, ahora mismo, debe prometérmelo.

Su cabeza se alzó sobre el agonizante cuerpo como la de una serpiente con el espinazo roto.

—Suéltame, Joshua.

—Me lo prometerá. Me lo... —Siguió farfullando maldiciones, con los ojos fijos en los de ella, hasta que su cabeza cayó hacia atrás. Sin embargo, no cerró los ojos ni dejó de susurrar con odio.

—De acuerdo, te lo prometo, Joshua. Ahora suéltame.

Pero no la soltó, y a Sylvia la asaltó la loca idea de que iba a morir y ella quedaría esposada para siempre a un esqueleto.

—No le crea, doctora Sylvia —musitó Zebedee.

—No habla en serio —dijo Listo.

—Bueno, tal vez sea una suerte que no le entienda.

La esposa de hueso se abrió y cayó. A Sylvia se le había dormido la mano. Comenzó a agitarla, acucillada junto al moribundo.

—¿Quién cuidará de él?

—Las viejas.

Sylvia se aproximó a las mujeres y les entregó prácticamente todo el dinero que tenía, si bien se guardó el mínimo imprescindible para volver a Senga. Esa suma alcanzaría para alimentar a esos niños durante un mes.

—Y ahora recoged vuestras cosas. Nos vamos.

—¿Ahora? —Estaban sorprendidos y asustados.

—Os compraré ropa en Senga.

Echaron a correr hacia la aldea mientras ella ascendía por la cuesta, entre los laureles y las dentelarias, en dirección a la casa, donde todo lo que pensaba llevarse estaba ya en su pequeña bolsa de viaje. Había animado a la sobrina de Rebecca a quedarse con sus libros. Podía escoger lo que quisiera. No obstante, la joven le pidió la lámina que estaba en la pared. Le gustaban los rostros de esas mujeres, según dijo.

Aparecieron los chicos, cada uno con una pequeña bolsa de plástico que contenía todas sus posesiones.

—¿Habéis comido algo?

No, saltaba a la vista que no. Los sentó a la mesa, cortó pan y colocó un frasco de mermelada entre los dos. Ella y la sobrina de Rebecca los observaron mientras untaban el pan torpemente con los cuchillos. Les quedaba mucho que aprender. El corazón de Sylvia nunca estaría más lleno de congoja: estos dos huérfanos —pues eso eran— tendrían que viajar a Londres y aprenderlo todo, desde cómo usar cuchillos y tenedores hasta cómo ser médicos.

Sylvia telefoneó a Edna Pyne, que dijo que Cedric estaba enfermo y no se atrevía a dejarlo: creía que se trataba de una esquistosomiasis.

—No importa, iremos a Senga en autobús.

—No tomes uno de esos autobuses; son peligrosos.

—La gente viaja en ellos.

—Bueno, allá tú.

—Debo despedirme, Edna.

—Bueno. No te preocupes. En este continente nuestras obras quedan escritas en el agua. Ay, Dios, qué digo, en la arena. Es precisamente lo que estaba diciendo Cedric, que está deprimido, con el ánimo por los suelos. «Nuestras obras están escritas en el agua», dice. Se está poniendo religioso. Bueno, lo que nos faltaba. Adiós, entonces. Ya nos veremos.

Los tres se hallaban en el punto en que el camino procedente de casa de los Pyne y de la misión desembocaba en una de las principales carreteras que conducían al norte. Era una estrecha vía de asfalto, llena de baches y con los bordes tan gastados como los de la lámina que la sobrina de Rebecca había descolgado de la pared esa misma mañana. Era hora de que pasara el autobús, pero llegaría tarde, como de costumbre. Aguardaron de pie, y luego sentados en piedras colocadas allí con ese fin, bajo los árboles.

Aunque nadie pensaría gran cosa de esa carretera que se internaba en la espesura, con su brillo gris apagado allí donde el viento había acumulado arena, no hacía mucho que los más elegantes coches del país lo habían recorrido a toda velocidad hacia donde se celebraría la boda del compañero Líder con su nueva esposa, pues la Madre de la Nación había muerto. Habían invitado a todos los mandatarios del mundo, camaradas o no, y luego los habían llevado por esta carretera, o en helicóptero, hasta un Centro de Desarrollo cercano al lugar de nacimiento del compañero presidente. Cerca de allí, entre los árboles, habían montado dos tiendas enormes. En una de ellas instalaron mesas con bollos y Fanta para los ciudadanos locales, mientras que en la otra dispusieron mesas con manteles blancos para el banquete de la flor y nata. Sin embargo, la ceremonia religiosa se prolongó demasiado. Cuando se terminaron los bollos, los povos —la plebe— salieron de su tienda, entraron en la de los dirigentes y se lo comieron todo

mientras los camareros protestaban inútilmente. Luego se internaron en el monte para regresar a sus hogares. Tuvieron que mandar más comida en helicóptero desde Senga. Este episodio tan ilustrativo... en fin, es tan parecido a un cuento de hadas que no necesita comentarios.

Unos diez años después, los bravucones y matones del partido del Líder correrían por esta misma carretera blandiendo machetes, cuchillos y palos para atacar a los agricultores blancos que deseaban votar por la oposición. Entre ellos figuraban los jóvenes —o ex jóvenes— a quienes el padre McGuire había administrado medicinas durante la guerra. Una parte de este ejército torció por el camino de la hacienda de los Pyne, sin saber que ahora pertenecía al señor Phiri, que la había comprado por la fuerza, aunque los Pyne, ajenos a ello, todavía vivían allí. Unos doscientos hombres invadieron el jardín delantero de la casa y exigieron que Cedric Pyne sacrificase un animal para ellos. Mató un gordo buey —la sequía había remitido— y lo asaron en una gran fogata en el mismo jardín. Bajaron a los Pyne a rastras del porche y les ordenaron que cantasen alabanzas al Líder. Edna se negó. «Que me cuelguen si voy a decir mentiras sólo para complacerlos —espetó, por lo que la golpearon hasta que exclamó con ellos—: ¡Viva el camarada Matthew!» Cuando el señor Phiri llegó a tomar posesión de sus dos haciendas, el jardín estaba chamuscado, y la casa llena de basura.

Ocho años antes Sylvia había llegado por esa carretera, aturdida y fascinada por la singularidad del monte, su extraña magnificencia, escuchando las advertencias de la hermana Molly respecto de la intransigencia del mundo masculino: «El padre Kevin aún no ha caído en la cuenta de que el mundo que lo rodea ha cambiado.»

En esa misma carretera, no muy lejos de allí, en una zona de colinas repleta de cuevas, piedras y baobabs, hay un lugar al que de vez en cuando acudía el compañero Líder, convocado por los curanderos del alma (n'gangas, brujos, chamanes), para participar en sesiones nocturnas donde hombres (y un par de mujeres) que acaso trabajaran en una cocina o en una fábrica, pintados y ataviados para la ocasión con pieles de monos y otros animales, bailaban hasta caer en trance para luego informarle de que debía matar o expulsar a los blancos si no quería enfadar a sus ancestros. El se postraba, lloraba, prometía portarse mejor y luego regresaba a su fortaleza en la ciudad y planeaba su siguiente viaje para reunirse con los líderes del mundo o asistir a una conferencia con el Banco Mundial.

Llegó el autobús. El viejo vehículo traqueteaba, se sacudía y dejaba una estela de grasiento humo negro que se extendía a lo largo de kilómetros, marcando el camino. Aunque estaba abarrotado, milagrosamente apareció un espacio para Sylvia y sus... ¿qué eran, sus criados? No obstante, los pasajeros, preparados para mostrarse críticos con esa mujer blanca —la única que había entre ellos—, vieron que rodeaba a los muchachos con los brazos y que éstos se pegaban a ella como niños. Compungidos y asustados, pugnaban por contener el llanto. Sylvia, por su parte, sentía auténtico pánico. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

—¿Qué habríais hecho si yo no hubiese vuelto? —les preguntó por encima del traqueteo del autobús.

—No sé —respondió Listo—. No teníamos adonde ir.

—Gracias por venir a buscarnos —dijo Zebedee—. Teníamos mucho, mucho miedo de que no volviera.

Desde la estación de autobuses fueron andando hasta el viejo hotel, muy venido a menos tras la construcción del Butler, y pidió una habitación para los tres, esperando comentarios que al final nadie hizo: en los hoteles de Zimlia, algunas habitaciones tenían hasta media docena de camas para alojar a una familia entera.

Fue con los chicos al ascensor, consciente de que nunca habían visto uno y con toda probabilidad tampoco habían oído hablar de ellos. Les explicó cómo funcionaba, salió a un polvoriento pasillo en el que el sol proyectaba formas caprichosas y, una vez en la habitación, les mostró el cuarto de baño: les enseñó a manejar los grifos y la cadena, a abrir y cerrar las ventanas. Luego los llevó a un restaurante, donde pidió sadza y un postre, indicándoles que no debían comer con los dedos y, gracias a la ayuda de un amable camarero, se apañaron bastante bien.

A las dos de la tarde los llevó a la habitación y telefoneó al aeropuerto a fin de reservar billetes para el vuelo del día siguiente. Les dijo que iba a solicitar pasaportes para ellos —les aclaró lo que era un pasaporte— y que podían dormir si querían. Sin embargo, estaban demasiado excitados, así que los dejó pegando saltos en las camas entre exclamaciones que podían haber sido de alegría o de pena.

Encaminó sus pasos hacia la sede de las oficinas gubernamentales y cuando estaba en la escalinata de entrada, preguntándose qué hacer a continuación, Franklin bajó de su Mercedes. Lo agarró del brazo.

—Voy a entrar contigo —le dijo—, y no te atrevas a decir que tienes una reunión.

Franklin trató de liberarse, y se disponía a gritar pidiendo ayuda cuando se percató de que esa mujer era Sylvia. Se sorprendió tanto que dejó de resistirse, y Sylvia lo soltó. Cuando la había visto por última vez, hacía unas semanas, le había parecido una impostora que se hacía llamar Sylvia, pero aquí estaba la Sylvia que recordaba, una criatura menuda de una blancura casi reluciente, con el suave cabello rubio y los enormes ojos azules. Llevaba una blusa blanca, y no aquel horrible traje verde de señora anglosajona. Se la veía traslúcida, como un espíritu, o como las vírgenes de dorados rizos que recordaba de sus años escolares.

—Pasa—dijo, desarmado e indefenso.

Recorrieron los pasillos del poder, subieron escaleras y entraron en un despacho donde Franklin se

sentó, suspiró, aunque sonriendo, y le señaló una silla.

—¿Qué quieres?

—He traído conmigo a dos niños de Kwadere. Tienen once y trece años. Todos sus familiares han muerto de sida. Voy a llevármelos a Londres y quiero que les consigas pasaportes.

—Recurres al ministro equivocado —respondió, riendo—. Eso no es cosa mía.

—Por favor, arréglalo. Tú puedes.

—¿Y por qué quieres robarnos a nuestros niños?

—¿Robarlos? Han perdido a su familia. No tienen futuro. No han aprendido nada en eso que vosotros llamáis escuela y donde ni siquiera hay libros. Yo he estado dándoles clases. Son inteligentes. Conmigo tendrán la oportunidad de recibir una educación. Y quieren ser médicos.

—¿Y por qué quieres hacer eso?

—Se lo prometí a su padre, que está consumiéndose de sida. Supongo que ya estará muerto. Le prometí que educaría a sus hijos.

—Es absurdo. Imposible. De acuerdo con nuestra cultura, alguien se ocupará de ellos.

—Tú nunca sales de Senga, de manera que no sabes cómo son las cosas. La aldea entera se está muriendo. Ahora mismo hay más gente en el cementerio que en el poblado.

—¿Y es culpa mía que su padre haya contraído el sida? ¿Acaso esa enfermedad terrible es culpa nuestra?

—Bueno, no es nuestra, como declararéis constantemente. Y creo que deberías saber que en las zonas rurales la gente opina que el sida es responsabilidad del Gobierno, porque los gobernantes han demostrado ser una panda de delincuentes.

Franklin desvió la mirada. Bebió un sorbo de agua y se secó la cara.

—Me sorprende que des crédito a esos cotilleos. Son rumores difundidos por agentes sudafricanos.

—No perdamos el tiempo, Franklin; he reservado asientos para el vuelo de mañana por la noche. —Le pasó un papel con los nombres tanto de los niños como de su padre y su lugar de nacimiento—. Aquí tienes. Lo único que necesito es un documento para sacarlos del país. Cuando lleguemos a Londres, conseguiré que les expidan pasaportes británicos.

Franklin se quedó mirando el papel. Luego alzó lentamente la cabeza, con los ojos anegados en lágrimas.

—Has dicho algo terrible, Sylvia.

—Deberías saber lo que comenta la gente.

—Mira que decirle una cosa semejante a un viejo amigo...

—Ayer estuve oyendo... El viejo me maldijo para obligarme a llevar a sus hijos a Londres. Me maldijo... Pesan sobre mí tantas maldiciones que probablemente voy derramándolas por ahí.

Ahora Franklin se inquietó de verdad.

—¿A qué te refieres, Sylvia? ¿Me estás maldiciendo a mí también?

—¿He dicho eso? —No obstante, la profunda arruga de tensión que le surcaba el entrecejo le confería un aspecto de bruja—. ¿Alguna vez te has sentado junto a un enfermo de sida para oír cómo te maldice a voz en cuello? Fue tan horrible que sus hijos no quisieron traducirme sus palabras. —Levantó la muñeca, rodeada por un moratón que parecía una pulsera.

—¿Qué es eso?

Se inclinó sobre el escritorio y le atenazó la muñeca con la misma fuerza que recordaba haber sentido el día anterior. La sujetó mientras él forcejeaba y luego la soltó.

El permaneció sentado y con la cabeza gacha, levantándola de vez en cuando para lanzarle miradas llenas de aprensión.

—Si tu hijo quisiera ir a Londres mañana por la noche y necesitase un pasaporte, no me digas que no se lo conseguirías.

—Bueno —cedió por fin.

—Envíame los documentos al hotel Selous.

—¿Has estado enferma?

—Sí. De malaria. No de sida.

—¿Se supone que eso es un chiste?

—Lo siento. Gracias, Franklin.

—Bueno.

Cuando Sylvia llamó a Londres desde el aeropuerto, antes de embarcar, anunció que llegaría al día siguiente con dos niños, sí, negros, y había prometido darles una educación; eran muy listos —uno de ellos

se llamaba Listo—, y esperaba que no hiciera mucho frío, porque no estaban acostumbrados a las bajas temperaturas, y continuó hablando hasta que Frances señaló que la llamada le costaría un ojo de la cara.

—Ay, sí, lo siento, lo siento mucho —se disculpó entonces. Añadió que se lo contaría todo al día siguiente, y colgó.

Cuando Colin se enteró de la noticia, manifestó su certeza de que Sylvia pretendía que los niños vivieran allí.

—No seas tonto, ¿cómo van a vivir aquí? Además, Sylvia se va a Somalia. Me lo ha dicho.

—Ahí tienes, más a mi favor.

Después de meditar por unos instantes, como de costumbre, Rupert dijo que esperaba que William no se disgustara, lo que significaba que él también creía que iban a dejarles a los niños.

Aunque ni Rupert ni Frances estarían allí para recibir a Sylvia, ya que tenían que trabajar, ella sugirió que se reunieran para cenar. Esta conferencia familiar habría de posponerse por falta de información.

—Hablabas como si estuviera desquiciada —comentó Frances.

Fue Colin quien abrió la puerta a Sylvia y a los chicos. Sostenía en brazos a su hija, Celia, una niña encantadora de negros rizos, seductores ojos negros y hoyuelos, todo enmarcado por un primoroso vestido rojo. Echó un vistazo a las caras morenas y rompió a llorar.

—Tonterías —dijo su padre, estrechando con firmeza las manos de los niños, que estaban heladas y temblorosas. Era un frío día de noviembre.

—Nunca ha visto caras negras desde tan cerca —les explicó Sylvia a los niños—. No le hagáis caso.

Entraron en la cocina y se sentaron alrededor de la entrañable mesa. Resultaba obvio que los niños estaban conmocionados, o algo por el estilo. Si es posible que los rostros negros palidezcan, los suyos estaban pálidos. Habían cobrado un color ceniciento, y tiritaban a pesar de sus gruesos jerséis. Sylvia sabía que se sentían como peces fuera del agua porque a ella le ocurría lo mismo: acababan de experimentar una transición demasiado brusca desde las chozas de paja, los montículos de polvo y las nuevas tumbas de la misión.

Una joven guapa, vestida con téjanos y una alegre camiseta de rayas, entró en la cocina.

—Hola, soy Marusha —se presentó y se quedó junto al hervidor mientras calentaba agua. Se trataba de la aupair. Pronto aparecieron tazas de té ante Sylvia y los niños, y Marusha les acercó un plato con galletas, sonriendo. Era una polaca con el pensamiento y la imaginación centrados en la desintegración de la Unión Soviética, que seguía un acelerado proceso.

—Quiero ver las noticias en la tele —dijo y después de sentar a Celia sobre su cadera subió la escalera cantando.

Los niños observaron a Sylvia mientras ponía galletas en su plato y añadía leche y azúcar al té. Copiaron todos sus movimientos, con los ojos fijos en su cara, tal como habían hecho durante tantos años en el hospital.

—Listo y Zebedee me han ayudado en el hospital —dijo Sylvia—. Los matricularé en un colegio en cuanto pueda. Quieren ser médicos. Están tristes porque su padre acaba de morir. No les queda ningún familiar.

—Ah —respondió Colin, inclinando la cabeza como en un gesto de bienvenida. Las tristes y asustadas sonrisas de los niños parecían petrificadas—. Lo lamento. Supongo que este cambio debe de ser muy difícil para vosotros. Ya os acostumbraréis.

—¿Sophie está en el teatro?

—Sophie está intermitentemente con Roland... No, no me ha dejado. Yo diría que vive con los dos.

—Ya veo.

—Sí, así están las cosas.

—Pobre Colin.

—Él le envía cuatro docenas de rosas rojas con cualquier excusa, o significativos mensajes con pensamientos o nomeolvides. A mí jamás se me ocurren esas cosas. Me lo merezco.

—Ay, pobre Colin.

—Y a juzgar por tu aspecto, pobre Sylvia.

—Está enferma. Está muy enferma —afirmaron los niños.

La noche anterior habían pasado mucho miedo, no sólo por el avión, vehículo con el que no estaban familiarizados, sino también porque Sylvia vomitaba, se dormía y despertaba gritando y llorando. Les había explicado cómo funcionaba el retrete, y habían creído entenderle, pero Listo debió de apretar el botón equivocado, porque cuando volvió al lavabo, en la puerta había un cartel de «Averiado». Los dos, convencidos de que las azafatas los miraban con desconfianza, temían cometer una tontería y que el avión se cayese por culpa suya.

Ahora, cuando Sylvia los abrazó, sintieron a través de la ropa que estaba fría y temblorosa. No se

extrañaron. Lo que habían visto por la ventanilla en el viaje desde el aeropuerto —brumosos cielos grises, interminables edificios y tanta gente envuelta en ropa como paquetes— había ocasionado que les entrase el deseo de ocultar la cabeza bajo una manta.

—Tengo la impresión de que no habéis dormido mucho en el avión —señaló Colin.

—No, no mucho —contestó Sylvia—. Los niños estaban demasiado conmocionados. Vienen de una aldea, ¿sabes? Todo esto es nuevo para ellos.

—Lo entiendo —aseveró Colin, y era verdad, al menos en la medida en que es capaz de entender esas cosas alguien que no ha estado allí.

—¿Hay alguien en la antigua habitación de Andrew?

—Yo trabajo en ella.

—¿Y en la tuya?

—Ahora es de William.

—¿Y en la habitación pequeña de esa planta? Podríamos poner dos camas allí.

—Hay muy poco espacio para dos camas, ¿no?

—En nuestra choza dormían cinco personas hasta que mi hermana murió —dijo Zebedee.

—No era nuestra hermana —repuso Listo—, sino nuestra prima, según las ideas de aquí. Nosotros tenemos un sistema de parentesco diferente. —Y añadió—: Estaba enferma. Se puso muy grave y murió.

—Sé que las cosas no son iguales. Espero que me lo expliquéis todo. —Colin empezaba a distinguir a los niños. Listo era delgado, serio y con enormes y atractivos ojos; Zebedee era algo más corpulento, ancho de hombros y con una sonrisa que le recordaba a la de Franklin.

—¿Podemos echar una ojeada a la nevera? Nunca habíamos visto una nevera tan grande como ésta.

Colin les enseñó la nevera con sus múltiples estantes, las luces interiores y los compartimentos para congelados. Prorrumpieron en exclamaciones, se admiraron y cabecearon, y luego empezaron a bostezar.

—Vamos —dijo Colin, les rodeó los hombros con los brazos y los condujo a la escalera, seguidos por Sylvia. Escaleras, escaleras... Los niños no habían visto escaleras hasta que entraron en el hotel Selous.

Pasaron frente al salón, por el piso de Frances y Rupert, donde se encontraba la pequeña habitación que en otro tiempo había ocupado Sylvia, y llegaron a la antigua planta de Colin y Andrew. En el cuarto pequeño había una cama grande, y mientras Colin decía: «Os buscaremos algo mejor», los dos niños se dejaron caer sobre el colchón y se quedaron dormidos en el acto.

—Pobrecillos —comentó Colin.

—Cuando despierten, se llevarán un buen susto.

—Le diré a Marusha que esté atenta... ¿Y dónde piensas dormir tú? ¿Lo has pensado?

—Puedo quedarme en el salón hasta que...

—Sylvia, ¿no estarás pensando en dejarnos a los crios cuando te marches...? ¿Adonde has dicho que te ibas?

—A Somalia.

Sylvia no había pensado. Se había dejado arrastrar por los acontecimientos desde el momento en que le había hecho la promesa a Joshua y no se había permitido reflexionar ni asociar los dos hechos: que era responsable de los niños y que había prometido viajar a Somalia dentro de tres semanas.

Bajaron la escalera, se sentaron a la mesa y se sonrieron.

—Supongo que habrás tenido en cuenta que Frances ya no es una jovencita, ¿verdad, Sylvia? Ha cumplido los setenta. Le organizamos una gran fiesta. Claro que no los aparenta ni se comporta como una vieja.

—Y ya tiene a Margaret y a William.

—Sólo a William. —Y ahora, tranquilamente, ya que disponían de todo el tiempo del mundo, le contó la historia. Sin consultarlos, Margaret había decidido irse a vivir con su madre. Tampoco se lo había anunciado a ella; simplemente se presentó en casa de Phyllida y le dijo a Meriel:

—Vengo a vivir contigo.

—No hay sitio —replicó Meriel rápidamente—. No podrás vivir conmigo hasta que tenga casa propia.

—Entonces, búscala —ordenó la hija—. Tenemos dinero, ¿no?

El problema era el siguiente: Meriel había decidido ir a la universidad para estudiar Psicología. Frances se puso furiosa, pues esperaba que Meriel empezara a mantenerse, pero Rupert no se sorprendió.

—Te advertí que no tenía la menor intención de ganarse la vida, ¿no?

—Sí.

—Aunque nadie lo creería por su aspecto, es una mujer muy dependiente.

Por eso Meriel no deseaba irse de casa de Phyllida: no le gustaba la idea de vivir sola. Por otro lado

Phyllida quería que se marchara. Había experimentado una oscura satisfacción, que jamás había analizado a fondo, al convivir con la ex mujer de Rupert en su piso, como si se tratara de una extensión de la casa de los Lennox, pero se había hartado. Pese a que Meriel no le caía del todo mal, su actitud cortante a veces resultaba deprimente. Cuando Margaret se mudó a la casa, se apoderó de Phyllida la sensación de que estaba reviviendo una antigua pesadilla: se veía a sí misma en Meriel; madre e hija discutiendo, gruñendo, besándose y haciendo las paces, todo escandalosamente, con mucho ruido, entre lágrimas, peleas, gritos y los largos silencios de la reconciliación.

Luego Meriel sufrió una recaída y la ingresaron en el hospital. Phyllida y Margaret se quedaron solas. Phyllida le sugirió que volviese a la casa de los Lennox, pero Margaret respondió que estaba mejor con ella.

—Frances es una vieja arpía —alegó—. No le importa nadie, salvo Rupert. Me parece asqueroso que unos viejos estén así, siempre de la mano. Y me gusta vivir contigo —agregó con timidez, temerosa de que Phyllida rechazase ese papel de madre sustitua—: Quiero quedarme contigo.

—De acuerdo, pero cuando tu madre se recupere, creo que deberíais mudaros a otro sitio.

Meriel no mostraba señales de mejoría. Margaret se negaba a visitarla, aduciendo que le afectaba demasiado, mientras que William iba a verla todas las tardes, se sentaba junto a la mujer acurrucada en la cama, sumida en el gris ensimismamiento de la depresión, y con su característico tono cauteloso y considerado le contaba cómo había pasado el día y las cosas que había hecho. Sin embargo, ella no respondía, no se movía ni lo miraba.

Cuando Colin terminó de hablar de Meriel, la puso al tanto de la vida de Sophie y Frances, que estaba escribiendo libros que trataban en parte de historia y en parte de sociología y se vendían muy bien. Añadió que Rupert era lo mejor que había ocurrido en esa casa:

—Imagínatelo, alguien cuerdo por fin.

Los dos conversaron durante toda la tarde, entre visita y visita de la encantadora niña en los brazos de Marusha, que estaba cada vez más alborozada con las últimas noticias de los telediarios sobre la tremenda humillación del ancestral enemigo de Polonia, hasta que por fin llegó Frances cargada de comida, como en los viejos tiempos. Los tres extendieron la mesa como si preparasen el escenario para las fiestas del pasado.

Mientras Frances cocinaba, apareció William, justo en el momento en que los dos niños negros bajaban la escalera. Los presentaron.

—Listo y Zebedee pasarán una temporada aquí —le informó Colin. Frances, sin abrir la boca, empezó a poner la mesa para nueve personas, Sophie se uniría a ellos más tarde.

Frances se sentó a la cabecera, y Colin en la otra punta, junto al sitio reservado para Sophie, al lado de Marusha, que tenía a su vera la silla alta de la niña. Contando a Celia, eran diez. Rupert estaba flanqueado por Frances y William. Sylvia y los dos niños se encontraban en el centro. Sylvia les habló de la gran cena en el hotel Butler, de los importantes comensales, algunos de los cuales se habían sentado a esa misma mesa, y luego de la mujer de Andrew, diciendo sin ambages que la relación no duraría. Hablaba sin inflexiones, transmitiendo información, sin la complacencia propia de quien chismorreaba o comenta las sorprendentes vueltas que da la vida. Los niños la miraban, intentando adivinar qué le ocurría, pues parecía estar esforzándose para que su voz dejara traslucir sus sentimientos: esta inquietud puso a los demás sobre aviso de que había que preocuparse por Sylvia. De hecho, ella se sentía como si flotara en alguna parte, y no era sólo por la falta de sueño. Estaba cansada, sí, muy cansada, y le costaba concentrarse, aunque sabía que no debía distraerse, pues los niños confiaban en ella, la única persona capaz de entender el difícil momento que atravesaban. Rupert le hacía preguntas, como buen periodista, pero sobre todo porque sabía que Sylvia necesitaba que la contuvieran, como a una cometa descontrolada: era sensible a su angustia ya que hacía tiempo que vivía pendiente de William, que sufría mucho y necesitaba que él, Rupert, lo comprendiera. Y en medio de todo esto la niña balbuceaba, parloteaba y dedicaba miradas seductoras a todos, incluidos los niños negros, a quienes ya se había acostumbrado.

Sophie irrumpió precipitadamente, envuelta en una nube de perfume. Estaba más gorda, «más Madame Bovary que Dama de las Camelias», como decía ella misma. Llevaba un elegante y holgado vestido blanco y el cabello recogido en un moño. Clavó los ojos en Colin con una vehemente expresión de culpa hasta que éste la besó y dijo:

—Bueno, cierra el pico, Sophie. Esta noche no serás el centro de atención.

—Por el amor de Dios, ¿qué te ha pasado, Sylvia? —exclamó Sophie—. Pareces la muerte en persona.

Estas palabras la estremecieron, pero Sophie no podía saber que el padre de los niños acababa de morir y que desde hacía meses pasaban las tardes de los sábados en entierros de personas que conocían de toda su vida.

—Me gustaría echar una cabezada —dijo Sylvia, levantándose de la silla—. Me siento... —Besó a Frances—. Mi querida Frances, si supieras lo que significa para mí estar aquí otra vez contigo... Sophie, cariño... —Sonrió de un modo apenas perceptible a todo el mundo y posó una mano trémula sobre el hombro de Listo y luego sobre el de Zebedee—. Os veré más tarde. —Y se marchó, sujetándose del borde de la puerta y de la jamba.

—No os preocupéis —les dijo Frances a los niños—. Nosotros os cuidaremos. Pero tendréis que decirnos lo que necesitáis, porque no os entendemos tan bien como Sylvia.

Sin embargo, miraban fijamente el vano por donde había salido Sylvia, y resultaba evidente que estaban abrumados por la situación. Querían volver a la cama, y Marusha los acompañó llevándose a Celia. Luego los siguió Sophie, que por lo visto se quedaría a dormir.

Frances, Colin y Rupert se volvieron hacia William, intuyendo lo que se avecinaba.

Ahora era un joven alto y delgado, apuesto aunque la pálida piel se le tensaba sobre la cara y a menudo tenía ojeras de cansancio. Amaba a su padre y permanecía siempre lo más cerca posible de él, aunque Rupert le había contado a Frances que no se atrevía a abrazarlo: a William no parecía gustarle. Según Rupert, era demasiado hermético y no exteriorizaba sus pensamientos.

—Quizá sea mejor que no los conozcamos —dijo Frances. Veía a William, que la consultaba cuando topaba con pequeñas dificultades, como con una angustia controlada a la que se le antojaba imposible acceder mediante un beso o un abrazo. Por otra parte, ponía mucho empeño, estaba ansioso por destacar en los estudios y era como si siempre estuviera luchando contra unos ángeles invisibles.

—¿Van a vivir aquí?

—Eso parece —dijo Colin.

—¿Porqué?

—Vamos, colega, no seas así —lo reconvino su padre.

La sonrisa que William le dirigió a Colin, a quien debían suponer que quería, fue como una súplica.

—Son huérfanos —explicó Colin—. Su padre acaba de morir. —No se atrevió a añadir «de sida», debido al terror que infundía esa enfermedad, aunque en esta casa el sida era algo tan lejano como la peste negra—. Además, son muy pobres... Es difícil de entender para las personas como nosotros. No han recibido otra educación que las clases que les dio Sylvia. —En la mente de todos apareció fugazmente la imagen de un aula con pupitres, una pizarra y una maestra al frente.

—Pero ¿por qué aquí? ¿Qué tienen que ver con nosotros?

Resulta imposible responder a esta reacción automática —«¿por qué yo?»— sin sacar a relucir las injusticias del universo.

—Alguien tiene que hacerse cargo de ellos —dijo Frances.

—Además, Sylvia estará aquí. Ella sabrá qué hacer. Estoy de acuerdo en que no podemos responsabilizarnos nosotros —agregó Colín.

—¿Cómo que estará aquí? ¿Dónde? ¿Dónde va a dormir?

Si la mente de Sylvia era un torbellino debido a la imposibilidad de estar en Somalia y en Londres al mismo tiempo, estos tres adultos se hallaban en una situación parecida: William tenía razón.

—Oh, ya nos arreglaremos de alguna manera —aseguró Frances.

—Y debemos ayudarles —apuntó Colin.

Como bien sabía William, eso significaba: «Confiamos en que los ayudes.» Eran más pequeños que él, pero precisamente por eso era muy probable que acabasen dependiendo de él.

—Si no se encuentran a gusto aquí, ¿se marcharán?

—Podríamos mandarlos de vuelta a casa —contestó Colin—, aunque tengo entendido que en su aldea todo el mundo ha muerto o está muriendo de sida.

William palideció.

—¡Sida! ¿Tienen sida?

—No. Sylvia dice que no pueden haberse contagiado.

—¿Y ella qué sabe? Bueno, sí, ya sé que es médico, pero ¿por qué parece tan enferma? Se la ve fatal.

—Ya se recuperará. Y los niños necesitarán clases particulares para alcanzar el nivel de los de su edad, pero estoy seguro de que lo conseguirán.

—Es una locura llamarse Listo y Zebedee en este país. Con esos nombres, los harán picadillo. Espero que no vayan a mi escuela.

—No podemos quitarles sus nombres.

—Pues yo no pienso defenderlos.

Dijo que debía subir a terminar sus deberes. Se marchó: todos sabían que antes de centrarse en su tarea jugaría un rato con la niña, si estaba despierta. La adoraba.

Sylvia no reapareció. Se acostó en el sofá rojo, con los brazos estirados, y se durmió en el acto. Se sumergió a fondo en su pasado, en unos brazos que la esperaban.

Rupert y Frances estaban desvestiéndose cuando Colin llamó a la puerta para decir que había ido a ver a Sylvia y que a juzgar por cómo dormía, debía de estar muerta de cansancio. Más tarde, sobre las cuatro de la mañana, Frances se despertó inquieta, bajó al salón y cuando regresó le comentó a Rupert, que se

había despertado al oírla salir, que Sylvia estaba sumida en un sueño tan profundo que recordaba a la muerte. Se disponía a meterse en la cama, pero de repente tomó conciencia de sus palabras y recordó lo que había dicho Colin.

—Tengo un mal presentimiento —murmuró—. Algo va mal.

Rupert y Frances bajaron al salón, en cuyo sofá Sylvia yacía realmente como si estuviera muerta: de hecho lo estaba.

Los niños lloraban en la cama. Frances refrenó su instinto, que la empujaba a abrazarlos, debido a la más antigua de las inhibiciones: los brazos que ellos anhelaban no eran los suyos. Al advertir que el día avanzaba y los llantos no cesaban, ella y Colin subieron a la pequeña habitación y los obligaron a incorporarse —Frances a Listo y Colin a Zebedee—, los estrecharon entre sus brazos y los acunaron, diciendo que si no paraban de llorar enfermarían, que tenían que bajar a tomar algo caliente y que a nadie le molestaría que estuvieran tristes.

Superaron los terribles primeros días y llegó el del entierro; Zebedee y Listo ocupaban un lugar predominante entre los deudos. Trataron de comunicarse con la misión, pero una voz que los niños no conocían les informó de que el padre McGuire se había llevado todas sus cosas y que el nuevo director aún no se había instalado en la casa. Dejaron un mensaje. La hermana Molly telefoneó en cuanto recibió el suyo y habló con voz alta y clara, a pesar de los miles de kilómetros de distancia.

—¿Han pensado qué van a hacer con los niños? —Sin duda habría trabajo para ellos en la vieja misión como cuidadores de los huérfanos causados por el sida.

Cuando llamó el cura, la línea estaba tan mal que su pesar por Sylvia les llegó en frases entrecortadas.

—Pobrecilla, murió de agotamiento. —Y—: Si encontrasen la forma de dejar a los niños allí, sería estupendo. —Y—: Aquí las cosas están muy mal.

El dolor de Listo y Zebedee, terrible y extraordinario, empezaba a asustar a sus nuevos amigos, que coincidían en lo extremado de las circunstancias: a fin de cuentas esos niños —porque eran unos niños— se habían visto arrancados de todo lo que conocían y arrojados a... Aun así, la expresión «choque cultural» no resultaba apropiada, habida cuenta de que se usaba a menudo para describir el tolerable malestar que se experimentaba al viajar de Londres a París. No, era imposible imaginar la magnitud del trauma que habían sufrido Listo y Zebedee, y en consecuencia pasaban por alto esas caras semejantes a máscaras trágicas con miradas trágicas, ¿extraviadas, quizá?

Había algo que los nuevos amigos ignoraban y jamás habrían entendido: los niños estaban convencidos de que Sylvia había caído víctima de las maldiciones de Joshua. Si ella hubiera estado allí para decir: «Oh, ¿cómo podéis pensar esa tontería?», no le habrían creído, pero se habrían sentido menos culpables. De hecho, los sentimientos de culpa los atormentaban hasta un punto insostenible. Por lo tanto, como hacemos todos con el dolor más intenso y profundo, comenzaron a olvidar.

Mantenían vivo en su memoria cada minuto de los largos días en que habían aguardado que Sylvia regresara de Senga para rescatarlos, mientras Rebecca moría y Joshua se negaba a morir hasta que llegase la doctora. La angustia de la ansiedad..., no, no la olvidaban, como tampoco el momento en que ella reapareció, como un pequeño fantasma blanco, para abrazarlos y llevarlos consigo. A partir de ese momento empezaba la bruma: la huesuda mano de Joshua atenazando la muñeca de Sylvia y sus palabras asesinas, el aterrador avión, la llegada a esta casa extraña, la muerte de Sylvia... No, todas esas imágenes se desvanecieron poco a poco, y pronto Sylvia se convirtió en una presencia protectora y amistosa, a la que recordaban arrodillada en el polvo para enyesar una pierna o sentada en el porche entre los dos, enseñándoles a leer.

Entretanto, Frances se despertaba por las noches, con un nudo de ansiedad en el estómago, y Colin decía que también dormía mal. Según Rupert, el problema estribaba en que aquella decisión no se había meditado lo suficiente.

Frances abrió los ojos sobresaltada, gritando, y se encontró entre los brazos de Rupert.

—Baja. Te prepararé una taza de té. —Cuando llegaron a la cocina, Colin ya estaba allí, con una botella de vino delante.

Al otro lado de la ventana reinaba la oscuridad de las cuatro de la madrugada de una noche de invierno. Rupert corrió las cortinas, se sentó junto a Frances y la rodeó con un brazo.

—Bueno, hemos de tomar una decisión. Y decidáis lo que decidáis, ambos tendréis que sacaros la otra opción de la cabeza. De lo contrario, enfermaréis.

—De acuerdo —dijo Colin y extendió un brazo tembloroso para asir la botella de vino.

—Vamos, hijo, sé un buen chico, no bebas más —dijo Rupert.

Frances experimentó la aprensión de una mujer cuya pareja, que no es el padre de su hijo, asume un papel paternal: Rupert había hablado como si se dirigiera a William.

Colin apartó la botella con brusquedad.

—Esta puta situación es irresoluble.

—Sí, lo es —asintió Frances—. ¿En qué nos estamos metiendo? ¿Os dais cuenta de que estaré muerta antes de que ellos terminen de estudiar?

El brazo de Rupert apretó sus hombros.

—Pero no podemos echarlos —replicó Colin con voz agresiva y llorosa, casi suplicante—. Si un par de gatitos tratan de salir del cubo donde los están ahogando, uno no los empuja para que vuelvan a caer. —Hacía años que Frances no veía ni oía al Colin que hablaba en esos momentos; Rupert no había conocido a ese joven apasionado—. Sencillamente no se hace —insistió Colin inclinándose hacia delante y fijando los ojos en los de su madre y luego en los de Rupert—. No los empujas para que vuelvan a caer. —Emitió un gemido, que Frances tampoco había oído en mucho tiempo. Apoyó la cabeza sobre sus brazos, cruzados sobre la mesa. Rupert y Frances se comunicaron en silencio.

—Creo que sólo podéis tomar una decisión —señaló Rupert.

—Sí—dijo Colin, levantando la cabeza.

—Sí —dijo Frances.

—Ya está, pues. Ahora enterrad la otra opción. Olvidadla.

—Supongo que una casa de los sesenta siempre será una casa de los sesenta—sentenció Colin—. No, no es una observación mía, sino de Sophie. A ella le parece maravilloso. Me atreví a hacerle notar que no será ella quien se encargue del trabajo. Pero aseguró que arrimará el hombro, que echará una mano... en todo, según ella. —Rió.

Cuando volvieron a la cama, Rupert dijo:

—Creo que no soportaría que te murieras. Por suerte, las mujeres viven más que los hombres.

—Y yo soy incapaz de imaginar la vida sin ti.

Estas dos personas del mundo de las letras rara vez habían ido más allá de este tipo de comentario. «No nos va mal, ¿verdad?» era una frase que rayaba en el límite. Vivir tan desfasado respecto de los tiempos requiere cierto valor: un hombre y una mujer que se atreven a amarse tanto... en fin, resulta difícil confesarlo, incluso confesárselo el uno al otro.

—¿A qué venía eso de los gatitos?

—Ni idea. Jamás ocurrió en esta casa, y estoy segura de que tampoco en la escuela. En los colegios progresistas no ahogan gatos. Por lo menos delante de los alumnos.

—Pasara donde pasase, es obvio que caló hondo.

—Es la primera vez que lo menciona.

—Cuando era pequeño vi a una pandilla de gamberros torturar a un perro. Eso me enseñó más sobre la naturaleza del mundo que cualquier otra cosa en toda mi vida.

Empezaron las clases. Rupert ayudaba a Listo y a Zebedee con las matemáticas: no sabían más que las tablas de multiplicar, pero eran muy rápidos y se pondrían al día. Frances descubrió que habían hecho lecturas de lo más extraordinarias: recordaban pasajes enteros de *El libro de la selva*, *Rebelión en la granja* y libros de Enid Blyton y Hardy, si bien no habían oído hablar de Shakespeare. Se proponía remediar esta deficiencia; siempre estaban leyendo algo de las estanterías del salón. Colin colaboraba con la geografía y la historia. El pequeño atlas de Sylvia había prestado un buen servicio: los conocimientos que tenían del mundo eran amplios, aunque no profundos; en cuanto a la historia, sólo sabían algo de *Los papas del Renacimiento*, libro procedente de los estantes del padre McGuire. Sophie los llevaría al teatro. Y de repente, sin que se lo pidieran, William empezó a enseñarles cosas de sus viejos libros de texto, y esto fue lo que más les sirvió.

William afirmaba que la aplicación de los chicos lo ponía nervioso: él se empeñaba en hacer las cosas bien, pero comparado con ellos...

—Es como si su vida dependiera de ello —dijo y, tras meditar sus propias palabras añadió—: Bueno, supongo que depende de ello. Al fin y al cabo yo siempre podré ser...

—¿Qué? —preguntaron los adultos, aprovechando la oportunidad para averiguar qué le pasaba realmente por la cabeza.

—Un jardinero en Kew —prosiguió William con seriedad—. Sí, eso me gustaría. O podría ser como Thoreau y vivir solo cerca de un lago, escribiendo sobre la naturaleza.

Puesto que Sylvia había muerto sin otorgar testamento, dijeron los abogados, su dinero iría a parar a su madre, que era el familiar más cercano. Se trataba de una suma considerable, y habría bastado para cubrir los gastos de la educación de los niños. Le pidieron a Andrew que, como antiguo amigo de Phyllida, la visitase cuando pasase por Londres, y así fue como se produjo la siguiente conversación:

—A Sylvia le habría gustado que su dinero sirviese para educar a los dos niños africanos que al parecer adoptó.

—Ah, sí, los niños negros, he oído hablar de ellos.

—Estoy aquí para pedirte formalmente que renuncies a ese dinero, porque estamos seguros de que es justo lo que ella habría deseado.

—No recuerdo que dijese nada al respecto.

—Pero ¿cómo iba a hacerlo, Phyllida?

Ella negó con la cabeza y en su rostro se dibujó una sonrisa triunfal que también tenía algo de divertida, como la de alguien que aplaude los caprichos del destino después de haber ganado una fortuna en las carreras.

—Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita. Además, creo que me merezco algo bueno.

Hubo una discusión familiar.

A pesar de que Rupert era redactor jefe en su periódico y ganaba bastante dinero, sabía que incluso cuando acabara de pagar la escuela de Margaret (ahora Frances costeaba la de William) tendría que seguir manteniendo a Meriel.

Las inteligentes novelas de Colin, que Rose Trimble había descrito como «novelas elitistas para las clases verbosas», no alcanzarían más que para mantener a la niña y a Sophie, que, como la mayoría de los actores, pasaba largas temporadas en el paro. Él gastaba tan poco en sí mismo que casi no contaba.

Frances se encontró en un conflicto familiar. Le habían ofrecido un empleo para ayudar a dirigir un pequeño teatro experimental: su deseo del alma, mucha diversión y poco dinero. Sus serios y fiables libros, que se vendían por todas las librerías del país, rendían buenos beneficios. Se vería obligada a decir que no al teatro y continuar escribiendo. Se comprometió a responsabilizarse de Listo y sugirió que Andrew se encargase de Zebedee.

Aunque Andrew quería tener hijos, recibía un sueldo tan bueno, que estaba seguro de poder afrontar esos gastos. Sin embargo, las cosas no salieron como esperaban. El matrimonio, que ya atravesaba malos momentos, pronto se disolvería, aunque Mona estaba embarazada. Siguió años de batallas legales, y cuando Andrew conseguía arrancar a la niña de las garras de su celosa madre, la pequeña pasaba la mayor parte del tiempo con su prima, compartiendo las atenciones de la niñera de turno y del padre de Celia. Como a menudo gimoteaba Sophie, Colin era un padre maravilloso, mientras que ella era una pésima madre. («No importa —balbucía Celia, cuando la oía decir eso—, eres una mamá tan bonita que no nos importa.»)

¿Dónde meterían a todo el mundo?

Listo ocuparía la antigua habitación de Andrew, y Zebedee la de Colin. Éste trabajaría en el salón. La habitación de William estaba en la planta de Frances y su padre. La au pair dormía en el cuarto que había pertenecido a Sylvia.

¿Y el apartamento del sótano? Alguien vivía en él: Johnny.

Frances se disponía a tomar el autobús cuando oyó unos pasos presurosos a su espalda y un: «Frances, Frances Lennox.» Se volvió y vio a una mujer con una blanca melena alborotada por el viento que pugnaba por mantener la bufanda en su sitio. Frances no la conocía... o sí, casi: era la camarada Jinny, de los viejos tiempos.

—Ay, no estaba segura de que fueses tú —parloteó ésta—; pero sí, eres tú, bueno, todos hemos envejecido, ¿no? Ay, Señor, sólo quería decirte... Se trata de tu marido, ¿sabes? Estoy muy preocupada por él.

—Mi marido se encontraba perfectamente hace menos de cinco minutos.

—Ay, querida, querida, qué tonta soy, me refería a Johnny, al camarada Johnny, si supierais lo que los dos significabais para mí cuando era joven, cuánto me inspiraron los camaradas Johnny y Frances Lennox...

—Mira, lo siento, pero...

—Espero que esto no te parezca una intromisión.

—¿Qué pasa?

—Está tan viejo, pobrecillo...

—Tiene mi edad.

—Sí, pero algunos envejecen mucho más que otros. Sólo pensé que debías saberlo —dijo y se alejó agitando la mano con una mezcla de aprensión y agresividad.

Frances se lo contó a Colin, que repuso que lo que le ocurriese a su padre lo traía sin cuidado. Y Frances aseguró que ni loca recogería los pedazos de Johnny. Sólo quedaba Andrew, que llegó desde Roma para pasar una tarde en Londres. Encontró a Johnny en una habitación bastante agradable de Highgate, en la casa de una mujer que describió como la sal de la tierra. Se había convertido en un frágil anciano con mechones de pelo plateado alrededor de una brillante calva blanca, la viva imagen del patetismo y vulnerabilidad. Se alegró de ver a Andrew, si bien no estaba dispuesto a demostrarlo.

—Siéntate. Estoy seguro de que la hermana Meg nos hará una taza de té.

Sin embargo, Andrew permaneció de pie y dijo:

—He venido porque nos han dicho que estás pasando una mala racha.

—Cosa que no puede decirse de ti, según me han contado.

—Me alegra decir que lo que te han contado es cierto.

La situación de Johnny no le parecería tan lastimosa a mucha gente, pero al fin y al cabo había pasado

las dos terceras partes de su vida en hoteles de lujo de la Unión Soviética, Polonia, China, Checoslovaquia, Yugoslavia, Chile, Angola, Cuba... Allí donde se había celebrado una reunión de compañeros había estado el camarada Johnny, para quien el mundo era un tonel de ostras, un tarro de miel, una lata siempre abierta de caviar de Beluga, y allí estaba ahora, en una habitación, agradable pero sencilla, viviendo de una jubilación.

—Y el pase de autobús para viejos también ayuda.

—Por fin eres un buen miembro del proletariado —observó Andrew, sonriendo con benevolencia a su desposeído padre desde su sinecura.

—Y también me han dicho que te has casado. Empezaba a pensar que eras maricón.

—En estos tiempos, nunca se sabe. Pero olvida todo eso; hemos pensado que quizá te gustaría vivir en el apartamento del sótano.

—Es mi casa, así que no lo pintes como si me hicierais un favor.

No obstante, aceptó gustoso las dos habitaciones con todos los gastos cubiertos.

Colin bajó para ayudarlo a instalarse y le advirtió que no debía pensar que Frances lo atendería.

—¿Cuándo me atendió? Siempre ha sido una pésima ama de casa.

Pero Johnny no necesitaba que su familia le hiciera compañía. Las visitas le traían regalos y flores como si fuese un altar. Johnny iba en vías de convertirse en un santón, siguiendo los pasos de un santón superior, y se le oía decir a menudo: «Sí, en un tiempo fui algo rojillo.» Se sentaba con las piernas cruzadas sobre los cojines de la cama, y su antiguo ademán, con las manos abiertas como ofreciéndose a sí mismo a su público, encajaba perfectamente con su nuevo personaje. Tenía discípulos y enseñaba meditación y el Cuádruple Camino. A cambio le limpiaban el apartamento y le cocinaban platos en los que las lentejas ocupaban un lugar destacado.

Sin embargo, éste era su nuevo yo, o quizá su nuevo papel, en una obra donde las hermanas, los hermanos y las Santas Madres había reemplazado a los camaradas. Su antiguo yo aún salía a la superficie en ocasiones, cuando otros visitantes, los camaradas, acudían para rememorar los viejos tiempos como si el gran fracaso de la Unión Soviética no se hubiera producido, como si ese Imperio siguiese en pie. Aquellos viejos y viejas, cuya vida había estado iluminada por el Gran Sueño, se sentaban a beber vino en un ambiente no muy diferente del de las lejanas veladas combativas, salvo por una cosa: ahora no fumaban, mientras que en el pasado el humo que había pasado primero por sus pulmones imposibilitaba la visión de un extremo al otro de la estancia.

A última hora, antes de que sus invitados se marcharan, Johnny levantaba su vaso y proponía un brindis: «Por El.»

Y con tierna admiración brindaban por quien posiblemente había sido el asesino más cruel de todos los tiempos.

Dicen que varias décadas después de la muerte de Napoleón los viejos soldados se reunían en tabernas y bares, y que secretamente, en la intimidad de sus cabañas, alzaban las copas para beber por *El Otro*: eran los pocos supervivientes de la Grand Armée (cuyas heroicas hazañas no consiguieron más que la destrucción de una generación), hombres tullidos y enfermos que habían sobrevivido a indescriptibles sufrimientos. ¿Y qué? Lo que cuenta es siempre el Sueño.

Johnny recibía a menudo otra visita, la de Celia, que bajaba de la mano de Marusha, Bertha o Chantal y corría hacia él:

—Pobrecillo Johnny.

—¡Es tu abuelo! ¡No puedes llamarlo así!

La angelical criatura no hacía caso, acariciaba la calva del viejo reformado, la besaba y cantaba su tonadilla:

—Mi pequeño abuelito, mi pobrecillo Johnny.

La conjunción de Colin y Sophie había producido un ser extraordinario: todo el mundo lo notaba.

Los niños mayores, William, Listo y Zebedee, jugaban con Celia delicadamente, casi con humildad, como si fuera un privilegio, un favor que ella les hacía.

A veces Rupert, Frances, Colin, William, Listo, Zebedee —y con frecuencia también Sophie— estaban sentados a la mesa, prolongando la cena indefinidamente, y la pequeña entraba corriendo, huyendo de la cama. Quería estar cerca de ellos, pero que no la levantasen, la tocasen ni la sentasen en un regazo. Estaba profundamente absorta en su juego, hablando para sí en tono confidencial, con voces que habían llegado a reconocer:

—Celia está aquí, sí, está aquí, ésta es Celia, y ésta es mi Frances, y ahí está mi Listo... —La pequeña con su diminuto vestido de colores, chachareando sola o dirigiéndose a un trozo de tela, una flor o un juguete que para ella representaba a una persona, un personaje o un amigo imaginario..., era tan absolutamente hermosa que los hacía callar y contemplarla embelesados, maravillados—. Y ahí está mi William... —Tendió la mano para tocarlo, para asegurarse de que estaba allí, pero no lo miraba a él sino a una flor, o tal vez un juguete—.

Y mi Zebedee... —Colin, el torpe y corpulento hombretón, tan pesado y basto al lado de ella, se puso en pie y la miró desde arriba—.

Y aquí está mi Colin, sí, mi papá...

Con lágrimas en los ojos, Colin se inclinó como haciéndole una reverencia desde el fondo de su alma, tendió las manos y gimió:

—Ay, Frances, ay, Sophie, ¿alguna vez habéis visto algo más...?

Sin embargo, la niña, que no quería que la alzarán en brazos, empezó a girar como un trompo, cantando para sí y sólo para sí:

—Sí, mi Colin, sí, mi Sophie, sí, y allí está mi pobrecillo Johnny...

Acerca del Autor



Doris Lessing (Irán, 1919), hija de padres británicos, se mudó con su familia a Zimbaue en 1925. A los quince años se independizó y empezó a publicar relatos en algunas revistas surafricanas. En 1949 se trasladó a Londres con el menor de sus tres hijos, dejando atrás dos matrimonios fallidos, al tiempo que iniciaba su carrera como escritora profesional con *Canta la hierba*, que se publicaría en 1950. Miembro del Partido Comunista británico, que abandonó decepcionada en 1954, Lessing refleja en sus obras sus propias experiencias personales, su infancia en África y su compromiso con la política y los asuntos sociales (desde la situación de la mujer hasta las injusticias ocasionadas por el conflicto entre conciencia individual y colectiva). Autora galardonada internacionalmente con numerosos premios literarios (Somerset Maugham de la Sociedad de Autores, Médicis, premio del Estado de Austria a la literatura europea, premio Shakespeare de la República Federal Alemana, Mondello, Grinzane Cavour, etc.), Lessing es una escritora prolífica (su última novela, *El sueño más dulce*, y la colección de relatos *Las abuelas*, le han valido una vez más el reconocimiento de la prensa y los lectores). Ha publicado también dos volúmenes autobiográficos: *Dentro de mí* (1995), que recibió el premio James Tait Black a la mejor biografía, y *Un paseo por la sombra*, nominado al premio Nacional de la Crítica de 1997; así como *El viento se llevará nuestras palabras* (1987) sobre Afganistán.

En el año 2007 fue galardonada con el Premio Nobel Literatura

Reseña del Libro

En plena Guerra Mundial el rico Johnny Lennox de 20 años se casa con Frances, de su misma edad. Tras la contienda, Johnny se dedica al Partido Comunista y acaba abandonándola, dejándola en un mugriento piso con escasos recursos. Frances se ve obligada a trasladarse a la casa de su suegra viuda, en el centro de Londres, donde la vida transcurrirá lentamente, revolucionada por los adolescentes hijos que traen a casa frecuentemente a sus compañeros de colegio.

Johnny se convierte en un líder de izquierdas mientras Frances, egoístamente, acepta encantada a los chicos para ahogar su soledad en la alegría de los jóvenes. Unos adolescentes que irán sintiéndose cada vez más protegidos e incapaces de asumir responsabilidades. La generación de la protesta y la rebeldía ha engendrado una generación conformista e irresponsable. Quizá sólo se salva Sylvia, una joven anoréxica confiada a Frances mientras termina su carrera de medicina y que luego se traslada a un hospital de Africa para ejercerla, a pesar de la corrupción y la rigidez de los gobiernos nacionales que imponen la misma dictadura que sufrieron con los gobiernos coloniales.

«Espero sobre todo haber sido capaz de recrear el espíritu de la década de los sesenta, una época que, vista en retrospectivo y comparada con lo que vino después, parece sorprendentemente inocente». Una maravillosa y radical obra crítica en la que, a través de las vidas de un grupo de jóvenes incormormistas, Doris Lessing plasma una época, heredera de dos guerras mundiales, floreciente en nuevas actitudes ante la vida.